ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

# REVISTA DE ESPAÑA.

# REVISTA

# DE ESPAÑA.

TERCER AÑO.

TOMO XVI.

MADRID,

REDACCION Y ADMINISTRACION, Paseo del Prado, 22. | TIPOGRAFIA DE GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.

1870.

462911
10. 6. 47

AP
60
R4
t.16

# EL COMERCIO DE AMÉRICA

## Y LOS FILIBUSTEROS.

(Conclusion.)

V.

Aun cuando, exceptuado Portugal, ninguna otra nacion de Europa disputó á España su soberanía sobre el continente americano explorado por sus generales y conquistadores, era imposible que regiones tan vastas que desde el fuerte Maulin, en las costas de Chile, á la mision de San Francisco, en California, abarcaban 468.460 leguas cuadradas, sin contar las islas, permanecieran herméticamente cerradas á los extranjeros. La *calentura del oro* por otra parte, no tardó en apoderarse de estos, como se habia apoderado de los conquistadores españoles, y les empujaba con irresistible fuerza hácia los países que producian el mineral del Potosí, la plata de Zacatecas, las perlas de Cubagua, las esmeraldas y los diamantes del Brasil.

Durante el siglo XVI nuestra dominacion en América fué poco combatida, porque España, aparte de su supremacía en Europa, seguia siendo potencia marítima. Todavía en el reinado de Felipe III, sino podíamos poner en la mar escuadras como la que triunfó en Lepanto, de ciento treinta y cuatro bajeles, bien equipados y tripulados, ni como la Gran Armada compuesta de ciento diez velas, con diez mil hombres de desembarco, pudimos enviar contra la Gran Bretaña otra escuadra de cincuenta velas, si bien con el mismo éxito infausto que la *Invencible*. En 1605 las fuerzas navales de España se componian de diez y seis naves gruesas,

las mayores que entónces surcaban la mar, para escolta de la flota y navegacion á América, de cinco galeras ordinarias en Lisboa, y ocho en el Mediterráneo; el reino de Nápoles mantenia y suministraba dieciseis; Sicilia diez, y dieciseis Génova, mediante asiento ó contrato; la mayor parte de estos buques estaban mal armados y los buenos marineros iban ya escaseando.

Si en vez del sistema de la navegacion en conserva ó en buques de guerra, España hubiera puesto todo su cuidado en mantener en América el suficiente número de buques guarda-costas ligeros y bien tripulados, estableciendo cruceros en el golfo de Méjico, y el canal de Bahama, y haciendo que una pequeña escuadra protegiese las Antillas, quizá con la misma fuerza naval que empleaba en convoyar á los buques mercantes, hubiese podido limpiar los mares de América de corsarios y contener el contrabando; ¿pero cómo habia de vigilar las costas del Nuevo Mundo sino acertaba á defender las de la Península de los corsarios berberiscos? En 30.000 se calculaba, en el siglo XVII, el número de Españoles cautivos de aquellos corsarios, que gemian en los baños ó en las mazmorras de Argel, de Orán y de otras poblaciones africanas; y suponiendo el rescate de cada uno de aquellos en mil pesos, eran treinta millones de pesos los que nuestra pátria pagaba al Africa por aquel triste concepto. Así vemos en la division militar de España en aquellos tiempos mantenidos hasta el siglo XVIII los distritos ó capitanías generales *de la costa*, sin carácter marítimo, con regimientos de la costa, además de los llamados de la *Armada*, *de Bajeles*, etc., y todo inútil, porque lo que se necesitaba era buenos buques y mejores marinos.

Los corsarios berberiscos representan un papel muy importante en la historia de España de los siglos XVI y XVII, y son más conocidos que los filibusteros. ¿Quién ignora la suerte de la galera *El Sol* en que el *Manco de Lepanto* navegaba desde Nápoles á España cuando la salió al paso y cautivó Dalí Mamí uno de los *capitanes de la mar* ó cabezas de aquellos piratas? El P. Haedo en su *Historia y topografía de Argel* nos ha conservado algunas noticias de la organizacion de tan terribles enemigos de España, cuyo poder alcanzó su apogeo cuando Haradino Barbarroja, separándose del servicio de Cárlos V se puso al de Soliman. Habia en Argel, Túnez y Trípoli tres *capitanes de la mar*, cabezas de los corsarios, á quienes estos obedecian siempre, estando obligados á

seguirles y acompañarles cuando salian á corso: los tres eran nombrados por el Sultan y tenian el 1 por 15 de cuanto robaban ó apresaban aquellos. Pocas veces, sin embargo, pasaban el Estrecho, y así eran más perjudiciales al comercio y comunicacion de España con el Levante y con sus posesiones en Italia, que al comercio de América; pero en cambio en los puertos de Fez y de Marruecos, en Larache, Rabat y Salé no abundaba ménos que en Argel y Túnez aquella planta parásita y venenosa por cuya razon tanto como por temor á las escuadras inglesas ú holandesas, la navegacion de las flotas y galeones desde Cádiz hasta las Azores se hacia como hemos dicho en órden de batalla y con las mayores precauciones.

Antes de terminar el reinado de Felipe II, España habia perdido su supremacía naval: Inglaterra primero y luego Holanda la sustituyeron en ella. La constitucion de esta última nacionalidad, hostíl por orígen, por religion y por necesidad á España, fué en aquella época el peligro más grave para la doble exclusion territorial y mercantil que caracterizaba la política española en América. Por espacio de largo tiempo el contrabando que constituia, como hemos dicho, la mayor parte de aquel comercio, fué indirecto y dejó alguna utilidad á los comerciantes españoles Estos se proveian en las industriosas ciudades de Flándes y del Norte de Francia de paños, sedas, lienzos y tejidos de todas clases, y haciéndolos venir á Cádiz, los embarcaban en la flota como nacionales, merced á la interesada complacencia de los Jueces Oficiales, Visitadores y demás empleados de la Tabla de Indias. Mas cuando la guerra entre España y Francia fué perpétua, y cuando el sistema de las confiscaciones, embargos é indultos que Cárlos V y su hijo aplicaron á aquel comercio convenció á los extranjeros de que no lograrian utilidad segura miéntras dependiesen de nosotros, emprendieron hacer el contrabando directo, navegando á América y procurando penetrar en ella ó tomar posicion ventajosa en algunas de las infinitas islas de que se halla cercado aquel continente.

Entónces fué cuando comenzó el establecimiento de Franceses, Ingleses y Holandeses en las Antillas y en las islas con que formaron sus colonias, cuyo orígen, debido al contrabando y á la piratería y cuya historia plagada de crímenes y de crueldades debiera haber hecho á sus respectivos escritores ménos severos con los conquistadores españoles de Méjico y del Perú, á quienes si domi-

naba como aquellos la sed del oro, ennoblecian en cambio el amor á la pátria, el celo religioso y la disciplina junta con el valor, que ni por asomo conocieron los conquistadores de la Jamáica y de Santo Domingo, los contrabandistas de Curaçao y de San Eustaquio y los filibusteros de San Cristóbal y de la Tortuga.

Miéntras nuestra pátria en el breve espacio de ménos de sesenta años habia realizado el prodigio de descubrir y explorar todo el Nuevo Mundo desde Chile hasta California y de establecer en tan inmenso territorio y en las Antillas su dominacion; miéntras fundaba y organizaba con elementos españoles sobre las ruinas del imperio Azteca y del de los Incas los dos grandes vireinatos de Méjico y el Perú y las capitanías generales que de ellos dependieron, más adelante de Goatemala, Nueva Granada, Caracas, Buenos Aires, Chile, etc.; miéntras trasformaba á Méjico en una grande y hermosa ciudad europea y fundaba á Veracruz en 1519, á Cumaná en 1520, á Portobelo y á Cartagena en 1542, á Caracas en 1567, á Acapulco, Lima, Panamá y la Concepcion de 1530 á 1550; en tanto, decimos, que realizaba estas maravillas, de que no ofrece ejemplo la historia de ninguna otra nacion, la sed del oro que nos echan en cara atraia á las costas americanas á los extranjeros esperanzados de poder cortar el paso á alguno de los buques que Cortés ó Pizarro enviaban á España con grandes cantidades de oro ó que llevaban á la metrópoli los productos de las minas del Cibao. Hasta el primer tercio del siglo XVII no hallamos con todo establecidos á los Holandeses en la isla de San Eustaquio en 1632, ni en la de Curaçao en 1634, ni á los Franceses en la Guadalupe y la Martinica, ni á los Ingleses en la Jamáica hasta 1655, aunque ya desde 1642 poseian la Barbada. Mas para caminar con más seguro paso y para ver con claridad los antecedentes y los orígenes de la dominacion extranjera en las Antillas, retrocederémos al siglo XVI, á la época en que la Isla Española, hoy de Santo Domingo, descubierta por Colon en su primer viaje, la mayor de las islas de aquel archipiélago y matriz de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo, se hallaba pacificada y gobernada por el Comendador D. Nicolás de Ovando.

## VI.

Tiene la isla de Santo Domingo, situada entre las de Puerto-Rico y Cuba, 160 leguas de E. á O. y 30 por lo más estrecho de ella: sus costas miden 350 leguas de rodeo; pero incluidos sus cabos y espaciosas bahías, sumarán 600, segun algunos autores (1). Estuvo dividida hasta el siglo XVIII en cinco grandes secciones, una de las cuales era la famosa Vega Real, espacioso y fértil valle de 80 leguas de largo y 10 de anchura por algunas partes, regado por diez rios grandes é infinitos arroyos. Allí se encontraban las minas de oro de Cibao, famosas ántes de que comenzasen á rendir sus productos las del Potosí y de Guanajato, y tan ricas, que, segun el P. Charlevoix, aunque el cálculo nos parece exagerado, en los tiempos de la administracion del Comendador Ovando salian todos los años para España de la Isla Española 460.000 marcos de oro. Mas cierto es, que el Rey Católico D. Fernando tuvo situados 500.000 escudos de oro al año sobre las rentas de la Isla, las cuales no provenian solamente del laboreo de las minas, sino de la industria azucarera trasplantada allí desde las Canarias por Gonzalo Velosa, que fundó el primer ingenio, así como de otros ramos de la agricultura á que la poblacion española se dedicó.

Breve fué, con todo, el período de prosperidad de la Isla Española. Aunque por mucho tiempo recogió la corriente de la inmigracion europea que á ella se dirigia, con mayor celeridad la vertia sobre las demás Antillas, sobre el Yucatán, Méjico, la Florida, Goatemala, el Itsmo de Darien, el Perú y Chile, durante el glorioso período de los descubrimientos y conquistas. La poblacion indígena, ménos robusta que la del continente americano, indolente, sin cultura, y acostumbrada á no producir sino lo estrictamente preciso para su sustento, disminuyó con aterradora rapidez al contacto de una raza superior, llena de fuerza, de necesidades y de exigencias.

Otra causa contribuyó á la decadencia y despoblacion de la Isla

(1) *Historia de la Isla Española, ó de Santo Domingo*, por el P. Pedro Francisco Charlevoix, de la Compañía de Jesus. In. 4.°, 2 volúmenes. Impresa en Paris año de 1730.

Española. En 1512, el activo conquistador y poblador de Puerto-Rico, Ponce de Leon, corrió todas las islas del canal de Bahama, examinando sus circunstancias y las de aquellos mares, y sus observaciones dejaron sentado que, para volver á España, era aquel canal el mejor camino. Desde entónces el puerto de la Habana comenzó á llamar á sí el comercio de Europa, con grave perjuicio de la Española, «pues al ir desde España,—dice un autor,—todos van á Puerto-Rico, y al volver van á la Habana, porque con eso á la entrada y á la salida del canal tienen favorables las corrientes.»

Reducidos á poblaciones los numerosos Indios que habitaban la Isla al ser descubierta, segun un sistema tal vez necesario para sus adelantos en la cultura europea, pero funesto para aquella raza en las Antillas como en el continente, los campos y los montes se vieron en gran parte abandonados y desiertos. Con la abundancia de bayas, frutas y raíces que los últimos ofrecian, los ganados que los Españoles introdujeron en la Isla se multiplicaron prodigiosamente; pero en particular los perros y los çerdos, hasta que, faltos aquellos carnívoros de alimento, dieron en los cerdos de tal modo, que fué preciso hacer una gran mortandad de perros para conservar la raza porcina, que era de un gusto exquisito por los frutos y raíces de que se nutria. Los caballos, que durante los tiempos de la conquista tuvieron un precio exorbitante en América, eran otro ramo de riqueza de la Española, que exportaba tambien cueros en abundancia, sebo, azúcar y víveres de que se proveian las expediciones y las islas vecinas.

El primer buque extranjero que se presentó en estos mares fué una nave mercante inglesa que en 1520 arribó á Puerto-Rico; y desde este instante se manifestó la política española en materia de comercio y comunicacion de sus posesiones americanas con las otras potencias. Habiendo pasado desde aquella isla á la Española, la fortaleza de Santo Domingo hizo fuego sobre él, con lo que tuvo que dar la vuelta á Puerto-Rico, donde en un pequeño pueblo de la costa desembarcó y vendió como pudo su cargamento. La Corte de Madrid sintió mucho que no se le hubiese apresado, y manifestó su descontento. Desde entónces hasta fines del siglo XVIII este sistema jamas fué abandonado, sino mantenido con el mayor rigor; testigo el Presidente de la Audiencia de Santo Domingo, que, acusado á mediados del siglo XVII de tolerar el comercio con los

Holandeses, so pretexto de proveer de esclavos negros la Isla, fué preso, depuesto y llevado á Sevilla, donde se le hizo su proceso, se le condenó á ser degollado y se ejecutó la dura sentencia (1).

Cualesquiera que fuesen la vigilancia y la inflexibilidad de España para excluir á los extranjeros, la fiebre del oro podia más que ella. El P. Charlevoix cuenta refiriéndose al año 1527, que como ya en este tiempo los corsarios ingleses y franceses iban con frecuencia á robar á los españoles de Indias, y estos por su parte introducian contrabandos, el Arzobispo de Santo Domingo, que después lo fué de Méjico, D. Sebastian Ramirez de Fuenteleal, varon ejemplar y docto, con consulta de los hombres notables de la Isla, propuso al Rey y al Consejo de Indias, «que, obligando á todos los navíos que iban de España á Indias á que se dirigiesen á Santo Domingo, y á cuantos de Indias volvieran á Europa á que hiciesen escala en el mismo puerto y previniendo que llevasen guias, se podria evitar los insultos de los piratas.» Por entónces no fué aprobada esta proposicion; pero ya hemos visto como treinta años más tarde se dispuso la navegacion en flota, y el rumbo forzoso á la Habana, que habia sustituido á aquella ciudad en la supremacía comercial y marítima.

Ni fueron solamente corsarios montando un solo buque los que de Europa acudieron á los mares de América á arrebatar á los Españoles el oro de los Reyes Aztecas ó de los rescates exigidos por Pizarro y por sus capitanes á los infortunados descendientes de Manco Capac: expediciones más considerables, mandadas por célebres marinos, fueron allá con parecido objeto, aunque de tarde en tarde durante el siglo XVI. En 1586, el terrible corsario inglés Francisco Drake, azote de España, atacó, sitió y destruyó la ciudad de Santo Domingo, que tardó poco en levantarse más floreciente de entre las ruinas; en 1591, el holandes Cristóbal Newport hizo lo propio en Jaguana, en la misma isla; pero su compatriota Abraham de Verne, que en 1606 amenazó á Cuba, no tuvo tan buena suerte, pues fué atacado y derrotado en las costas de aquella isla por la flota española.

Del primer tercio del siglo XVII datan las empresas de los extranjeros para sentar el pié en las pequeñas Antillas, que siendo tan numerosas no podian todas ser bien guardadas por los Espa-

(1) Charlevoix, *Historia de la Isla Española*, part. II, lib. 7.º, pag. 27.

ñoles. Ingleses y Franceses reunidos se apoderaron en 1625 de la Isla de San Cristóbal, que dos años después dividieron por un tratado entre ámbas naciones.

No gozaron mucho tiempo tranquilamente la posesion de tan corto territorio. Cuando en 1630 fué enviado de España al Brasil el General D. Fadrique de Toledo, para que arrojase de aquella provincia á los Portugueses que se habian apoderado de ella, recibió órden de recobrar al paso la isla de San Cristóbal. Hízolo así, é Ingleses y Franceses fueron expulsados, aunque no tardaron en volver á su guarida. No corta porcion de los Franceses que con sus barcos pudieron escapar de la primera derrota, fueron á parar á las costas de la Española, y viendo lo despoblado de la tierra, su gran extension y la multitud de ganado vacuno y de cerda que en ella y en las pequeñas islas adyacentes se encontraba, faltos de víveres, perseguidos y hambrientos sentaron allí sus reales y comenzaron á dedicarse á la caza. Imitando lo que veian practicar á los Indios, secaban al fuego la carne de las reses que inmediatamente no consumian, y de esta vianda así conservada, que se llamaba *carne bucanada*, ó seca al fuego, vino á estos aventureros cazadores el nombre de *bucaneros*, que entónces se les dió y les conserva la historia.

Muy próxima á la gran Isla Española, habia descubierto Colon en su primer viaje una pequeña, á la que, por su configuracion, dió el nombre de *La Tortuga*, que en la época á que nos referimos se hallaba en parte cultivada y poblada, y abundaba en ganado. Temerosos los bucaneros de los Españoles de Santo Domingo, que no les consentian en su territorio, y les daban caza, como ellos á sus reses, se reunieron en cuerpo y cayeron sobre *La Tortuga*, de la que se apoderaron, arrojando á los Españoles de siete grupos de poblacion que en ella habia. La isla tiene ocho leguas de largo, dos de ancho, y no dista de la Española más que otras dos leguas : cultivábase ya en ella la caña de azúcar y el tabaco, pero el principal recurso de sus moradores era el ganado de cerda, muy abundante.

Señoreados de este corto territorio los primitivos bucaneros, cambiaron de costumbres: parte de ellos continuó dedicándose á la caza, ya en La Tortuga, ya en la isla Ibaca, denominada por los Franceses *Avache,* ya en las costas de la Española, y una parte más considerable se dedicó á la piratería. Estos recibieron el nom-

bre de *filibusteros*, que significa ó quiere decir, gente que hace la guerra en la mar por el botin.

El padrastro de la Tortuga incomodaba en extremo á los Españoles de Santo Domingo, que aunque decaidos de su antiguo poder, jamas toleraron la vecindad de los extranjeros, haciendo constantes y heróicos esfuerzos por librarse de ella. Aprovechando la ocasion de hallarse en la mar la mayor parte de los filibusteros, al mando de Willis, el primer capitan de esta gente, inglés de nacion, que hallamos mencionado, los Españoles recobraron la Tortuga y ahuyentaron por algunos años á aquellos; pero no pudiendo guarnecerla, volvieron á ocuparla los filibusteros que se habian salvado, y reforzados por otros se establecieron de nuevo, no solamente en esta isla, sino tambien en la costa occidental de Santo Domingo, donde sucesivamente se fueron extendiendo tras de numerosas vicisitudes.

Los que quedaron en la Tortuga, Franceses casi todos, vivian con independencia de la metrópoli y sin relaciones con ella; reforzados por la emigracion de no pocos calvinistas perseguidos en la última, los vemos en 1643 con un principio de Gobierno, pues reconocian como jefe y casi como soberano al pirata Levasseur que en aquel año tuvo la fortuna de rechazar una nueva acometida de los Españoles. La soberanía de Levasseur terminó sin embargo trágicamente, como era de esperar del carácter de sus súbditos, pues en 1652 fué asesinado por ellos. En el mismo año comenzaron las relaciones entre los filibusteros y el Gobierno frances. El caballero de Fontenay, con comision y poderes del Gobernador de San Cristóbal, pasó á la Tortuga con dos buques, y procediendo con arte, supo hacerles reconocer la soberanía de Francia, recibir colonos y comenzar á cultivar el terreno, sin que por eso dejara de ser la principal industria de la Isla la piratería.

Inglaterra, bajo el gobierno de Cromwell, siguió en breve á Francia á las Antillas con más fortuna que aquella. En 1655 una escuadra muy considerable para aquel tiempo, compuesta de diecisiete buques de guerra con gran número de los de trasporte, desembarcó en la Isla Española hasta 10.000 hombres, con ánimo de apoderarse de Santo Domingo; pero los Españoles, auxiliados por las circunstancias del terreno y clima, los rechazaron. Reembarcándose entónces, hicieron rumbo á la Jamáica, muy poco poblada de Españoles, quienes hallándose incapaces para resistir en

campo abierto, huyeron á los montes. Desde ellos hacian cruda guerra á los invasores, causándoles gran daño. Para contenerles ó exterminarles, los Ingleses se valieron de un medio contrario á las leyes de la guerra, y más si es de invasion : pusieron á precio las cabezas de los refugiados en las montañas, y llamaron á la Jamáica á los filibusteros de la costa occidental de Santo Domingo, quienes acudiendo al cebo de la ganancia, y llevando consigo perros, como en otro tiempo los Españoles respecto de los Indios, destruyeron ú obligaron á capitular ó á emigrar á los Jamaicanos no sometidos. Inglaterra estableció en la isla un Gobierno militar, y guarneciéndola bien, supo conservar su dominio; la Jamáica no fué ingrata con los filibusteros, porque durante la segunda mitad del siglo XVII les sirvió de asilo en sus desgracias como en sus expediciones, de abrigo siempre, de mercado para sus robos y de lugar de placer y descanso para los que momentáneamente ricos pasaban en ella largas temporadas dedicados al juego, al vino y las mujeres, hasta que la necesidad les obligaba á volver á la mar en busca de aventuras. De esta índole fueron los orígenes de la dominacion extranjera en las Antillas.

Proseguia entre tanto sin tregua y sin cuartel la guerra entre los filibusteros y los Españoles de Santo Domingo, así en esta isla como en la Tortuga. Alguna vez los últimos lograron arrojar á los primeros de su guarida predilecta; pero entónces se refugiaban en otras islas pequeñas, donde continuaban secando ó bucanando la carne robada en la Española y carenando sus barcos. Su principal refugio en estas ocasiones eran unas islas pequeñas situadas en la inmensa bahía de Manzanillo. Desesperando los Españoles de librarse de tan peligrosa é indigna vecindad, acudieron á un recurso heróico, que prueba hasta qué punto llegaba su ódio al extranjero. Poniéndose de acuerdo y empleando en ello todas sus fuerzas útiles, hicieron por espacio de muchas semanas una caza general en las posesiones de la costa que más frecuentaban los bucaneros: destruyeron cuanto sér viviente encontraban al paso; toros, vacas, cerdos, cabras y perros: los bosques quedaron en una extension inmensa despoblados y silenciosos: el sacrificio fué completo, pero aun cuando por el momento produjo el efecto que se deseaba, no logró sino que el mal variase de localidad; porque bucaneros y filibusteros trasladaron el teatro de sus hazañas á Puerto Paz, al grande y al pequeño Goave y á Leogane. Con el tiempo, sin em-

bargo, esta poblacion iba subdividiéndose y trasformándose. Primeramente no hubo más que bucaneros ó cazadores furtivos; después filibusteros ó piratas, y por último colonos y labradores. En 1665 la Tortuga quedó ya definitivamente en su poder, y la poblacion francesa habia arraigado y multiplicado de manera en Santo Domingo, que no fué posible expulsarla y sostuvo la guerra, no regular, porque era de exterminio, pero sí con igualdad de condiciones con la poblacion española.

## VII.

Las costumbres de estos piratas eran tales como podia esperarse de su género de vida y de la imposibilidad en que se veian de constituir familia por la falta de mujeres, hasta que M. Colbert comenzó á enviarles de Francia las que acá estorbaban por su profesion pública, las cuales el Gobernador de la Tortuga sabia venderles á subido precio. El mismo P. Charlevoix conviene en que no parece sino que el bautismo que sufrian los filibusteros al pasar la línea, arrojándoles sus camaradas al mar atados con una cuerda si no pagaban rescate en vino ó dinero, les infundia tan prodigiosa virtud, que no habia fechoría ni maldad de que no fuesen capaces. Refinados eran en los tormentos que aplicaban á los Españoles para hacerles declarar dónde tenian su dinero ó en qué paraje de los montes ocultaban sus ganados; y entre ellos merece mencionarse por lo cruel el que consistia en atar los cuatro remos del paciente á otros tantos árboles próximos entre sí, colgándole por enmedio del cuerpo una soga con gran peso pendiente de sus extremos, la cual á veces concluia por serrar el tronco. La sabrosa carne del puerco silvestre criado con frutas, asada con su propia manteca lentamente sobre estacas, era el alimento principal de los bucaneros y de los filibusteros en tierra. Su traje poco se diferenciaba del de los Indios, á no ser que el saqueo de una poblacion les hubiera proporcionado las ropas que no podian adquirir por falta de regular comercio; y en este caso no era raro que al lado de pieles toscas se viera brillar el tisú de oro ó de plata.

Buques holandeses de vez en cuando llegaban á la Tortuga á venderles armas y municiones á cambio de cueros y de los productos de sus robos; pero desde 1655 la Jamáica fué su mercado

para uno y otro objeto. Sucesivamente fueron extendiendo sus expediciones desde las Antillas al Yucatan, las Floridas, Nicaragua, Tierra Firme, el Darien, Coro y las lagunas de Maracaybo; mas cualquiera que fuese el éxito, siempre vivieron pobres y miserables, disipando en pocos dias las riquezas que habian usurpado. En el mar de las Antillas y golfo de Méjico, tenian estaciones desde donde acechaban á la ida ó á la vuelta á los buques españoles, principalmente en el cabo de San Antonio, en el Catoche y Corrientes. Para carenar sus embarcaciones se ocultaban en los Cayos del Sur, al Mediodia de Cuba, ó iban á la Boca del Toro, á la costa de Castilla del Oro ó á la misma Tortuga. Con frecuencia se perdian en los bosques, ó perecian de hambre, ó á manos de los Indios si se libraban de los Españoles. Estos, en su contínua guerra con los de Santo Domingo, empleaban diez guerrillas ó tropas de á cincuenta hombres, que se hallaban en incesante movimiento, y no daban cuartel: jamas quisieron tratar de límites, ni entrar en trato alguno que implicara el reconocimiento del hecho, ni ménos del derecho de la ocupacion francesa. En la mar empleaban en la persecucion de los filibusteros cuatro embarcaciones llamadas *galeotas*, de 90 piés de largo por 18 de ancho, de treinta y seis á cuarenta y cuatro remeros, con dos velas y cuatro pedreros, y tripuladas por ciento veinte hombres, las cuales eran muy veloces y muy temidas de los piratas; pero reforzándose y renovándose los últimos por la emigracion de Europa, y siendo apoyados y sostenidos indirectamente al principio y directamente luego por el Gobierno de Francia, hubiera necesitado el negligente de España mayor vigilancia, una expedicion considerable y mantener después el número suficiente de cruceros para extirpar aquella dañosa excrescencia y librar las costas y el comercio de América de tan peligrosos enemigos.

La segunda mitad del siglo XVII, cuando ya era manifiesta la decadencia del poder español y habiamos dejado de ser potencia marítima, fué el período de mayor vigor de los filibusteros; la época de sus grandes expediciones á Venezuela, Panamá, Portobelo y al mar del Sur, en las que saquearon y quemaron grandes poblaciones, reuniendo para ello tropas que entónces podian ser consideradas en América pequeños ejércitos y escuadras de buen número de velas: insuficiente y despreciable todo si España hubiera sido una nacion bien gobernada; de incalculable daño y sonrojo

cuando España era un gran cuerpo sin cabeza, insensible y sin movimiento.

Ya en esta época los gobernadores de la Tortuga y de la costa occidental de Santo Domingo obtenian su título del Gobierno de Francia; pero no variaron por eso las cosas, pues los filibusteros siguieron gozando de la misma libertad que ántes. Así lo vemos en el largo gobierno de d'Ogeron, que de capitan del regimiento de la Marina, se convirtió en corsario ó hizo vida comun con éstos. Tres veces habia intentado, con permiso de la metrópoli, fundar una colonia en Santo Domingo y siempre habia fracasado, aunque llevó á Puerto Margot colonos de su país, el Anjou, y obtuvo de M. Colbert que le enviase un centenar de mujeres públicas. El período de su mando coincidió con el apogeo de los filibusteros. Pedro Legrand, natural de Dieppe, y Miguel, apellidado el *Vasco*, adquirieron renombre en Francia por haber entrado en sus puertos con ricas presas, pues cuando éstas eran de consideracion no las vendian en la Jamáica ó en la misma Tortuga. El filibustero más célebre y más funesto á los Españoles de los que adquirieron nombre durante este período, fué el llamado el *Ollonois*, por haber nacido en las landas ó arenas de Olonne. Apellidósele *el azote de los Españoles*, y no usurpó el título. Habia comenzado por asar carne sirviendo de criado á un bucanero, y pasó luego á servir á un filibustero; de modo que en tierra y en mar pudo enterarse bien de los detalles de la profesion, y adquirir numerosos conocimientos. Apénas se vió en posesion de un barco, se lanzó por su cuenta á las aventuras y comenzó á dar pruebas de su valor y ferocidad. El fué de los primeros que atacaron ciudades del continente, cabiéndola esta triste suerte á Campeche; pero la resistencia de los Españoles fué dura, y el Ollonois, gravemente herido y cubierto de sangre, hubiese perecido si no se hubiera ocultado entre los cadáveres, fingiéndose muerto. Llegada la noche, pudo obtener de unos esclavos negros que le dieran una barca, por cuyo medio huyó á la Tortuga. No mucho tiempo después, le vemos apresando cerca de la Habana una fragata española, cortando la cabeza á sus tripulantes y, segun consignan escritores franceses, bebiendo sangre de sus víctimas. La expedicion que le dió mayor reputacion fué la que llevó á cabo en 1666 contra Venezuela en union con otro filibustero, Miguel el Vasco: mandaban entre ambos seis buques, á los que añadieron dos naves españolas que navegaban á

Santo Domingo y fueron por ellos apresadas. Con estas fuerzas se dirigieron á la isla de Curaçao, de la que desde 1635 se habian apoderado los Holandeses, juntamente con las de Benaire, las Aves, Aruba y alguna otra, situadas hácia el desagüe del Orinoco. Curaçao servia á los Holandeses de depósito de contrabando y á los filibusteros de estacion en sus expediciones al continente americano, pues allí se refrescaban, se reunian si las tempestades habian dispersado sus escuadras, adquirian noticias y completaban su armamento y municiones. Desde Curaçao, el Ollonois y el Vasco se dirigieron sobre el lago de Venezuela; pero los Españoles, defendiendo valerosamente su entrada, dieron lugar á los habitantes de Maracaybo á embarcar cuanto de valor tenian y refugiarse en el pueblo de Gibraltar situado en la orilla opuesta. Aquí vinieron tambien á atacarles los filibusteros, y aunque en el combate perdieron 100 hombres, quedaron los bastantes para robar los templos, dar muerte á hombres, mujeres y niños y regresar con rico botin á la Tortuga, adonde llegaron el dia de Todos los Santos del año mencionado, repartiendo entre los que habian sobrevivido hasta 400.000 pesos. Prosiguiendo sus hazañas el Ollonois, atacó, saqueó y quemó la villa de San Pedro en la bahía de Honduras, fué rechazado en Goatemala, perdiendo mucha gente, y tuvo un fin digno de su vida, pues habiendo desembarcado en las islas Varú, hácia la parte de Cartagena, los Indios caribes le cogieron vivo con algunos otros filibusteros, y celebraron con ellos uno de sus festines (1).

No estaban tampoco ociosos en tierra los bucaneros. El Viernes Santo del año de 1665 fué dia funesto para los habitantes de la ciudad de Santiago, en Santo Domingo, pues en él vieron penetrar en sus muros hasta 400 de aquellos, mandados por Delisle, los que segun su costumbre la saquearon, llevándose hasta los vasos sagrados. Obrando en este tiempo de acuerdo los Franceses de la Tortuga y de Santo Domingo y los Ingleses de San Cristóbal, se vieron en la mar hasta doce escuadras de corsarios que hacian imposible la navegacion y el comercio de España en América. En vano el Gobierno español, siempre que un tratado de paz como el de Aquisgram en 1668 le proporcionaba ocasion, se quejaba al de Francia del amparo que prestaba á los filibusteros, porque el último alegaba que no tenía jurisdiccion ni influencia sobre

(1) Charlevoix, *Historia de la Isla Española*, part. II.

ellos; no siendo cierto, pues como ya hemos visto, obedecian á d'Ogeron, y desde el principio los gobernadores de la Tortuga disfrutaban de una décima parte del botin, que los filibusteros escrupulosamente les reservaban en todas sus expediciones.

## VIII.

Desde la gran empresa del Ollonois contra Venezuela, Honduras y Goatemala (1666), hasta la del Almirante Pointis y el Gobernador Ducasse, asistidos por los filibusteros contra Panamá (1697), es decir, desde la paz de los Pirineos hasta la de Ryswiek fueron numerosas é importantes las expediciones de aquellos contra el continente americano: esta época, fatal á España, puede ser considerada como la edad de oro del filibusterismo, y en ella brillaron con siniestro fulgor los nombres del Ollonois, de Morgan, Grammont y Lorenzo Graff, por los Españoles apellidado «Lorencillo.»

En este período, sin contar otras muchas de menor importancia, pero muy dañosas todas á los Españoles, registramos las siguientes grandes expediciones, además de la que llevó á cabo Delisle contra Santiago de los Caballeros en 1660, que dejamos referida.

1666.—El *Ollonois*, apellidado *azote de los Españoles*, en union con *Miguel el Vasco* ataca á Venezuela, pierde una parte de su gente, pero el robo importa más de 400.000 pesos; la expedicion regresa á la Tortuga el dia de Todos los Santos de 1666.

1670.—El pirata Morgan saquea á Panamá y á Portobelo: importa el robo, sin contar lo destruido, más de 300.000 pesos.

1675.—Expedicion d'Ogeron, gobernador de la Tortuga, nombrado por la Compañía de América, asistido de M. de Povancey, gobernador frances de San Cristóbal contra la isla de Curaçao, perteneciente á la Holanda. Al dirigirse á ella, los vientos le arrojaron contra la isla de Puerto-Rico, cuyo gobernador le redujo á prision. D'Ogeron consigue escapar de la isla en una barca, y vuelve contra Puerto-Rico con nuevas fuerzas, pero no logra sino que el Gobernador español ahorque á los filibusteros que tenía en su poder, sin exceptuar más que 17 oficiales.

1678.—Expediciones del filibustero Grammont á Santiago de Cuba, Puerto Príncipe y lagunas de Maracaybo.

1680.—Otra del mismo contra Venezuela y Puerto Caballo, donde es herido.

1683.—Otra de Franceses y Holandeses, aquellos al mando de Grammont, éstos al de Lorenzo Graff contra Veracruz. La expedicion, más considerable que las anteriores, se componia de diez buques con 1.200 filibusteros escogidos. Veracruz fué tomada; su obispo ajustó el rescate en 2.000.000 de pesos y 1.500 negros, muchos de ellos libres.

1685-1688.—Gran expedicion al mar del Sur, por Grammont y Graff. Esta se compuso de várias cuadrillas de piratas que tomaron diversos caminos, yendo los unos por el Estrecho de Magallanes, otros por el golfo de Uraba y el rio Chica. Sobre Panamá cayeron 1.100 de ellos en diez embarcaciones—9 Julio de 1685.—Los Ingleses se apoderaron de Realejo y de Leon, los Franceses de Pueblo Viejo y Chiriquita—1686.—En 20 de Abril del mismo año, después de haberse apoderado de la ciudad de Granada, acometieron á Guayaquil. Aquí el rescate se concertó en un millon de pesos y 400 sacos de harina, á más de lo que habian robado. Gran parte de la ciudad fué presa de las llamas. Más de novecientos cadáveres de Españoles insepultos corrompian el aire con sus emanaciones, lo que obligó á los filibusteros á trasladarse á Puna. Ingleses y Franceses se habian ántes separado, porque los primeros—dicen los escritores de su nacion—no podian sufrir la impiedad y las crueldades de los últimos. Por aquí puede sacarse cuál sería la conducta de los soldados de Graff, sabiendo lo que entendian los de Grammont por rectitud y humanidad. La expedicion duró más de dos años, y los historiadores estiman en centedares de miles las víctimas que causó. A pesar de esto, los filibusteros no tocaron sino á 400 pesos cada uno, y sólo unos 200 volvieron á Santo Domingo, habiendo perecido los más á manos de los Españoles, ó por las enfermedades y el hambre.

1697.—Expedicion contra Cartagena de Indias. En esta los filibusteros fueron en calidad de auxiliares de las fuerzas regulares de mar y tierra mandadas por Pointis y Ducasse; pero el resultado vino á ser el mismo para la ciudad española, porque la capitulacion fué violada y aquella saqueada por los filibusteros, que repartieron á mil pesos. El Gobierno frances desaprobó la conducta de Pointis; mandó devolver la plata robada á las iglesias, é hizo grandes demostraciones de sentimiento, como si la culpa no

fuese suya por haber admitido la cooperacion de aquellos bandidos.

La paz de Ryswiek fué mejor guardada por los Franceses de América que las de los Pirineos y Nimega y la tregua de Ratisbona, y los filibusteros fueron contenidos por los gobernadores de Santo Domingo. Con el advenimiento al Trono de España de lo Casa de Borbon y la larga guerra que le siguió, los Españoles y los Franceses de América tuvieron necesidad de vivir unidos; y lo que los últimos no habian podido lograr en doce lustros de guerra, lo consiguieron por la paz, que fué extenderse por la mayor parte de la Isla y consolidar su dominacion.

Aparte de la *Historia de la Isla Española*, del P. Charlevoix, que, como hemos visto, contiene copia de noticias y pormenores acerca de los filibusteros y bucaneros, existe otra obra exclusivamente dedicada á este último asunto, y en extremo curiosa. Titúlase *Historia de los filibusteros y bucaneros que más se han distinguido* (1), y la escribió en idioma frances uno de ellos, Alejandro Ollivier Oexmelin, cirujano de aquella nacion que les asistió por largo espacio de tiempo en sus expediciones.

El autor, cuya clientela en Francia no era muy numerosa, aceptó las proposiciones que le fueron hechas á nombre del gobernador de la Tortuga, y se embarcó con ajuste en la rada del Havre de Gracia en 2 de Mayo de 1666 para aquella isla. Ejerciendo su profesion asistió á várias expediciones, y vivió contínuamente entre los filibusteros, cuyo género de vida, hechos y costumbres describe con abundancia de datos, como quien tan de cerca los observaba.

Leemos en los dos tomos de que consta su obra, que los Franceses adoptaron la profesion de filibusteros incitados por el ejemplo de los Holandeses, aunque es de creer que todavía más que ese ejemplo les impulsó á tan peligroso é inmoral género de vida el aliciente de las ricas presas con que aquellos mares brindaban. Segun el mismo autor, M. Du Rossey que de bucanero habia llegado á ser jefe de filibusteros, fué quien primeramente logró echar de la isla de la Tortuga á los Españoles y establecer en ella á los de su nacion; y añade que, como Francia y España estaban entónces en

(1) *In octavo*, Paris, año de 1699, por Jacobo Lefebure, impresor, calle de la Harpe.

paz, los filibusteros tomaban patentes del nuevo Rey de Portugal (1) y pasaban por súbditos portugueses, eludiendo de este modo el tratado de los Pirineos.

D'Ogeron, que sucedió á Rossey en el irregular gobierno de la Tortuga, fué, dice Oexmelin, quien comenzó á construir habitaciones y casas y á llevar de Francia á aquella isla, á Puerto-Paz y Puerto-Margot menestrales, labradores, mujeres y personas de diversas profesiones, como el mismo Ollivier. Curiosas noticias biográficas contiene esta obra de los principales filibusteros, tales como el inglés Luis Scott, Pedro Legrand, natural de Dieppe, Roque de Groninga, tan cruel con los Españoles que llegó á tostarlos vivos; no obstante lo cual, habiendo sido hecho prisionero en Campeche y enviado á España, el Gobierno de aquí, como si ignorase lo que en América sucedia, le dejó escapar á Inglaterra, de donde regresó al Nuevo Mundo y á su antigua profesion, atacando en union con otros jefes la ciudad de Mérida en el Yucatan. Legrand saqueó á Campeche, el holandés David á Nicaragua y San Agustin de la Florida; las hazañas del *Ollonois*, el *Vasco* y otros filibusteros, ya las dejamos referidas. Hablando Oexmelin del saqueo de Veracruz en 1683, que importó próximamente seis millones de pesos, intercala unas frases que debemos reproducir, porque dan idea de lo que era entónces el poder de España en América, y de la osadía y fuerza de los piratas que asolaban sus costas como las de la Península los de Argel y Marruecos. Extraña Ollivier que los expugnadores de Veracruz se hubiesen contentado con tan poco, y dice: «si no es que su objeto fuese no arruinar del todo á los vecinos, á fin de tener con qué contentarse cuando les pareciere volver; porque ellos se apropian de tal modo todo lo que es de los Españoles, que cuando sus gastos y deudas les obligan á volver á salir en corso, se les vé al cabo de algunos años ir á pedir los intereses de lo que dejaron, pretendiendo que se les deben réditos, como si fuesen los propietarios y los Españoles estuviesen obligados á darles cuenta de su administracion» (2).

En efecto, ¿qué eran los Españoles sino meros administradores de los filibusteros, que á cada momento les ponian á rescate y se apoderaban de todos aquellos de sus bienes muebles que no se les antojaba destruir?

(1) Ollivier Oexmelin, tomo I, cap. V, pág. 64.
(2) Ollivier, tomo I, parte 3.ª, cap. I, pág. 341.

El capitan *Lorencillo*, de quien largamente habla Ollivier, no se descuidaba en pedir cuenta de los *réditos* de su capital imaginario á los Españoles. Su nombre era, como ya hemos dicho, Lorenzo Graff: era holandes, habia servido de marinero en la armada de España, y héchose temible á los filibusteros. Habiendo caido prisionero de éstos, se aficionó á la profesion, y tomó partido con ellos. En este período de su carrera dió muerte á otro filibustero, tambien holandes, llamado Van-Horn; pero habiendo logrado pasar con su buque per medio de una escuadra española, el Gobierno frances le perdonó y le otorgó carta de naturaleza.

*Morgan* era un labrador del condado de Gáles, en Inglaterra, que, atraido por la fama de las riquezas que los filibusteros adquirian en América, pasó allá, y no tardó en distinguirse en el oficio. En la expedicion del capitan Manswelt, tambien inglés, contra la isla de Santa Catalina, con quince barcos y 600 hombres, Morgan fué de segundo jefe, quedando de primero á la muerte de aquel.

En calidad de tal, con cuatro buques y 700 filibusteros franceses é ingleses, concibió el proyecto de una expedicion á Panamá, «para apoderarse de todos los frailes y clérigos de esta ciudad y exigir por ellos buen rescate;» pero se decidió al cabo por saquear la villa del Príncipe, en la isla de Cuba, lo que realizó con gran daño de los Españoles, pero sin obtener las riquezas que codiciaba. Habiéndose desavenido Franceses é Ingleses, se separaron; mas reforzado á poco Morgan con otro jefe filibustero que le llevó nueve buques y 470 hombres, se dirigió sobre Portobelo. En el puerto del Ponton, á cuatro leguas de aquella ciudad, dejaron los buques y tomaron pequeñas embarcaciones, con las que navegaron hasta el *estero de Longalemo*: allí saltaron en tierra, y, guiados por un inglés que conocia bien el país, entraron de noche en la ciudad, dieron muerte á los hombres, y se apoderaron de los frailes, mujeres y niños refugiados en las iglesias. Murieron muchos de los filibusteros; los que quedaron pasaron á las costas de Cuba, donde se dividieron el robo, que ascendia á 260.000 pesos, porque era infinitamente más lo que destruian que lo que robaban; y, como de costumbre, concluyeron su expedicion en la Jamáica, donde en pocos dias, merced al juego, al vino y á los placeres, quedaron sin blanca. Poco después, Morgan, con quince buques y 960 filibusteros, sin los marinos, se daba de nuevo á la mar, y después de re-

correr las costas de la Española, sufriendo mucho por las tempestades, se repuso en la isla de Oruha, perteneciente á Holanda, é hizo rumbo á Maracaybo, que los Españoles abandonaron, aunque el fuerte hizo mucho fuego: lo mismo les sucedió en Gibraltar; pero corriendo la tierra en todas direcciones, en el espacio de quince dias hicieron muchos prisioneros, á los que aplicaban cruelísimos tormentos para hacerles declarar dónde tenian sus caudales. Cuando Morgan juzgó que era tiempo de reembarcarse, al salir del lago de Maracaybo halló el fuerte guarnecido de Españoles y la entrada defendida por tres fragatas. Por medio de un ardid el filibustero logró incendiar dos de estos buques y apresar el otro con dieciseis cañones Vencido el peligro, Morgan se fué á la Jamáica, y los Franceses, entre los que se contaba el cirujano Ollivier, á Santo Domingo. El robo ascendió á 250.000 pesos, pero lo destruido importaria seguramente diez tantos más.

La tercera expedicion de Morgan fué aún más perjudicial á España, y es una de las mayores manchas de la historia de la dominacion de la Casa de Austria en el siglo XVII. Juntos en Puerto-Congon, de la Isla Española, veinticuatro naves y 1.600 filibusteros, sin la gente de mar, envió Morgan delante cuatro de aquellas con encargo de reunir víveres en las costas de Cartagena, las cuales apresaron en el rio del Hacha un buque cargado de maíz, y se apoderaron del lugar y ranchería del mismo rio, que hallaron abandonados por sus habitantes. Cargados de víveres, se incorporaron á la flota, resolviéndose entónces ir sobre Panamá, tomando primero la isla de Santa Catalina ó la Providencia, para que los prisioneros que en ella habia sirviesen de guia á la expedicion.

Arreglóse entre los filibusteros la forma en que se habia de repartir el botin, dieron título de almirante á Morgan, nombraron dos vicealmirantes, y dividieron la armada en tres escuadras, dándose á la vela en 16 de Diciembre de 1670. El 20 del mismo mes llegaron á la isla de Santa Catalina, donde encontraron poca resistencia; allí tomaron un mulato y dos indios para que les guiasen á Panamá. Llegando á la costa, atacan el fuerte de San Lorenzo, hacen saltar el polvorin, y después de heróica defensa de los Españoles y de algunos Indios, que costó á los filibusteros mucha sangre y el buque almirante, se apoderaron de él. Dejólo Morgan bajo la custodia de 500 hombres, otros 150 para guardar

los navíos, y con 1.300 subió por el rio en direccion á Panamá (1). La marcha fué muy penosa por falta de víveres; los Indios huian y quemaban sus aldeas para que no pudieran servir á los invasores, á quienes apellidaban herejes. Más adelante, pasado el lugar de la Cruz, distante ocho leguas de Panamá y en donde comenzaba el rio á ser navegable, los Indios mataron diez filibusteros é hirieron otros tantos. El 26, éstos encontraron ya mucho ganado, cuya carne comieron con ánsia sin detenerse en asarla. El 27 pusieron en desórden un cuerpo de tropas españolas y ahorcaron á unos religiosos de San Francisco. Por un capitan herido supieron que Panamá estaba abandonada, porque los habitantes, con sus familias y riquezas, se habian refugiado en las islas de Tanoga; los hombres capaces de manejar las armas habian salido al campo y solos ciento les esperaban tras de los muros. La artillería hizo en ellos no poco daño, pero la defensa no fué larga y los filibusteros quedaron dueños de la ciudad. Contaba entónces Panamá, segun Ollivier Oexmelin, siete mil casas, ocho conventos, la catedral, una parroquia y un hospital general. El país era abundantísimo; á Panamá venian todas las riquezas y mercancías del Perú y allí se embarcaban para este vireinato las procedentes de Europa. Llenos de ellas estaban sus almacenes, y pobladas de ganados sus cercanías. Morgan la prendió fuego, y toda ardió, ménos el palacio del gobernador y un arrabal con dos conventos y hasta seiscientas casas, pereciendo en el incendio muchos esclavos é infinito ganado (2).

Las riquezas de que se apoderaron los filibusteros en la ciudad y en várias correrías afortunadas, fueron muy grandes. En fin, en 5 de Marzo de 1670, Morgan embarcó algunos Españoles y muchos frailes que no pudieron rescatarse, ciento cincuenta esclavos, y la plata de las iglesias hecha pedazos para que no abultase. 443.000 libras de plata con multitud de joyas y piedras finas, fué el producto del saqueo. Pero en la reparticion no hubo equidad; porque á la vuelta, Morgan con cuatro navíos en los que iba la mayor parte del botin, se separó de la escuadra y se fué á Jamáica. Su fin parece

(1) Segun los datos y cifras de este autor, el número de los filibusteros debió ser 2.140 por lo ménos, y no 1.300 como al principio dijo. Tampoco parece más exacto en otros puntos de su narracion.

(2) Posteriormente los Españoles reconstruyeron á Panamá en paraje más acomodado, á alguna distancia de la ciudad incendiada y con mejor puerto en el rio llamado Grande.

que no correspondió como el del *Ollonois* á tan brillante carrera; porque el cirujano Oexmelin nos dice, que se casó en aquella isla con la hija de un oficial y que vino á ser el más poderoso y opulento ciudadano de ella. Los demás compañeros abandonados por él no tuvieron la misma suerte, pues después de muchas aventuras y trabajos llegaron á las costas de Cuba muy mermado su número y destrozados. En esta isla el cirujano Ollivier se embarcó para Europa, cansado pero no harto de la vida de filibustero, puesto que, ya con los Holandeses, ya con los Españoles, continuó haciendo vários viajes á América, donde se halló en el sitio y saqueo de Cartagena en 4 de Mayo de 1697, del cual nos dice, que fué herido el gobernador de Santo Domingo M. Ducasse, que mandaba los filibusteros; que la resistencia de los Españoles fué grande, y que aquellos repartieron á mil pesos.

El tercer tomo de la obra del cirujano Ollivier no es ménos interesante que los anteriores, aunque no está escrito por él, sino agregado á aquella al imprimirse. Titúlase, *Voyage à la Mer du Sud, par les filibustiers*, y, como en el primer caso, es su autor uno de de ellos, M. Ravaneau de Lussan, hijo de Paris, aunque por su nombre, y todavía más por sus hipérboles, pudiera creérsele natural de Gascuña. Ofrece asimismo esta historia de robos y de piratas la particularidad característica de estar dedicada al Ministro de Marina y Comercio de Francia, M. de Seignelay, sobrino de Colbert, así como la de ir precedida de una certificacion en forma del gobernador de Santo Domingo, M. Cussy, en la que hace constar que el Sr. Ravaneau de Lussan es «uno de los doscientos sesenta filibusteros que han vuelto á Santo Domingo, de los que pasaron al mar del Sur contra los Españoles.»

Habia Ravaneau de Lussan hecho tres campañas en Flándes, ó al ménos él lo asegura, sin provecho ni adelantos, y fuese por esta causa, fuese tentado de la codicia, se decidió á pasar á Santo Domingo. Aquí estuvo al servicio de un frances «el más cruel hombre del mundo» hasta que seducido por el ejemplo y lleno de deudas, pues el Sr. Ravaneau tenía desmedida aficion al libro de las cuarenta, se hizo filibustero. En calidad de tal asistió á la expedicion de 22 de Noviembre de 1684, mandada por Lorencillo y el Vasco, contra las costas de Tierra-Firme, y luego á la gran expedicion al mar del Sur, mandada por Grammont y Lorencillo, que duró tres años,—22 de Abril de 1865, 8 de Abril 1868,—acerca de

la cual da numerosos pormenores mezclados, como en la narracion de Ollivier, con descripciones geográficas y estadísticas del país de no escaso interes.

Dice Ravaneau y su relato lo prueba, que los Españoles de la mar del Sur no sabian servirse de las armas de fuego; tan profunda era la paz en que en el siglo XVII vivian los descendientes de Almagros y Pizarros, hasta que los filibusteros fueron á turbarla y á hacerles recordar el uso del cañon y del mosquete. Del incendio de Leon y de Realejo, del saqueo de Pueblo-Viejo y Chiriquita, de la toma de la ciudad de Granada, de las disensiones y choques entre los filibusteros franceses y los ingleses, de las hambres que pasaron, de los que murieron á manos de los Españoles ó de los Indios, ó picados de víboras, ó comidos de caimanes, ó perdidos en los bosques y acosados del hambre dijimos ya algo en su lugar; pero el libro de M. Lussan contiene noticias prolijas, de mayor interes que una novela. En 50.000 calcula el autor el número de Españoles é Indios á quienes dieron muerte los filibusteros en los tres años que duró la expedicion, y en trescientos los hombres que perdieron los últimos. Los que sobrevivieron llegaron á Santo Domingo destrozados y pobres, pues no habia diez de ellos que hubiesen conservado más de cincuenta pesos, habiéndose visto obligados á arrojar su preciosa carga en las marchas y fugas y gastado lo demás donde y como podian. Sólo M. Ravaneau, que sabia manejar las cartas, aunque él dice que era afortunado en el juego, y cuya educacion era superior á la de sus groseros compañeros, logró hacer algun caudal, pero insignificante todo en comparacion de los peligros y trabajos que habian sufrido, y todavía más de lo infinito que habian robado, saqueado y destruido.

## IX.

Al concluir el siglo XVII, ya las mismas naciones enemigas ó rivales de España, despreciaban y aborrecian á los filibusteros, y reconocian la necesidad de limpiar de ellos los mares de América. Sobre haberlos tambien empleado en sus guerras Inglaterra contra Holanda y Francia contra Inglaterra, y sobre acontecer que los filibusteros no distinguieran entre amigos y enemigos, y trataran á unos y otros de la misma manera, habian ya

advertido aquellas naciones, que siendo suyas casi en totalidad las mercancías que los filibusteros apresaban ó quemaban en los puertos, no las convenia en manera alguna favorecer y alentar sus empresas. Ya en 1683, habiendo Francia enviado á Santo Domingo dos Comisarios, MM. Saint Laurent y Bégon para que la informasen del estado de aquella colonia, y habiendo éstos propuesto que se tratara con blandura, ó que se alentara á los filibusteros, el Conde de Blenac, después gobernador de la misma isla, se opuso resueltamente, calificando de *disparatada* la idea, porque la mayor parte del comercio de España con América era de géneros franceses, y se hacía por cuenta de los mercaderes de esta nacion.

Otra causa más poderosa que la repugnancia que iban inspirando los filibusteros, contribuyó á la desaparicion de estos al comenzar el siglo XVIII. Poco á poco los Franceses habian ido estableciéndose en Santo Domingo, cultivando y poblando su fértil terreno. Al gobernador du Rossey, delegado por el de San Cristóbal en la Tortuga, sucedieron los nombrados por la Compañía de América, d'Ogeron y Povancey; tras de estos, Cussy y Ducasse lo fueron ya por el Gobierno de Francia, y su autoridad fué más respetada. Los filibusteros fueron convirtiéndose en colonos, á lo que ayudó la paz con España y la alianza íntima establecida entre ámbas naciones desde 1701. Seis años más tarde, en lo más fuerte de la guerra de Sucesion, llegó por gobernador á Santo Domingo el Conde Choiseul de Beaupré, quien, juzgando que podrian serle muy útiles para hacer la guerra á las posesiones inglesas, se empeñó en restablecer los filibusteros. Tenia ya reunidos y preparados, aunque sin buques, buen número de ellos, cuando fué mal herido, y apresado su navío por los Ingleses á la vista de la Habana. Murió en 1711, y le sucedió el Conde de Blénac, quien redujo á los filibusteros á aceptar tierras en Santo Domingo. La paz de Utrecht fué en extremo favorable á esta colonia, que prosperó y se extendió por territorio español considerablemente (1).

Del siglo XVIII y del advenimiento de la Casa de Borbon al trono de España datan tambien las reformas verificadas en el sistema mercantil y colonial de nuestra pátria, que aunque lentas y par-

(1) Charlevoix, *Historia de la Isla Española*, tomo II.

ciales promovieron la resurreccion del comercio y de la marina. Una de las primeras y más importantes fué la Real Cédula de 8 de Mayo de 1717 por la que se trasladaron á Cádiz los tribunales y oficinas que existian en Sevilla. En 1718 se concedió permiso «por término ilimitado» á las islas Canarias para comerciar con las Indias, si bien fijando el número de toneladas que podria emplearse y repartiéndole entre dichas islas. En 1728 se creó la Compañía de Guipúzcoa, á la que se concedió que pudiese despachar *registros* á la sola provincia de Caracas desde el puerto de San Sebastian. Mas al reinado de Cárlos III corresponden las más importantes y más necesarias de dichas reformas. El Real decreto de 16 de Octubre de 1765 varió esencialmente el sistema seguido por más de doscientos años: fueron por él habilitados para el comercio con las islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto-Rico, Santa Margarita y Trinidad los puertos de Cádiz, Sevilla, Alicante, Cartagena, Málaga, Barcelona, Santander, la Coruña y Gijon, aboliendo los derechos de palmeo, toneladas, extranjería, seminario de San Telmo, visita, habilitaciones y licencias. Después se concedieron algunas otras franquicias, y se establecieron los correos quincenales á la Habana, y por último en 2 de Febrero de 1778 se amplió la primera concesion á los navíos que se despachasen para Buenos Aires, Chile y el Perú, y en 12 del mismo mes se extendió el permiso á todas las Indias, habilitando para este comercio trece puertos en la Península, las Baleares y las Canarias. Sólo quedó excluido el comercio de las exentas provincias Vascongadas. Las *flotas* quedaron extinguidas, si bien continuaron los repartimientos de toneladas hasta 1789 (1). Desde 1788 habian cesado los *asientos* para el comercio de esclavos africanos y los permisos concedidos á nacionales y extranjeros con el mismo objeto, declarándose libre este abominable tráfico y señalándose puertos para la introduccion.

Estas medidas bien calculadas no bastaron para contener el contrabando extranjero, aunque reanimaron algo el comercio nacional. Careciendo España de industria, no era posible mantener aquella exclusion. La territorial prosiguió con vigor y fortuna hasta la guerra de la independencia de la América española. Hoy el único testimonio de afecto que los Españoles podemos dar á nues-

(1) Antunez Acevedo, *Memorias históricas.*

tros hermanos del Nuevo Continente es renovar la historia y recordarles, que si España incurrió en errores y faltas políticas respecto de ellos, jamas les trató como á colonos sino como á Españoles; que participaron de nuestros males, pero disfrutando bienes que aquí apénas se conocian; y que, contrastando con esta conducta, los extranjeros que tanto han calumniado la dominacion de España en América y declamado contra ella, emplearon la mayor parte del siglo XVII en asolar aquel, arruinar el comercio, incendiar ciudades, exterminar pueblos civilizados, ricos y pacíficos para sentar el pié en aquellas regiones, protestando con las armas contra la exclusion sistemática de que eran objeto.

JOAQUIN MALDONADO MACANAZ.

# ESTADO GENERAL DE INGLATERRA

## EN EL SIGLO XVII.

---

### CAPITULO V.

#### LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

De los muchos literatos ingleses que florecieron en el reinado de Cárlos II, pocos son los que han conseguido trasmitir sus nombres á la posteridad. Sus obras, que se componen en gran parte de poesías laudatorias ó escritos de circunstancias, murieron con la época que las vió nacer.

El literato de la Restauracion era un sér frívolo, egoista y mercenario, sin verdadero amor á las letras, ni verdadera capacidad. Ocupábase con preferencia en dedicar odas á los príncipes, y sonetos á las damas; inventaba charadas en las tertulias, y componia zarabandas en los saraos. Algunos se engolfaban en la poesía metafísica, por presuncion; otros se dedicaban al drama, á la novela y á traducir del frances: otros, en fin, y eran los más, pasaban la vida escribiendo folletos, pasquines y sátiras, que, de todos los géneros de composicion, era el que mejor cultivaban.

Entre los literatos de primera categoría podemos citar á Dryden, el padre de los poetas, primer genio satírico de su época; Waller, poeta lírico, que, segun Pope, era el más correcto de todos: Butler, que era comparado á Cervántes: Southern, purista de la lengua inglesa: Otway, Cowley, Sedley, Sackville, todos poetas: Lee, conocido por sus poesías orientales: Shadwell, que se alababa de escribir un drama en treinta dias: Wicherley, maestro

teórico en el arte dramático: Settle, escritor político: Cronne, pedante en su lenguaje, pero exacto en sus descripciones: en fin, Welmot y Buckingham, que pasaban por dos génios rivales en la agudeza.

El café de Wills era el punto de reunion de estos literatos. Desde la entrada se observaba el color popular que lo distinguia. El humo de las pipas, el sucio entarimado, el vestido poco curioso de los concurrentes, el confuso murmullo de mil voces que se disputaban la atencion, todo, en fin, revelaba á primera vista el carácter distintivo de aquella sociedad. Allí asistian, como primeras notabilidades, el Conde de Dorset, condecorado con la Liga y la Estrella: el capellan Sprat, en traje de sotana: el clásico escritor Creech, vestido de bayeta, y el estudiante Otway, no mejor aderezado. En el centro del salon se veia sentado, junto á la chimenea, como en sitio de preferencia, al famoso Dryden, poeta laureado y patriarca de las letras, emitiendo su opinion en alta voz sobre las obras de Boileau, Racine, Molière, ó Shakespeare, con un tono doctoral que no admitia réplica. Rodeábanle una turba de seudo-poetas y literatos en ciernes, que disputaban á los verdaderos hombres de letras el honor de acercarse al grande ingenio, considerándose feliz el que merecia un consejo de su boca, una palmadita en el hombro, ó un polvo de su dorada tabaquera.

El literato, ántes de darse á conocer, escogia su Mecénas entre los ricos señores de la corte, y le enderezaba una epístola laudatoria para llamar su atencion. Si tenía una mediana facilidad para escribir versos, empezaba por componer un anagrama, un epigrama, ó una cancion obscena, con lo cual se captaba la voluntad del Monarca; y ya aceptado como poeta, seguia por la misma senda adulando, mintiendo, vendiendo su pluma al más generoso, y disipando con sus compañeros el fruto de tan vergonzoso comercio. Una prueba de la servil adulacion con que acataban los poetas á los que podian premiar sus afanes, está patente en los panegíricos de Waller y en las estancias de Dryden á Cárlos II, escritos en que llaman Príncipe virtuoso, sano juicio, y defensor del protestantismo, á aquel Rey tiránico, irreligioso y disoluto por esencia, que cambió tres veces de religion, y que vendió á Luis XIV una parte de sus Estados para poder seguir manteniendo sus escandalosos vicios.

Las obras que daban á luz aquellos privilegiados literatos, solian

obtener premios exorbitantes, y esto era lo que más alentaba á los aspirantes, por poco capaces que fueran. Un epigrama grosero, una sátira envenenada, hacian la fortuna de muchos. Las nobles damas de la Corte rara vez se resistian al encanto de una declaracion en verso. La Duquesa de Drogheda brindó con su mano y su fortuna al autor de una triste imitacion de Molière. Southern vendió su *Príncipe Persa* en 500 libras. Una sola representacion del *Caballero de Alsacia* valió á Shadwell 130 libras. Los dramas de Dryden se vendian comunmente á 100 libras, y, á veces, en licitacion pública.

No era la literatura el único campo que espigaban los poetas. Traficaban con la religion y con la política; y por cierto que nádie pensaba en vituperar la apostasía, porque la veian diariamente autorizada con el ejemplo de los Cecils, los Spencer, los Arlington y hasta del mismo Cárlos II. Así sucedia que el literato era tan pronto ateo como católico, anglicano ó reformista. Unas veces le convenia cantar en público la fe protestante y vilipendiar el catolicismo: otras, por el contrario, aseguraba que la Vírgen María se le habia aparecido llamándole al seno de la verdadera religion: otras, en fin, siguiendo las nuevas creencias de la corte, se presentaba en el teatro envuelto en una sábana blanca, empuñando una antorcha encendida, y recitando en verso profano su vuelta al mundo y á los placeres. West fué el héroe de esta última aventura, y parece increible que pueda llegar á tal punto la degradacion del hombre.

En política, el literato se jactaba de no ser juguete de ningun partido; esclavo, sí, de quien mejor le pagaba. De este modo conseguia vender pasquines, sátiras y calumnias contra el orador, el ministro ó el empleado público: y si el injuriado queria vengarse de sus enemigos, comprábale su pluma á mayor precio, y en el mismo instante el escritor tory se convertia en whig, blandiendo su lengua de víbora contra sus primeros protectores.

En sociedad, el poeta sólo era comparable á la impura cortesana. Ambos vendian su honor por un puñado de oro, que malgastaban en el dia, seduciendo la una con la hermosura de su rostro; cautivando el otro con la afluencia de su musa. Pero luego que el tiempo inexorable los derribaba del pedestal de la moda, trocábanse en espinas sus laureles; al vaiven de los placeres sucedia el infierno de la miseria, y la muerte venía por fin á sorprenderlos en

una triste buhardilla, ó en el lecho limosnero de un hospital.

Esta comparacion nos induce á recordar el nombre de una mujer célebre, que descollaba entre las cortesanas por sus aventuras romancescas, y se distinguia entre los literatos por su talento poético. Africa fué el país de su primera juventud; Africa le dió sus ojos negros, sus cabellos de azabache, su corazon de fuego: Africa se llamaba. Decíase hija del General Johnson, pero en realidad, su nacimiento era un misterio impenetrable. Sus galanteos con el Príncipe Orvonosko, le dieron un inmenso prestigio en la capital de Inglaterra, donde se disputaban sus favores desde el opulento banquero hasta el mismo Cárlos II. Su casa era el punto de reunion de los más distinguidos literatos: Dryden, Southern, Welhmot y Buckingham, todos corrian á tributarle homenaje, unos dedicándole sus versos, otros pidiéndole amores. Africa triunfaba: gloria, amor, fortuna, ¿qué más podia apetecer? Su vida era una orgía perpétua. Del lecho de los placeres pasaba á la mesa del festin, y de allí, trémula y convulsa, corria á traducir los furores de su musa delirante. Así vivió envidiada de sus rivales; pero al fin, ¡pobre Africa! los años vinieron á sumergirla en la desgracia. Su juventud se consumió en el volcan de las pasiones: marchitóse la flor de su hermosura: huyeron sus fementidos amantes: la veleidosa fortuna voló tras un nuevo ídolo: la miseria, cubierta de harapos, le prestó un báculo para sosten de su vejez. ¡Pobre Africa! ayer escribia poemas; hoy importuna á sus amigos con humildes conmonitorios. Entónces distribuia limosnas; ahora se muere de hambre en un pobre desvan. Sus novelas, sus dramas, sus traducciones, no le valieron un socorro á la hora de su muerte. Su epitafio nos da á entender que todo murió con ella.—«Aquí yacen Africa y sus obras. Su muerte nos prueba que el génio no es inmortal.»

Hé aquí el último tributo que le pagó la ingratitud.

Igual ó peor suerte cupo á muchos de los amigos de la poetisa.

El autor de *Venecia salvada* murió, como ella, de hambre. Settle espiró en un hospital de monjes Cartujos. Dryden, Welhnot y otros, concluyeron su carrera entre horribles padecimientos del cuerpo y del alma.

Otra tertulia frecuentaban tambien los literatos, que llegó á no tener rival en su clase, después de la muerte de Africa; y era la de Hortensia Mazarino, mujer de imponderable belleza y de fina

instruccion. En su casa se reunian, además del enjambre de poetas, que tanto hemos nombrado, otros muchos hombres eminentes en la política y en las ciencias: Vossius, Saint-Evremond, Buckingham, personas, en fin de alguna reputacion en la corte. Allí se discutia con más gravedad; se trataban más á fondo las cuestiones de literatura.

La bondad de las lenguas era entónces materia muy manoseada en aquellos círculos. Unos proclamaban la superioridad del idioma castellano, que segun ellos era el que más se prestaba á lo heróico, á lo sublime y á lo patético; que reunia al sentimiento de la lengua árabe la majestad de la latina; que era, en una palabra, la lengua de Dios. Otros daban la preferencia al idioma frances, diciendo que era á la vez sencillo y grande, miéntras el castellano, hinchado y retumbante, sólo servia para llenar la boca y agradar al oido. Esta última opinion fué la que predominó entre los críticos, y desde entónces se abandonó el estudio de nuestro idioma en Inglaterra, que siempre se habia creido necesario á todo hombre de letras. Se decidió que era de mal tono el citar sentencias latinas, y en su lugar se introdujeron los galicismos con tal profusion, que á duras penas podian entenderse unos á otros en las sociedades del gran tono. Y esto sucedia muy á menudo por la dificultad que han tenido siempre los Ingleses para pronunciar la lengua de sus vecinos; pero nada les arredraba en su nueva manía: «To smatter French is meritorious.» «El chapurrar el frances es ya cosa meritoria.» Así decian y sin piedad chapurraban.

Los escritores franceses podian contar con censores en Inglaterra si llegaban á faltarles en su país. Bossu, catedrático de bellas letras en la Universidad de Paris, escribió un tratado sobre el poema épico, que llamó mucho la atencion de los literatos del café de Wills. Opinaba aquel que la Ilíada era una fábula, que Homero compuso con el objeto de reconciliar los ánimos de los Griegos, divididos entónces en bandos políticos. Los Ingleses contestaban que ¿por qué, siendo así, escribió Homero su Odisea con intencion contraria? O el argumento de Bossu era falso, ó bien Homero no podia ser autor de ámbos poemas.

Dividíanse entónces los literatos, así Ingleses como Franceses, en dos partidos opuestos que pretendian seguir diferentes escuelas: unos eran defensores de los clásicos antiguos, y otros imitaban y aplaudian á los escritores modernos. Chapelain habia agotado seis

ediciones de su *Pucelle*, y esto era un triunfo para sus amigos. En la tertulia del gran Condé se comparaba este poema á la Ilíada; no pasaba noche sin que se leyeran las estrofas de Chapelain con aplauso de los tertuliantes. «¡Qué célà est beau!» decian. «¡Qué versos tan hermosos! En otras partes, por el contrario, no se podia tolerar la lectura del poema.—Qué fastidio! exclamaban.—«¡Qué célà est ennuyeux!» Boileau fué el campeon de Homero, y Perrault el defensor de Chapelain. La cuestion penetró en la Academia francesa. Boileau y Racine, abogando por los clásicos, hubieron de hacer frente al terrible Fontenelle que se habia declarado por los modernos; y sus argumentos, pasando de Paris á Westminster, iban á ser de nuevo impugnados y defendidos por los literatos ingleses.

Racine y Molière eran la pesadilla de los autores dramáticos. El primero, que se dió á conocer como tal en 1660, continuó surtiendo de dramas al teatro frances por espacio de diecisiete años. *Fedra* fué el último que compuso; y el público, juzgándolo inferior á sus anteriores producciones, lo silbó desapiadadamente: nuevo triunfo para los modernos. Los amigos del poeta clásico decian que *Fedra* era sin disputa el mejor de sus dramas; sólo una pandilla de mercenarios pudo silbarlo con tan poco decoro. Sin embargo, los imparciales se adherian al partido que desaprobaba, y excusaban al autor diciendo «que el génio se oscurece con los años.» Desde entónces quedó sentado que *Fedra* era una composicion indigna de Racine; pero para ello mediaron de una parte y de otra disputas, diatribas y sátiras sin cuento. Cada uno de estos acontecimientos promovia entre los Ingleses una guerra literaria.

Murió Molière en 1673, y el clero de Francia le negó la sepultura. Este hecho produjo en Inglaterra una profunda sensacion; tanto más, cuanto que entónces se afanaban los Ingleses por decretar leyes penales contra los católicos. Molière, al decir de su esposa, merecia un altar, y el público la comprendia; pero aparte de los quebrantos domésticos de aquel hombre célebre, que ciertamente lo hacian acreedor á otra recompensa, sus amigos no podian ver así despreciados los restos mortales del gran escritor dramático, del inimitable cómico á quien era deudora la Francia y la Europa toda de la regeneracion de la comedia. Los comediantes ingleses se resintieron de esta intolerancia del clero, porque sabian que los mismos que negaron sepultura á Molière habian anatema-

tizado á Baron. Este célebre actor inglés servia de modelo á los mismos oradores sagrados, que ocultos tras las celosías de los palcos escénicos estudiaban, sin ser vistos, su gesto y entonacion; pero esto no era un obstáculo para que luego lo censurasen y condenasen desde el púlpito

Los literatos ingleses, siguiendo las huellas de los de Francia, tuvieron tambien en esta época sus guerras intestinas, sus rivalidades; tuvieron que luchar con la envidia de los ignorantes y con el despotismo de los sábios. Dryden, como hemos dicho, era el centro de toda autoridad literaria; el presidente perpétuo que dirigia las discusiones por la senda que más le convenia; el juez, en fin, que allanaba con su fallo todas las dificultades. Sus émulos empezaron por desentenderse de esta supremacía. El libre-exámen, la disputa razonada, la envidia y la malicia se reunieron para combatir al gran poeta y derribarlo de su encumbrado trono. En los salones de Wills, de Africa y de Hortensia Mazarino empezaron á agitarse los innovadores, los enemigos de la escuela antigua y de toda reputacion literaria: tales eran Buckingham, Settle, Willmot, Shadwell y otros. Dryden, como poeta laureado, recibia una pension de 100 libras anuales; y en esto, al par que en su talento, estribaba su autoridad, siendo el poeta de oficio, cuyas obras representadas en la corte, salian luego al público con una reputacion ya hecha. Resuelta, pues, la guerra, Settle salió el primero á campaña y compuso un drama titulado *La Emperatriz de Marruecos*. Buckingham, que era á la sazon primer Ministro, ofreció hacerlo representar en la corte; y obrando así, se creia que Dryden, resentido al verse desairado por un advenedizo, haria dimision de su empleo. Pero no fué así. El poeta, despreciando la intriga, se dispuso á combatir á sus amigos con las armas que le eran propias. Hasta entónces, su talento satírico habia estado oculto: la ocasion oportuna se le presentaba para darse mejor á conocer y hacer temblar á sus enemigos.

La política supo aprovecharse de esta guerra literaria. Los innovadores, capitaneados por Buckingham, se bautizaron como whigs ó liberales rabiosos; y Dryden, que recibia mercedes de la corte, se alistó entre los conservadores ó torys. Entónces, mojando su pluma en el veneno de Boileau, dió á luz su famosa sátira *Absalon y Architopel*, que aún hoy se considera como la primera de las modernas. En ella llama rebeldes á aquellos de sus discípulos que

aún no habian aprendido lo bastante para salir de su primitiva estupidez y ya volvian las armas contra sus maestros. Buckingham, bajo el nombre de Zimri, y Settle, bajo el de Doeg, son los que más experimentan la furia de sus golpes. Juzgue el lector de la mordacidad del poeta por las siguientes líneas que traducimos sin pretensiones. Habla de Shadwell, y dice así:

Maduro ya en estúpida experiencia,
Shadwell tan sólo, entre mis torpes hijos,
Ajeno se mantiene á toda ciencia.

.....

Algunos suelen en escritos vários
Tratar de decir algo que se entienda;
Pero Shadwell jamas mudó el lenguaje
Ni al sentido comun rindió homenaje

El efecto que produjo esta publicacion fué maravilloso. Todos querian poseer un ejemplar de la obra. No hubo aldea en Inglaterra, donde no se leyeran con aplauso aquellas satíricas semblanzas. De este modo consiguió Dryden acallar por algun tiempo la rebelion de sus compañeros. Animado con su triunfo, los persiguió por mucho tiempo sin misericordia. No le bastaba herirlos de muerte; quiso dejarlos exánimes, maldecirlos, y pronosticarlos un triste porvenir. Y se ha observado que las predicciones de Dryden se cumplieron en muchos casos con fatal exactitud. Settle, condenado por él á escribir sainetones para los cómicos de feria, y á hacer el papel de payaso ambulante, se vió en efecto reducido á esta cruel extremidad; sin embargo, no por eso concluyó la pugna literaria.

Uno de los géneros de literatura que más cultivaban los Ingleses, era el dramático. Asomaba tambien de vez en cuando alguna novela satírica á imitacion del *Quijote*, como el *Hudibras* de Butler; ó un poema metafísico, como las odas de Cowley; pero estas obras no caracterizan la época que estamos describiendo. El drama era para unos, instrumento político y de venganza; era tambien un campo de batalla para los que aspiraban á conquistarse un nombre y fama póstuma. Nació en España con Calderon, pasó allende los Pirineos, recorrió gran parte de la Europa, y fué, por último, á descansar en la pátria de Shakespeare, pero ya desnaturalizado y corrompido. Entre nosotros se llamó comedia heróica; los Ingleses le llamaron *heroic drama*, y hoy dia, si viviera con su

antiguo carácter, le llamariamos drama romántico. Tal se le consideraba en Inglaterra.

El *heroic drama* era un poema absurdo é inverosímil, sin unidad en sus partes, ni exactitud en los caractéres. En él los héroes eran verdaderos mónstruos, que se formaban una idea extravagante de la heroicidad, y que animados de pasiones injustificables, marchaban atropellándolo todo, en busca de un desenlace para el poeta. No así nuestra comedia heróica, que con todos sus vicios y extravagancias tenía originalidad en los caractéres, rasgos de generosidad, pasion y movimiento. Parécenos que al copiar á Calderon, Dryden le tomó al vuelo sus defectos sin comprender sus bellezas; lo cual hubiera evitado, si en vez de imitar al Frances, hubiera estudiado el original en España. El drama llegó, pues, á ser una mezcla de lo trágico y de lo heróico, donde siguiendo los pasos de una perniciosa exageracion, se convirtió el amor en pasion, la pasion en incesto y adulterio, y el heroismo en suicidio ó asesinato. Las expresiones de que se valian los poetas para calificar estos hechos eran tan inexactas, que á duras penas podemos combinar la gravedad de los unos con el sentido incierto de las otras. Mas no es esta ocasion de censuras literarias. Por lo demas, cualquiera de los dramas ingleses de aquella época, podrá satisfacer al lector acerca de la justicia de nuestras observaciones.

Pero el romanticismo chocaba abiertamente con la índole de la sociedad inglesa, y de aquí era fácil preveer que su preponderancia no sería duradera. El público, en efecto, empezó por admirar lo que no comprendia, y concluyó por fastidiarse con tanta extravagancia. El carácter de los Ingleses se prestaba á la inmoralidad, á los vicios; pero no á los grandes crímenes ni á las pasiones violentas. Comprendian el adulterio y la avaricia: el puñal y el veneno causaban horror; nada más que horror.

Dryden era el jefe de la escuela romántica. Butler, Clifford y el capellan Sprat, sobresalian en el bando contrario, á cuyo frente se hallaba el infatigable Buckingham. Segun éste, nada era más antipático al carácter de los hombres, en general, que aquel estúpido sentimentalismo, morador de los sepulcros, que no hallaba más medios de felicidad que el suicidio y el asesinato. ¿Quién no se cansa, decia, de escuchar los interminables arrullos de dos amantes selváticos, y las quejas importunas de un misántropo enamorado? El público, añadia, está mejor dispuesto para la risa que

para el llanto: sigamos, pues, la senda de Cervántes y el drama romántico se hundirá para siempre. Buckingham conocia bien el espíritu de su siglo. En tiempo de Isabel Tudor, hubiera sido insensato el hablar de aquella manera; pero en la Córte de Cárlos II era un simple visionario el que usaba otro lenguaje. Dryden tal vez lo conocia; pero ciego con sus triunfos y con la proteccion del Monarca, sólo pensó en hacer de nuevo frente á sus enemigos, que esta vez, al ménos, salieron vencederos. Y en efecto, animados aquellos literatos por su misma emulacion, pusieron en escena el año de 1671 la pieza cómica titulada el *Rehearsal* (el ensayo), cuyo objeto era ridiculizar los vicios del romanticismo. El público ansioso ya de novedad, la acogió con entusiasmo; los innovadores fueron aplaudidos, y el drama heróico desapareció de la escena.

Remplazóle la comedia de costumbres. Molière sucedió á Racine. De modo que el teatro ingles no ganó nada en punto á originalidad. Argumentos, costumbres, estilo, y hasta las decoraciones y vestuario, eran copias y traducciones del teatro frances. Del *Misantrope* salió el *Plain Dealer*; del *Tartuffe*, el *Hipocrit* y el *Non juror*. *L'ecole des femmes*, sirvió de modelo al *Country Wife* y al *Country girl*: *Le medecin malgré lui*, al *Mock Doctor*; *L'Avare* al *Miser*; y *Les fourberies de Scapin* se tradujeron *The cheats of Scapin*. Ya no se pensaba más que en dichos agudos, juegos de palabras y expresiones de doble sentido. Pero la lengua inglesa no se prestaba tanto como la francesa á las sales cómicas; y de aquí era que un chiste picante de Molière, se convertia en una verdadera grosería trasplantado al teatro ingles. Así fué con el tiempo degenerando la comedia hasta caer en la obscenidad más desenfrenada, como puede verse por las producciones de Willmot, Middlesex, Sedley, Etheredge y otros muchos. En ellas aparece siempre el vicio triunfante y la virtud en derrota; se ataca abiertamente el matrimonio, y se predica la inmoralidad, poniendo en boca de las damas expresiones indecorosas, que no usaria ciertamente el galan más libertino en nuestros teatros. A veces los mismos actores se escandalizaban de los desbarros del poeta. La *Maravilla* de Centlivre causó tan mal efecto entre los cómicos, que uno de ellos, Wilks, confesó que no se atrevia á desempeñar su papel; y más tarde, cuando el mismo autor escribió su *Entrometido*, toda la compañía cómica se negó á ponerla en escena, fundándose en que el público no podria tolerar tantas desvergüenzas. La censura solia

condenar muchas de aquellas producciones; pero como el mal no estaba en uno ni en muchos escritores, sino en todos ellos, se veia precisada á transigir con el mal gusto de la época. Por otra parte, bórrese de las citadas comedias la parte escandalosa, y quedarán reducidas á la nada. Urfey, aquel lúbrico poeta, amigo de Cárlos II, no consiguió jamás dar al público una sola comedia suya, porque, segun él decia, la censura las despojaba de todas sus gracias. No encontramos en toda aquella época un autor dramático que perteneciera á la escuela moralista. El mismo Dryden, que era el ménos impuro de todos, disculpaba los deslices de su pluma diciendo:—«Más disparates escribió Fletcher que yo.»

La comedia de costumbres cedia algunas veces el puesto al drama de gran espectáculo, especie de mamarracho que el público acogia con suma benevolencia, porque le deslumbraba el ver reyes y emperadores en la escena, batallas campales, pomposas decoraciones, todo lo que fuese ruido, confusion y movimiento. De este género eran *La Emperatriz de Marruecos*, de Settle; *La destruccion de Jerusalem*, de Crowne; *El Príncipe persa*, de Southern, y *El sitio de Rodas*, de D'Avenant. Allí salian á relucir las lentejuelas y el papel dorado; llenábase el escenario de vistosas comparsas, habia sangrientas refriegas, chocábanse las espadas, sonaban los timbales, y morian los guerreros lo más naturalmente posible. Estas escenas causaban gran entusiasmo entre los espectadores, así es que á cada paso habia tajos y mandobles; y como en tales lances suelen tambien poseerse los actores mismos, convertíase la fingida batalla en un verdadero apaleo. En el *Mustafá*, sale aquel príncipe defendiéndose de sus genízaros, que intentan asesinarle. Muchos son ellos, pero el valor de un príncipe vale por todos; y eso se propone demostrar el poeta, mandando expresamente que no concluya la escena hasta que no quede vivo un solo genízaro. La cuestion es de paciencia y nada más. Mustafá la emprende con teson: vence después de combatir media hora, y sale del foro sudando á mares.—En estos casos, era indiferente que el actor se expresase bien ó mal, pero muy importante que accionase con toda la verdad posible. Si le tocaba, por ejemplo, morir de una cuchillada, debia tener á mano algun licor rojizo para que viese el público que habia sido de véras; porque la regla era caer bañado en sangre, «bathed in blood.»

Otras veces el teatro se convertia en palenque político, y entón-

ces el escándalo era indescriptible. Los poetas «whigs» (liberales) salian á la escena para decantar sus doctrinas, y los católicos y protestantes se presentaban al público del mismo modo para apostatar de sus creencias religiosas. Esto se ejecutaba leyendo una composicion, un epílogo alusivo al caso; y el público, tomando parte ya por unos, ya por otros, pedia alternativamente la sangre de los católicos, de los quakeros, de los puritanos, liberales ó conservadores. Figúrese el lector una asamblea revolucionaria, un circo romano, donde la plebe, enconándose contra las víctimas, gritaba con furor; ¡Cristianos á los leones! Afortunadamente la justicia no estaba en manos de los alborotadores; pero todo esto contribuia á agriar el ánimo del pueblo contra los católicos y disidentes, que aguardaban su triste suerte en las prisiones del Estado.

Respecto de la tragedia, debimos decir que murió al mismo tiempo que la comedia heróica. El inmortal Shakespeare, interpretado tan fielmente por el célebre Bitterton, fué destronado, expulsado del teatro de Drury Lane, y sustituido por Fletcher y Beaumont, con beneplácito del público. Pepys, cuyo criterio era tenido en mucho, decia, hablando de Shakespeare: «que conocia muy pocos dramas »que fuesen inferiores al *Macbeth*, y que no encontraba en toda »aquella obra tres versos que valieran los del *Maiden Queen* de Flet»cher.» Para poner en escena alguno de los dramas de Shakespeare, se creia forzoso corregirlos y adaptarlos al gusto moderno; y así fué como el *Tempest* logró reaparecer refundido por un literato y un empresario de teatros: Dryden y D'Avenant. Esta correccion es la que corre hoy dia; y en cuanto al original, está sepultado en algunas ediciones antiguas, que son más raras y preciosas cada dia.

Por lo que llevamos dicho, puede inferirse que si bien abundaban en aquella época los autores dramáticos, era escasa la originalidad, y muy raros los talentos. No hay un período en todo el siglo XVII, ni aun en los anteriores, en que hayan salido á luz mayor número de dramas. Dryden compuso 18, Shadwell 14, Africa 14, Sedley 7, Otway 10, sin contar los de Etheredge, Sherburne, Southern, etc. etc. Tambien es forzoso declarar que nunca se escribió peor, y por eso los nombres de aquellos literatos han caido en un justo olvido. Sus producciones, como dijimos al principio de este capítulo, murieron con la época que las vió nacer.

Hoy dia sólo llamarian la atencion por la obscenidad que las caracteriza.

La causa de la decadencia del drama en Inglaterra, creemos haberla apuntado suficientemente al señalar las que produjeron la corrupccion de las costumbres. La literatura extranjera se habia entrometido en aquel país remplazando á la nacional, del mismo modo que el lenguaje, usos y modas de la Francia cambiaron por completo el carácter de los Ingleses. Molière era, sin duda, un buen modelo que imitar, pero no lo imitaban: copiábanle sus defectos, exageraban su liviandad, y de aquí la bastardía de las obras literarias. Por otra parte, no cabe duda en que el público contribuye, con el actor y el autor, á la formacion del arte dramático. Aténas debió crear á Sófocles y Aristófanes: Paris á Racine y á Molière; y si estos autores hubieran nacido en Esparta ó en Moscow, probablemente hubieran vivido oscurecidos. Pero esta ilustracion que preconizamos, no es la que proviene de una civilizacion corrompida é ilegítima, como lo era la inglesa. En efecto, el público que asistia á los teatros de Lóndres era ilustrado, escogido, aristocrático, porque el verdadero pueblo los aborrecia. Y esto causó en gran parte la muerte del drama original, pues que la depravacion del gusto se hallaba precisamente en las clases altas. No sucedia lo mismo en el teatro frances, donde el auditorio, compuesto en su mayor parte de artesanos, tenía el sello de la nacionalidad, y era por naturaleza inteligente.

Hemos dicho que el hombre del pueblo en Inglaterra aborrecia el teatro, y la causa de este desvío tenía su orígen en el fanatismo religioso. Decíase que la Opera era importacion de los papistas, así como la Comedia y el Ballet eran invenciones de los cortesanos de Luis XIV, á quien llamaban el tirano de Europa. El puritanismo que se habia introducido entre la plebe, exagerando estas ideas hasta el fanatismo, cambió aquella animosidad en ódio irreconciliable. Actores y poetas, cantantes y bailarines, todos participaban del anatema: todos eran ateos. En la época de Shakespeare, esto es, en la más gloriosa para el teatro inglés, el ilustre Hampden llamaba «prostituta notoria» á la mujer que salia á la escena pública, y condenaba á la execracion del pueblo al poeta que compusiera un drama. Quedaba, pues, el teatro para la nobleza, para los literatos y los elegantes. Sin ellos, ciertamente que hubiera en aquel país desaparecido el arte de Thalía. Llegó á ser

cosa de buen tono el patrocinar á los artistas. Todo actor ó autor que conseguia distinguirse, podia contar desde luego con la proteccion de un opulento Mecénas. El Rey mantenia á su costa una compañía dramática; el Duque de York sostenia otra; el Conde de Plymouth protegió á Otway; el de Dorset á Betterton; Sir Estéban Fox á Susana Centlivre; la bailarina Davies y la cómica Moll, fueron favoritas de Cárlos II y de su Ministro; y la célebre trágica Miss Tives, debió mucho de su reputacion al príncipe Ruperto.

Dos teatros contaba Lóndres en el tiempo que vamos describiendo. Durante la revolucion, la rigidez de los principios puritanos no admitia este público pasatiempo; pero apénas asomó el año de 1660, volvieron los aficionados á ocuparse de ellos con calor. Pidióse y fué otorgada licencia para abrir uno en el reñidero de gallos de Drury Lane; y allí reaparecieron los dramas de Shakespeare con los de Fletcher y Beaumont. Pero pronto se echó de ver que aquel miserable anfiteatro era indigno de una capital que queria rivalizar con Paris y Versalles. Fabricáronse, pues, dos nuevos teatros; uno en Drury Lane, que es el que hoy existe, y otro en Licoln's Inn Fields. Se les decoró y habilitó con lujo, á la manera de Francia, para lo cual, el empresario D'Avenant y el actor Bitterton pasaron á aquella corte á estudiar las mejoras que se habian introducido en el ramo. Así pudo el pueblo inglés admirar por primera vez las escenas movibles, las decoraciones adecuadas, el *costume* italiano, la orquesta y otras várias cosas indispensables hoy dia en el más miserable teatro, pero que aún no se conocian en Inglaterra. Una de las novedades que más sensacion causaron, fué el ver desempeñados por mujeres los papeles propios de su sexo, que hasta entónces habian sido ejecutados con harta impropiedad por niños. Con éstas mejoras vinieron otras que eran consiguientes, como el lujo, la etiqueta, el buen comportamiento de los espectadores. Tiempos atras, el auditorio que iba á admirar el ingénio de Shakespeare, se componia de gentes de todas clases, confundidas sin órden ni distincion, que aplaudian ó silbaban interrumpiendo; y que reñian á puñadas, ó arrojándose cáscaras de nueces y naranjas, cuando no estaban acordes sobre el mérito del drama. Tampoco se usaba descubrirse durante la representacion, y muchos se tendian á lo largo en los bancos, fumando la pipa y conversando familiarmente con sus amigos. Pero todas estas malas costumbres, se reformaron por medio de una policía interior, bien dirigida al

principio, si bien se hizo después harto molesta, por la necia compostura que se exigió de los concurrentes.

Drury Lane era el principal y más concurrido de los dos teatros que hemos nombrado. Allí reinaban; Dryden como autor dramático, D'Avenant como empresario, y Bitterton como actor trágico. Este último habia adquirido una inmensa reputacion por su indisputable talento en el arte de la declamacion. Cuentan que, en sus principios fué Bitterton un pobre dependiente de un librero. Su amo, que veia su aficion á la tragedia, lo animaba al estudio facilitándole cuantas obras poseia; hasta que en 1660, viéndose el librero con un empleo en la guardaropía del teatro, consiguió introducirlo en la compañía dramática, abriéndole de este modo las puertas del porvenir. Pero la naturaleza quiso sin duda cortar las alas á su ingénio, dotándole de un físico horroroso; pues era pequeño y contrahecho, ancho de espaldas y endeble de piernas, deforme de piés y manos, y tenia sobre todo un eco de voz en extremo desagradable. Pero Bitterton supo hallar el equilibrio de sus defectos. Ensayando su voz constantemente con la ayuda de un instrumento sonoro, llegó á adquirir una entonacion subida que no le era natural, pero que sorprendia por esto mismo más á los que le conocian. Estudiaba las posiciones que podian producir más efecto, disimulando la fealdad de su persona. Todo era artificio en aquel segundo Esopo; y sus trabajos fueron merecidamente premiados, porque llegó á ser el primer trágico de la Europa del Norte. Sus admiradores le aplaudian sobre todo en su ejecucion de los dramas de Shakespeare. Cuando Hamlet, trémulo de pavor ante la sombra de su padre, esclamaba:

„Angels and ministers of grace, defend us!
„Be thin a spirit of health or goblin damn'd,
.....

entónces se echaba de ver el talento histriónico del actor. El color naturalmente sanguíneo de su rostro, se trocaba por la palidez de la muerte; sus ojos se desencajaban; sus lábios se vestian con la púrpura de la violeta; su lengua parecia querer pegarse al paladar; y sus amigos, aun aplaudiéndole, temian de buena fé por su vida.

Ya que hablamos del teatro, justo nos parece dedicar algunas líneas en favor de un grandioso espectáculo que acababa de ser introducido en Inglaterra. Hacía poco más de medio siglo que los Venecianos habian dado á conocer la ópera en las córtes europeas,

con general aprobacion. Voltaire, que fué uno de sus entusiastas, decia, que para que la ópera fuese una ilusion dichosa y completa, era preciso construir teatros á propósito, donde al par del aparato escénico se admirasen los ingénios del pintor y del arquitecto, «porque la ópera, decia, es un palacio encantado donde reinan la »pintura, la poesía, las artes, el baile y la música; donde todo »conspira para ofuscar nuestra vista y cautivar nuestro corazon.» En Venecia, Nápoles, Roma, Paris y Madrid, se gozaba ya de este espectáculo; pero los Ingleses, aunque seducidos por las descripciones de los *dilettanti*, no se atrevieron á introducirlas en su escena, porque el público en general lo consideraba como perjudicial á la religion y á las costumbres. Los actores dramáticos, por conveniencia propia, se declararon en guerra abierta contra los músicos, y decian, que aparte de ser una diablura católica, la ópera pecaba en lo sublime del ridículo, pues nada era en efecto más extravagante que el cantar arias en el momento de la muerte, y bailar medio desnudo al derredor de las tumbas. Habia, segun ellos, algo de infernal en aquellas danzas y cantares, y sobre todo en aquel idioma particular de los Romanos que los Ingleses no podian comprender. Fácil es presumir que todos estos cargos, partian principalmente del clero protestante, pero en vano luchaban con el espíritu del siglo. La opera se introdujo finalmente en el teatro inglés, con la sola condicion de que se cantara en el idioma del país. *Psiché* fué la primera que se compuso, siendo sus autores Shadwell y Lock, el primero de la letra y el segundo de la música. El año de su ejecucion fué el de 1673, el mismo en que el gran Molière exhalaba su último suspiro.

Como era natural, la música inglesa estaba entónces en el primer período de su vida: en el estado de barbarie, como decia el célebre órganista Purcell. No se cultivaba más género que el sagrado, ni estaban en uso otros instrumentos que el órgano. La guitarra y el violin sólo ocupaban la atencion de la gente frívola, pues la música que componian Gibbon y Lock para estos instrumentos, eran madrigales, pavanas, zarabandas y coplas menores, muy buenas para el *dilettante* de los salones, ó para los músicos de calle.

La música italiana se distinguia entónces por su majestuosidad y dulzura, y la francesa por su ligereza y aire coplista. Imitando las bellezas de la una y eludiendo los defectos de la otra, se conseguiria formar una escuela nacional que superase á todas; y éste

era el gran proyecto de Purcell, que como hemos dicho era un hábil organista de la abadía de Westminster. Pero Purcell juzgaba del génio de sus compatriotas por el suyo propio: sin que tampoco se pueda asegurar que su talento para componer Motetes, Te Deums, Jubilates y Antífonas, fuera capaz de abarcar un género nuevo profano, y que tanto se diferencia de la improvisacion sagrada. El público de Lóndres no tenia preparados los oidos para la música de ópera. Los cortesanos que no habian oido más conciertos que los que formaban los 48 violines de la capilla real de Versalles, no concebian que lo que llamaban *Orquesta* fuese superior á aquellos. El mismo Dryden, queriendo dar su voto en lo que no entendia, dijo que la nacion inglesa no produciria nunca un músico como el frances Grabut, que era en realidad un artista adocenado, é inferior á Purcell por todos conceptos. Pero tal era la ignorancia de los Ingleses en punto á música, que ni siquiera hacian caso de nuestros compositores del Mediodia.

El Napolitano Scarlatti era entónces el asombro de los Españoles é Italianos. Discípulo del Conservatorio de San Onofre, en Nápoles, instituto debido á la munificencia de los Vireyes de España, Scarlatti fué un genio superior, y sin rival en su época, amigo de la Reina Cristina de Suecia, que lo creó caballero, y patrocinado por los más distinguidos personajes de la Europa culta: él fué el inventor de los *Rittornelli* y de los *Dacapo*; compuso durante su vida 100 óperas, 200 misas y un sin número de canciones y piezas sueltas que ascienden á más de 3.000. Purcell lo tomó por modelo en su género, y consiguió, segun los inteligentes, serle superior en punto á armonía y expresion. Pero la Inglaterra fué para él un campo estéril, una prision en que murió su ingenio, sin haber logrado extender sus alas.

Con la Opera vino el Ballet, que tomó el nombre de «comedie-ballet» cuando la pieza que le antecedia era un drama; y «ópera-ballet» cuando servia de epílogo á un melodrama. El primero era simplemente una pantomima, y el segundo una especie de opereta ó tonadilla donde se cantaba, se recitaba y se bailaba alternativamente.

Pero ya es tiempo de que volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion. Hemos querido pintar el cuadro de la literatura inglesa, á mediados del siglo XVII, presentándolo á la vista del lector como un extenso panorama. Para ello hemos sacrificado necesa-

riamente los primores del colorido á la exactitud y complemento de los detalles. Réstanos ahora describir el estado de las ciencias y de las artes; materia delicada y digna de pluma más erudita que la nuestra, pero que el carácter y proporciones de nuestra historia nos dispensan de tratar con la profundidad que se merece.

La revolucion política de 1640 descubrió, con el ímpetu de sus sacudimientos, un abismo profundo, donde quedaron sepultadas las ciencias por espacio de 28 años. Si exceptuamos á Newton, cuya celebridad pertenece á una época posterior, no encontrarémos uno sólo entre los 200 Académicos del «Royal Society» que pudiera rivalizar por sus conocimientos científicos con los sábios de Paris y de Florencia, ó con los muchos Jesuitas eminentes que en España y en todo el continente se conocian. Cuando la política absorbe los ánimos, la filosofía permanece como un ídolo solitario, elevado sobre su pedestal, pero sin incienso ni adoradores.

Llegó el año de 1660; la Restauracion sucedió á la Revolucion. Entónces empezó á desarrollarse la idea de crear sociedades científicas. Nápoles habia dado el ejemplo á mediados del siglo XVI, y á imitacion suya fundó Roma la Academia de Lyncci en 1609; Florencia, la del Cimento, en 1657; Madrid y Viena, las de «Natura Curiosorum,» en 1652; Paris, l'Academie des Sciences, en 1666; y Lóndres fundó su Royal Society, en 1660. Pero el espíritu científico cambió de objeto y de tendencias; la filosofía moral cedió el puesto á la natural. Galiléo, Ripler y Ticho Brahé, fueron los patronos de la ciencia favorita.

La Sociedad científica de Lóndres se componia, como hemos dicho, de 200 miembros, entre los cuales podemos citar con alguna distincion á Wallis el matemático, Wren el arquitecto, Wilkins, literato; Petty, economista; Boyle, físico; Ward, astrónomo: con Goddard, Bathurst, Rooke, Evelyn, Neile, Crowne, y otros muchos que contribuyeron con los primeros á la fundacion de aquel instituto. Su objeto fué «procurar, por medio de la mútua cooperacion, »el adelantamiento de la nueva filosofía,» esto es, de la filosofía mecánica ó físico-matemática, en la que estaban comprendidas la química, la medicina, la geometría, la astronomía, la mecánica, el magnetismo, la navegacion, la física experimental y la economía ó aritmética política. Se declaró que las cuestiones políticas y teológicas eran ajenas al objeto de la Sociedad, y que en prueba de ello, serian admitidos en su seno, como sócios de número y de mé-

rito, todos los sábios del continente sin distincion de secta ó pátria. Las formalidades requeridas para la admision de un sócio, consistian en una votacion secreta, si el aspirante era noble, y en un severo escrutinio, además, si era plebeyo ó poco conocido. Con objeto de hacer públicos sus trabajos, redactaban los sócios un periódico titulado *Philosophical Transactions*, y así conseguian, no sólo extender los conocimientos del saber humano, sino rectificar sus propios errores, abriendo el campo de la discusion general. Hooke se dió entónces á conocer, por ser el redactor en jefe de aquella publicacion. Los extranjeros distinguidos podian presenciar las sesiones de la Sociedad, y aun á veces solia concederse igual favor á las señoras de la alta nobleza, que, como la erudita Duquesa de Newcastle, no tenian más impedimento que su sexo para pertenecer á una academia de ciencias.

El establecimiento se sostenia con los productos del Hospital de Chelsea, y con las cuotas que satisfacian los sócios, que eran por cierto insignificantes, pues no pasaban de 30 rs. las de entrada, ni de 5 rs. las mensuales. Pero en cambio llovian los donativos. El Conde de Arundel dotó á la Sociedad con la rica biblioteca que sus abuelos habian comprado á Corbino, Rey de Hungría. M. Colwell legó en su favor un museo de historia natural. El Instituto de Gresham le cedió sus salones, que ocupaban toda el ala izquierda del piso principal de la Bolsa; y además puso á disposicion de los sócios su gabinete de física y su laboratorio de química.

Así consiguió la Sociedad científica de Lóndres inaugurar sus tareas con cierto esplendor y sostenerse con decoro. Desde luego trabó correspondencia con las Academias del continente, creó cátedras públicas, envió comisionados á recorrer la Europa en busca de fenómenos naturales, y estimuló á la juventud estudiosa celebrando certámenes científicos, y distribuyendo medallas á los que llegaban á distinguirse.

Existia tambien en Lóndres otra Sociedad de eruditos que cultivaban ciencias opuestas á la nueva filosofía: se ocupaban de antigüedades, lenguas clásicas, historia y teología, y celebraban sus reuniones en un café conocido con el nombre de «Rainbow,» esto es, el Arco Iris. A juzgar por los indivíduos que componian esta asociacion y los que figuraban en la Academia científica, podemos decir que esta última era el foco aristocrático, y aquella el club plebeyo de la ciencia. Allí concurrian los altos personajes del reino

y los extranjeros de distincion; aquí, los más notables eran togados ó miembros del clero anglicano. No es, pues, de extrañar que existiese entre ámbos cuerpos una rivalidad constante, que casi rayaba en aborrecimiento. Butler, Stubbe y Crosse, miembros del Rainbow, tachaban de papistas á los académicos porque admitian entre sus filas á los católicos; y añadian, que las tendencias de aquella Sociedad eran fatales al protestantismo y aun al cristianismo. Decian que el estudio de las ciencias físicas predisponia los ánimos al ateismo; y que los académicos eran perniciosos revolucionarios, porque, léjos de seguir la huella de los antiguos, se erigian en doctores infalibles, despreciando las verdades reveladas: á estos ataques respondió el Doctor Sprat en nombre de la Sociedad, en su interesante obra titulada *History of the Royal Society*. «La Sociedad científica, decia aquel escritor, respeta y se somete á la autoridad de los antiguos en las materias probables; pero quiere al mismo tiempo juzgar de la verdad de los hechos por medio de la discusion, á ejemplo de los Griegos, que, guiados por la antorcha de su inteligencia, admitian ó desechaban de la ciencia egipcia lo que les parecia justo y conveniente.» Á esto añadia, que el estudio de las ciencias físico-matemáticas era útil y sano, muy diverso del de la filosofía moral, que sólo habia servido hasta entónces para engendrar el racionalismo y la indiferencia religiosa.

A esto se reducian las eternas disputas de aquellas dos sociedades rivales, sin que dejaran una y otra de tener razon. En efecto, los Académicos habian hecho olvidar el estudio de las ciencias morales, apagando de este modo el espíritu revolucionario; pero es indudable que la nueva filosofía predisponia las inteligencias en favor del materialismo. Un célebre filósofo ha dicho con justicia, que la poca ciencia aleja al hombre de su Dios, pero la mucha ciencia lo atrae de nuevo al rebaño espiritual: la sociedad científica de Lóndres se hallaba entónces en el primer caso, así es que en aquella época de noviciado para los filósofos, prevaleció entre los Ingleses el ateismo. Para probar su ignorancia, nos basta citar los ridículos informes que presentaban al exámen de la sociedad, y que para satisfaccion del lector incrédulo existen hoy dia en letras de molde. Uno daba cuenta de un proyecto para poder volar; otro precisaba el modo de hacer un viaje á la Luna. Cual discurria sobre los habitantes de los planetas y sobre el modo de comerciar con ellos; cual, en fin, aseguraba haber hallado la piedra

filosofal. Hubó informe que analizaba la supuesta virtud del palo del Brasil para atraer á los peces del mar, y otro que hablaba del modo de matar arañas con polvos de cuerno de unicornio.

Esta era empero la sociedad que más tarde debia contar en su seno á Newton, á Herschell y Arago. La ciencia que en un principio habia sido cuestion de novedad, lo fué de estudio en lo sucesivo. Aquellos mismos que se sorprendian al ver las propiedades de la piedra iman y la virtud profética del barómetro, debian con el tiempo inmortalizarse observando las manchas del Sol, las variaciones de la atmósfera, la declinacion de la aguja magnética, la ley de gravitacion y el curso de los astros.

Newton, aquel célebre filósofo matemático, físico y astrónomo, cuya portentosa celebridad superó á la del mismo Galileo, fué el primero que operó esta revolucion científica. De su tiempo datan los grandes descubrimientos de los fenómenos naturales; pero Newton tuvo que luchar por mucho tiempo con la envidia y la ignorancia. El fijó primero la teoría que Mercator expuso más tarde en su *Logaritmetechnie*, sin que nádie se tomase el trabajo de comprenderlo. El inventó el teorema binomial, estableció los principios de la doctrina del cálculo, publicó el sistema de analizar por medio de ecuaciones infinitas, introdujo el método diferencial, y en fin, estuvo desempeñando algunos años la cátedra de matemáticas en la Universidad de Cambridge, ántes que la sociedad científica de Lóndres se dignase incluirlo en el número de sus elegidos. Newton era ya un génio superior, y Leibnitz no le conocia ni aun de nombre. Los aristocráticos miembros del Royal Society, no podian convenir en que el hijo de un pobre arrendatario de Woolthospe, fuese capaz de hacer un descubrimiento científico; y los sábios del continente, preocupados entónces con el sistema de Descartes, no hacian caso de un hombre desconocido en su propio país. Es verdad que Newton no podia demostrar palpablemente lo que concebia, y por esta razon, temeroso de la crítica, se abstuvo por mucho tiempo de revelar sus secretos. Pero un acontecimiento inesperado vino á prestarle ayuda. Picard y La-Hire publicaron el grado del meridiano que habian obtenido en su medicion de Paris á Amiens, y entónces Newton, recapacitando de nuevo sobre su teoría de la gravitacion, pudo rectificarla y probar su evidencia. Tras de esto vino la célebre disputa que sostuvo con Leibnitz sobre los principios del cálculo; disputa que conmovió profundamente

los cimientos del mundo científico y le atrajo gloria y renombre.

La mecánica se hallaba muy atrasada en Inglaterra; y esto será tanto más de extrañar, si se tienen en cuenta las obras de construccion que por aquel tiempo emprendieron los Ingleses, como eran la catedral de San Pablo, los diques de Lincoln, las numerosas flotas que estaban armándose á toda prisa, y los trabajos de disecacion en las lagunas de Bedford. Bossut fué el primero que supo apreciar la fuerza del agua, y Smeaton logró emplear el aire como agente. El cabrestante, máquina que veian pintada los Ingleses en los cajones chinescos de mercaderías, no empezó entre ellos á funcionar hasta que Echkart la dió á conocer cien años después. No se conocia tampoco la máquina de Atwood que descubre la ley de gravitacion de los cuerpos. Usábase la polea española, la pesa romana, la noria arábiga, y el tornillo comun que se conocia ántes de Hunter. Ni Ximenez ni Coulomb habian explicado aún la ley de la friccion, ni Watt habia ensayado la fuerza del vapor. Wren y Wallis habian ya comprendido mejor que Descartes la colision de los cuerpos; pero esto no obstante, la mecánica estaba mucho más adelantada en las demás naciones, como puede juzgarse por la fábrica del palacio de Versalles, las fortificaciones de Dunquerque y los diques de Amsterdam.

La hidrostática debia entónces significar otra cosa diferente de lo que hoy se enseña, puesto que se creia que el agua no era un cuerpo elástico. Corroboraban esta creencia los infinitos experimentos que habia hecho la Academia Florentina del Cimento, y Boyle, que fué el que más se distinguió en este ramo entre los físicos ingleses, apoyaba de mil modos la misma opinion. Fué pues necesario que naciera Canton para probarles que el agua es compresible y por consiguiente elástica. No se conocia el fuelle de Ferguson, ni la prensa de Bramah, ni el hidrómetro de Sykes, ni el areómetro de Parcieux.

La hidráulica y la náutica estaban mucho más adelantadas. Newton habia investigado las curvas de los fluidos y traducido á Vitrubio. No se conocian empero más medios de extraer el agua que la rueda Persa, la serpiente de Arquímedes, la noria arábiga y la bomba de La-Hire. Los resultados de esta última, dieron márgen á una invencion tan feliz como importante. Torricelli, guiado por la conocida máxima de su maestro Galileo «la naturaleza tiene horror al vacío», inventó el barómetro en 1647. La Europa se con-

movió al disputarse la herencia del ilustre italiano. Descartes en Francia, Huygens en Holanda y Hooke en Inglaterra, se empeñaron en perfeccionar este instrumento. Hooke consiguió hacer lo que los Ingleses llamaron *a play-thing*, un juguete, y era una especie de reloj-barómetro que marcaba las variaciones primordiales del tiempo. Por su parte Boyle, después de haber escrito várias obras sobre la elasticidad, peso y densidad del aire, encontró el perfeccionamiento de la bomba aérea, construida por primera vez en 1654 por Guerrick. Este perfeccionamiento consistia en no hacer uso del agua.

Entónces tampoco se hacía un estudio separado de las propiedades del calor, ni se daba á este agente universal la importancia que hoy tiene. Esto no obstante debió llamar la atencion de los sabios el Thermómetro de Santorio, que Boyle introdujo en Inglaterra. Reaumur y Farenheit no compusieron los suyos hasta 1720 y 1730.

La óptica se cultivaba con bastante buen éxito. Gregory en su «Optica promota,» precisó con Descartes la forma necesaria del lente para que los rayos paralelos que se le trasmitiesen convergieran en un foco con exactitud matemática. Newton en su obra «Optics,» descubrió el fenómeno de la imágen prismática, y concluyó de aquí que la luz no era hemogénea, sino compuesta de rayos más ó ménos refrangibles: con esto se transformó completamente la ciencia óptica. Todavía no se tenía idea del espejo de Bufon, ni del periscopio de Wollaston, ni del microscopio de Amicio, ni del pirómetro de Luc, ni de los kaleidoscopios y theinoscopios; pero ya adornaban los gabinetes de física el telescopio de Galileo y los de Sheiner, Huygens y Newton, así como el microscopio de Fontana y el micrómetro de Auzet. Se tenía ademas un conocimiento exacto de la naturaleza del Arco Iris, de la igualdad de los ángulos de incidencia y reflexion, de la estructura y funciones del ojo, de la cámara oscura y de la reflexion y refraccion de la luz.

Las demas ciencias físicas como son: la electricidad, el galvanismo, el magnetismo y el electro-magnetismo, yacian en la oscuridad. No se tenía la menor idea de la pila de Volta ni de la de Zamboni, como tampoco de la redoma de Leiden, ni del electrómetro de Bennet. Sulzer, Oersted y Coulomb no habian nacido todavía.

Nada podemos decir de notable acerca de la química, botánica, zoología y geología. Boyle Sloane, Ray y Woodward, que las interpretaban, no habian adelantado un paso en ellas.

La astronomía era universalmente considerada como la ciencia de Dios, y el que la poseia era mirado con un respeto casi divino. Por esto mismo hubo muchos charlatanes que, bajo el nombre de astrólogos, forjaron mil patrañas sobre el curso de los astros, atrayéndose las burlas de los dos genios coetáneos de la sátira, Butler y Quevedo. Pero el verdadero profesor de la ciencia era un tesoro inapreciable, cuya posesion se disputaban los príncipes y grandes de la tierra. Los Jesuitas fueron los que mayor partido sacaron de la astronomía, por varios conceptos, pues ademas de haber hecho en ella descubrimientos importantes, consiguieron, por su medio, introducirse en el misterioso imperio de la China. Sus relojes solares, sus péndolas y sus calendarios llenaron de admiracion á la corte de Pekin, y fueron causa de que se decretase en la China la libertad del culto católico.

La Inglaterra, siguiendo el impulso que tomaba esta ciencia en el continente, produjo tambien una larga série de observadores, entre los cuales merecen particular mencion Ward, Hamstead, Halley, Hooke y Newton. Pero estos hombres estudiosos hubieron de luchar á porfia con grandes dificultades, pues segun asegura Wallis, la astronomía no era más que un nombre extraño en las universidades inglesas. Parece ser que los mismos Kepler y Ticho Brahé, eran poco buscados y ménos hallados en aquellas públicas bibliotecas. Se asegura, no obstante, que Harriot descubrió ántes que Galileo las manchas del Sol, y que Gasgoigne inventó un instrumento parecido al micrómetro de Auzet, ántes que éste diera á luz el suyo. Pero si así fué, los Ingleses no supieron aprovecharse de estas invenciones; y es lo cierto, que en todo el siglo XVII, no descolló en Inglaterra un solo astrónomo que pudiera acercarse á Kepler, Galileo, Riccioli, Cassini ó Sheiner. Newton fué propiamente un físico: toda su ciencia astronómica está resumida en su teoría lunar que derivó de Harrock.

La Inglaterra, sin embargo, podia presentar dos hechos culminantes en honor de la astronomía: la rectificacion del catálogo planetario, y la construccion del observatorio Greenwich. Hasta entónces no se tuvo idea fija del movimiento regular de los planetas, ni se sospechaba que pudieran medirse las distancias que

guardan entre sí los cuerpos celestes. Halley persuadido de que era imposible descubrir cosa alguna de provecho sin la ayuda de buenas tablas planetarias, se trasladó á la isla de Santa Helena, con el fin de rectificar el catálogo incorrecto de Kepler. Miéntras él operaba en el Sur, Hamstead y Hevelius operaban la misma rectificacion en el Nórte. La primera observacion dió por resultado la precision de 350 estrellas: la segunda inspiró á Newton su teoría lunar.

La fundacion del observatorio de Greenwich inaugura, segun Baily, la época de la astronomía moderna. Ya hacía tiempo que los navegantes buscaban el medio de poder saber en alta mar la longitud en que se hallaban. Un frances, Saint Pierre, dijo que esto se conseguiria cuando se pudiera predecir con exactitud la revolucion de la Luna ántes de hacerse los buques á la vela. Hamstead, recogiendo la especie, declaró que era necesario construir un observatorio para realizar aquel plan, y en efecto, en 1696 se construyó el de Greenwich bajo la direccion del mismo Hamstead. La corte de Cárlos II no demostró en este caso su liberalidad, pues además de ser muy pobre el material del establecimiento, se señaló á Hamstead el mezquino sueldo de 100 libras anuales, ó lo que es lo mismo, 10.000 reales no cumplidos, miéntras durasen las obras.

El estudio de las matemáticas estaba entónces muy desatendido. No se las consideraba como ciencia, sino como parte de las artes mecánicas, bien á pesar de Torricelli, Clarius, Cavalieri y Victi que las habian ennoblecido. Los Franceses, que siempre han pecado por jactanciosos, solian enviar carteles de desafio á los matemáticos de Inglaterra, proponiéndoles problemas más ó ménos difíciles de resolver. Fermat, por ejemplo, los retaba de esta manera:

«A cualquier matemático Inglés, propongo:—hallar un número »cúbico, que unido á sus partes alícuotas dé un número cuadra- »do.—Si nádie se atreve á resolver este problema, yo le resolve- »ré.» Wallis era siempre quien recogia el guante.

La cuadratura del círculo, problema de que sólo se ocupan en el dia algunos entusiastas, con mengua de su propio crédito, tenía entónces muchos defensores. Newton fué uno de ellos: Wallis, Gregory y Halley combatian su opinion. De aquí se formaron dos bandos, que Montocla llama *cuadratores* y *anticuadratores*, cuyas interminables disputas murieron de fastidio, y es de desear que no

resuciten. Por lo demas, los Ingleses solian ocuparse en formar tablas de logaritmos, á ejemplo de Napier, que fué quien las inventó é introdujo en el Continente.

La trigonometría y la ciencia general contaba entre sus sectarios á Newton y Moore; pero desgraciadamente éstos no adelantaron un paso más allá de Euclídes y Arquímedes. Muchos años hubieron de pasar para que el inmortal Marcheroni (1797) dijera que los círculos podian suplir á las líneas rectas en las construcciones fundamentales de la Geometría.

La ciencia de Hipócrates tenía muchos profesores en Inglaterra, entre los cuales citarémos á Willis, Sydenham y Radcliffe. Willis, á pesar de sus ideas religiosas y su vida caritativa, no pudo eximirse de caer en el craso error del materialismo : así lo prueba su obra *De Anima Brutorum*, que tantos sinsabores le acarreó en el curso de su vida. Sydenham, á quien sus enemigos tachaban de empírico, era en realidad un fiel discípulo de Hipócrates y un constante observador de la naturaleza. Radcliffe, en fin, era el médico de la corte, hablador chistoso y superficial. Despreciaba la ciencia, y decia públicamente que él curaba por dinero, no por adquirirse reputacion de docto. Su máxima favorita era: *Use all mankind ill*; abusar del género humano para hacer fortuna. Pero en medio de este cinismo se citaban de él tantas y tan portentosas curas, que en vano tratariamos de hacer callar al eco de su fama.

Además de estos doctores prácticos, se conocian otros muchos eruditos que cooperaban con asiduidad al adelanto de la ciencia. Estos, á decir verdad, no debian su educacion al cláustro de Oxford, sino á las academias de Paris y Montpeller, donde generalmente cursaban sus estudios. La Italia, sobre todo, se atraia gran número de estudiantes, y aun doctores, que corrian á escuchar las lecciones de Caserio y Fabricio Minadao. Pero, vueltos á su país, los Ingleses supieron cultivar la medicina y rivalizar con los profesores del Continente. En toda la época de la Restauracion no cesó el ya citado periódico *Philosophical Transactions* de comentar y dar á luz nuevas doctrinas sobre la hidropesía, la gota, la fiebre, las viruelas, etc. Se anatomizaron el cerebro y el hígado; se supo distinguir la sensacion de la percepcion, y se publicaron largos y luminosos tratados sobre el vientre y los intestinos. Glisson descubrió la prolongacion del tejido celular, llamada desde entónces «cápsula de Glisson.» El fué el primero en explicar la

propiedad de la fibra muscular que Haller llamó después *irritabilidad*, y fué tambien quien describió la *raquitis*, enfermedad que apareció entónces por primera vez en Inglaterra.

Poco nos queda que decir en conclusion. La vida de las artes, que ha formado siempre una de las más bellas páginas en la historia de nuestros pueblos del Mediodía, deja un vacío en los anales históricos de Inglaterra, que en vano procuramos llenar. Limitándonos á la época de la Restauracion, vemos que de todos los artistas que en aquel país figuraron, sólo Wren era inglés de nacion; Lely era aleman; Gibbon, holandes; Cibbers, dinamarques, y Verrio, italiano. De modo que puede decirse, sin riesgo de caer en error, que los Ingleses no han tenido gusto ni vocacion para las bellas artes.

Wren era el Herrera de la corte de los Estuardos. Todos los edificios y monumentos públicos de aquella época son debidos á su ingenio. Wren, que habia recorrido la Europa y admirado las grandes obras de nuestros artistas, ideó inmortalizarse con un proyecto que sólo una imaginacion insana y febril pudiera acariciar. Consistia éste en edificar un Lóndres nuevo, derribando al intento el viejo Lóndres, que tan mal parado quedó con el incendio de 1666; pero, arredrado, sin duda, por las dificultades que ofrecia un parto tan monstruoso, se contentó con echar el resto de su ciencia en la abultada fábrica de San Pablo. La primera piedra de este edificio se colocó en 21 de Junio de 1675, y en 1697 se inauguró su apertura con el servicio divino anglicano. Los que hayan visitado la capital de Inglaterra habrán tenido ocasion de examinar este templo (no sin pagar á la puerta un vergonzoso tributo), que sólo llama la atencion por su similitud con el de San Pedro de Roma, y, sobre todo, por su cúpula, sus torreones y sus enormes columnas. Tiene 460 piés de longitud, 240 de latitud y 344 de elevacion; pero á pesar de estas grandiosas dimensiones, y de haber costado cerca de 74 millones de reales, carece totalmente de los principios que constituyen la arquitectura religiosa.

Entre las demas obras de Wren se citan los hospitales de Santa Brígida y San Clemente, los palacios de Hampton-Court y Marlborough House, Cambridge Library, Sheldoman Theatre, Queen's College, Chelsea Hospital, etc. Tambien fué obra suya la Bolsa, la Aduana, la Columna de 1666, el Observatorio de Greenwich y el Museo Amuleio. Todos estos edificios son inferiores al de San

Pablo, y están sellados con el carácter dórico-romano, que era el que entónces dominaba.

Por lo que toca á la pintura y escultura, ya hemos dicho que los que cultivaban estas artes eran extranjeros. Y no se crea que los Principes Estuardos les negaron su proteccion; pues Lely llegó á llamarse Sir Peter, y Kneller se tituló Sir Godfrey: los dos Alemanes Vandewelde fueron por mucho tiempo pintores de Cámara, y Verrio recibia diariamente pruebas marcadas de la generosidad de Cárlos II. A pesar de esto, ninguno de aquellos artistas podia figurar al lado de nuestros pintores de segundo órden, mucho ménos si los comparamos á Cano, Coello, Murillo, Salvator Rosa, Rembrandt, Teniers y Dow, que fueron sus coetáneos.

Cibbers y Gibbon eran los dos escultores extranjeros que campeaban sin rivales en Inglaterra. Pero ¿cómo es posible que prosperara su bellísimo arte en una nacion donde se aborrecian las imágenes, y donde no se comprendia el uso de las estátuas, obeliscos, fuentes, balaustradas, relieves, y tantos otros objetos que ostentaban con orgullo y profusion la Italia, la España y la Francia?

Finalmente, el arte del grabado, que hoy ha llegado en Inglaterra á su mayor perfeccion mecánica, estaba entónces no ménos atrasado por falta de artistas propios de este ramo. Un solo hecho citarémos, para concluir, en apoyo de lo que decimos, y es: que los que diseñaron el cuño de la moneda inglesa, reinando Cárlos II, fueron prestados de Francia.

(*Se concluirá.*)

ISIDORO GUTIERREZ DE CASTRO.

# ESTUDIOS SOBRE LA EDUCACION

DE LAS

# CLASES PRIVILEGIADAS DE ESPAÑA

## DURANTE LA EDAD MEDIA.

---

### IX.

#### BELLO IDEAL DE LA NOBLEZA.—LA CABALLERÍA.

Determinadas ya, en la forma conveniente, la constitucion personal y la organizacion gerárquica de la nobleza española, fácil será á nuestros lectores el reconocer que, aun siendo parcialmente distintos los fines de cada uno de los estados que la constituyen, no podia diferir sustancialmente el *bello ideal* de la educacion comun de todos. Evidente parece no obstante, pues, que unos estados estaban llamados á mandar, miéntras vivian otros sujetos á la obediencia, que llegando la educacion y enseñanza de los nobles á cierto punto, se hicieran en ella sensibles ciertas diferencias, bastantes á señalar exteriormente la variedad de aquellas dos principales categorías.

Contábanse en efecto los *condes* y los *ricos-homes* en la primera: pertenecian á la segunda los *infanzones*; y tras ellos aparecian los *caballeros* y los *fijo-dalgos*. En su calidad de señores, que obtenian á la contínua el *mero-misto* imperio, y lo trasmitian á veces á sus vasallos, aproximábase bajo multiplicados conceptos la educacion superior de los condes y ricos-homes á la educacion de la *realeza*, debiendo por tanto resplandecer, en ellas y por ellas, las mismas virtudes personales que formaban el *bello ideal* de los príncipes

Así, pues, la clemencia y la benignidad, la justicia y la templanza, la liberalidad y la magnificencia debian ser respecto de próceres y magnates digna corona del *esfuerzo* y de la *fortaleza*, para perdonar, tener en paz, galardonar y defender á sus naturales y vasallos, segun los casos, tiempos y lugares. Todo *conde* ó *rico-home* que hollara la justicia, ó quebrantare á sabiendas, y con daño de los suyos la ley, forzándolos, vejándolos ó envileciéndolos, indigno era del señorío y corria cuando ménos el humillante riesgo de verse abandonado de los que le honraban y servian, dado el derecho del *desnaturamiento* y de la *despedida*: por eso el *bello ideal* de su educacion como tales dignatarios, uno y conforme con los fines que debia llenar en la república y contrapuesto siempre á todo sistemático abuso ó tiranía, como á todo exceso de fuerza ó de poder, cifrábase principalmente en el ejercicio de las mismas virtudes, que legitimaban y enaltecian, en el concepto universal del pueblo, á la *realeza española*.

Colocados los *condes* y *ricos-homes* entre ésta y las demás clases sociales, y llamados, no ya sólo á defender, al lado de los reyes, y á engrandecer con ellos la república (1), merced al esfuerzo de su corazon y de su brazo, mas tambien á constituir los grandes Consejos de Estado en los momentos solemnes en que la salud de la pátria lo exigia (2), debian ser para con el rey «complidos en »lealtad et en verdad, sanos de sesso et entendimiento, para co»nocer su bien é guardar su buenandanza, bien acostumbrados et »de buenas maneras, para servir de ejemplo á los demás del »reino, y finalmente esforzados é reçios, para amparar á su Señor »et su tierra é para acrescentar el regno, á honra dél é dellos (3).» Pero si á estos superiores dignatarios de la república habian de exornar tan altas cualidades, ya por la condicion de *señores*, ya por la de *vasallos* ó *naturales*, habida consideracion á que se ele-

(1) Partida II, tít. IX, ley VI.

(2) Los primitivos cronicones de la reconquista, mencionan estos Consejos de Estado, que tuvieron el triple carácter de *políticos, guerreros* y *religiosos*, durante los siglos IX, X y XI, con estas ó análogas formas: "Habito magnatorum concilio "generali;—habito conventu magnatorum;—fideli concilio regni, etc." Algunas veces hicieron oficio de tribunal supremo, como sucede por ejemplo el celebrado en Zamora para juzgar á Jimeno Sanchez y su hermano, Señores de Briviesca que habian llamado á los Moros contra su pátria (Septem-Barrios), y el tenido más tarde en Toledo para sentenciar á los famosos Condes de Carrion, yernos del Cid. De ámbos se apoderó la musa popular á la raíz misma de los hechos.

(3) Partida II, tít. IX, ley citada.

vaban de contínuo á tan alta gerarquía en hombros de sus propios merecimientos y bondades, «que era cosa que ennobleçia al ome, façiendole complido» (si gozaba ya de hidalguía), no era de maravillar, y ántes bien muy conforme á la índole de la institucion de la *nobleza*, que se ajustara y ciñera fundamentalmente, en todo lo demás que á su educacion tocaba, el *bello ideal* de *condes* y *ricos-homes* al *bello ideal del caballero*. En éste se reflejaban, y por él vivian de nuevo entre los hombres todas las virtudes, ahuyentadas, en medio de la barbarie, por la tiranía y por la fuerza: por él se habian rehabilitado en tal manera los sentimientos de la equidad y de la justicia, que no sólo habian tomado asiento y puesto su trono en el corazon de los que, á nombre de la humanidad y de la religion, protestaban contra la opresion ejercida sobre los débiles y humildes, sino tambien en el ánimo de los mismos opresores. Y como nada habia más generoso, nada más meritorio y levantado en el suelo de la Península ibérica que la redencion de la pátria, usurpada por los sectarios del Islam (1), y era esta guerra perpétua escuela de heroismo, de piedad y de caridad evangélica al propio tiempo, nada pudo oponerse en España irresistiblemente al desarrollo y triunfo de aquellos altos sentimientos, que vivificaban y robustecian al par la institucion de la *caballería*. Por ellos, tomaba tambien realidad histórica en todas las esferas sociales, no exceptuada por cierto la de la *realeza*, cual demuestra palpablemente, además del estudio hasta ahora realizado, el

(1) Que es esta una idea capital en la cultura española lo demuestra palmariamente, entre otros mil hechos, que pudieran alegarse, los testimonios siguientes. Narrados por el monje de Albelda los sucesos preliminares á la empresa de Pelayo, califica la guerra por él emprendida con título de "*eterna lid*, sostenida (dice) dia y noche contra los Sarracenos, á quienes sin tregua combatian los Cristianos hasta que la Providencia (Praedestinatio divina) consintiera arrojarlos del suelo ibero" (número XLVI); y enaltecidas las hazañas de Alfonso III, añadia: "De aquí adelante, "humillado y nunca ensalzado el nombre los Ismaelitas, arrójelos sin tardanza la Di"vina Clemencia de nuestras provincias del lado allá de los mares y conceda el reino "á los fieles de Cristo, para que sea perpétuamente poseido (núm. LXXXIII). Don Juan, hijo del Infante D. Manuel reiteraba los mismos votos, en su *Libro de los Estados*, asegurando que hasta arrojar á los Moros de España, ni Dios sería servido, ni se cumpliria la facienda de los reyes, de los condes, de los ricos-homes y de los caballeros, con todas las gentes comunales. Don Alfonso de Cartagena repetia lo mismo en su *Oracional y Doctrinal de Virtudes*, declarando que la guerra contra los Mahometanos era *guerra de Dios* y lamentándose como Juan de Mena, en su *Laberinto*, de su vergonzoso olvido. El hecho no sólo era presentido por todos los corazones, sino proclamado por todas las más nobles inteligencias.

no recatado afan con que acuden á ceñir la espada y calzar la espuela del caballero príncipes y reyes (1).

Bosquejar el *bello ideal de la educacion del caballero*, es pues bosquejar, con toda evidencia de acierto, el *bello ideal de la educacion de la nobleza española*.—«En España (escribe el Rey Sábio), »llaman *caballeria*, non por razon que anden cavalgando en caba»llos; mas por que, bien assi como los que andan á caballo, van »más honradamente que en otra bestia, otro sí los que son esco»gidos para *caballeros*, son más honrados que todos los otros *de»fensores*. Onde, assi como el nombre de la *caballeria* fué tomado »de compaña de *omes escogidos para defender*, otrosí fué tomado »el nombre de *caballero* de *caballeria*» (2). Representaba, en consecuencia, la alta consideracion general en que era tenido el caballero, la idea de la *eleccion* á que le daban derecho sus merecimientos; y esta *eleccion* que determinaba la *nobleza por sabiduría y por bondad*, de la suerte que dejamos reconocida (3), lográbase por tres caminos: el primero, por *linaje*; el segundo, por *saber*; y el tercero, por excelentes *hechos de armas*, ó por *costumbres* y *maneras* (4).—Estudiemos, por tanto, sabido el concepto del linaje, lo que eran ó debian ser estas *costumbres y maneras*; reconozcamos qué *hechos de armas* granjeaban la consideracion de la *caballería*, y en qué consistian los *saberes* propios del *caballero*; y hecho esto, no cabrá ya dudar de que tendrémos discernido, con entera seguridad, el *bello ideal* de la educacion de la nobleza española, bajo sus más positivas relaciones.

Necesarias eran, ante todo, á los caballeros cuatro virtudes principales, á saber: *cordura*, *fortaleza*, *mesura* y *justicia*. Al-

---

(1) Fácil nos sería el poner aquí largo catálogo de reyes de Castilla, Aragon, Navarra y Portugal que mostraron gran honra en dar y recibir la Orden de la caballería. Para demostracion de nuestro aserto, nos bastará observar que estas ceremonias españolas alcanzaron tal celebridad, fuera de la Península, que vinieron á Castilla muy esclarecidos príncipes á solicitar la honra de ser investidos caballeros por nuestros reyes, señalándose en las crónicas nacionales estos no peregrinos sucesos, como naturales y corrientes.

(2) Partida II, tít. XXI, ley 1.ª—*Libro de la Caballería* de Mossen Sent Jordi, ley VIII.—*Doctrinal de Caballeros*, Lib. I, tít. I, ley ó Rubricela II.

(3) Véase el artículo anterior, pág. 358 del núm. 43 de la REVISTA.—*Doctrinal de Caballeros*, Lib. I, tít. I, Rubricela III. "Estos que ganan caballería por su sabiduria é por su bondat son por derecho llamados *nobles* (id., id.)

(4) Partida II, tít. XXI citado, ley II.—*Libro de la Caballería* de Mossen Sent Jordi, ley IX.

canzaban por la *cordura* á obrar en pró de la Iglesia, del rey y de la pátria, sin menoscabo ni daño propio; ganaban por la *fortaleza* la perseverancia en las empresas que acometian; aprendian á ser templados y sóbrios en todas sus acciones por la *mesura*, y enseñábales, por último, la *justicia* á obrar en razon, ley y derecho. Para lograr estos fines, debian los caballeros ser expertos en el manejo de las armas, tanto defensivas como ofensivas, las cuales se simbolizaban en la *espada*, que tenian obligacion de ceñir de contínuo, recibida la honra de la caballería (1). Cumplíales asimismo ser entendidos, sabidores, bien acostumbrados, arteros y mañosos, mansos en sus palabras y acciones, sóbrios y convenientes en el vestir, mesurados en el comer, beber y dormir, inclinados á todo acto de humildad, piadosos para el necesitado y débil, enérgicos en el increpar y fuertes en el resistir á los tiranos y opresores, y sobre todo consecuentes en el bien y leales. No otro era el conjunto de *bondades* (virtudes), *costumbres* y *maneras*, que habia menester el caballero para ser digno de tal nombre y merecer el respeto de los pequeños y la benevolencia de los grandes.

Dábale en efecto la claridad de entendimiento aquella necesaria aptitud, que distingue el bien del mal, abriendo el camino de la piedad, de la lealtad y de la justicia. Por ella huiria el caballero de «amar á los que oviese de querer mal» y de «desamar á los »que oviesse de querer bien,» porque la rudeza de entendimiento «le farie seer esforzado do non lo debier seer, et cobarde allá do »debrie aver esfuerzo,» asi como «cobdiciar lo que non debrie »aver, et olvidar aquello que deberia cobdiciar» (2). Mas como no basta al hombre tener entendimiento, sin que sepa hacer uso de tan precioso dón, era necesario al caballero ser *sabidor*, para saber obrar de su razon, conforme á lealtad, piedad y justicia. Sólo en tal manera podria ser cumplido *defensor* de la pátria y *amparador* cuerdo y legítimo de la virtud mancillada ú oprimida; y porque la obra «era así como espejo en que se mostraban la su

(1) La espada simbolizaba en efecto de un modo eficaz las expresadas cuatro virtudes, el *mango* ó empuñadura representaba la *cordura*; la *manzana* ó pomo la *fortaleza*; el arriaz ó gavilanes la *mesura*; y el hierro ú hoja finalmente la *justicia* (Partida II, tít. XXI, ley IV.—*Libro de la Caballería* de Mossen Sent Jordi, ley XI).

(2) Partida II, tít. XXI, ley VI.—*Libro de la Caballería*, de Mossen Sent Jordi, ley XII.—*Doctrinal de Caballeros*, libro I, tít. I, ley VI.

»voluntad é el su poderío» (1), necesitaba de limpias, sóbrias y derechas costumbres. En virtud de ellas conveniale ser, por una parte fuerte y bravo y por otra manso y humilde (omildoso); pues así como les asentaba perfectamente el usar de modos y palabras enérgicas y nada contemplativas con los malos y con sus enemigos, así tambien eran propias de su bondad é hidalguía «las man»sas é omildosas para falagar et alegrar á los que con él fueren, »façiendoles buen gasajado» (trato obsequioso).

Érale no ménos conveniente el ser *mañoso y artero*, esto es, conocedor del arte de la guerra. Por maña, entendia no ya sólo en lo que al arreo y defensa de su persona, al manejo de todas armas, ofensivas y defensivas, y al cabalgar lijera y bizarramente concernia, sino tambien en lo que al conocimiento técnico de las referidas armas y al de la naturaleza, índole y aptitud de los caballos de guerra tocaba: porque de ignorar una ú otra cosa, podria caer en peligro de muerte ó de cautiverio (prision). Hacíase en verdad indispensable al caballero, el saber si eran ó nó buenos el hierro, el fuste (madera), y el cuero, de que se hacian las armas defensivas; debia de igual suerte serle familiar el discernir del temple, proporcion y demás condiciones, en fortaleza y lijereza de las ofensivas, así como tambien habia menester apreciar por la estampa, el color, la talla y buena proporcion de miembros, el valor, la resistencia y la agilidad de los caballos, en cuya educacion y correccion de perjudiciales resabios, lo mismo que en la causa de sus dolencias, debia ser extremadamente perito (2). Por *arteria*, ó lo que era lo mismo, por estrategia, aprendia el caballero el movimiento concertado y siempre útil de las huestes que llevaba bajo su capitanía ó conducta, cualquiera que fuese el número ó naturaleza de las mismas; y adquiria tambien el modo de vencer con pocos á muchos, ora usando de las celadas (emboscadas), del *torna-fuye*, ó del rebato, ora de las algaras ó cabalgadas, ora esforzándose para salir de los grandes peligros, cuando en ellos cayere con los suyos, ora inventando nuevos ingenios y maneras de combatir las fortalezas, villas y ciudades, ya en fin, proveyendo á su defensa con nuevos y nunca vistos pertrechos y reparos.

---

(1) "La obra es axi com espil, en que mostra la sua voluntat et seu poder qual es.» (*Libro de la Caballeria*, de Sent Jordi, ley XIII).

(2) *Doctrinal de Caballeros*. lib. I, tit. I. Rubricela XI, 3.—*Libro de la Caballería*, de Mossent Sent Jordi, ley XVII.—Partida II, tit. XXI, ley X.

Modelo de las restantes clases sociales debia ser el *caballero* en todos los demás actos de su vida; mas obrando y hablando siempre de manera, que desde el momento de recibir la honra de la *caballería*, no pudiera ser fácilmente confundido su estado con otro alguno. Era permitido á los caballeros jóvenes (noveles), durante su mancebía (juventud), vestir paños de colores, ya cárdenos ó bermejos, ya jaldes ó verdes, «porque les diesen alegría é les crecieran los corazones, para ser más esforzados y valientes:» los de mayor edad, podian usar de mayor templanza en sus *traeres*; más nunca vistiendo paños pardos ó prietos, ni de otro color que moviese á tristeza, y procurando conservar la antigua apostura. A ninguno, mancebo ó viejo, era sin embargo lícito aparecer en público, dada la bondad del tiempo, ya en paz, ya en guerra, sin el correspondiente *manto caballeresco* (caballeroso), el cual debia ser ámplio y largo hasta cubrir los piés, anudándose ó afiblándose sobre el hombro derecho, por tal arte que pudiere el caballero «meter et sacar la cabeza, sin ningun embargo (1).» De igual manera habia de cabalgar en la ciudad; mas en el campo, así entre sus compatriotas como al frente de sus enemigos, érale forzoso el ir armado para evitar toda ocasion de recibir daño y aprovechar las de hacerlo, siendo ofendido. Vedado estaba al *caballero* cabalgar en asno, ú en otra bestia vil, dentro de la ciudad, ni llevar persona alguna á la grupa de su caballo; «porque estas cosas eran las que peor parescian en el caballero,» por escandalosas y desapuestas. A pié ó cabalgando, en campo ó en poblado, no podia, so pretexto alguno, dejar de ceñir la *espada*, hábito y símbolo de la caballería (2), segun arriba indicamos.

Cosas naturales para todos los hombres, y muy más necesarias que el vestir, eran el comer, el beber y el dormir, de que nádie era dueño de excusarse. No podia, sin embargo, el *caballero* satisfacer estas necesidades de la vida sin *tiempo*, *medida* y *apostura*. Debia en consecuencia comer dos solas veces al dia; y así como en tiempo de paz no habia dificultad en que usase en una

(1) Partida II, tít XXI, cap. VVIII. — "Fahiénlo de guisa quen podien metre et trer lo cap, sens algun embargament, et aquest mantell apelleren *mantell Cavalleros*. (*Libre de la Caballería*, de Sent Jordi, ley XXV). — *Doctrinal de Caballeros*, lib. I, tít. I, Rubricela XIX.

(2) Partida II, tít. XX, leyes XVII y XVIII.— *Libre de la Caballería* de Mossen Sent Jordi, leyes XXIV y XXV. — *Doctrinal de Caballeros*, lib. I, tít. I, Rubricela XVIII.

y otra comida de buenos manjares sabrosamente adobados, así cuando guerreaba, debia tomar en la mañana un leve refrigerio, reservando el *mayor comer* para la tarde; con lo cual evitaba el hambre y la sed, y estaba dispuesto á más fácil curacion, dado que fuese herido en batalla. Los manjares habian de ser carnes frescas y sanas: el vino poco y aguado, de tal modo, que no le turbase el entendimiento; y durante el estío érales conveniente, para esquivar las fiebres, beber ciertas *vinagradas* «que le acrecentasen la salud y la vida.»—Porque era siempre dañoso al *caballero* el excesivo dormir, y grandemente perjudicial en la guerra, estábale vedado usar de ropas muelles y blandas, «para su yacer,» y ántes bien, debia procurar no despojarse de todas las piezas de la armadura, conservando principalmente el perpunte ó la jacerina, no sólo para abreviar el sueño con su dureza y pesadez, más tambien para estar mejor dispuesto á echar mano de las armas, si acaecia algun rebato en el real, por sobrevenir el enemigo. La sobriedad y templanza del *caballero* en el comer, el beber y el dormir traian, demás de lo dicho, extremado provecho para la hacienda privada y aun la pública, porque sobre serles no poco económicas, lo cual era de grande efecto « para complir los fechos grandes,» facilitaba el movimiento de las huestes, con notorio beneficio del Estado y ventajas incalculables para la guerra.

Recatado, comedido y siempre oportuno y congruente, más extremo, decidido y constante necesitaba ser el *caballero* en sus maneras, ya en dicho, ya en hecho. Por la *palabra*, demás de lo que debia á sus iguales y á sus inferiores en los hechos de la guerra, hallábase forzado á huir de toda *villanía*, como de toda *orgullía* y *vanagloria*: éranle reprensibles por igual medida, la *adulacion* y la *mentira*, que sólo cabian en pechos apocados y ánimos viles y mezquinos; y estábale prohibido *jurar en vano* ó con leve ocasion, como era para él gran pecado el *maldecir ó blasfemar*, «porque estas deshonras manchas eran que aviltaban (envilecian) toda caballería, é oficio solo de malsines (1).» Por el hecho, cumplidor exacto de sus promesas, y esclavo, sobre todo, de los juramentos prestados al recibir órden de caballería, no podia excusarse de los peligros á que tan altos deberes le llamaba (2). Obli-

(1) *Libre de la Caballería* de Mossen Sent Jordi, leyes XXIII y XXIV.—*Doctrinal de Caballeros*, lib. I, tit. I, Rubricela XXII.

(2) Conviene dejar aquí recitado, que el juramento exigido en España al que era

gados á socorrer y amparar á todo «caballero ó dueña, que viese en cuita de pobreza,» ó víctima de alguna injusticia (tuerto), «de que non pudiessen aver derecho,» no le era dado vacilar en tomar por suya la demanda, usando de todo su esfuerzo y poderío, ya por lid soltera (riepto), ya por lid campal (de poder á poder) hasta obtener satisfaccion ó enmienda. Llamado á la defensa de la pátria (pro comunal), ó del Rey ó Señor natural, hallábase en toda ocasion dispuesto y pronto á pelear contra sus enemigos, sin parar mientes en su calidad, ni detenerse á contarlos. Llevado últimamente por su deber de cristiano, al acrecentamiento de su ley (religion), holgábase de poner su pecho al peligro de muerte, seguro de alcanzar en tal caso la palma del martirio (1).

No por otras sendas debia encaminarse la educacion del *caballero* para lograr el *bello ideal* á que aspiraba dentro de las esferas morales, políticas y religiosas, y con relacion al arte de la guerra, principal oficio de los *defensores*. Mas esta educacion no podia ser perfecta, sin el cultivo de la inteligencia; y no ya sólo en los primeros años de su vida fué ocupacion digna del *caballero* el estudio de las *artes liberales*, como comprobarémos luego, sino tambien en su edad viril, alternando siempre con el ejercicio de la caza, las justas y los torneos, lo fué la contemplacion de las grandes hazañas de los antiguos caballeros, conservadas por la tradicion y por la historia. Porque no de otro modo que en tiempo de guerra aprendian los hechos de armas, cual testigos presenciales y actores, debian en tiempo de paz nutrir su espíritu con la narracion de los mismos, á fin de que naciera y arraigara en sus corazones el deseo de imitarlos y aun eclipsarlos. Conveniente era al propósito, y muy loable costumbre de la *caballería*, ya en las comidas, ya en las veladas, el leer «las hestorias de los grandes »fechos de armas que los otros (caballeros) feçieran, et los sesos

elevado á la caballería, en el triple concepto, ya del *linaje*, ya de la *sabiduría*, ya de la *bondad*, era esencialmente político-religioso. Después de declarar que "queria ser caballero," recibir el manto, calzar las espuelas y ceñir la espada, juraba teniéndola desnuda en su diestra: 1.° Morir por su ley, si menester fuese: 2.° Morir por su Rey ó Señor natural: 3.° Morir en defensa de su tierra (pátria). (Partida II, tít. XXI, ley XIV). Las demás obligaciones, se derivaban mas principalmente de las costumbres, que se alimentaban de las ideas en que estribaba el organismo gerárquico de la nobleza, y aún de las que emanaban de la misma institucion general de la caballería, tal como habia ésta nacido fuera de España.

(1) *Libro de los Estados*. 1.ª Parte, cap. LXXVI.—*Doctrinal de Caballeros*, lib. I, tít. I, Rubricela XXII. Partida II, tít. XXI, ley XXI.

»(las discreciones), et los esfuerzos que ovieron para saber vençer »et acabar lo que querian (1).» Y no era ménos plausible en verdad, dado que faltaran las referidas historias, el hacer que los caballeros buenos y ancianos que las presenciaron, refiriesen á los más jóvenes las mencionadas proezas, como no lo era, en último caso, el obligar á los trovadores y juglares á que sólo cantasen ó recitaran ante ellos cosas históricas de gusto, «ó que fablaren de fechos de armas (2).»

De esta manera se perfeccionaban y fortalecian en el *caballero* las facultades físicas é intelectuales, encadenándose al par y haciéndose una, en las esferas de la idealidad, la vida de lo pasado y la vida de lo presente, que trasmitia con igual aplauso á las generaciones futuras la memoria de tan várias y altas virtudes. Como la más preciada, en que se encerraban y tenian todas verdadero compendio y corona; como la madre y alma de todas resplandecia la *lealtad*, sin la cual no se concebia la existencia del *caballero*. Hermana de la *gratitud*, arraigaba, brotaba, florecia y fructificaba en él, siendo al par faro constante de su corazon y de su inteligencia. Por *lealtad* guardaba el buen *caballero* la honra de su propio linaje y la de todos sus compatricios, como guardaba la honra de la república: por *lealtad* cumplia sus juramentos de *vasallo* y sus pactos (posturas) de *señor*, huyendo de la ignominia de los *traidores* (3): por *lealtad* era obligado á obedecer y á honrar toda su vida al rico-home, conde ó Príncipe, que le habia dado la órden de caballería, no pudiendo hacer armas, ni llevar hueste contra él, á ménos que tuviese guerra con su señor natural, debiendo en tal caso esquivar, cuanto le fuere posible, herirle ó matarle, salvo si viera que heria ó amenazaba de muerte á su expresado señor: por

(1) Partida II, tít. XXI, ley XX.—*Doctrinal de Caballeros*, lib. I, tit. I, ley XXI. *Libre de la Caballería* de Mossen Jordi, ley XXVII.

(2) Idem id., id.; etc.

(3) "Traydor non puede ser ome sinon por tres cosas. La primera, por matar á su "señor ó por fablar su muerte ó por ser en consejo ó en consentimiento de la su muer-"te, é sabergela et non gela descobrir nin le guardar della. La segunda, por traer (en-"tregar) castillo de su señor ó por façérgelo perder, ó por combatir castillo de su señor, "á tiempo que su señor non lo puede acorrer, nin poner y (en él) recabdo, cual debe. "La tercera, por facer tuerto con la mujer de su señor ó con las dueñas que andan en "su casa ó con las doncellas que y andan, ó con las cobijeras ó con las otras mujeres "servientes de casa, etc. (*Castigos é documentos* del Rey Don Sancho cap. XLIII). Don Sancho establecia aquí solamente las relaciones entre *señor* y *vasallo:* los traidores á la pátria lo eran por otras causas más generales.

*lealtad* debia asimismo todo respeto al padrino, que le desceñia la espada, después de armado caballero, quedando por el espacio de tres años en la obligacion de ayudarle contra todo el que le quisiera hacer mal, exceptuados sólo el señor, el padre, el hijo ó el hermano del caballero: por *lealtad*, en fin, y como deuda que nunca prescribia, llevaba siempre en su corazon y en su memoria la imágen y el nombre de su amada (amiga), «siendo cosa guisada »(ordenada, conveniente) ementarla en las lides, porque le creciere »más el corazon, é oviese mayor vergüenza de errar» ante los otros caballeros (1).

Mas no se entienda en modo alguno que la *lealtad* del caballero respecto de su dama, excediendo de las regiones de la vida real, se confundia lastimosamente en nuestro suelo con la falsa adoracion de la mujer; adoracion que, naciendo en el mundo fantástico de la caballería andantesca, la deificaba y la envilecia al par con imposibles virtudes y torpes ó lamentables flaquezas. La mujer histórica de nuestra Edad Media, la rica-hembra de Castilla y de Aragon es una mujer de carne y hueso, cuya educacion corresponde directa é inmediatamente á las necesidades íntimas de la vida social, en que tiene no pequeña influencia. Apta para heredar los bienes, los títulos y el señorío de sus mayores, se sujeta al imperio del hombre, á quien le unen el amor y el sacramento del matrimonio, sin que baste por sí á ennoblecer á sus propios hijos, si por ventura se enlaza con hombre no hidalgo ó villano (2): su representacion cede, por el contrario, inmediatamente ante la de su marido, porque, como enseñaba universalmente el adagio, *en Castiella el caballo lleva la siella.*

La sumision que á la autoridad del marido presta la mujer española en todo momento y ocasion, el respeto que le tributa hasta mostrarle cierta manera de vasallaje, besándole la mano (3), nacen pues, de las ideas que dominan poderosamente en el mundo de la

---

(1) Partida II, tít. XXI, ley XXII.—*Doctrinal de Caballeros*, lib. I, tít. I, ley ó Rubricela XXIII.—*Ordenaciones de los Caballeros de la Vanda*, citadas en otro lugar.

(2) La establecia sobre este punto: "El fijo de (mujer) fijadalgo et de villano non es derecho que sea contado por fijodalgo, porque siempre los omes el nombre del padre paran (ponen) siempre delante: et otrosi la madre nunca serie ementada (nombrada) que á denuesto non se tornase del fijo et della." (Partida II, tít. XX, ley III.)

(3) Son muchos los hechos históricos que pudiéramos aducir sobre este particular: para no ser difusos, nos contentarémos con recordar aquí la forma en que Ximena, esposa del Cid, esto es, del caballero español por excelencia, recibia frecuentemente

realidad y tienen firme apoyo, tanto en su educacion religiosa y moral, como en su significacion en la familia. Si la educacion de los hijos de los Reyes y de los Infantes, de los Condes y de los ricos-homes pide y solicita grande esmero y cuidado para llenar los altos fines de la *caballería*, la educacion de las hijas de los Reyes, que se unen frecuentemente en matrimonio con los hijos de los Condes y de los ricos-homes, y áun con los ricos-homes recientemente sublimados por su personal esfuerzo, demanda y exige, como la educacion de las hijas de aquellos magnates, mayor guarda y esmero para no hacer frustráneos aquellos mismos fines. Adoctrinadas en la moral y la religion, ya por sus propias madres, ya por ayas nobles, leales y de intachables costumbres, obligadas estaban «des»que ovieren entendimiento para ello, á aprender leer, en manera »que lean bien cartas et sepan rezar en sus salterios (1).» Mesuradas y apuestas en el comer y el beber, en el hablar y el vestir, continentes en sus acciones y afectos, sobre todo en los arranques y movimientos de la ira, mañosas y entendidas en todo linaje de labores propias de su sexo, las damas y ricas-hembras de Aragon y de Castilla eran, para valernos de la bella expresion del egrégio Marques de Santillana, *corona del varon* (2). Por eso, no ya sólo en los doctrinales que reglan y moderan la educacion de los Príncipes y los caballeros (3), sino tambien en las más libres producciones del arte español, ya en las esferas eruditas, ya en en las populares (4), sólo pudieran brillar y campear, y sólo brillaron y

---

á su esposo. El *Poema*, que es uno de los primeros monumentos de la musa española, dice, al pintar la llegada de Ruy Diaz al monasterio de Cardeña:

El Çid á doña Ximena íbala abrazar;
doña Ximena al Çid la mano l' vá besar.

No se olvide que doña Ximena era de estirpe régia, ni el besar la mano era la fórmula especial del vasallaje.

(1) Partida II, tít. VII, Ley XI.

(2) *Proverbios de gloriosa doctrina y fructuosa enseñanza*, escritos para la educacion de Enrique IV, estrofa XLIV, cap. VI.

(3) Pueden consultarse sobre este punto los capítulos LXXVII y LXXVIII de los *Castigos é Documentos del rey Don Sancho*, en que establece las relaciones que existian entre marido y mujer, conforme á los principios de la religion y de la moral, y sus mútuas obligaciones, sin que haya asomo alguno del falso caballerismo andantesco.

(4) Demás de la bella y genuina pintura que hacen de contínuo los autores populares de la mujer española, llamamos la atencion de nuestros lectores sobre el bellísimo tipo que de la misma nos revelan el citado *Poema del Cid*, así como la *Leyenda de las Moçedades* del mismo héroe, y más adelante el *Poema de Fernan Gonzalez* y el *Libro del Conde de Lucanor*, de que en breve hablarémos. Ni la citada Ximena, ya en su ju-

campearon, en efecto, las altas virtudes que exornaban á la mujer histórica española, haciéndola digna de aquel solemne recuerdo de los caballeros en el trance de la sangrienta lid, como la hicieron después merecedora de la predileccion, del celo y de las vigilias de los instituidores de la nobleza, á fin de mejorar y sublimar su educacion, siguiendo las invencibles leyes del humano progreso.

No hay para qué decir, conocidas las multiplicadas órbitas en que se desenvolvia el *bello ideal de la educacion del caballero*, que buscaba ésta su más ancha y duradera base en los principios de la religion, la cual presidia al par todos los actos de su vida. El *caballero* no podia recibir órden de tal sin prepararse á ello por medio de actos religiosos: limpio su cuerpo con repetidas abluciones, en que le servian y auxiliaban otros donceles y escuderos, sus iguales, disponiase á purificarse por la oracion y el ayuno, para velar las armas al pié del altar, mostrando así la firme resolucion en que estaba de abrazar y seguir tan nueva y difícil vida: «la vigi»lia de los caballeros noveles (decia el Rey Sabio) non fué estable»cida para juegos nin para otras cosas, sinon para rogar á Dios..... »que los guie et los adeliñe (encamine) como á hombres que entran »en carrera de muerte (1).» Ni era tampoco dado al *caballero* acercarse á ceñir la *espada*, calzar las *espuelas*, y recibir la *pescozada* y el *beso* del que le otorgaba la órden, sin haber ántes oido devotamente misa, y rogado á Dios que, dispensándole su gracia, condujese siempre á término feliz y á su servicio todos sus hechos. La órden así recibida, era contínuamente confirmada por los actos del *caballero*; pues que jamas le era lícito acometer empresa alguna, ni entrar en lid, sin ratificar en su corazon, con limpia conciencia, todos sus juramentos.

Hé aquí, pues, en suma, cuanto constituia el catálogo de los deberes y perfecciones del *caballero* español, tal como le bosquejan las leyes pátrias y le revela la historia. Gozaba, en cambio de esta vida de abnegacion y de perpétuo sacrificio, que voluntariamente se imponia, muchas y muy preciosas preeminencias. Dentro de las iglesias, sólo podian anteponérseles á oir las horas y oficios, tomar

---

ventud, ya en su edad madura, ni doña Sancha, Infanta de Leon y esposa del Conde Fernan Gonzalez, ni doña Bascuñana, rica hembra de Castilla, mujer de Alvar Yañez de Minaya, tienen nada de comun con las liviandades de Elisena y las debilidades de Oriana, modelos en la esfera de la caballería fantástica de damas y de reinas.

(1) Partida XI, tít. XXI, ley XIII.—*Doctrinal de Caballeros*, lib. 1, tít. 1, Rubricela XIV.—*Libre de la Caballería de Mossen Sent Jordi*, ley XX.

el agua bendita y recibir la paz, los prelados y los reyes: en público estaba prohibido al que no fuera noble ó fijodalgo burlar con él, y sentarse á su mesa al que no tuviera órden de caballería, ó lo mereciera por sus personales virtudes (bondades); nádie podia allanar su morada, ni tomarle sus caballos ni sus armas sin expreso mandato del rey ó por razon de justicia, en cuyo caso quedábanle á salvo el caballo y las armas de guerra; érale permitido responder en juicio, áun terminado el plazo prefijado al intento por las leyes; no podia ser sometido al *tormento* sino por hecho de traicion contra el rey ó el Estado; no debia ser condenado á muerte vil; gozaba de entera inmunidad miéntras asistia á la hueste ó servicio especial del rey; y le era, por último, permitido hacer testamento, alterando hasta cierto punto en sus disposiciones las leyes comunes.

Pero todas estas prerogativas, de gran precio é importancia en los tiempos medios, se anublaban y oscurecian, como se oscurecia y anublaba la gloria del *caballero* ante sus yerros y sus crímenes. La honra y nobleza de la *caballería* se trocaba efectivamente en baldon y vileza: primero, cuando el caballero, estando en hueste ó en frontera, vendiese el caballo ó las armas, los perdiese en el juego de dados, los diese á malas mujeres, ó los empeñase en taberna ó tafurería: segundo, cuando hurtase, ó hiciese hurtar á sus compañeros las armas: tercero, cuando armase caballero á hombre indigno de serlo: y cuarto, cuando vendiera públicamente por sí alguna mercancía, ó usase de algun oficio vil para ganar dinero, no siendo cautivo de guerra. El caballero caia, además de perder sus honores, en pena de muerte: primero, cuando huyera cobardemente de la batalla: segundo, cuando desamparase á su señor, que fuere rico-home, conde ó rey, ó abandonara el castillo ó fortaleza que tuviese en su guarda y custodia: y tercero, cuando viendo en peligro de prision ó de muerte á su rey ó señor, no acudiese en su socorro, ya negándose á darle el caballo, si le habian muerto el suyo, ya abandonándole en el peligro, ya dejándole en poder de sus enemigos, pudiendo librarlo por su persona y su valía. En unos y otros casos era el *caballero* pública y solemnemente degradado: la degradacion consistia en ceñirle la *espada* y calzarle las *espuelas* por mano de un simple escudero, quien le cortaba luego con un cuchillo el bálteo ó talabarte por la espalda, y lo mismo las correas de las espuelas, despojándole ignominiosamente de una y

otras. Desde aquel momento perdia el nombre, la honra y la preeminencia de la caballería: el que era simplemente degradado, no podia ya servir oficio alguno real ni concejil, ni ménos acusar, ni retar á caballero alguno (1).

Como de todo con entera eficacia se deduce, la honra y prez del *caballero* que habitualmente se obtenian por sabiduría y bondad y se acrecentaban y sublimaban por *magnanimidad* y *lealtad,* llaves del verdadero heroismo, perdíanse y trocábanse en *infamia* y *miseria* por *cobardía* y *vileza.* La *infamia* era mil veces más terrible que la muerte en la España de la Edad Media.

## X.

### EDUCACION DE LA NOBLEZA.—MEDIOS MATERIALES.—MEDIOS INTELECTUALES.

Indudable cosa será, para todo el que medite un momento, que dado el doble fin del *bello ideal de la educacion de la nobleza,* no habian de faltar por cierto los medios de realizarlo, como no faltaron respecto de la *realeza,* segun saben ya los lectores. La ley, que le habia infundido larga vida y contribuia, con no agotada eficacia, á su engrandecimiento, debia necesariamente cumplirse; y si no los más propios y adecuados al desarrollo superior de una civilizacion rica ya y floreciente, debian ser los más conformes con el génio de la cultura española y los más aptos para lograr el objeto de todos apetecido, los medios ensayados al intento. Formar un hombre robusto, ágil y saludable, para que no fueran invencibles ni las fatigas del hambre y de la sed, ni las crudezas del tiempo; prepararle gradualmente y avezarlo á los ejercicios corporales, que no solamente contribuyeran á fortalecer su constitucion física, sino á iniciarlo en el manejo de las armas, así ofensivas como defensi-

(1) *Doctrinal de Caballeros,* lib. I, tít. 1, ley ó Rubricela XXVI.—*Libro de la Caballería de Mosen Sent Jordi,* ley XXXII; Partida II, tít. XXI, ley XXV.

El libro catalan de la *Caballería de Sent Jordi* (Santiago) está falto al final de esta ley. Es, en suma, una version del tít. XXI de la XI Partida, aunque el rey D. Pedro IV (En Pere) declara en el *Preámbulo* que lo ordenó é hizo (ordenam et fem) para él y sus sucesores (per Nos et nostres succidors). Esto nos recuerda el *Libre del Rigement de tots los officials de la Cort,* que se atribuyó el mismo D. Pedro, siendo obra de D. Jaime de Mallorca. Como quiera, el *Libre de la Caballería de Mossen Sent Jordi* hubo de tener influencia en las esferas de la nobleza aragonesa, y alcanzó desde luego realidad histórica, que es lo que ahora importa á nuestras investigaciones.

vas hasta llegar á su dominacion absoluta; desarrollar al propio tiempo, y por no desemejantes grados, su inteligencia, despertando en su corazon sentimientos levantados y generosos; nutrir esa misma inteligencia con las salvadoras máximas de la religion y la moral, con la doctrina de las artes gramaticales y liberales y con las enseñanzas de la historia; establecer, en fin, esa manera de equilibrio y maridaje entre la práctica y experiencia de las cosas y del mundo, el conocimiento de las artes bélicas, y la perspicuidad y sabiduría, que debian servir de fundamento y norma á todas sus acciones, ya como *señor* ya como *vasallo*; hé aquí la obra que estaba llamada á realizar la *educacion* de la nobleza, conforme al *bello ideal del caballero*.

Semejante obra, nada fácil en verdad, si bien más cumplidera de lo que han sospechado los que se abrogan el privilegio de adivinarlo todo, dirigiéndose á dos diferentes esferas, necesitaba realizarse por su propia naturaleza, y se realizaba, en efecto, merced á dos distintos linajes de medios. Obraban los primeros sobre la educacion física: dirigíanse los segundos á la educacion moral; y miéntras pedian los unos la iniciacion, el aprendizaje y el perfeccionamiento en cuantos ejercicios habian de contribuir á labrar la aptitud corporal, para cumplir los fines del guerrero, exigian los otros, así en la niñez, como en la juventud y la edad viril, el cultivo graduado de las facultades intelectuales, con el estudio de cuanto debia saber el noble, ya para gobernar á los hombres, ya para ser él mismo gobernado. Esta dualidad de la *educacion de la nobleza*, negada desdichadamente por el escepticismo ó la ignorancia que la ha condenado ciegamente á la barbarie, resolviéndose de antiguo en una unidad, á cuya sucesiva perfeccion contribuia el progreso de los tiempos (1), llegaba á constituir, por último, un verdadero sistema, empleado de contínuo en la crianza é instruccion del *caballero*. Salvados por fortuna de la injuria de los siglos, y aun de la indolencia destructora de nuestros mayores, los monumentos que nos ministran, en el doble concepto indicado, luz bas-

(1) Recorriendo los primitivos cronicones de la *Reconquista*, hallamos no sin frecuencia estas ó análogas frases: "Rex... filios ita censuit instruere, ut primo discipli-"nis liberalibus, dein, ubi aetas patiebatur, *more hispanorum*, equos cursare, armis-"et venationibus exercere fecit." (*Chronicon Silense*, núm. LXXXII y otros). Segun costumbre de los Españoles decia el Silense: no se olvide que escribia durante el reinado de Alfonso VI. La educacion consuetudinaria de los Españoles sirvió pues, al mediar el siglo XI, de modelo para la de los hijos de Fernando I.

tante para trazar el animado cuadro de aquella educacion, falta imperdonable fuera ya en los cultivadores de la historia pátria, y pecado grande en nosotros, el olvidarlos ó desdeñarlos.

Pedia en efecto la educacion de la nobleza española, en los diversos estados que la componian, el mayor esmero y cuidado desde la misma cuna. Empeño era muy eficaz de los padres el no confiar la lactancia de sus hijos sino á nodrizas de la más limpia y linda sangre (1) que les fuera posible, y de muy recatadas costumbres; porque «cierto es (decia uno de los más respetables moralistas de »la Edad Media) que del padre ó de la madre en afuera, non hay »ninguna cosa, de que los homes tanto tornen, nin á que tanto »salgan, nin á que tanto semejen en sus voluntades et en sus obras, »como á las amas, cuya leche mamaren (2). Ni era menor la solicitud paternal, confiando los primeros años de la vida de los hijos, desde que comenzaran á andar y hablar, al cuidado de jóvenes bien adoctrinados, para que presidieran á sus juegos (trebejos), trocándolos más adelante por hombres buenos y entendidos, quienes con su palabra y su ejemplo fuesen inculcando en ellos máximas de virtud y sanas costumbres, así en el comer, como en el beber y dormir, hasta llegar á la edad de cinco años. Cumplidos estos, comenzábanlos á iniciar en la lectura; mas poco á poco, con halago y sin fatiga (premia), á fin de que no la aborrecieran, porque ó no habia nacido ó no tenía aún general aplicacion aquel bárbaro y cruel adagio, llegado infelizmente á nuestros dias, que proclamaba como principio pedagógico, el que *la letra con sangre entra* (3). Miéntras así se aleccionaban, costumbre era muy loada el subir á las veces á los educandos en bestias mansas, «con omes en pos,» que los tuvieran, hasta sostenerse firmes ellos solos; logrado lo cual, dábanles caballos para que se aficionasen á montarlos, y les perdiesen todo miedo, castigándolos y dirigiéndolos á su placer con espuelas y freno.

---

(1) *Sangre linda* significa sangre de antiguo y conocido linaje: la voz *lindo* se aplicó en la Edad Media para determinar á los *cristianos viejos*, en contraposicion de los conversos del judaismo, á quienes se dió el título de *nuevos*.

(2) D. Juan Manuel, *Libro de los Estados*, primera parte, cap. LXVI. La idea de que la primera leche ejercia grande influencia en toda la vida, se hace tan popular en España que llega á producir, ya en la Edad de oro del teatro, otras tan singulares y características, como *Los pechos privilegiados* de D. Juan de Alarcon.

(3) Son notables las palabras de D. Juan Manuel, al propósito: "Desque pasare (el niño) "de cinco años adelante deben comenzar poco á poco á le mostrar leer; pero "con falago et sin premia." (*Libro de los Estados*, primera parte, cap. LXVII).

Cambiaban estos ejercicios, como cambiaba el órden de los estudios, al llegar el hijo del conde, rico-home, infanzon ó caballero á los siete años, y sometiéndose entónces su *educacion* á un régimen ordenado y racional, empleábanse en ella todos los dias de la semana. Oida misa el domingo (y con preferencia la cantada), divertíase durante la mañana, hasta la hora de comer, cabalgando y ejercitándose en juegos ecuestres, con otros tiernos garzones, sus iguales: levantados los manteles, departia algunos momentos con personas de seso, descansaba después, ó dormia no larga pieza (1), y á la tarde tornaba á cabalgar, ó ensayábase en la carrera á pié, segun más le agradara, cenando luego y hablando ó jugando á las tablas después; pero sin velar mucho, ni leer libro alguno. Madrugando el lúnes cuanto le fuera hacedero, oia misa y preparábase á salir de caza, cualquiera que fuese la crudeza del tiempo. Al intento debia cubrir sobre mucha ropa tabardo ó gambax grueso y pesado, llevando en la mano diestra lanza, azcona ú otra vara ó pértiga, y en la izquierda un azor ó falcon; todo con el fin de preparar el cuerpo para el peso de las armas, y acostumbrar los brazos, el derecho á saber herir y el izquierdo á usar del escudo, para la propia defensa. Ya en el monte, debia poner espuelas al caballo en lugares quebrados ó ásperos, para hacerse gran ginete (cabalgador) y no recelarse nunca del peligro. Vuelto de la caza, y hecha la comida, consagraba la tarde á proseguir la enseñanza intelectual, ora perfeccionándose en la escritura, ora iniciándose en la aritmética (en dezmar), ora oyendo las explicaciones de la lengua latina, en que debia adelantarse hasta saberla hablar y entender perfectamente (2). Dedicábase el mártes de lleno á la educacion intelectual; por la mañana, muy temprano, oia el garzon misa, y después su correspondiente leccion, ocupando todo el tiempo restante, hasta la hora de comer, en tomar de memoria los pasajes señalados por el maestro al propósito: después de holgar breve rato con otros jóvenes, tornaba al estudio, repetia sus lecciones, y venida la hora del recreo, paseaba ó corria á caballo, recogiéndose al anochecer en el palacio

(1) Observamos que esta prescripcion reconoce por fundamento el conocido aforismo de la *Medicina salernitana*: "Post prandium dormire, " etc.

(2) Don Juan Manuel, que nos sirve de guia en este punto, dice, tratando de la enseñanza referida: "En la tarde debe (el educando) oyr leccion et facer conjugacion, et declinar, et fazer proverbio.... et este leer deve ser tanto, á lo ménos fasta que sepa fablar é entender latin." *Libro de los Estados*, I parte, cap. LXVII.

ó castillo donde moraba, y hecha la cena, de partia ó jugaba pacíficamente por algunos instantes con personas mayores y de seso.

Empleábanse de igual suerte los cuatro restantes dias alternando al estudio y la caza: el sábado debia el educando «repetir et »confirmar todas las lecciones de la semana, et en los dias que »fuere á caza, cuidar que tardase alguno mucho el comer, haciéndolo otro más de mañana,» y aun ensayándose estotro, con tomar sólo un pedazo de pan, sin vino ni otro manjar ni bebida, á fin de avezarse á las fatigas del hambre y de la sed, para cuando realmente las hubiere. Cuidando que «no dexára por el leer (estudiar) lo »que habia de saber de caballería, ni por lo al (lo de la caballería) el »leer, porque unas cosas non empesçen (estorban) á las otras, ibase »en tal manera formando la educacion del futuro conde, rico-ome, »infanzon ó caballero, hermanandose el cazar y el correr del mon»te, el bofordar y el armarse, el *alanzar á tablado* y el practicar »todos los demas juegos é cosas que pertenescian al estado de no»bleza (1),» con la enseñanza de las artes gramaticales ó ingénuas en que tenian lugar señalado la retórica y la historia. Por la *retórica* aprendia el futuro caballero á «bien fablar é razonar cuerda é sabrosamente señoreando las ajenas voluntades, refrenando en tiempo y lugar su propia ira y elevándose luego á la sciencia de gobernar la ciudad y aun la república, que era el mayor y más granado saber de los hombres, segun el sentir del filósofo (2); por la *historia* ponian delante de sí las fructuosas enseñanzas de los tiempos antiguos, tomando placer en las corónicas de los grandes fechos, et de las grandes conquistas et de los fechos de armas et de caballería,» y por ella sabia tambien por cuál arte y camino llegaron los esforzados y magnánimos varones á grandes estados, y cómo por falta de *fortaleza y bondad* dejaron otros mala fama, tras desdichada vida (3), con el aprendizaje de los «*siete saberes*, maestrías sotiles é nobles, falladas por saber las cosas çiertamente et obrar dellas, segunt conviene (4), poniase tér-

(1) Es digno de tenerse en cuenta lo que el referido D. Juan, hijo del Infante Don Manuel, observa, respecto de las costumbres, con que debia familiarizarse el caballero, para ahuyentar toda molicie y connaturalizarse con las mayores privaciones.

(2) *Libro del Tesoro*, III Parte, cap. II.—El filósofo por excelencia en los tiempos medios lo era Aristóteles (Aristotil).

(3) *Libro de los Estados* de D. Juan Manuel, I Parte, cap. LXVI citado.

(4) *Libro del Septenario del Rey Sabio.* Véase la *Historia crítica de la literatura española*, t. III, cap. X.

mino y corona á la educacion intelectual del jóven que entraba desde luego en la categoría general de los *escuderos*: los hijos de los condes, y aun de los ricos-homes empezaban á ejercitarse altivamente en el gobierno de las huestes y en la guarda de castillos y fortalezas, como quienes estaban llamados á heredar directamente la fortuna y el poderío de sus mayores.»

No era dudoso, trazado en la forma indicada el doble camino, que debia llevar la educacion de la nobleza española, que así como respecto de la enseñanza activa tenian no pequeña parte la discrecion y la experiencia de caballeros ancianos y prácticos en las cosas de la guerra, así tambien se eran menester, para labrar la instruccion moral del caballero novel oportunos catecismos, que sobre ofrecerle las nociones generales, ya en órden á las artes gramaticales é ingeniosas, ya en órden á las artes bélicas, le presentaran, como en selecto ramillete, las máximas y principales avisos, capaces de moderar sus pasiones y propios para servirle de guia y de faro en todos los actos de la vida. Ni podia tampoco temerse que, demás de estos doctrinales, dejaran de escribirse otros más especiales y concretos, destinados á perfeccionar en las más altas regiones la educacion del *caballero*, toda vez que era este llamado á ejercer en ellas determinada influencia y poderío, no exentos en verdad de contradicciones, asechanzas y peligros. Era así como se enriquecia el catálogo de los catecismos régios, que por la generalidad de la doctrina, podian tener aplicacion á la vida del *caballero*, con muy preciosas producciones, llegando el momento en que los mismos reyes se tuvieran por honrados con poner mano en obra tan meritoria y fructuosa. Apénas ensayada en efecto, el habla castellana en las narraciones históricas, aquel mismo príncipe que habia procurado buscar modelos del perfecto monarca en las esferas eruditas (1), declarando por último en su peregrino *Libro del Septenario* que se atesoraban y tenian purísimo espejo en su heróico padre todas las dotes y extremadas virtudes del rey y del caballero (2), no vaciló en trazar un especial tratado de cuanto pertenecia, é inmediatamente tocaba al estado

(1) Véase el art. VI, publicado sobre este asunto en la REVISTA.

(2) Pueden consultarse los últimos capítulos de lo publicado del *Septenario* en las *Memorias para la vida del Santo Rey Don Fernando* (II Parte ad finem). Don Alfonso atribuye la prosperidad de su padre á la posesion y ejercicio de todas aquellas virtudes.

de la caballería, punto á que daba tambien no exíguo bulto é importancia, como legislador, en el código inmortal de las ***Partidas*** (1).

Siguió en breve sus huellas D. Juan Manuel, no apartando por cierto sus miradas de cuanto la institucion del príncipe y del caballero debia al Rey D. Sancho IV. Con intento más universal, sin embargo, y deseoso de discernir perfectamente los grados de la educacion nobiliaria, escrito primero el *Libro de la caballería* (1325), componia después el del *Caballero del Escudero* (1326). Era este, como lo persuadirá sin duda á nuestros lectores su mismo título, (conocida ya la organizacion gerárquica de la nobleza española), singular catecismo, en que bajo la forma didáctico-simbólica, apoderada á la sazon de la literatura vulgar, se exponian las nociones más generales, que debian exornar la inteligencia del *escudero*: tenia aquel por objeto cimentar en sólida doctrina las acciones del conde, rico-home, infanzon ó fijodalgo, que recibida ya la órden de la caballería, entraba de lleno en el ejercicio de todas sus preeminencias, honras y derechos. Ambos ofrecian un sentido más especulativo que práctico, si bien atesorando el segundo copiosas noticias respecto de la vida de actualidad, tanto en las altas esferas de la religion y de la política, como en las más particulares, que al gobierno personal de cada indivíduo, en relacion con sus iguales, amigos ó adversarios, y con sus inferiores y superiores, concernian. Don Juan Manuel, adunando estas obligaciones morales con los deberes del *caballero*, tocante á su representacion militar, habia trazado tambien, ya valiéndose de la ajena ya de la propia experiencia, el peregrino *Libro de los Engenios* (2), cuyo precio é importancia eran en la estimacion de los guerreros, tanto mayores cuanto más grande se hacía cada momento la reputacion que de entendido en el arte de la guerra y de la tormentaria lograba D. Juan, ufanándose él mismo de haber perfeccionado ciertas máquinas y trabucos é introducido el uso de nuevos reparos,

(1) Hace especial mencion de este libro del Rey D. Alfonso X su docto sobrino D. Juan Manuel (*Libro de la caza*, Bibl. Nacional, cód. S 34, fól. 201 v.)

(2) Algunos escritores han sospechado que pudo D. Juan Manuel comprender bajo esta voz á los poetas ó escritores de su tiempo; pero con visible error y notable falta de sentido histórico. Ni en el siglo XIV ni en el XV recibió la palabra ingenio la acepcion que tuvo en los siguientes y conserva en nuestros dias, conforme á la índole más general ed la diccion latina *ingenium*.

para defensa de muros, torres y barbacanas (1). Y como cuadraba intimamente desde la edad primera á la educacion del caballero «el correr monte», ora en el ejercicio de la *venacion*, ora en el de la *cetrería*, no olvidó el discreto magnate que tratada y expuesta la teoría por el Rey D. Alfonso su tio, era digna la práctica de la estimacion de los caballeros, dando á luz su precioso *Libro de la caza* con aquel deliberado propósito, y declarándola cosa «noble, apuesta é sabrosa (2).»

Mas si en todos estos notables documentos para la educacion de la nobleza, hacía el hijo del Infante D. Manuel un verdadero servicio á la cultura española, y sobre todo á la privilegiada clase social á que en primer término pertenecia, mayor, más intencionado y de resultados más duraderos, fué sin duda el que se personificaba en el renombrado *Libro del Conde Lucanor* ó de *Patronio*, á que parecia poner cima el no ménos intencional *de los Consejos y castigos á su hijo D. Fernando*. Inspirábale el primer tratado, que bastó por sí sólo para vincular su nombre en la historia de la literatura pátria con gloria imperecedera, el espíritu de clase: engendraba el segundo el interes de familia y aun el orgullo personal triunfante en una guerra de quince años contra su propio rey, que era por cierto uno de los más enérgicos y afortunados príncipes que habian ceñido la corona de Leon y de Castilla. «Deseando (decia en la advertencia preliminar del primero) que los homes fiziessen en este mundo tales obras que *les fuessen aprovechosas de las onras et de las faziendas et de los estados*..... puso en él (don Johan) los enxiemplos más aprovechosos que él supo de las cosas que acaescieren, porque los omes puedan fazer esto que dicho es. Et seria maravilla, si de qualquier cosa que acaezca á qualquier ome (de estado), non fallare en este libro su semejante que acaesció á otro.» No con tan general propósito, escribia al frente de los *Consejos et castigos*: «Teniendo que el saber es la cosa por qué ome mas debia fazer, por ende asmé (procuré) de componer este tractado, que tracta de las cosas que yo mismo

(1) *Libro de los Estados*, cap. LXXVII.

(2) Pueden consultar los lectores que lo juzguen conveniente, el exámen que de este libro hicimos en el cap. XVIII, del t. IV de nuestra *Historia crítica de la literatura española*. D. Juan Manuel mencionó en él á los más celebrados cazadores del reinado de D. Sancho IV, declarando que consultó su libro con Sancho Ximenez de Lancharez, Garci Alvarez, Ruy Ximenez de Mesco, Fernan Gomez y "otros caballeros de Gallicia (dice) que saben mucho deste arte" (prólogo).

»prové en mi mismo et en mi fazienda, et vi que conteçió á otros, »de las que fiz et vi fazer et me fallé en ellas, así bien et yo et los »otros.» Aceptando la forma literaria del arte simbólico, iniciada desde los tiempos de Fernando III, su abuelo, elegía D. Juan en el primer libro á un *conde*, para que recibiese de Patronio, su *instituidor*, las lecciones religiosas, morales y políticas, que debian reglar la vida de aquel estado superior de la nobleza, en medio de la deshecha borrasca que á la sazon estaba corriendo en Castilla: siguiendo el significativo ejemplo del Rey D. Sancho, atendia en el segundo á formar el alma de su hijo de una manera más directa y ejecutiva, tomando para sí la plaza de *Patronio* y asignando al jóven educando la del *conde* (1).

Miéntras de esta manera, y con empeño tal que contrasta grandemente con su vida turbulenta y sus crecientes y no domadas ambiciones, contribuia el hijo del Infante D. Manuel á perfeccionar la educacion de la nobleza, no escaseaban, ya en uno ya en otro sentido, los esfuerzos para proseguir la obra, que habia alentado con su repetido ejemplo el Rey Sábio, señalándose como su imitador, por lo que á la enseñanza práctica concernia, el glorioso vencedor del Salado. No atribuyéndose, como equivocadamente se ha supuesto, la originalidad del famoso *Libro de la Montería*, escrito por su bisabuelo, sino completándolo con muy peregrinas noticias, debidas á su propia experiencia, en lo tocante á la descripcion de los montes, más abundosos de caza, hasta mediar el siglo XIV, pagaba tambien su tributo á la creciente cultura de Castilla el último de los Alfonsos (2). Atendia tal vez en esta forma á saldar la quiebra producida en la educacion de su primogénito con el olvido, censurado por los magnates de Castilla, á que puso tambien enmienda con el *Regimiento de los Príncipes* y la *Historia Troyana*, escuelas teórico-prácticas del príncipe y del caballero; y por cierto no fué adelante estéril su ejemplo.

Era el siglo XIV la edad de oro del arte de la *cetrería*: por la gentileza y variedad de sus lances: por lo pintoresco de sus extremadas suertes, llegaba á sobreponerse en la estimacion general á

(1) Los lectores que lo desearen, pueden consultar la exposicion literaria que de una y otra obra de D. Juan Manuel hacemos en el t. IV, cap. XVIII de nuestra *Historia crítica de la literatura española.*

(2) Tratamos este punto con la extension y copia de datos que su resolucion pedia en el t. III, cap. X, de nuestra *Historia crítica de la literatura española.*

la *venacion*, ántes tan frecuentada, convidando á su ejercicio, no ya sólo á los más gentiles caballeros, sino tambien á las más apuestas damas. Magnificencia de reyes y de grandes señores era el tener crecido número de aves de gran precio, y cazar con ellas en valles y riberas; y apénas si se contaba en toda España un conde ó rico home, infanzon ó caballero, que no aspirara á grangearse opinion de entendido en tan aplaudida arte. Fama de extremado *cetrero* gozaba en Castilla el Rey D. Pedro, y no la merecian menor en Aragon y Portugal sus coronados homónimos: rodeaban al primero, cuya largueza le hacía dueño de los más afamados falcones (1), el Comendador de Santiago, Ruy Gonzalez de Illescas, Alfonso Mendez y D. Gonzalo de Mena, después Obispo de Búrgos y uno de los más reputados maestros en todo lo concerniente á la *volatería*, y tras ellos se hacía notar D. Juan Alfonso de Guzman y Ramiro Lorenzo, Comendador de Calatrava, con el Alguacil mayor del Rey, Juan Martinez de Villazan, el Comendador de Montalvan, Fernan Gomez de Albornoz, y otros muchos: estimulaban al segundo, que daba señalado lugar en las *Ordinations de la sua cort* á los falconeros (2), un vizconde de Illa, un D. Pedro Jordan de Urríes, Mayordomo mayor de palacio, y el rico-home Don Pedro Fernandez de Ixar, con otros no ménos renombrados; y distinguíase sobre todos al lado del tercero, para quien subian de punto las aficiones mostradas por sus mayores desde el reinado del espléndido D. Dionis (3), los muy peritos Pedro Miñino y Pedro Fernandez, autores de sendos tratados sobre la *cetrería*, crianza, adoctrinamiento y guarda de los falcones.

Con extraordinaria suntuosidad mandaba el Rey D. Pedro de Castilla escribir y exornar de grandes y vistosas miniaturas un li-

---

(1) Sabemos que con los nombres de la *Doncella*, *Botafuego*, *Pristalejo* y *Picañgo*, poseyó D. Pedro, entre otros, los más celebrados falcones, *baharíes*, *tagarotes* y *torzuelos*, conocidos á la sazon en toda España; y teniendo en cuenta que un *neblí pollo altanero* costaba cuarenta francos de oro, sesenta un *garcero* y setenta un *mudado*, se comprenderá facilmente que no esquivó el hijo de Alfonso XI gasto ni sacrificio para lograr los mejores.

(2) Véanse los cap. XXIII y XXIV de las *Ordinations fetes per lo molt alt senyor en Pere, Rey d'Arago sobre lo Regiment de tots los officials de la sua cort*, — donde señala las atribuciones del falconero mayor y sus subordinados.

(3) Es de tenerse en cuenta, que ya imitando á su abuelo D. Alfonso X, ya cediendo á la general inclinacion de su tiempo, se distinguió D. Dionis dictando leyes protectoras sobre la cria de los falcones, que figuran por cierto al frente de todas las que de él conocemos.

bro de *cetrería*, en que sobre recoger los más importantes avisos respecto de los sitios más aptos para dicha caza, se veia representado con sus magnates y falconeros, en los más variados y gallardos lances de grullas, de ánades y de garzas (1). Atesorando la experiencia de los más autorizados cazadores que conocia y trataba, así en la corte del Rey D. Pedro, como en las de Felipe de Francia, Pedro de Aragon y Fernando de Portugal, componia, dentro del mismo siglo (1386), el ilustre Pero Lopez de Ayala su celebrado *Libro de la Cetrería*, compilacion rica y selecta de cuantas reglas debian observarse, ya en la cria de azores, falcones, gavilanes, esmerejones y alcotanes, ya en la eleccion y enseñanza de los falcones, baharíes, tagarotes, gerifaltes, borníes y alfaneques, ya finalmente en el cuidado y cura de sus mudas y enfermedades. Años adelante, entrado ya el siglo XV, repetia Juan de San Fahagund, cazador de D. Juan II de Castilla, y aumentaba notablemente de su propia cosecha, las mismas reglas y prescripciones de tan estimada arte, dando á conocer al propio tiempo sus más celebrados cultivadores. Extremábanse entre ellos en el reino de Castilla, Pero Carrillo de Huete, falconero mayor del Rey, Martin Alfonso de Montemayor, Juan Fernandez de Toledo, Martin Sanchez de Vite, Martin Fernandez Puertocarrero, el Comendador de Oros, hijo de Juan Ramirez de Guzman, y sobre todos el Almirante D. Alfonso Enriquez: señalábanse en Aragon D. Luis de Ixar, hijo del Conde de Aliaga, D. Felipe de Urríes, autor de muy estimado libro, asímismo de *volatería*, y con ellos otros ricoshomes é infanzones de nota. Los ensayos de Ayala y de San Fahagund tenian no sólo imitadores, sino émulos: jactábase D. Beltran de la Cueva, primer Duque de Alburquerque, de añadir advertencias y aun de enmendar errores en uno y otro, merced á la mucha práctica de su cazador mayor, Diego de Loarte, y á la suya pro-

(1) Tenemos á la vista una preciosa carta del ilustre dean de Sevilla, D. Manuel Lopez Cepero, ya difunto, en que nos describia, con fecha 30 de Julio de 1856, este precioso códice, que examinó repetidamente en la cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, desde 1814 á 1815, en que permaneció preso en dicha casa. El códice fué vendido por el último prior de la Cartuja, don F. Francisco Dominguez, á un lord inglés *á muy buen precio*. De éste ó análogo modo han desaparecido del suelo español muchas preciosidades artísticas é históricas. Por lo que toca al Rey D. Pedro, no parecerá inoportuno consignar aquí, que al reconstruir el Alcázar de Sevilla, hizo esculpir en algunos frisos de sus magníficos salones (tarbeas) lances y suertes de *volatería* y *venacion*, dignos de estudio.

*

pia (1); y segundados por otros sus esfuerzos, llegábase al siglo XVI en que el renombrado Luis de Zapata, señor de las villas del Cebel, movido al par del anhelo del poeta y de la gallardía del caballero, aspiraba á imitar las *Geórgicas* de Virgilio con un poema didáctico, juzgando digno asunto de intento semejante, el arte de la *cetrería* (2).

No estaban ociosos entre tanto los escritores, que aspiraban á perfeccionar las nociones encaminadas á reglar la vida del caballero, ya en el órden moral, ya en el político. Contribuian á este fin con los instituidores de la *realeza*, oportunamente mencionados, insignes prelados, entendidos legistas y poderosos próceres, y aun Príncipes de la sangre. A D. Juan II dedicaba en 1444 su *Espejo de verdadera nobleza* Mossen Diego de Valera: en 1446 ofrecia Gutierre Diez Gamez, en su *Victorial de Caballeros*, ejemplo vivo «á los buenos caballeros et fidalgos que habian de usar oficio de »armas et arte de caballería;» algunos años después traia al romance de Navarra el desdichado cuanto docto Príncipe de Viana el tratado de la *Condicion de la Nobleza*, de Angelo de Milan, recordando el *Libro de la Caballería* de Leonardo Bruno de Arezzo; departia en el expresado año de 1444 con D. Iñigo Lopez de Mendoza (en breve primer Marqués de Santillana) el docto Obispo de Búrgos, D. Alfonso de Cartagena, sobre el *orígen de la caballería*, compilando después el *Doctrinal de Caballeros* á ruego de Don Diego Gomez de Sandoval, Conde de Castro; y con más determinado propósito escribia en 1453 el ya memorado Marqués de Santillana su muy aplaudido *Doctrinal de Privados*. Agregábanse á estos documentos, con el loable anhelo de despertar el sentimiento heróico de la nobleza española, míseramente adormido y extraviado en medio de los disturbios civiles, los preciosos tratados del señor de Batres, intitulados: *Libro de los clarox varones* y *Las generaciones é semblanzas*; y para obrar en las más nobles esferas de la educacion, adoctrinando á las damas de Aragon y Castilla con el ejemplo de las virtuosas mujeres de la antigüedad, escribíanse,

(1) Biblioteca nacional, cod. L. 86.

(2) Id., id., T. 296. Este poema, á pesar de las declaraciones de su autor, es de poco mérito literarario, pero ofrece grande interes histórico, sobre todo comparado con los ya citados *Libros de Cetrería*. Zapata manifestaba su propósito por estas palabras: "Procuré de imitar con el *Carlo famoso* que hice en diez y siete años á las *Eneidas* de Virgilio y á las *Geórgicas* en esta *Cetrería* que hice en cuarenta dias" (Prólogo al poema.)

en fin, crecido número de doctrinales, no desdeñando el mismo D. Álvaro de Luna, árbitro de los destinos de Castilla, de poner mano en esta meritoria labor, consagrándole sus más preciados ocios, que daban por fruto el *Libro de las claras é virtuosas mujeres* (1). Enlazábanse con estos tratados el del *Libro Binario*, consagrado á la educacion de los hombres, y el de *Los castigos é documentos que un sábio daba á sus fijos*, aptos ámbos para abrir las puertas de la sociedad, tanto á la *nobleza*, como á la *ciudadanía*, cuya estrecha é indestructible alianza pregonaban.

A estos y otros importantes doctrinales, entre los cuales no son para olvidados el *Tratado de la guerra* ni el LIBRO DE LAS BATALLAS CAMPALES de Diego Rodriguez de Almela, que completaba el pensamiento del compuesto bajo igual título por D. Alfonso de Santa María, su maestro, como no es tampoco de preterir el escrito en lengua latina por Alfonso V de Aragon con título *De Castri Stabilimento*, fué, pues, debido el perfeccionamiento de la *educacion de la nobleza española* en todas las esferas en que se desenvolvia hasta fines del siglo XV. Los esfuerzos de la Reina Católica, no ménos que el invencible poderío de los hechos acaecidos al final de aquella centuria, y de las ideas, que habian dado el triunfo al *Renacimiento*, la llamaron desde aquellos memorables dias á nuevas sendas, que debian conducirla á muy distantes regiones de aquellas en que habia arraigado por tantos siglos, con honra suya y beneficio de la pátria. ¿Ganaba la *nobleza española* con esta inesperada trasformacion, que no pudo ó no supo resistir á tiempo, ó era aquella la primera señal y el síntoma más evidente y seguro de su futura decadencia y anulacion en el Estado? Cuestiones son estas que nos saldrán al paso con entera oportunidad, luego que hayamos estudiado la *constitucion* y el *bello ideal* de las demás clases sociales que coexisten ó se desarrollan al par de la *nobleza*. Para conocer del todo lo que ésta fué y quiso ser, ora considerada en sí, ora con relacion á las referidas clases, lícito nos será ya fijar nuestras miradas en la doctrina de los mencionados catecismos caballerescos.

(1) Los principales libros á que aludimos fueron debidos al Obispo D. Alfonso de Santa María y D. Fray Francisco Ximenez de Elna, y Juan Rodriguez del Padron. —El movimiento que determinan en la cultura española procuramos apreciarlo cumplidamente en el tomo VI de nuestra *Historia crítica*, cap. XI.

Setiembre, 1869.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

# DE LA CAPACIDAD POLÍTICA

## EN LOS SISTEMAS REPRESENTATIVOS. [1]

### VI.

Para las personas acostumbradas á estudiar los problemas políticos, no superficialmente, sino en su fondo, y buscando á la par el primer principio y la última consecuencia de las doctrinas, bien podemos decir que en las páginas que llevamos escritas se contiene virtual y sintéticamente toda la cuestion que planteamos como epígrafe del presente artículo. Delinear y contornear el espíritu de las dos escuelas que luchan á brazo partido en el terreno de la capacidad política; señalar sus inconvenientes; condensar en reducido cuadro sus rasgos típicos y descollantes; desentrañar la base sobre que reposan y el fin á que se encaminan; exponer y formular después la opinion propia del escritor sobre el asunto que desenvuelve, es realizar, siquiera en bosquejo, el levantado propósito que movió su pluma.

Sin embargo, á ley de sinceros confesamos que, si diésemos aquí por ultimado y redondeado nuestro estudio, quedara incompleto todavía. Y se comprende perfectamente. Las escuelas políticas no siempre presentan al desnudo el principio de que parten, ni el fin á que se enderezan sus propósitos. Las más de las veces afectan rendir tributo de deferencia á los adversarios tomando, como suele decirse, del enemigo el consejo; manifiestan aprovecharse de las

(1) Véase el núm. 60 de esta REVISTA.

enseñanzas de la historia; convienen en los puntos de vista generales de la ciencia; separan las cuestiones del terreno absoluto para plantearlas en el puramente relativo, y si pregonan el principio radical, es por efecto de una evolucion práctica muy hábil difiriendo de las escuelas conservadoras cási únicamente en la apreciacion de las circunstancias.

Esta observacion, pues, nos pone en el caso de ahondar un poco más en el tema que nos ocupa. Así en apoyo del sufragio universal, como en refutacion del censo, se han señalado nuevos puntos de vista que apénas si tienen nada de comun con los argumentos hasta ahora presentados; y no pudiendo sostenerse en el terreno del derecho estricto, cuya teoría tiene hoy escasísimos partidarios, como lo observaba recientemente en el seno de las Córtes Constituyentes un jóven Diputado, el Sr. Marqués de Sardoal, se ampara de conceptos diversos, reviste las fases de la conveniencia, de la educacion política general y de los hábitos y usanzas que respectivamente desarrollan en los estados; cuyas consideraciones puede decirse que á la hora presente influyen sobre la opinion de la democracia de un modo mucho más eficaz que las lecciones de la filosofía del derecho.

Necesario es, por lo tanto, que en obsequio á la cuestion y como tarea complementaria del trabajo emprendido, continuemos la doble empresa de impugnar el sufragio universal y vindicar el relativo ó limitado, dando mayor latitud á la cuestion y retirando un poco los hitos y mojones del estadio en que sentamos nuestra planta.

No puede haberse olvidado que, al declarar por todo extremo peligroso el sufragio universal, lo hicimos significando ahincadamente el desacuerdo en que se halla, á nuestro modo de ver, con la capacidad positiva del mayor número.

Pues bien; en el momento histórico que alcanzamos, éste es precisamente el terreno que escogen como predilecto los partidarios del radicalismo democrático. Niégase redondamente la suposicion de los partidos medios, relativa á la incapacidad del pueblo, y se apoya esta negacion en várias razones.

Una de ellas, y quizás la más deslumbradora, es la siguiente.

Es en vano, dicen, que se hable de la incapacidad política del hombre mayor de veinticinco años, desde el momento en que la ley le autoriza para la plenitud de los derechos civiles independiente-

mente de condiciones taxativas que determinen la aptitud y capacidad. Quien hace lo más, ¿no es justo que se halle habilitado para practicar lo ménos? Cuando se permite á todo ciudadano constituir una familia y la ley le adjudica la doble potestad pátria y marital, ¿es lógico poner en tela de discusion si tiene capacidad bastante, no ya para legislar directamente, que de esto no se trata, sino para indicar quiénes sean las personas más notoriamente aptas para el ejercicio de semejante tarea? Dispone libremente de sus cosas, tiene en su mano la educacion de los hijos, ejerce un ministerio tan venerando como el de la autoridad marital, ¿y dudarémos de su competencia para ejercitar un mero acto de sentido comun? Pues qué, para rendir tributo al mérito y á las virtudes, ¿no son los más significativos los oráculos de la opinion?

No se dirá que hemos tratado de amenguar la fuerza del razonamiento. Este, sin embargo, no es más que un sofisma vulgar, fundado en la confusion que se hace de dos elementos, la capacidad civil y la política. Pero es el caso que los mismos que en este punto concreto aceptan la completa identificacion de una y otra, dentro de su misma idea no son lógicos con el criterio que proclamaron. Pues si de la capacidad civil se deduce ya la política, los que dan derechos civiles á la mujer, deben ser consecuentes otorgándole, en determinados casos, funciones políticas. Otro tanto dirémos de los menores que tienen en ciertas materias capacidad civil relativa. Nádie ignora, en efecto, que la tendencia general de los códigos modernos es contraria á la idea del derecho romano que vinculaba en el sexo masculino los atributos de la autoridad doméstica; y que poco á poco va ganando terreno, y prevaleciendo el principio de que «la madre sucede al padre en la pátria potes»tad con todos sus derechos y obligaciones (1).» Asimismo, los menores de edad, aunque no alcancen la plenitud de su vida civil, tienen derechos más ó ménos ámplios por lo relativo á la sucesion y á los peculios castrense, cuasi castrense y adventicio extraordinario. Pues dado este precedente, que de cierto no se oculta á los partidarios del sufragio universal, la consecuencia precisa, lógica, indeclinable, es que la capacidad política vaya siempre subordinada á la capacidad civil.

(1) Entre los muchos datos justificativos que pudiéramos aducir, citarémos únicamente el art. 184 del Libro 1.° del Código civil en proyecto presentado á las Córtes por D. Antonio Romero Ortiz.

Posible sería—no lo negamos—que, llevados del espíritu de sistema, nuestros adversarios reconociesen un dia como naturales y legítimos todos los corolarios de la doctrina que con tanto fervor preconizan; y que á la mujer y á los menores de edad, reuniendo ciertas condiciones, les diesen libre entrada en los comicios electorales: nosotros no por esto capitularíamos con una idea que, á nuestro juicio, disloca de todo punto la cuestion é identifica y confunde capacidades completamente heterogéneas.

Es un mal, y mal gravísimo, que todas las personas á quienes la ley reconoce aptitud suficiente para tomar estado, los que en uso de su derecho constituyen una nueva familia, los que no vacilan en aceptar la tremenda responsabilidad que lleva consigo el nudo matrimonial, no se hallen muchas veces á la altura del santo vínculo que contraen: la Iglesia misma ha debido reconocer este mal, y procura, en cuanto puede, atenuarlo y suavizarlo; pero á ménos de buscar el remedio proclamando la absurda doctrina de la absorcion del indivíduo por el Estado, y de resucitar aquellas odiosas reminiscencias de la república, cuya traza dió el filósofo Platon, este es un mal necesario que la prevision de los legisladores no logrará nunca extirpar.

Una consideracion hay, sin embargo, que atenúa considerablemente estas dificultades, ya que no logre desvanecerlas del todo. La experiencia patentiza que en el sosegado y apacible santuario de la familia, el sentimiento del deber ejerce una autoridad y predominio eminentes, que no alcanza en ninguna otra de las esferas de la vida civil. Los vínculos de la sangre, la cadena de amor purísimo que enlaza y estrecha á sus indivíduos; el justo anhelo que tiene el padre de realzarse á los ojos de su esposa y de dignificar á sus hijos, son otros tantos incentivos vehementes, poderosos resortes del corazon que le encaminan y empujan hácia la senda del bien, siquiera no esté preparado por la influencia de una acertada y bien dirigida educacion. La madre ménos púdica y celosa de su honra, el padre más desnaturalizado arden en el deseo de que el niño conserve limpio é incontaminado el tesoro de sus ilusiones virginales, de que se eduque en los hábitos de la sobriedad y la honradez, de que el hálito ponzoñoso de la corrupcion mundana no amancille la tersura de sus sueños, y llega un dia en que si el arrepentimiento tiene entrada en su corazon, si renuncia á los desvaríos de su pasada ingloriosa conducta, es por la sombra morti-

fera que puede proyectar sobre el porvenir de sus pequeñuelos. ¡Disposicion maravillosamente providencial que convierte la vida de familia en el gran Jordan de las culpas humanas, y hace que el hombre, por ruin y depravado que sea, no salve jamas sus áureos dinteles sin tratar de mejorarse y enaltecerse!

Ahora bien; ¿puede aplicarse igual observacion á las tareas de la vida pública? Cuando se trata de emitir el sufragio, el hombre ineducado, el de malas costumbres, ¿obedecen al sentimiento del deber, sienten la voz de la conciencia del mismo modo que en lo relativo á sus intereses inmediatos de familia? Ah! Que no es así prácticamente, ni hay términos hábiles para que esto suceda. La empresa de conocer y elegir á los *mejores* entre los buenos al través de la espesa polvareda que levantan las malas pasiones y el espíritu del partido, la de discernir la mayor justicia, oportunidad y alcance entre los diversos programas políticos, es sobrado difícil y compleja para entregarla sin apelacion á los erráticos impulsos de una muchedumbre antojadiza y vanagloriosa. Precisamente sucede en estas materias el reverso de lo que se advierte en la vida civil.

El deseo de mejorar la suerte de la esposa, el amor á los hijos, la honda contrariedad que producen las privaciones y los reveses, la avidez de prosperar y enriquecerse en poco tiempo, trabando encendida refriega en su corazon, debilitan su espíritu ya conturbado y enfermizo hasta el punto de engañarle lastimosamente y de hacerle tomar por práctica y positiva *realidad* las halagüeñas y embriagadoras perspectivas de la utopia, no de otra manera que en las vastas soledades del desierto africano el sediento viajero toma algunas veces por abundantes y cristalinos manantiales de agua ciertos efectos de la luz solar al quebrarse en las áridas vertientes ó perderse en el ocaso de confusa lejanía.

## VII.

Otro argumento de vasto sentido y poderoso alcance fundan los partidarios de la democracia en el decaimiento moral, en la gangrena de la corrupcion que suponen haberse introducido lentamente en el campo de los conservadores, miéntras el pueblo, por fortuna, conserva vírgen é incontaminado todavía el cristal de sus esperanzas é ilusiones. Como se descubre á primera vista, este

argumento tiene más importancia que el anterior, por cuanto propende á vindicar la capacidad electoral de las clases inferiores, no ya en el terreno intelectual, sino en el de la moralidad y la conciencia.

Empecemos por confesar que es sumamente cómoda la táctica de ciertas escuelas radicales. Cuando se trata de las personas colocadas en los altos peldaños de la escala social, manifiestan distinguir con toda lucidez la importancia y trascendencia de las funciones políticas, los abusos, supercherías y cábalas á que se prestan, la necesidad de poseer determinadas condiciones para ejercerlas en menoscabo del bien público, los perjuicios que irroga á la colectividad su perversion y falseamiento. Ya no bastan entónces el instinto ineducado, el acicate de la conciencia, el sentimiento del interes personal como prendas de buen acierto. Entre el hombre y la sociedad se atraviesan desdichadamente los móviles bastardos, las miras interesadas, el oro corruptor que pone tasa á las conciencias y á los corazones. En cambio, cuando el problema se considera en relacion con las clases inferiores, las reglas del criterio son distintas; ya no hay que temer las cábalas ni las supercherías; la ignorancia deja de ser peligrosa; ya el oro pierde su tentadora influencia; ya la voz del instinto y de la conciencia basta para hacer rostro á las asechanzas del genio del mal; ya no hay espíritus degenerados, ni almas cobardes y enflaquecidas, ni hombres miserables que se revuelquen en la ciénaga inmunda de las pasiones.

Hé aquí el fruto de las enseñanzas del tiempo; hé aquí la gran fórmula del progreso democrático.

Pero es el caso que no á todos convencen, ni mucho ménos, estas vaguedades y generalizaciones: al lado del genio que las inventa y de la grandilocuencia que las populariza, y de la muchedumbre que bate palmas al escucharlas, se percibe de cuando en cuando la voz de la reflexion sóbria y modesta, los acentos del hombre observador que se atreven á poner en duda—¡quién lo diria!—toda la certeza y autoridad de esos precedentes de hecho que se invocan y sobre los cuales se levantan erguidas y majestuosas las nuevas construcciones intelectuales. Oigamos á los adversarios del programa democrático, ya que ántes concedimos la palabra á sus panegiristas.

Desde luego llama la atencion que las premisas del razonamiento democrático, léjos de ser una novedad como suponen sus adep-

tos, son aplicaciones más ó ménos especiosas y abrillantadas de la doctrina de J. J. Rousseau. Vanamente se trata de buscar el eslabonamiento, la genealogía de las nuevas ideas en la evolucion que experimentó la filosofía germánica desde el advenimiento de Kant: esta influencia nunca ha sido popular en los países meridionales: la piedra angular, la verdadera raíz está en las paradojas, ó mejor, en los sentimientos del filósofo ginebrino. «Que todo sale bueno »de las manos de Dios y degenera en las del hombre; que la edu»cacion parece estar reñida con el instinto de bondad y de pureza «que Dios depositó en el fondo del corazon humano; que á medida »que el hombre sube en la escala de la ciencia decae en otro sen»tido; que los gobiernos separándose de la naturaleza suelen la»brar la desventura de las naciones; que la sociedad es el fruto »del contrato, y por lo mismo la soberanía radica en los contratantes;» hé aquí el abolengo de la democracia. Por esto desconfía instintivamente de la inteligencia social, y abre los brazos al que, no habiendo estudiado nada, no pudo contaminarse; por esto proclama que la riqueza, en vez de constituir un valladar, un muro de defensa para la sociedad, es su gran peligro moral; por esto emplea las voces de oro y corrupcion en perfecta sinonimia; por esto, miéntras anatematiza la gradual perversion de las clases ricas, encubre con un cortinaje purpúreo y recamado los vicios y las pasiones de los pobres; por esto se paga más del número que de la calidad y las virtudes de los ciudadanos; por esto vive siempre recelosa contra la autoridad constituida; por esto no concibe la soberanía ni la legitimidad de ningun poder fuera de la eleccion popular directa; por esto exagera y sublima los fueros de la razon hasta convertir al hombre en eje del mundo moral y Dios de sí mismo.

Ahora bien: ¿hay una sola de las proposiciones de Rousseau que pueda contar de presente con la autoridad de la ciencia? Sin vacilar respondemos que nó; y si en algo han adelantado las ciencias morales y políticas de nuestra época, es precisamente en allegar y reunir los datos necesarios para destruirlas.

El buen sentido enseña ya naturalmente que si la corrupcion fuese patrimonio especial de las clases superiores, la obra de la corrupcion popular, atribuida á los doctrinarios, hubiera sido imposible. No se concibe la venta sin el doble concurso de los compradores y los vendedores; no se explica el soborno sin la existen-

cia simultánea del sobornante y del sobornado. Por otra parte, si el desarrollo de la inteligencia se obtiene á costa de la pureza del corazon, ¿por qué dar tanta importancia á la instruccion pública? ¿No vale cien veces más la rectitud del instinto en lo que tiene de espontáneo, que una educacion menguada y siempre incompleta? En tal caso conviene aceptar el principio en su integridad; no impongais sacrificios á las naciones en beneficio de la instruccion popular; no llameis civilizados á los pueblos donde la ignorancia va perdiendo terreno de cada dia, y si consultais las páginas de nuestra estadística, no sea para sacarnos los colores al rostro, sino para bendecir á la envidiable idiosincrasia española y á la suspicacia tradicional de sus Gobiernos que han hecho cuantos esfuerzos han estado en su mano para impedir que los hijos del pueblo perdieran su pureza originaria al contacto de las letras y de los conocimientos útiles. Sed lógicos, detractores de la inteligencia: si esta se desenvuelve á precio de la bondad natural del hombre y la rectitud de sus instintos, bendecid á los tiranos que, procurando reducir el círculo de los iniciados y cubriendo los tesoros de la ciencia con el velo tupido de Isis, dieron señalada y relevante muestra de amor al linaje humano, y eran los ángeles custodios de la felicidad social. ¿Os repugnan estos principios, no es cierto?—Pues sed lógicos rechazando inexorablemente sus derivados y ramificaciones.

Tampoco debe admitirse como cierto que las sociedades sean más libres en cuanto más se acercan al estado primitivo. El estudio de las ciencias morales y políticas, hecho en nuestros dias con mayor copia de datos y unidad de conjunto del que le consagraban sus amadores y entusiastas en la edad antigua y durante los siglos medios, ha demostrado y patentizado que fuera del Paraiso y desde que las generaciones se derramaron por la sobrehaz de la tierra, el progreso, en sus diversas ramas, no es una idea primaria, sino un resultado, un fruto tardío de la actividad y del trabajo. En lo moral no basta el amor platónico de la verdad sin la resolucion de luchar por ella y vencer los obstáculos y domeñar la influencia de las malas pasiones; en lo económico, la riqueza no se alcanza sin la acumulacion de perseverantes esfuerzos; en lo intelectual, el alma humana está necesitada de un cultivo armónico y bien dirigido; en lo político, los Gobiernos regulares y progresivos se fundan sobre condiciones positivas de capacidad intelectual y moral. En todos los órdenes de ideas el espectáculo es el mismo; suprima-

se la actividad, el esfuerzo, la ley del trabajo, y la obra de la civilizacion se descompone y sucumbe. Vanamente le pedireis al derecho natural, como *innato*, lo que, áun estando perfectamente de acuerdo con la naturaleza antropológica, sólo se descubre á la larga y después de grandes caidas y redobladas investigaciones; en vano tratarémos de internarnos en las profundidades de la conciencia para que nos rinda frutos sazonados, si de repente le falta el alimento de la educacion *relativa*, inherente á cada período histórico; por último, la misma religion natural que hoy trata de imponerse como cosa espontánea, como revelacion instintiva del género humano, perderá de súbito su brillantez y su transparencia, y todo lo más dará de tarde algun destello fulgurante, una que otra ráfaga de luz combatida y amenguada seguidamente por una densa, densísima capa de preocupaciones y tinieblas. ¡Ah! Que es fácil y socorrida tarea la de hablar de los elementos naturales de nuestra constitucion, de las creencias instintivas, de los impulsos espontáneos del hombre *áun en el seno de la barbarie*, después que largos siglos de paciente elaboracion nos han desbrozado y franqueado el camino; después que se dictaron los sublimes preceptos del Decálogo en la cresta del Sinaí; después que el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía prestaron sus tributos y ofrendas á la civilizacion; después de diez y nueve siglos de santa influencia cristiana; después que la indomable y aguerrida cohorte de los mártires de la religion y de la ciencia enrojeció con su sangre el dilatado itinerario del progreso.

Y lo que decimos de este último en general, es perfectamente aplicable á la libertad política. No hace muchos años que un publicista, Cárlos Dunoyer, cansado de oir preconizar las ventajas y excelencias de la libertad como principio abstracto, como un dón del cielo que germinaba y florecia en la tierra por simple reconocimiento y proclamacion de los gobiernos, dedicó un precioso capítulo de su clásica obra *La libertad del trabajo*, á combatir la que, sin escrúpulo, calificó de liviana y mal cimentada teoría. Nó, exclamaba Dunoyer; la libertad no es un axioma, sino un producto, un resultado; inútilmente se gloría y envanece de haberla conquistado el que no tiene discrecion bastante para dar útil y racional empleo á sus facultades, el que aprisionado en las áureas cadenas del vicio destructor no acierta siquiera á vislumbrar la verdad, el que por su retrasada educacion moral é intelectual vive desaperci-

bido á todas horas contra las asechanzas del error y de la mentira.

La teoría que formuló Dunoyer no ha sido como esas brillantes paradojas, exhalaciones meteóricas que viven y mueren en un dia y pasan sin dejar huella en el terreno de la ciencia. Notóse desde luego su armonía con el sentido de la historia y de las ciencias, y á la hora presente le rinden tributo los mismos que por sus sentimientos y aspiraciones debieran impugnarla. La extension y propagacion de esta teoría y su continuada influencia es la que ha modificado de un modo directo el sentir de las gentes ilustradas en materia política, haciendo perder gran parte de su importancia á los problemas de carácter externo y formalista, y convirtiendo su atencion hácia otras cuestiones más hondas, como por ejemplo, las que planteó y dilucidó en sus memorables obras Alejo de Tocqueville (1). Con efecto; la demostracion de que en nuestra época la libertad se pierde generalmente por estar subordinada á la igualdad y de que los abusos centralizadores atribuidos á la revolucion francesa no nacieron con ella, sino que son un legado del antiguo régimen, pertenecen á un órden de investigaciones políticas enlazado en sus fundamentos con la doctrina de que los pueblos acaban por tener siempre el sistema de que son dignos.

Y cuenta que no á otra cosa tendia Dunoyer al proclamar la necesidad de que el hombre sea al mismo tiempo moral é inteligente para que su libertad pueda hacerse efectiva, ó, lo que es igual, que los pueblos si llegan á ser *libres*, es tan sólo por el desarrollo concertado de su inteligencia y su moralidad.

Lo verdadero, por lo tanto, se halla en un principio enteramente opuesto al que sentaba Rousseau: el estado natural es precisamente el de sociedad; el progreso se determina como la obra lenta y trabajosa de la educacion en los dos elementos moral é intelectual; y si algo hay en este mundo sublunar que corone dignamente la grandeza de la creacion, no es el hombre en un estado de primitiva ignorancia, sino el indivíduo en la plenitud de su naturaleza finita, en el desenvolvimiento armónico y proporcional de las facultades con que á Dios le plugo favorecerle. Y no se oponga á este raciocinio el uso pervertidor y funesto que la impiedad y la ciencia *á medias* hacen á veces de los estudios literarios y los conocimientos útiles en los tiempos que corremos; porque una *mayor*

(1) *La democratie en Amerique.—L'ancien régime et la revolution.*

ciencia corregirá esta preocupacion y hará comprender á los pueblos que ningun sistema de educacion puede llamarse tal, sino tiene por preámbulo y coronamiento, por alfa y omega, la idea de Dios.

En cuanto á la de soberanía, segun la explicaba Rousseau, ha perdido tambien toda importancia científica. Desde el punto en que la sociedad no existe por pacto y obra de cada uno de los hombres, no es condicion inherente á la individualidad; existe en el pueblo como entidad y conjunto para darse las instituciones políticas que mejor le cuadren, viniendo determinada en el órden práctico por la mayor influencia y la mayor capacidad relativas dentro de los elementos peculiares que cada pueblo atesora. Por manera que, sólo en un sentido convencional y limitado, cabe admitir la soberanía del pueblo, pues el hombre es un sér contingente y, como sujeto á la ley imperiosa del deber, responsable de sus actos. ¡Pobre pueblo! ¿Qué es lo que queda de tu soberanía cuando has cumplido con lo que debes á Dios, lo que debes al prójimo y lo que te debes á tí mismo? Y en la práctica de la vida, ¿á qué queda reducido tu decantado derecho; qué significan la independencia y la libertad de que tanto te enorgulleces, si al fin y al cabo vives en perenne estado de servidumbre espiritual, y estás reducido á la mísera condicion de trabajar siempre por cuenta ajena?

Y hasta en el terreno filosófico han perdido su autoridad las concepciones de Juan Jacobo. Aunque la democracia moderna afecte rechazarlas, no será malo que formulemos sobre ellas algunas consideraciones, pues la verdad es que si se han modificado bastante los procedimientos, la tendencia del escritor á que aludimos permanece en pié desgraciadamente

Desde la aparicion del cartesianismo en Europa se observa una tendencia marcadamente subjetiva en el campo de los estudios filosóficos, y que afecta de rechazo á las demás ciencias que toman prestados sus fundamentos; tendencia justa y digna de encomio cuando se limita á recomendar al hombre la observacion de sus facultades anímicas y el conocimiento de sí propio como punto de partida de la especulacion filosófica; tendencia injusta y abusiva cuando lo sacrifica todo al elemento geométrico, convirtiendo al alma y al cuerpo en tipos abstractos de pensamiento y extension (1); cuando considera al hombre como eje único del mundo

(1) *Los predecesores y discípulos de Descartes*, por Emilio Saisset.

moral y lo explica todo por la razon; cuando hace del sugeto y sus formas la realidad única del campo metafísico; cuando se lanza á investigar de lleno las leyes de lo *absoluto* por medio de procedimientos rítmicos y trascendentales, cuyo primer carácter es poner al filósofo en abierta y declarada pugna con los oráculos y revelaciones del sentido comun. Los peligros de esta tendencia, legítima en su orígen, los demostró ya el panteismo de Spinosa siguiendo tan de cerca á la fórmula cartesiana, y modernamente los errores del idealismo subjetivo y de la identidad absoluta que brotaron y aparecieron en Alemania como consecuencia de la revolucion filosófica verificada por Kant. Hoy por hoy se conoce bien lo peligroso de semejante tendencia, y de todos los ángulos del terreno filosófico, en sus variadas ramificaciones, se levanta un prolongado clamoreo contra los abusos de la tendencia individualista. Por más importancia, por más autoridad que tenga el hecho de conciencia, decia Gioberti, yo no soy un elemento disgregado en la tabla armónica de la creacion; yo, que existo, soy contingente; podia muy bien no haber existido, y, ántes que *yo*, es la necesidad de mi causa, mi Dios. Igual reaccion se observa en el campo de los estudios jurídicos desde la obra de Federico Julio Stahl (1), habiéndose hecho importantísimos esfuerzos para colocar el principio del derecho en el terreno objetivo y fuera del *Yo*; porque, como lo dice ya el sentido comun, una cosa es que únicamente en el hombre resida el *sujeto* del derecho, y otra que este último deba considerarse, en su esencia, como producto de la razon. Todo lo contrario: el mundo moral obedece á las leyes de la proporcion y de la armonía, ni más ni ménos que el órden cósmico; y si el hombre tiene facultades intelectuales, no es para emplearlas contra el Sér divino, ni subvertir temerariamente sus condiciones y sus leyes, sino para interpretarlas y contribuir en la medida y alcance de sus escasas fuerzas á la realizacion de los planes de la Providencia.

Ni una palabra más sobre la cuestion filosófica, ajena del presente artículo.

Las consideraciones precedentes, que parecen encerrar únicamente otras tantas reglas de criterio en el campo filosófico, trascienden de lleno á la cuestion social y dejan ver con toda claridad el absurdo sobre que descansan las teorías de Rousseau, prohijadas

(1) *Historia de la Filosofía del Derecho*, trad. italiana de Comforti, 1853.

en su espíritu, sino en su letra, por la democracia moderna. Contra la capacidad insuficiente, el remedio adecuado es un conocimiento *más ámplio y perfecto*, no la ignorancia: los abusos de la inmoralidad deben corregirse por la moralidad *positiva*, y no por el procedimiento empírico de contraponer los pobres á los ricos y suponer en los primeros unas virtudes de que carecen: la poca capacidad política se hará ménos sensible á proporcion que exista la debida *responsabilidad* por las contravenciones y los torpes manejos, no revistiendo con la investidura de la representacion á una masa de personas conocidamente inhábiles y que, sobre todos los inconvenientes de los favorecidos hasta aquí, tienen las circunstancias agravantes de menor desarrollo intelectual y de vivir en la corriente del odio y la sobreexcitacion que producen en nuestros dias la penuria y el malestar.

Ningun hombre político dotado de mediano sentido moral negará realmente que de los antiguos sistemas se abusó mucho por efecto del egoismo y de las miras bastardas; pero al conocer la índole del mal, es imposible que caiga en la inocente candidez de buscar el correctivo por las vias que hoy se indican. Las dolencias del cuerpo social no se curarán con puras reformas políticas y mucho ménos llegando á consolidar un estado de cosas en que el niño mimado sea el materialismo; en que la religion se arrumbe por innecesaria; en que de los móviles morales el único que sobreviva sea el sentimiento de la utilidad personal; en que la idea del deber se torne de mal gusto, y en que todos los hombres se igualen, no ante la virtud ó la inteligencia, pedestal verdadero de las libertades públicas, sino ante el acto material de emitir un voto en las urnas electorales. Este por sí sólo, y cuando carece de los elementos morales que le dan energía y significacion positiva, es un ridículo simulacro; no merece el nombre de funcion pública, es una forma puramente irrisoria. Por el momento halaga á la muchedumbre, supuesto que la considera como la varita mágica de las halagüeñas esperanzas: cuando éstas se desvanezcan vendrá la reaccion del cansancio y del desaliento, y á la postre puede suceder muy bien que el resultado de tanta exageracion, de tanto vocerío y de tanto vértigo sea la pérdida de aquella misma libertad que, con ser limitada y todo, sólo habia podido establecerse en el mundo como resultado de pacientes desvelos y de penosas y sangrientas luchas. El dia en que las clases superiores de la sociedad

se convenzan efectivamente de que la libertad y el órden son ideas en la forma, si no en el fondo antitéticas, habrá llegado la última hora de la libertad: una vez más triunfará la soberanía de la inteligencia á despecho de las vaguedades y generalizaciones democráticas. Presintiendo toda la extension de este peligro, un eminente hombre de Estado, el inglés Burke, decia en una ocasion memorable: «Guardémonos de que esta libertad que tanto amamos acabe por ser impopular.»

## VIII.

La doctrina del sufragio universal encuentra, por decirlo así, su último reducto en los que lo defienden como medio de estimular la educacion política. Hay personas que, áun teniendo en cuenta sus inconvenientes momentáneos, transigen con él por tendencia cási instintiva y puro sentimiento. Son, como diria Littré, los grandes colaboradores de la idea reformista, porque hablan el verdadero lenguaje del corazon, destilando suavísimos acentos de dulzura y de paz. Excusado es advertir que sus raciocinios producen bastante efecto en los hombres llamados conservadores. Cierto, dicen, que en su primera época produce inconvenientes, y no escasos, ofrecer á todos los ciudadanos el ejercicio de la capacidad política; pero poco á poco se van allanando las dificultades: la exageracion cae por sí misma, el buen sentido recobra su imperio, y á la larga triunfa el pueblo que tiene fe en los destinos de la libertad. El antagonismo que hoy existe entre las clases desaparecerá; conociéndose mejor, tratándose más íntimamente vendrán al hermanamiento y á la concordia. Y si esto puede alcanzarse, como es seguro, no será poco el adelanto obtenido: las sociedades habrán salido de las mallas de una política artificiosa para colocarse en las condiciones de su vida *natural*; no oirémos hablar ya de la capacidad relativa, ni de su criterio regulador, cosa que falsea y violenta las atribuciones del poder, sino que todos los varones, llegando á la mayor edad, por este solo hecho entrarán en el lleno de su capacidad política.

No se dirá que tengamos por sistema debilitar la fuerza de los argumentos contrarios.

Por educacion y temperamento somos inclinados á los medios

conciliatorios; pero nuestra credulidad no es tanta que acoja irreflexivamente cualquier programa, por absurdo que sea, con tal que se formule á la sombra de un estandarte de conciliacion.

Los razonamientos de que hemos dado cuenta se apoyan sobre dos suposiciones, que nosotros bajo ningun concepto admitimos: primera, que los inconvenientes del sufragio universal procedan de la falta de práctica en su ejercicio; y segunda, que los Gobiernos, sólo por un abuso y violentando sus atribuciones, regularicen y determinen las condiciones de la capacidad política.

Para corregir los defectos de intolerancia que puedan surgir en el período electoral, para evitar colisiones y choques sangrientos en la materialidad del acto, convenimos en que servirán de mucho las costumbres que se formen y las lecciones de la experiencia; pero ésta, como á primera vista se comprende, no es la cuestion que á nosotros nos ocupa. Tal reflexion puede satisfacer únicamente á ciertos conservadores miopes que nada ven más allá de lo inmediato, y llaman ordenados y puestos en razon todos aquellos actos en que no debe intervenir la autoridad por cuestiones de fuerza.

Nuestro punto de vista en la cuestion es más alto, mucho más alto: la capacidad que nosotros exijimos es la moral, es la positiva, la que tiene conciencia clara del bien y pone en juego los medios necesarios para realizarlo; no nos damos por contentos, ni mucho ménos, con que cada uno de los electores salga de su casa, se acerque á los comicios, deponga en la urna una pequeña tira de papel, y se retire tranquilo á su casa sin perturbar el órden, ni atentar contra la libertad de los demás. Porque áun sucediendo de esta manera puede labrarse la desventura de la pátria (1); puede investirse con la toga de los legisladores á hombres poco interesados en el bien del país, ó mejor dispuestos para alcanzar triunfos oratorios predicando ideales imposibles que para constituir firmemente el poder dentro de sus condiciones regulares y en armonía con los elementos de que la sociedad dispone.

Además, ningun conservador digno de este nombre debe suscribir á la especie de que no está en las atribuciones del poder condicionar y limitar la capacidad política.

---

(1) En este terreno es mucho lo que le falta al pueblo. Proudhon, en su *Teoria del impuesto*, ha debido reconocer que ningun soberano del mundo ha estado ménos á la altura de su mision que la democracia del siglo XIX.

Sospechamos que esta idea es una reminiscencia de preocupaciones caducas que debieran haberse condenado al olvido. Un dia, cuando el romanticismo estaba en su período álgido y habian empezado á tramontar el Pirineo las corrientes de la revolucion social, un poeta español de esplendorosa fantasía y formado en la escuela de Byron, tronaba en inspiradas estrofas contra la pena de muerte, y buscando circunstancias atenuantes á la odiosidad de que el mundo reviste siempre la figura del verdugo, preguntaba:

*¿Quién al hombre del hombre hizo juez?*

Más tarde la política se apoderó de la generosa aspiracion de los poetas y, reaccionada contra los excesos de un sistema exageradamente centralizador y tiránico, se puso por sistema del lado de la personalidad contra los actos y gestiones del poder que, segun dijimos en los primeros capítulos de nuestro ensayo, simboliza en el fondo el triunfo del principio social y la realizacion de la libertad colectiva. La preponderancia de las clases superiores, el derecho de penar, los sacrificios impuestos á nombre del órden, los tributos, la conservacion de los elementos históricos, la custodia de los altos intereses morales, la misma idea de Gobierno, todo fué combatido á nombre del individualismo. Parecia que la autoridad era el enemigo del ciudadano, y que todo el triunfo de la ciencia consistia en quebrantar los lazos de la cohesion y la disciplina hasta sacar triunfante la an-arquía proudhoniana. Pero, por fortuna, en el terreno de la legislacion civil y penal duraron poco las utopias. La necesaria conservacion de lo *tuyo* y *lo mio*, pasion incontrastable del corazon humano, detuvo los embates del espíritu reformador en esta materia: el derecho de penar se salvó tambien merced á los esfuerzos de Rossi y sus discípulos. Por una série de peripecias y evoluciones, que no es del caso referir, la ciencia política acabó siendo el baluarte donde se refugiaron los innovadores. En ella tuvieron entrada las ideas que en las demás esferas se rechazaban sin escrúpulo, favorecidas señaladamente por la impresionabilidad popular que recibe como aceptables las fórmulas que le halagan, sin preguntar nunca por su filiacion y procedencia. Desde entónces se reivindica como propio de todos los ciudadanos el ejercicio de la capacidad política, y se sostiene que limitarlo es monopolizarlo. Y cuando nosotros decimos que el Estado se halla en el caso de discernir entre la capacidad relativa de

los elementos sociales, se nos pregunta con aire de desdeñosa indiferencia:

*¿Quién al hombre del hombre hizo juez?*

Esta consideracion, sin embargo, no resiste al escalpelo de la crítica, y del mismo modo que ha sucumbido en sus aplicaciones al derecho civil y penal, debe ser relegada al olvido en la ciencia política. Con más razon todavía; que al fin y al cabo limitar la capacidad política no es hacer, ni con mucho, lo que se permiten el derecho civil y el penal para salvar los fueros del órden público. El derecho civil limita y condiciona hasta la nimiedad. El poder pátrio, el gobierno marital, la contratacion, la persona de los ímpúberes y sus bienes, el uso de ciertos peculios, las sucesiones, la curadoría ejemplar en determinados casos, las donaciones no remuneratorias, etc., etc., son fehacientes testimonios de lo que decimos. En cuanto al derecho penal es inútil que en él nos detengamos, porque sus várias sanciones abarcan y recorren todo lo que de estimable y legítimo tiene la naturaleza humana. ¿Y esto que acontece con el verdadero derecho, no habia de ser extensivo á las funciones políticas, que, como digimos ántes, no se ejercen siquiera en provecho propio, sino en utilidad comun? La potestad, ó no existe, ó es *íntegra*, ha dicho un amigo nuestro. Sino cabe escoger y discernir en política, tampoco es procedente esta tarea en derecho civil y penal; que al fin y al cabo dictados por los hombres han sido todos los Códigos de la tierra. El argumento nos parece tan fuerte y robusto, que sin vacilar lo entregamos á nuestros adversarios esperando su contestacion.

Digamos ahora por qué razones no abrigamos la risueña esperanza de que vayan disminuyendo los antagonismos entre las diversas clases y gerarquías, y de que al fin los ignorantes ejerzan su derecho de sufragio bajo la autoridad moral, bajo el patronato de las clases superiores.

En este raciocinio despunta un carácter de candidez, por no decir de dulzura solapada é hipócrita, que nos obliga á pedir por breves momentos la atencion de nuestros lectores.

Preparar un estado de ideas del todo hostil al interes conservador y ahogar su voz y su representacion para demandarle después que capitule y transija, constituye un verdadero sarcasmo. Lo que se decora con el nombre de transaccion, quiere significar en puridad un completo avasallamiento. Y en tal estado, ¿puede esperarse

que el elemento preponderante se someta á la direccion, á la autoridad moral del vencido? Cuando todos los poderes, aun los más legítimos, cuando todas las soberanías tienden á perderse y malograrse en la embriaguez, en el paroxismo de las exageraciones, ¿podemos dar abrigo á la esperanza de que la cordura y la moderacion presidan en el ánimo del proletariado triunfante y le conduzcan á emplear su influencia en beneficio de la armonía y de la concordia social?

Si *à priori* pudiésemos sostener esta proposicion, la experiencia la destruiria. Abrase por cualquiera de sus páginas el libro de la historia, y se observará el mismo resultado; desde las repúblicas de Grecia hasta nuestros tiempos, los primeros impulsos se dan á favor de la justicia; el objeto visible, el propósito deliberado es una cuestion de contrapeso y de equilibrio; más tarde el que se considera vencedor, dicta sus condiciones al vencido, y gracias sino llega un dia en que se consuman los más negros y ominosos crímenes bajo el nombre de represalias.

## IX.

Todos los inconvenientes, todos los peligros que ofrece la cuestion electoral sacada de su terreno y convertida en arma de guerra, desaparecen al restituirle su carácter propio, al darle de nuevo su naturaleza primitiva y originaria. Empleada en el sentido de la conveniencia social discernida por el Estado, utilizada como medio práctico para realizar una buena constitucion del poder habida consideracion á los elementos particulares y relativos de que cada sociedad dispone, no puede ser el obstáculo de la libertad, ni engendrar el desórden. Las agitaciones y los conflictos, si alguna vez los promueve, serán momentáneos; los elementos *positivos* de la capacidad ahogarán los malos instintos y los gérmenes de perturbacion.

No se olvide, sin embargo, que, como ántes digimos, en el sistema electoral de los gobiernos representativos juega siempre una doble influencia: primera, el interes de que la capacidad sea *positiva* y se aprecie en sus dos fases moral é intelectual; y segunda, que en lo posible y dentro de las exigencias del bien público se procure ampliar el número de los electores, para que las leyes expresen y traduzcan el sentido real de la nacion.

Distinguidos publicistas se pierden en esta materia por no dar la merecida importancia á la dualidad de los fines que acabamos de señalar. Si todo fuera cuestion de aptitud intelectual, el problema sería fácilmente resuelto; del mismo modo si únicamente se buscara el concurso efectivo de las clases, prescindiendo de las condiciones de capacidad y moralidad. Y porque la cuestion se presenta complexa, es que no cabe resolverla de ligero y mediante fórmulas empíricas, sino ahondándola en toda su latitud.

En estos tiempos no puede decirse que los publicistas la hayan mirado con indiferencia. Por el contrario, nunca habia dado lugar á más sérios estudios. La escuela doctrinaria francesa profundizó señaladamente la primera parte de la cuestion, ó sea, el problema de la capacidad en sus relaciones con la soberanía; los Ingleses se han fijado particularmente en la segunda, examinando la representacion pública en sus relaciones con el estado del país y escogitando los medios oportunos y conducentes para que en la gestion total de los intereses sociales dejen sentir su influencia las minorías activas.

Y aunque el objeto de este artículo no es hablar de la representacion pública en su mayor latitud, sino en la parte que hace referencia á la capacidad del cuerpo social, considerariamos mutilado este trabajo si no hiciésemos alguna indicacion sobre el primer punto.

Buscar la solucion del problema electoral planteando y afianzando un mecanismo que dé por resultado la expresion de la inteligencia media, el nivel ordinario de los sentimientos y aspiraciones de la sociedad, se presenta ocasionado á un inconveniente, el de que los partidos radicales no alcancen ninguna representacion, y que esta circunstancia los aleje del terreno legal con perjuicio del sistema establecido. Para evitarlo, se han propuesto várias combinaciones, y entre ellas la de la acumulacion de votos entre los distritos electorales, de manera que el candidato que obtiene un número mayor entre todos los distritos sumados sea preferido al que relativamente tuvo una votacion más numerosa en cada uno de los distritos. A primera vista se comprende que, si se exagerase este sistema, se caeria en el mal de subordinarlo todo á la política, y dejar sin representacion propia los intereses particulares de los pueblos y las provincias: oportunamente limitado, reconocemos que puede ser de alguna utilidad, ó cuando ménos, dar ocasion y

servir de punto de partida para ulteriores y más perfectas combinaciones (1).

Como quiera que sea, el interes primario del asunto que nos ocupa no está en la representacion determinada de uno ú otro partido, sino en que la funcion electoral se desempeñe por personas *capaces* de hecho, y de modo que el principio social aparezca por encima de las pretensiones y exigencias particulares Y en la profesion de este principio, por fortuna, están conformes los grandes maestros del sistema representativo, así los Franceses como los Italianos y los Ingleses.

Á primera vista pudo parecer que J. Stuart Mill trataba de contrariarla en su obra intitulada *El Gobierno representativo*; creyóse por algunos que su propósito inmediato era atacar de frente las miras del doctrinarismo; pero un estudio más razonado y completo del libro á que nos referimos, hizo ver la íntima afinidad y consonancia que tenía con las ideas propagadas anteriormente por la escuela francesa. ¿Y qué mucho, si al fin y al cabo en esta escuela es donde se hallan precisamente los más importantes modelos y las mejores enseñanzas?

No se nos oculta que á la hora presente el juicio que acabamos de estampar sorprenderá á muchas personas; es ya cosa convenida hablar en són de menosprecio de la escuela doctrinaria y permitirse contra ella todo linaje de libertades y vituperios áun los escritores más superficiales. El tiempo, sin embargo, desvanecerá esta preocupacion, y á medida que se comprenda que la democracia misma tiene su *justo medio* y su doctrina del *más* y del *ménos*, irán cayendo en el ridículo que merecen ciertas irónicas censuras que lo único que revelan en el fondo es una estúpida ignorancia.

Y ya que por incidencia hemos tocado este asunto, permítasenos una leve digresion.

---

(1) Entre todas las combinaciones que al efecto se proponen, nos parece la más discreta y conveniente la del *voto acumulado*, segun la explica el malogrado publicista Prevost-Paradol en su obra *La France nouvelle*. Con el sistema actual, dice, el elector que está llamado á elegir tres Diputados debe escribir tres nombres distintos, de manera que la minoría del colegio electoral queda necesariamente sofocada. Otra cosa sería si al elector que ha de elegir tres Diputados se le permitiera escribir tres veces el mismo nombre, porque en tal caso la opinion que contase en su favor la *tercera parte* de los electores tendria ya la seguridad de sacar triunfante un candidato.

Los enemigos del sistema representativo, alardeando un espíritu de imparcialidad con que se hallan mal avenidos en la práctica, hacen gala de respetar profundamente á los publicistas ingleses, reconcentrando toda la saña de sus ódios y rencores contra la escuela doctrinaria. Al obrar de esta suerte demuestran ya indirectamente la mayor autoridad científica que prestan á la segunda; autoridad merecida bajo todos conceptos, porque los doctrinarios franceses han sido—y lo dirá la historia—una de las primeras influencias científicas de nuestro siglo. Ellos son los que, ahuyentando las sombras del materialismo, salvaron la causa del espíritu, y restauraron el alma en el hombre, como decia Villemain; ellos son los que generalizaron la literatura filosófica de Alemania; ellos los que enriquecieron los anales históricos con profundísimas investigaciones; ellos los que fundaron la teoría doctrinal del sistema representativo y vulgarizaron sus principios y ejemplos por medio de obras, revistas y periódicos nutridos de enseñanza y salpicados con el polvo de oro de su castiza y elegante diccion. Por una de esas aberraciones, que sólo consiente la política, se quiere argüir del partido contra la escuela, de la Monarquía de Julio contra la autoridad científica de sus escritores. En ódio á la pléyada traspirenáica se exagera el mérito y el alcance de la inglesa; siendo así que entre una y otra la diferencia, más que de principios, es de carácter, por revelarse en sus obras respectivas las fórmulas y la fisonomía particular de la nacion á que pertenecen.

Volviendo ahora al libro de Stuart Mill, dirémos que cuando empezó á ser conocido creyóse que su propósito era impugnar la soberanía de la inteligencia, remplazándola con la doctrina del interes social, representado por cada uno de los ciudadanos. Díjose que este publicista era adversario del *justo medio* (1), y que abrazaba el principio de libertad sin reservas ni limitaciones. «La so»beranía—habia escrito este autor—pertenece á la sociedad por »entero, y la razon está en que cada uno es el mejor custodio de »sus intereses y sus derechos.» Pronto, sin embargo, y en cuanto se abrazó todo su pensamiento, hubo de observarse que Stuart Mill hacía de la capacidad de hecho la base de la capacidad de dere-

(1) Un distinguido publicista, Cárlos de Remusat, observó con razon que la antigua teoría del *justo medio* debe llamarse más propiamente de *justa proporcion* entre los elementos á que obedece la sociedad. Art. "Justo medio" del Dicc. de Pol, por M. Block.

cho; que retrocedia ante el sufragio universal, miéntras la educacion general no le allanase el camino; que en el terreno práctico excluia de las funciones públicas á los que no supiesen leer, escribir y contar; y finalmente, que, para prevenir la contingencia de que el número sofocase á la razon, proponia el establecimiento del *sufragio plural*, ó sea la concesion de vários votos en favor de los que estaban en determinada gerarquía social y poseian mayores condiciones de *presunta* inteligencia.

Ahora bien: dejando aparte si el hecho de saber leer, escribir y contar es garantía de capacidad política, cosa que nosotros rechazamos paladinamente, ¿quién no vé que Stuart Mill, á pesar de sus protestas radicales, acaba por aceptar fundamentos análogos á los de la escuela doctrinaria? Exigir conocimientos prévios para el ejercicio del sufragio, ¿no es separarlo ya de la órbita del derecho individual? Dar al Estado la potestad de fijar las condiciones prévias del sufragio, ¿no es tratar el asunto como de conveniencia y fuera del campo jurídico?

Por otra parte, la concesion de mayor número de votos á favor de la inteligencia presunta (1), ¿no implica virtualmente el reconocimiento de que en todo sistema regular las influencias legítimas no deben estar supeditadas á la razon del número?

Estos argumentos, de puro sencillos, bastan para convencer á cualquiera que de buena fé inquiera la verdad, y á la hora presente empieza á comprenderse ya que entre los escritores de Francia y de Inglaterra lo que resalta principalmente es una diferencia de método y de lenguaje. Los doctrinarios tienden casi siempre á dar á su exposicion un carácter más levantado y espiritualista; los ingleses consideran las cuestiones políticas en el terreno relativo y práctico, procurando armonizarlas con la corriente de los intereses. Así el principio de la soberanía explicado por Royer-Collard viene á ser como un reflejo, una irradiacion terrenal de la inteligencia superior que dirige y regula el órden cósmico: en el criterio de Stuart Mill, la sociedad toma el carácter de una compañía anónima, en que la representacion es adecuada y proporcional al interes de los capitales que en ella se han invertido. Y si formula el deseo de que todos tengan una parte activa en los *hustings*, no

(1) Véase el cap. VIII de la obra de Stuart Mill, trad. francesa de 1862, pág. 191.

es como individualista y para sacar indemne la integridad del derecho personal, sino para que la ley positiva aparezca revestida de autoridad y se imponga como una emanacion *directa* de la conciencia pública.

## X.

Tratándose de la capacidad política, la emision del sufragio aparece inmediatamente como la cuestion más culminante dentro del tema; pero no estaria en lo cierto quien creyese que por su importancia abarca toda la extension del mismo. El problema es más vasto, y en ello conviene la generalidad de los publicistas. Disienten éstos, sin embargo, en la tarea de fijar sus verdaderos límites, existiendo várias opiniones acerca del particular.

La mayor parte comprende en el círculo de la capacidad la cuestion del derecho electoral en sus elementos activo y pasivo; es decir, el censo de los electores y el censo de los elegibles. Alejo de Tocqueville, fijándose en el ejemplo de los Estados-Unidos y recordando que el ideal de los demócratas es que el ciudadano como tal reuna la triple calidad de elector, elegible y jurado, hace entrar estos tres elementos en la determinacion del problema.

Finalmente, escritores hay que dan á la materia mayor ensanche todavía comprendiendo en ella toda la tabla de los derechos políticos del ciudadano, segun se establecen y garantizan por las Constituciones. Así, con ocasion de la capacidad política, reivindican los derechos de reunion y asociacion, la libertad de imprenta, etc., etc.

Veamos, entre estas opiniones, cual es la más aceptable.

Empezando por la que últimamente hemos indicado, dirémos que en cierto sentido es innegable que el buen ó mal uso de los derechos constitucionales representa en el fondo una cuestion de mayor ó menor capacidad política; pero en honor de la verdad debemos añadir que esta última no es la que nos ocupa, ni la que explicamos en el capítulo II de nuestro trabajo. Recuérdese que hablamos entónces de la capacidad activa y de la que contribuye directamente á la organizacion de los poderes públicos, no del modo como deben ejercerse los derechos políticos en su más lata acepcion.

Ménos vaga, y en cierto sentido justificada por la experiencia.

se presenta la de Tocqueville cuando indica que en algunos sistemas modernos que tienen por base la representacion ó la delegacion de poderes, la capacidad del ciudadano se desenvuelve en una triple ramificacion, á saber: como elector, elegible y jurado. No obstante, si, dejando á un lado estas razones de autoridad, ahondamos en las entrañas del asunto, verémos que, aunque la institucion del jurado sea de una influencia eficacísima en el órden político, su objeto y su fin inmediato no pertenecen á la política, sino que caen de lleno en el campo de la administracion de justicia; de forma que el tercer elemento á que se refiere Tocqueville no es *esencial* en la resolucion del problema, sino un puro *accidente* que no dejará de ser tal porque en nuestros tiempos facilite tal vez el desenvolvimiento de la educacion pública. Además, observa con razon el Conde Russell en la obra que ya una vez hemos citado (1), que en la cuestion del Jurado la mira y el interes del bien general resaltan sobre el derecho personal aún más que tratándose del sufragio, y así que de cada dia se propende mayormente á sacar las personas que han de ejercer dicha magistratura de una parte de la sociedad civil que ofrezca garantías positivas de inteligencia y moralidad. Y si así no fuese, añadirémos nosotros, ¿quién duda que contra la constitucion viciosa del jurado obrarán con más fuerza todavía todas las razones que hemos apuntado en contra del sufragio universal?

Por eliminacion, pues, viene á quedar en pié únicamente como racional y admirable la interpretacion de que la capacidad política tiene un sentido más propio reduciéndose al problema electoral en su doble sentido: censo de los electores y censo de los elegibles.

Y una vez dijimos ya sobre el primero todo lo que estimamos oportuno, désenos que formulemos brevísimas consideraciones acerca del segundo.

Donde el hecho de tomar parte en las funciones electorales está condicionado, parece que son inútiles y hasta embarazosas las precauciones en punto á la elegibilidad. Por esto, sin duda, un malogrado publicista español, el Sr. Alcalá Galiano, recordaba á propósito de la misma, y después de ventilar ámpliamente la que suele precederla en el campo jurídico, la epigramática pregunta de la

(1) Ensayo sobre la historia del Gobierno y de la Constitucion británicas. Introduccion, pág. 36.

reina de Suecia cuando decia:—Si rejas, para qué votos?—¿Si votos, para qué rejas?

Con efecto: donde el sistema de eleccion corresponde á las necesidades reales del país y asegura la prepotencia de los elementos más capaces que encierra un estado en cada período histórico, no es justo ni consecuente abrigar recelos y temores de que, por falta de disposiciones preventivas sobre la materia, la eleccion recaiga en personas ineptas ó que estén notoriamente privadas de condiciones de respetabilidad é independencia.

Sobre este punto nos hallamos conformes, y nada tenemos que observar. Diferimos de otros, sin embargo, en apreciar la consecuencia que de tal precedente se deriva. Una cosa es que constituido un cuerpo electoral ilustrado y digno no sea justo temer ya el prevalecimiento de personas indignas, y otro que no deban imponerse á los elegibles condiciones prévias de ninguna clase. Algunas hay de que no puede prescindirse y son las que se desarrollan y eslabonan como cuestion de consecuencia, de unidad de sistema dado el fin del organismo constitucional y la necesidad de que entre las várias partes del Gobierno exista la debida regularidad y correspondencia. Nos explicarémos. Una vez el sistema representativo, por ejemplo, prefiere á una sola Cámara, la dualidad de las Asambleas deliberantes y encomienda al Senado el desempeño de una mision propia y especial de carácter conservador, á primera vista se comprende que la capacidad de sentarse en los escaños de la Cámara senatorial, no puede ser concedida á todos los ciudadanos, sino á los que por su posicion particular no sean óbice y embarazo al fin positivo de la institucion. Y aun con referencia al Congreso, si al fin y á la postre la capacidad de emitir un voto está regularizada y condicionada hasta cuando se admite el sufragio universal, sería un contrasentido que la elegibilidad no tuviera, cuando ménos, el límite y la valla de las condiciones y requisitos que se consideran como *minimum* necesario para ser elector. Esto en el puro terreno doctrinal; porque prácticamente debe contarse además con muchas otras limitaciones y exclusiones que se fijan con el nombre de «incompatibilidades». Estas últimas suelen ser, en su mayor parte, la justa reaccion contra los abusos y los escándalos que determinaron los grandes sacudimientos revolucionarios; en su consecuencia tales leyes tienen un carácter marcado de circunstancias, y mejor que á la índole normal del sistema re-

presentativo, responden á necesidades transitorias cuando las virtudes cívicas escasean y se han aflojado lastimosamente los lazos de la vida moral en las naciones.

## XI.

Como remate y coronamiento de estos mal hilvanados apuntes, darémos á conocer brevemente la idea que ha presidido á su redaccion.

A medida que se perfecciona el cultivo de las ciencias sociales, se pone más de relive todo el vacío, toda la candidez de aquellos repúblicos que, ganosos de impulsar el desenvolvimiento armónico é integral de la sociedad en los gérmenes y elementos que atesora, fiaban á la letra de una constitucion más ó ménos artística y cincelada el logro de sus propósitos y el éxito cumplido de sus esperanzas. Detrás *de lo que se ve* en el sistema político de cada país, existe la constitucion interna tan poderosa como el primer elemento; las convicciones, las virtudes, los sentimientos, las creencias, los hábitos, el carácter, la capacidad positiva.

Para el hombre previsor, por lo tanto, los problemas del órden político no deben resolverse como cuestion metafísica, sino en el teatro de la vida real; bajo cuyo supuesto un distinguido escritor ha dicho, y es la verdad, que en el desarrollo de las ciencias sociales la gran tarea del siglo estriba en armonizar las aspiraciones de la ciencia con el buen sentido, ó, por decirlo de otra manera, en aplicar las soluciones de la razon práctica á los problemas de la razon política (1).

Pero si las Constituciones han sido impotentes para curar de golpe las enfermedades morales y físicas de los estados y derramar sobre ellos todo linaje de beneficios, tampoco es cordura esperar que los males de la sociedad moderna deban extirparse mediante reformas de carácter principalmente político. El sistema representativo no acertó á destruirlas, es cierto; pero tampoco es la causa que las produce. Así la reaccion por tantos deseada y ambicionada hácia la monarquía tradicional, nos parece una nueva utopia que ha de ser tan estéril como las anteriores. *Ceci tuera cela*, decimos en este punto con el gran poeta frances; no se cura de una plu-

(1) *Filosofía del derecho*, por Dimitry de Glinka.

mada el cáncer que devora las entrañas del mundo, y lo que hizo fracasar hasta ahora los más dignos propósitos malogrará tambien las renacientes esperanzas. Y gracias si una impremeditada reaccion en las esferas políticas, si el deseo de conjurar en un dia los peligros de la increencia, del espíritu igualitario y la falta de subordinacion no agravan todavía la dificultad, desencadenando en mal hora pavorosos huracanes y haciendo estallar el rayo de la cólera popular sobre las mal guarecidas cabezas de los reformadores.

El período que alcanzamos, tan rico de peripecias y preñado de vicisitudes, no se ha fijado lo bastante en el sentido y alcance de una obra modernamente publicada, obra de gran concepcion y alteza de propósitos y que en cualquiera otra época habria ocupado por largo tiempo la atencion de los políticos. Nos referimos al libro de Tocqueville, *L'ancien régime et la revolution*. Sabido es que este autor, cansado de oir pregonar y repetir que la revolucion francesa habia creado la centralizacion y el espíritu de igualdad tan contrarios á la libertad verdadera, trató de poner en contacto lo pasado con lo presente para compararlos á plena luz é inquirir lo que hubiese de cierto en la proposicion expresada. El resultado fué la demostracion, la evidencia de que entre las edades pretéritas y las actuales no existe solucion de continuidad; de que los errores y los males presentes vienen de largo tiempo preparados y traidos, y por último, de que esta centralizacion tan aborrecida y anatematizada en nuestros dias es un resto, un triste resto del antiguo órden de cosas que los incautos quisieran todavía evocar y rehabilitar.

Examinando la historia del absolutismo en España, llevando la antorcha del análisis á los reinados más brillantes y ostentosos de las dinastías austriaca y borbónica y comparándolos con la época que nos ha cabido en suerte, muchas veces nos ha herido y subyugado la consideracion de que, siguiendo las huellas de Tocqueville, podria escribirse una obra crítica por todo extremo luminosa, justificando y desenvolviendo su misma tésis con relacion á España. Porque la verdad es que todas nuestras dolencias y obstáculos de hoy tienen un remoto, remotísimo abolengo en esta malaventurada nacion. El orgullo, el espíritu aventurero y levantisco, la falta de subordinacion, la inmoralidad, la desidia, la ligereza y precipitacion en los juicios, el desamor á los medios naturales

de prosperar y enriquecerse, la exageracion de los sentimientos y las doctrinas, los antagonismos y malquerencias entre las diversas clases y gerarquías; todo es anterior, muy anterior al planteamiento del sistema constitucional y al fragoroso estallido de la revolucion de 1789; todo arranca de períodos más lejanos que los recomendados por los *arcaistas* de ogaño como enseñanza, modelo y prototipo (1). Tan cierto es esto, que aun en los dias de mayor pujanza y cuando el sol no se ponia jamás en la redondez de los dominios españoles, los mismos extranjeros que contemplaron la gloria de España con ojos atónitos, nunca estuvieron en el caso de envidiar la dicha alcanzada por sus hijos. Francisco de la Torre hablaba de su época como gloriosa, aunque *no apetecida*; otros poetas, y sobre todo los dramáticos, dejan ver al desnudo las llagas de su tiempo, y los teólogos y los economistas ensordecen el aire con sus querellas, denunciando cási siempre males idénticos á los que hoy lamentamos.

Pues bien; si la causa del malestar estriba esencialmente en los vicios del sistema monárquico-representativo, no hay para qué zaparlo en sus raíces á pretesto de sacar triunfantes programas de mejoramiento y regeneracion que no han de verse cumplidos. El absolutismo que ántes no hizo nuestra prosperidad, es impotente para realizarla en los dias que alcanzamos.

Más cuerdo y patriótico, pues, que esperar la salvacion de la pátria de aventuras imprudentes y condenarla á sufrir todo linaje de ensayos y evoluciones, nos parece contribuir á depurar y mejorar la organizacion existente, señalar sus vicios, remover los embarazos que le salen al encuentro, y servir la causa del sistema constitucional establecido en España, sino del todo afianzado, como fruto de porfiados y cruentos sacrificios. Qué, aún así, no es leve ni de poca importancia la tarea para el que de buena fé desciende al estadio de las luchas políticas, y alienta el noble deseo de ser útil á su pátria y á sus contemporáneos.

---

(1) Véanse los excelentes estudios del Sr. Cánovas del Castillo sobre la casa de Austria.

JOSE LEOPOLDO FEU.

Barcelona, Mayo de 1870.

# UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

## CAPITULO XXX.

### EL CAFÉ.

Acabábamos de comer, cuando me dijo Silaydi:

—Vamos al café; no hagamos esperar á Soletty.

—Vamos,—le respondí.

Una vez en él, experimenté, como ya dije me sucedia siempre que entraba en cualquier establecimiento de Romalia, una sensacion sumamente grata. Y no podia ser otra cosa, puesto que al mayor espacio y grandiosidad del edificio, se unia una ostentacion de qué los terrícolas no podemos tener cabal idea: lo que sobre todo me impresionaba, era la novedad que veia en la arquitectura, en el trabajo de los muebles, y en el ornato de las habitaciones.

Habia mucha gente, pero, excepto algunas personas de edad madura, todos eran jóvenes. ¿Creeis que encontré allí aquellas risotadas, aquellas posturas grotescas, aquellas nubes de humo, ni aquellas expresiones groseras y á veces indecentes, que son tan frecuentes en los cafés de la Tierra? No, no habia nada de eso; y en medio de que unos hablaban, otros reian, otros jugaban y otros leian con más ó ménos atencion, no observé sino la mayor finura en las maneras, y el mayor miramiento en las palabras. ¡Qué leccion ésta para los cafés de nuestra Tierra!...

El Sr. Soletty, que estaba con dos amigos, vino al punto á encontrarnos, y nos condujo á su mesa, alrededor de la cual nos sentamos.

Después de los saludos de costumbre, y de haber tomado, no café, sino una infusion parecida á la de la semilla de esta planta, dijo el Sr. Silaydi:

—De qué hablábais?

—De una forastera,—dijo el Sr. Soletty,—que llegó ayer á Romalia, y que segun dice Ricary, es hechicera.

—A mí,—dijo un elegante jóven,—y á todos los que la hemos visto esta mañana, nos pareció encantadora.

—Y quién es?—preguntó Silaydi.

—Hé aquí lo que no puedo deciros, querido,—dijo el señor Ricary;—nádie la conoce.

—Y viste bien?—pregunté yo.

—La mujer más á la moda no tendria nada que criticarle,—respondió Ricary.—Sólo nos pareció....

—Qué?—preguntó Silaydi.

—Nada, nada; sería una aprension nuestra.

—Pero vamos, decid; aquí todos somos de confianza.

—Hombre, qué sé yo!—contestó Ricary;—nos pareció que tenía un aire algo descarado, un aire que no es el de una niña que se educa con el esmero y recogimiento de las nuestras; pero ya digo, no nos creais, pues muy bien pudimos equivocarnos: en todo caso vos mismo juzgareis, si, como es de inferir, vais al paseo.

—Y la acompañaba álguien?—dijo Silaydi.

—Es probable.

—Y dónde la vísteis?

—En una tienda donde estaba haciendo algunas compras.

—Iban á pié?

—Nó, en un carruaje. En fin, ella, por su traje y apostura, parece una persona principal; pero en cuanto á sus maneras.... Vamos, de eso vos mismo juzgareis cuando la veais.

Aquí estábamos de la conversacion, cuando entró en la sala un jovencito muy estirado, alegre, y tan satisfecho de sí mismo, que nos sorprendió. Su traje era flamante y tan extremadamente rico, que chocaba. Parecia más bien un señorito de provincia, que no uno de aquellos jóvenes que, educados en la corte y entre personas distinguidas, poseen naturalmente maneras aristocráticas. Era de regulares facciones, pero antipático, y hasta fastidioso, por la poca expresion de su semblante. Cuando entró, saludó á uno y

otro lado con la mayor afectacion: se le contestó con una inclinacion de cabeza; pero á pesar de sus maneras tan raras, por no decir extravagantes, observé que nádie se burló de él, á lo ménos de una manera notable.

—Quién es ese fenómeno?—preguntó el señor Soletty.

—Es—respondió Ricary—el señor Cattarrulo, hijo único de un grande de Catilia. Educado como tal, es decir, haciendo su genio, y sin estudiar absolutamente nada, es un ente insignificante, á lo ménos en Romalia, porque en Catilia es tenido entre los tontos por uno de sus elegantes. Ahora acaba de llegar de Sameyda, y desprecia todo lo de Romalia como en su pueblo despreciará todo lo de Tolayda (1). Es, señores, uno de esos mentecatos que, fiados en su posicion y en sus riquezas, se miran como hombres de importancia, llegando, á fuerza de pensar en ello, á creerse tales, y, á fuerza de las adulaciones de los nécios, á creerse sábios. Mirado, y admirad lo satisfecho que se halla de sí mismo y con cuánto aplomo habla.

En efecto, hablaba y gesticulaba descompasadamente con un jóven que le escuchaba con la mayor paciencia y sin reirse.

—Y cómo le conoceis?—preguntó el señor Soletty.

—Porque vino recomendado á papá, y éste me mandó que le enseñase la ciudad. Ya vereis cómo se acerca á mí tan pronto como me vea.

Y así fué, en efecto; pues apénas le percibió el jóven, cuando, despidiéndose de su compañero, se vino al instante hácia Ricary. Saludó á éste, nos saludó á nosotros con la cabeza, y dijo bastante alto, sin duda para que le oyésemos:

—¡Vos aquí, querido, y yo no lo sabia! ¡Cuánto es mi placer al veros, y cuánto mayor sería si este encuentro se hubiese verificado en los cafés espléndidos de Sameyda! ¡Oh, amigo, aquellos sí que son cafés! Bien que allí todo es grande y admirable. Habeis estado en Sameyda?

—Nó,—le respondió el señor Ricary.

—Nó!—dijo el jóven aparentando la mayor sorpresa;—¿no habeis estado en Sameyda? Pues, amigo, haceos cargo que no habeis visto nada. Desgraciado del que no sale de su casa, pues nunca será más que un pobre diablo. Yo, ántes de abandonar la

(1) La capital de Catilia.

mia, era un ignorante; pero ahora que he viajado, y, sobre todo, desde que estuve en Nostracia....

—Sois un sabio, eh?—dijo interrumpiéndole el señor Ricary.

—Hombre, tanto como sabio, no diré; pero es lo cierto que hallo en mí una diferencia extraordinaria; nada me sorprende; me parece que todo lo sé, y hablo de las ciencias como si las hubiese estudiado á fondo; en una palabra, rompo y rasgo sin aquella cortedad que tenía ántes, y que me hacía pasar por tonto. Quereis una prueba de ello?

—A verla?

—Ahora mismo, me dijo Nittrady, aquel jóven de quien ácabo de separarme, que hablaban los periódicos de un cometa, que, segun cálculos de los mejores astrónomos, debia chocar con Saturno. Pues bien; ántes de viajar, yo lo hubiera creido, y áun me hubiera aterrado esta noticia; pero ahora....

—No la creeis, verdad?—dijo, interrumpiéndole de nuevo el señor Ricary.

—Yo! No faltaba más. ¡Cómo si fuese posible saber lo que pasa en el cielo! Quién fué á verlo? Se puede subir más allá de nuestra atmósfera? He oido á un sabio de la Nostracia que ni aun hácia el medio de ella podriamos ya vivir. Con que ya veis, querido, que caminando ese cometa en direccion al Sol, como dice el periódico, y, por consiguiente, muy por encima de la atmósfera, mal podrémos saber si ha de tropezar con Saturno, ó nó.

—Nos tranquilizais, amigo,—dijo el señor Ricary,—pues aquí no dejábamos de tener algun cuidado.

—Vosotros? Os burlais, Ricary. Mirad, sucede con estas cosas lo que con las religiones. Las religiones.... Supongo que estos señores serán de confianza, eh?

—Oh, mucho.

—Despreocupados, nó?

—Tambien.

—Pues aquí para entre nosotros (y bajaba la voz con gran misterio), las religiones no son más que una engañifa de que se valen el gobierno y ciertas gentes para tener sujetos á los ignorantes.

—Me asombrais, querido,—dijo con socarronería el señor Ricary.

—Lo he oido mil veces á una infinidad de amigos que tengo

aquí y en otras partes; con que ya veis si el viajar es cosa útil.

—Prodigiosa, amigo, y basta oiros para no tener de ello la menor duda.

—Y el vestir?—continuó impertérrito el locuaz jóven;—el vestir....

—Nos vamos, señores? Es ya muy tarde,—dijo con impaciencia el señor Silaydi.

—Cuando gusteis,—respondió el señor Ricary.

—Quereis, dijo á éste Silaydi, venir con nosotros para enseñarnos esa niña?

—No tengo inconveniente.

Y volviéndose al amigo que le acompañaba, añadió:

—Nos acompañas, Tolutto?

—Bueno,—contestó éste;—pero no me parece que quepamos todos en el coche de Silaydi: si es así, irémos nosotros en el tuyo.

—Nó, nó, cabemos en el mio perfectamente,—dijo Silaydi.

—Con que vais al paseo, eh?—dijo al punto Cattarrulo;—haceis bien; hoy debe estar muy concurrido, y no pienso faltar á él. En viendo, señores, un elegante montado en un brioso caballo de Sameyda, ese soy yo; y para que me conozcais mejor, os advierto que llevaré detrás á mi ayuda de cámara montado en otro caballo, tambien de Sameyda, porque ahora, señores, trajes y trenes, todo lo gasto de Sameyda. Con que hasta luego.

Y sin esperar respuesta, se marchó; pero aún no habia andado ueinte pasos, cuando volvió y dijo:

—Las señas de los caballos son azul y verde en el cuerpo, y enteramente negras las cabezas, bien que ya tendré cuidado de saludaros para que no me confundais con otro. Adios.

Y se alejó tarareando una ária de una ópera entónces muy enboga.

—Qué torbellino!—dijo el señor Silaydi.

—Oh, amigo!—dije yo;—Dios os perdone el haberme privado de uno de los ratos más agradables de mi vida.

—Pero, querido,—dijo el señor Silaydi;—es posible que tengais paciencia para oir tan grandes desatinos? Qué merito encontrais en esa barahunda de despropósitos?

—Infinito, Silaydi; porque disparatar con tanta candidez y tanto aplomo se ve muy raras veces, y el amigo Cattarrulo estaba dispuesto, si no le hubiéseis interrumpido, á decir un mar de cosas graciosísimas. No teneis gusto, querido Silaydi.

—Ya,—me dijo éste;—¿y no contais por nada estar uno reventando de risa, y, á veces, de rabia sin poder manifestarlo? Porque aquí, Mendoza, se mira como una falta gravísima, como la prueba más completa de una mala educacion, el burlarse de otro.

—Y esa costumbre es muy laudable, Silaydi.

## CAPITULO XXXI.

### EL PASEO.

Entretenidos en esta conversacion, llegamos al paseo.

Qué longitud y anchura la de aquel sitio! qué árboles tan iguales y corpulentos! qué asientos, qué fuentes y qué estanques!

Las fuentes no tenian caños, y el agua que derramaban, ya en forma de cascadas, ya haciendo juegos sorprendentes, producian un murmullo dulce, muy en armonía con el ruido sordo y confuso que hacian las copas de aquellos inmensos árboles agitados por un blando céfiro.

Mil carruajes, á cual más lujosos, recorrian, llenos de bellezas, las calles destinadas para ellos, miéntras que por los lados caminaban á pié, y cogidas del brazo, parejas que hablaban y gozaban, á porfía, de la grata y tumultuosa variedad que ofrecia aquel recinto delicioso.

Apuestos y gallardos jóvenes, montados en fogosos corceles, galopaban por otra calle que se hallaba en medio de la destinada para los coches.

—Está la forastera?—preguntó el señor Silaydi.

—No,—respondió Ricary:—á lo ménos hasta ahora no la veo; pero calla, allí me parece que viene con la señora mayor, y un jóven que no conozco. Sí, ellas son; miradlas, Silaydi.

—En efecto, es hermosísima,—dijo Silaydi;—pero ¡diantre!—añadió sorprendido;—el que viene con ellas es Nottely.

—Nottely!—dije yo.

—Sí, Mendoza, miradle, ahora que vuelve la cara hácia este lado.

No cabia la menor duda; era Nottely sentado enfrente de una niña de interesante figura, vestida con magnificencia. Al lado de esta niña iba una persona mayor, vestida tambien con lujo. Tan

pronto como el carruaje que las conducia se colocó en fila, excitó la curiosidad de todos la singular belleza de la jóven.

Cuando nosotros, que marchábamos por la fila opuesta, llegamos enfrente de ellos, nos saludó Nottely, pero nó la niña que no hizo más que mirarnos con una insistencia que nos sorprendió.

—No os habeis equivocado, Ricary,— dijo el Sr. Silaydi;—esta jóven no posee aquel candor ni aquella modestia virginales, que tanto encantan en su edad. Qué decís, Mendoza?

—Pienso lo mismo, Silaydi, y esta jóven me parece....

—Algo sospechosa, verdad?—dijo interrumpiéndome el señor Ricary.

—A lo ménos no me satisface,—contesté.

—Ni la señora que la acompaña,—repuso Silaydi.—Reparadla, Mendoza; ese aire y esa postura son estudiados, no son naturalmente aristocráticos.

—Pero cómo las acompaña Nottely?

—La cosa es clara,—dijo Tolutto;—será su amigo.

—Sin embargo, observo una cosa,—dijo el Sr. Silaydi.

En este momento pasó, casi á escape, el Sr. Cattarrulo, deshaciéndose en cortesías y besamanos, á los que no pudimos contestar por lo mucho que nos llamaban la atencion las forasteras; pero él no se dió por ofendido, pues siguió de largo haciendo saludos á una y otra parte, y atropellándolo todo.

—Qué observaste, Silaydi?—dijo el Sr. Soletty.

—Que aunque la jóven habla con visible interes al embajador, éste no le contesta sino con frialdad; y aun me parece que dirige miradas extraviadas, á uno y otro lado, como si buscase á álguien. Reparadlo, señores, y vereis si me equivoco.

—No, en verdad, el embajador está triste, y parece, en efecto, inquieto,—dijo el Sr. Soletty.

—Y no sólo está triste é inquieto,—repuso Silaydi,—si no que cualquiera diria que va cumpliendo un deber penoso. No lo comprendo, á fe mia.

—Ni yo,—le contesté;—pero juraria que hay en esto algun misterio.

—Bien puede ser,—dijo el Sr. Silaydi.

En esto vimos pasar á caballo al Sr. Nomatty, acompañado de dos jóvenes catilianos. Cuando llegaron junto á nosotros, nos saludaron profundamente; pero cuando pasaron junto á las foraste-

ras, las miraron con tal fijeza, que me dió mucho en qué pensar. Tambien éstas los miraron á ellos.

—Qué hay aquí, —decia para conmigo, — que no comprendo? Pero haya lo que quiera, ¿qué va á suceder cuando Aneyda vea á Nottely en compañía de esa jóven?

Aún no habia acabado de hacer esta reflexion, cuando oí decir al Sr. Soletty:

—Ahí tienes á tu madre, Silaydi.

En efecto, en un carruaje tirado por seis caballos, venian la princesa, su hija, la señora Notissa y Nassala. El Sr. Notty iba con ellas.

—No te molestes, Silaydi,—le dijo la princesa al pasar,—pues ya ves que nos acompaña Notty.

—Bien, mamá,—respondió Silaydi,—pero querrás ir al teatro, no es verdad?

—Sí, pero tambien va Notty con nosotras.

—Corre de mi cuenta, Silaydi,—dijo el Sr. Notty:—Diviértete.

Dicho esto, desaparecieron.

Iba Aneyda pálida y con visible repugnancia por lo mucho que habia sufrido la víspera; pero cuando viese á Nottely con la forastera, qué pensaria? Esto me tenia inquieto.

Y tanto me preocupaba esta idea, que no pude ménos de seguirla con la vista. Iba dejando absortos á cuantos la miraban, pues, aunque algo desmejorada, eclipsó al punto todas las jóvenes del paseo, como eclipsa el sol los más bellos astros cuando aparece sobre el horizonte.

Al fin se pusieron uno en frente de otro los dos coches, es decir, el de la princesa y el de las forasteras.

Nottely entónces perdió el color y se quedó petrificado.

En cuanto á Aneyda, si bien no pude observar su fisonomía, porque estaba léjos, algo debió haberla sucedido, puesto que la señora Notissa se levantó precipitadamente, y se inclinó hácia ella.

El carruaje de la princesa paró, y ví que lo sacaban de la fila.

—No se qué ha sucedido en el coche de la princesa, Silaydi; acaban de sacarlo de la fila.

—Es verdad,—dijo asustado el jóven;—corramos, señores.

Y en dos minutos, estábamos junto al coche.

Aneyda acababa de volver en sí; pero con el semblante profundamente descompuesto.

—Qué ha sido eso?—dijo Silaydi, cada vez más asustado, é interrogando al Sr. Notty con la vista; pero ántes que éste contestase, dijo la niña con extraña volubilidad, y procurando sonreirse:

—Nada, nada, un ligero desvanecimiento que me acometió de pronto. Ya pasó, mamá, no te asustes, Silaydi; estoy buena, me siento perfectamente.

—No tanto, Aneyda, no tanto,—dijo el Sr. Silaydi,—pues estas muy descolorida.

Y volviéndose á los que nos acompañaban, añadió:

—Señores, dispensadnos, pues Mendoza y yo nos pasamos al carruaje de mamá. Ahí os queda el mio; disponed de él como gusteis.

Y despidiéndonos de ellos con la mano, nos pasamos al coche de la princesa, que en pocos minutos nos condujo al palacio de Nomara.

Como este acontecimiento fué tan rápido, nádie se apercibió de él más que los del coche, y aun de estos, nádie sospechó la verdadera causa más que la princesa, qué, Dios me lo perdone, me parece que no le disgustó, Nassala y yo. Nádie más? Ah, sí, el señor Silaydi, pero esto no lo supe hasta el dia siguiente.

Oh, muy irritado estaba en aquel momento contra Nottely: verdad es, que me parecia incomprensible su conducta, y que me resistia á creerle culpado.

Mas sosegados todos, dijo la princesa:

—Cómo te sientes, Aneyda?

—Yo, mamá, perfectamente; no lo ves?

—Te lo pregunto, —dijo la princesa, porque si aún te sientes mal, dejarémos el teatro, á pesar de que Notissa y yo pensábamos ir esta noche.

—Y qué importa eso, princesa?—dijo la señora Notissa;—dejarémos el teatro, y harémos compañía á Aneyda.

—Pues precisamente esta noche,—dijo la niña procurando sonreirse,—era cuando yo queria ir, porque me parece que el distraerme me haria provecho: no te parece lo mismo, Silaydi?

—Hija, respondió éste, tu gusto es el mio, y si te sientes bien y lo deseas, por mí vamos.

—Pues irémos, mamá, si quieres,—dijo Aneyda.

—Irémos,—contestó con bastante dulzura la princesa.

Y haciendo sonar un timbre de oro, entró un ayuda de cámara.

—De beber,—dijo la princesa.

Miéntras bebiamos, tres cosas me llamaron la atencion, que fueron: cierta afabilidad que dispensaba la princesa á su hija desde el lance del paseo; la distraccion de Silaydi, y una alegría desusada, bulliciosa, y cási febril, que aparentaba Aneyda. Y digo que aparentaba, porque Aneyda tenia la muerte en el corazon.

## CAPITULO XXXII.

### EL TEATRO.

Llegada la hora nos fuimos al teatro.

Era éste uno de los principales de Romalia y tambien de Saturno. Para construirlo y adornarlo se habian explotado las artes hasta un punto notabilísimo, áun en el mundo superior en que me encontraba. Allí las estátuas parecia que iban á abandonar sus pedestales; las figuras se veian destacarse de los frescos; las molduras, relieves, alegorías, etc., eran portentos de ejecucion, de inventiva, de travesura y de originalidad.

Ah, la arquitectura, la pintura y la escultura habian llegado, en sus estuerzos, hasta lo ideal, cási hasta lo imposible,

El teatro estaba alumbrado por una luz suave y plateada, como la de nuestra luna. ¡Qué efecto tan extraordinario producia aquella luz! ¡De qué mágia revestia los objetos, y con qué vivos destellos se reflejaba en los brillantes de que, con tanto placer, se adornaban las mujeres!

Pero á todo esto yo no veia arañas, ni quinqués, ni globos de cristal iluminados. De dónde, pues, provenia aquella luz? Se lo pregunté á Silaydi.

—Es la luz eléctrica,—me dijo,—que se elabora con un aparato colocado en lo alto de las bóvedas, y á cuyo través pasa por aberturas hechas de propósito. Además, á esa luz se le hace perder gran parte de la intensidad que le es propia por un procedimiento nuevo de uno de nuestros físicos.

—Diantre!—exclamé;—estais muy adelantados, querido.

Y seguí contemplado el teatro.

Todos los palcos estaban ocupados, á excepcion de uno frente al nuestro que aún permanecia vacío.

A pesar de la gran concurrencia no habia calor, porque numerosos ventiladores, colocados en sitios convenientes, renovaban contínuamente el aire. Respirábase, pues, un ambiente fresco; y, segun la costumbre de Romalia, embalsamado. El telon no era de lienzo: era un espejo grandísimo rodeado de pedrería; de manera que, sin volverse y mirando al frente, veiamos los espectadores.

Se representaba la *Corattila*, princesa de Battalia, que era una de las naciones más cultas de aquel continente, la cual, robada por un príncipe de una nacion limítrofe, dió lugar á una guerra sangrienta. El príncipe amaba con delirio á Corattila; pero ésta amaba á Coranto, uno de los jóvenes más liberalmente dotado por la naturaleza, pues era un tipo perfecto: era, además, intrépido guerrero y entendido capitan, de manera que, después de vários encuentros y batallas, consiguió matar al príncipe en un desafío que tuvo lugar en medio de los dos ejércitos. Entre el rapto y la muerte del príncipe hay escenas tiernísimas entre Corattila y Corantto, que consigue verla disfrazándose unas veces de criado, otras de jardinero, otras de traficante, etc.; y es imposible describir, no viéndolo, la perfeccion suma y la naturalidad con que desempeñaban aquellos actores sus papeles.

Ni una palabra oí miéntras el telon estuvo corrido. El más profundo silencio reinaba en el local todo el tiempo que permanecian los actores en la escena: se miraba como un desacato, no ya el hablar, sino el murmullo más ligero. Si á tí no te gusta la comedia, decian ellos y tenian razon, no vengas á oirla; y si vas, respeta el gusto de los demás, ó, si tienes que hablar, espera á que el telon se baje.

Iba á terminar el primer acto cuando se abrió la puerta del palco que teniamos en frente y entraron en él la forastera, la señora mayor y el señor Nottely.

Cuando el embajador vió á Aneyda se inmutó visiblemente; pero reponiéndose al punto, la saludó con una inclinacion de cabeza. Aneyda contestó al saludo; pero su rostro, blanco como el encaje que rodeaba su cuello, daba bien á entender la impresion que le habia hecho la presencia del jóven al lado de la forastera. La princesa no se movió.

El telon corrido impedia hablar; pero cuando se bajó, dijo la princesa á Notty con gesto desdeñoso:

—Conoceis esa forastera, Notty?

—No; la he visto en el paseo por primera vez, y la veo ahora en el teatro.

—Es hermosa,—repuso la princesa,—pero.....

Y calló.

—Qué, señora?—dijo sonriendo el Sr. Notty.

—A lo ménos la señora mayor, no me parece muy señora, verdad, Notissa?

—Ni la menor,—respondió ésta,—y si lo son, serán de ayer.

Tan aristocráticas eran estas señoras, que á la primera ojeada conocian á qué clase pertenecia una mujer. Ya no me cupo la menor duda que la madre y la hija, ó la tia y la sobrina, no eran personas de distincion. Pero entónces, quiénes eran? ¿por qué las acompañaba Nottely?

Ardia por hablar á éste, pero como no conocia á las señoras que estaban con él, no me pareció prudente ir á su palco.

En esto se abrió la puerta del nuestro, y entró el Sr. Rodulio.

Después de saludarnos con su naturalidad acostumbrada, dijo:

—No me estimes la visita, princesa, ni vos tampoco Notissa, porque no es por vosotras, ni por éstos señores por quienes vengo aquí.

—Gracias, amigo,—dijo sonriendo la princesa,—entónces por quién vienes?

—No lo adivinas?

—Lo presumo,—repuso la princesa,—pero dímelo tú por si acaso me equivoco.

—Diantre! diantre! —dijo el Sr. Rodulio como sino hubiese oido á la princesa,— y en efecto, es preciosa. Vaya un palmito de cara! y el cuerpo? divino.

—Hola, parece que os gusta, eh?—dijo la señora Notissa.

—Lo bueno á todo el mundo gusta, querida,—respondió el señor Rodulio,—y algo daria yo por ocupar ahora el lugar del embajador.

Sin poderme contener dije yo entónces:

—No conozco á esas señoras, ni sé por qué el embajador las acompaña; pero lo que sé es, por lo que he visto esta tarde, y por lo que veo ahora, que el embajador no se halla á gusto con ellas.

—No se halla á gusto con ellas! —dijo la señora Notissa, —buena es esa, pues por qué no las deja entónces?

—Señora,—le respondí,—hay ciertas cosas que no se penetran

fácilmente; pero pueden ser tales los motivos que obliguen al señor Nottely á acompañarlas, que tenga que hacerlo á pesar suyo.

—Y yo pienso lo mismo que Mendoza, — dijo con nobleza, y á riesgo de disgustar á su madre, el Sr. Silaydi.

—Y yo tambien,—dijo el Sr. Notty,—pues observo que á pesar del afan y maneras insinuantes de la forastera, Nottely no la mira siquiera.

—Y teneis razon por vida mia,—dijo el Sr. Rodulio,—porque Nottely parece una estátua junto á ella. Diantre, no comprendo esto. Quién será esa forastera?

—No la conocemos,—respondió la señora Notissa.

—Y vosotros, señores, la conoceis?

—Tampoco,—respondieron Silaydi y Notty.

—Voto al diantre, pues es preciso conocerla,—dijo el Sr. Rodulio,—y ahora mismo voy....

No acabó de pronunciar la frase, cuando se abrió la puerta del palco, y entró el Sr. Nomatty.

—Ah, justamente venís á tiempo, querido.

En lugar de atender al Sr. Rodulio, dijo el Sr. Nomatty haciendo profundas inclinaciones:

—Señoras..... señores.....

—Dejaos de cumplimientos,—dijo con su peculiar viveza el Señor Rodulio,—y decidnos al instante una cosa.

—Qué cosa?

—Si conoceis á esas forasteras.

—Si no las conozco personalmente, sé á lo ménos quiénes son.

—Acabáramos con mil y más; quiénes son, decid.

—La señora mayor es la hermana del Storny (1) de Nattricia, y tia de aquella señorita que habla con el Sr. Nottely. Esta es huérfana y no tiene más parientes que esa tia y un hermano de esta, que van á ver ahora á Sameyda (2) donde se halla hace dos años desempeñando una comision de su gobierno.

—Y la niña, qué tal, eh?—dijo el Sr. Rodulio,—es de mérito, verdad?

—Oh,—respondió el Sr. Nomatty,—me han dicho que es perfecta. Tiene mil habilidades y otros tantos adoradores, sin que has-

(1) Equivale á Gran Almirante.
(2) La capital de la Nostracia.

ta ahora se haya podido gloriar ninguno de haber obtenido preferencia. En cuanto á su físico, ya lo veis; y sus riquezas, segun me han asegurado son muy grandes. Buen partido, á fe mia, no es verdad, príncipe?

—Ya lo creo, — respondió el Sr. Rodulio, — ¿pero quién os ha dado esas noticias?

—Un empleado de nuestra embajada que estuvo mucho tiempo en Nattricia. Esa niña llamó ayer la atencion en Romalia, y nos devanábamos los sesos por saber quién era, cuando ese empleado, que se hallaba allí afortunadamente, nos sacó del apuro, dándonos los pormenores que acabo de referir.

—Y sabeis,—dijo el Sr. Rodulio,—cómo la conoce Nottely?

—Lo ignoro, —respondió Nomatty,—pero sé que solo él, hasta ahora, ha tenido esta fortuna.

— De la que no me parece muy ufano, — repuso el Sr. Rodulio,—porque nunca lo he visto más frio ni más displicente: ¿no es verdad, señores?

La forastera hablaba entónces animadamente con Nottely: éste la escuchaba distraido. La forastera, supongo que para llamarle la atencion, le alargó con una sonrisa encantadora una magnífica flor que tenia en la mano; pero Nottely no levantó la suya para tomarla. La forastera, por lo que pudimos inferir de sus ademanes, insistió con una mirada suplicante, y entónces Nottely cogió la flor.

Yo, que no apartaba los ojos de Aneyda, vi que temblaba á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerse.

El Sr. Nomatty, dijo entónces:

—Sin embargo, príncipe, reparad cómo Nottely ha tomado la flor.

—Y ha hecho bien, — dijo ántes que respondiese el príncipe la señora Notissa. — Pues qué! ¿no es digna una señorita de que se acepte su fineza? A qué partido mejor podria aspirar él? Si es tal como Nomatty nos ha dicho, se dará por muy servido de que admita sus obsequios. Pensais lo mismo, Sr. Nomatty?

—Yo lo creo, — respondió éste, — y en su lugar me daria por contento.

—Y yo no, con el permiso, se entiende, de la señora Nottissa y del caballero Nomatty,—repuso con sumo gozo mio el ilustre anciano,—porque Nottely vale mil forasteras, y si me apurais mu-

cho, mil princesas. ¿Dónde encontrais vos, señora, y vos, caballerito (mirando alternativamente á uno y otro), un jóven que posea el mérito y las relevantes prendas de Nottely? Si lo hay en toda la Roquelia, quiero que me le claven en la frente.

El Sr. Nomatty no se atrevió á responder; pero la señora Notissa dijo algo picada:

—Vos no sois voto, príncipe, porque todo el mundo sabe vuestra predileccion por ese jóven.

—Y me glorio de ello, Notissa, tanto más, cuanto que todo el mundo le hace la misma justicia que yo, excepto vos, por supuesto, y el caballero Nomatty, que sois en verdad muy singulares.

—Es que yo, señor,—contestó éste,—no niego su mérito al señor Nottely; pero poseyéndolo tambien la forastera, ¿tiene algo de particular que le guste y que le dedique sus obsequios?

—Y yo, caballero,— dijo con bastante sequedad el Sr. Silaydi, —no concedo á esa jóven, pese á vuestro amigo de la embajada de Catilia, las cualidades que le atribuis; porque excepto la hermosura, que es en efecto grande, su aire y sus maneras la recomiendan poco.

Nomatty se puso pálido.

—Bravo!—dijo riéndose el Sr. Rodulio, —Silaydi, me envanezco con verte de mi partido. Y vos, Notty, qué decis?

—Yo señor,—respondió éste,—pienso enteramente como Silaydi.

—Magnífico!— dijo, no ya riéndose sino dando grandes carcajadas el Sr. Rodulio.— Con que, señora Notissa, y vos, caballero Nomatty, por esta vez al ménos quedais vencidos. Y eso que no quiero preguntar á Nassala, ni al caballero Mendoza, porque la una por respeto á su mamá, y el otro por consideracion á la princesa, se verian muy embarazados para responder; que sino.... que sino....

Y renovó sus carcajadas.

Bien quisiera la princesa decir algo; pero como no podia ni debia tomar parte en aquella conversacion, tuvo que callar, aunque llena de disgusto y de despecho.

El telon se levantó, y cesaron las conversaciones.

El Sr. Rodulio se despidió y se fué á su palco.

Ningun incidente digno de contarse ocurrió en el resto de la noche; pero al salir, tuvo Aneyda que sufrir otro martirio, viendo á la forastera cogida del brazo de Nottely, á quien hablaba con ca-

lor, y á quien se acercaba tanto, que casi tocaba su cara á la del jóven. Nos acompañaron á casa la señora Notissa, Nassala y el Sr. Notty. Abrumada Aneyda por el dolor, ya no reia ni hablaba con la volubilidad febril de aquella tarde.

## CAPITULO XXXIII.

### REVELACION DE SILAYDI Á MENDOZA.

Ardia porque pasase la noche, pues pensaba al dia siguiente ir á ver á Nottely. En efecto, así que amaneció, me vestí y ya iba á salir, cuando con no poca sorpresa mia vi entrar en mi cuarto al Sr. Silaydi. Chocóme su aire grave y meditabundo, tanto más, cuanto que era naturalmente alegre.

—Adónde vais tan temprano, Mendoza?—me preguntó.

—A ver á Nottely, querido.

—Lo sospechaba.

—Ah, y por qué?

—Eso no importa; venid, tengo que hablaros.

—Y adónde?

—A la huerta.

—Vamos, pues, á la huerta.

Bajamos efectivamente, aunque muy afectado yo con la gravedad de Silaydi. En la huerta ya, me dijo:

—Ibais á ver á Nottely, no es verdad?

—Sí.

—Pues no vayais.

—Y por qué?

—Porque Nottely no acompaña á las forasteras, sino forzado.

—Forzado, por quién?

—Por la necesidad, Mendoza; no tengais en ello la menor duda.

—Pero cómo sabeis que iba á verle con este objeto?

—Porque sé lo mucho que amais al embajador, y no dudando que nos amais tambien á nosotros un poquito, y por consiguiente á mi hermana Aneyda, vuestro noble corazon no os permite ver padecer á esta pobre niña.

Me quedé estupefacto, y no pude proferir una palabra.

—Os admira que haya acertado tan bien? Pues vais á saber por qué.

Ayer,—continuó el Sr. Silaydi,—cuando llegamos á casa, nos fuimos, vos á vuestro cuarto y yo al de mamá. Juzgad de mi sorpresa, Mendoza, cuando al entrar ví á ésta muy irritada, y á Aneyda en cama, pálida y derramando lágrimas.

—Qué es eso, mamá? Qué ha sucedido que te veo tan irritada, y á Aneyda llorando?

—Déjame,—me contestó;—tu hermana ha de acabar conmigo.

—Pero por qué, mamá?

—Porque después del compromiso que la familia y ella misma ha contraido con Nostrendy, busca ahora mil pretextos para retardar su cumplimiento.

—Pero, mamá,—dijo Aneyda llorando,—yo nada ofrecí á Nostrendy; bien lo sabes.

—Mamá, Mendoza, entre mil excelentes cualidades, tiene la desgracia de ser muy irritable, y á veces hasta violenta: así es que no sufre contestacion de nádie, ni aun de papá, que, de más talento que ella, suele dejarla; por eso yo, temiendo que si Aneyda hablaba las cosas empeorasen, le dije:

—Calla, Aneyda, y deja hablar á mamá.

Y volviéndome á esta, añadí:

—Pero vamos; ¿tiene mi hermana algun motivo para rechazar á su primo? Yo creí que este era un asunto concluido.

—Y lo era,—dijo con viveza la princesa,—y aun ella misma consentia en casarse, si no hubiese llegado á Romalia ese funesto embajador.....

—Mamá, mamá!—gritó Aneyda sin poderse contener:—ah, por Dios, me estás matando.

—Silencio!—dijo mamá llena de ira.—¿Por ventura no sé yo que desde entónces has cambiado tú? ¿No veo á ese hombre devorarte con la vista á todas horas y en todas partes? ¿No le oigo suspirar? ¿No percibo su emocion cuando se te acerca? ¿No te veo á tí poco ménos conmovida que él cuando te habla? ¿No te he visto próxima á desmayarte cuando le hirió el Príncipe de Nomara? ¿Crees tú que esas cosas se escapan á una madre? Pero yo te protesto ante Dios que primero he de verte muerta, que casada con ese hombre.

—Mamá, Mendoza, tiene tambien la debilidad de tributar un

culto casi religioso á la nobleza de raza, y mira con horror un casamiento de una persona ilustre con otra que no lo sea: así es que prosiguió diciendo:

—Cómo! la hija de los Tolumas y de los Saldys habia de enlazarse con un hombre oscuro, con un hombre que no tiene más que su destino, con un representante, en fin, de una nacion republicana! Jamas, á lo ménos miéntras yo viva.

Y diciendo esto, se paseaba con violencia, casi ahogada por la cólera. Temblando por ella, dije al momento:

—Cálmate, yo te lo ruego. No ves que puedes caer mala? Aneyda nunca dará un paso que pueda disgustarte, y yo respondo que se ceñirá á la razon.

—Pues que lo haga,—dijo la princesa,—y tendrá en mí la madre más cariñosa.

Juzgad ahora, querido Mendoza, cuál me quedaria al saber un amor del cual no tenía la menor noticia; y si os acordais de la conversacion que tuve con Nostrendy la víspera de su marcha, debeis inferir cuánto este amor me contraría, toda vez que si Aneyda insiste en no casarse con su primo, mi enlace con la hermana de éste se hace cuando ménos muy dudoso.

—Y yo la amo, querido Mendoza,—continuó Silaydi conmovido,—yo amo á Silody, cuyas prendas, si la conociéseis, os la harian mirar con interes.

Dos lágrimas, que á su pesar rodaron por las mejillas de Silaydi, me hicieron conocer cuán grande era su pasion.

—Ya veis, Mendoza,—continuó el jóven,—cómo las cosas se van poniendo en el palacio de Nomara; pues aún no es esto lo peor.

—Cómo así? Explicaos, por Dios.

—No lo adivinais?

—No, á fe mia.

—Que yo no puedo reprobar el amor de mi hermana á Nottely.

—Qué decis?

—Sí, Mendoza,—continuó con gravedad, el Sr. Silaydi.—Primero Aneyda nada prometió á Nostrendy; permitió, sí, que la obsequiase y que hiciese todo lo posible por agradarla, dispuesta como lo estaba á aceptarle por esposo si su carácter congeniaba con el de ella; pero no sucedió así desgraciadamente. Nostrendy con sus celos, y contínuamente excitado por su carácter violento, vino á hacerse insoportable para Aneyda, y cuando ya le miraba con

frialdad, segun ella misma me dijo, se presentó en Romalia el embajador de la Nostracia. Vos lo sabeis, Mendoza; Nottely no es un hombre; es casi un Dios, y nada extraño que hubiese conocido su mérito: conocido éste, era preciso amarle, y este amor, Mendoza, debió hacerse inmenso cuando se vió correspondido. Sé que nada se han dicho todavía; pero ¿qué importa si sus corazones se entendieron?

Ahora bien; el mérito de Nottely, no sólo hace disculpable este amor á mis ojos, sino que lo santifica. Estoy seguro que papá no se opondrá á este matrimonio, porque sabe muy bien que hará la felicidad de su hija, y yo que le debo la vida, yo, á despecho de mamá, y cási seguro de que hago mi desgracia, yo, Mendoza, estoy dispuesto á apoyarle.

—¡Cómo, amigo! ¿Hablais de veras?

—Lo que oís, Mendoza.

—Oh que noble sois, querido Silaydi!—dije abrazándole.

—Si algun dia pudísteis dudar de mi aprecio, esa duda desaparecerá completamente, viendo cuán sin límites es la confianza que os hago hoy.

—Y la merezco, Silaydi,—contesté sin vacilar.

—Lo sé,—me dijo.—Ahora escuchadme, y compadeced á vuestro amigo.

—Pues qué hay?—le pregunté con inquietud.

—¿No habeis observado que un hombre se me acercó ayer en el teatro?

—Ah, sí, ahora me acuerdo; un hombre como en traje de camino.

—Es verdad; venia de Catilia, y me entregó esta carta: leedla.

Cogí la carta que Silaydi me entregó con mano trémula, y leí lo siguiente:

«Son de tal naturaleza las cosas que me pasan, querido Silaydi, que no puedo ménos de escribirte. Cuando yo esperaba el consentimiento de Nostrendy, que me habias ofrecido remitir por el correo, llegó aquel ayer por la mañana, tan pálido, abatido y triste, que apénas le conocia. ¿Qué ha sucedido ahí que causó en mi hermano tal mudanza! No lo entiendo, y me confundo. En todo el dia apénas habló conmigo, y le ví siempre pensativo; pero por la noche me dejó helada cuando me dijo que era imposible mi matrimonio contigo, puesto que, bajo juramento, me habia ofrecido á

Nomatty.—Cómo! querido Nostrendy,—le dije; has ofrecido mi mano, sin consultarme, á un hombre que, léjos de serme simpático, me inspiró siempre repugnancia?—No te canses, Silody,—repuso Nostrendy con voz sorda; esto no tiene remedio; sufre, pues, tu suerte como yo sufro la mia. Y al decir esto creí que se ahogaba: era tal su agitacion, que se marchó sin decir otra palabra. Juzga cómo quedaria. Sola ya, y sin que él lo sepa, te escribo esta carta que te mando por mi fiel Nollapo, para preguntarte, primero, qué ha sucedido en Romalia; y segundo, para rogarte que te compadezcas de tu Silody, que te amará miéntras viva, y que se dejará matar ántes que dar su mano al odioso Nomatty. Quema esta carta. —*Silody*.

Me quedé atónito.

—Qué decís, Mendoza?

—Que la carta me revela lo que vale esa interesante niña; que las cosas se ponen de tal modo sérias, que necesitais de una prudencia suma para manejarlas, y que la causa de lo que sucede en Catilia y en Romalia, es, no vacilo en asegurarlo, ese Nomatty que ha llegado á dominar á Nostrendy, y que lo conducirá, por último, á su ruina.

—Sí, sí, Mendoza,—dijo el Sr. Silaydi clavando los ojos en mí, y luego en la carta que le devolvia;—puede que tengais razon, y quiera Dios que no ande él en el asunto de la forastera.

—Sabeis que lo he sospechado? Cuando ayer ví que la encomiaba tanto...

—Dejemos eso, Mendoza, que ya lo averiguarémos. Ahora exijo de vos una cosa.

—Qué cosa?

—Que no digais una palabra á Nottely del modo como yo pienso acerca de su amor á Aneyda, miéntras yo no os autorice para ello. Me lo prometeis?

—Sí.

—A fé de caballero?

—A fé de caballero.

—Basta. Mañana marcho á Catilia.

—Qué decís?

—¿Quereis que yo abandone á esa pobre niña, cuando la veo sujeta á un poder tiránico capaz de llegar hasta la violencia? Nunca. Necesito ver á Nostrendy para preguntarle qué aciaga influencia

le obliga á casar á su hermana con un hombre indigno de ella, cuando la ama otro que es amado, y que tiene su misma sangre! Después, ya me entenderé con Nomatty.

—En hora buena, le contesté, y no me opondré á vuestra determinacion si me concedeis otra cosa.

—Cuál?

—Ir con vos.

—Sois muy noble, Mendoza, pues esa súplica me revela el afecto sincero que me profesais; pero no puede ser, amigo.

—Y por qué?

—Porque seria alarmar á papá, que nada sabe de este amor.

—Pues no pensábais decírselo?

—Sí, tan pronto como obtuviese el consentimiento de Nostrendy para que los dos enlaces se efectuasen juntos.

Iba á contestar á Silaydi, cuando apareció en la puerta un gentil-hombre de palacio.

—Qué hay?—dijo apénas le vió el Sr. Silaydi.

—S. M. os llama, señor—dijo el gentil-hombre.

—Decidle que corro á ponerme á sus órdenes.

Inclinó la cabeza el gentil-hombre y marchó.

Pocos momentos después, se dirigia á palacio Silaydi.

Yo corrí á casa del embajador.

No estaba en ella!

—Adónde ha ido?—pregunté á uno de sus criados.

—Me parece que á palacio, señor.

Volvíamos para casa, cuando tropecé con el Sr. Sattulo.

—De dónde venís?—le pregunté, después de haberle saludado.

—De casa del Sr. Nolatto.

—Tan temprano?...

—Sí, tuve que ver un enfermo en la misma calle, y subí á preguntarle á qué hora era la conferencia.

—Y á qué hora es?

—No hay conferencia, caballero.

—No hay conferencia! pues qué ha sucedido?

—Parece que los asuntos de Catilia se complican, y ha sido llamado á palacio el Sr. Nolatto, donde permanecerá hasta muy tarde.

—Quiere decir, que se aplazará la reunion para otro dia.

—Se supone; bien que si los asuntos políticos empeoran, pasará mucho tiempo ántes que nos reunamos.

—Será forzoso que nos conformemos. Vais al hospital?

—Nó, porque subo á ver aquí otro enfermo. Dispensadme.

—Adios, doctor.

Tan inquieto me hallaba con los acontecimientos de Silaydi, que no me pesó se hubiese suspendido la conferencia. Vacilaba entre ir á palacio ó volver á casa; pero reflexionando que estaria Nottely con el rey, y que se ocuparian de negocios graves, opté por el último partido.

Cuando llegué, se paseaban por el salon el príncipe y M. Leynoff. Era admirable la diferencia que habia entre la calma de aquellos hombres que se ocupaban de política, y mi extremada agitacion.

—De dónde venís, Mendoza?—me dijo el Sr. Nomara.

—De ver á Nottely.

—Y le vísteis?

—No estaba en casa.

—Parece que los asuntos de Catilia no van bien, y entónces no es extraño que no le halláseis.

—Debo creerlo así, porque tampoco hay conferencia.

—No hay conferencia!—dijo mirándome con fijeza el Sr. Nomara.

—Así, á lo ménos, me lo dijo el Sr. Sattulo.

—Lo veis, Leynoff?—dijo el Sr. Nomara.—Nolatto habrá sido llamado á palacio como lo fué Siloydi, y por eso no habrá reunion. Vamos, veo que el rey de Catilia no posee la proverbial prudencia de sus antepasados, y que va á sufrir grandes disgustos. Dios le perdone á él los que á nosotros va á causarnos.

—No comprendo—dijo M. Leynoff—cómo no se hace cargo de que tomando á Talussa, no sólo tendrá contra sí la Nostracia y la Roquelia, sino casi todo vuestro continente. Dueña la Catilia de la Ciliana, será una potencia monstruosa, y una amenaza contínua para las demás naciones.

—Yo lo creo—repuso el Sr. Nomara;— pero la ambicion, querido Leynoff, nos ciega, como ciega al rey de Catilia, que no ve más que las ventajas que de la posesion de Talussa han de seguírsele, y olvida los peligros que su temeridad va á suscitarle.

—¿Y sabeis ya,—pregunté al príncipe—cuáles son las últimas noticias?

—Exactamente nó, pero espero á Silaydi para que nos las diga. Allí viene.

En efecto, con la cabeza baja, y al parecer muy pensativo, se volvia el jóven á su casa.

—Qué hay, Silaydi?—le dijo el príncipe así que entró en la sala.

—Que el rey se mantiene firme, y se niega resueltamente á retirar las tropas de la Ciliana: sólo en fuerza de sus instancias, segun dice Nostrendy, ha accedido á la conferencia.

—Y qué dice el rey?

—El rey se prepara á la guerra.

—Y hace perfectamente. Qué te queria?

—No lo adivinas?

—Encargarte el mando de algun navío, nó?

—De una escuadra, papá.

—De una escuadra! Oh, hijo mio! ese es demasiado honor para tu edad, pues, aunque te has distinguido siempre en la marina, pasar del mando de un navío al de una escuadra, es mucho honor, te lo repito, y debes estar contento.

— Y lo estoy, papá, y procuraré hacerme digno de ese honór, yo te lo juro.

—Ya lo sé Silaydi, y en medio de lo que debes suponer he de sufrir por los peligros que vas á correr, como se trata de la pátria, de tu reputacion y de tu gloria, callo y me resigno.

—Oh! ya sé yo lo que tú eres—dijo el jóven—y cuánta es la grandeza de tu alma.

Y acercándose al anciano, estampó un beso en su frente venerable.

Los ojos del Sr. Nomara se humedecieron al punto.

Hubo un momento de silencio, pasado el cual dijo Silaydi.

—Te advierto, papá, que hay revista esta tarde. El rey me ha encargado que te lo dijese, para que asistas con la familia y con tus húespedes, pues desea que vean nuestra armada. Es probable que concurra todo lo más escogido de Romalia, y voy á decírselo á mamá y á Aneyda, para que se preparen.

Y haciéndome una seña, salimos juntos del salon.

—Veis—me dijo—cuánta es mi desgracia? Ya no puedo dejar á Romalia.

—Lo veo,—le contesté—y comprendo vuestro dolor; evitando por lo tanto recordaros que la honra es ante todo, pues lo sabeis perfectamente, voy á daros un consejo.

—Y cuál?

—Que escribais á Silody participándole que ibais á salir para Catilia; pero que una órden del rey, mandándoos que os encargueis de una escuadra, la cual debeis organizar inmediatamente, os lo impide. Añadidle que, si en virtud de la conferencia se alejan los temores de la guerra, que marchais al instante; y que si, por el contrario, se aumentan, que marchais lo mismo, pero con la armada. Vuestro amor dirá lo demás.

—Precisamente, Mendoza, era eso lo que pensaba hacer, y voy á efectuarlo al momento.

—Corriente, y dado ese paso, dejad á los acontecimientos que os indiquen la marcha que debeis seguir.

*(Se continuará.)*

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

# REVISTA POLÍTICA.

## INTERIOR.

El estado político del país no mejora, ántes por el contrario al ya casi crónico malestar que de tiempo atrás viene haciéndose sentir, hay que añadir ahora la nueva perturbacion ocasionada por el conato de alzamiento, pues no otro nombre merece la especie de homeopática guerra civil con que de cuando en cuando se han propuesto asustar á las gentes pacíficas los defensores del absolutismo.

Más que indigna, avergüenza el espectáculo que con este motivo presenta la Nacion española, pues no conocemos país alguno en Europa donde tengan lugar acontecimientos de índole análoga. A la larga série por demas desdichada de nuestros pronunciamientos hay que añadir este perpétuo ineficaz propósito de rebeldía, esta insuficiencia de rebelion probada por la fantasmagórica presencia y fuga de las partidas carlistas, cuya única mision sin duda se reduce á convencer á la Europa de que estamos aún muy distante de alcanzar la vida de los pueblos civilizados.

¡Envidiable tarea la del partido que tiene la pretension de representar por personal, tendencias y aspiraciones las virtudes hidalgas de nuestros mayores! Sin que sea digna de alabanza ninguna contienda promovida por agrupaciones políticas que por la fuerza de las armas intenten realizar sus aspiraciones, todavía cuando la lucha es grande, levantada, cuando por la importancia misma de los elementos que entran en combate se descubre una gran fuerza social en movimiento, si no ante las leyes reales, ante el juicio definitivo de la historia, ante la moral universal puede encontrar disculpa; mas cuando por la naturaleza misma de los contendientes queda de manifiesto que aquella lucha no responde á verdaderas necesidades públicas, el acto de la rebelion se presenta rodeado de las circunstancias que le dan un carácter más repugnante.

Por lo demas no puede dejar de suceder así; el carlismo es una causa muerta: un partido, aun siendo numeroso, no puede quebrantar por su aislado impulso las leyes providenciales que dirigen á la humanidad, haciendo retroceder por el imperio de su voluntad la marcha progresiva de la civilizacion.

Cuantos se oponen entre nosotros al desenvolvimiento natural de las ideas modernas, favorecen consciente ó inconscientemente estas vergonzosas y tristes perturbaciones, por otra parte ineficaces para detener en su triunfal camino el espíritu del siglo en que vivimos. Existe, perdónesenos la frase, una especie de patron ó modelo social, á que con leves diferencias tienen que sujetarse en la actualidad los pueblos europeos; de ahí que nosotros no hayamos combatido las reformas más trascendentales que en esa direccion ha presentado el Gobierno, por más que no aprobásemos tal vez algunos de sus detalles. Los partidos que no quieren conocer esto y que aún transigen con las antiguas preocupaciones, perderán, por conservar una fuerza efímera y pasajera, el gran apoyo que han tenido constantemente en el mundo los representantes de las ideas reformistas que en la misteriosa marcha de los acontecimientos humanos se han abierto paso á través de los siglos.

España sigue siendo, de la Revolucion acá, elocuente ejemplo de cuanto venimos diciendo. Ocho años ántes de que cayera la monarquía empezamos nosotros á defender en la prensa, con escasa fortuna por cierto, la necesidad en que se encontraban los partidos conservadores de seguir otra línea de conducta. En vano pusimos, por ejemplo, el carácter progresivo y la flexibilidad liberal, por decirlo así, del antiguo partido thory de la vieja Inglaterra; en vano sostuvimos la conveniencia y necesidad de aceptar, dentro de la Constitucion del Estado, el movimiento liberal del siglo; en vano defendimos de acuerdo con los tribunales, más previsores que los Gobiernos que á la sazon existian, la legalidad del partido democrático; en vano sostuvimos que en pleno siglo XIX la intolerancia religiosa era un anacronismo; nuestras palabras solian tener eco como arma de guerra en momentos dados, pero se olvidaban pronto sofocadas por la gritería de los aduladores del poder que nos llamaban *demagogos de salon, demócratas de corbata blanca,* mil veces más perjudiciales, en el sentir de los que nos atacaban, que los verdaderos revolucionarios.

Los acontecimientos han venido á poner de manifiesto quién tenía razon, y la prueba, por lo que vemos, no ha terminado todavía. El pensamiento de aplicar en la Nacion española las instituciones representativas en toda su pureza, de permitir el libre desenvolvimiento del espíritu y tendencia que dominan en las sociedades modernas, era de suyo tan grande, tan legítimo, tan poderoso, que no sólo encendió el fuego que hizo estallar la Revolucion de Setiembre, sino que después la sigue alimentando de tal modo, que á pesar de los desaciertos que han tenido lugar, de las faltas cometidas, de los errores perpetrados, de la division de los partidos que la llevaron á

cabo, sin constituirse el país, sin que la nueva idea encarne en un organismo social acabado, ante ella se quiebran, como débiles cañas, los planes, conspiraciones y guerras que quieren inútilmente fraguar sus adversarios.

No dice nada á ciertos ánimos la dificultad con que tropiezan para organizarse los elementos hostiles á las conquis as revolucionarias. Al lado del Príncipe Alfonso están la mayor parte de la aristocracia moderna, y todo el mundo oficial de ayer. Por desdicha aún no se hallan completamente cicatrizadas, en las fuerzas permanentes, las heridas de Santander, de Béjar y de Alcolea. Defienden á D. Cárlos los viejos pergaminos, la nobleza rural y las democracias del antiguo régimen, y sin embargo, si se descubre un punto negro en el horizonte es la República, es decir, lo más contrario á lo que representan aquellas aniquiladas causas, aquellas envejecidas banderas.

Somos los primeros en reconocer que hay mucho que enmendar en el actual órden de cosas, que estamos muy léjos del bien estar social que disfrutan los pueblos regidos por un verdadero régimen representativo, pero cuán grande no será el prestigio de las nuevas instituciones, cuando no llegan á organizar elementos de importancia hostiles á ellas sus, sin duda, numerosos enemigos.

Son en sentir nuestro además, poco defensores del reposo público, tibios amigos de la prosperidad nacional, los que asustados ante la gran transformacion que ha de sufrir la Nacion española para hermanar su civilizacion con la que domina hoy en el mundo, prestan armas con su actitud temerosa á los adversarios de las libertades modernas, sin comprender que son aún de ellos más odiados que los intransigentes radicales, pues la naturaleza ha puesto, por un interes recíproco, cierta secreta simpatía entre los extremos, entre los exagerados de todos los matices políticos.

No existen por desdicha en España inteligencias elevadas que defiendan y representen en el campo católico el progreso que pudiera poner en armonía la civilizacion presente con la tendencia histórica de nuestro pueblo. No hay entre nosotros un Darboy, arzobispo de Paris; un Dupanloup, obispo de Orleans; uu Maret, obispo de Sura; Falloux, Broglie, Cochin y tantos otros que modifican con su actitud, con una constante propaganda, la influencia perniciosa de los ultra-católicos. Liberales, *hombres de su tiempo y de su país*, al reñir formales batallas con los ultra-montanos, con los perpétuos representantes de las tinieblas de la Edad Media, hacen un gran servicio á la religion verdadera y á los intereses morales de Francia.

Espíritus intransigentes, almas apasionadas, organismos de naturaleza contraria á cuanto la verdadera religion enseña, maldicen en nombre de la Iglesia, con una palabrería digna de los sectarios del terror, la sociedad presente, los descubrimientos de la física y de la historia natural, la filosofía, la literatura, la civilizacion, y como consigna una elegante escritora contemporánea, hasta la limpieza moderna.

Es curiosa la opinion que tiene el célebre L. Veuillot del aseo propio de las personas medianamente educadas.

"Nosotros hemos llegado á ser, dice, dirigiéndose á los Franceses, un "pueblo demasiado limpio; hemos adquirido la costumbre de la limpieza: "pero sólo los pueblos que han descuidado este artículo tienen imperio so- "bre sí mismos y sobre el mundo."

Segun el escritor ultra-católico, y permitásenos la digresion, los Prusianos deben ser los hombres más súcios del orbe, y los carlistas españoles espejos de compostura, elegancia, limpieza y atildamiento.

"El imperio, añade, pertenece á los pueblos súcios (*mal propres*). Me "basta anunciar esta gran verdad política..... Observad que todos los aman- "tes de la limpieza son débiles, y debe ser así. Porque, dígase lo que se "quiera, el cuerpo humano está hecho de porquería (*salete*). Dios lo sacó "del fango; naturalmente no puede encontrar fuerza sino en sus principios "constitutivos. Pero.... este estúpido cuerpo reniega de su orígen, y se en- "trega á todas las limpiezas imaginables, lo que lo enerva y mata."

Esta literatura, filosofía ó lo que sea, es la que propalan en España las lumbreras del ultra-catolicismo; filosofía que toma cuerpo y carne entre nosotros en las huestes carlistas capitaneadas por eclesiásticos que se horrorizan de los principios de la civilizacion moderna, que por otra parte desconocen completamente.

Por eso nosotros, sin decidir si hubiera sido mejor que el matrimonio civil se estableciera como existe en Inglaterra, en algunos Estados de la Union Americana, en Suiza, Polonia, Portugal, Austria y Baviera, ó como se celebra en Francia, Holanda, Bélgica, Italia, las Repúblicas del Sur de América, etc., lamentamos la oposicion que elementos eminentemente cultos le hacen, porque sirven sin querer á la causa más perjudicial para el adelanto del país. Separar la religion de la política, es la tendencia de la sociedad moderna, no para que se hostilicen, sino para que vivan en perfecta armonía, sin que ninguno de ámbos elementos sirva de obstáculo al desarrollo de los intereses materiales y al triunfo de la moral pública. En ninguna parte ha de dar mayores resultados esta novedad que en España que tanto ha sufrido por vivir durante siglos bajo un régimen completamente contrario.

La conducta de los reverendos obispos de Barcelona, de Almería y algunos otros, que nunca alabarémos bastante, contrasta con la ira vengativa, pues no merece otro nombre, con que hablan de esta reforma otros prelados: ellos con su lenguaje, y las personas que se dejan arrastrar por sus apasionadas peroraciones, engruesan las filas del absolutismo y dan fuerzas á los republicanos, creando verdaderos obstáculos á la prosperidad nacional.

Con la aparicion de las partidas carlistas, y acaso para combatirlas, ha

coincidido la promulgacion del nuevo Código penal aprobado por la Asamblea en los últimos dias del segundo período de su existencia; y áun cuando no hemos tenido el tiempo necesario para hacer de reforma tan imporportante como compleja el estudio que merece y que no descuidará la REVISTA, la impresion que en nosotros ha producido la rápida comparacion entre este Código y el antiguo ha sido favorable al primero.

Combatidas por los buenos principios en materia de ciencia jurídica las penas perpétuas, los reformadores del Código de 1850 no se han atrevido, teniendo en cuenta consideraciones muy atendibles, á borrarlas por completo; pero han insinuado su propósito de llegar á este fin estableciendo que los sentenciados á esa clase de penas puedan ser indultados cuando la hayan sufrido durante treinta años, observando buena conducta y dando por consiguiente inequívocas muestras de arrepentimiento; y en cuanto á la pena de muerte, han procurado economizarla todo lo posible los autores de la reforma, dadas las condiciones de nuestro estado social.

Es tambien otro progreso en el mismo sentido humanitario el no imponer en ningun caso como única pena la de muerte ni la de cadena perpétua, con lo que el prudente arbitrio de los jueces, la concienzuda aplicacion de las circunstancias atenuantes y la mejora de las costumbres, que sigue una marcha paralela á la de la civilizacion, harán desaparecer de las leyes penales los lunares que en ellas han encontrado los filósofos y pensadores, un tanto inclinados á las abstracciones, pero que han señalado en todos los países y en todas las épocas un ideal á la humanidad.

Tambien se han tenido en cuenta al confeccionar el nuevo Código las censuras que habia merecido el de 1848, sobre todo después de la reforma de 1850, la severidad excesiva de las penas en todos aquellos delitos en que pudiera aparecer menoscabado el principio de autoridad, si bien hubiéramos preferido que la reforma fuese en este punto más extensa y en un sentido análogo á la que ha tenido lugar en los atentados contra el derecho de propiedad, en que se distinguen muy especialmente los hurtos en pequeña cantidad de sustancias alimenticias, y convirtiendo en faltas ciertos hechos ántes penados como delitos, para que no se repita el caso de tener que condenar como un verdadero criminal al infeliz que, hostigado por la propia miseria ó acosado por el hambre de sus hijos, se apropia indebidamente el alimento de que carece.

En cuanto á la definicion y clasificacion de los delitos, tambien nos parece un progreso el Código reformado. En el de 1850, por ejemplo, no se hacía, como en el actual, la distincion entre el homicidio y el asesinato, áun cuando á ello tendia lo que en la nomenclatura jurídica se llamaba homicidio calificado, lo cual no estaba conforme con la razon universal, y hasta en nuestro propio idioma, que tiene palabras distintas para distinguir entre el hombre que, arrebatado por una pasion ó cegado por la ira, mata á uno de sus

semejantes en un acto y de un solo golpe, y el que, acariciando en su alma móviles indignos, acecha á su víctima, la persigue sigilosamente, la asesta á traicion el golpe, y se complace en aumentar bárbaramente sus dolores.

Otra de las reformas penales consiste en haber incluido entre los delitos ciertos hechos que no podian ejecutarse cuando aún no se habian descubierto ó no se habian transportado á nuestra pátria inventos como el vapor, el telégrafo eléctrico, la fotografía y otros muchos adelantos científicos.

Por último, es tambien digno de llamar la atencion en el órden de consideraciones puramente jurídicas, que venimos exponiendo, el método seguido al redactar el libro tercero del nuevo Código, que como el del Código anterior está consagrado á definir y penar las faltas, pues adoptando para éstas el sistema seguido al definir y penar los delitos en el libro segundo, se ha evitado la confusion que resultaba en la legislacion de 1850, por estar incluidas en un mismo artículo infracciones de ley de índole muy distinta.

Pero si en el terreno puramente científico tiene importancia la reforma que nos ocupa, la tiene aún más desde el punto de vista político; pues no sólo se ha extendido á suprimir los delitos contra la religion, lo cual era una consecuencia necesaria de la libertad religiosa proclamada por la Revolucion de Setiembre, y á regular el ejercicio de los llamados derechos individuales en un sentido que no podemos rechazar á fuer de liberales amantes del órden, sino que además se han incluido en el nuevo Código todas las disposiciones sustantivas que podria y deberia contener una ley de responsabilidad ministerial. Si al mismo tiempo se hubiera dispuesto el procedimiento que deberia seguirse para hacer efectiva dicha responsabilidad, sólo tendriamos palabras de aplauso para una reforma tan reclamada por la opinion.

No crean, sin embargo, nuestros lectores, que hayamos de incurrir en la candidez de creer en la suprema y decisiva eficacia del título que lleva por epígrafe *Delitos contra la Constitucion del Estado*, y en el cual aparecen taxativamente penadas por el legislador las principales infracciones del Código fundamental á que ya nos tienen acostumbrados los Gobiernos de todos los partidos. Bueno es que se haya determinado en el terreno legal lo que ántes caia únicamente bajo la sancion de la moral pública; pero el Código penal no podria prever ni ha previsto ciertos hechos que sin revestir los alarmantes caractéres de verdaderos atentados contra la Constitucion, no son por eso ménos perniciosos á la buena y acertada direccion de los negocios públicos.

La moralidad política no estriba sólo en que los encargados del poder ejecutivo rindan un respetuoso culto á la independencia de los demás poderes del Estado, sino en la sinceridad, en la rectitud con que ese culto se rinda, y en desterrar los abusos que el nepotismo, el favoritismo, y aun el mismo espíritu estrecho de partido han inoculado en nuestras costumbres.

Respetando en la apariencia el precepto constitucional que permite á todos los Españoles, sin distincion, el acceso á los más altos puestos, puede perturbarse grandemente la administracion pública y el bienestar del país, haciendo improvisaciones injustificadas ó separando con extrañeza general de puestos que necesitan una especial competencia, á hombres que han prestado grandes servicios, no á tal ó cual partido, sino al Estado, y que encarnan, por decirlo así, la tradicion administrativa, los precedentes que son el todo de aquellos ramos del derecho que no pueden sujetarse á principios fijos é invariables. La repulsion que sentimos á ocupar una sola línea de La Revista con asuntos enojosos, nos aconseja poner aquí punto; pero no será sin consignar que en esta materia, como en tantas otras, aguardamos mucho más de la reforma de las costumbres que de las alteraciones ó modificaciones que establezcan las leyes.

Y aquí terminariamos el ligerísimo exámen que nos habiamos propuesto hacer del nuevo Código penal, si no tuviéramos el deber imprescindible de decir algo acerca de la nueva situacion legal que la reforma ha creado á la prensa periódica. Después de haber hecho cuanto se hallaba á nuestro alcance para evitar que ciertas anfibologias pudiesen convertirse en graves peligros para los escritores públicos; después de haber tenido la fortuna de que la Asamblea y el Gobierno acogieran nuestras palabras en ese sentido con una benevolencia que les agradecemos en el alma, no sabemos hasta qué punto debemos censurar la extension que se ha dado á ciertos preceptos penales respecto á la prensa y al conjunto de disposiciones que los reformadores del Código llaman *faltas de imprenta,* porque la verdad es, que con ese modesto nombre y con el procedimiento todavía más modesto que establecen nuestras leyes para la persecucion y castigo de las faltas, puede arruinarse en pocos dias á la empresa periodística más abundante en recursos, y concluir sin ruidos, sin llamar la atencion pública, con todo periódico, por mesurado que sea, que moleste al Gobierno dominante con su oposicion. Dejamos á la consideracion de nuestros lectores las multas que en el espacio de una semana podria imponer á un diario cualquiera un Juez municipal que pecase por *exceso de celo.*

No seriamos, sin embargo, tan completamente justos como nos proponemos ser, si no añadiésemos que el mal de que nos quejamos tiene su principal orígen en el empeño de rechazar sistemáticamente las legislaciones para la imprenta. Nosotros hemos profesado siempre y seguimos profesando el principio de que no hay delitos especiales de imprenta; pero hemos creido y creemos que la imprenta es un medio especial de delinquir, y que, por consiguiente, sino es admisible la especialidad en la definicion y clasificacion de los delitos, es de todo punto indispensable en los medios para evitarlos y corregirlos.

¿Pero el Código penal que ha publicado *La Gaceta,* es el Código penal

aprobado definitivamente por la Asamblea? Hé aquí una cuestion de gravedad suma que se ha suscitado en la prensa, y acerca de la cual no tenemos datos bastantes para emitir juicio seguro. Por la comparacion que hemos podido hacer entre el proyecto del Gobierno y la ley publicada en *La Gaceta*, las diferencias entre estas y aquel, si bien son numerosas, no son esenciales; pero falta el documento que con la discusion del proyecto podrian demostrar los grados de certeza que pueda tener lo que se dice sobre variaciones introducidas después de aprobada y sancionada aquella reforma por las Córtes. Este documento es el dictámen que debió presentar la Comision, y que no hemos visto en el *Diario de las Sesiones* ni en ninguna otra parte; pero como además el Gobierno ha tardado más de dos meses en promulgar una ley que declara urgentísima, esos rumores de que se ha hecho eco la prensa, reviste cierto carácter de verosimilitud que no tendria de seguro si no se hubiera prescindido de trámites que no son solemnidades *pro formula*.

Véase adónde conduce la intransigencia de los partidos, y cuán en lo justo estaban el Sr. Gonzalez Marron y los indivíduos de la fraccion conservadora, que por cierto ha sido en estas Córtes lo más celosa de las prerogativas parlamentarias, al pedir que estas leyes se discutiesen ámpliamente y por todos los trámites reglamentarios, siendo en este punto nuestro juicio tanto más imparcial, cuanto, que en algunas de ellas, como la del matrimonio civil por ejemplo, no hemos votado con nuestros amigos.

Sin las omisiones indicadas, hoy sería muy fácil demostrar si realmente se habian hecho esas alteraciones, ó era una suposicion infundada cuanto han dicho ciertos periódicos, y el Gobierno no tendria sobre sí, quizá injustamente, el peso de una acusacion de falsedad, ó cuando ménos de usurpacion de las atribuciones del poder legislativo.

No hubieran aparecido, en verdad, los proyectos de ley á que nos venimos refiriendo de este modo, lo que les perjudica, si, como acabamos de decir, la discusion hubiera sido ámplia, cosa tanto más lamentable por otra parte, cuanto que dichos proyectos entrañan trasformaciones de grande importancia, que por la índole de la sociedad en que han de regir encontrarán obstáculos, los cuales no pueden ménos de aumentarse por la irregularidad de los procedimientos que han acompañado su publicacion.

Pero el Gobierno, ó mejor dicho, los prohombres de su partido, desde el dia en que rompieron con los unionistas, han tenido gran empeño en llevar adelante las reformas de un modo tan ejecutivo, que no parecia sino que ambicionaban más mortificar con ellas á los elementos conservadores de la Asamblea, que reunir para su aprobacion la mayor suma de voluntades posibles, á fin de que saliesen de la Cámara rodeadas del esplendor que da á las leyes un exámen detenido, y la aprobacion de elementos políticos, que por su número y naturaleza, representan mayor número de clases sociales.

Si el Ministerio no abandona esta línea de conducta; si no demuestra iniciativa verdadera; si se deja arrastrar por los que tienen un interes directo en quitarle el carácter imparcial propio de un Gobierno que trata de dotar al país de nuevas instituciones ejecutando la voluntad de una Asamblea soberana y quieren reducirlo á los estrechos límites de un Gobierno de partido, ó mejor dicho, de fraccion, será de todo punto imposible, no ya constituir el país, pero ni siquiera resistir al empuje de los defensores del federalismo, alentados y dispuestos á entrar en lucha por los sucesos de Francia.

La actitud patriótica con que se ha presentado el Directorio del partido republicano español, no ha impedido que haya cierta alarma en Barcelona, Valencia y otros puntos en que la gente de accion cuenta con no escaso número de prosélitos.

Descúbrense en los documentos más importantes que recientemente han dado á luz los hombres de primera fila entre los que defienden la República, la esperanza de que pueda llegarse á aquella forma de gobierno por una votacion en la Asamblea, lo cual no se opone ciertamente á la letra de la circular del Sr. Ministro de la Gobernacion.

Este documento, escrito en el estilo galano propio del Sr. Rivero, ha merecido las alabanzas de republicanos y monárquicos; en nuestro sentir, se refleja en él la imparcialidad propia de un Gobierno que quiere ser ejecutor de la voluntad de una Cámara Constituyente; pero ¿por qué no aparece esta misma cualidad en todas las cuestiones que puede resolver la Asamblea? Los republicanos no han perdido, pues, la esperanza de un triunfo más ó ménos próximo; el dia que la pierdan por completo, si tal sucede, grandemente ha de variar la faz de las cosas.

Por esto nosotros, teniendo en mucho la opinion de los que creen que es urgente abrir la Cámara, entendemos que la mayoría de la comision permanente ha obrado con cordura y patriotismo esperando que los ánimos se serenen, que pase este torbellino de trascendentales acontecimientos que vienen todos los dias á sorprender la opinion pública para que la Asamblea reanude sus tareas, sin que se aumente la excitacion presente por los discursos de los arrebatados, y sí de una manera provechosa para los intereses públicos.

Desengáñese el Conde de Reus, y sobre todo convénzanse sus amigos de que la libertad no es enemiga del órden, y de que ántes, por el contrario, en él tiene su más firmísima base; persuádanse de que las grandes reformas no se aclimatan jamas sino contando con el concurso de todos los elementos sociales, y piensen al mismo tiempo los defensores de los intereses permanentes de este pueblo que ansía entrar en el concurso de las naciones europeas, que no se puede tomar parte en una Revolucion tan trascendental como la que ha tenido lugar entre nosotros, sin estar dis-

puestos á respetar escrupulosamente las nuevas leyes, sin aceptar el desenvolvimiento y las consecuencias de las instituciones de una manera favorable al espíritu de los tiempos en que vivimos.

Si uno y otro lado de la Asamblea tuviesen presente estas verdades realmente vulgares, podia terminarse aún de un modo fecundo el período constituyente.

J. L. Albareda.

---

# EXTERIOR.

Los desastres causados por la guerra á Francia son tales, tan grandes, tan rápidos, como jamas pudo soñarlos la ambicion prusiana. La historia no recuerda catástrofe parecida.

Todos son triunfos para el Rey Guillermo y el Conde de Bismark. El Hannóver, y los demas países que por el derecho de la conquista fueron agregados á Prusia en 1866, han permanecido unidos al conquistador, sin que se tenga noticia de que le hayan inspirado el menor temor acerca de su fidelidad. La Sajonia Real, los grandes Ducados, y los demas países, con que Prusia tuvo á bien formar la Confederacion del Norte de Alemania, han servido sus planes con la abnegacion más absoluta, ó con la sumision más ciega. Los Estados del Sud han cumplido con religiosa exactitud los tratados de alianza defensiva y ofensiva que les impuso en 1866, y en vez de aprovechar la propicia ocasion que se les presentaba para rasgar aquellas páginas de humillacion, han mostrado entusiasmo en el servicio de la nacion que entónces los humilló. En Austria misma no se ha opuesto inconveniente ni amenaza á las nuevas empresas de su rival, y se ha visto con calma el peligro, no sólo de que se consolide la obra de Sadowa, sino de que sean arrancadas todavía más provincias del viejo Imperio, en provecho de la nacion que en el siglo pasado le quitó la Silesia, y en el actual le ha privado de la preponderancia y de toda influencia sobre los pueblos germánicos. La unidad alemana está hecha; la sangre de los soldados de Baviera y de Wurtemberg, mezclada con la de los Prusianos y Sajones en los campos de batalla, la comunidad de las victorias y de los triunfos, la unidad de los sentimientos de gloria y regocijo que llenan hoy de entusiasmo á los habitantes de Berlin y de Dresde, de Munich y de Stuttgart, han adelantado en un mes la magna empresa de fundir en un pueblo todos los Alemanes, tanto como no hubiera podido, sin la guerra, avanzar en muchos años.

Pero Francia, aun delante de toda la Alemania reunida, no tenía por qué temblar. No le era inferior en nada; ni en poblacion, ni en espíritu militar,

ni en lo aguerrido de sus ejércitos, ni en el valor individual de sus soldados. Los que, peleando contra Rusia dentro de Rusia misma, la habian vencido; los que combatiendo contra el Austria en la Lombardía, que el Austria poseia y defendia resguardada en el famoso cuadrilátero, le habian arrancado aquella rica provincia, no debian creer superior á sus fuerzas el luchar en el Rhin, frontera de su pátria. Es verdad que sus enemigos eran los vencedores de Sadowa; pero en frente de los Prusianos que hicieron la campaña brevísima de Bohemia, iban á ponerse los que pasaron un invierno en las trincheras del sitio de Sebastopol, los que han vencido al Africano fanático en la Argelia, al Americano en Méjico, al Asiático en China. El fusil de aguja no podia ya causar una sorpresa, como en Sadowa; la táctica prusiana, con su uniformidad, su precision, su acompasada organizacion, se habia puesto á prueba más de una vez con la impetuosidad francesa, y la historia suministraba más motivos de esperanza que de recelo á los soldados de la Francia imperial.

Y para la hipótesis, que difícilmente admitian como posible los Franceses, de que su ejército fuese derrotado por el Prusiano, detrás del ejército quedaba un pueblo enérgico, en quien el patriotismo es indomable, que alguna vez ha probado que sabe sacar recursos de la desesperacion, y avasallar la victoria á fuerza de heroismo.

Además de su ejército, que creia el primero del mundo, y de su pueblo, que juzgaba el más unido, el más compacto, el más poderoso de la tierra, Francia contaba tambien con no encontrar más que amigos ó neutrales entre las naciones europeas. Austria estaba directamente interesada en su favor. Por primera vez en la historia moderna, la causa de Austria y de Francia era una misma. La diplomácia de Viena no podia permanecer pasiva en una lucha en que principalmente se trata de si Prusia ha de ser la nacion preponderante en el centro de Europa, de si el Norte de Alemania ha de sojuzgar definitivamente al Mediodia, de si el Protestantismo germánico ha de sobreponerse al Catolicismo, de si el Imperio aleman, con su corte en Berlin, ha de extender su territorio, hoy desde el Báltico hasta la Bohemia, mañana hasta el mismo Danubio.

Y la comunidad de intereses con el Austria, aseguraba á Francia la alianza de Italia, que no puede colocarse todavía en una situacion hostil á aquellos dos Imperios: le aseguraba además la amistad de Inglaterra para el caso de que Rusia quisiera intervenir, porque los Ingleses no pueden, en ninguna combinacion, colocarse al lado de los Rusos contra los Austriacos; y le prometia, en fin, introducir, por lo ménos, la vacilacion y la perplejidad en los Estados del Sud de Alemania, que por afinidades religiosas, políticas y sociales, tanto como por las necesidades de su geografía y de su política, tenian que preferir á la amistad de Prusia la de Austria, con quien pelearon unidas en 1866.

Todas las naciones se declararon neutrales. Inglaterra, Rusia, Austria, Italia, Suiza, Bélgica, Holanda, España, proclamaron solemnemente que, á lo ménos en el primer período de la guerra, no tomarian parte en ella. Dinamarca misma, á pesar de los recientes agravios recibidos de Prusia, vió comenzar las hostilidades sin prepararse á luchar. Francia, segura de su triunfo, veia hasta con placer la actitud espectante de las potencias. No teniendo nada que agradecer á los auxilios ajenos, podria usar de su victoria sin consideracion más que á sus propios intereses.

Pero ántes de que se disparase el primer tiro, el Emperador y los Mariscales empiezan á cejar. Los ejércitos franceses, salidos de Paris para invadir la Alemania, se detienen en las fronteras. Francia y Europa extrañan la detencion, y la atribuyen en los primeros momentos á las medidas de defensa adoptadas por los Alemanes, que se guarecen al abrigo de los rios y de las fortalezas, y cortan puentes y ferro-carriles para impedir el paso á sus enemigos. Esta misma manera de comenzar la guerra los jefes de los ejércitos germánicos, parece una nueva prueba de la reconocida superioridad del frances.

Pero, de repente, dos victorias conseguidas por el Rey Guillermo en un mismo dia, y, más que todo, el comentario angustioso con que las anuncia á Francia y al mundo el Emperador Napoleon, hacen cambiar el estado de las cosas, en medio de la sorpresa universal. Los Franceses pierden la línea del Rhin, y la de los Vosgos en el Este, y las posiciones que habian tomado en su frontera del Norte. El Mariscal Mac-Mahon, en quien confiaba Francia más que en ningun otro de sus hijos, pierde no sólo una batalla, sino cási todo su ejército.

Sin embargo, pasada la primera impresion, se observa con buenas razones que no hay motivo alguno para desalentarse. Sólo dos cuerpos de ejército franceses han combatido; ámbos con una grandísima inferioridad numérica; en uno y en otro, generales y soldados se han portado con heroismo, que los mismos enemigos se apresuran á admirar. Se adquiere la confianza de que siempre que peleen tantos á tantos, los Franceses tendrán de su parte la victoria. Para asegurarla, las Cámaras, apresuradamente reunidas en Paris por la Emperatriz Regente, votan con entusiasmo grandes y extraordinarios armamentos.

Pero la marea de la invasion alemana sube sin cesar. El ejército frances, viéndose ante fuerzas tan superiores, se agrupa alrededor de las fortalezas, y toma posiciones defensivas. El Mariscal Bazaine, á quien el Emperador nombra general en jefe, cediendo al empuje de la opinion pública, unánimemente pronunciada contra la organizacion anterior, y contra el Emperador mismo, acusado de imprevision, se propone hacer de Metz un dique contra el torrente germánico, ínterin se organizan en Francia los ejércitos necesarios para volverlo enérgicamente á su cauce. Pero las olas torrenciales

aumentan su caudal y lo envuelven todo. Metz, la fortaleza vírgen, jamas profanada por el extranjero, en vez de servir de base de operaciones para el ejército frances, se convierte en su prision. Un círculo de trescientas mil, ó de cuatrocientas mil bayonetas lo aprisiona allí. Cinco dias seguidos de combates, desde el 14 hasta el 18 de Agosto, presencian los heróicos, pero inútiles esfuerzos hechos por las armas francesas para romper aquella inmensa cadena de hierro y de fuego. Bazaine y sus soldados están, sin embargo, haciendo un servicio muy grande á su pátria: tienen entretenido al enemigo, ínterin por todas partes se organizan nuevos ejércitos franceses, y Paris completa su armamento. Mac-Mahon tiene ya más de cien mil hombres en Chalons: la capital del Imperio coloca en sus baluartes tres mil cañones, servidos por quince mil artilleros, y ve elevarse á doscientos mil hombres el número de sus defensores.

Entre tanto, la indignacion del pueblo frances se manifiesta terrible contra el maquiavelismo de Bismark, que á fuerza de oro ha llenado de espías los ejércitos y las ciudades de Francia. En cada extranjero se cree ver un enemigo alevoso; en cada hombre que habla aleman, un oficial de Estado Mayor prusiano. Si un cervecero tiene bodegas para guardar sus botellas, se sospecha que haya construido minas para volar fortificaciones que distan kilómetro y medio: á veces basta que un hombre se pare en una calle para que se sospeche que está tomando noticias topográficas por encargo de Bismark: señoritas españolas que viajan por ferro-carril en direccion de los Pirineos, y toman notas, en una carterita, de algo de lo que ven en el territorio que atraviesan, son advertidas del peligro que corren, porque ha habido quien ha observado ese hecho inocentísimo, y lo mira con el recelo de un sentimiento patriótico extraviado. En un departamento se llega al espantoso extremo de quemar vivo á un frances porque se entienden equivocadamente algunas palabras de un violento discurso que está pronunciando contra la Prusia, y el error hace tomarle por un partidario de Bismark.

Acaso la salvacion de la pátria exigia que se abandonase á sus propios esfuerzos al ejército de Bazaine: tal vez el Emperador, que por comprender la probabilidad de que aquel ejército quedase incomunicado con Paris, lo habia abandonado el 14 por la mañana para acudir á organizar la resistencia en Verdun y en Chalons, lo comprendia así. De Mac-Mahon, que en Woertz habia probado que sabía pedir á los jefes de los regimientos que se sacrificasen con éstos para servir á la pátria, publicaron los periódicos unas frases, segun las cuales el bravo Mariscal creia que, al intentar socorrer á Bazaine, jugaba la suerte de la Francia contra la probabilidad remota de llegar á reunir sus fuerzas con las sitiadas en Metz; pero se decidia á acometer la temeraria empresa, ya por no dejar de hacer lo posible en auxilio de las tropas francesas que luchaban contra cuádruple número de enemigos, ya tambien porque no se atribuyera jamas á sentimientos personales de rivali-

dad ó de ambicion el abandono del compañero, que habia sido nombrado General en jefe. Si, en efecto, lo pensó y lo dijo así Mac-Mahon, sería preciso respetar la primera de esas razones, porque, en efecto, era demasiado duro abandonar en su comprometida situacion al principal ejército frances, miéntras hubiese alguna esperanza de socorrerle; pero la segunda no estaria á la altura de la grandeza de alma con que deben despreciarse todas las consideraciones personales, por noble y delicado que sea su espíritu, cuando se tiene la responsabilidad de los destinos de un ejército y de una nacion.

Decidida la empresa de unirse con Bazaine, Mac-Mahon comprendió la imposibilidad de llevarla á cabo marchando directamente de Chalons por Verdun á Metz. Una masa compacta de cuatrocientos mil Prusianos estaba colocada entre su ejército, que llegaba ya á ciento cuarenta mil soldados, y el de Bazaine, que estaba reducido á menor número después de los reñidos combates sostenidos. Sobre cualquiera de los dos que se moviera, caia inmediatamente el grueso de las fuerzas enemigas, superior á ámbos juntos, y fuertemente atrincheradas delante de Metz. Ideó, pues, Mac-Mahon el plan de correrse con sus tropas hasta la línea del ferro-carril de Mezières á Thionville, en donde las fortalezas de estas dos poblaciones y otras várias intermedias, poseidas todas por los Franceses, parecia facilitar el movimiento de aproximacion, así como la cercanía de la frontera belga alejaba el peligro de que los Alemanes le envolvieran con la superioridad del número. Los inteligentes en estratégia formarán sus juicios acerca de este plan. Por lo que se vió, creian muy útil tenerlo, en lo posible, secreto los Generales franceses, puesto que ocultaron con tenacidad invencible toda noticia acerca de la situacion y movimiento del ejército, á pesar de la natural impaciencia del pueblo de Paris y de los Diputados del Cuerpo Legislativo por enterarse de lo que sucedia.

Entre tanto, el ejército aleman llamado del Sud, ó tercero, y mandado por el Príncipe Real de Prusia, se adelantó hácia Chalons, amagando marchar contra Paris. Aunque parecia un paso demasiado imprudente intentar la toma de la capital de Francia, provista para la resistencia con grandes recursos de material y personal, dejando detras dos ejércitos franceses, si bien uno estuviese sitiado, ó poco ménos, y no habiendo logrado apoderarse de ninguna plaza fuerte, se explicaba la atrevida expedicion del Príncipe Real por la necesidad de obligar á Francia á hacer la paz y recibir la ley del vencedor, ántes de que se repusiese de su sorpresa. Se notaban síntomas de que Prusia no podia prolongar el esfuerzo que habia hecho arrojando todas sus fuerzas activas contra Francia desprevenida. Se suponia que sus reservas de hombres estaban agotadas; se sabía que sus ejércitos habian sufrido bajas enormes; le fué imposible ocultar el embarazo que le causaba la muchedumbre de heridos, y tuvo que pedir permíso á Bélgica y Holanda para enviarlos, á pesar de la neutralidad, á traves de sus territorios; permiso

que aquellos dos Estados negaron, por no haber consentido su concesion el General en jefe frances, con cuyo asentimiento creyeron necesario contar; el empréstito de 100 millones de thalers, que para las urgencias de la guerra habia querido contratar el Gobierno prusiano, encontraba dificultades, al mismo tiempo que el entusiasmo de la nacion francesa cubria en un solo dia la suma de 1.000 millones de francos, superior á la que se habia pedido por el Gobierno frances, y daba á éste la seguridad de suministrarle otro tanto en cuanto lo necesitase: iba, en fin, siendo en todas partes opinion unánime que cada dia que trascurria sin suceso de importancia en las operaciones de la guerra, era una ventaja para los Franceses, que apresuraban sus armamentos, y una desgracia para los Prusianos, cuya posicion empeoraba en vez de mejorar.

Como quiera que sea, Mac-Mahon hallaba, al parecer, un buen pretexto para abandonar á Chalons al acercarse el Príncipe Real de Prusia, sin manifestar su propósito de buscar la union con Bazaíne por la línea de Mezières á Thionville. Retirándose á Reims, aparentaba evitar el combate con el objeto de quedar á retaguardia de los Prusianos, si éstos se atrevian á seguir contra Paris, y de defender así la capital del Imperio de un modo más eficaz que si aceptaba una batalla, que podia perder. Pero los Prusianos, que probablemente no habian pensado en ir jamas hasta Paris sin derrotar ántes á Mac-Mahon, y que acaso estaban perfectamente enterados, por sus espías, del plan de éste, ó lo habian previsto, se arrojaron sobre las tropas del Mariscal frances, en cuanto, apartándose de Reims y atravesando el Mosa, se dirigieron hácia el Mosela. El 30 y el 31 de Agosto y el 1.º de Setiembre, nuevas batallas, tan sangrientas como todas las de esta guerra, dan á los Prusianos, después de várias alternativas, una victoria decisiva. Comienza la lucha en Mousson y en Beaumont, pueblos respectivamente situados á la derecha y á la izquierda del Mosa, y concluye en Sedan, en donde el resto del ejército de Mac-Mahon tiene que capitular. De los 140.000 hombres que lo componian, más de 7.000 caen prisioneros en el primer encuentro; se hace subir á la cifra horrible de 32.000 los muertos y heridos; más de 60.000 son comprendidos en la capitulacion; el resto se refugia en Bélgica, en donde es desarmado. Mac-Mahon es herido; el General de Failly, á cuyo descuido se atribuye el que los Franceses hayan sido sorprendidos tambien esta vez, busca la muerte, y la encuentra en la boca de un cañon enemigo, ó de mano de las manos, excesivamente obedientes, de sus mismos soldados. Y para que el triunfo del Rey Guillermo sea mayor, el Emperador Napoleon III está entre los Franceses, encerrado en Sedan, y le rinde su espada constituyéndose su prisionero.

De esta manera, Francia ve perdidas en un mes sus provincias de Alsacia y de Lorena; derrotado parte de su primer ejército, titulado del Rhin, el dia 6 en las dos batallas simultáneas de Woerth y de Sarrebruck; sitiado

el resto en Metz; destruido en Sedan su segundo ejército; cien mil soldados de sus mejores tropas, prisioneros en Alemania; otros cien mil, entre los cuales está la Guardia imperial, y los veteranos de Argelia, próximos á capitular en Metz; muertos ó gravemente heridos sus mejores generales; y su mismo Emperador en poder del enemigo.

Napoleon III, desde algunas semanas ántes, estaba completamente oscurecido; no dirigia el Gobierno en Paris, y para dar una satisfaccion al espíritu público, se habia tenido que anunciar por los Ministros en el Cuerpo Legislativo que no ejercia mando alguno en el ejército. Sin embargo, era el jefe del Estado; habia sido el árbitro de la política en Europa; bajo su direccion se habia emprendido la guerra: teniéndolo por Monarca, Francia habia comenzado las hostilidades: su Gobierno estaba reconocido por todas las potencias del mundo civilizado: tenía ante el extranjero la representacion de Francia: su desprestigio entre los Franceses desde los combates del 6 de Agosto no puede impedir que su captura sea un desastre muy grande para Francia, y un trofeo de guerra muy glorioso para Prusia.

El infortunio de la nacion francesa, aunque sea tal que la historia no recuerda caida de otro pueblo tan rápida y tan profunda como la que ha sufrido en el espacio de un mes, ni es tan humillante ni tan definitivo como muchos gritan. Hay injusticia notoria en atribuirlo á decaimiento de su grandeza moral, á degradacion de su carácter. Los soldados franceses en todas partes han luchado con entereza heróica: los ciudadanos han manifestado un entusiasmo enérgico, dispuesto á luchar á todo trance con la desgracia: los Prusianos, en campo abierto, no han logrado vencer á sus enemigos sino con la superioridad del número, y, en los sitios puestos á las plazas fuertes, han encontrado una resistencia enérgica. Strasburgo no se ha intimidado con el bombardeo; Phalsburgo, Verdun, Thionville, Montmedy, Laon, Toul y Metz los han detenido delante de sus puertas; y Paris se ha preparado á resistirlos con firmeza.

La inferioridad numérica no ha consistido en otra cosa que en haberse resistido Francia á militarizar toda su poblacion como lo habia hecho Prusia; en haber creido que no debia someter su genio y su civilizacion al espíritu de Federico II. Puede creerse que eso ha sido un error; tambien es permitido juzgar que constituye una honra para Francia, aunque le haya producido un desastre tan grande; pero no puede afirmarse, con visos de justicia, que semejante conducta pruebe una decadencia moral. Francia se levantará de su caida, lo que no podria hacer si la debiese á la degeneracion de su carácter. No hay razon alguna para que sus ejércitos no sean tan numerosos como los alemanes; y cuando lleguen á serlo, no hay motivo para poder asegurar que deberán quedar vencidos.

Lo que acaso Francia, por liberal y expansiva, no logre organizar jamas, es ese espionaje prusiano con que la policía de Bismark, más que la es-

trategia de Molke, ha facilitado la aglomeracion de las grandes masas de combatientes prusianos en los momentos y los sitios oportunos; pero tampoco esto será consecuencia ni síntoma de degradacion moral.

Una prueba dificilísima está pasando en estos momentos el pueblo frances, de resultas de la prision de Napoleon y de la proclamacion de la República, con que se ha apresurado á reemplazar el régimen imperial. El tránsito de unas instituciones á otras no puede efectuarse sin una grave conmocion social; y esa conmocion, enfrente de un enemigo que avanza victorioso, puede ser un grave peligro. Sobre todo, para dejar un sistema de fuerte organizacion del poder por la libertad republicana, no son los más oportunos los momentos en que es necesaria, más que nunca, la unidad de accion contra el enemigo extranjero. El recuerdo de 1792 engaña á muchos: en aquella fecha, por una combinacion singularísima de circunstancias, la Convencion representaba la única forma posible de la centralizacion del poder, centralizacion que exageró hasta el crímen, sin retroceder ante ningun horror.

Para hacer la guerra popular, para armar por donde quiera cuerpos francos y guerrilleros, no hay necesidad de que el Gobierno del país esté compuesto de tribunos, cuyo nombramiento haya sido aclamado en un tumulto, en vez de hallarse formado por generales y estadistas que tengan recibido su poder de las instituciones legítimas de la nacion.

Para nada bueno tenemos fe en el desórden y la violencia; y ménos que para ninguna otra cosa, para resistir á medio millon de soldados disciplinados, bien dirigidos y victoriosos.

No discutamos sobre si era posible la continuacion del Imperio después de la prision de Napoleon III. En este punto la opinion ha parecido unánime entre los hombres políticos de Paris. Era notorio que, al dejar el mando en el ejército, no habia regresado á la capital por temor á una demostracion popular hostil. Estaba ya moralmente destituido del poder, y sólo se lo hubiera devuelto la victoria. Para él no ha habido defensores en estos dias solemnes, ni entre los mayores amigos de sus dias de buena fortuna: los más han enmudecido, muchos, sin duda, porque el patriotismo les ha exigido el silencio en la crísis actual de su pátria, y otros por sentimientos ménos nobles; algunos se han apresurado á hablar para condenar su memoria. Miserias de la humanidad, que todos los siglos han conocido.

Y, sin embargo, acaso nádie se ha equivocado ménos que el Emperador. Él no se atrevió en muchos años á emprender la guerra contra Prusia: sólo cuando un Ministerio parlamentario, ménos sujeto á su direccion personal que los anteriores, ha manejado los negocios públicos, se ha decretado esa lucha desastrosa; los mismos que le censuran ahora porque Francia no estaba suficientemente armada, han estado reclamando muchos años contra lo que llamaban sus excesivos armamentos; la institucion de la Guardia móvil,

ideada para contrarestar la *landwerh* y la *landsturm*, los tuvo por acérrimos opositores. La voz de Napoleon III fué la única que sonó con melancólica gravedad en medio de la algazara con que empezaron las hostilidades; su grito de alarma desde Metz, después de las derrotas del dia 6, fué el único que correspondió á la grandeza del peligro, que nádie medía aún en su verdadera extension; en la resignacion con que oscureció su persona después del fracaso y del terrible desengaño sufridos, hubo quizas gran abnegacion y mucho patriotismo. Pero, Monarca en virtud de repetidos plebiscitos, y segun Constituciones en que tuvo empeño de consignar su responsabilidad personal ante el pueblo, no puede rechazar la que le toca por no haber conocido mejor las necesidades de su pátria, ó por no haber resistido con entereza las tendencias que la iban á poner al borde del abismo: sea por imprevision, sea por debilidad, aparecia digno de la reprobacion popular. Sobre todo, habia como un pacto tácito entre el Imperio napoleónico y el pueblo frances, segun el cual el primer título en que aquel se habia de apoyar era la gloria militar. Y ésta ha quedado en Sedan tan menoscabada, como no lo estuvo nunca.

Pero, dado que fuera un hecho inevitable ó conveniente para la Francia la caida del Imperio, no era de necesidad que se realizase como se ha realizado. Tres sistemas se propusieron al Cuerpo Legislativo. M. Jules Favre en la sesion de la noche del 3 de Setiembre, pidió que se delarase que el Emperador y su dinastía quedaban desposeidos de todos los derechos que les conferia la Constitucion; que se nombrase por la Cámara una Comision revestida de todas las atribuciones del poder ejecutivo, con la mision de expulsar al extranjero, y que el General Trochu continuase siendo Gobernador militar de Paris. En la sesion del 4, el mismo Conde de Palikao, Presidente del Consejo de Ministros, presentó una proposicion para que se le nombrase Lugarteniente general de una especie de Regencia, elegida por la Cámara, que usaria el nombre de Comision de Defensa nacional, y firmaria los nombramientos de los Ministros. Cambiando de esta manera su investidura de Jefe del Gobierno de la Emperatriz por la que solicitaba de la Cámara, Palikao dejaba sólo en suspenso el Imperio: podia sostenerse con buenas razones, que estando impedido de ejercer la suprema Magistratura del Estado el Emperador miéntras se hallase en país extranjero en manos del enemigo, no podia tampoco la Emperatriz ejercer por delegacion sus funciones, y no habia más remedio, en la urgencia del momento, que una providencia tomada por el Cuerpo Legislativo, representante de la universalidad de los ciudadanos, que la habian elegido por sufragio universal. Por último, con la firma de M. Thiers y de otros 145 Diputados, pertenecientes al centro derecho y al izquierdo, se presentó un tercer proyecto para que la Asamblea nombrase una Comision de Defensa nacional, y cuando las circunstancias lo permitan, se convocasen Cámaras Constitu-

yentes. Las tres proposiciones tenian razones en que apoyarse, y todas convenian en dar su debida importancia á la Represencion nacional, y en buscar el posible carácter de legalidad para las trascendentales resoluciones que, al parecer, estaban en el ánimo de todos.

Pero, como en tales ocasiones sucede siempre, decidió el tumulto. La sala de las sesiones fué invadida violentamente, la sesion no pudo continuar, el Cuerpo Legislativo fué atropellado; se formó fuera de su recinto, en medio del desórden, un gobierno; ántes de que terminase su formacion, se intentó la constitucion de otro en que figuraba Rochefort en primer lugar; y como término de avenencia, se creó, por fin, uno con los diputados por Paris, bajo la presidencia del General Trochu, que afortunadamente merecia la confianza de todos en aquellos críticos momentos en que tan necesario era depositarla, por comun acuerdo, en quien pudiese dominar el desórden y dirigir la accion y los esfuerzos hácia el único objeto de rechazar al enemigo, que volvia á amenazar á la capital del que ha dejado de ser por segunda vez Imperio, para ser la tercera república francesa.

Se aproximan sin duda otros grandes sucesos; y probablemente con tal rapidez, que al llegar éste artículo á manos de los lectores de La Revista, toda conjetura que se hiciere para ponerle fin, estaria ya desprovista de interes en vista del éxito, ó resultaria desacreditada por este.

Fernando Cos-Gayon.

# BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

## LIBROS ESPAÑOLES.

LAS DOCTRINAS DEL DOCTOR ILUMINADO RAIMUNDO LULIO (1270-1313), *por D. F. de Paula Canalejas.*—Madrid, 1870.—Imprenta de la Sociedad Española de Crédito Comercial, calle del Tribulete, núm. 1.

En un opúsculo de 124 páginas, expone el Sr. Canalejas los caractéres generales del Arte Luliano, y demuestra su superioridad sobre la lógica escolástica. Expone el órden que debe seguirse en su estudio; analiza sus principios y sus doctrinas; compara algunas de estas con las de Santo Tomás y otros doctores; reseña las vicisitudes de la escuela de Lulio, las acusaciones de herejía de que fué objeto; enumera los errores del filósofo mallorquin, explicando sus causas Se detiene principalmente en lo más controvertido y más importante, que es la manera con que Raimundo Lulio comprendia las relaciones entre la razon y la fé; y concluye indicando en los siguientes términos la importancia de la Escuela Luliana en el futuro progreso de la filosofía española.

"La Fé, como el saber, declaran hoy pensadores tenidos por racionalistas exaltados (1), es una relacion de union esencial del que cree con lo creido, y añaden que crece al compás del saber, y afirman que en todo espíritu finito, por elevada que pueda ser su cultura, la Fé, tanto como el saber, ó más que el saber, decide y afirma en todo conocimiento. Como manifestacion de la voluntad que quiere creer; como prosecucion y práctica que origina la devocion en la vida de las ideas; como certeza y seguridad en una verdad, en vista de su fundamento, la Fé tiene verdaderos caractéres científicos, si se la consigue despojar de las falsas vestiduras en que

(1) Krause, Leonhardi, Tiberghien.

la atavió el escepticismo teológico de los pasados y del presente siglo. Lulio y su escuela entendieron la Fé de modo semejante y análogo al que hoy declaran los pensadores citados. Y es este un nuevo testimonio de que al conocimiento y al amor de Dios no se va por la via del entendimiento tan sólo, ni basta seguir una laberíntica cadena de silogismos para amarlo y conocerlo. Es preciso que alma y vida, razon y voluntad se ayuden y conforten, para que no tenga término, y por lo tanto cumpla su santo y religioso fin, el eterno ascenso de lo finito á lo infinito, del hombre á Dios.

"Si consiste ó no la historia de la Filosofía en convertir las intuiciones de la edad primera en conocimientos ciertos y evidentes; si de esta manera se unen y enlazan la edad primera con la edad última, el conocimiento intuitivo con el racional, hasta que una idea divina se complete, y represente en todas sus fases en la razon del hombre, y origine como una facultad nueva ó un elevado sentido teológico en nuestra especie, son puntos que, si no explano, por no ser esta ocasion, los tengo yo por evidentes y axiomáticos. La Teología popular del siglo XIII que Lulio expone, es el supuesto de la Teología racional hoy enseñada por las escuelas teistas y espiritualistas de la Europa docta. Seis siglos de labor constante y de meditacion asídua, han sido precisos para que la ciencia razone y acepte el testimonio de la conciencia humana que siente á Dios en su seno.

"Si para la educacion filosófica de nuestro pueblo es ó no camino más llano y fácil, el de exponer á Lulio interpretándolo latísimamente en el sentido moderno, que el importar enseñanzas extranjeras, muy propias de Sajones ó Germanos, pero antipáticas al génio de nuestra raza, y á la índole de nuestra aspiracion y de nuestra historia, es tésis que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía, quizá por el vivo deseo que me anima de que no se borre el sello individual, que presta tintas tan originales á nuestro arte, á nuestra ciencia y á nuestra religion.

"En lo político como en lo científico, las nacionalidades constituyen un organismo, necesario para que la verdad se produzca en el transcurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. ¿No se atenta á esta ley histórica, cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño, sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?"

TRATADO DEL CULTIVO DE LA VID EN ESPAÑA, Y MODO DE MEJORARLO, *por D. José de Hidalgo Tablada.*—Madrid, 1870, librería de la señora viuda é hijos de D. José Cuesta, editores.

Empieza este libro con un estudio preliminar de las materias siguientes: 1.°, del suelo con relacion á su posicion geográfica; 2.°, del clima físico y circunstancias que lo modifican; 3.°, de las zonas con relacion á la altitud y temperatura; 4.°, de las regiones de la vid segun la latitud, altura y tem-

peratura; 5.°, de la extension del cultivo de la vid y su límite; 6.°, de los instrumentos para apreciar el clima; y 7.°, de los instrumentos para conocer las cualidades del mosto.

Después del estudio preliminar, hay trece capítulos que tratan respectivamente: 1.°, de los instrumentos y máquinas á propósito para el cultivo de la vid; 2.°, del suelo y de su composicion en los principales viñedos de España y del extranjero; 3.°, de la influencia de la exposicion del suelo en el cultivo de la vid; 4.°, de la eleccion de la clase de vid, sus especies, y confusion de nombres dados á una misma variedad; 5.°, de la propagacion de la vid; 6.°, de los diferentes métodos conocidos para la plantacion de la vid; 7.°, del cultivo de la vid, labores, poda, abonos, segun el uso á que la uva se destina; 8.°, de la influencia del clima de que procede una planta para su propagacion en otro; 9.°, de la importancia de introducir las especies de vid no conocidas en una localidad y celebradas en otra; 10.°, de las causas accidentales que perjudican la propagacion del cultivo de la vid; 11.°, de las enfermedades de la vid; 12.°, del porvenir del cultivo de la vid en España; y 13.°, vocabulario de los nombres técnicos citados en este libro.

Lo ilustran grabados para mejor inteligencia de lo que en él se dice respecto de pesa-mostos, de arados, de extirpadores, hoces, podas, y otros instrumentos y operaciones del cultivo; y por último, una lámina representa las formas de los insectos que hacen daño á los viñedos.

## LIBROS EXTRANJEROS.

ISCRIZIONI DELLE CHIESE E D'ALTRI EDIFICII DI ROMA, DAL SECOLO XI FINO AI GIORNI NOSTRI, *raccolte e pubblicate da Vincenzo Forcella.*—Vol. 1.° —Roma, tip. delle scienze matematiche, fisiche, 1869.—Un volúmen en 4.° mayor, de XII-592 páginas.

El Sr. Forcella recoge y publica todas las inscripciones, que escritas sobre mármol ó bronce, se leen aún en los sitios, para que primitivamente fueron hechos, ó en otros, adonde después han sido trasladadas. Son documentos de interes histórico, científico, literario y artístico, á parte del que puedan tener para acreditar, con sus noticias genealógicas, los derechos de algunas familias.

Habia ya muchas colecciones de esta clase, bien entre los manuscritos de las Bibliotecas de Roma, bien impresas en las obras de Alveri, Mellini, Cancellieri, Pier Luigi y otros. Pero Forcella pretende que en su libro las copias están sacadas con más exactitud, las indicaciones de los sitios son más acertadas, y sobre todo, el número de inscripciones coleccionadas es muchísimo mayor.

El volúmen primero, único que hasta ahora ha sido publicado, contiene las inscripciones correspondientes á los lugares que siguen: 1.° la plaza y palacios capitolinos; 2.° Santa María *in Aracoeli;* 3.° Santa María *ad Martyres;* 4.° Santa María *del Popolo;* y 5.° Santa María *sopra Minerva.*

A cada inscripcion acompaña una reseña de su forma, signos, accesorios, y demás noticias necesarias para su perfecta inteligencia.

REPERTOIRE GÉNÉRAL DE LA MARINE MARCHANDE Á VOILES ET Á VAPEUR. — *Statistique générale de la navigation de tous les pays maritimes; publiée par l'Administration du Bureau Veritas.*—Paris, 1870.

Este repertorio es una lista de los buques mercantes de todos los países marítimos del mundo, no contando los destinados al cabotaje. En un volúmen de 1.350 páginas, hay 1.318 para los buques de vela, y el resto para los de vapor. Cada línea contiene lo relativo á un buque; es decir, su nombre, el de su capitan, el número de sus toneladas, la nacionalidad de su bandera, el año de su construccion, los puertos en que fué construido y equipado, y los nombres de sus propietarios, ó los de sus agentes y comisionados.

HISTOIRE DES IDÉES MORALES ET POLITIQUES EN FRANCE AU DIX-HUITIEME SIECLE, *par M. Jules Barni.*—Tome deuxieme.—Paris, Gerwer-Baillière.

El primer tomo, publicado hace ya años, habla de Bernardino de Saint-Pierre, de Montesquieu y de Voltaire. El segundo, de Juan Jacobo Rousseau, de Diderot y D'Alembert. "Reuniré en el tercero, dice M. Barni, con los *moralistas* Vauvenargues, Duclos, Helvetius, Saint-Lambert y Volney, los *comunistas* Mably y Morelly, y los *economistas* Quesnay, etc. Y en el cuarto y último, siguiendo el movimiento de las ideas morales y políticas del siglo décimoctavo, en los *publicistas, hombres de Estado*, Turgot, Malesherbes, Necker, Mirabeau y Condorcet, presentaré esas ideas, pasando con ellos de la teoría á los hechos, y produciendo la Revolucion francesa, lo que me conducirá naturalmente á exponer mi dictámen acerca del papel de la filosofía en el siglo pasado.

Aunque trata principalmente de las ideas morales y políticas, cree deber dar esta explicacion: "Me refiero á las ideas que interesan á las relaciones de los hombres entre sí, tanto en la vida privada como en la pública, á las ideas relativas á la vida social en general; pues en cuanto á la *moral individual*, por razones que es muy fácil comprender, y que tendré ocasion de indicar, hago con frecuencia caso omiso."

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

# PRUSIA.

## ANTECEDENTES DE LA GUERRA DE 1870.

### LA GUERRA Y LA PAZ DE 1866.

### ARTICULO PRIMERO.

Una persona que residia en Prusia durante los años de 1865 y 1866, y que ha seguido con interes las cuestiones alemanas, escribió sobre ellas en aquella sazon una série de cartas, de las cuales es este artículo un extracto en la parte pertinente al objeto con que hoy se publican, que no es otro que el de servir como de introduccion al estudio de la nueva situacion que, iniciada en 1866, está produciendo ahora todas las consecuencias que las previsiones más exageradas apénas podian esperar. La atencion general se halla fija en estas grandes cuestiones, y esto podrá ser causa de que no carezca de atractivo la lectura de una parte de dicha correspondencia, que será seguida de otras más inmediatamente consagradas á los grandes acontecimientos que son la preocupacion actual de todos los ánimos.

Omitiendo lo relativo á los hechos militares y políticos, cuya importancia era puramente circunstancial, se principia por aquellas cartas que se referian ya á la terminacion de la guerra, la actitud de la Prusia en aquella eventualidad y la política de la Francia en tan solemne y trascendental ocasion.

*Berlin 18 de Noviembre de 1865.*

Estado general de las cosas en Alemania.

..... ..... .....

..... ..... .....

La situacion, pues, bajo cualquier aspecto que se la considere, ya en sí misma, ya en las dificultades que tienen su orígen en la naturaleza de las cosas, ya en los remedios y en los recursos que pudieran conjurar los peligros presentes, es muy séria y me parece suficientemente madura, para que empiecen á realizarse sus consecuencias naturales. En medio de tanto desconcierto, de tanta complicacion, de tanta imposibilidad, de circunstancias tan desfavorables para los intereses de los Estados medios y pequeños nada hay aquí de fuerte sino la Prusia; ordenada como lo está y floreciente, grande como lo es relativamente por sus medios de accion en armas y dinero, poseida, como se halla, de la idea de su engrandecimiento y de su mision en Alemania, dominada como tambien lo está por el sentimiento de su debilidad real como gran potencia europea, y de la necesidad de consolidar tal posicion, ahora artificial. La Prusia sabe lo que quiere, puede lo que quiere, y todo induce á creer que quiere lo que puede. Ya, en efecto, ha intentado en la cuestion de los Ducados realizar sus aspiraciones, y hasta ahora lo ha conseguido; lo que le queda por obtener en esa cuestion es ménos de lo que ya ha obtenido.

Los demás Estados Alemanes, sin excluir al Austria, no aciertan con el camino que les convendria seguir en las circunstancias en que se encuentran ó están embarazados con preocupaciones interiores del mayor interes para ellos. Ni saben, pues, lo que quieren hacer, ni aun si lo supieran lo podrian. Nádie tiene ni particular ni colectivamente en Alemania los medios de oponerse con alguna probabilidad de éxito á las miras de la Prusia. La situacion parece como creada expresamente para tentar su codicia y convidarla á servirse de los medios positivos,con que cuenta y de los negativos quele ofrecen las circunstancias para satisfacerla.

Las observaciones que preceden, así expuestas, dan una idea bastante exacta del estado de las cosas en Alemania, hacen comprender los peligros que corren en estos momentos los Estados secundarios y explican las ambiciones que se atribuyen á la Prusia, así como las probabilidades de que esas ambiciones se logren, considerando estas cuestiones puramente dentro de la órbita alemana.

Otros obstáculos, nacidos del extranjero, pudieran, sin embargo, venir á atajar á la Prusia en su camino, y la posibilidad de que esto suceda es en realidad la única esperanza de alguna consideracion que á la Alemania de los Estados medios queda de que la hora de su extincion podrá aplazarse todavía.

No puede convenir, en efecto, á la Europa; no puede convenir, sobre todo, á la Francia, que el equilibrio europeo se altere tan profundamente como se alteraria si el Norte de la Alemania viniese á reunirse bajo una sola mano, formando un Estado cuya poblacion se aproximaria en número á la de aquella potencia. Para que la Francia consintiese una modificacion tan importante del estado actual de cosas, sería necesario ofrecerle compensaciones. Y ¿cuáles podrian ser éstas? ¿Las provincias del Rhin, pretendidas en cambio y bajo la promesa para la Prusia de aumentos en el interior de la Alemania, que reuniesen y redondeasen su territorio? La Francia deberia tener, segun creo, más de una dificultad para aspirar á semejante compensacion, áun en el caso de que pudiera obtenerla; porque no puede ignorar que aquellas provincias no se resignarán nunca de buen grado á dejar de ser alemanas; que la Alemania entera se sublevaria contra su cesion; y por último, que la reaccion del tenaz patriotismo de esta raza sería un peligro y una amenaza constantes para ella. ¿Y qué otras compensaciones pudiera ofrecerle la Prusia? ¿Sería por ventura la de la Bélgica, como parece indicar que allí se teme, la alarma recientemente revelada de aquel país, y la preocupacion contínua y antigua ya del Rey Leopoldo? Es posible, y áun no parece improbable, la existencia de semejante proyecto; pero ¿sería cosa tan sencilla llevarlo á cabo? ¿Sería consentido por la Inglaterra? ¿No suscitaria las más sérias dificultades?

La esperanza, pues, que fundan los Estados secundarios en causas extranjeras tiene alguna importancia; porque si no es fácil que se llegue á obtener por medio de compensaciones el consentimiento de la Francia, y si en efecto no llega á obtenerse este acuerdo, es de presumir su oposicion al engrandecimiento inmoderado de la Prusia, que no podria intentarlo sino arrostrando dificultades que pudieran convertirse en su daño y comprometer su situacion actual, produciendo el resultado opuesto al que prosigue su ambicion.

Tales son la situacion interior de la Alemania y el estado de

cosas en ella existente, en sus relaciones con la situacion de Europa. Las cuestiones, pues, que aquí están planteadas, son cuestiones europeas ó mejor dicho son la cuestion europea de la actualidad. En este concepto interesan vivamente á todos, y en mi opinion deben particularmente interesarnos á nosotros, porque por más remotas que parezcan ciertas eventualidades, no debemos olvidar que somos vecinos fronterizos de un poder obligado á asegurarse grandes ventajas, á cualquier precio, por cualesquiera medios, donde quiera que le sean posibles el dia en que desorganizada la Confederacion germánica, llegue á consumarse el engrandecimiento que la Prusia medita.

*Berlin, 5 de Julio de 1866.*

**Batalla de Königgratz (Sadowa).— Situacion que crea en Alemania y en Europa. — La Prusia y la Francia.**

La batalla de anteayer y la victoria de los Prusianos, obtenida segun se dice á precio de 15.000 hombres entre muertos y heridos, han sido de la mayor importancia, á juzgar por los pormenores que empiezan ya á saberse y que verá V. por el boletin adjunto. No han tomado á lo que parece parte en dicha batalla, todos los cuerpos del ejército austriaco, pero sí las tres cuartas partes al ménos de sus fuerzas, miéntras que los ocho cuerpos que componen el ejército prusiano y la guardia, han entrado todos en accion. Si la derrota del ejército austriaco no ha sido, pues, total y absoluta, es sin embargo bastante completa para que el resultado de la campaña pueda considerarse como decidido. Después de los tres grandes encuentros que precedieron á esta batalla, sirviéndole de preludio, y en que los Austriacos fueron vencidos y experimentaron pérdidas de mucha consideracion, las que han tenido anteayer han hecho subir lo ménos á la cifra de 100.000 entre muertos, heridos y prisioneros el número total de hombres puestos á la hora presente fuera de combate en aquel ejército. A esto se agrega la pérdida de un gran número de cañones y de un inmenso material de guerra; y para apreciar el estado moral en que el ejército austriaco debe hallarse, hay que contar por último que gran número de sus jefes, entre ellos algun Archiduque, han caido muertos ó heridos ó prisioneros en el campo de batalla. No sería, pues, extraño, ántes parece probable, que en efecto el General Gablenz haya venido como parlamentario al cuartel real

prusiano, y no sería tampoco improbable que á la mision de este general se siguiese un armisticio y quizás hasta los preliminares de la paz.

El objeto de la guerra, en cuanto este objeto puede considerarse dentro de las cuestiones puramente alemanas, está ya plenamente conseguido por la Prusia, cuya superioridad y cuyo poder son incontestables é incontrastables de hoy más en Alemania, donde no hay nádie que pueda disputarle ya ni la posesion de los Ducados, ni el papel que quiera atribuirse en la Confederacion particular de los Estados del Norte, ó en cualquier otra combinacion que hubiese de remplazar á la Confederacion disuelta. El antiguo prestigio del Austria y de sus armas se ha desvanecido, si no para siempre, á lo ménos para mucho tiempo, y en cuanto al poder militar y á la influencia política de los demás Estados alemanes, si nunca habia contado de una manera apreciable en los destinos de la Confederacion, ahora es más aún un elemento puramente pasivo que la Prusia no ha de tener en cuenta para las combinaciones de su política.

Si la Prusia no se deja, pues, dominar por las sugestiones de la soberbia; si escucha la voz de la moderacion, podria aprovechar la ocasion que ahora ó muy en breve se le ha de presentar para poner término á la campaña y para realizar el programa de las pretensiones que ha formulado, y que son la anexion de los Ducados y la organizacion de la Confederacion del Norte, segun el proyecto que ya conoce V. Estas pretensiones relativamente modestas para sus triunfos, no han sido hasta ahora pura virtud; nada ménos que eso; una preocupacion juiciosa por las explícitas manifestaciones de la carta del Emperador de los Franceses, ha sido su causa determinante, encerrándolas en términos tan moderados el recelo de atraer sobre la Alemania la intervencion de las armas francesas. Pero ¿se contendrá ahora la arrogancia característica de los Prusianos, cuya exaltacion debe ser grande en estos momentos, dentro de los límites de la moderacion?

¿No pretenderán ahora ensanchar los límites de sus pretensiones y aspirar á la anexion de la Sajonia, del Hannóver y del Electorado, cuya conquista han hecho? ¿No se creerán fuertes para resistir á las exigencias de la Francia, cuando pida las compensaciones que anuncia la carta del Emperador, para el caso de un engrandecimiento territorial que altere el equilibrio europeo?

Todo es de temer, en la situacion presente, de las cosas, porque la Prusia, sea cualquiera el curso de la campaña, está visiblemente destinada á salir de ella victoriosa, y porque no sólo á los ojos del mundo, sino á los suyos propios, ha sido una verdadera revelacion su inmenso poder militar, que debe no sólo á la organizacion y al espíritu de su ejército, sino tambien á su fusil y á su cañon, contra los cuales no hay medio de que luchen las armas más perfeccionadas de los demás ejércitos europeos.

La Prusia está sin duda muy cerca de creerse invencible con estas armas, y de convencerse, no sin fundamento á la verdad, de que con ellas puede batir á fuerzas dobles y áun en mayor proporcion superiores, sin que basten á contrarestar su efecto los prodigios del valor más heróico.

La experiencia de los combates con los Austriacos, y sobre todo la batalla de anteayer, lo han demostrado de una manera que no deja lugar á la menor duda.

El triunfo de la Prusia está destinada en este concepto á ejercer una influencia considerable en los acontecimientos mismos que salen de la órbita de las cuestiones alemanas, porque aquí, segun todas las probabilidades, no ha de hallar en adelante la Francia la temerosa condescendencia con que contaba, no ya para la adquisicion de un territorio cualquiera del Rhin, pero ni siquiera para la ménos considerable rectificacion de fronteras en la parte de Sarrebruck; y no sólo no ha de hallar esa condescendencia, sino que habrá de mirarse mucho, si obra con prudencia, ántes de exponer el prestigio de sus armas á una derrota, que el fusil y el cañon de los Prusianos harian muy fácil. Mucho ha de doler ciertamente al orgullo militar de la Francia el ver demostrada una posibilidad que no preveia; pero es lo cierto que esta posibilidad está probada, y que no hay medio de prescindir de ella obrando cuerdamente.

Sólo sorprendiendo á la Prusia durante la lucha con el Austria pudiera la Francia lograr sus miras de compensacion, porque en ese caso faltarian aquí los medios de acudir á ámbos campos de batalla. Pero puede hacerse esto? Podria justificarse?

De todos modos semejante éxito se deberia en tal caso más á las artes de la política que á las de la guerra, y tampoco sería definitivo, porque la reaccion de la Prusia, auxiliada entónces por el patriosismo aleman, no dejaria de disputarlo más tarde al Imperio.

*Berlin 5 de Julio de 1866.*

La Francia y la Prusia.—Iniciacion de las complicaciones entre ámbas.

Escrita mi carta anterior se ha publicado un telegrama particular de la Agencia aquí establecida, que traslada un artículo del *Monitor* frances de esta mañana, segun el cual el Austria ha cedido la Venecia á la Francia, y el Emperador Napoleon se ha dirigido al Rey de Prusia pidiéndole el armisticio entre su ejército y el austriaco, que á nombre de éste habia venido ya á pedir al cuartel real el General Gablenz.

Es notable que de estas noticias no hayan tenido comunicacion alguna de Francia ni este Ministerio de Negocios extranjeros, lo cual respecto del primero podria explicarse porque el Emperador se haya dirigido directamente al Rey en su residencia actual, y en cuanto á ignorarse la publicacion del *Monitor* en este Ministerio de Negocios extranjeros, difícilmente puede comprenderse de otra manera, á ser el hecho cierto, que por ausencia momentánea ó descuido inconcedible del Embajador de Prusia en Paris.

Razones serian estas para considerar como sospechoso el telegrama á que aludo, sino lo confirmasen indirectamente otros que anuncian una alza considerable de todos los valores en la Bolsa de Paris, y aunque tambien pudieran ser estos otros telegramas, productos de la misma combinacion, sería el suponerlo llevar tal vez demasiado léjos la desconfianza.

Partiendo de la base de la exactitud del telegrama á que me refiero, no puedo decir á V. cuál es el efecto que aquí ha producido, porque no hay nádie en estos momentos en Berlin sobre quien pueda estudiarse la impresion de la noticia, ó cuya opinion sobre el hecho tenga importancia alguna. El Rey y el Presidente del Consejo, directores supremos y únicos de la política, están en el teatro de la guerra; todo el personal que rodea á S. M., los Príncipes con los suyos respectivos, se hallan tambien allí; en cuanto á los demás Ministros de la Corona aquí residentes y á la sociedad del país, en las escasísimas proporciones en que esta existe ahora, no son frecuentes las relaciones con ellas.

Digo, pues, meramente mi opinion al comunicar á V. que las noticias del telegrama á que me refiero, han debido causar el peor efecto en el ánimo del Rey, del Conde de Bismarck y de uantos en este país participan en la política, y esto no ya preci-

samente porque el esfuerzo del ejército del Véneto en el campo enemigo, aunque considerable, pudiera hacerles dudar del éxito final de la lucha con el Austria, sino porque la intervencion francesa llega precisamente en las circunstancias que yo preveia en mi carta de esta mañana; esto es, cuando de no aceptarla, la Prusia puede verse comprometida á la vez en la guerra con el Austria y en otra guerra con la Francia.

Para no temer al Austria, aun reforzado su ejército con las fuerzas del Véneto, bastan á la Prusia, su carácter nacional, sus triunfos y su confianza en el armamento de sus tropas; para que estas mismas causas produjeran igual efecto respecto de las exigencias de la Francia, y lo producirian inevitablemente, era necesario que la Prusia hubiese concluido su campaña con el Austria. Pero las circunstancias son bien diferentes, cuando pendiente esta campaña el Emperador Napoleon parece dar á entender claramente, al pedir el armisticio, por una parte que está agradecido al Austria por la cesion de la Venecia, y entiende ser su amigo y no dejar aniquilar su poder, y por otra parte qué no vé precisamente con buenos ojos el engrandecimiento militar desmesurado de la Prusia y la posicion á que aspira de árbitra en Alemania.

Pero á pesar del profundo disgusto que han de experimentar aquí al verse atajados en el camino de los triunfos que, con razon bastante, creian poder continuar, me inclino á creer que habian al cabo de ceder ante la eventualidad que podrian provocar rehusándose á la iniciativa del Emperador, de ver un ejército frances, á que no pueden hacer frente en estos momentos, presentarse en las orillas del Rhin.

Paréceme asimismo verosímil que, acordado el armisticio, los preliminares de la paz, y esta misma, no han de tardar mucho; y aunque la Prusia ha logrado ya el gran ascendiente que resulta de sus victorias y de la manifestacion que ha hecho de su poder, considero que las pretensiones que abriga (aparte de la posesion de los Ducados, que tengo ya por lograda), no han de realizarse á medida de su deseo, esto es, que su proyecto de reforma federal destinado á excluir al Austria de la Alemania, ó su proyecto de confederacion restringida con la mediatizacion disfrazada de los Soberanos de los Estados medios y pequeños del Norte de Alemania, pierden muchas de sus probabilidades de verificarse. Considero, en suma, que realizada con la cesion de Venecia una parte

tan principal del programa que el Emperador de los Franceses exponia en su carta á M. Drouin de Lhuys, el resto de este programa, sobre todo en lo que tiene relacion con la posicion del Austria en Alemania, habrá probablemente de realizarse tambien aproximativamente al ménos. En cuanto á la mayor homogeneidad de la Prusia, de que tambien hablaba la carta del Emperador, no es imposible que se verifiquen algunas modificaciones de fronteras, si no se considera que basta ya á satisfacer aquella parte del programa, la posesion de los Ducados.

En otra suposicion, esto es, en la de negativa de la Prusia á aceptar la intervencion de Francia, las consecuencias no me parecen difíciles de prever.

Hablaba á V. esta mañana del momento en que la Francia podia únicamente, en mi opinion, intervenir y pedir con éxito, aunque no durable, las compensaciones á que el engrandecimiento de la Prusia pudiera dar lugar. Esas compensaciones eran, segun le indicaba á V., peligrosas y difíciles de obtener, y no muy seguras de conservar. La Francia, digo ahora, parece haber aprovechado aquel momento para impedir el engrandecimiento que las harian necesarias á sus intereses. Acaso renuncia á ellas, y aun es bien probable que así sea, si quiere obrar cuerdamente; pero, segun las apariencias, no consiente en ese caso, y es natural que no lo consienta, que Prusia realice sus designios. La intervencion francesa, de todos modos, ha venido en el momento en que yo la previa; y si para ella da la mejor y más oportuna ocasion la cesion de la Venecia, impuesta al Austria por su funesta derrota de anteayer, es de presumir que, aun sin dicha cesion, habria venido ántes de que los Prusianos hubiesen definitivamente derrotado al ejército austriaco y llegado á las puertas de Viena. Los celos de la Francia, por el inmenso poder militar que ha desplegado la Prusia, se traslucen ya, por lo demas, en diferentes síntomas, y no es imposible que un poco ántes ó un poco después se dejen sentir sus consecuencias, si, como es de suponer el carácter prusiano, corresponde á esos celos con su genial arrogancia, que los triunfos recientes han de elevar á proporciones inconmensurables.

*Berlin 8 de Julio de 1866.*

**La Francia y la Prusia.—Continuacion de las complicaciones.**

Son exactas las noticias que dirigí ayer á V., y segun las cuales el Rey habia contestado á la invitacion del Emperador de los Franceses, aceptando la mediacion propuesta, si bien sometiendo el ajuste del armisticio preliminar para las negociaciones posteriores, á condiciones que habia de formular en Paris el Embajador de Prusia. De lo que nada se sabe todavía aquí de positivo es de esas condiciones; pero por la contrariedad que la intervencion del Emperador ha causado, por la energía y hasta la violencia con que la opinion se manifiesta, y por las gestiones que se hacen á fin de dificultar por medio de la Italia, la realizacion del proyecto imperial, se presume que han de ser exageradas. En la prevision probablemente de este caso, el Emperador ha hecho manifestar aquí anticipadamente su esperanza de que la Prusia le facilitará, por medio de su moderacion sin duda, la obra que ha emprendido en interes de la paz y de la humanidad. Esta manifestacion es bastante significativa, como que establece la base de la situacion que se va á crear entre la Prusia y la Francia, si empujada aquella por la pasion del país, ó embriagada por sus triunfos llegase á imposibilitar la empresa en que el Emperador cifra su gloria y la satisfaccion de los intereses de su dinastía y los de la Francia.

Entre tanto, habiéndose respondido subordinando el armisticio á condiciones prévias, los movimientos y las operaciones del ejército han continuado, con mayor actividad que la que en otras circunstancias se habian empleado, después de la gran batalla del 5. El objeto es, por lo visto, ganar aún mayores ventajas sobre el enemigo y justificar más por este medio las exigencias que se formulen. Entre éstas es bien probable que consistan algunas en la ocupacion, por vía de garantía, de una ó várias fortalezas de Bohemia, fortalezas, que con Praga mismo, no hubieran tardado en caer en manos de los Prusianos, pero que al cabo no han sido materialmente ganadas hasta ahora. Si se tomara, pues, posesion de ellas ántes del armisticio, es claro, que quedarian en poder de los Prusianos miéntras aquel y las negociaciones posteriores durasen.

Otro órden de condiciones para el armisticio, y sobre todo para la paz que aspira á restablecer el Emperador Napoleon, debe ser

relativo á las posiciones respectivas que en lo futuro hayan de ocupar la Prusia y el Austria, en Alemania.—Las exigencias en este punto son aquí naturales y justificadas, preciso es reconocerlo, después de la victoria; pero el Emperador, no hay que olvidarlo, tiene contraidos los compromisos que expresó en su célebre carta.

La situacion es, pues, muy difícil para el Rey y para su Gobierno, y la próxima reunion de la nueva Cámara, donde para esta cuestion es muy probable que se establezca la unanimidad de sentimientos, que la pasion popular deja ver ahora por todas partes, podria conducir á aquellos á la imprudencia de provocar un rompimiento con la Francia; el vulgo sueña, en efecto, con la posibilidad de plantar la bandera prusiana al mismo tiempo en las torres de Notre Dame y en las de San Estéban, y las Cámaras populares suelen reflejar en circunstancias semejantes las pasiones del vulgo; pero los hombres formales, á pesar del orgullo que los domina, no pueden desconocer que es imposible la renovacion de los tiempos en que el Gran Federico triunfaba de la Europa entera. Es, pues, una crísis interior, al mismo tiempo que una gran cuestion exterior, la que aquí se ha iniciado con la proposicion francesa; de ella puede salir el acuerdo, hasta ahora imposible, entre el país y la corona en las cuestiones pendientes; pero la consecucion de este importante objeto puede tener muy graves consecuencias para la Prusia, si su Gobierno se deja arrastrar por la pasion del país ó si por el contrario la resiste. Si no la satisface, como es probable que suceda, una nueva causa muy eficaz aumentará el descontento y la division.

*Berlin 21 de Julio de 1866.*

La Francia y la Prusia.—Fracaso de la mediacion francesa.—Triunfo de la diplomacia prusiana.—Situacion creada.—Sus consecuencias probables.

He considerado innecesario trasmitir á V. la noticia de la aceptacion de la tregua de cinco dias por el Austria, comunicada aquí de Paris en la mañana de hoy, porque habrá llegado directamente al conocimiento de V. desde aquella capital.

Este resultado de los esfuerzos del Emperador de los Franceses no era ya de prever desde que las negociaciones para la tregua de tres dias habian fracasado, pocos ántes, segun comuniqué á V. en carta anterior, fecha de ayer, y ha de deberse sin duda al vivo empeño del Emperador de que su mediacion no apareciese al mé-

nos tan completamente desairada, como en realidad lo ha sido, y de que la mision que se habia atribuido, y que la Francia celebró como el mayor de sus triunfos, no revistiese las apariencias de una derrota absoluta.

Que la política que el Emperador se propuso hacer prevalecer y acerca de la cual no cabe tergiversacion ni duda, porque estaba expuesta por el Emperador mismo en su célebre carta á su Ministro de Negocios extranjeros, ha quedado vencida en las negociaciones, es cosa demostrada ya á la hora presente. El engrandecimiento de la Prusia y la absorcion por ella de todas las fuerzas vivas de la Alemania, en términos de alterar profundamente el equilibrio europeo, no sólo es un hecho que la paz vendrá á establecer definitivamente, sino tambien un hecho que la Francia consiente. El enflaquecimiento por otra parte del Austria y la desaparicion de su gran posicion en Alemania, que era otro de los artículos del programa imperial, es asimismo otro hecho que la paz establecerá con el consentimiento de la Francia.

Tal es el espíritu general de las proposiciones que la Prusia ha logrado hacer aceptar al Emperador Napoleon, y que ésta ha trasmitido á Viena, al mismo tiempo que en la prensa oficiosa de Paris se ha verificado una evolucion notable, encaminada á hacer aceptar á la opinion un órden de soluciones contrarias á las que la opinion exigia y esperaba. Las causas de esta variacion, que aparentemente al ménos deja en abandono intereses que la Francia ha considerado siempre como permanentes, las condiciones y circunstancias en virtud de las cuales ha tenido lugar esa variacion, no están aún suficientemente claras para que sobre su conjunto pueda autorizarse un juicio completamente fundado; pero soy de opinion por muchas razones que el Gabinete imperial no se ha hallado en esta ocasion bien informado sobre el verdadero estado de las cosas en Alemania, y que en los informes que ha tenido y en su resolucion han influido considerablemente pasiones é intereses políticos de los que profesa el partido frances, cuyos órganos son la *Opinion Nationale* y el *Siecle*, pasiones ciegamente hostiles á la Casa de Hapsburg.

Creo asimismo que por más esfuerzos que se hagan para extraviar la opinion, la decepcion en Francia ha de ser grande en presencia del resultado de la mediacion, tan contrario á lo que se esperaba, y á lo que los intereses de aquel país exigian, y que sean

cualesquiera las consideraciones en virtud de las cuales se ha adoptado la política que ha prevalecido, la situacion que se cree encierra el gérmen de complicaciones futuras de la mayor gravedad; porque, si lo que no es de creer, ha sido obtenida por la Prusia en virtud de promesas de compensaciones territoriales en el Rhin, la Francia se creará con esta combinacion una cuestion como la de la Venecia; porque si obtuviese la pequeña rectificacion de fronteras de que se hablado, en el país de Sarrebruck la compensacion sería muy pequeña para lo que ha sacrificado y suscitará un profundo descontento; y por último, porque si su consentimiento á lo que sanciona es desinteresado, la creacion de un Estado militar tan poderoso como ella en su propia frontera, lleva en sí misma el gérmen de aquellas complicaciones.

Sobre estas razones, cuya fuerza no puede desconocerse, tengo para pensar de este modo la manifestacion expresa de opiniones competentes é interesadas, como que provienen de diplomáticos franceses, que informados del curso de las negociaciones, juzgan con indignacion un resultado en que ven comprometidos los intereses de su país.

Respecto de la tregua acordada, pero acerca de la cual no se tiene todavía conocimiento de la aceptacion de la Italia (que acaso dificulte la derrota de su flota por la marina austriaca, sabida hoy por telégrafo), debo decir á V. que dicha tregua no supone necesariamente la aceptacion de los preliminares de paz por el Austria, sino la obligacion en que el Gabinete de Viena se constituye de dar á conocer en el plazo de los cinco dias, su resolucion de aceptar dichos preliminares ó de continuar la guerra. Parece sin embargo probable que opte por lo primero, porque falto del apoyo de la Francia con que creyó poder contar, ninguna esperanza fundada puede abrigar de modificar la situacion militar en su favor, aun logrando detener algun tiempo á los Prusianos delante de Viena.—Las fuerzas de éstos son mayores, y la victoria y el armamento de sus tropas les dan tambien una superioridad incontestable.

*Berlin 23 de Julio de 1866.*

**La Prusia y la Francia.—Confirmacion de las previsiones anteriores**

Las bases preliminares de la paz elaboradas por el Emperador de los Franceses sobre las pretensiones prusianas, aceptadas por la

Prusia, trasmitidas al Austria, y sobre las que el Gobierno de Viena debe manifestar su resolucion en el plazo de los cinco dias de la tregua acordada, son las siguientes:

«La monarquía austriaca, conserva su integridad territorial con la excepcion de la Venecia.

»Los Ducados de Elba son incorporados á la Prusia con excepcion de ciertos distritos del Norte del Schlewig que vuelven á la corona dinamarquesa.

»La Prusia podia verificar la anexion de una parte de los Estados del Norte, bastante á asegurar la continuidad de territorio entre la parte del Este y la del Oeste de la monarquía.

«La Prusia formará con los Estados colocados al Norte del Mein una Confederacion, en la que tendrá la direccion y el mando de las fuerzas militares.

»Los Estados alemanes del Sur podrán confederarse y formar una asociacion internacional, independiente.»

Estas bases son esencialmente el programa de las ambiciones prusianas, que por su aceptacion quedarán logradas. La incorporacion de los Ducados del Elba, la exclusion del Austria de la Alemania, la libre disposicion de los Estados del Norte, y la contigüidad de su territorio, es todo cuanto la Prusia ha deseado, y cuanto podia aspirar á obtener al lanzarse en los azares de la guerra, y aunque á considerar estas cuestiones dentro de la órbita puramente alemana, hay que reconocer que la Prusia, vencedora de la Alemania entera y dueña á la hora presente por sus armas de la mayor parte del territorio de esta, obtiene el *minimun* de lo que en su situacion tendria derecho á reclamar; y si no satisface las aspiraciones que se han apoderado de los Prusianos, es menester, sin embargo, no olvidar que la cuestion resuelta en el sentido de estas bases, es, á más de una cuestion alemana, una cuestion europea de primera y capital importancia.

Lo que se propone, y va á realizarse, es en efecto la destruccion total y absoluta del derecho público de la Europa en una de sus partes más esenciales, y el establecimiento de las bases sobre que ha de levantarse el nuevo edificio.—La solucion, pues, que se ofrece en perspectiva, afecta los intereses no sólo de la Alemania, sino los de todas las naciones de Europa, y especialmente los de las que figuran hoy en primer término, y son además vecinas fronterizas del nuevo y formidable poder que se levanta de este lado del Rhin.

Suponiendo que las bases indicadas sean, como es probable, aceptadas por el Austria, queda pues por ver de qué manera se desenvuelven en sus pormenores y sus consecuencias; de qué modo la Europa que tiene derecho á intervenir en la obra de la sustitucion de la Confederacion germánica, creada por ella, considerará la nueva organizacion que remplace al establecimiento de 1815, y si esta nueva organizacion habia de formar parte como la antigua del derecho público europeo, ó si, por el contrario, habia de considerarse como un hecho transitorio y al sostenimiento del cual no se tengan por ligados los demás Estados.

Después de firmarse la paz, que será objeto de un tratado especial entre las partes beligerantes, las cuestiones que quedan indicadas serán tratadas particularmente por cada uno de los Estados interesados ó acaso en una conferencia, y de uno ó de otro modo es de prever que han de buscarse garantías contra el exceso de poder que se acumula en la Prusia; pero teniendo en cuenta que la creacion de este poder no amenaza directamente á nádie más que á la Francia, puede presumirse que no se ha levantar en Europa con grande energía la voz de los demás para ponerle trabas eficaces; esto es, que ni la Inglaterra ni la Rusia opondrán una resistencia tenaz al engrandecimiento real que la Prusia obtiene ahora, ni acaso al engrandecimiento posterior que la influencia de la situacion en que se la coloca le ha de dar en Alemania.

Porque no sólo la Alemania del Norte, puesta en manos de la Prusia por las bases de la paz, sino tambien la atraccion necesaria que ha de ejercer sobre el grupo de Estados del Sur á que se concede una existencia internacional independiente, atraccion que bien probablemente se extenderá á los países alemanes del Austria misma, esto es, á la Alemania entera, constituyen para Francia una agravacion tal del estado de cosas creado en estos países contra ella, que no se concibe ni se comprende la política del Emperador en la ocasion presente.—El empeño de destruir los últimos vestigios de los tratados de 1815, sería una verdadera puerilidad que supondria la imprevision más completa, si al realizarse viniese á establecer un estado de cosas verdaderamente peligroso y amenazador para la Francia, en el lugar de la situacion anterior exenta de todo peligro sério para ella.

Esto es lo que en efecto ha sucedido ó va á suceder, y por eso no puedo atribuir sino á un conocimiento incompleto y equivocado

de las cosas en Alemania, producto de informes erróneos, la política que ha dejado llegar la situacion presente, cuando hubiera sido fácil evitarla algun tiempo hace (al concluirse el tratado entre la Prusia y la Italia, por ejemplo) y que una vez llegada esta situacion, interviene para ayudar á resolverla, precisamente en el sentido contrario al interes secular de la Francia, cuando, aunque tarde, todavía habia medios eficaces de cortar el vuelo á la ambicion prusiana. Por eso al ver levantarse de nuevo, rejuvenecido, vigorizado y en gran parte unificado el antiguo Imperio Germánico convertido en pueblo moderno, bajo una organizacion militar tan poderosa como la de la Prusia, con una organizacion financiera que envidiarian los Estados mejor administrados, con un medio de influencia y dominacion tan eficaz como el Zollverein, bajo la direccion de un pueblo que lleva en sí el gérmen de todos los adelantos, y de una raza que se distingue por su espíritu exclusivo, intransigente y dominador, he formado la opinion de que la situacion creada encierra el gérmen necesario de luchas futuras para la Francia, y me ha sido absolutamente imposible comprender de otro modo que por las causas que indicaba á V. anteayer como para esa lucha que bien probablemente no habria llegado ahora á estallar, obteniéndose sin embargo el resultado apetecido, no se ha preferido la ventajosa ocasion presente, á las ocasiones futuras en que este nuevo y grande poder estará consolidado, se verá libre de trabas que la guerra actual le impondria ahora, y arrastrará necesariamente consigo todos los elementos alemanes.

No parece, pues, ser una política digna verdaderamente de este nombre, sino una intriga; no el interes más permanente del país, sino los manejos y las pasiones de un partido, lo que ha prevalecido en Francia en la ocasion presente; y por más que en la costumbre que la Europa ha adquirido de creer en la alta sabiduría y en la casi infalibilidad del Emperador de los Franceses, semejante juicio parezca una aberracion,— la Francia habrá de reconocer y de confesarse á sí misma en breve, como hubo de hacerlo dieciseis años hace, que ahora tambien *L'Empire est fait.*— Pero esta vez no es el Imperio que viene á salvarla de la anarquía, sino un imperio que se levanta contra ella, y que sin embargo ella misma, por una falta sin ejemplo, ayuda á constituirse.

Como esta situacion encierra en sí peligros de los que no hay ningun Estado de Europa que pueda considerarse al abrigo, repetiré

aquí lo que discurriendo acerca de las eventualidades que entónces veia en el porvenir, dije en Noviembre último; lo hago únicamente porque creo que es ocasion la presente de reproducir con mayor motivo las indicaciones sobre las que á la sazon llamaba su atencion.

Decia, pues, en mi carta de 18 de Noviembre de 1865: «Tales »son la situacion interior de la Alemania y el estado de cosas en »ella existente en sus relaciones con la situacion de Europa. Las »cuestiones, pues, que aquí están planteadas son cuestiones euro»peas, ó mejor dicho, son la cuestion europea de la actualidad. En »este concepto interesan vivamente á todos, y en mi opinion de»ben particularmente interesarnos á nosotros, porque por más re»motas que parezcan ciertas eventualidades, no debemos olvidar »que somos vecinos de un poder obligado á asegurarse grandes »ventajas á cualquier precio, por cualesquiera medios, donde quie»ra que le sean posibles, el dia en que, desorganizada la Confede»racion Germánica, llegue á consumarse el engrandecimiento que »la Prusia medita.»

El caso de la desorganizacion de la Confederacion Germánica y del engrandecimiento de la Prusia, que era objeto de mis previsiones cuando la opinion general no se preocupaba de aquellas eventualidades, se realiza en los momentos presentes. Me parece, pues, más necesario llamar ahora la atencion de V. sobre el grande hecho cuya trascendencia he procurado establecer en las anteriores líneas.

*Berlin 10 de Agosto de 1866.*

**La Prusia y la Francia. — Las complicaciones entre ámbas se acentúan más y más.**

No se ha hecho esperar mucho la reaccion de la opinion en Francia, que yo preveia en mis cartas anteriores, como consecuencia necesaria del estado de cosas creado en este lado del Rhin por la paz, á que con tanta complacencia y sin darse cuenta de su verdadera importancia ha prestado su apoyo el Gabinete imperial. A pesar de la situacion de la prensa de aquel país; á pesar de la vigilancia que se ha empleado para evitar manifestaciones que sobrexcitaran la opinion; á pesar del empeño que se ha puesto por las publicaciones aliadas de la Prusia y de la Italia, en adormecer á un tiempo al Gobierno y á la opinion ponderando las ventajas de la situacion creada en Alemania y los ningunos riesgos que ofrece para la Francia; la fuerza de las cosas se ha abierto camino,

y todas las manifestaciones del sentimiento público que pueden producirse, demuestran el profundo recelo con que se ve en el Imperio el resultado de una política que, esta vez al ménos, ha dejado en desamparo evidente intereses que la Francia ha considerado siempre como los más importantes entre los que son para ella permanentes.

No podia esto dejar de suceder, ni tampoco podia faltar la consecuencia necesaria de semejante situacion. Así es que la actitud benévola de la Francia respecto de la Prusia ha cambiado totalmente en estos últimos dias, desde que el Gabinete imperial ha podido convencerse de que hay aquí la resolucion que era de prever, y que no se comprende no haya sido prevista por aquel Gabinete, de proceder á la anexion pura y simple del Hannóver, de Cassel y de Nassau, interpretando así la base preliminar de la paz que estipulaba la contigüidad de territorio entre las provincias del Este y del Oeste de la monarquía prusiana.

Se ha entrado, pues, en la faz más grave y más peligrosa de la situacion creada por la guerra, porque la Francia quiere, y no puede ménos de querer, impedir el engrandecimiento colosal á que la Prusia aspira, y porque la Prusia no quiere ni querrá renunciar á la realizacion de esas ventajas; porque de consentir la Francia ese engrandecimiento, no puede hacerlo sin compensaciones que restablezcan el equilibrio de las fuerzas, y porque la Prusia no quiere, ni acaso podria otorgar esas compensaciones, donde la Francia pueda desearlas; porque, en fin, la Alemania entera, inclusos los Estados mismos del Sur, tan maltratados por la Prusia, no vacilarian en unirse á ésta el dia en que se plantease la cuestion de la revindicacion de un país cualquiera aleman por parte de la Francia.

De la actitud del Gabinete imperial dan testimonio, á más del lenguaje explícito que aquí se emplea, otros síntomas, entre los que el llamamiento del Mariscal Mac-Mahon á Paris, la súbita partida del Emperador de Vichy, y el viaje tambien inesperado de M. Benedetti, que salió anoche para Paris, son los que más sensacion han causado aquí, sobre todo porque han seguido inmediatamente á una significacion hecha por dicho Embajador á este Sr. Ministro de Negocios extranjeros, no sé todavía si de palabra ó por escrito, acerca de las condiciones que pondria la Francia á las incorporaciones de territorio que la Prusia entiende realizar.

De la actitud prusiana, en vista de estos hechos, se puede juz-

gar por el lenguaje á que se abandonan, con ménos reserva de la que es aquí habitual, cuantas personas de alguna posicion se hallan actualmente en Berlin. Todas rechazan de la manera más absoluta las exigencias francesas, y hablan de guerra con una arrogancia y una conviccion de su fuerza, explicable por sus recientes triunfos que les han dado la conviccion de que son invencibles y pueden intentarlo todo. Esta libertad de lenguaje contrasta singularmente con la reserva de que el Gobierno ha hecho uso, ya en el discurso de apertura de las Cámaras, ya en todos sus actos desde que la paz con el Austria fué acordada.

Pero la reserva del Gobierno no significa que esté dispuesto á ceder, y en prueba de ello, previendo las dificultades á que puede dar lugar el estado embrionario todavía de la organizacion del Norte de la Alemania, se ha apresurado, á precaverlas provisionalmente por medio de un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los Estados que han de formar parte de aquella organizacion.

Tal es el grave estado presente de las cosas, primera consecuencia precursora de otras no ménos trascendentales, de la situacion que la Francia ha dejado establecer, imprevisoramente ó por apreciaciones equivocadas. Cualquiera que sea la solucion que se dé á la cuestion que se ha suscitado, yo no veo á la larga en ella sino dificultades muy sérias para la Francia y ventajas finales para la Prusia.

Por eso en mi manera de comprender la situacion que he expuesto en cartas anteriores, previendo el curso necesario de los sucesos, la Francia ha equivocado el papel que le correspondia en la crísis porque ha pasado recientemente la Alemania, y que o era otro que el de evitarla como era posible y aun fácil, impidiendo que se verificase la acumulacion de poder que habia de reunirse en la Prusia, y que se reprodujeran para la Francia todos los peligros históricos, contra los cuales siempre ha combatido. Ahora esta situacion se realiza, y para compensar sus riesgos la Francia tiene que venir, tarde ya, á exigir cesiones de territorio, que no obtendrá sino por la guerra, y que aun obtenidos, serán para ella una perpétua dificultad. Más cuerdo hubiera sido, pues, impedir la situacion que la pone en esa necesidad peligrosa y representar en la ocasion oportuna el papel entónces fácil y airoso de mediador desinteresado, conservando á la Francia su superioridad relativa sobre los Estados de este lado del Rhin.—X.

*

# TOMAS RIBEIRO.

Em todas as especies e variedades de metros, Thomas Ribeiro apresenta a maior naturalidade e melodia, sendo dificil decidir qual seja o verso mais congenito á indole musical do seu ouvido. Depois, que cheio e recheio em todos elles! Como a idea lhes entra voluntaria e facil! Como facil e rica, riquissima quasi sempre, lhes acode a rima! Sao todos estes uns primores de que em vão se procuraria ó mínimo vestigio em toda a nossa antiga poesia; e bem poucos se encontraram mesmo ha moderna.

A. F. DE CASTILHO.—*Conversaç ̃o preambular.* Prologo a *D. Jaime.*

—

A pesar de tudo, é um verdadeiro poeta o auctor de *sons que passam.*

*O Aristarco portuguez*, pág. 182.

—

Exigir symetria nos meus cantos
é condenar-me ao leito de Procustes.

TOMAS RIBEIRO.—*A Delfina do mal.*
Canto VII.

Nuestra tarea toca á su fin; tarea ímproba y prolija, pues podemos decir con Pedro Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres de España* que, «para sacar esta flor de harina, hemos cernido dos»cientos cahices de poesía, que es la que ordinariamente corre (1).»

Hemos bosquejado, entre otras semblanzas de poetas portugueses contemporáneos, la de Francisco Manuel do Nascimento, el sacerdote volteriano, el emigrado purista; la de José Agustin de Ma-

(1) *Primera parte de las flores de poetas ilustres de España*, dividida en dos libros, ordenada por Pedro Espinosa. Valladolid, 1805. Debemos pagar aquí un tributo de gratitud á dos diligentes bibliógrafos que han puesto á nuestra disposicion sus bibliotecas particulares, el portugues D. Domingo García Perez y el español D. Benigno J. Martinez.

cedo, el fraile díscolo, turbulento y libertino, el crítico erudito, el émulo arrogante de Camões; la de Barbosa du Bocage, el filósofo tornadizo, el improvisador fecundo, el vate licencioso; la de Almeida Garrett, el eminente autor dramático, y la de Antonio Feliciano de Castilho, el nuevo Ovidio.

Réstanos tan sólo, para completar esta galería de trovadores esclarecidos, delinear el retrato del aplaudido y popular autor de *Sons que passam*, de *D. Jaime* y de *A Delfina do mal*.

Pero ántes queremos dar á conocer, siquiera sea rápida y someramente, otros rimadores del siglo actual, que sino han ganado tan alta nombradía en la república de las letras, merecen que se haga de ellos especial mencion. Los expondrémos por órden cronológico.

Nuño Pato Moniz nació en Lisboa el 18 de Setiembre de 1781. Discípulo de Bocage, pobre como él y como él desventurado, vivió del escaso producto de sus dramas, de sus loas y de sus trabajos periodísticos. Rencoroso, tenaz y violento enemigo del Padre Macedo, ha debido en gran parte su celebridad al *Portuguez constitucional*, diario político que fundó en 1820 y que le abrió dos años después las puertas de la Cámara popular. Sus artículos, redactados con espontánea facilidad, se distinguen por la pureza de la diccion y principalmente por la elegancia del estilo, que su entusiasta admirador Costa e Silva comparó hiperbólicamente al de Lamartine. Poeta lírico de fecunda vena, ha brillado más por el estudio que por el ingenio. Su poema heroi-cómico la *Agostinheida* es uno de los mejores que en su género nos ofrece el Parnaso lusitano, quizá el primero después del *Hyssope* de Antonio Diniz, ahora imitado por Simoes Diaz en *A hostia de oiro*. Los esbirros del absolutismo le arrancarron de la secretaría del Grande Oriente Lusitano, para deportarle á una de las islas de Cabo Verde, donde falleció en el más triste abandono, en fines de 1827 (1).

---

(1) Hé aquí una nota de las obras que ha dejado Nuño Alvarez Pereiro Pato Moniz. De las cuarenta composiciones dramáticas que ha dado al teatro, segun él mismo ha consignado en la pág. 345 del *exame analytico e parallelo do Oriente* sólo han llegado á imprimirse las siguientes, citadas por Inocencio da Silva: "A queda do despotismo." Lisboa, 1809.—Hay una edicion de Rio Janeiro, 1810.—"A gloria do Oceano." Lisboa, 1809.—"A estancia do fado." Lisboa, 1810.—"Dos triumphos bretões se apraz Diana." Lisboa, 1811.—"O mez das flores." Lisboa, 1822.—"O throno." Lisboa, 1812.—"Elogio recitado no theatro nacional da rua dos Condes, etc." Lisboa, 1810.—"O nome, elogio dramático que depois da batalha dos Arapiles, vindo á Lisboa o seu vencedor,

Soares de Passos, poeta de talento profundo y de imaginacion espléndida, murió cuando comenzaba á vivir, y su muerte ha sido una pérdida irreparable para la literatura portuguesa. Si hubiese alcanzado más larga existencia, su gloria eclipsaria la de todos los trovadores antiguos y modernos, desde los comprendidos en el *Cancioneirinho de trovas antigas* (1), que acaba de salir á luz en Viena, hasta los coleccionados en el *Parnaso lusitano* por el Vizconde de Almeida Garrett (2). La tísis pulmonar que le aquejaba, haciéndole presentir su próximo fin, dió un tinte de amargura melancólica á sus armoniosos versos. Siendo excelentes todas las

---

lord, marquez de Wellington, etc.» Lisboa, 1813.—Inocencio da Silva posee los siguientes dramas suyos inéditos: "Thermacia,» tragedia en cinco actos: "Os captivos portuguezes em Argel,» drama en tres actos; y "O anti-sebastianista desmascarado,» drama en tres actos. Con sus composiciones líricas podrian formarse ocho volúmenes: "Congratulação a patria.» Lisboa, 1808.—"Versos que a memoria e aos amigos de Victorino Jose Leite, etc.» Lisboa, 1811.—"Elmiro.» Sátira. Lóndres, 1812.—"Versos gratulatorios, etc.» Lisboa, 1816.—"Apoteose da augustisima rainha D.ª María I.» Lisboa, 1816.—"Agostinheida, poema en nueve cantos.» Lóndres, 1817.—"A apparição," poema elegiaco en cuatro cantos. Lisboa, 1818. Ha insertado numerosas odas en diferentes publicaciones. Entre sus escritos en prosa merecen citarse *Correio da Peninsula.* Lisboa, 1809 á 1810.—*Refutaç˜o analytica do folheto que escreven o Sr. J. A. de Macedo e intitulou Os Sebastianistas.* Lisboa, 1810.—*Exame critico do novo poema epico intitulado O Gama.* Lisboa, 1812.—*Justa impugnaç˜o do celebre syllogismo que apoiou o libro os sebastianistas.* Lisboa, 1810.—*Exame anallytico e parallelo do poema Oriente.* Lisboa, 1815.—*Sova no padre J. A. de Macedo.* Lisboa, 1822.—*O portuguez constitucional.* Lisboa, 1820 y 1822. Son tres volúmenes.—*Jornal da sociedade patriotica literaria de Lisboa, etc.*

(1) Cancioneirinho de trovas antigas colligidas de um grande cancioneiro da biblioteca do Vaticano, precedido de uma noticia critica do mesmo grande cancioneiro, com a lista de todos os trovadores que comprende, pela maior parte portuguezes e gallegos. Viena, 1870. El prólogo de este curioso libro que acabamos de recibir y que contiene poesías inéditas de D. Alfonso XI, el vencedor de Tarifa, del rey D. Denis y de su hijo Alfonso Sanches, está suscrito por F. A. de V.

(2) *Parnaso lusitano ou poesias selectas dos autores portuguezes antigos e modernos, illustradas com notas:* precedido de uma historia abreviada da lingua e poesia portugueza. Paris, 1826 y 1827. En esta composicion dirigida por Almeida Garrett se leen composiciones de los grandes poetas lusitanos, desde Sa de Miranda, Bernardes y Camões, hasta Curvo Semmedo, Tolentino y Garção. El primer tomo se ocupa de los poetas épicos, el segundo de los descriptivos, didácticos y bucólicos; el tercero y cuarto de los epigramáticos, satíricos y líricos, y el quinto de los dramáticos.—Hay todavía otra colección de poesías de autores contemporáneos, publicada en el Brasil: *Novo Parnaso lusitano ou poesias selectas dos mais afamados autores portuguezes modernos.* Rio Janeiro 18.... Son cuatro tomos. Hay tambien una coleccion puramente brasileña: *Parnaso brasileiro ou colleç˜o das melhores poesias dos poetas do Brazil,* tanto ineditas como ya impresas. Rio Janeiro, 1829. Se ha publicado tambien otra coleccion de poesías de cincuenta y dos autores de la provincia de Marañon. *Parnaso maranhense.*

poesías del inmortal Soares de Passos, abrimos á la ventura el único volúmen que ha dejado (1), y trascribimos *O firmamento*.

Gloria a Deus! eis aberto o libro immenso
o libro do infinito,
onde em mil letras de fulgor intenso
seu nome adoro escripto.
Eis de seu tabernaculo corrida
uma porta do veo mysterioso:
desprende as azas, remontando a vida
alma que anceias pelo eterno goso!
Estrellas que brilhaes n'essas moradas,
quaes são vossos destinos?
vos sois, vos sois as lampadas sagradas
de seus umbraes divinos.
Pullulando do seio omnipotente
e sumidos por fim na eternidade
sois as faiscas de seu carro ardente
ao volar a travez da immensidade.
E cada qual de vos um astro encerra,
um sol que apenas vejo
monarcha d'outros mundos como a terra
que formam seu cortejo.
Ninguem pode contar-vos: quem podera
esses mundos contar a que daes vida,
escuros para nos, qual nossa esphera
vos es nas trevas da amplidão sumida?

.....

E tudo outr'ora na mudez jazia
nos veus do frio nada:
reinava a noite escura: a luz do dia
era em Deus concentrada.
Elle fallou! e as sombras n'um momento
se dissiparam na amplidão distante!
elle fallou! e o vasto firmamento
seu veu de mundos desfraldou ovante!
E tudo despertou, e tudo gyra
immenso em seus fulgores;
e cada mundo e sonorosa lyra
cantando os seus louvores:

(1) *Poesias por A. Soares de Passos.* Porto, 1856. Passos nació en Oporto en 1826, y murió hace ya bastantes años. A los que encuentren ficultad en la traduccion del portugues les recomendamos el Diccionario español-portugues y portugues-español que acaba de ver la luz pública. Es incompleto, pero no hay otro. *Lexicon portuguez castelhano e castelhano portuguez das palabras mais usadas na conversaç ̃o*, por Cárlos Barroso. Lisboa, 1870.

cantae o mundos que seu braço impelle,
harpas da creação, fachos do dia,
cantae louvor universal Aquelle
que nos sustenta e nos espacios guia!
Terra, globo que geras nas entranhas,
meu ser, o ser humano
que es tu com teus vulcões, com tuas montanhas,
e com teu vasto occeano?
Tu es um grão d'areia arrebatado,
por esse immenso turbilhão dos mundos,
em volta do seu trono levantado
do universo nos seios mais profundos.
E tu homem, que es tu, ente mesquinho
que sobervo te elevas,
buscando sem cessar abrir caminho
por tuas densas trevas?
que es tu com teus imperios e colossos?
um atomo subtil de froixo alento:
tu vives um instante e de teus ossos
so restam cinças que sacode o vento.
Mas ah! tu pensas e o gyrar dos orbes
a razão encadeias;
tu pensas, e inspirado em Deus te absorves
na chamma das ideias:
allegrate immortal que esse alto lume
não morre em trevas d'um jarigo escasso!
gloria a Deus que n'um atomo resume
o pensamento que trascende o espaço!
Caminha, o rey da terra, se inda es pobre
conquista aureo destino,
E de seculo em seculo mais nobre
eleva a Deus teu hymno!
E tu, o terra, nos floridos mantos
abriga os filhos que em teu seio geras,
e teu canto d'amor reune aos cantos,
que a Deus se elevam de milhões d'espheras!
Dizem que ja sem forças, moribunda
tu vergas decadente:
oh! não de tanto sol que te circunda
teu sol inda e fulgente.
Tu es jovem ainda, a cada passo
tu assistes d'um mundo as agonias,
e tu rolas em tanto n'esse espaço
coberta de perfumes e armonias.
Mas ai! tu findarás! alem scintilla,
hoje um astro brilhante:
amanha ei-lo treme, ei-lo vacilla,

e fenece arquejante,
¿que foi? quem o apagou? foi seu alento
que soprou essa luz ja fatigada:
foram seculos mil, foi um momento
que a eternidade fez volver ao nada.
Um dia, quem o save? um dia ao peso
dos annos e ruinas,
tu cahiras n'esse vulcão accesso
que teu sol denominas;
e teus hirmaos tambem, esses planetas
que a mesma vida, a mesma luz imflamma,
attrahidos em fim quaes borboletas
cahiram como tu na mesma chamma.
Então, o sol, então n'esse aureo throno
que faras tu ainda
monarcha solitario e em abandono
com tua gloria finda?
tu findaras tambem, a fria morte
alcançara teu carro chammejante:
ella te segue, e prophetisa a sorte
n'essas manchas que toldam teu semblante.
¿Que são ellas? tal vez os restos frios
d'algum antigo mundo,
que inda referve em borbotões sombrios
no teu seio profundo,
tal vez envolta pouco a pouco a frente
nas cinzas sepulchraes de cada filho,
debaixo d'elles todos de repente
apagaras teu vacilante brilho.
E as sombras poisarão no vasto imperio
que ten facho allumia;
mas que vale de menos um psalterio
dos orbes na armonia?
Outro sol como tu, outras espheras
virão no espaço descantar seu hymno
renovando nos sitios onde imperas
do sol dos soes resplandor divino.
Gloria a seu nome! um dia meditando
outro ceo mais perfeito,
o ceu d'agora a seu altivo mando
tal vez caia desfeito.
Então mundos, estreias, soes brilhantes,
qual bando d'aguias, na amplidao disperso,
chocando-se em destroços fumejantes
dessabarão no fundo do universo.
Então a vida refluindo ao seio
do foco soberano,

pasara, concentrando-se no meio
d'esse infinito occeano:
e acabado por fin quanto fulgura,
apenas restarão na inmensidade
o silencio aguardando á voz futura,
o throno de Jehovah e a eternidade!

Juan de Lemos, hijo del Vizconde del Real Agrado, vino al mundo el dia 6 de Mayo de 1819. Es el representante más ilustre que tiene en su país la causa legitimista, el cantor más inspirado del antiguo Portugal. Desde 1848 viene combatiendo en primera fila, como redactor del periódico *a Nação*, por su Dios, por su Pátria y por su Rey. Ha dedicado numerosas composiciones al exmonarca D. Miguel, á encomiar sus virtudes, á llorar sus desdichas, y á fortalecer el ánimo abatido de sus dispersos secuaces. Los siguientes versos nos revelan todo lo que hay de noble en esta tarea.

Ai! triste, que triste coisa
viver assim!.. Pois nao e?
lidar sempre n'uma loisa
pondo um cadaver de pe!

Cuando leemos sus odas llenas de uncion religiosa, en las que se rinde ferviente culto á tiempos que no han de volver: cuando observamos la hidalga abnegacion con que en ellas se acata y se venera á una dinastía proscrita de la que nada se debe esperar ya, sentimos vivas simpatías hácia el autor, cortesano generoso del infortunio. Pero cuando recordamos que esos cantos se entonan en alabanza de un Príncipe aborrecido, sacrificador cruel é implacable de millares de víctimas inocentes, nuestro encanto se quiebra, nuestra ilusion se desvanece, y exclamamos con el mismo Juan de Lemos en su *Noite do Coliseu*:

Das mil figuras ja não resta a imagem,
como apagada essa visão la vae,
qual um retrato de gentil paisagem
n'um lago em rugas se uma pedra cahe!

La más celebrada de sus rimas es *a lua de Londres*. Todos sabemos que se aviva el amor de la pátria cuando vivimos en país extraño, léjos del suelo querido donde se meció nuestra cuna, léjos de la tierra sagrada donde reposan los huesos de nuestros padres; pero nádie habia acertado á expresar este sentimiento con tan dulce melancolía.

E noite : o astro saudoso
rompe a custo um plumbeo ceu,
tolda-lhe o rosto formoso
alvacento, humido veu:
traz perdida á cor de prata,
nas agoas não se retrata,
não beija no campo a flor,
não traz cortejo de estrellas,
não falla de amor as bellas,
não falla aos homens de amor.

Meiga lua os teus segredos
onde os deixaste ficar?
deixas-te-os nos arboredos
das praias d'alem do mar?
foi na terra tua amada
n'essa terra tão banhada
por teu limpido clarão?
foi na terra dos verdores,
na patria dos meus amores,
patria do meu coraçao.

Oh! que foi!... deixas-te o brilho
nos montes de Portugal,
la onde nasce o tomilho,
onde a fontes de crystal,
là onde veceja a rosa,
onde a leve mariposa
se espaneja a luz do sol,
la onde Deus concedera
que em noites de primavera
se escuta-se o rouxinol.

. . . . . .

Quem vio as margens do Lima,
do Mondego os salgueiraes
quem andou por Tejo acima
por cima dos seus crystaes,
quem foi ao meu patrio Douro
sobre fina aveia d'ouro
raios de prata esparzir,
não pode amar outra terra,
nem sob o ceu de Inglaterra
doces sorrisos sorrir.

. . . . . .

Eu e tu, casta deidade
padecemos igual dor,
temos a mesma saudade,
sentimos o mesmo amor:
em Portugal o teu rosto

de riso e luz e composto
aqui triste e sem clarão;
eu la me sinto contente,
aqui lembra-me pungente
faz-me negro o coraçao.
Ei-a pois, o astro amigo,
voltemos aos puros ceus,
leva-me, o lua, contigo
preso n'um raio dos teus;
voltemos ambos, voltemos
que nem eu nem tu podemos
aqui ser quaes deus nos fez:
teras brilho, eu terei vida
eu ja libre e tu despida
das nuvens do ceu ingles (1).

J. Palha, realista como Juan de Lemos y como Pereira da Cunha, debe principalmente su nombradía á la oda *A minha patria*, resúmen un tanto apasionado de la historia lusitana, que tomamos del único volúmen que ha dado á la estampa (2):

Vou erguer singello canto
á minha terra natal,
patria que inspire tanto
não houve, não ha igual!
Quem não treme ouvindo a fama
que os altos feitos proclama
d' este nobre Portugal?
quem não sonha com amores,
vendo o ceo e vendo as flores
vendo o Tejo de crystal?
Quem nas margens do Mondego
pode um suspiro abafar?
quem alli sera tão cego
que de ver não fique a amar?
o que for Mondego acima
dilo-ha rival do Lima
no seu terno murmurar,
nas suaves brandas queixas
que aos poetas mil endeixas

(1) Juan de Lemos Seixas Castelho Branco, ha dado á luz: *Cancioneiro*, primer tomo: *Flores e amores*. Lisboa, 1858: segundo tomo *Religi˜o e patria*. Lisboa, 1859.—Tercer tomo *Impresões e recordações*. Lisboa, 1867. Hay otra edicion brasileña ménos completa. *Poesias de Jo˜o de Lemos Seixas Castello Branco*. Rio Janeiro, 1847.—*O livro d'Elysa*: fragmentos (en prosa y verso). Lisboa, 1845.—*O christianismo*. Coimbra, 1843. *Maria Paes Riveiro*. Drama.

(2) *Poesias por J. Palha* (segunda edicion). Lisboa, 1858.

fizeram ambos soltar!
Tu es, o patria formosa
o mais formoso jardim!
caiste aqui linda rosa
da fronte de um cherubim!
Nem a Alhambra, nem Granada,
nem Veneza festejada
tiveram belleza assim!
Não te escedeu em riqueza
nem na rara fortaleza
a decantada Peckim!
Veio aqui soberba Roma
a quebrar sua altivez:
que com ferro e fogo a doma
Viriato-o montanhez! —
ao braço do lusitano
verga e cae o audaz romano
em sangue banhada a tez!
ainda as cinzas do imperio
repetem no cimeterio
*Viriato o portuguez*!
Hoje ainda os mouros tremem
de *Giraldo sem pavor*;
de raiva convulsos fremem
recordando o seu valor!
Em Ourique Affonso talha
com sua espada a mortalha
dos descrentes do senhor:
ao som dos hymnos da guerra
João segundo os enterra
em Arcilla en Azancor!
Hespanha, vaidosa Hespanha,
gemendo curva a cerviz,
que quasi a c'roa lhe apanha
D. João – Mestre d'Aviz—
Portugal, bem fez teu povo
quando em seu esforço novo
dom João por seu rei quiz;
foi entao que a Espaha escrava
tremendo seus ollos crava
na patria d'Egaz Moniz.
*Aljubarrota! Valverde!*
repete do mundo a voz:
ao longe o ecco se perde
onde os gelos vivem sos!
era a espada formidavel
de dom Nuno o condestavel,

o sol dos nossos avos!
todos os loiros da gloria
das batalhas a victoria
tudo era então por nos.

Onde vao essas galeras
cortando as aguas do mar?
onde vão—que novas eras
Portugal ha de marcar?
Nas ondas que não conhecem
que nunca, nunca adormecem
que tentam ellas buscar?
Oh! quem e esse valente
que olhando p'ra o oriente
vae o caminho a apontar?

Oh! quem e? como se chama
esse guerreiro da cruz?
e portuguez, e o Gama
que a patria da nova luz!
la brada —"não temo a morte
"que a vida confio a sorte
"por meu rei e por Jesus!
"da patria o nome não finde
"que Mozambique e Melinde
"na sua historia eu ja puz."

O vasco, teu alto feito
e grande mas tem rival,
que os brios ardem no peito
d'Alburquerque e de Cavral!
Tambem em terra estrangeira
pregaram nossa bandeira
sem medo do vendaval:
descobriram—conquistaram
como tu tambem bradaram
por Jesus e Portugal!

Se o braço dos portuguezes
era como o de sansão,
tão forte como os arnezes
tambem era o coraçao!
Nem vis promesas, nem medo
nem oiro dado em segredo,
lhes comprava uma traiçao,
que la'sta—e d'esso timbra
o castello de Coimbra
a lançar esse pregão!

Mas não foi somente a guerra
quem tanto nome lhe deu;
que importam coisas da terra

a quem as teve do ceu?
o oiro trocar-se em rosas
n'essas eras milagrosas
uma rainha mer'cen!!
virtude na monarchia,
meigo amor, doce poesia
tudo deus nos concedeu!

Oh! que amor terno e constante
foi esse da pobre Ignez!
que o diga o cedro gigante
que a escutou tanta vez,
quando, triste e pensativa,
vinha ao fosque fugitiva
quebrar da noite a nudez,
ai! que o repita, que o conte
o murmurio d'essa fonte
que vinha beijar-lhe os pes!

E que amor-e que poesia
teve Luiz de Camões!!
foi o senhor da harmonia
foi o rei dos corações!!
Curvae-vos genios do mundo
que o Camões não tem segundo
em tão sublimes canções!
tu, o patria o rosto cobre
que o teu Camões morreu pobre
da miseria nas soidões!

Eu bem sei: sendo teu filho
não debera assim fallar;
mas desde então o teu brilho
começou de se apagar!
na batalha que perdeste
tu—cançada adormeceste
do teu sceptro procurar!
Camões a patria desculpa,
que a patria nao teve a culpa
não pode a tempo acordar!

Tanto sangue derramado
la nesse Alcacer-Kivir
fez-lhe o somno tão pesado
que teus ais não poude ouvir,
que so deu signaes de viva
quando da Hespanha captiva
quiz o jugo sacudir!
desde então ate agora
n'esse somno que a devora
tornou de novo a cair!

Acorda! que o tempo corre,
que o dormir não e viver!
uma nacão tambem morre
tambem a tumba a de ter!
patria,—patria ouve este canto
de um filho que te quer tanto
qual nenhum te pode qu'rer!
erguete desse teu leito
que inda tens dentro no peito
um coração a bater!
Se os loiros murcharam tanto
que se precisem regar,
todo o meu sangue, o meu pronto
aqui te venho offertar.
Eu darei a minha vida
por não ver mais abatida
a minha terra sem par!
Oh! deixa de ser espectro
patria toma o teu sceptro
e tornaras a reinar.

Raimundo Bulhao Pato nació en Bilbao en 1830; y no es español únicamente por el lugar del nacimiento, lo es tambien por su aspecto, por su ademan y por la entonacion vigorosa de sus versos. Sus novelas, en las que figura siempre como protagonista, pudieran más bien llamarse memorias. Abundan en todas ellas las descripciones exactas, y los diálogos naturales, fáciles, vivos y chispeantes; pero excede en mérito á las otras la que se titula *Pallida estrella*. Como poeta se propuso marchar por un nuevo sendero, distinto del romántico, en aquellos lúgubres tiempos en que la dolorida musa portuguesa, pálida y llorosa, no osaba exhibirse sin una corona de cipres en las sienes y un puñal ensangrentado en la diestra. No queremos juzgar su poema *Paquita*, porque de él, como de *El diablo mundo,* solamente han salido á luz los primeros cantos. La versificacion es fluida, robusta y armoniosa. Bulhão Pato que ha tomado por modelos á Byron y á Espronceda, abusa de los defectos de ámbos, sembrando de episodios sus narraciones, y pasando repentinamente del estilo poético y sublime al más llano y familiar (1).

(1) Este abuso de los episodios tiene tambien sus precedentes en la poesía antigua de Portugal, como nos lo prueba la siguiente octava del poema burlesco de Jacinto Freire da Andrade, fábula de *Polifemo e Galatea.*

Ai de mim quantos criticos agora
dirão que me esqueci de Polifemo,

Um erro apenas, uma falta leve,
um pensamento rapido que seja
a fonte pura te desbota em breve.
Es como o lyrio que no prado alveja,
que ao sol abrira vecejante e bello,
mas que um so dia d'existencia teve!
Pobre innocencia e pobre sobre tudo
de ti, leitor, que vendo de repente
arrojar-se ao estilo campanudo
minha musa, cuidas certamente
que entrando nos dominios da elegia
começa á declamar em tom pungente!
.....
Se o prisma enganador da juventude
que aos olhos d'alma nos reflecte o mundo
como um edem d'amor e de virtude
não trouxesse depois descrer profundo
quando se rompe desfazendo o enlevo
que a razão por instantes nos illude.
A vida então..... Em fim seja cortada
esta verva de ideas mal seguras:
quebram-se os lances, fica a acção parada
destroe—se a *mise en scene* das figuras
quando na parte principal do drama
se demora o autor em conjeturas (1).

Francisco Gomez de Amorim nació en Avelomar el dia 13 de Agosto de 1827. Siendo niño, pidió limosna en los caminos para sustentarse y sustentar á su madre. Cuando tuvo fuerzas para levantar del suelo una azada, le dedicaron á los duros trabajos de la agricultura; y así pasó de mendigo á jornalero. Rendido por el trabajo material y ávido de fortuna, emigró al Brasil. Merece ser conocida la relacion, hecha por él mismo, de sus aventuras, ó mejor dicho de sus desventuras en aquel apartado Imperio. ¡Qué

---

e que me culpa Apollo esta demora
pois tanto ao largo mar ei feito remo,
de poeta enfermey ja n'algum hora,
e ainda hoje os epizodios temo:
colhi minimo esta desventura
curey-me com Camões, errey-me a cura.
(*Fenix renascida*, tomo III, pág. 313).

(1) Raimundo Bulhao Pato, escribiente en el Ministerio de Obras públicas, ha dado á luz *Poesías*. Lisboa, 1850.—*Versos*. Lisboa, 1862.—*Paquita*, seis cantos com uma carta do Sr. Alexandre Herculano. Lisboa, 1866.—*Digressões e novellas*. Lisboa, 1844.—Rebello da Silva ha publicado un estudio bibliográfico-crítico de Bulhao Pato en la *Revista contemporanea*, tomo 1, pág. 539.

senda de abrojos ha recorrido para llegar á la modesta posicion que hoy ocupa en el Ministerio de Marina, como teniente de la Armada!—«Me vendieron para el Brasil; y esa segunda pátria, á la que »tanto amo y tanto debo, me vió muchas veces esconder mi des»nudez y mi miseria en sus bosques, y me sustentó con los frutos »de sus florestas vírgenes. Rasgué muchas veces no solamente los »piés, sino el cuerpo todo en los espinos de las llanuras; he regado »con mi sangre sus campos, sus rios y sus lagos, trabajando como »los negros en las rocas, remando en las canoas dias y noches en»teros, como los forzados de las antiguas galeras. Mis señores me »hacian ya carpintero, ya plantador, ya remero, segun las conve»niencias de su servicio; no me daban siempre de comer, y se son»reian con desdeñosa ironía cuando veian caer la piel de mi cuerpo »como sucede á las culebras, porque yo andaba casi siempre sin »camisa—por no tenerla—expuesto al sol de los trópicos.»

Encorvado sobre la abrasada tierra brasileña ha sabido enderezarse y erguirse, á fuerza de inteligencia y de perseverancia, hasta la intimidad de un hombre eminente, del Vizconde de Almeida Garrett. Pobre, humilde y oscuro bracero, ha arribado al alto honor, envidiado y no conseguido por otros que habian nacido grandes, de recoger como amigo el último suspiro y la postrer sonrisa del autor de *F. Luis de Sousa!* Maravilloso poder del talento! Sólo él explica los prodigios líricos y dramáticos de Gomes de Amorim. Entre sus poesías marítimas hay algunas de mérito superior, si bien se abusa en ellas del tecnicismo de la marina. Son bellísimas estas décimas de *O deserto*:

Andae caminho de leste:
vede-como o sol discorre!
se vos perdeis para oeste
e mais um que por la morre.
A galope como o vento
quasi como o pensamento,
vosso cavallo arrancou!
os lagos, o monte, a selva,
os prados de verde relva
ja tudo ao longe ficou!
Livre sois em novo mundo
um mundo de immensidade!
Neste silencio profundo
reina eterna a libertade.
Mas o horisonte não morre!

mais vosso cavallo corre,
mais elle foge de vos!
e na distancia uniforme
dorme o ceo e a terra dorme,
devastada, muda, atroz.
Vendo cansar o cavallo
cedeis tambem fatigado,
não sentis o mesmo abalo
que vos tinha enthusiasmado;
quereis voltar..... Para onde!
todo o vestigio se esconde!
nada vos pode guiar!
Nem o sol! do dia em meio,
como vai ou donde veiu,
ja não podeis affirmar.
Silencioso, frio e morto
o deserto vos suspende:
vossa vista sem conforto
debalde ao longe se estende.
Nem uma nascente pura!
nem um ramo de verdura
que vos libre do calor!
o ar parece uma chamma
que vossos pulmões inflamma
sob um ceo abrasador!
O cavallo triste, inquieto
sem alento, afrouxa os passos:
do paiz ao nudo aspecto
como vos mede os espaços.
Interroga o solo ardente;
ve com magoa o chao candente,
queimando a vegetação:
ve so terras calcinadas
e nas plantas abrazadas
refrigerio busca em vão.
Busca em vão nos horizontes
os bosques dos cacaveiros,
o lago, a crista dos montes,
as urnas dos cajueiros.
De repente erguendo a crina
co' a vista mede a campina
e parte e corre veloz!
larga-e a redea ao cavallo!
não cureis de gobernal-o
que save mais do que vos!

*

Su composicion al Minho termina con esta sentida octava, que no se desdeñaria ciertamente de firmar ningun gran poeta:

Se a fortuna que me odeia tanto,
abrandar algum dia seus rigores,
permitindo que eu torne a ver o manto
com que te vestes de perpetuas flores,
então me pagaras o pobre canto
dando-me quando findem minhas dores
la onde se ouve o rouxinol e a onda,
um lençol de verdura que me esconda (1).

Luis Augusto Palmeirim, empleado en el Ministerio de Obras públicas é indivíduo de la Academia Real de Ciencias, nació en Lisboa el 9 de Agosto de 1825. Tenía hace años inmensa popularidad en Portugal, sin duda porque su musa es esencial y exclusivamente lusitana. Ha cantado al Tajo y á Camões; ha cantado las glorias y las tradiciones de su pátria; ha cantado esas leyendas romancescas que el pueblo refiere al amor de la lumbre en las largas noches del invierno.

Contra la costumbre de sus compatriotas lee á Espronceda, á Larra y á Zorrilla; y alguna de sus composiciones, como *A caçada real*, nos hace creer que lee tambien nuestros antiguos romanceros. Ha tomado versos españoles por epígrafes de sus letrillas, y hasta ha traducido en verso portugues una poesía de Bermudez de Castro, bajo el título de *O arave*. *O sebastianista* nos va á dar una clara muestra de la especialidad de su talento:

Que lindas barbas nevadas
aquelle belho não tem!
foram nascidas creadas
como não pensa ninguem!
Corta-las! nao corta o velho
são-lhe as barbas um espelho

(1) Amorim ha dado á luz las siguientes obras: "Ghigui," drama original en cinco actos. Lisboa, 1827.—"Versos:" primer tomo "Cantos matutinos," 1858: segundo tomo "Ephemeros." Lisboa, 1866.—"Uma viagem ao Minho." Artículos publicados desde 1853 á 1856 en el *Panorama*.—"A viuda," comedia en dos actos representada en 1852.—"O casamento e a mortalha," comedia proverbio en dos actos, id. en 1853.—"O melodrama dos melodramas," disparate carnavalesco en cuatro actos, id. en 1857.—"A escravatura branea," en cinco actos.—"A comedia da vida," en cinco actos.—Don Sancho II," en cinco actos y un prólogo. Fué colaborador de los diarios políticos *O Patriota*, á *Regeneraç ão*, y á *Reforma*.

da sua crença leal:
dias e noites á barra
consulta no seu Bandarra (1)
a sorte de Portugal.
Consulta, tem fe n'aquillo,
poz no libro o coração;
interpreta-lhe o sigillo,
lê n'elle sebastião!
conhece, soletra o dia
em que a velha monarchia
do sepulchro surgirá.
E propheta! ate nos marca
as horas a que o monarca
d'alem mundo voltará.
D'alem mundo? da batalha
por milagre s'escapou.
Renegando da mortalha
da e roa não renegou
Ha de vir. Nas prophecias
dos modernos Isaias,
ha uma que diz assim:
„se conservarem a finco
„no anno de um tres e um cinco
„espere o povo por mim."
Quem se atreve a ler as sinas
d'este meu condão real
soletre nas cinco quinas
os fados de Portugal.
Traducidas, convinadas
trazem as eras marcadas.
as eras da redempçao;
não n'as leiam os profanos
qu'inda tem de passar annos
antes d'essa traducção
Portugal nunca vencido,

(1) Bandarra era un zapatero portugues. En nuestra Biblioteca Nacional existe una coleccion manuscrita de sus profecías. Eran tan numerosos los profetas á fines del siglo XVI en España, como puede verse en el *Tratado de la verdadera y falsa profecia.* Hecho por D. Juan de Orozco y Covarrubias, Arcediano de Cuellar en la Santa iglesia de Segovia. Con privilegio. En Segovia por Juan de la Cuesta, 1588. No debe por lo tanto extrañarse que hayan ganado tal popularidad en Portugal las profecías de Bandarra. En el *Cancioneiro e romanceiro geral portuguez*, por Theophilo Braga. Porto, 1867, tomo I, pág. 203, hallamos citadas las siguientes obras de Bandarra: *Paraphrase a concordancia de algumas prophecias de Bandarra.* Pavia, 1603.—*Trovas do Bandarra*, apuradas e impressas por ordem de um grande senhor de Portugal. Nantes, 1644.

antes sempre vencedor;
pelo meu brazo remido
cobrará novo vigor.
Mais vera quem tiver vista,
seguirem do rey a pista
estranhos novos pendões
das terras d'alem do Ganges.
avançarem as phalanges
dos portuguezes leões!
Ai! quem me dera no peito
ter a fe que muitos tem!
ás prophecias affeito
não n'as cedera a ninguem!
Fora-me o peito sacrario
onde como em relicario
guardara fe ao meu rei:
em propheta me elevara
como os mais interpretara
altos segredos da lei.
Fora-me á ilha encoverta
"que muita gente ja viu"
deijara la por offerta
o que meu peito sentiu.
Aos que julgam o rei morto
dizendo como o la vi;
d'olhos pregados na barra,
buscara no meu Bandarra
a crença que ja perdi.
Montado no seu cavallo
n'um dia de cerração
quem quizer pode ir espera-lo
el-rei don Sevastião.
N'ista terra que e tão minha
haverá então rainha
governando Portugal!
Mas quer Deus que haya en Lisboa
quem do reino se condoa,
dandome a voz do Real.
Se alguem duvida do dia
aqui lhe ponho os signaes
como resa a prophecia
como ella resa não mais.
Como sagrada vedeta
veras no ceu um cometa
de grandesa colosal;
o corpo de um grande santo
em terras de Portugal!

Andaram todos em guerra
por essas terras d'alem,
nem nas cavanas da serra
vivira em paz ninguem.
Por tres noites e tres dias
haverão mil agonías
que eu aquí lhes não direi:
andará tudo de lucto,
sem os campos darem fructo
sem nemguem seguir a lei!

As arvores pendendo curvas
seccarão pela raiz:
as fontes correrão turvas
como o propheta nos diz:
os peixes fugindo a sorte
nas turvas ondas do mar;
nem o sol sera brilhante
nem na serra mais distante
brilhará luz do luar.

Mas pasados sete dias
e sete noites tambem
la dizem as prophecias
não deve temer ninguem.
Não deve. Que do nascente
segundo cre muita gente
vira vindo a cerração:
e depois d'ella desfeita
surgira a velha seita
d'el rei don Sebastião.

E depois por muitos annos
vivirá o bom do rei
ensinando a nos prophanos
a crermos na sua lei.
Tudo então sera festejo
parece que ja o vejo
moço ainda governar
sem d'Alcacer ter saudade
nem mesmo sequer vontade
de novo por la voltar.

Ate la tem muita gente
de espreitar occasião,
em que volte diligente
el rei don Sebastião
os signaes ja tem chegado
em que o moço desejado
cumpra a palavra real:
em que se apresse de novo

a festejar o seu povo
em terras de Portugal (1)

José Freire de Serpa Pimentel, Vizconde de Gouvêa y Par del reino, nació en Coimbra en 1808. Se ha supuesto, ignoramos con qué fundamento, que él ha inventado los *Solaos* (2) como Cam-

---

(1) Luis Augusto Palmeirim ha publicado *Poesías*. Lisboa, 1851. Hay otras dos ediciones, una de 1853 y otra de 1859. Divídese este volúmen en tres libros que se titulan así: 1.° *Poesias lyricas*; 2.° *Poesias populares*; 3.° *Recordações da Peninsula*. Ha dado á luz las siguientes comedias: "O Sapateiro d'escada," en un acto, 1856: "Como se sove ao poder," en tres actos. Lisboa, 1856.—"A Domadora de feras," en un acto. Lisboa, 1857.—"Dous casamentos de conveniencia," en tres actos. Lisboa, 1857.—"A familia do Sr. Capitão mor," cuadros de la vida de provincia. Lisboa, 1854.—"Georgica, fragmento de um poema." Lisboa, 1859.—"Fadario domestico de João Grainha.—João de Andrade Corvo," estudio biográfico. Lisboa, 1860.

(2) "O solao era um canto de amor, de origem puramente provenzal, e tanto que "so o achamos citado por Bernardim Ribeiro e Sa de Miranda, poetas cultos e palacia-"nos, em que e mais sensivel a influencia dos trovadores. Era pois o *solao* canto de "amor, pelo que vemos dos versos de Bonifacio Calvo, cantando Alfonso X pela pro-"tecção a *Gaia Sciencia*.

Eu quer cab sai chaz e solatz, etc.

"Do solao nos fala Bernardim Ribeiro.—"mas recolhidas que ellas foram aquella "camara da fresta, onde dormiam e pondosse a ama a pensar á menina, sua criada, "como sabia, como pesoa agastada de algum novador, se quin tornar as cortegos e co-"meçou ella entam contra a menina, que estaba pensando, cantar-lhe um cantar a "maneira de *solao* que era o que nas cousas tristes se acostumaba n'estas partes."

"D'aqui procuraron deducir o caracter plangente e lyrico do solao: affirmava-o o Garrett—sem conhecer o seu origem provençal. Bluteau e Moraes derivavam—o do la-"tim *solatium*, consolação, allivio de uma pesoa so. Meras hipoteses. Na lingua *d'oe* "solau quer dizer o sol; e assim como a *alvorada* e a *serenada* eram cançoes que tira-"vam a sua denominação da hora a que eram cantadas, o *solao* era um canto de amor, "sem outra differença mais do que ser cantado de dia.—E tal vez a redondilla que da "ao *solao* um tanto do caracter narrativo do *romance*, que se nota do que d'elle affir-"ma Sa de Miranda:

Que se os velhos *solaos* falam verdade
bem save ella por prova, como amor
magoa, e havera de mim piedade.

"Sublinhamos estas palavras, para observarmos que nem sempre era o solao para "canto ainda que Sa de Miranda em outro lugar diga:

*Contando* dos seus *sol~os*
que me façam merecer...

"A opinião de Garrett, a quem um senso esthetico profundo, uma intuição viva de "todos os sentimentos fazia tocar a verdade mesmo nas questoes mais controversas é "n'este punto infundada:—"o *solao* era sempre cantar triste, como indica Bernardim "Ribeiro. Narrativo e elle tambem, pelo que tão claro nos diz Sa de Miranda. Mas "uma cousa não exclue a outra. Eu inclino-me a ver que o *sol~o* e um canto epico or-"nado, em que as effusões lyricas acompanham a narrativa de tristes sucessos, mais

poamor ha inventado las Doloras. El Solao, que tiene su orígen en el provenzal, es una leyenda breve, aunque no tanto como la Dolora, y expresa ordinariamente un pensamiento triste. Trasladamos aquí *O Cid*, que es uno de los más cortos.

Está sentado em seu throno
o senhor rei de Leão,
D. Fernando o poderoso
o valente capitão,
a fazer justiça aos povos
c'os maiores da nação.
Porta dentro espada ao cinto
pesado lucto arrastando
trinta novres escudeiros
cavisbaixos vem entrando:
vão-se apoz elles de damas
duas alas avistando.
Eis no cavo a mais formosa,
e tambem a maioral
exparça a negra madeixa
pelo seio angelical
estendendo a mão de neve
para a diadema real.
*A dama.*—Eu sou orphã, senhor rei
orphã tua e da ração
porque de espada na mão
lhe guardou meu pae a lei:
que meu pae é morto, rei
vos o saveis ¡negra dor!
E a caveça do traidor
que sobre elle a mão alçou
que no chão morte o deixou...
essa caveça senhor...
Donna Ximena me chamam
filha do conde Sousão
cujas memorias em vão
todos presam, todos amam;
vingança as cinzas reclamam;
ninguem ousa de o vingar,
que o matador foi Vivar

"para chemer e chorar sobre elles do que para os contar ponto por ponto.—"Em outro "logar acrescenta "o *solao* e mais plangente e lyrico, lamenta mais do que raconta o "facto: tem menos dialogo e mais carpir: as vezes como no *solao* da *Anna* em Bernar-"dim Ribeiro não ha senão o lamento de uma so pessoa que vae alludindo a certos "sucessos, mas que os não conta." *Historia da poesia popular portugueza*, por Theophilo Braga. Lisboa, 1867, pág. 79.

foi o Cid aventureiro...
se foras rei justicieiro
o Cid havias matar.
Mas es mau rei, meu senhor,
que apadrinhas um vilhão,
que não ques dar-me razão
a razão da minha dor.
Es mau rei que ao lidador
que tem pendon e castello
que tem caldeira e cutello
deixas impune viver;
e que a uma fraca mulher
negas justiça por elle (1).

*El rei.*—Dom Rodrigo de Bivar
esta dama ves aqui,
filha do conde Sousão,
orphão por amor de ti.
Por lhe dar satisfacção
cedes-lhe um castello?—Não.
—Em vingança de teu pae,
mui bom filho e mau vasallo,
mataste o conde Sousão:
a mim cumpre resgata-lo
e dar a filha razão:
das-lhe a tua espada?—Não.
—Rei sou, eu faço justiça;
tu juraste-me o teu preito
se estender a minha mão
muito rei me cai subjeito
quatro villas campeão
a Ximena cedes?—Não.
—Como monarcha na guerra
tributarios ja ficeste;
todos te derão razão
vida a todos concedeste
e negas satisfacçao
a tão bella dama?—Não.

*O Cid.*—Rei senhor, não arreceio
tua senha e poderio:
deutro do meu alvedrio

(1) Encontramos muy naturales estos sentimientos de Jimena, pero difieren bastante de los que la misma expresa en la *cronica e leyenda de las mocedades de Rodrigo*, citada por Amador de los Rios en su *Hist. crít. de la lit. esp.*, tomo III, pág. 89.

355.—Quand l'vio Ximena Gomes | la mano l'fue a besar:
Mercet, dixo, sennor | non lo tengades a mal;
Mostrarvos he assosegar Castiella | e a los regnos otro tal:
Datme a Rodrigo por marido | aquel que mato a mio padre.

so eu tenho senhorio:
alguem que o negue, matei-o.
Rei, cobarde não sou eu
que ferisse cual vilão,
cravei ao conde Sousão
um punhal no coração
porque traidor me offendeu.
E que seja rei ou papa
ou de Roma imperador
ou de deu mundos senhor
saiva eu que o vil traidor
d'este ferro não me escapa.
Filha do conde Sousão
não te dou castello ingente
nem minha espada valente
nem uma villa somente
pois não te devo ranão.
Mas roubei-te a protecção
o carinho do pae teu,
e dom Rodrigo sou eu;
por não ser devedor teu
de esposo te offerto a mão.
E nas faces da doncella
despontou meigo rubor...
el-rei descendo do throno,
abraçou o campeador:
dou-te mais oito castellos,
generoso lidador.
E a mourisma n'esse dia
durante as bodas reaes
sem temor de dom Rodrigo
as correrias fataes,
a vez primeira d'um jacto
dormeu em seus arraiaes (1).

---

(1) Serpa Pimentel ha publicado: *Solaos*. Coimbra, 1839.—*Cancioneiro*. Coimbra, 1849.—*Tradicões caballeirosas da minha patria*. Coimbra, 1860.—*A moura de Montemar*. Novela, 1840.—*D.ª Lucinda Moniz*, solao en tres partes. 1842.—*S. Tiago e Belzebuth*, solao en seis partes. Lisboa, 1844.—*As solidoes*, poema do barão de Cronegk, trad. da escolha de poesias alemanas de Huber e algumas poesias portuguezas feitas ao Busaco en 1835. Coimbra, 1835.—"Dom Sisnando, conde de Coimbra," drama en tres actos. Coimbra, 1838.—"O Almanzor Aben-Afan, ultimo rei do Algarve," drama en tres actos, premiado por el jurado de Oporto. 1840.—"D. Sancho II," drama histórico en prosa. 1846.—"A boda em trages de frasqueira," farsa representada en el teatro da rua dos Condes. "A actriz," drama en tres actos i en prosa, representado en el mismo teatro. "Uma judia na corte d'el rei D. João III," drama en cinco actos y nueve cuadros. 1845.—"*A morte da Infanta D.ª Maria Telles*, episodio. Coimbra, 1841.—*O infanção das trovas*: fragmentos de uma historia. Coimbra, 1843.

Teófilo Braga es un escritor de vasta y profunda erudicion, de excesiva erudicion, porque en ocasiones aglomera de tal modo las citas y se remonta tanto en el estilo, que apénas puede seguirle el lector. Si moderase sus altas y trascendentales aspiraciones filosóficas, y se expresase en lenguaje más llano é inteligible, gozaria mayor crédito. Oigamos estos versos suyos á Grecia:

Oh Helade! irmam gemea da harmonia,
lindo sonho d'amor virginio seio,
alva concha do mar, deusa engraçada
tens por nymphas as cicladas dispersas
e teu dosel esplendido um ceo puro
quando te ergues risonha e deslumbrante
do azul da vaga ionía!
Oh musa antiga,
são teus soltos cabellos fluctuando,
sonoras cordas de maviosa lyra;
tua fama um gemido d'harpa eolia,
tua alma e o riso, a infancia Anacreonte
o beijo da poesia. Es aureo cinto
que em mimoso tropel confunde as graças!
Oh lyrio sobre a lapide nascido
dos seculos preteritos floresce,
abre o calice as lagrimas da aurora,
deixa aspirar-te o matinal efluvio;
Grecia, lirio singelo, inmarcesivel!

En otro de sus volúmenes leemos estos endecasílabos:

A longingua soidão d'ignotas plagas
aonde a testemunha da escriptura,
em meio d'atras ponteagudas fragas
dorme ha longa paz da sepultura,
ao pio d'aves negras aziagas
que ali revoam pela noite escura,
chega a campa o leão robusto e velho,
a dura garra asenta no evangelho:
a raça de Enobarbo em Gandio estua,
ebria ao som de improperios mais devassos!
So a proterva paz com que reflua
resto da vida para os membros lassos!
ella oculta essa ulcera atroz, nua
nos retalhos da purpura, pedaços
arrancados da purpura do Christo.
Sentiu se então na funda sepultura
um ruido, como o d'ardida phalange!
que viu sahir da horribil espesura

mão ignota brandindo igneo alphange!
não altera o vidente a impia loucura
de Roma: mas a ossada fria range
ao pensar que esse vervo que elle adora
Mollock um dia os filhos seus devora (1).

Todavía existen otros muchos poétas portugueses, entre los que lecordamos á Simões Dias, sencillo, no siempre correcto y un tanto ribre en sus cuentos satíricos (2): á Augusto Lima, en cuyos can-

(1) Teofilo Braga ha publicado: *vis ão dos tempos: antigüedade homerica: harpa de Israel: Rosa mística.* Porto, 1864.—Tempestades sonoras: *segunda parte da vis ão dos tempos.* Porto, 1864.—*Poesia do direito* (en prosa). 1865.— *Historia do direito portuguez: os foraes.* Coimbra, 1868.—*Theses sobre os diversos ramos do direito,* as quaes na universidade de Coimbra em 1868 defendera Joaquin Theophilo Braga. Coimbra, 1868. *Contos phantasticos* (prosa). Lisboa, 1865.—*Cancioneiro e romanceiro geral portuguez.* Coimbra, 1867.—*Folhas verdes. Versos dos quinze annos,* segunda edicion. Porto, 1869. En este libro de poesias hay cierta tristeza afectada, tristeza que el mismo autor confiesa en la composicion *e triste a minha musa*:

é triste a minha musa
como o correr da fonte
como o gemer do mar!
triste como o horisonte
como a visao confusa
das noites de luar.

Pero en cambio, hay sencillez y naturálidad en la forma. ¡Qué fluidez en la *barcarola*!

Minha barca porfiosa
sobre as ondas voluptuosa
ai, sempre a sos,
corre nas azas do vento
como corre o pensamento
mais veloz.

(2) J. Simões Dias, nació en 1841. Publicó *O mundo interior,* poesia lírica. Segunda edicion. Coimbra, 1867.—*Coroa de amores,* un volúmen.—*As peninsulares,* cancoes meridionaes. Elvas. 1870.— Una de las mejores poesias de *as pen'nsuldires* es a *Barcarola.*

Meu amor e marinheiro;
anda nas aguas do mar
quando elle a terra voltar
ai, que prazer!
Meu amor que anda no mar
quem mo dera agora ver!
Eu venho todas as tardes
sentar-me a beira do mar
constantemente a pensar
que o vejo vir;
ai! nevoas que andam no mar,

tos hay cierta melancolía monótona (1): á Pinto Ribeiro, versificador elegante (2): á Alejandro José da Silva Braga, uno de los más ingeniosos discípulos de la escuela romántica (3): á Faustino Novaes, rimador satírico de claro talento y escasa instruccion (4):

---

não m'odeixam descobrir.
Assoma ao longe uma vela
quem vira no alto mar?
Remos traz, vem á remar,
¡barca tão linda!
ai! barca, fazes-te ao mar;
meu amor não es ainda.
Gaivotas que estaes pousando
nas rivas da praia-mar
dizei-me se ha de voltar
quem tanto adoro
Ah! se o virdes no alto mar
dizei-lhe se en canto ou choro,
Dizei-lhe que o seu amante
com os olhos fitos no mar
passa os dias a chorar:
erma e sosinha.
Dizei-lhe que junto ao mar
sua triste amante definha.
Mas alem começa agora
perdido no azul do mar
um pouto branco a alvejar,.,
¡ai como o anhelo!
la vem, la vem no alto mar;
graças, meus Deus, torno a vel-o!

Publicó además Simões Dias *A hostia de oiro*, poema heroi-cómico. Elvas, 1869.—El diálogo del canto III entre Paulino y el canónigo D. Mateo, no se distingue ciertamente por su austeridad.

(1) Augusto José Gonzalez Lima, nació en Odivelas en 21 de Diciembre de 1823. Publicó *Murmurios*, 1851. Estas poesias fueron muy elogiadas por Lopes de Mendonça, pág. 242.

(2) Joaquim Pinto Ribeiro, nació en Oporto el 16 de Mayo de 1830. Vivió largo tiempo en Rio Janeiro. Dió a luz *Lagrimas e flores*. Porto, 1854. Hay otra edicion posterior. *O veterano e mendigo*, publicado en *Lysia poetica*, magnifica coleccion impresa en Rio Janeiro por Manuel da Silva Mello Guimarães.—*Coroas fluctuantes*. Lisboa, 1854.—Este tomo de poesias ha merecido grandes encomios de Camilo Castello Branco en *Prosistas e prosadores*. *Cartas a Ernesto Biester*, 1864.

(3) Alejandro Jose da Silva Braga, nació en Oporto en 14 de Marzo de 1829. Escribió *Vozes da alma*. Hay dos ediciones de este libro, ámbas de Oporto, una de 1849 y otra en 1857.

(4) Faustino Javier de Novaes, platero, nació en Oporto en 1822. No ganando lo bastante en su oficio, emigró al Brasil en 1858. Publicó *Poesias*. Porto, 1856. Además dió á luz el mismo año, y tambien en Oporto, con Antonio Pinheiro Caldas, *O Bardo*, diario de poesías inéditas.

á Luso da Silva, mediano poeta bucólico (1), y á otros que nombrarémos sin comentarios: Fonseca Neves (2), Pompilio Pompeu (3), Augusto E. Zuluar (4), Juan Bernardo da Rocha Loureiro (5), Cardoso de Menezes (6), Pinheiro Caldas (7), Silva Ferraz (8), Pereira

---

(1) Augusto Luso da Silva, profesor de historia y geografía, nació en Oporto en 22 de Febrero de 1827. Publicó *Rimas*. Porto, 1852.

(2) Antonio Pinto de Fonseca Neves, nació en Oporto en 1784, y murió en 1836. Publicó *Obras poeticas*. Lisboa, 1822.—*Dialogo entre dous corcundas. Ribeiro no seu Casal, e Casal no seu Ribeiro.* Lisboa. 1821.—*Resposta ao manifesto que o peccador convertido Jose Agostinho de Macedo fez a naç˜o portugueza.* Lisboa, 1824.—*Surra no padre J. A. de Macedo e no seu apologista C. S. D. F.* Lisboa, 1822.—*O santil˜o xoé.* Lisboa, 1835.

(3) Arsenio Pompilio Pompeu de Carpo, nació en Funchal en la isla de la Madera, en 20 de Diciembre de 1792. Escribió *Dedo de Pigmeu*, coleccion de poesías. Lisboa, 1853.—*Ao tribunal da opiniao publica.* Lisboa, 1846. —*Exposic˜o das circunstancias* que acompanharan a vinda a Portugal de Arsenio P. P. de C. e sua prisão e processo em Lisboa. Lisboa, 1846. Resposta as duas palabras por despedida do Sr. João Maria Ferreira do Amaral á A. P. P. Lisboa, 1846.—Contra él se ha publicado el libelo Biografia ou vida publica de A. P. P. Rio Janeiro, 1846.

(4) Augusto E. Zuluar, nació en Lisboa en 1825. Escribió *Poesias.* Lisboa, 1846.—*Doves e flores*, poesias. Rio Janeiro, 1851.

(5) Juan Bernardo da Rocha Loureiro, nació en Guarda en 1778. Publicó con Pato Moniz en 1809 el periódico político *Correio da peninsula ou novo telegrapho.* Emigró en 1812 á Inglaterra, donde fué colaborador hasta 1821 del diario *O espelho.* En 1822 fué nombrado Cronista mayor del reino y agregado á la legacion portuguesa de Madrid y elegido Diputado á Córtes. Emigrado por segunda vez, permaneció en Inglaterra hasta 1835, en que fué investido de nuevo con el cargo de Diputado. Murió en Lisboa en 1835, y sin la caridad de algunos amigos hubiera concluido sus dias en un hospital. Agustin de Macedo, su implacable enemigo, hizo de él su protagonista en su poema *Os burros.* Escribió "Refutação analytica do folheto que escreven o R. P. J. A. de Macedo e intitulou Os sebastianistas." Lisboa, 1810.—"Exame critico do novo poema epico intitulado "O Gama." Lisboa, 1812.—"Justa impugnação do celebre syllogismo, que apoiou o libro intitulado Os sebastianistas." Lisboa 1810.—"O portuguez ou Mercurio commercial e litterario," Lóndres 1814 á 1821. —"Exame critico do parecer que deu a commisão especial das cortes sobre os negocios do Brazil." Lisboa 1822. —"Apostillas a enormisima sentença comdennatoria, que sobre o supposto crime de rebelião, sedição e motin foi proferida em Lisboa aos 26 de Febreiro de 1829 e ahi executada em 6 de Março seguinte." Lóndres, 1829.—"Ode pyndarica ao nobre feito dos leaes portuguezes nas praias da ilha Terceira aos 11 de Agosto de 1829." Lisboa, 1852.—*Letter to the editor of the Globe.* Lóndres, 1829. —Apologia do chronista do reino João Bernardo da Rocha." Coimbra, 1838.—"O portuguez em Cadix." Cádiz, 1842.—"Revista de Portugal." 1851.—"Amostras poeticas." 1852.

(6) Jose Cardoso de Menezes e Sousa, nació en Sanctos en 1829. Escribió "Harpa gemedora," poesía. Lisboa, 1849.

(7) Antonio Pinheiro Caldas, nació en Oporto en 12 de Noviembre de 1824. Publicó "Poesias." Porto 1854, un tomo con el retrato del autor.

(8) Joaquin Simoes da Silva Ferraz, profesor en el liceo de Lisboa, nació en Oporto en 1834. Escribió "Harmonias da natureza." Porto, 1852.—"Cantos e lamentos," poesias. Porto, 1856. —"Varias poesias" originales y traducidas, publicadas en el

de Chavy (1), Martins de Gouvea (2), Santa Anna de Vasconcellos (3), Lara de Carvalho (4), Correa de Aboin (5), Oliveira Guimaraes (6); Ramos Coelho (7), Saraiva da Silva (8), Justino Pires (9), Pereira de Carvalho (10), Sousa de Macedo (11),

---

*Archivo.* - En el mismo periódico insertó "instrução publica. -Tentativa philosophica. - O eclectismo e a philosophia allemá i o ensino das linguas." Ha traducido "o verme roedor das sociedades ou o paganismo na educação," por F. Gaume. Porto, 1856.

(1) Claudio Bernardo Pereira de Chavy, capitan de cazadores, nació en Lisboa en 1818. Publicó: "Magoas e flores," por C. Chaves e Joao Antonio de Sousa. 1855.— "So Deos! poemeto ao quadro original da mesma denominação do Sr. Francisco Augusto Metras." 1856. — "Almanak militar ou livro dos quarteis para 1858." Lisboa, 1857. —Para 1859. Lisboa, 1858. — Hay dos traducciones suyas del castellano: uma tarde em Magdalum: lenda Christa." Lisboa, 1854.—y "Do Porto a Lisboa. Fragmentos de uma viagem de Hespanha a Portugal." Lisboa, 1856.—En los teatros de Lisboa se han representado algunos dramas traducidos por el mismo.

(2) Francisco Martins de Gouvea Moraes Sarmento nació en Guimaraes en 8 de Marzo de 1833. Publicó: *Poesias.* Porto, 1855.

(3) Jacinto Augusto de Santa Anna e Vasconcellos nació en la isla de la Madera. Ha sido Diputado en diferentes legislaturas. Publicó un tomo de poesias titulado *Patria e amor.* Lisboa, 1852.—*O grito do paiz.* Lisboa, 1850.—*Os talismans*, novela traducida del frances. Rio Janeiro, 1848.

(4) Juan Cárlos Lara de Carvalho nació en Lisboa en 1.° de Octubre de 1792. Sirvió como voluntario en la guerra de la Independencia. Llegó á adquirir una fortuna mediana como abogado; pero las persecuciones políticas lo arruinaron. Murió pobre y ciego en 2 de Abril de 1850. Publicó "Versos escriptos na torre de San Juliao da Barra em 1831 y 1832. Lisboa, 1840. Hay otra edicion de 1841. — "Ariadne e Theseos." Lisboa, 1822. —"Traducção verso a verso da Elegia 4.ª do livro 2.° dos Amores de Ovidio." Escribió en 1836 en el *Diario do Goberno.*

(5) Juan Correa Manuel de Aboin publicó "Devaneios poeticos." Lisboa, 1842.—"O livro da minha alma." Poesías. Rio Janeiro, 184.....—"A tarde entre a murta," comedia, Lisboa, 1858. Fué redactor del *Peneireiro*, del *Portuguez* y del *Semanario de recreio*, etc.

(6) Juan Francisco de Oliveira Guimaraes publicó "Collecção de poesias lyricas e heroicas." Lisboa, 1851.

(7) José Ramos Coelho nació en 1834. Publicó "Preludios poeticos." 1857.—"Jerusalem libertada," traduccion del Taso.

(8) Leopoldo Francisco Saraiva da Silva Caldeira nació en 1832. Publicó "Uma corda da lyra." Poesías. Lisboa, 1850.—"Uma para tres." Farsa en un acto. Lisboa, 1854.

(9) Manuel Justino Pires nació en Elvas en 12 de Octubre de 1813. Escribió "A morte, poema christiao e philosophico." Coimbra, 1856.—"Collecção de poesias. Lisboa, 1857.—"Collecção de cem charadas." Lisboa, 1858.—"Compendio de gramatica portugueza, exposta em verso para se decorar com mais facilidade." Lisboa, 1856.— "Principios de moral coordenados para uso dos seus discipulos." Badajoz, 1858.—"Rudimentos da leitura portugueza. Lisboa, 18.....—"Formulario aritmetico."—"Epitome ortographico."—"Entretenimiento devoto." Coimbra.

(10) Valentin Pereira de Carvalho Guimaraes nació en Oporto en 12 de Mayo de 1820. Publicó "Album poetico." Rio Janeiro, 1842.—"Romanceiro brasilico" (tomo I) único. Rio Janeiro, 1844.

(11) Antonio da Costa e Sousa de Macedo, ex-Diputado, nació en Lisboa en 4 de

Pero el que goza de más alto crédito, y el más popular entre todos, es Tomás Ribeiro. Antes de marchar á la India, donde desempeña hace pocos meses un elevado cargo oficial, era diariamente solicitado para concurrir á los círculos más escogidos de Lisboa, que deseaban admirarle de cerca y aplaudirle. Los aficionados recitan de memoria sus cadenciosos versos. Las ediciones de sus obras se agotan una tras otra con celeridad inverosímil.

Tomás Ribeiro nació el 1.° de Agosto de 1831. Siguió la carrera de jurisprudencia, como otros muchos poetas lusitanos, como Gil Vicente y Francisco Sa de Miranda, en el siglo XVI, y como Antonio Sousa de Macedo, Gabriel Pereira de Castro, Gregorio de Mattos Guerra, Manuel Mendes de Barbuda, Antonio Barbosa Bacelar, Duarte Ribeiro de Macedo, Andrés da Silva Mascarenhas y Antonio Villasboas, en el siglo XVII. Si hemos de creer lo que Silva Gayo (1) nos cuenta en el prólogo de su drama *D. Fr. Caetano Brandão*, los recursos metálicos de Ribeiro eran asaz escasos cuando ámbos frecuentaban las aulas de Vizeu.

Castizo como Filinto, pero más original (2); vigoroso como el

---

Noviembre de 1824. Escribió "As minhas saudades." Coimbra, 1844.—"Molière," drama original en cinco actos. Lisboa, 1857.—"Adolpho e Virginia ou a festa pastoril." Lisboa, 1842.—"Estatistica do distrito administrativo de Leiria." Leiria, 1855. Fué fundador del periódico *O Leirense*.

(1) Silva Gayo, cuya biografía hemos publicado en uno de los anteriores capítulos, acaba de fallecer en Coimbra. Agosto de 1870.

(2) En la página 110 hemos copiado como original de Filinto el siguiente epigrama:

Quando o cantor da Thracia, o Orpheo divino,
as pousadas desceo do reino escuro,
Plutão por lhe punir o desatino
lhe entregou a mulher.
Depois por um decreto mais maduro
quiz-lhe honrar o talento melodioso
que lhe encheu os ouvidos de amplo goso,
e tirou-lhe a mulher,

Este epigrama es un plagio casi literal del romance de Quevedo, que tomamos del *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles*, por D. Eugenio de Ochoa, pág. 449.

Al infierno el tracio Orfeo
su mujer bajó á buscar,
que no pudo á peor lugar
llevarle su mal deseo.
Cantó, y al mayor tormento
puso suspension y espanto,
más que lo dulce del canto,
la novedad del intento.

Padre Macedo, pero ménos fecundo y ménos erudito; lírico como Garrett, pero más modesto; eco vigoroso de antiguas glorias, como Mendes Leal, pero de talento ménos flexible, reune la pureza de la frase y la correccion del lenguaje á la sencilla naturalidad de las imágenes y á la llaneza del estilo Dos son las únicas fuentes de su inspiracion: la humanidad y la pátria. Dos son los sagrados objetos á que rinde culto: la caridad y la independencia. Si nos exigiesen que describiéramos su musa icnológicamente, la compararíamos á una zagala cándida y pudorosa, ingénua en sus coloquios, y más ataviada con las dotes de su natural hermosura que con el artificio de extrañas galas.

Difícil es para nosotros dibujar la semblanza de este literato, y no, ciertamente, porque le desconozcamos, sino, al contrario, por las afectuosas relaciones que con él nos unen. Juntos hemos vivido en Lisboa durante los largos meses de nuestra última emigracion; y deseando evitar que se repute lisonja lo que es elogio merecido, recelamos que el afan de aparecer imparciales nos haga ser injustos.

Para salvar estos inconvenientes, nos limitarémos á copiar lo que acerca de él ha escrito en su estilo siempre galano y pintoresco el respetable Antonio Feliciano de Castelho. Dice así:

«Tomás Antonio Ribeiro Ferreira es un varon hecho ya en jui»cio y en madurez. Abrió los ojos en la desahogada medianía que »Horacio llamó *aurea*:

*..... tutus caret obsoleti*
*sordibus tecti, caret invidenda*
*sobrius aula.*

»Hallóse al nacer heredero de honrada fama, acumulada de padres »á hijos, y mantenida como tesoro: generacion limpia, sana y digna »de que se pongan en ella los ojos, como se diria en la buena habla »de nuestra tierra; apuntándose ya en la parentela algunos talentos «poéticos de más ó ménos brillo..... En su aldea natal de Parada

---

El dios astuto ofendido,
con un extraño rigor
la pena que halló mayor
fué volverle á hacer marido.
Y aunque su mujer le dió
por pena de su pecado,
en premio de lo cantado
perderla facilitó.

»de Gonta, en las frescas márgenes del Pavía, pasaron sus prime»ros años Tomás y su hermano Enrique, hoy abad y tambien poe»ta. Están los campos del Pavía entre el ameno valle de Besteiros, »al pié del Caramulo y la magestuosa sierra de la Estrella, distan»te apénas cinco leguas. Region más deliciosamente campestre no »la posee Portugal; y si á la hermosura se quiere unir la nobleza, »ni aun ese brillante accidente le falta. Del monte Herminio fué »aquel Viriato, que al frente de sus pastores escarmentó la omni»potencia romana. El real de ese Annibal rústico, aún sirve hoy »dia de blason á Vizeu, manteniendo el nombre de *Cava de Vi»riato*. De Vizeu, sino fué del rio de Loba en su vecindad, salió el »pintor Gran Vasco, y de Avõ, en las riberas del Alba, el poeta »Blas García de Mascarenhas, cantor del mismo Viriato.

»Terminados en Vizeu, con gran crédito para sus maestros, los »estudios de las humanidades, pasó á Coimbra á cultivar la juris»prudencia. El más constante compañero de Tomás fué ya, desde »la escuela de latin en Vizeu, nuestro Virgilio. Con Virgilio ador»mecia y amanecia; con Virgilio *rusticaba*; con Virgilio iba á pes»car en el Pavía y á cazar en los bosques:

*Flumina amem, silvasque inglorias.....*

»Con el tiempo vinieron otros á visitarle más ó ménos asíduamente »en su ermita virgiliana. Caíale en gracia Camões por dos prendas »ó dotes: queria mucho, queria tanto como él á Portugal; y ha»blaba en Portugues de ley como todavía se usa hoy en las aldeas »de la Beira. El habla castellana es medio portuguesa cuando »ménos: Camões y otros poetas de su tiempo la cultivaron tanto á »la par de la lengua pátria, que hasta en ella fueron clásicos. Con »la lectura del castellano, si hoy dia la frecuentásemos como cum»plia, muy fácil y muy agradablemente podriamos volver á nues»tro hablar castizo que se va perdiendo. Bajo la influencia de las »musas castellanas, compuso nuestro poeta un drama titulado »*A mae do engeitado*..... Los negocios de la república no siempre »matan el estro, aunque sea esa la regla infelizmente. Véase á »Soares de Passos, que enterró la musa bajo los autos forenses, y »murió: véase á Alejandro Braga, que está mudo: á Juan de Le»mos, á Pereira da Cunha, á Palmeirim; en fin, á tantos y tantos »que están mudos. Tomás Ribeiro fué administrador de Concejo, »fué Abogado, es Diputado, y poeta siempre. Este poeta, que por

»sus maneras corteses y sin artificio no desentonaria en la sociedad »literaria de Luis el Grande de Francia: este poeta, que la natura»leza y la suerte han dotado de todo lo necesario para serlo, ha »recibido además un dón de presencia y una suavidad de voz tan »insinuante, que la buena poesía por él recitada adquiere nuevo »lustre.» (1)

Sin poner nada de nuestra parte podemos añadir á estos datos biográficos el retrato moral de Ribeiro, hecho por él mismo, que nos le presenta bajo todas sus fases, como religioso, como jurisconsulto, como filósofo y como político. Hé aquí su profesion de fé.

«Soy cristiano, soy abogado, y dicen que soy poeta. Como cris»tiano, creo en Dios, en las tradiciones, en los preceptos y en la »poesía del Nuevo y Viejo Testamento: venero los cánones de la »Iglesia, y respeto la intencion de todos los moralistas y Santos »Padres. Como jurisconsulto, creo en la justicia, de que soy sacer»dote humildísimo, reverencio las leyes civiles y me sujeto á las »penales. Como poeta, desprecio ó deploro todos los absurdos dog»matizados en los libros de moral y en los códigos; y deserté del »foro. Reclamo todas las franquicias que me son concedidas en la »carta constitucional otorgada por Horacio, y no concedo á nádie »el derecho de disputármelas ó cercenármelas. Ahí teneis mi pro»fesion de fé. Leed ahora esos fragmentos sueltos, extractados del »código íntimo de mis doctrinas.—Las virtudes sociales, son actos »conformes á la ley: los vicios se llaman crímenes. —La fortuna, »es casi siempre hija de circunstancias accidentales.—De un héroe »á un bandido, apénas hay más distincion que la de la fortuna. »—Todo lo que en el hombre es natural, debe ser legítimo.—Con»denar al hombre por un sentimiento y al ciudadano por un acto »natural, es condenar á Dios.—La sociedad es la balanza en que »se mantienen en equilibrio los fuertes y los débiles. —El derecho »es el fiel de la balanza.—Las leyes son los pesos y los contrape»sos: remedios para el doliente, amparos para el débil, respetos »para el fuerte, óbolos para el necesitado. Sólo tiene derechos el »ente que tiene necesidades, sea racional ó irracional.—El salvaje »defendiendo su vida contra las fieras, usa del mismo derecho que »la leona defendiendo sus hijos contra el hombre. —Así como la »fiebre es síntoma de dolor en las facultades físicas, el crímen es

(7) *Conversação preambular*, por A. Feliciano del Castilho. Prólogo al *D. Jaime.*

»síntoma de dolor en las facultades morales.—El código penal debe »trasformarse en farmacopea, y el calabozo en hospital. El presidio »de hoy es la universidad del crímen, en vez de serlo de la virtud. »La ley criminal en vez de ser el compendio de la higiene moral, »es, bajo mejores formas, la consagracion de la antigua vin»dicta social —Cuando la sociedad se pone fuera de la justicia, en »nombre de la conveniencia ó de la ley, el perseguido tiene el de»recho y el deber de salir de la ley, en nombre de la justicia, rei»vindicando de la caja social todos sus derechos de salvaje.— Ahí »me teneis revolucionario y utopista. Me presento tal cual soy. »—Nuestras leyes en su mayor parte, me parecen insuficientes y »absurdas: el Código penal, sobre todo, me parece el primer crimi»nal del Estado.—Nuestra organizacion política, que pasa por una »de las mejores de Europa, descansa exclusivamente sobre fórmu»las: fórmulas que ni siquiera se cumplen. Dicen que es transito»rio este estado: Dios le acorte la jornada. Podrán decir que tengo »una moral depravada y que profeso funestos principios de política »y de derecho: digan lo que quieran. Llegué á la edad en que »pueden y deben tenerse convicciones, y estoy emancipado. »

Ya conocen nuestros lectores á Tomás Ribeiro como revolucionario y socialista. Considerémosle ahora como poeta.

Las composiciones con que ha inaugurado su vida pública hace dieciseis años, están coleccionadas en un volúmen titulado *sons que passam*. En ellas se descubre un fondo de bondad y un sentimiento de dulzura, que contrastan con la exaltacion de su radicalismo político. Ribeiro tiene siempre apoyo para el débil y lágrimas para el desgraciado: propende constantemente á celebrar todo acto de caridad, todo rasgo de abnegacion. El marinero oscuro que salva la vida de un náufrago con riesgo de la suya: el prelado que se despoja de diamantes para socorrer á los pobres, esos son los purísimos manantiales de su inspiracion.

Como versificador, no reconoce más regla que la onomatopeya; pero hay ocasiones en que la medida de sus versos, variada y caprichosa, no obedece á ninguna razon de armonía imitativa. Citarémos como ejemplo el canto VIII de *Don Jaime*, copiando únicamente para que sirva de muestra, la primera mitad de cada estrofa.

Dentro no centro escuro, na habitação do vicio,
a noite inda mais negra que as nuvens da tormenta &.

Era a suprema orgia em sua imagem sordida
a furna arremedando ó templo das bacchantes &.
Que sonhos, que a mente sonhara tão placidos,
que risos tão cheios d'amor e ternura &.
E que amores encontra no prostibulo
o peito juvenil d'amor sedento &.
E que rosas postiças! e que ancias
de carinhos que escondem bocejos &.
A vida e o mar: luzes fosforicas
a tona d'agua: mil bandeiras &.
Ai! que profundos misterios
envolvem a negra vida &.
Quem save que martirios
o rosto mais sereno &.
Quem julga os indomitos
motejos da sorte &.
Ao nauta placido
pode um momento &.
Almas impias
risos tredos! &.
Os reprobos
do inferno &.
Martires
taes
são.

En el canto III de la *Delfina do mal* hay otra pirámide de versos, cuyo vértice está en sentido opuesto.

Morta!
De repente.....
um grão clamor!
tumulto recrescente!
brada a voz do gefe em grita!
erguem-se os perros das clavinas!
e eu sosinha a tremer! a tremer!
a procurar meu filho e sem o ver
e um brado horrendo, atroz, vein gelar-me toda!

Aquí se ha atendido solamente á colocar las líneas de mayor á menor, y de menor á mayor, tormando figuras geométricas, como hacian en tiempos antiguos los editores de mal gusto con los títulos muy largos en las portadas de los libros. Estos esfuerzos estériles nos traen á la memoria la época de los acrósticos y la escentricidad de José Joaquin Bordalo, que tuvo la paciencia de escribir

cinco novelas, omitiendo una vocal en cada una de ellas (1), á semejanza de Triphiodoro, poeta griego que compuso un poema sobre la destruccion de Troya, en veinticuatro cantos, suprimiendo una letra del alfabeto en cada uno.

Tomás Ribeiro sobresale entre todos los versificadores contemporáneos por su talento descriptivo. No conocemos nada tan bello en ese género como las primeras estrofas de *A judía*:

Corria branda a noite: o Tejo era sereno,
a riva silenciosa, a viração subtil;
a lua, em pleno azul, erguia o rosto ameno;
no ceo inteira a paz, na terra pleno abril.
Tardo rumor longinquo; airoso barco ao largo
bordava aureo listrão do Tejo ao manto azul;
cedia a natureza ao celestial lethargo;
traziam meigos sons as virações do sul.
O noites de Lisboa! o noites de poesia!
auras cheias de aroma! esplendido luar!
vastos jardins em flor! suavissima harmonia!
transparente, profundo, infindo o ceo e o mar!....
Se a triste da judia ousse ter desejo
de patria sobre a terra, aqui prendera o seu;
um bosque sobre a praia, um barco sobre o Tejo,
e eleito da minha alma um coraçao so meu.

¡Qué ternura en el siguiente pasaje de la misma poesía!

Cresci: meu pae uma noite
disse-me—"E ja tempo agora
"ergue-te ao romper da aurora
"vamos partir amanhâ:
"vamos ver as terras santas,
"sepulchros de teus monarchas
"a patria dos patriarchas
"desde o Egipto á Canaam."

(1) *Collecção de cinco novellas, em cada uma das quaes se não admite una letra vogal.* Se reimprimió várias veces en Lisboa. En este trabajo de Bordalo no hay originalidad. Alfonso de Alcalá y Herrera, poeta de principios del siglo XVII, portugues aunque oriundo de Castilla, publicó el siguiente libro: *Varios effectos de amor en cinco novelas exemplares, y nuevo artificio de escrevir prosa y versos sin una de las cinco vocales.* Lisboa, 1641. Dió á luz tambien D. Alfonso de Alcalá este otro libro: *Novo modo curioso tractado e artificio de escrever..... com una vogal somente, excluindo as outras quatro.* Lisboa, 1674. Bordalo, que nació en Elvas en 1773, y murió en Lisboa en 1856, escribió además las siguientes piezas para el teatro: *Jesualdo*, tragedia, 1798.—*Amisade, rectidao e constancia*, comedia. Lisboa, 1822.—*A protecção de Venus, fasto histórico dedicado a anniversar o juviloso dia da restauração de Portugal em 15 de Setembro de 1808.* Lisboa, 1851.

Fui: corri o mapa inmenso
das montanhas da Judea;
ai! patria da raça hebrea
ai! desditosa Sião!
que extensos montes em relva!
que paragens sem conforto!
onde se estende o mar morto
e onde serpeia o Jordão!
Aqui de Hemor os vestigios;
de Zife alem o deserto;
longe o Sinai encoberto;
d'Horeb o morro, inda alem;
d'este lado o mar vermelho;
d'aquelle.... nada! uns destroços,
ruinas, campas sem ossos;
e ao fundo Jerusalem!
Meu pae chorava, e eu chorava
vendo morta e sem prestigio
terra de tanto prodigio,
maldita agora de Deus.
Tudo silencioso, estéril!
tudo vastos cemiterios
onde ruinas de imperios
ficavam por mausoleus!
—"Meu pae—disse eu—tenho sede"
—"Ve filha a aridez do monte
so deus dava ao ermo a fonte
em que vivia Ismael.
—"Pae cancei; mostra-me a patria
quero dormir sem receio.
—"Filha, encosta-te ao meu seio
que não tem patria Israel"
.....
Em todo o mundo estrangeira!
toda a vida peregrina!
vede-se a mais triste sina!
ser rica e não ter um lar!
sempre a lenda de Ahesvero!
sempre ó decreto divino!
sempre a espulsar-me o destino
como Abrão a pobre Agar!
Que pode valer á hebrea
sentir n'alma chamma infinda?
como a linda Esther ser linda,
e amada como Rachel?
se o coração da judia
se entr'abre de amor aos lumes,

não lhe da tempo aos perfumes
o seu destino cruel.

Tomas Ribeiro ha enriquecido la literatura portuguesa con dos poemas, *A Delfina do mal* y *D. Jaime* (1). En el primero ha cantado la caridad, y en el segundo la pátria. Dejemos que hable el mismo.

«*La Delfina do mal* es un poema que yo consagro á la humani»dad afligida, un libro que me he esforzado en rociar de bálsamos »para muchas heridas, de filosofía para muchos errores, de virtu»des para muchos crímenes, de cauterios para muchas llagas gan»grenosas y hasta de ridículo para muchas aberraciones socia»les; un libro, en fin, que yo quise hacer de enseñanza y de pie»dad (2).»

La heroina, anciana desvalida, cubierta de andrajos y de lepra, vive en una choza aislada con la hermosa María, su hija única y su único amparo. Pobre Delfina! El frio penetra por las anchas grietas de su desmantelada vivienda, y no tiene lumbre en su hogar, ni harapos suficientes para abrigar su llagado cuerpo. María se apasiona de Antonio, desertor del ejército: por él abandona á su madre infortunada, y con él huye al Africa, donde su infame seductor la vende como esclava á un traficante de carne humana.

Pero la Providencia es justa! María entra en el barco del comprador, llevando en brazos el fruto de su amor criminal; y cuando Antonio, que ha vendido á su amante, pero no á su hijo, se apercibe de que se los arrebatan juntos, es ya tarde. Á sus gritos de desesperacion contestan los desalmados marineros, desde la nave, que se va alejando de la orilla, con alegres cantigas. El infeliz se arroja al mar, desapareciendo para siempre debajo de las olas, después de haber lanzado en ellas con satánica rabia el puñado de oro que fué el precio de su bárbaro delito.

Dos niños, Serafin y Rosalina, recogen leña en el monte. Serafin es fuerte, atrevido y jactancioso: Rosalina débil, tímida y buena. Ella desea ofrecer un haz á la pobre Delfina, y él se niega, porque ha oido decir que Delfina es bruja. En esta disputa les sorprende Josefina, el ángel de la aldea, la madre de los pobres, la

(1) Hé aquí las obras publicadas por Tomás Ribeiro: *Sons que passam*, versos. Porto, 1868.—*D. Jaime*, poema. Segunda edicion. Lisboa, 1863.—*A Delfina do mal*, poema. Lisboa, 1868.

(2) *A Delfina do mal*, pág. VII.

reina de la hermosura: reprende á Serafin por la dureza de su corazon, bendice á Rosalina, y los lleva consigo á socorrer á la leprosa.

Albano es un poeta pobre, sin más familia que la negra Dominga, que le quiere con el afecto de una madre. Se enamora de Josefina; pero el padre de ésta, don Gaston, le cierra las puertas de su casa. Albano huye á América, desamparando á Dominga como María desamparó á Delfina. Cuando regresa, al cabo de algunos años, Josefina ha perdido la razon. Entónces quiere suicidarse; pero la Providencia le detiene al borde del abismo. Ve pasar delante de sí á la africana Dominga, ciega, y á Delfina la leprosa, apoyándose recíprocamente: compara dolor con dolor y miseria con miseria, y deja caer de su mano el arma fatal. Este es todo el poema, cuyos defectos ha reconocido el autor. Si se os ocurre, por ejemplo, que el estilo desciende á veces demasiado, ántes se le ha ocurrido al poeta:

O canto meu não recusa
nada por plebeu.

Si observais que la accion languidece, dividiéndose, y que el personaje principal viene á ocupar un lugar secundario, ántes lo ha observado Tomas Riveiro:

o entrecho
corre diffusamente: e frouxo o enredo;
a acção, partida aqui e alem; e as vezes
começa um novo assumpto e esquece o antigo!....
de um poema surdiram dois poemas:
a miseria e o amor! (verdade seja
que nem sempre este motes são diversos)
Ha duas heroinas em vez de uma:
Josefina e a leprosa!.... fins diversos
se propoe cada acção.... os personagens,
Maria e o desertor despareceram!....
A Delfina do mal protagonista
quasi em olvido e já: absurdo! absurdo!—
A critica fallou e eu curvo a fronte
porque os preceitos da arte me fulminam!

Aun á riesgo de extendernos demasiado, queremos trascribir el último diálogo de Albano con Josefina.

—"Quem e? quem foi que chamou
a pobrinha que morreu?
—"Eu!„

—"Olha o echo respondeu!....
dorme, coitado, acordou!
E a louca adoravel de rosto sereno
ao longe atravessa na florea clareira;
phantastica Virgem das lendas do Rheno,
deixando entre as brumas luzente rastreira!
são bramas, aereas as vestes que arrasta
a fada nocturna, que a luz se evapora!
esquiva, saudosa visão meiga e casta
que foge ante os beijos da aragem da aurora!
A lua o silencio do quadro, a distancia
do coro das aves tão meigo e tão vago,
das humidas flores a etherea fragancia,
os prantos da fonte chovando no lago,
e o inmenso mysterio das horas tão mortas
nos mostram no vulto que vaga desperto,
um anjo que espera que Deus lhe abra as portas
do lucido templo do eterno concerto.
Recobra-se Albano ao vel-a!
percorre a alameda inteira,
e chega a vasta clareira
onde a luz da sua estrella
surgira e se lhe mostrara!
Albano para, e ella para!....
Olhan-se de frente a frente!
no centro espreita a desgraça:
de cima a esp'ranza vigia!
Vae travar-se a estrema luta....
de repente
compacta nuvem sombria
de fronte da lua passa,
e mais o quadro se enluta!
Nenhum se move, nem falla:
ella hirta: elle tremente:
elle commovido a olhal-a
ella pasmada e contente;
nelle a borbulhar o pranto,
nella um riso a despontar;
nelle o amor devoto e santo,
nella o templo sem altar,
sem luz, sem cantos, sem Deus!
Eram extasis de um crente
que toma por divindade
fugitiva sombra fatua!
.....
—"Josefina!" esclama....
Ninguem lhe responde!

Ninguem lhe enxuga os prantos que derrama
na mesta face que nas mãos esconde!....
.....
—"Triste! donde vens tu?.... Não sei quem es!
eu ja não sou mulher; sou uma estrella,
e desço a meia noute a meu jardim,
quando não ve ninguem,
a chamar as florinhas para mim,
e a entretecer a nupcial capella
de laranjeira, e myrtos e jazmim....
e o noivo nunca vem!....
Olha tão linda a minha c'voa, ves?
juntei-lhe oje este ramo de cecem,
e mais o amor perfeito....
mas amanha veras tudo e desfeito!
e eu volto a meia noute inda outra vez
tecer outra capella
um mimo de singela....
e o noivo nunca vem!....
se elle amanhã vier,
vem ca se queres ver felizes noivos
em divinaes delirios!....
eu torno a ser mulher!
Não e linda a capella?...."
Era de goivos,
de cipreste e martyrios!
—"O noivo o teu amor que tanto esperas,
repara bem, sou eu!
Ai flor das malogradas primaveras!
Olha-me bem!...."
—"Não es.... não es.... morreu!
Hontem um passarinho
chamou-me do seu ninho,
e disse-me:—Vem ca senhora bella!
eu sei do teu amor....
vive longe! mais alto inda que o sol!
que lhe queres mandar?—Toma esta flor'
e dize-lhe que venha, rouxinol!
subiu, subiu, subiu e entrou no ceu!
Eu subi atras d'elle e fiz-me estrella."
—"Oh deus! oh providencia!
tu queres que eu blasfeme?
vaso de etherea esencia,
minh'alma se evapora!
a fe vacilla e treme!
.....
tu não te lembras de Albano?

—"Albano! tu es Albano?
—"O teu amante!"
—"o poeta?....
era um pintor que pintava
retratos de Julieta...."
—"Junto ã senhora do amparo...."
—"Sim! sim! quando eu soluçava....
Mas inda agora reparo!
no ceu a festas e eu falto!
Moro tão alto, tão alto!
Ves? alem,
mesmo ao pe d'aquella estrella
minha irmã!
Queres a minha capella?....
O meu noivo inda não vem....
tecerei outra amanhã...."
E fugiu
lucente meteoro!
a que o abysmo ethereo o seio abriu!

*D. Jaime* debe ser examinado bajo dos puntos de vista, literaria y políticamente. Literariamente encontramos en él, entre algunos lunares, bellezas de primer órden. El carácter principal y el más bien dibujado es el de D. Martin, que conserva como una reliquia sagrada el acero con que peleó á las órdenes del prior do Crato. Nádie más intransigente con los enemigos de la pátria, y nádie tampoco más generoso con los pobres y desvalidos. De sus dos hijos, Jaime y German, el segundo es un poeta candoroso, y el primero, de carácter resuelto y audaz, se prenda de Estela de Aragon, perteneciente á una familia española. Pide su mano y se la niegan. Al saber esta triste nueva la apasionada doncella, suplica á D. Jaime que la deshonre, para que al verla deshonrada no se opongan sus padres á su anhelado enlace; y no tan sólo le dirige este ruego impudente, sino que lo consigna en una carta vergonzosa:

Antes Deus me fulminara
na hora amaldiçoada
em que pedi a deshonra
que não querias! fui eu!
juro-o a face do ceu!
para ver se deshonrada
me davam ao teu amor,
ou me deixavam na rua:

que antes queria morrer
de que deixar de ser tua.

A propósito de este acto inmoral, torpe y cínico sobre que descansa todo el poema, dice el autor que quien no comprenda su sublimidad, es un eunuco del sentimiento. ¡Así se extravian á veces las más claras inteligencias!

Estela llega á ser madre, y sus dos hermanos le hacen pagar con la vida su torpe fragilidad. Aparece en aquel supremo instante D. Jaime, se arroja sobre el cadáver de su infortunada amante, y los asesinos le cubren traidora y cobardemente de puñaladas. Restablecido de sus heridas por un milagro del cielo, huye á España, toma diferentes disfraces, recoge en una cueva á dos bandoleros, y sirviéndose de ellos como instrumentos de su venganza, los lleva á Madrid vestidos de hidalgos. En medio de una orgía, y en el momento en que va á castigar á los matadores de su amada, éstos le aseguran que su hijo vive. Al oir tan inesperada revelacion, su ira se aplaca, perdona á los que debia sacrificar, y vuelve á Portugal, donde es ajusticiado. Don Martin de Aguilar, cuyos cuantiosos bienes habian sido confiscados por el gobierno castellano, pierde la razon.

Tal es el argumento del poema. En la familia de Aragon, orgullosa, cobarde y fementida, se propuso el poeta representar á España. Y ¿en quién ha representado al Portugal? En D. Jaime, jóven irreflexivo, violento, licencioso, que comienza por infamar á una doncella y concluye por hacerse salteador de caminos.

El carácter político de la obra ha sido perfectamente expresado por dos literatos lusitanos. Ha dicho Castilho en su *conversaçao preambular*: «es una proclama á los hijos generosos de la tierra »portuguesa, para que mantengan su independencia, y cuando »alguno se la dispute, mueran por ella, si tanto fuese necesa»rio» (1); y ha añadido Reinaldo Cárlos Montoro en un estudio crítico: «Lo juzgaron muerto al Portugal de las viejas eras, le die»ron un lugar en el mapa de las grandes nacionalidades: le escri»bieron el epitafio en la glorificacion del poema que señalaron »como único remedio de su vitalidad! De lo alto de las sierras del »monte, descendió un enviado del pueblo, un mancebo cuasi des»conocido, con la aureola de los libertadores en la frente inspira-

(1) Prólogo á *D. Jaime*, por Antonio Feliciano de Castilho.

»da, y su mano trazó sobre cien páginas de estrofas patrióticas esta »negativa: —Mentís, extranjero! Portugal vive y quiere vivir!»

Nada hay tan impopular en el país vecino como la idea de su anexion á España. De las prensas de Oporto y de Lisboa salen diariamente libros y opúsculos en contra de la unidad ibérica. Desde el dia en que bajó del trono Doña Isabel de Borbon han visto la luz pública numerosos folletos anti-peninsulares. Sobre la mesa tenemos los siguientes: *Pontos negros*, por J. G. Barros e Cunha; *A revolução de Hespanha e a questao iberica*, por José Pinheiro de Mello; *A independencia nacional e a Iberia*, por A. Riveiro Gonçalves; *As victorias dos portuguezes em defeza de sua independencia*, por Miguel Sotto Maior; *Forças defensivas de Portugal, hoje e amanhã*, por José Dionisio de Mello e Faro; *Eccos de Aljubarrota*, por Guillermo Braga; *Discurso pronunciado na noute de* 1.° *de Decembro de* 1868, por F. L. Coutinho de Miranda; *Questoes de actualidade*, por Juan Bonança; *A Iberia*, por Campos Junior; *Portugal e Hespanha*, por Costa Goodolphim; *A republica e a Iberia*, por J. Dubraz; *Lyra civica*, por Alberto Pimentel; *Patria contra a Iberia*, por Eugenio de Castilho. Además se han impreso anónimamente *Os contrabandistas officiaes e particulares*, atribuido á Figueiredo Guimaraes; *O almanak patriotico e anti-iberico da dominação de Castella em Portugal e da famosa insurreição de* 1640 (1); *A restauração de* 1640; *A revolução em Hespanha e a independencia de Portugal* y *Surge Luzitania* (2).

En las fiestas de las últimas clases sociales se cantan desde muy antiguo canciones contra España (3). Los Portugueses aprenden en

---

(1) Este folleto está traducido de la obra de M. de Bessieres titulada *Histoire des revolutions politiques.*

(2) De fecha anterior hay infinitos opúsculos anti-ibéricos: por ejemplo, *A politica de Napoleon III, a Inglaterra e a uni~o iberica.* Lisboa, 1861.—*Propaganda patriotica liberal contra a pretendida uni~o iberica.* Lisboa, 1867.—*Hoje*, por J. G. de Ramos e Cunha. Segunda edicion. Lisboa, 1868. Entre los folletos políticos posteriores á nuestra Revolucion de Setiembre, no recordamos más que uno favorable á la anexion: *Iberismo ou o paiz e a situaç~o deante dos ultimos acontecimientos de Hespanha*, por Alvaro Coutinho. Lisboa, 1868. En 1854 se publicó en Lisboa un periódico titulado *O progreso*, que sostuvo las mismas ideas; y posteriormente circuló un opúsculo escrito en igual sentido: *A união iberica ou reflexoes sobre a uni~o dos dois povos da peninsula*, por Joaquin José Ribeiro. Lisboa, 1867.

(3) Seguidilhas que as mulheres de Lisboa cantam pela paschoa na sepultura do Condestavel:

Na Aljubarrata
levou a vanguarda

la escuela á aborrecernos. Tenemos á la vista un Compendio de la historia lusitana, libro de texto en las aulas del reino, aprobado por el Consejo de Instruccion pública, y de él tomamos, al pié de la letra, las siguientes preguntas y respuestas:

«P. ¿Quién fué el décimo octavo rey de Portugal?—R. D. Feli»pe I (1), el Prudente, aclamado y jurado en 1581, después que el »Prior do Crato D. Antonio fué derrotado por el Duque de Alba, »en 26 de Agosto del mismo año, junto al puente de Alcántara.— »P. ¿Qué hubo de notable en su tiempo? — R. La venta que Don »Juan de Mascarenhas, y otros, hicieron á Castilla de la pátria en »1580. — P. ¿Qué carácter y cualidades tuvo Felipe I? — R. Fué »monarca astuto, soberbio, inquieto, cruel y de poca habilidad »para gobernar el vasto imperio que su padre le dejó. Era de es»tatura pequeña, presencia grave, ojos azules y labios gruesos.— »P. ¿Quién fué el décimonono rey de Portugal?—R. Don Felipe II, »el *Pio*, aclamado en 1588.—P. ¿Qué hubo de notable en su reina»do?—R. La entrada y desembarque del Rey de Fez, Muley Xe»que, en Villanueva de Portimão en 1609, y la expulsion de los »Moros en 1610; medida imbécil, que privó al reino de más de

---

com braçal e cota
os castelhanos mata
e toma o pendone, etc.

Cantigas que os moradores de Bestello (Belem) cantavam na segunda octava do Espiritu Santo na sepultura do Condestavel:

Todos.—Santo condestabre
bone portugues, etc.
Uma voz.—Por faison da patria
todo esto lo fez
mata castelhanos
salva a nosa grey.
Todos.—E mais otra vez
e mais otra vez.
Uma voz.—No me lo digades
quabondo lo sey
librou as avelhinhas
do leo de Castel.

*Cancioneiro e romanceiro geral portuguez* p. T. Braga, tomo II, pág. 9. "Assim se »ia formando insensivelmente o romanceiro do Condestavel, como se formou o do Cid »e de Bernardo del Carpio na Hespanha: o sentimiento popular que se não estinguia »era o odio a Castella, que inspira a maior parte das prophecias nacionães." El mismo tomo, pág. 203.

(1) Sabido es que Felipe II, Felipe III y Felipe IV de España se denominaron respectivamente en Portugal Felipe I, Felipe II y Felipe III.

»400.000 brazos, y de caudales inmensos; y el terremoto de la »isla Tercera. —P. ¿Qué carácter y cualidades tuvo Felipe II?— »R. Fué monarca supersticioso, débil, negligente, disimulado, in- »grato, cruel y sin habilidad. Era de estatura proporcionada, pre- »sencia agradable, cabello rubio, ojos azules y boca gruesa.— »P. ¿Quién fué el vigésimo rey de Portugal?—R. D. Felipe III »el Grande, aclamado en 1621.—P. ¿Cuándo perdió la Corona de »Portugal?—R. En 1.° de Diciembre de 1640, en la gloriosa revo- »lucion que hizo el pueblo.—P. ¿Quién gobernaba entónces el rei- »no?—R. La Duquesa de Mántua, como Regente.—P. ¿Qué hubo »de notable durante su gobernacion?—R. La reconquista de Vahia »en 1625, que los primeros Felipes habian dejado perder con otras »posesiones de valía; la horrible erupcion volcánica de San Miguel, »en 1630; los famosos disturbios de Evora, en 1637, y la muerte, »en 1640, del traidor D. Miguel de Vasconcellos, que era Ministro »de Felipe en Portugal.—P. ¿Qué carácter y cualidades tuvo Fe- »lipe III?—R. Fué monarca perezoso, déspota, fanático y orgu- »lloso. Era de estatura ordinaria, ojos azules y boca gruesa.— »P. ¿Quién fué el vigésimo primero rey de Portugal?—R. Don »Juan IV el *Restaurador*, aclamado en 1.° de Diciembre de 1640, »dia glorioso, en que Portugal se libertó del yugo castellano.— »P. ¿Quiénes fueron los gloriosos actores de la gloriosa aclamacion »de D. Juan IV?—R. Juan Pinto Ribeiro y otros 39 caballeros, »entre los que ninguno descendia de las familias de los que ven- »dieron la pátria á Castilla.» (1)

Otra historia de Portugal, en verso, aprobada tambien por e Consejo de Instruccion pública, anda igualmente en manos de los niños. Júzguese lo que será el tal libro por estas dos estrofas:

Tres Felipes em ordem sucesiva,
contra lei dictam leis no imperio luso:
novas iras inflama, odios aviva,
do poder usurpado o fero abuso.
Lysia outr'ora nacão potente e altiva
geme ao verse sujeita ao mando intruso,
qual o hebreu quando exhala as ternas queixas
na terra Assyria em lugubres endeixas.
Por sesenta annos negregar medonho

(1) *Compendio de historia de Portugal* para instrucçao da mocidade e uso das escolas, por Luiz Francisco Midosi; adoptado pelo Conselho de Instrucçao publica. Undecima ediçao. Imprenta nacional, 1866.

viram os lusos turbido horisonte:
eis de repente amostra o sol risonho,
dissipado o negrume a leda fronte.
Qual quem desperta de terribel sonho
em que viva o Cocyto o Phlegetonte,
ou tetra imagem de infernal verdugo
Portugal ve quebrado o ferreo jugo (1)

En otra obra semi-oficial, pues está escrita por un profesor de literatura de Lisboa (2), se lee el siguiente curioso párrafo:

«Sobrevino después la invasion de Felipe II, y con ella recibie»ron nuevos golpes de muerte las letras nacionales, por el ódio que »todo dominador ilegítimo tiene siempre á los espíritus esclareci»dos, que conocen y saben apreciar la iniquidad de la usurpacion »y de la tiranía, así como sus detestables efectos: uno de éstos, el »más atroz y funesto fué el asesinato de más de 2.000 sábios y »virtuosos portugueses (3).»

Así se explica en todas las cátedras del vecino reino la historia de la administracion española: así se educa á la juventud portuguesa; y así se forma el espíritu de la nueva generacion.

Tomás Ribeiro es demasiado experto para dar crédito á las absurdas exajeraciones de los autores que atribuyen á nuestros an-

---

(1) *Bosquejo metrico da historia de Portugal*, por Antonio José Viale, sócio efectivo da Academia Real das Scie ıcias de Lisboa. Opúsculo aprobado pelo Conselho geral de Instrucção publica. 4.ª edição. Lisboa, 1866.

(2) Primeiro ensaio sobre a historia litteraria de Portugal desde a sua mais remota origem ate o presente tempo, seguido de differentes opusculos, que servem para sua maior illustração, e offerecido aos amadores da litteratura portugueza em todas as nações, por Francisco Freire de Carvalho, conego da se patriarcal metropolitana de Lisboa, professor de oratoria, poetica e litteratura clasica particularmente a portugueza no Lyceo nacional, socio da Academia real das sciencias, etc. Lisboa, 1845.

(3) Exageraciones como ésta son las que han dado lugar al juicio equivocado que algunos Españoles forman del carácter portugues. Después de leer esas palabras no falta quien tenga por verídico el siguiente cuento referido en un libro del siglo XVII, que tenemos á la vista. "Cuando el duque de Alba fué á tomar posesion del reino de "Portugal por Felipe II, llegó á la puente de Yelbes con aquel celebrado ejército de "veteranos invictos.... para que pasasen desfilándose con órden y disciplina militar, "hicieron allí alto los escuadrones. Acertó á verlo un portuguesillo, que reclinado so"bre la acitara de la puente entretenia la ociosidad en estar mirando al rio, y haciendo "reparo en la detencion del duque y de su ejército, pensó tan magníficamente de su "persona que le pareció que aquella demostracion se hacia por su respeto; y acercán"dose un poco á la cabeza del puente, puestos los brazos en jarras, encarándose con "el duque y su comitiva, con grande autoridad dijo:—"Passai, passai que naon vos "farei mal. "—*Arbitrage politico militar:* sentencia definitiva del Sr. de la Garena, ingeniero ingenioso de las máquinas bélicas de España, pronunciado en el fantástico congreso, etc. Salamanca, 1683, pág. 13.

tepasados el asesinato de *más de dos mil sábios portugueses*; pero conoce el sentimiento anti-español de su país, y no tan sólo se deja inspirar por él, sino que se coloca á su vanguardia.

El vulgo es necio, y pues lo paga es justo
hablarle en necio para darle gusto.

No serémos nosotros los que hagamos la apología de la detestable política que siguieron los tres Felipes en Portugal, miéntras esa provincia formó parte integrante de la monarquía española. A aquella política imprevisora, inquisitorial y ruinosa: á aquella política de favoritismo y de concusion, se ha debido precisamente la ruptura. En el alzamiento de 1640 entra por más la torpeza del Conde-Duque de Olivares, que el denuedo de Pinto Ribeiro. Pero no se juzga imparcialmente á los gobiernos prescindiendo de la época en que gobernaron, ni tendrian razon los Portugueses para quejarse de haber estado sometidos á un sistema distinto del que pesaba entónces por igual sobre los vastos dominios españoles. Cataluña y Aragon pudieran alegar agravios iguales, cuando ménos, para separarse de Castilla. El despotismo de la casa de Austria comenzó por comprometernos en sangrientas y estériles luchas exteriores, y concluyó perdiendo sus conquistas de Nápoles y de Sicilia, y el Rosellon y la Cerdaña y el Portugal; y si conservó á Cataluña fué porque Dios se apiadó de nuestros infortunios. No pretendemos recobrar una pulgada de la tierra que está más allá de nuestras fronteras naturales; pero tenemos profunda fé en que por medios pacíficos, por la tendencia irresistible de las razas á su unificacion, por las leyes de la geografía y de la historia, por el progreso de las ideas, y por la armonía de los intereses sociales, habrá de completarse, más ó ménos tarde, nuestra nacionalidad. El despotismo rompió los vínculos fraternales de España y Portugal: la libertad los reanudará.

No queremos reseñar la historia lastimosa de las discordias peninsulares (1). No queremos acordarnos de Alfonso Enriquez, sal-

(1) Véase cómo describe un escritor portugués el orígen de Portugal.—"En el reinado de Alfonso VI de Castilla y de Leon, habiendo venido á la Península un frances llamado Enrique, nieto de Roberto, Duque de Borgoña, aquel monarca le dió la mano de su hija bastarda doña Teresa, y lo nombró gobernador de la provincia de Portugal, con el título de Conde. Dominado éste por la ambicion se reveló contra su suegro, declarándole la guerra para hacerse independiente; pero muriendo ántes de conseguir su fin, su mujer la continuó. Llegando su hijo Alfonso Enriquez á la edad de 16 años, y llamando á sí el grueso del ejército, se rebeló contra su madre, y des-

*

vado en Guimaraes por el sacrificio de su ayo Egaz Moniz, y hecho prisionero (1) y perdonado en Badajoz por Fernando II de Leon. Nada dirémos de la guerra injusta emprendida por D. Juan I de Portugal (2), guerra en que no se disputaba una nacionalidad, sino una corona: lo cual ha sucedido frecuentemente en nuestras luchas con los Lusitanos. No fué el uno ni el otro estado, cuyo voto jamás se consultaba, quien se lanzó en guerras injustificadas. Fueron sus monarcas los que, movidos por interes de familia ó por ambicion personal, llevando sus ejércitos al combate, recogieron el fruto de las victorias ó sintieron más vivamente la humillacion de las derrotas.

Tampoco comentarémos los desastres producidos por actos emanados exclusivamente de la iniciativa de los Reyes portugueses. Don Manuel ordenó en 1496 la expulsion de todos los Judíos en un breve plazo; y no satisfecho con esta medida cruel, dispuso al año siguiente que los hijos menores de los proscritos fuesen arrebatados á sus padres, bautizados y distribuidos en las ciudades y villas del reino, para que allí recibieran educacion religiosa á cos

---

"baratando la parte de ejército que la permanecia fiel, tomó el poder y continuó la "guerra iniciada por su padre y se aclamó independiente en 1139. De aquí data la com-"pleta separacion de Portugal, pero no la separacion de las razas." *A união iberica, ou reflexoes sobre a união dos dois povos da peninsula*, por Joaquin Jose Ribeiro. Lisboa, 1867, pág. 14.

(1) A pertinacia aqui lhe custa cara
assi como acontece muitas vezes,
que em ferros quebra as pernas, inda aceso
a batalha onde foi vencido e preso.
(*Lusiadas*. Canto III, octava 70)

(2) "La reina doña Leonor instigada del sentimiento de la muerte de su valido, ó "bien de los malos tratamientos que recibió de sus enemigos, ó de todo, incitó al rey "de Castilla D. Juan I á que viniese sobre Portugal, por el derecho que tenía á suce-"der en esta corona, como marido de doña Beatriz, hija única de Leonor y de Fer-"nando: además que las capitulaciones fueron que no habiendo hijo de ellos sucederia "ella, y D. Fernando en su testamento la dejó nombrada en la sucesion. "Tan nuestro "fuera todo lo que deseamos, como Portugal entónces era de Castilla, y como Castilla "hizo una guerra justísima." *Lusiadas comentadas por Faria y Sousa*. Canto IV, pá-"gina 246. D. Juan no era rey ni de justicia le tocaba el serlo: él mismo se llamaba de-"fensor, y cuando finalmente le eligieron en Coimbra esos pocos que le seguian, fué "con poca fortuna y contra el derecho notorio de Castilla, y los que siguieron la voz "castellana caminaban más seguros y más cristianos." El mismo tomo, pág. 57.—"Si "algunos juraron rey á D. Juan, y tenian por esto obligacion de seguirle, los hermanos "y todos los otros que no le juraron, no cometieron traicion contra él, assi por esso "como porque el derecho verdadero era el rey de Castilla por todos caminos." El mis-"mo, pág. 293.

ta de sus propios bienes. En 19 de Abril de 1506 hubo en Lisboa una horrible matanza de cristianos nuevos (1). Entónces no dominaban ciertamente los Españoles en Portugal, así como tampoco dominaban cuando D. Juan II daba de puñaladas al Duque de Vizeu, y mandaba envenenar al Obispo de Evora, y asesinar á don Gutierrez en el fondo de un calabozo, y degollar y descuartizar en la plaza á otros hidalgos (2): cuando se dejó morir al ilustre Camões en un hospital; cuando se hizo perecer en una hoguera al infortunado Antonio José; ni cuando se encerró en una lóbrega mazmorra al esclarecido Garção. Mejor trató el Gobierno de Madrid que el de Lisboa á los literatos lusitanos. Dígalo sino Francisco Manuel de Mello, que ocupando un puesto importante en el ejército de Cataluña, lo abandonó en 1640, al tener noticia de aquella revolucion, para marchar á su país natal, y allí fué sepultado en una cárcel, de la que salió, al cabo de diez años, desterrado para el Brasil. Otra y muy distinta era la suerte de los poetas del país vecino, cuando Mousinho de Quevedo componia su poema castellano en loor de Felipe III.

Detengámonos un instante y óigamos únicamente á escritores lusitanos.

¿Era unánime entre los Portugueses, en 1385, año de la batalla de Aljubarrota, el ódio á Castilla? Va á contestar Herculano.

«El papel de una gran parte de las más nobles familias en la »grave cuestion de independencia que la muerte de D. Fernando »resucitara, no fuera por cierto, como el lector sabe, ni el del pa»triotismo, ni el de la lealtad; y los cálculos interesados ó las li»gas de linaje se habian sobrepuesto entre esas familias á todas »las demas consideraciones. Muchos hidalgos siguieron la parcia»lidad de Castilla, porque la fortuna parecia deber inclinarse de »aquel lado: muchos esperaban el desenlace de la contienda, con»servándose en una situacion ambigua: muchos, en fin, aun des-

(1) Damião de Goes: Chronica do Sr. Rey D. Manuel.—Osorio de reb. Eman.— "Las casas de los cristianos nuevos fueron acometidas y entradas. Pasaban á hierro. "hombres, mujeres y viejos: arrancaban los niños de los pechos de sus madres, los "cogian por los pies y rompian sus cráneos en las piedras de los aposentos. Después "saqueaban todo.... Doncellas y mujeres casadas, arrojadas del santuario, donde ha"bian ido á refugiarse, eran prostituidas y después arrojadas á las llamas." *Historia da origem e do estabelecimento da inquisiç̃o em Portugal*, por A. Herculano. Tomo I pág. 143.

(2) *Solemnia verva.* Segunda carta por Herculano. Lisboa, 1850, pág. 60.

»pués de las victorias del Maestre de Aviz, al primer capricho no »satisfecho, á la primera pretension despreciada, no dudaban en »desertar de los estandartes sacrosantos de la pátria para combatir »contra ella, á la sombra de los pendones extranjeros, y en volver »después, por disgustos con el Príncipe castellano, al servício del »Rey natural que habian abandonado (1).»

¿Rechazaban unánimemente los Portugueses en 1580 la anexion de su pátria á España (2)? Va á respondernos Sousa de Macedo.

---

(1) *O monge do Cister*, por A. Herculano. Tomo II, pág. 76.

(2) A propósito de aquellos sucesos debe leerse el "Discurso y sommario de la "guerra de Portugal y socessos della. Agora nuevamente ordenado por Francisco Diaz "de Vargas, natural de la ciudad de Trugillo. En Çaragoça, 1581. Epitome de la vida "y hechos de D. Sevastian XVI rey de Portugal y unico deste nombre. Jornadas que "hizo á las conquistas de Africa y su muerte desgraciada. Con discursos escolasticos, "politicos, historiales y morales, deducidos de la mesma historia. Dirigido a la sere- "nissima reina de los Angeles, Maria santisima Nuestra senhora con titulo de la Sole- "dad, por el licenciado D. Juan de Baena Parada, presbítero natural de la coronada "villa de Madrid. 1682." No era tan impopular en Portugal como después ha querido suponerse la dominacion española. Véanse las descripciones de las fiestas con que fué recibido en aquella córte el Rey Felipe, y se observará que aquellas ovaciones no fue- ron exclusivamente oficiales. "Certissima relacion de la entrada que hizo su Magestad "y sus Altezas en Lisboa y de la jornada que hicieron las galeras de España y de Por- "tugal desde el puerto de Santa Maria hasta la famosa ciudad de Lisboa. Donde se "refiere las prevenciones, fiestas y grandezas que se hicieron en ellas y otras muchas "cosas notables sucedidas en esta facion. Compuesta por D. Jacinto de Aguilar y Pra- "do, que en esta jornada se halló. Dirigida al conde de Saldaña, etc. Lisboa, 1619." "Fiestas reales de Lisboa, desde que el rey nuestro señor entró hasta que salió: por "Francisco de Arce escrivano de S. M. Lisboa, 619." "Recevimiento que la ciudad de "Lisboa hizo a la entrada de la catolica majestad del rey D. Felipe III en dia de San "Pedro y los dias siguientes. Dase quenta de todos los arcos, Piramides, Geroglificos, "invenciones, gastos de las naciones y modo de acompañamiento con los fuegos, cañas "y fiestas que en esta ocasion se hicieron, etc. Lisboa, 1619. "Tercera relacion de las "grandiosas fiestas que la ciudad de Lisboa tiene prevenidas para recibir a la catolica "magestad del rey don Felipe III nuestro señor en la insigne, noble y leal ciudad de "Lisboa, a veinte y nueve de junio, dia de los bien aventurados apostoles San Pedro "y San Pablo, á las cuatro de la tarde. Dase quenta del grandioso acompañamiento de "galeras, navios, barcos y otros vasos, que desde Belem á Lisboa fueron con S. M., y "estraordinarias invenciones de pescados artificiales en la mar, muelles, arcos, hiero- "glíficos y pinturas en el lugar donde desembarcaron y en palacio. Ceremonias que "antes de entrar en Lisboa se hicieron. Entrada debajo de palio, paseo por la ciu- "dad, etc. Sevilla, 1619." "Maravilloso, insigne y costoso arco ó puente, que los ingle- "ses han hecho en el Pelourinho viejo por donde ha de entrar S. M. en Lisboa. Refie- "rese el modo, traça y architectura del, quadros de pintura, etc. Dase asimismo quenta "del grandioso presente que á S. M. hizo el duque de Bergança, y el número de cria- "dos que le acompañaron hasta donde lo fué á recibir y de las muchas provisiones y "bastimêtos que tiene prevenidos para los grandes señores y criados, etc. Sevi- lla, 1619." "Coronacion de la magestad del rey don Felipe III nuestro señor. Jura- "mento del serenisimo principe de España, su hijo. Celebrado todo en el real salon de

«Tampoco puede decirse que cuando por muerte del Rey D. En»rique sucedió en Portugal el Rey D. Felipe II, de Castilla, ven»cieron los Castellanos á los Portugueses, porque aquellas fueron »guerras civiles, que unos Portugueses eran por una parte, otros »por otra; ántes los más de los nobles de Portugal eran por el Rey »Felipe, y así los mismos Portugueses se hacian la guerra, y unos »de otros, y no de extranjeros, eran vencidos (1).»

¿Fué tan mala la administracion española de los sesenta años como pretende el apasionado y parcial historiador frances M. de la Clede? (2). Escuchemos á Rebello da Silva.

«La administracion de la Casa de Austria, acusada con tanto »motivo de ruinosa y de poco fiel á los intereses políticos del país, »no justificó bajo muchos aspectos, segun ya observamos, la cen»sura absoluta de adormecida y de indiferente que le hicieron »nuestros escritores. Basta un exámen imparcial para convencer»nos de que Felipe III y Felipe IV no cuidaron ménos de los me»joramientos agrícolas que los reyes portugueses que más miraron »por ellos (3). Acerca de la produccion pecuaria tambien el Go»bierno de Felipe III probó sinceras intenciones de auxiliar sus »progresos (4). Dados los obstáculos y la situacion que indicamos, »y que documentos contemporáneos nada sospechosos confirman,

---

»palacio de la ciudad de Lisboa. Dase quenta de la forma y ceremonia con que se ce»lebraron estos solemnes actos, asistiêdo su magestad y alteza, acompañados de los »grandes, titulos, señores, prelados y procuradores de las ciudades de aquel reino. »Quien tomo el juramento á S. M. y la forma y palabras del, etc. Y asimismo se dice »que dia se començaron las Cortes, quien hizo por S. M. la proposicion dellas donde »se hacen al presente, y quantos dias han de durar. Y la grandeza que su magestad »hizo con la duquesa de Avero, etc. Sevilla, 1619.»

(1) "Flores de España y excelencias de Portugal, por Andres Sousa de Macedo. »Coimbra, 1737, pág. 197.—Despreció la Señora Doña Catalina la corona de Castilla, »cuando la de Portugal que le pertenecia estaba sujeta ménos al imperio de las armas »castellanas, que á la envidia y emulacion de sus grandes, que llamando al Rey Felipe »se hicieron parciales de la tiranía, instrumentos de la ambicion.» Theatro heroico, abcedario historico e catallogo das mulheres illustres en armas, letras, acções heroinas e artes liberaes. Por Damiao de Froes Perym. Lisboa 1736. Tomo I, pág. 284.

(2) Histoire generale de Portugal, par M. de la Clede. Tome premier; contenant l'origine, les moeurs et les guerres des anciens lusitaniens; leur etat sous la domination des Romains: l'invasion des Gots et celles des Maores: l'erection du Portugal en Royaume; et les regnes de Henry et d'Alfonse, jusqu'a celui de D. Juan III inclusivemente.—Tome II, contenant les regnes de D. Sebastien, de Felipe II, etc., jusqu'a celui du Roi Jean, a present regnant. Paris, 1735.

(3) Memorias sobre a populaçao e agricultura de Portugal desde a fundaçao da monarquia a te 1865, por R. da S. Lisboa, 1868. Pág. 300.

(4) El mismo volúmen, pág. 305.

¿merece la administracion de Felipe IV la nota de remisa ó de ma»liciosamente negligente en relacion á los intereses de la agricul»tura? Entendemos que no (1).»

¿Disminuyó la poblacion de Portugal durante esa administracion? Continúa hablando el mismo Rebello da Silva:

«No admira, por lo tanto, que en el alistamiento ordenado por »los Gobernadores del reino en 1580 sólo diesen 180.000, propor»cion correspondiente á poco más de un millon de habitantes (2). »No admira que la poblacion correspondiese á estas condiciones »deplorables, no pasando de 1.100.000, ó cuando más 200.000 »habitantes, como lo prueba el censo de 1636 (3).»

Por qué se separó el Portugal en 1640? Demos la palabra á Andrade Corvo, antiguo Ministro de Luis I y Embajador no ha mucho tiempo de S. M. Fidelísima en Madrid:

«La revolucion que separó á Portugal de España tuvo lugar en »tiempo de Felipe IV, esto es, cuando las fuerzas de aquel reino »se hallaban quebrantadas del todo, cuando el Tesoro se hallaba »exhausto y la industria y el comercio paralizado. *No fué el amor »de la pátria y de la libertad*—es triste decirlo pero es verdad,— »no fueron esos nobles sentimientos los que llevaron los nobles »portugueses á conspirar contra España: una causa ménos noble, »*el interes personal* fué lo que les llevó á emprender aquel grande »hecho. El Conde-Duque de Olivares los habia privado de muchas »de sus regalías, y queria obligarles á partir para Cataluña, donde »estallaba una terrible revolucion: los hidalgos prefirieron conspi»rar á ir á hacer la guerra por cuenta de España (4).»

Qué fué de la literatura portuguesa después de 1840? Consultemos el voto del distinguido escritor Lopes de Mendouça:

«Nuestros abuelos no hicieron cosa de provecho desde 1640:

(1) El mismo volúmen, pág. 315.

(2) El mismo volúmen, pág. 279.

(3) Memorias sobre a populaçao, etc., por Rebello da Silva, pág 313.

(4) Joao de Andrade Corvo. — Um anno na corte, pág. 58. Son curiosos los dos libros siguientes sobre la rebelion de 1640. "Apologético contra el tirano y rebelde "Berganza y conjurados, y Arzobispo de Lisboa y sus parciales; en respuesta á los "doce fundamentos del Padre Mascareñas. Zaragoza, 1642. — Defensiva contra el "frenesí que le ha dado á Portugal en las últimas boqueadas del año admirable de "1640. Y desengaño de la vanidad lusitana. Recetado por Marcelino de Campo Claro, doctor de medicina política y dieta de buen gobierno. Dedicado á todo humano lector "como no sea portugues, á los rebelados al descubierto, ni á los obedientes al disimu "lo." Impreso en Alcalá de Henares. 1641.

»empedraron nuestras bibliotecas con volúmenes de teología, pe-»sados como su espíritu (1). La esterilidad que nos acompaña »desde 1640, que condenó las letras adormeciéndonos el ingénio, »se produjo del mismo modo y con idénticos resultados en la len-»gua (2).

Efectivamente, en la pátria de Camões y de Barros no ha aparecido desde 1640 hasta fines del siglo pasado, un solo poeta, ni un historiador, ni un filósofo.

¿Cuál era el estado político y económico del vecino reino en esta última época? Prestemos atencion á un publicista eminente.

«El Portugal, este antiguo conquistador de las playas del Africa »y del Asia, este colonizador de una parte de la América, se habia »convertido en una colonia singular en su género. Ecónomicamente »hablando, éramos colonos del Brasil, en donde los Ministros cor-»rompidos de Juan VI, especie de rey René, sepultado bajo el som-»brero grasiento de Luis XI, gastaban neciamente los impuestos, »ó los robaban para enriquecerse ó para enriquecer á favoritos sin »mérito ó á nobles degenerados. Políticamente hablando, éramos »colonos ingleses; nuestro ejército era una division inglesa, de la »cual casi únicamente los soldados habian nacido en este país. Un »general inglés nos gobernaba mediante una Regencia servil, que »nominalmente representaba en Portugal al Rey, el cual continua-»ba en Rio Janeiro. Y áun se habia llevado la impudencia hasta »el punto de imprimir descaradamente en la frente de nuestros pa-»dres el sello de la servidumbre, colocando á un diplomático inglés »en el número de esos Regentes de teatro. Un tratado fatal habia »colocado nuestro comercio á remolque del comercio inglés, y »nuestra industria habia sido completamente sacrificada á la in-»dustria inglesa. No era esta la accion, ó si se quiere, la presion »que ejerce una nacion grande, rica y poderosa sobre un pueblo »pobre, pequeño y débil, cuando la marcha de los siglos ha esta-»blecido entre las dos sociedades relaciones íntimas. La presion se »sufre porque es inevitable y obra del destino. Pero no era eso; era »una dominacion insolente y brutal; era la mengua, la miseria y »el envilecimiento del esclavo (3).»

---

(1) Lopez de Mendouça. "Memorias de literatura contemporánea," pág. 185.

(2) Idem id., pág. 225.

(3) Alejandro Herculano.—"Carta sobre Mousinho da Silveira." N.° 1.° de la *Resta peninsular.*

Tal era la situacion de Portugal al cabo de ciento sesenta años de separacion. Si al ménos hubiese ganado en independencia lo que habia perdido en grandeza y en cultura literaria! Pero ni eso!

Examinemos ahora la opinion de algunos escritores contemporáneos sobre el Portugal de nuestros dias.

«La tempestad fatal que está asolando este país es la inepcia y »la perversidad de sus hombres de Estado. Ved lo que han hecho: »una deuda enorme, al lado de la cual campea un déficit asombro»so; un ejército en miniatura, convertido en un bando de esclavos »con librea, con el que hacen cabalgatas y lisonjean la vanidad de »los reyes, en nombre del cual devoran anualmente cinco mil con»tos de reis: una infinidad de instituciones parásitas, á cuya vora»cidad no basta todo el sudor de los hombres que trabajan: leyes »que embarazan la vida de la imprenta y coartan la libertad del »pensamiento: la triste sujecion del municipio y la concentracion »despótica de todos los poderes: la venalidad pública: la desigual»dad social, la esclavitud y la miseria en el pueblo, oprimido por »la multiplicidad de pesados tributos; en suma, la independencia »amenazada, cuasi perdida (1).»

»El hecho es que bajo el punto de vista militar, el país se halla »hoy en un completo estado de desorganizacion (2).

»No soy yo quien lo dice: es el Sr. Paulino José de Sa Carneiro, »coronel de un regimiento y miembro de la Camara de los Dipu»tados, quien confiesa que no tenemos ejército. Es mi amigo el »Sr. D. Luis da Camara Leme en su libro *Consideraçoes geraes »acerca da organisação militar de Portugal*, quien indicando el »modesto cuadro de que carecemos, demuestra que nos falta todo »para tener una fuerza militar con la que pueda contarse.... He»mos roto todos los lazos de la subordinacion y de respeto de los »gobernados para con los gobernantes, transformando las autori»dades administrativas en galopines electorales. Hemos prestado »á la reaccion religiosa, en nombre de la tolerancia, auxilio po»deroso para minar la libertad. Llegan las elecciones generales,

---

(1) "Questão de actualidade, por João Bonança. 2.ª edicion. Porto, 1868, pág. 6.

(2) "A política de Napoleon III. Inglaterra e a união iberica." Lisboa, 1861, página 16.

»y los influyentes de la localidad van á pedir al Gobierno candi-»dato, como las ranas pedian á Júpiter rey que las devorase. Ab-»dicacion completa de toda iniciativa individual. Abdicacion com»pleta de los derechos políticos inenagenables del ciudadano á los »pies del poder ejecutivo (1).

»Tenemos un déficit igual á la mitad del presupuesto cobrable; »y una deuda publica que absorbe más de la mitad de ese presu-»puesto. El pueblo se niega á pagar los tributos. No tenemos »plazas de guerra, ni artillería, ni caballería que pueda dar una »carga, ni infantería que pueda marchar, ni armas del sistema »moderno, ni soldados que sepan tirar con las que tienen, ni mili-cia nacional, ni marina, ni colonias, ni aliados (2).

»Salvas muy raras excepciones, el periodismo portugues es el »periodismo de las facciones; y organizado de esta manera ¿para »qué sirve? En vez de moralizar corrompe. Á la sombra de la »libertad arruina la civilizacion. En vez de la idea buena tiene la »insinuacion malévola. En vez de la frase honesta, tiene el insulto »grosero; la argumentacion banal, sustituye al buen racio-»cinio (3).

»Somos nosotros más felices ó mejores que nuestros abuelos? »y tanto que si esos buenos y honrados viejos hubieran adivinado

(1) "Pontos negros, por J. G. de Barros e Cunha." Lisboa, 1868. pág. 19 y 22.

(2) "Hoje, por J. G. de Barras e Cunha." 2.ª edicion. Lisboa, 1868, pág. 9. A este opúsculo contestó D. Federico Guaridon Gallardo con este otro: "Cuestion de actua-"lidad. Breves consideraciones sobre el folleto Hoje, ofensivo á España." Lisboa, 21 de Agosto de 1868.

(3) Portugal e Hespanhna. Duas palabras enérgicas sobre Portugal etc., por Costa Goodolphim. Lisboa, 1869, pág. 6. En un folleto anónimo nada sospechoso, puesto que es decididamente anti-ibérico, titulado: *Surge Lusitania. Protesta solemníssima contra a uniao iberica.* Lisboa, 1869, pág. 26, leemos lo siguiente: "Una deuda flotan-"te interior y exterior considerable: un déficit monstruoso: una centralizacion que "todo lo embaraza, y gran desigualdad de impuestos, No tenemos más que un simu-"lacro de ejército: una armada insuficiente para el servicio de guerra: nuestras colo-"nias entregadas á manos especuladoras extranjeras ó á régulos que se revelan: nues-"tra industria muerta: nuestro comercio oprimido por una fiscalizacion absurda: "nuestra agricultura enteramente olvidada de los poderes del Estado. En el fondo de "este pavoroso cuadro millares de familias que mueren de penuria, pidiendo su sub-"sistencia á la caridad pública; y son operarios sin trabajo, huérfanos y viudas de ser-"vidores del Estado: viejos soldados, cubiertos de cicatrices que no tienen con que "cubrir su desnudez, ni con que matar el hambre."

»lo que llegamos á ser nosotros, nosotros herederos de sus nom-»bres, escarnecedores de sus ejemplos, y deshonradores de sus »castas y buenas costumbres, se habrian horrorizado como de una »abominacion del pensamiento de engendrar» (1).

Los poetas que han pintado este cuadro de actualidad, no lo han hecho seguramente con tintas ménos sombrías.

"Ese reino que em praias distantes
o estamdarte da cruz arborou;
que depois n'essas luctas gigantes
nunca o rosto nas luctas voltou,
ei-lo pobre, tão pobre que o mundo
nem se lembra do seu existir.
Dae-lhe esmola de um brado profundo
tal vez possa da campa surgir.
Ese reino que teve subidos
tão lustrosos e eternos padrões:
q'inda falla noss cantos sentidos
do seu vate—do grande Camões:
hoje fraco, sem vida, sem brilho
nem se lembra sequer do porvir
dae-lhe esmola que debe um bom filho
tal vez possa da campa surgir.
.....
Hoje que pouco valemos
pecado vao sei de quem:
que das quinas tão temidas
ja se não lembra ninguem (2). "

"Ai noble terra! oh deus! tudo has perdido:
largo gemido eu solto sobre ti!
pozeste a esphera n'um callar profundo
e agora o mundo encara-te e sorri.
Ai sim findaste! que e morrer se a fronte
croada inda honte de inmmortal fulgor
curvas ao mundo humilde e envilecida
sem n'essa vida se espetar a dor.
Sim foste grande mas em fim caiste!
em fim sentiste n'alma a corrupção
eis-te luctando em adversa sorte
sentindo a morte no imo coração!

(1) Antonio Feliciano de Castilho. Ante prólogo de la *Primavera.*
(2) Luis Augusto Palmeirim.

Ai! sim que sentes esvair-se a vida
o terra qu'rida, o doce meu paiz!
de ti que resta? a sombra do pasado!
teu negro fado e o seu assim o quiz (1). »

"No mar q'Europa d'Africa divide,
entra como a esplorar o seio as ondas
o saxeo promontorio que de Sagres
tem hoje nome.....
Alli o berço foi da lusa gloria
crera-lo hoje sepulchral moimento
d'essa gloria defuncto-Oh vergonha!
são as torres d'Henrrique. Afasta os olhos,
viandante não vejas esse oprovio
de a nação que a primeira foi no mundo
em grandezas—outrora—...hoje em miseria (2).»

"Não bem como um cadaver ja corrupto
a naçao se disolve: e em seu letargo
o povo involto na miseria dorme (3).»

Y ¿cuál es el porvenir que con su decantada independencia está reservado á Portugal? Escuchemos lòs pronósticos desconsoladores enunciados por un tradicionalista, por un monárquico reformador y por un demócrata republicano.

Dice el Vizconde de Juromenha, tradicionalista:

«Tienen ódio á los conventos, é hicieron de Portugal un vasto »convento de trapenses: se encuentran dos portugueses y ¿de qué »manera se dan los buenos dias? Como aquellos frailes, las expre»siones que salen espontánea y simultáneamente de los lábios de »uno y otro son estas: — *il faut mourir*. Esto está perdido, no »tiene cura (4).»

Dice el Vizconde de Almeida Garret, monárquico reformador:

»Una nacion grande podia ir viviendo y esperar mejores tiem»pos, á pesar de esta parálisis que le detiene la vida del alma en »la más noble parte de su cuerpo. Pero una nacion pequeña, es

(1) Luis Ribeiro de Sotomayor, *Poesias*.
(2) Almeida Garret. *Dona Branca*. Canto III.
(3) A. Herculano. *A Harpa do crente*.
(4) *O Istmo de Suez e os portuguezes*, pelo vizconde de Juromenha. Lisboa, 1870. pág. 3.

»imposible: *ha de morir*. Diez años más de barones, y del régimen »de la materia, y huye infaliblemente de este cuerpo agoni»zante de Portugal, el último suspiro del espíritu. Creo esto fir»memente (1).»

Y dice Antero de Quental, demócrata republicano:

«Portugal es una nacion enferma, y del peor género de enfer»medad, la languidez, el enflaquecimiento gradual que, sin fiebre, »sin delirio, consume con tanta más seguridad, cuanto que no se »ve el órgano especialmente atacado, ni se atina con el nombre »de la misteriosa dolencia. La dolencia, sin embargo, existe. El »mundo portugues agoniza, afectado de atonía, tanto en la cons»titucion íntima de la sociedad, como en el movimiento en la cir»culacion de la vida política.... Yo, por lo que á mí toca, dejando »á un lado la poesía y el sentimentalismo, me contentaré con afir»mar á los patriotas portugueses esta verdad de simple buen sen»tido: que en nuestras actuales circunstancias, el único acto po»sible y lógico de verdadero patriotismo, consiste en renegar de la »nacionalidad (2).»

Teófilo Braga, va más allá todavía: no cree en la existencia de la pátria.

«Eras más feliz que yo, porque creias en la existencia de la »pátria, á la que te has sacrificado (3).»

Tales son, la historia, el presente y el porvenir de Portugal, segun el dictámen de sus más ilustres escritores. Después de haber descendido hasta la nulidad en el órden científico y literario, después de haber sufrido el yugo bochornoso de Inglaterra, se encuentra hoy sin ejército, sin armada, sin plazas fuertes, sin colonias, sin agricultura, sin comercio, sin artes, sin hacienda, sin costumbres parlamentarias y sin garantías de instabilidad para su mentida independencia. Pues si esto es evidente, si el pueblo del

---

(1) Almeida Garret.—*Viagens na minha terra*, cap. XLII.

(2) "Portugal perante a revolução de Hespanha. Considerações sobre o futuro da "politica portugueza no ponto de vista da democracia iberica, por Anthero de Quental." Lisboa, 1868, pág. 29 y 39.

(3) "Historia do direicto portuguez, por Theofilo Braga." Coimbra, 1868. En la dedicatoria á su hermano, asesinado en los desiertos de Africa.

Marques de Pombal corroido por la inmoralidad administrativa, tiene una deuda enorme y un déficit creciente, si se halla en el período de la agonía, si sus horas están contadas, ¿qué ha ganado con separarse de Castilla? ¿Hubiera sido más lánguida su existencia, ni más temeroso su futuro, permaneciendo unido á este otro estado peninsular?

Y en presencia de este pasado humillante, de esta actualidad decadente y de este porvenir azaroso, ¿qué se propone nuestro querido amigo Tomás Ribeiro al lanzar un grito de guerra contra sus hermanos de España? Esa exaltacion anti-ibérica, siempre estéril para el bien, y siempre lamentable, se comprendia allá en los atrasados tiempos en que Mendes de Foyos Pereira celebraba la victoria de Montes Claros (1), y en que Jerónimo Bahía redactaba su *Lampadario de Chrystal* (2); pero hoy es contraproducente y anacrónico. Si Portugal ha de perder su preciada autonomía, no será ciertamente por invasion de las armas castellanas. De otro lado está surgiendo su inminente peligro. En sus discordias intestinas, en la escasez progresiva de sus mermados recursos financieros, en la pérdida más ó ménos próxima, pero inevitable, de las pocas y mal administradas colonias que le restan, ahí es donde está el Alcacer-Kevir de la nacionalidad lusitana. Esto pensaba el Duque de Palmela, primer diplomático portugues en el presente siglo, cuando decia que, después de la separacion del Brasil, no quedaba otro medio de salvacion para su pátria que la unidad peninsular.

Deje, pues, Tomás Ribeiro su ingrata tarea; no malgaste los talentos que Dios le ha concedido en detrimento de un pueblo amigo. Si volvemos la vista atrás, sea para recordar nuestros comunes orígenes y no para hacer revivir nuestras recientes discordias. La homogeneidad de la Iberia es antigua, como es antigua la libertad; su fraccionamiento es moderno, como es moderno el absolutismo. En la remota época goda, la España entera estaba ya reunida bajo el cetro poderoso de Suintila. A mediados del siglo XVII fué cuando se constituyó definitivamente el Portugal, «esa enmienda »hecha por los hombres á las leyes naturales de la geografía (3).»

---

(1) *Fenix renascida*, tomo V, pág. 258.

(2) *Fenix renascida*, tomo III, pág. 1.

(3) *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente. Madrid, 1869.—Tomo I, pág. 91.

Para apropiarnos la gloria de los que en tiempos lejanos engrandecieron la Península, no admitimos sutiles distinciones de localidad; no preguntamos los Españoles cuál fué la cuna del inmortal Viriato, ni preguntan los Portugueses dónde nacieron Trajano el Magnífico y Teodosio el Grande. Españoles y Portugueses hemos sucumbido en Guadalete; Portugueses y Españoles hemos peleado durante siglos para reparar aquel inmenso desastre. Seamos superiores á las preocupaciones sinceras pero mezquinas del vulgo inconsciente. Ya que no podemos devolver hoy á nuestra pátria comun la unidad que no supieron conservar nuestros abuelos, no agrandemos con ódios inmotivados la distancia que nos separa; no dirijamos nuestras miradas á los campos de Aljubarruta, ni al puente de Alcántara Fijemos los ojos en el porvenir, y marchemos serena, resuelta y confiadamente hácia él, fortaleciendo nuestro corazon con nobles y levantados sentimientos de patriotismo, de progreso, de concordia y de fraternidad.

A. Romero Ortiz.

# ESTADO GENERAL DE INGLATERRA

## EN EL SIGLO XVII.

(Conclusion.)

### CAPITULO VI.

#### RELIGION.

Las diferentes religiones que fermentaban en el seno de la sociedad inglesa, muy principalmente en la época de 1660 y 1688, pueden reducirse á tres grandes religiones: el anglicanismo, el catolicismo y el puritanismo.

La religion anglicana era la única cuyo ejercicio estaba autorizado por las leyes del Estado. Sin embargo, de los seis millones de habitantes que contenia la Inglaterra, podian contarse cerca de dos millones entre católicos y puritanos, unos declarados, otros vergonzantes.

La Iglesia anglicana se dividia en 2 arzobispados, 24 obispados, 14 vicarías, 26 deanatos, 60 arcedianatos, 544 prebendas y 9.725 parroquias. Las dotaciones del culto y del clero estaban ampliamente cubiertas con las rentas procedentes de los 40.000 feudos, que éste percibia en virtud de su ya mencionado derecho de *frankalmoigne*. El Arzobispo de Cantorbery, que era el prelado más opulento del reino, cobraba una renta anual de 4.000 libras: las demás sedes episcopales percibian mucho ménos. De las parroquias, solas 725 redituaban arriba de 100 libras; algunas 80 y 60 libras, y la mayor parte producian con trabajo 50 libras de anualidad.

Acerca de la constitucion del clero, dirémos que los prelados

eran elegidos por el cabildo catedral, en virtud de un decreto de la Corona llamado *Congé d'elire*; y en este decreto se designaba la persona que debia ser elegida, no pudiendo el cabildo elegir otra alguna sin incurrir en la pena del *premunire*. El elegido recibia de la Corona la confirmacion de su nueva dignidad, y entónces juraba obediencia y fidelidad al rey, reconociendo su superioridad sobre la Iglesia, y condenando al mismo tiempo las doctrinas de San Simon, que es lo que aún hoy se llama «hacer profesion de contra-simonía.» Después de estas formalidades, era consagrado é instalado en su puesto por el Arzobispo.

La mayor parte de las parroquias estaban sujetas al derecho de patronatos, y de aquí era que la provision de sus vacantes correspondia de consuno al diocesano y al patrono. Este proponia al Obispo «ordinario» el ministro que debia desempeñar tal ó cual capellanía ó beneficio (*living*), y en el plazo fijo de 28 dias debia aquel admitir é instituir al nombrado, dando órden al Archidiácono para que lo instalara.

La doctrina, ritos y ceremonias de la Iglesia anglicana son tan poco conocidos entre nosotros, que no nos parece inoportuno el dar aquí una idea sucinta de ellos.

Los 39 cánones decretados por el concilio de Lóndres en 1571, son la base, la esencia y el todo de la fé anglicana. Por ellos admiten y reconocen los doctores la Trinidad, la Encarnacion, la Resurreccion, la Descension á los infiernos, la Ascension á los cielos y la virginidad de María. Aceptan los tres credos de Nicea, de San Atanasio y de los Apóstoles; autorizan los libros del Nuevo y Viejo Testamento, exceptuando los de Esdras, Tobías, Judith, Esther y Macabeos; no reconocen más sacramentos que el Bautismo y la Comunion, pero consideran los otros cinco como actos laudables en el cristiano; permiten el matrimonio á los sacerdotes, sin reprobarles el celibato; creen que Roma ha pecado, como pecaron Alejandría y Antiochía; rechazan la doctrina de la transustanciacion y la del purgatorio; no conceden á la Iglesia el derecho de convocatoria sin la vénia del poder civil; niegan la autoridad espiritual y temporal del Papa y de sus concilios: y finalmente, no reconocen más supremacía que la de la Corona, ni más autoridad que la de las santas Escrituras.

El servicio divino de los anglicanos es bastante parecido al de la misa de los católicos. El sacerdote, vestido de sotana negra y

bonete del mismo color, oficia delante de un altar cubierto con un paño blanco y adornado con ricas bandejas de plata, al que llaman «mesa de comunion.» Las oraciones propias del servicio son: el Padre Nuestro, los Mandamientos de la Ley, la Epístola, el Evangelio, el Credo, el Ofertorio, el Prefacio, el Trisagio, la Consagracion, la Comunion, la Gloria y el Benedicite. El sacerdote se coloca, unas veces al Norte del altar, otras vuelve la cara al pueblo, ora inclinándose, ora postrándose de hinojos. En la Consagracion, después de dividir el pan simbólico y llenar el cáliz de vino, eleva en sus manos ámbos elementos, diciendo en alta voz: «Este es mi cuerpo: esta es mi sangre.» Después del Credo pronuncia un corto sermon, y durante el Ofertorio los sacristanes recogen las limosnas de los fieles para los pobres y para el culto. El pueblo entre tanto sentado, de pié, ó de rodillas, canta al són del órgano el Credo y la Gloria.

El modo de administrar los Sacramentos es el siguiente: el que deseaba recibir la Comunion, debia manifestar con tiempo su deseo al sacerdote: si el feligres era de buena conducta, empezaba por confesarse pecador y arrepentido; luego recibia la absolucion de sus culpas, y se le administraba al fin la Comunion con ámbas especies, pan y vino. Pero si el pecador era conocidamente de mala conducta, el sacerdote le negaba su solicitud. El comulgante debia arrodillarse en el acto de recibir el sacramento, pero esto no implicaba adoracion, sino reverencia, puesto que se creia que el cuerpo y la sangre de Cristo estaban sólo en el cielo y nó en las especies: la hostia era un pedazo de pan, del mejor y más blanco que podia encontrarse, el cual se masticaba como otra cualquiera materia alimenticia; y el vino se servia en un jarro de plata, llamado cáliz, diferente del que usaba el sacerdote. El pan y vino consagrados que no habian sido consumidos por los comulgantes, no podia salir nunca de la iglesia. Segun la doctrina anglicana, todo cristiano debe comulgar tres veces al año, y una de ellas por Páscua de Resurreccion.

Las ceremonias que se usaban en los bautismos eran en un todo iguales á las que están en uso en la Iglesia católica; pero al hacer el sacerdote la señal de la cruz en la frente del bautizado, «no queria imitar la práctica supersticiosa de los Romanos, sino seguir respetando la antigua costumbre de la primitiva Iglesia.»

En la celebracion del matrimonio no se declaraba manifiesta-

mente que aquel fuese un sacramento, pero se pronunciaban palabras doctrinales que eran una solemne condenacion del divorcio. Era el matrimonio, segun se expresaba el sacerdote, «un estado »santo, instituido por Dios en tiempo de la inocencia del hombre, y »que significaba la union mística de Jesucristo con su Iglesia:» y por lo tanto, añadia: «aquellos que Dios une ahora, no pueden ser »separados por la mano del hombre.»

La administracion de los Santos Oleos para los moribundos no era conocida en la Iglesia anglicana. El sacerdote, sentado á la cabecera del lecho del espirante, leia en alta voz la visitacion de los enfermos, le exhortaba á que se ratificara en su fé, le instaba á que legase una parte de su fortuna en favor de los pobres, recibia la confesion de sus pecados, lo absolvia, y le administraba la Comunion si el paciente la deseaba.

Por lo demás, la Iglesia anglicana, marchando en muchos casos al igual de la católica, censuraba y escomulgaba, hacía rogativas, daba acciones de gracias, prescribia la vigilia, el ayuno y las obras pías; celebraba 29 dias festivos, además de los domingos, y negaba sepultura al hereje, al relapso, al suicida y al que infringia ó se olvidaba de cumplir con sus Mandamientos.

Leyendo detenidamente los 39 artículos del concilio de 1571, y examinando las ceremonias que usa la Iglesia anglicana, no podemos ménos de descubrir en ella un secreto deseo de adherirse al catolicismo; deseo coartado por la necesidad de transigir con el protestantismo. No parece sino que Crammer, autor del catecismo inglés *(prayerbook)*, sentia más desvío por los reformistas que por el Papa, y se hallaba más dispuesto á reconocer la autoridad del uno que los principios de los otros. Hoy, como siempre, la Iglesia anglicana es la que más se acerca á la católica, en rito y doctrinas, y es tambien la que parece mejor predispuesta de todas las disidentes á volver al seno de la religion madre. Doctores de ámbas comuniones han deplorado amargamente aquella infundada separacion que dió nombre al protestantismo anglicano. Los unos, deseosos de provocar la union, han fundado el puseismo; los otros, apeteciendo lo mismo, predicaron el jansenismo. Pero la transaccion es imposible: la Iglesia católica prueba la infalible armonía de su doctrina por la constante uniformidad con que han venido sosteniéndola desde su fundacion los sucesores de San Pedro: variar esa doctrina por transigir con sus hijos rebeldes, sería demos-

trar la poca consistencia de una fé vacilante, sería minar la sólida base de su edificio, sería proporcionar un arma terrible á sus incansables enemigos. La paz es imposible si el anglicanismo militante no rinde sus armas á discrecion. Señalado este medio como el único posible para conseguir aquel objeto, no podemos predecir la conducta que observará en lo sucesivo la Iglesia anglicana; pero sí hubiéramos dicho en el siglo XVII que la union era por entónces forzosa, indispensable; y con sólo reflexionar un momento en la terrible anarquía á que estaba sometida la reforma, se convenceria cualquiera de esta necesidad.

Lutero, sujetando al libre exámen los principios religiosos que él mismo predicara, engendró un cisma en cada pensador. El racionalismo creció en medio del protestantismo. Los doctores de Oxford y Cambridge fundaron á porfía innumerables escuelas en la época de 1660 á 1688; y al ver la decidida rivalidad en que unos y otros daban á luz nuevas doctrinas, parécenos estar presenciando una guerra literaria, donde el capricho ingenioso y la novelesca fantasía luchan ante el tribunal de un público de entusiastas. Unos opinaban por lo que les plugo llamar *liberalismo*: otros pretendian acogerse á la *autoridad*. Aquellos predicaban que el espíritu del cristianismo consistia en la sociabilidad: éstos sostenian que los ministros de Dios debian huir del mundo. Los primeros santificaban el matrimonio; los segundos hacian la apología del celibato. Aquí se llamaba á Roma la Iglesia Madre: allí se la designaba como la prostituta del Apocalípsis. Todo era contradiccion, controversia, caos indescifrable. Sheldom, el escéptico Arzobispo de Cantorbery, consideraba la Religion como un instrumento político, útil para el gobierno: Cudworth, ateo y pedagogo del Temple, comparaba la razon con la fe, fortaleciendo la una y debilitando la otra; y More, adoptando la filosofía de Platon y de Descartes, concluyó por divinizar al hombre, para hacerlo así partícipe de la felicidad del Sér Supremo.

Entre esta multitud de escuelas descollaban dos rivales que han conseguido con el tiempo absorber á las demas. La una se llamaba *Arminiana*, y la otra *Latitudinaria*; nombres que después han cambiado en *Puseista* y *Liberal*. La Universidad de Oxford era el centro de la primera; la de Cambridge suministraba jefes á la segunda.

Los Arminianos, siguiendo con algunas modificaciones la doc-

trina del holandes Arminius, daban á la Iglesia romana el título de Madre, y la consideraban como cuna del verdadero cristianismo. Respetaban profundamente las prácticas antiguas del catolicismo, y se sometian á todo lo dispuesto por los cánones de los concilios ecuménicos. Rechazaban las llamadas *ceremonias papistas*, pero querian conservar las de la Iglesia primitiva. No concebian que sus contrarios pudieran llamar *hijo de idolatría* á las suntuosas vestiduras sacerdotales, ni á las procesiones que solian hacer alrededor de sus templos ó altares. Defendian las imágenes y los objetos venerandos del culto católico, y deseaban la restauracion de los conventos de frailes y monjas.

Los Latitudinarios guardaban solidaridad con todas las escuelas protestantes, así nacionales como extranjeras. Derivaban su nombre de la latitud de sus principios. Segun ellos, un prelado anglicano podia comulgar en la mesa de un calvinista; un doctor presbiteriano debia tener voz y voto en los Concilios anglicanos; y un sacerdote de cualquiera de las sectas reformadas podia ser ordenado por otro de secta diferente. Los católicos eran los únicos excluidos de tan amable reciprocidad. «Todos los reformistas, decian, pue»den salvarse; pero los católicos se condenan irremisiblemente.»

Tal era la anarquía que destrozaba el corazon de aquella Iglesia; y en ella se fundaban los hombres pensadores para desear su union con la de Roma. Semejante suceso hubiera dado mayor realce á la religion católica, y elevado á mayor altura el mérito indisputable de los doctores reformistas. Como teólogos, hubieran sin duda contribuido á ilustrar más y más la doctrina católica, y á combatir con sus raciocinios, tan avezados á la controversia, los errores que alguna vez se han introducido entre nosotros, debidos á la humana debilidad.

Para poder dar una idea exacta del anglicanismo en la época ya citada, conviene decir algo acerca del carácter, costumbres y conocimientos de sus ministros.

Ilustracion, al par que vanidad, escepticismo, codicia y libertinaje, eran las cualidades distintivas del alto clero. Ya hemos hablado de sus contínuas disensiones: más adelante pondrémos de manifiesto sus apostasías y sus pérfidas maquinaciones contra el Trono de los Estuardos.

Componíase el alto clero de un sinnúmero de profesores, tanto en la filosofía y en las letras como en la oratoria sagrada. Larga

es la lista de aquellas notabilidades, y muy corto el espacio que hemos destinado á esta reseña, para que podamos darle entera cabida. Sin embargo, debemos confesar que nunca despuntó entre aquellos un matemático como el jesuita Riccate, ni un filósofo-naturalista como Sheiner, ni un controversista como Bourdaloue, ni un historiador como Orleans, ni un literato como Graciano, ni un helenista como Kirsher; porque el clero anglicano no tuvo los elementos con que contaron los PP. Jesuitas para instruirse. El púlpito era el gran campo de batalla donde recogian los reformistas sus laureles; y así debió ser, pues que vivian en una época de discusion: pero tampoco podemos elogiarlos como perfectos oradores, porque muchos leian sus sermones, y otros los recitaban de memoria, después de haberlos escrupulosamente corregido. El verdadero orador pronuncia ántes su discurso; luego lo corrige y da á la prensa. Algunos se jactaban de predicar *ex tempore*, esto es, improvisando; pero no era esta la habitual costumbre. Un reloj de arena, colocado al lado de la tribuna, anunciaba al predicador que era llegado el momento de terminar su sermon. A veces el pueblo entusiasmado pedia que el orador continuase; pero si éste abusaba de la paciencia de su auditorio, se le hacía callar tocando repentinamente el órgano.

El doctor Tennisson, que era el predicador de moda, atraia una brillante concurrencia á la iglesia de San Martin. Sus apasionados le llamaron el Bourdaloue del anglicanismo; y esto mismo prueba la gran reputacion que tenía aquel orador frances entre sus mismos enemigos. El doctor Tillotson predicaba en San Lorenzo, y era la segunda espada del púlpito; un verdadero doctor anglicano que, colocado entre el romanismo y el calvinismo, no reconocia más autoridad que la Biblia, ni se separaba un ápice de su contenido: sus sermones sirven hoy dia en los cursos de elocuencia sagrada. Burnett, predicador de San Clemente, y Kenn, que después fué Obispo de Bath, amonestaba á los fieles con ínfulas de profeta, prediciendo pestes é incendios, exterminio de los tiranos, plagas, en fin, que infundian un bellísimo horror en las masas populares. Las palabras más notables de sus discursos, que hemos examinado, son: «sangre, muerte, cólera de Dios, iracundos rayos, venganza celeste» y otras sublimidades análogas con que creian sus autores elevarse al rango de los Elías y Crisóstomos. South, predicador de la catedral de San Pablo, pecaba en

mansedumbre. Su auditorio, que se compónia de aristócratas y palaciegos, no hubiera podido sufrir los inoportunos consejos de una moral severa. South lo comprendia: no alababa el vicio, pero encontraba virtudes donde realmente no existian. Su tema favorito era el orígen divino del poder Real, amplificando su discurso con alusiones más ó ménos directas al Monarca reinante, á la aristocracia del país y á las clases privilegiadas; y cuentan que le fué bien con su sistema, porque un dia en que Cárlos lo escuchaba con visible complacencia, exclamó al fin satisfecho: «Preciso será darle un Obispado!» South, sin embargo, tenía un rival poderoso en el doctor Sherlock, que si bien le era inferior en talento disertador, le sobrepujaba en dotes oratorias.

El público concurria á las iglesias más bien para juzgar del talento de los controversistas que por escuchar la palabra divina. No gustaba de la erudicion de Barroso, porque no hablaba á las pasiones, ni de la metafísica de Sprat, porque no producia entusiasmo; pero en cambio se agolpaba á las puertas del templo cuando alguno de sus oradores favoritos tomaba la palabra para combatir á sus rivales. En estos casos, los predicadores, olvidando su propio decoro y la dignidad del lugar, se lanzaban epigramas y sarcasmos, empleaban argucias, sofismas y hasta chistes inoportunos para atraerse la benevolencia del auditorio. El pueblo llegó á creer que la Iglesia era un teatro, donde los autores se esforzaban por merecer aplausos; y en efecto, formáronse bandos de partidarios, que á manera de los verdes y azules, aplaudian ó silbaban á los oradores sagrados con escándalo de las gentes juiciosas; sin que bastaran á reprimir estos desórdenes los monitorios de los Obispos, ni los esfuerzos de la autoridad civil. Sólo el látigo de la sátira consiguió imponer silencio á los disertadores. Entre las muchas composiciones satíricas que corrieron entónces con este objeto, podemos citar una célebre balada que empieza así:

A dean and prebendary
Had once a new vagary... etc.

Los protestantes miraban la carrera eclesiástica como otra cualquiera; es decir, que no era el recogimiento, ni la piedad, ni el deseo de practicar la virtud lo que les inducia á emprenderla, sino la ambicion de gozar y poseer en el mundo material. Para conseguir esto, el jóven levita empezaba por servir á un Lord en cali-

dad de capellan ó pedagogo, esperando á fuerza de merecimientos ascender rápidamente en su carrera. Su posicion era entónces semejante á la que ocupaba el filósofo griego en casa del patricio romano. Además de dormir en un zaquizamí del palacio, de vestirse con los desechos de su amo, y de sufrir las impertinencias de Milady, estaba obligado á divertir á los niños con juegos pueriles, á servir de hortelano y á llevar mensajes, recibiendo en recompensa de sus trabajos diez libras de sueldo anual: esto es 1.000 reales mal contados. En la mesa de Milord le estaba reservado un medio asiento; queremos decir que sólo comia á medias, pues apénas se consumian los manjares del primer servicio, una señal convenida le recordaba que su presencia era innecesaria, y el cuitado capellan se veia obligado á abandonar su puesto cuando iban á devorar el pudding y demás platos del postre. De este modo conseguia tras largos años de paciencia y de servilismo, que Milord lo recomendase al Rey ó al Ministro, y siendo así, desde luego podia contar con un curato ó una mitra. Testigos son los obispos Wilkins, que fué capellan de Lord Say; Wake, capellan de Lord Preston; Stilingfleet, de Lord Southampton, y Sprat, que lo fué de Lord Buckingham.

Ciertamente que, los que así inauguraban su vida sacerdotal, no debian esperar que la posteridad los incluyera en el catálogo de los santos ni de los mártires. De un vicio sólo estaban exentos aquellos memorables obispos: de la hipocresía; pero no sabemos si es más vituperable el hipócrita, que encubre sus defectos por no contaminar á los creyentes, ó el que haciendo gala de ellos corrompe con su ejemplo, se degrada á sí mismo y desacredita á sus compañeros. El Arzobispo de Canterbury, era ateo declarado; el de Lóndres, jugador y disoluto; el de Rochester relajado hasta la depravacion; el de Salisbury y el de Lincoln, no tenian más ambicion que la del oro para poder vivir en el ócio y el regalo. No comprendian la caridad cristiana. La limosna era, segun ellos, el premio de la vagancia, y el mendicante era á sus ojos el enemigo capital de la religion cristiana. Estas doctrinas, predicadas en el púlpito, dieron orígen á aquellas leyes neronianas, que condenaban al pobre á la infamia y á la muerte. Nada estaba más léjos del ánimo del prelado, que contribuir á la creacion de obras pías, al alivio del huérfano, del anciano y del paralítico; pero en cambio cifraba su orgullo en levantar teatros y palacios, ó en fun-

dar colegios, academias, museos y bibliotecas. Aún existen monumentos que recordarán en lo futuro la liberalidad de aquellos magníficos señores: tales son, el teatro de Oxford, valuado en 14 000 libras, el monetario de Lincoln apreciado en 10.000, los palacios episcopales de Lóndres y Canterbury, la preciosa biblioteca de Lambeth, sin contar los legados que dejaron al morir para el sostenimiento de cátedras de filosofía y lenguas muertas, dotaciones á las sociedades literarias, á los colegios de Oxford y Cambridge, etc., etc.

En vano buscamos entre ellos un alma virtuosa, animada de aquel espíritu evangélico que inspiró á José de Calasanz y á Vicente de Paul; ni nos dicen sus historias, pinturas ó tradiciones, que haya sido imitado el ejemplo de un Tomás de Villanueva, distribuyendo limosna á manos llenas, ó de un Cárlos Borromeo, administrando el viático á los coléricos. Y no porque les faltase tiempo ú oportunidad, pues la peste de 1665 que hizo más de 100.000 víctimas en Lóndres, y el incendio de 1666 que dejó sin hogares á más de 14.000 familias, fueron ocasiones muy propicias en las que hubieran podido demostrar su celo. En vez de esto, es sabido que la peste sólo sirvió de excusa á los infames envenenamientos y aleves asesinatos denunciados por Defoe, que si bien no pesan directamente sobre el clero anglicano, tampoco consta que haya puesto de su parte cuidado alguno para evitarlos.

Por lo que toca al bajo clero, cabe decir que era ignorante, creyente y humilde, y por esta misma razon, él era el que sostenia el edificio del anglicanismo. El *parson* (cura) no entendia de controversias, ni sabia, ni queria raciocinar, ni transigia con Arminianos, Latitudinarios ni independientes. Acérrimo defensor de su rey, y enemigo implacable de los católicos, sólo sabia obedecer ciegamente el uno, y odiar públicamente á los otros. El era quien presidia los autos de fé, cuando se quemaban en efigie á Lord Peter (el papa), y á los cardenales, á los santos, á los inquisidores, y al Rey Felipe II, con su *ayuda de cámara* el Duque de Alba.

En pago de este celo, por no decir fanatismo, el cura estaba condenado á vivir en la más estrecha pobreza. Su vestido se componia de una sotana raida y una casaca llena de remiendos. Su habitacion era una casucha agujereada y techada con paja; y su ajuar era tan reducido, que á veces no bastaba á responder de sus cortas deudas, teniendo en tales casos que empeñar hasta el tintero y la

Biblia para satisfacer á sus acreedores. Tal estado producia naturalmente su descrédito en aquella sociedad tan apegada á los intereses materiales. Y en efecto, la nobleza lo despreciaba por plebeyo; la clase media repugnaba su trato por inculto y grosero; el boticario y el escribano de su pueblo, se arrogaban sobre él la precedencia; y en fin, su sociedad se componia de lacayos y doncellas de servicio.

Los que tengan idea del modo decoroso con que es tratado entre nosotros un sacerdote católico, no se diga en los palacios de los grandes, sino en la misma cámara real, se admirarán sin duda al saber que el estrado del *parson* era la cocina de la casa baronial. Allí tenia sus pasatiempos y sus amores; y por cierto que no era corta su dicha si lograba á fuerza de obsequios sobreponerse á los lacayos, y cautivar el corazon de alguna ama de llaves. Una prueba de esto fueron las quejas á que dió lugar aquella ley de Isabel Tudor, que prohibia á los curas casarse con las doncellas de servicio, sin expreso consentimiento de sus amos. El famoso predicador Jeremías Collier fué uno de los que protestaron con mayor calor contra aquella ley arbitraria, «sin duda, dice Macauley, porque le »tocaba de cerca.»

Pero en medio de esta pobreza y humildad, el bajo clero se mantenia incorrupto. Si el *parson* no era un dechado de virtud, era al ménos un modelo de honradez y de buenas costumbres, desinteresado en los cargos de su ministerio, cristiano de buena fé, y obediente á la disciplina de su iglesia. Era además en sociedad, buen padre y buen esposo. Su ignorancia misma lo ponia á cubierto de las inculpaciones que pesaban sobre el clero superior.

Hemos dicho que el Anglicanismo era la religion dominante en Inglaterra, y esto era debido, no sólo á la superioridad del número, sino á la escasez de campeones que sostenian la religion católica en aquel país. Nuestros doctores ingleses, estaban ménos versados que los protestantes en materias de controversia, no porque les faltase talento, celo ó instruccion, sino porque no gozaban, como sus contrarios, de la libertad suficiente para exponer sus doctrinas. La ley del reino vedaba á los católicos hablar desde el púlpito ó por medio de la prensa, y lo que es más, les prohibia que residiesen en las islas Británicas; y si bien es cierto que aquella ley absurda era en esta parte desatendida, no por eso dejaba de ponerse en vigor cuando el caso lo requeria. Los Bur-

nett, Wake y Stilingfleet, podian, pues, lucirse con sus teorías sin gran riesgo de ser contradichos. Y así sucedia, en efecto, pues era tal la escuela del Anglicanismo, que á nádie concedia la borla de doctor en Teología, sin asegurarse ántes de sus fuerzas como escritor y controversista; de modo que el nuevo teólogo que queria dejar bien establecida su reputacion, inauguraba su entrada en la milicia eclesiástica escribiendo un «tract,» esto es, un folleto contra el Papismo, de que nádie hacia caso, por lo mismo que nádie los impugnaba. Estas publicaciones que, aun en el dia, son innumerables, se parecian todas unas á otras. «El culto Romano, decian, es la idolatría; la doctrina cotólica no ha sido siempre la misma; la iglesia es falible, y otras mil proposiciones y comentarios sobre las imágenes, la confesion, los sacramentos, etc., etc.

Algunas, aunque muy raras veces, consentia la Iglesia anglicana en tolerar un asomo de disputa razonada, pero verbal y secreta, á fin de que nada traspirase al dominio del público inteligente. Entónces Fisher se las habia con Land, Golden con Stilingfleet, y Serjeant con Whittby: reñian, gritaban, se decian mil injurias y la cuestion quedaba siempre en pié.

Pero el continente católico poseia atletas vigorosísimos, que no perdian de vista la causa de sus hermanos de Inglaterra. Bossuet era en aquella época el más brillante, si nó el más ortodoxo, de los teólogos del catolicismo. Estimulado por Luis XIV, aquel hombre eminente se propuso y consiguió hundir en el polvo toda lo sabiduria de los «tractistas» anglicanos. Su *Exposition de la doctrine de l'Eglise Catholique*, apareció entónces como un brillante meteoro en el nublado horizonte de la Cristiandad. Dryden, menospreciando el encono de su Iglesia, tradujo esta obra al idioma inglés, y desde entónces no se habló de otra cosa en aquel país. Preciso era defenderse de tan rudo ataque. Los Anglicanos, en efecto, salieron á la palestra, pero aunque aplaudidos en Lóndres, ninguno de ellos consiguió hacerse oir en el continente. La refutacion más notable que conocemos de la obra de Bossuet es el «Catecismo» de Wake, donde ponia su autor en parangon la doctrina de ambos credos con bastante habilidad, y combatia la autoridad del escritor frances diciendo: «que no podia ser aceptable, »porque la Sorbona y el Vaticano habian censurado su obra.» Esta acusacion, fundada en un hecho cierto, prueba la constancia y la escrupulosidad con que la Iglesia Romana ha sostenido siempre sus

doctrinas, no vacilando en censurar á sus más ilustres teólogos, siempre que estos, llevados de su genio controversista, han podido deslizarse en la exposicion de sus sagrados dogmas. Pero no por eso se debilitó la sensacion que habia causado Bossuett en Inglaterra. En Francia, el entusiasmo era difícil de describir. Por todas partes se oia hablar de conversiones al catolicismo. Las conferencias que se tenian en casa de Mlle. Durás, dieron por último resultado lo conversion del gran Turena.

Entre tanto, Bossuet infatigable, no contento con sus triunfos en la tribuna sagrada, empleaba la prensa en auxilio de su causa. Bossuet atacaba: los Anglicanos se defendian. Su *Histoire des Variations* le proporcionó una victoria aún más decisiva sobre sus contrarios. En ella, después de probar con incontestables argumentos la necesidad de la fe y de la autoridad religiosa, combatió al Anglicanismo desde su cuna, pintando con vivísimos colores los vicios de Henrique VIII, y la indecorosa conducta de Isabel Tudor, patrona de los Hugonotes. Los Ingleses volvieron á la palestra. Burnett ocupó esta vez el lugar de Wake, publicando su *History of Reform.* Esta obra fué considerada en Inglaterra como una cumplida refutacion de la de Bossuet; así lo creyó, al ménos, el Parlamento, dando las gracias de oficio á su afortunado autor. Pero Bossuet hacía cada dia nuevos prosélitos. El incrédulo filósofo Gibbon se declaró vencido después de devorar con ánsia la última obra del teólogo frances.—«Leí, aplaudí, creí.»—Estas fueron sus palabras, que se hicieron merecidamente célebres entre los católicos.

Estas luchas religiosas, léjos de procurar algun alivio á los católicos ingleses, sólo servian para empeorar su suerte. Para comprender esto, basta hacerse cargo de las circunstancias particulares de la época de 1660 á 1688, que es la que vamos historiando. Se temia entónces en Inglaterra que estallase una conspiracion, que llamaban papista, como la de 1604, cuya explosion no podia ménos de inflamar y consumir el edificio revolucionario levantado á duras penas en 1543 y en 1640. Los políticos ingleses estaban en acecho de este golpe trabajando por confundir lo que apellidaban «la malicia del Obispo de Roma.» El modo de salir airosos de esta crísis, era adoptar una política, no de resistencia, sino de accion, revolucionaria, anti-católica. El Catolicismo llegó, pues, á ser considerado como el emblema del despotismo; el Jesuita se

pintaba como su agente, y el Papa como el tirano de la sociedad. Así como en el dia de hoy el solo nombre de los cosacos del Don eriza los cabellos á los ultra-liberales, en el siglo XVII los dragones de Luis XIV, restaurando el catolicismo en la Rochela, y los Tercios españoles entronizándolo en la Valtelina, infundian un pánico cruel entre los protestantes. La seguridad de la Iglesia reformada se consideró en peligro, miéntras no se destruyera de de raíz la religion de los supuestos tiranos del continente.

Los hombres políticos sabian sacar partido del estado efervescente de la opinion pública. Los oradores del Parlamento combatian diariamente á los ministros echándoles en cara los supuestos progresos del catolicismo.—«Tan cimentada está en el reino, de»cian, la religion del Papa, que ni Dios mismo podria desarraigar»la.»—El teatro, fiel eco del Parlamento, se convertia tambien á menudo, como ya dijimos en su lugar, en una reunion política, donde se pedia á gritos la sangre de los católicos. Los jefes de la Iglesia anglicana hacian circular monitorios y cartas pastorales, dirigidas á los párrocos para que se predicara desde el púlpito una santa cruzada contra la «prostituta del Apocalípsis». Este celo exterminador de los Anglicanos solia á veces templarse con la saciedad de sus iras; pero al menor acontecimiento político ó religioso, despertaba de nuevo y volvian las persecuciones con más furor que nunca. En estos casos el Rey y el Parlamento, arrastrados por la fuerza de la opinion general, deponian y nombraban nuevos ministros que supiesen llenar el cupo de las exigencias populares, y Buckingham, Essex ó Shaftesbury, jefes del movimiento anti-católico, entraban entónces á legislar contra los papistas. El bill de recusacion, el edicto contra los Jesuitas, el estatuto del *premunire* y el acta «de herético comburendo,» son disposiciones que de ellos emanaron, y que rivalizan con las de Sylla en tiranía y ferocidad. Por ellas vemos que todo el que no asistiera á los oficios de la Iglesia anglicana, era considerado como papista, y castigado con multas, con el destierro, ó con prision perpétua, ó se le confiscaban sus bienes, ó se le azotaba en público, ó se le condenaba á muerte. El papista era además excomulgado y declarado «outlaw,» esto es, fuera de la ley. No podia heredar ni testar, ni abrazar carrera alguna facultativa, ni ejercer cargos públicos, ni gastar armas en propia defensa, ni acercarse á la distancia de diez millas de Lóndres, ni separarse cinco millas de su

residencia, ni entablar juicios de equidad (equity) con ninguno, ni educar á sus hijos en la religion católica. ni enviarlos al continente para que allí se educasen.

La alta nobleza era, como hemos dicho, católica en su mayor parte; y como se considerase de gran interes político el destruirla, se ideó aplicarle en todo rigor la ley conocida por el nombre de bill de recusacion. Esta ley terrible no condenaba las familias á la muerte, pero las reducia á la miseria, porque creaba un sistema de multas tan crecidas y variadas que forzosamente debian agotar las fortunas más considerables. Así, por ejemplo, les imponia una pena de 120 libras por no asistir á la Iglesia anglicana; 70 por oir misa; 100 libras por hacer una visita á Lóndres; 100 por cada hijo que educaran en el continente; otras 100 por no delatar ú hospedar á un jesuita; 10 libras por cada sirviente católico, y otras 10 por cada huésped católico que albergaran. Los nobles pagaban y hacian lo que se les prohibia; pero aquellos que no tenian suficiente fortuna para sufrir tantos gravámenes, eran católicos en secreto, ó emigraban clandestinamente. Hubo noble que llegó á pagar anualmente por el capítulo de sirvientes 600 libras esterlinas.

La resistencia pasiva era el escudo con que desafiaba la nobleza el rigor del bill de recusacion. Las damas escondian á los jesuitas en sus retretes, ocultaban en los desvanes los ornamentos sagrados, y en los dias festivos abrian sus capillas al pueblo católico. Este acudia con sigilo á recibir los consuelos de su perseguida religion; pero rara vez lograba burlar la vigilancia de la policía. Más sedientos de oro que solícitos por el cumplimiento de su deber, solian aquellos esbirros inventar pretextos ó fingir sospechas para allanar los palacios de la nobleza católica. La noche les prestaba su misteriosa oscuridad. Nada era sagrado para ellos desde que conseguian introducirse en la vivienda de un sospechoso. Ni el recato de las doncellas, ni el rubor de las casadas, ni las justas reconvenciones de padres, esposos ó hermanos, eran bastantes á contener sus indecorosas pesquisas. Todo pasaba por sus manos. Un supuesto relicario, una cruz oculta en el seno, les daba autoridad para rasgar los velos del pudor con lasciva complacencia. En el condado de Hereford, hubo noche de allanarse 50 palacios. En Lóndres, donde se contaban ménos de 17.000 vecinos sospechosos de catolicismo, habia épocas en que se cometian diariamente las más escandalosas violencias.

No contento con esto, el partido anti-católico favorecia y premiaba la delacion. El protestante que delataba á un pariente suyo noble, era premiado con la administracion de los bienes de su víctima, á quien desde luego se le confiscaba su hacienda. Las consecuencias de esta medida son fáciles de adivinar. Para no citar más que un ejemplo, racordarémos el nombre de Lord Foljambe, que acusó á su anciana abuela, y obtuvo de este modo el usufructo de sus cuantiosos bienes.

A veces tambien los católicos se valian de otros ardides para aligerar el peso tiránico que los abrumaba, como era, por ejemplo, amenazar al Gobierno con que emigrarian en masa al continente. Entónces la corona les ofrecia, por via de alivio, una rebaja temporal del importe de las multas que pagaban como católicos; pero con la condicion que, pasado cierto tiempo convenido, volverian á pagar sus impuestos por entero, con más todo lo que debian al Estado por créditos atrasados. De modo que lo que venian á conseguir los infelices era un plazo de espera, unas treguas más ó ménos dilatadas, que servian de preludio á mayores sufrimientos. Ni aun enmedio de aquella paz momentánea vivian seguros los contratantes, porque además de exigírseles una fianza para el pago de sus futuros compromisos, se les encarcelaba á la menor sospecha, ó se les designaba un punto de destierro, del que no podian salir sin incurrir en gravosas multas.

Los católicos plebeyos sufrian mucho más que los nobles, porque eran más que éstos, adictos á la religion que profesaban. Ellos eran en gran parte los que llenaban las cárceles en las épocas de mayor encarnizamiento, con gran quebranto de los mismos protestantes, que no querian sufragar los crecidos gastos del presupuesto carcelario. Los jueces no podian siempre organizar jurados que bastasen á sentenciar tantos supuestos criminales. Esto no obstante, cuando se restablecia la calma, crecia la desventura del mísero pueblo católico; porque agobiados con las crecidas multas que le imponian, tenía que luchar desesperadamente entre la muerte y la miseria. Comisiones de apremios recorrian de contínuo los campos y poblaciones, persiguiendo al colono con sus demandas, que generalmente ascendian á la mitad de sus rentas. Añádase á esto las contribuciones que como súbditos ingleses pagaban al Estado, y las exacciones que sufrian de los señores feudales, y dificilmente concebirémos un estado más lastimoso. Los

sirvientes católicos devolvian en multas más del 50 por 100 de sus salarios, esto es, que apénas les quedaba un tercio de lo que ganaban con sus afanes, de modo que puede decirse que trabajaban grátis ocho meses del año. Y desgraciado del que no tuviera con qué satisfacer la codicia de los comisionados de apremio: los castigos más infamatorios le aguardaban. Así no era extraño el ver aquellos indigentes azotados en público, sin recato ni honestidad, ó conducidos al banco de la vergüenza, donde se les marcaba en las orejas con un hierro candente.

Pero estas penas afrentosas se trocaban en horrorosos suplicios cuando recaian sobre un Jesuita. La ley autorizaba á todos los Ingleses indistintamente para que le dieran caza, como á un animal dañino; y aun llegaron á establecerse ciertas bandas ó compañías que no tenian más ocupacion que la de perseguir á los Jesuitas, prenderlos y asesinarlos. La cabeza de uno de aquellos religiosos era un trofeo, en cambio del cual recibian los asesinos premios tan crecidos como codiciados.

Los Jesuitas, por su parte, con la perseverancia que los ha distinguido en todas épocas, habian jurado la conquista de Inglaterra ante las aras del catolicismo. Para conseguir su objeto fundaron tres seminarios principales, en Douai, Reims y Valladolid, donde enseñaban á sus educandos que la verdadera mision del jesuita era perecer en Inglaterra por el triunfo de la fé católica. El número de seminaristas que contenia cada uno de estos establecimientos llegaba á 150, de los cuales salian anualmente 50 misioneros para las Islas Británicas. El Jesuita debia aprender, entre otras cosas, á burlar la vigilancia de sus enemigos, pues desde que pisaba el territorio inglés, su vida era un misterio que nádie comprendia. Mudaba á cada instante de traje y de posada, recorria los palacios de la nobleza católica, y se introducia disfrazado en la cabaña del labriego. Su actividad era al mismo tiempo sorprendente. Donde quiera que encontraba un auditorio, allí levantaba su púlpito, y predicaba la obediencia al Papa y el ódio á la Reforma. Decia misa en todas partes; administraba la Comunion á quien se la pedia; sublevaba los ánimos contra el Gobierno, y organizaba conspiraciones políticas en la oscuridad de los subterráneos.

Pero tarde ó temprano llegaba el dia en que, descubierto y preso, el Jesuita era entregado al furor de sus verdugos. Un tribunal eclesiástico (the high commission court) le formaba inmediata-

mente causa en virtud del estatuto «de heretico comburendo.» Interrogábanle sobre su asistencia á la Iglesia, sobre sus opiniones religiosas y sobre el poder del Papa. Preguntábanle qué palacios y clubs frecuentaba, qué personas conocia, y qué secretos habia podido extraer por medio de la confesion. Pedíanle revelaciones sobre los planes de la diplomacia extranjera, y sobre todo cuanto pudiera interesar á la política inglesa. Para romper su obstinado silencio se le sometia á la prueba del tormento, suplicio arbitrario y no reconocido por las leyes criminales de aquel país, pero que autorizaba la especialidad del caso. Los instrumentos que ponian en juego aquellos verdugos eran iguales á los que entre nosotros empleaba la Inquisicion en el desempeño de sus funciones, y los Ingleses que aun hoy dia aparentan asombro al oir referir los horrores del tribunal del Santo Oficio, ignoran ó fingen ignorar las atrocidades que la Comision eclesiástica de su país autorizaba como preludio de la muerte del Jesuita. Aún existen, para exámen de los curiosos, las máquinas llamadas *Scavenger* y *Rack*, que pueden rivalizar dignamente con las que se inventaron en otros países para martirio de los herejes. El Rack, sobre todo, era una especie de bastidor cuadrilongo en el que se colocaba el cuerpo de la víctima, atado por las extremidades de los piés y las manos. Una palanca ó unas cuñas de madera, introducidas á martillazos por las cabeceras corredizas del bastidor, lo forzaban á alargarse uno, dos ó más piés, estirando al mismo tiempo el cuerpo del paciente, que llega á adquirir un tamaño deforme por la dislocacion de las conyunturas. El Jesuita Nichols, sometido á esta terrible prueba, hubo de revelar los secretos de la confesion á despecho de sus más fuertes compañeros.

Los Generales de la Orden Jesuita no se dejaban enternecer por las exclamaciones de los mártires.—«¿Quién resiste á tal su»plicio?» decian los agonizantes.—«Los que han resistido á los »canníbales, á los antropófagos y á los salvajes del Paraguay, no »deben temblar ante unos herejes civilizados.» Esta réplica era un mandato, y el Jesuita estaba acostumbrado á obedecer. Entónces, para vencer su tenacidad, le imponian sus jueces *la peine forte et dure*, que era una muerte lenta y horrorosa. Colocábase al reo sobre un bastidor cuadrilátero, en posicion supina, tendido y atado por los piés y manos á los cuatro postes que formaban los ángulos de su lecho de muerte; luego le ponian pausadamente sobre el pecho ciertas cantidades de plomo, cuyo peso, calculado de antema-

no, iba quitándole poco á poco la respiracion hasta que exhalaba el último aliento. Este suplicio solia durar dias enteros, y entre tanto mantenian á la víctima con agua y pan de cebada á fin de que el hambre no abreviase su muerte.

Cuando la pena del tormento se hacía inútil, por la confesion voluntaria del Jesuita, se le daba muerte más pronta, pero no ménos bárbara. No queremos detenernos por más tiempo en describir horrores: baste decir que hubo víctimas que vieron quemar sus propias entrañas; y luego que la muerte ponia fin á su martirio, un cortador de oficio descuartizaba el cadáver, para que fueran sus trozos suspendidos como trofeos de las puertas de la ciudad. La cabeza se clavaba en la punta de una cucaña elevada en el puente de Lóndres.

Hemos hablado de la religion anglicana: réstanos hacer otro tanto respecto del puritanismo, que es sin duda la secta más importante para nuestra historia. Puritanismo quiere decir á este respecto tanto como revolucion religiosa: el puritano personifica la Reforma.

Fuller lo define así: «El Puritanismo fué concebido en el reinado »de Eduardo VI; nació en el de María; se amamantó en el de Isabel; »creció en el de Jaime, y llegó á ser, en tiempos de Cárlos I, un »Hércules que dió muerte á la jerarquía episcopal.» A esta pintura podemos añadir que ese robusto atleta era ya en la Restauracion un ciego y mísero anciano que caminaba á pasos de gigante hácia la decrepitud.

Y en efecto: el puritanismo del siglo XVII era la sombra de lo que habia sido. La idea permanecia, pero faltaba á sus sectarios la fuerza, la decision y el entusiasmo que fueron las armas de los primeros reformistas. Butler, que vió postrado al coloso, acertó á darle el último golpe con la publicacion de su *Hudibras*. Esta sátira, aunque muy inferior al *Quijote*, ha valido á su autor el ser comparado con nuestro Cervántes, segun ya dijimos en otro sitio; comparacion que se funda sin duda en la similitud de los argumentos de ámbas obras, ó en los efectos que produjeron; pues puede decirse que si el *Quijote* concluyó para siempre con la caballería andante, el *Hudibras* dejó muy mal parado al puritanismo. No creemos inoportuno dar una idea de aquella novela satírica, por lo mucho que se roza con el asunto que tratamos.

Hudibras y su compañero Ralph recorrian los condados de Inglaterra con el loable objeto de castigar el vicio y premiar la virtud. El primero era un juez itinerante, y el segundo un alguacil

parlero y amigo de controversias: con esto, y con ser el uno *presbiteriano* y el otro *independiente*, tenía el autor materia larga para haber escrito volúmenes sin cuento, porque las disputas entre doctrinarios no concluyen nunca, por mucho que se escriba ó hable. Pero Butler supo dar á su novela una extension conveniente, y, aunque, á pesar de todo, aquella obra carece hoy dia de interes literario, es muy apreciable como documento histórico, por la exactitud con que están allí pintadas las costumbres puritanas. A ella podrá recurrir el lector si las noticias que aquí insertamos no le satisfacen.

El puritano, segun nos le ha querido pintar, era un ridículo personaje que afectaba sencillez en el vestir, dolor y dignidad en el rostro, beatitud en sus expresiones y austeridad en sus costumbres. Hablaba pausadamente y en tono nasal, y tenía además el prurito de mentar á cada paso el nombre de Dios. Para expresar tanta ridícula bienaventuranza inventó la sátira los adjetivos *Godley* y *Sabbatical*, que se aplicaban indistintamente á su persona, acciones y palabras: *Godley de God* (Dios), que es como si dijéramos *bendito*; y *Sabbatical de Sabbath*, palabra bíblica que el puritano habia adoptado en vez de la inglesa *Sunday* (domingo), porque esta última se deriva de la idólatra lengua sajona, y *Sabbath* trae su orígen del sagrado idioma hebreo. Así, por ejemplo, era *Godley* el gastar el cabello corto y la casaca raida, el fijar los ojos en el cielo, el suspirar con frecuencia y otras gazmoñerías; y era *Sabbatical* el que observaba con toda rigidez los preceptos del *Sabbath*, como eran no comer ni beber con exceso en los dias festivos, ni jugar al ajedrez, ni cazar zorras, ni leer novelas, ni frecuentar los teatros, ni cohabitar con la mujer propia, ni cantar, bailar ó demostrar regocijo. En estos dias de rigorosa observancia estaba comprendida la Páscua, que debia solemnizar el puritano con ayunos y lamentos, en vez de entregarse á las indecorosas jubilaciones del vulgo.

Inútil es decir que el catolicismo no tenía enemigos más enconados que los puritanos. Todo cuanto predicaba la Iglesia Romana era abominable segun ellos. La virtud misma dejaba de serlo desde que era practicada por los católicos. Si el puritano hubiera tenido á su cargo el gobierno de su país, desde luego debia suponerse que hubiera movido cruda guerra á Roma y al Antecristo, hubiera restablecido la legislacion de Moisés y el reinado de los santos,

y la Inglaterra, purgada de sus vicios, se hubiera trocado, por sus merecimientos, en un nuevo pueblo de Israel, en un pueblo de elegidos. Tales eran las ideas de aquellos visionarios.

Considerado el puritano como filósofo, le vemos dominado por una idea fija, que simboliza todo un sistema de reaccion religiosa. Esta idea, ó más bien, esta *manía*, fué lo que se llamó *Hebraismo*. El puritano vivia en el mundo de la Biblia; preparar una revolucion para que volvieran los tiempos al estado que allí se nos pintan, tal era el móvil secreto de su conducta. Sólo así se explica aquel afan por desenterrar nombres bíblicos, y aquella constante imitacion de cuanto hicieron ó dijeron los Hebreos. Por eso vemos que los nombres de Guillermo y Elena fueron sustituidos con los de *Isaac* y *Rebecca*, miéntras el templo gótico se convirtió para ellos en *synagoga*. A fin de dar impulso á este movimiento revolucionario, aparecieron profetas sin cuento, unos vaticinando y otros haciendo milagros, que lograron la palma del martirio, víctimas en las garras de la policía. Durante la peste de 1665, pululaban en Lóndres los Jeremías y Bautistas. Uno recorria las calles desnudo, llevando en la cabeza un brasero de carbones encendidos y diciéndose intérprete de las iras del Cielo. Otro, imitando á Jonás, gritaba con voz atronadora: «¡Cuarenta horas más, y Lóndres será destruido!» Los impostores se aprovecharon de la calamidad pública para influir en el ánimo de los ignorantes afligidos. Hubo quien vió en el Cielo una espada de fuego, y quien oyó la voz del Altísimo lanzando anatemas en el silencio de la noche. En las parroquias de las aldeas aparecieron los *rigoristas*, que profesaban un horror invencible al vestido, y andaban por lo mismo *in naturalibus*. En los páramos y desiertos se veian los *ascéticos*, que, á imitacion de Cristo, ayunaban los cuarenta dias y cuarenta noches de la Cuaresma. Tambien hubo quien practicó la poligamia, por ser costumbre característica de los antiguos patriarcas, y quien, siguiendo el ejemplo de San Juan Bautista, bautizaba á los neófitos zambulléndolos en un rio.

Entre estos profetas se cuentan tres, que llegaron á tener en el pueblo reputacion de tales. Mugleton, el primero, pronunciaba anatemas contra todo el que no creyera que Dios tenía seis piés de altura y que el sol se hallaba distante cuatro millas de la tierra. Venner era una especie de comunista, que predicaba contra los ricos, los nobles y los reyes. Naylor, en fin, el que más llamó la

atencion pública, era un jóven hermoso, que segun la opinion del vulgo se parecia en un todo á Jesucristo. Sus discípulos le hicieron entrar triunfante por las calles de Bristol, y cuentan que el pueblo tendia por el suelo sus capas ó vestidos para que le sirvieran de tapiz, cantando al mismo tiempo con entusiasmo ¡Hossannah! ¡Hossanah! El Parlamento se ocupó de la suerte de este infeliz, como en otro tiempo el Sanedrin con Jesus. Una mujer declaró que lo habia visto morir y resucitar á las cuarenta y ocho horas de haber sido sepultado. Empleáronse diez dias en insultarle y pedir su muerte, sin que el reo contestara á sus acusadores más que aquellas célebres palabras «tú lo dices.» Por fin, Naylor fué preso, encarcelado y azotado; pero no consiguió morir en una cruz.

Recorria por entónces la campiña de Inglaterra un anciano venerable, vestido con un justillo de cuero, apoyado en un báculo y leyendo un librito: la Biblia. A veces permanecia el dia entero recostado al pié de un árbol; otras se le veia pasear las praderas con la cabeza inclinada, en aire meditabundo. Era un sér inofensivo, sóbrio, amable y caritativo con exceso. Vivia sin miedo ni pasion. Decíase que era hijo de un zapatero, y que habia abandonado la casa paterna, porque habia oido una voz del cielo que le mandaba alejarse del mundo para vivir entregado á la meditacion y á la penitencia. Su nombre era Jorge Fox, fundador de la secta de los Quákeros.

Esta secta, la más famosa entre todas las puritanas, merece examinarse con alguna detencion. Los Quákeros rechazan todo rito ó ceremonia religiosa. No reconocen los dias festivos, ni admiten los Sacramentos, ni ven la necesidad de construir iglesias. Dicen que un templo es una casa con torre, y que un sacerdote es un hombre autorizado por otro hombre.—«El verdadero culto, decia »Fox, está en el recogimiento, que nos prepara á bien vivir y á »escuchar las inspiraciones del sagrado espíritu.» En cuanto á lo contenido en las Escrituras, opinaba que no debia ignorarse por ser parte esencial de la historia; pero que no era necesaria para el hombre religioso, porque el espíritu divino que todas las criaturas reciben de Dios era suficiente para iluminarlas. Condenaba la guerra como pasion sanguinaria, indigna del cristiano. Prohibia la pompa funeraria, los monumentos y hasta las lápidas mortuorias que no fueran de piedra tosca. Se oponia al lenguaje de la etiqueta, resistiéndose á dar á los príncipes el tratamiento de Alteza ó Majestad, y mucho ménos el de Gracia ó Señoría á los pre-

lados y nobles. Tambien mandaba que el Quákero no se descubriese la cabeza ante persona alguna; que el saludo comun fuese la palabra «¡friend!» (amigo); y que hablara con todos familiarmente, usando el pronombre «thou» (tú) en vez de «you» (usted). No permitia que se prestase juramento, ni en los tribunales ni fuera de ellos, y recomendaba la obediencia pasiva á toda autoridad ó Gobierno constituido. Tal era, segun Fox, el verdadero espíritu del cristianismo.

Pero los Puritanos no consiguieron jamas organizarse en un cuerpo unido; por el contrario, reinaba entre ellos la confusion y la anarquía. No tenian un credo de doctrinas. Cada cual, marchando fuera de la órbita de la autoridad y de la tradicion, se encaminaba al individualismo. De aquí resultaron innumerables escuelas, aunque no todas merecen este nombre. Tales eran las de los Presbiterianos, Disidentes, No Conformistas, Brounistas, Separatistas, Antinomianos, Anabaptistas, Millenarios, Socinianos, Investigadores, Libertinos, Familistas, Entusiastas, Perfectistas, Zelosos, Antitrinitarios, Escépticos, Quákeros y Baxterianos. De éstas, si descartamos las que hacian consistir su no-conformidad en razones filosóficas poco atendibles, ó de puro individualismo, dirémos que los Baxterianos opinaban que la salvacion habia sido ofrecida al hombre bajo la sola condicion de «creer,» y que por lo tanto todos se salvaban sin atencion á las buenas ó malas obras. Los Anabaptistas predicaban la necesidad del bautismo de los adultos, la superfluidad del vestido y la conveniencia de la poligamia. Los Brounistas componian el bando democrático del puritanismo, no reconociendo más autoridad que la voz del pueblo; y en fin, los Socinianos no creian en la Trinidad.

Además de estos principios acogian los puritanos ciertas máximas que atacaban más directamente el órden social, y que nos parece oportuno consignar en este sitio.—«La conservacion de sí »mismo, decian, es la ley fundamental de la naturaleza, y son »anticristianas todas las leyes civiles que se le antepongan.—La »doctrina evangélica que recomienda el sufrimiento de la injuria, »no se opone á la resistencia.—El cristiano no debe acatar la doc»trina de obediencia pasiva: si los primitivos creyentes la observa»ron fué porque el paganismo era la religion del Estado.—El que »mata á un tirano por revelacion divina, no infringe la ley de »Dios, porque el hecho de Phines es más que un ejemplo: es una

»órden.—Los regicidas de Cárlos I han sido instrumentos benditos »del Sér Eterno.—Todo lo hecho está bien hecho; y el que se so»mete á lo hecho, obedece á la mano de la Providencia, etc.» Hé aquí sancionados el egoismo, el regicidio y el fatalismo.

La Universidad de Oxford censuró estas proposiciones en 21 de Julio de 1683; y desde entónces, alarmados los Anglicanos con el progreso de los Doctrinarios, resolvieron exterminarlos á todo trance. Era además notorio que una gran parte de los párrocos del reino profesaba opiniones semi-puritanas; y si no se acudia á remediar al mal, la religion anglicana caeria en olvido y menosprecio. Para cortar estos resultados se pidió y obtuvo de la Corona el llamado «bill de uniformidad,» que contenia las siguientes disposiciones:

1.ª Todo miembro del clero debe prestar ciega obediencia á lo contenido y prescrito en el libro del *Common Prayer* (catecismo).

2.ª Ninguno que no haya recibido órdenes por mano de un Obispo anglicano podrá administrar los Sacramentos ni ejercer funciones eclesiásticas.

3.ª Toda persona, de estado eclesiástico ó seglar, que desempeñe curatos, ó prebendas, beneficios, dignadades, cátedras y áun pedagogias privadas, suscribirá una declaracion en que manifieste la ilegalidad de hacer armas contra la Corona, bajo cualquier forma ó pretexto.

Dos años después, la misma Iglesia obtuvo del Parlamento el «Coventicle Act.» Este acta declaraba ser conventículo, ó club ilegal, toda asamblea que constare de más de cinco personas, y cuyo objeto fuera dedicarse á prácticas religiosas no autorizadas; y finalmente, dos años más tarde se publicó el «five mile act,» que prohibia á todo disidente acercarse á la distancia de cinco millas de cualquier municipalidad.

Estas tres actas fueron los instrumentos de que se valió la Iglesia anglicana para combatir al puritanismo. Pronto se vieron las cárceles del reino encumbradas de puritanos; y como no hubiese acomodo suficiente, por estar ya llenas de católicos, se improvisaron calabozos y casas de detencion, brindándose los particulares á hacer oficio de carceleros.

Publicóse por este tiempo una obra titulada el *Doomdale*, donde se pintaban al vivo los padecimientos de los puritanos. Doomdale era el nombre de un lóbrego calabozo, donde Fox y otros notables compañeros suyos, gemian ya desde hacía mucho tiempo Era su

carcelero un señor absoluto de vidas y haciendas, que, guardando para sí los fondos que le pasaba el Erario para la manutencion de los presos, los dejaba morir de hambre y de malos tratamientos. Allí se veian rodando por el suelo las cabezas sangrientas de los decapitados, que caian bajo el hacha del verdugo en cualquier sitio y hora, á vista de los infelices que aguardaban igual suerte, sin que hubiera quien sepultara aquellos despojos, hasta que descarnados por la fuerza activa de la putrefaccion, servian luego de juguete á los malhechores detenidos. Otro opúsculo que hemos tenido á la vista, el *Pharisee unmaked*, describe los horrores de la cárcel de Neugate, donde se declaró una peste tan violenta, que no daba tiempo á los verdugos para consumar sus hechos inhumanos; y si esta autoridad no fuere suficiente, tenemos la de Makintosh, que al hablar de las cárceles públicas dice así:—«La mor-«talidad debió sin duda exceder á los cálculos más abultados, y la »peste debe considerarse como un rico presente de la Providencia, »que quiso poner término á tantos y tan horribles sufrimientos.»

El sistema carcelario de Inglaterra, tal cual se conocia ántes y después de la Restauracion, bastaba por sí sólo para caracterizar á las naciones más bárbaras del Asia. Muchas cárceles habia sin presupuesto señalado para su sostenimiento; otras se arrendaban en subasta pública, y otras, en fin, eran establecimientos particulares, donde estos hospedaban á los presos por su cuenta y riesgo. El puritano que entraba en una de aquellas pocilgas, estaba obligado á pagar un derecho llamado «chummage,» que consistia en dar de comer un dia entero á los detenidos, ó repartir entre ellos y el carcelero una suma de dinero equivalente. De este modo conseguia ser tratado con alguna humanidad, hasta que llegaba el dia de la vista de su causa. Un solo juez de primera instancia, sin intervencion de jurado, componia el tribunal que iba á decidir de su suerte. La sentencia no podia ménos de ser tan bárbara como inmerecida. Desde luego era de presumir que saldria condenado á la pena capital, á la trasportacion, ó á morir entre cadenas; y feliz el que escapaba con ser azotado, ó con sufrir que le cortaran la oreja, le abrieran la nariz, ó le marcaran á fuego el rostro, pues todos estos martirios reunidos no igualaban en crueldad á la sola pena de cadena perpétua.

El desgraciado sobre quien recaia esta última sentencia, era desde luego trasladado á un inmundo calabozo, y confundido con

el parricida, con el idiota, con el ladron y con el asesino. La compañía de los locos le aterraba sobre todo, por temor á la rábia, muy comun en aquellos tiempos. No se le permitia más cama que una estera, á ménos de hallarse gravemente enfermo, en cuyo caso se le mudaban las sábanas cada diez ó doce meses. Estas cárceles, además, no tenian cañerías, ni huecos suficientes de ventilacion, porque los empresarios, sujetos á pagar la contribucion de ventanas (windoutax) estaban interesados en no abrir sino las muy precisas. De estas causas, unidas á los malos alimentos que recibian los presos, se originó la llamada fiebre ó peste carcelaria (gaol fever), que, segun las estadísticas probables, consumió más docenas que la cuchilla segregó unidades. Para dar una idea de la infeccion que reinaba en estos sitios, baste decir que los jueces, al hacer sus visitas de costumbre, llevaban consigo sales, vinagres y espíritus fuertes para no desfallecer; y á pesar de esto, sus vestidos se contaminaban de tal modo, que aun después de lavados conservaban una fetidez insoportable. Y sucedia á menudo que las hojas del libro de memorias del visitador se tomaban de la peste, y era necesario secarlas al calor de la lumbre para poder escribir en ellas.

Habia caido en desuso la pena de la hoguera, que tan comun llegó á ser en la época anterior á la revolucion. Testigo es el campo de Smithfields, que hoy sirve de mercado, y que fué un remedo del Campo Grande de Valladolid. Pero en cambio estaban en voga los descuartizamientos y los suplicios de la horca y el pillory. La plebe gozaba de estos espectáculos con su acostumbrada ferocidad. El fanático encontraba á cada momento señales de triunfo que aumentaban su celo. Si pasaba por la encrucijada de un camino, veia con satisfaccion el tronco de un decapitado: si queria atravesar un puente, fijaba su vista en una cabeza sangrienta que parecia sonreirse en la punta de una cucaña: y si, curioso, se apostaba en escucha junto á los muros de Neugate, hondos suspiros y lejanos lamentos le revelaban un mundo de misteriosos crímenes.

Tal era la Inglaterra religiosa del siglo XVII.

Cuando después de recorrer aquella ominosa época, echamos una ojeada por los tiempos presentes, y vemos la libertad y la tolerancia suceder á la opresion y al fanatismo, el corazon se ensancha y el historiador se felicita al legar á sus sucesores la plácida tarea de escribir una historia, limpia al ménos de sangre y de verdugos.

ISIDORO GUTIERREZ DE CASTRO.

# LA VENUS DE MÉDICIS.

Por la fuerza del génio concebida,
en un delirio de placer creada,
eres la imágen del amor soñada
que á la ventura celestial convida.

Nada te falta para ser querida,
hermosura, candor, juventud, nada:
ay! quién al mármol de que estás formada
llevar pudiera el fuego de la vida!

Más de una vez, cuando al pasar te veo
del pedestal queriendo desprenderte
buscando á tu belleza digno empleo,

los brazos tiendo á tí para cogerte. ..
¡aberracion sublime del deseo,
que cura pronto el hielo de la muerte!

Florencia, 1868.

# POMPEYA.

Henchida el alma de mortal tristeza
penetro en tí, Necrópolis gigante,
y de tu vasta inmensidad delante
inclino descubierta la cabeza.

De tu desierto Foro la belleza,
de tus pinturas el matiz brillante,
vivo me representan cada instante
un pasado de gloria y de grandeza.

Ví los escombros de Numancia un dia;
de Itálica y Sagunto el polvo vago
que el viento arrastra en la extension vacía.

Doquier de la fortuna ví lo aciago;
pero jamás soñó la mente mia
ni tanta soledad, ni tanto estrago.

Nápoles, 1869.

## EN EL COLOSEO.

—Solo en la arena estoy; á mí, lictores!
Augusto Emperador, te desafío!
El Dios de los cristianos es el mio,
y tu poder desprecio y tus furores.

Cérquenme ya los tigres bramadores,
que quiero en ellos ensayar mi brio,
y una vez más el holocausto impío
ofrece en el altar de tus errores.....

Aún en la arena estoy! Reposo mudo,
fatídico silencio, quietud santa,
indecible terror hallo doquiera.

Nádie responde á mi lenguaje rudo:
sólo una cruz al cielo se levanta,
donde la luna inmóvil reverbera!

MANUEL DEL PALACIO.

Roma, 1869.

NOTA. Estos tres sonetos forman parte de la coleccion que el autor ha formado, y que verá en breve la luz pública.

# CAMPAÑA FRANCO-ALEMANA.

La guerra gigantesca que ha mantenido á la Europa en muda espectacion durante los cuarenta dias que acaban de trascurrir, tiene asombrado al mundo moral con sus horrores, y al mundo político con la prevision de sus consecuencias. Es preciso, sin embargo, dominar prontamente la emocion y darse prisa á reflexionar. Los hombres pensadores tienen el deber de considerar los peligros para conjurarlos ó para combatirlos, y puesto que para lo primero va haciéndose algo tarde, hay que estudiar ya el modo de que los sucesos que puedan afectarnos directamente nos cojan prudentemente apercibidos.

Cuando en los primeros dias de Agosto la Francia, no contenta con la renuncia del Príncipe prusiano á la candidatura para el Trono español, exigia del Rey Guillermo el compromiso de impedir en todo tiempo la aceptacion de la Corona de España por un individuo de su familia, la opinion general de la Europa se sintió impresionada por la soberbia pretension del Gobierno frances y un sentimiento de equidad la inclinó de parte de la Nacion prusiana, en quien la prudente reserva y el comedimiento de los actos y de las palabras parecian entrañar la justicia y la razon. Las enormes cifras de soldados llamados á las armas en la Alemania del Norte, hicieron mucho ménos ruido que el vocerío de los periódicos franceses, porque en Prusia, clasificado el pueblo, organizado é instruido en la paz para la guerra, la convocatoria de várias ó de todas las séries de habitantes, para reforzar el ejército, es un hecho pensado, establecido y hasta acariciado por el país, como sistema peculiar de su fuerza. La prensa alemana, por cautela ó por dignidad, no dijo más de lo que era natural que digese para que su

discrecion no se hiciese sospechosa. Los ejércitos de la Confederacion, mandados por sus Príncipes, que como sus jefes naturales nádie extrañó ver en campaña, se organizaron, marcharon y ocuparon rápidamente las líneas y posiciones que les estaban de antemano determinadas para el caso, y una densa nube de caballería ligera y la carencia de noticias sobre todo lo demas, sin que nádie se quejara ni denunciase aquel silencio, velaron los elementos que con carácter aparente de resistencia más que de agresion, oponia la Prusia y sus confederados al torrente frances que amenazaba invadir la Alemania.

Francia, por el contrario, dando expasion á sus presuntuosos arranques, comenzó por exponer y clasificar en todos sus periódicos las cifras de soldados que pensaba allegar para la lucha; explicó su organizacion, sus planes probables para la campaña, y el uso que se proponia hacer de sus triunfos. Después de dicho todo esto, fué cuando se vedó á sí misma la publicacion de las noticias subsiguientes. Esta medida fué tardía, y su inoportunidad pareció medrosa, despertando la suspicacia y general disgusto. Coincidió con ella la salida de Paris del Emperador, que al marchar al ejército huyendo de la Asamblea Legislativa, más temible para el Imperio que las tropas prusianas, caracterizaba esta resolucion declarando *la Marsellesa* marcha nacional. La minoría del Cuerpo Legislativo estimó esta debilidad, y agradeció la condescendencia procurando recrudecer la opinion contra el Imperio, excitar las pasiones de las masas turbulentas de la capital, y desautorizar á los Generales en cuyo prestigio debia fundarse la confianza del país y de las tropas. Acaso el Emperador comprendiendo la gravedad de esta situacion, imaginó necesario para hacer la guerra empezar por reprimir á Paris; pero juzgó preciso para esto levantar su popularidad, consiguiendo primero una victoria sobre los Prusianos. Era esto tan juicioso, por más que tuviera algo de arriesgado, que no podemos ménos de suponerlo en el ánimo de Napoleon III; pero la primera batalla fué perdida por el ejército frances, y los reveses y los errores tienen su lógica inflexible, como la tienen los triunfos y los planes acertados. Napoleon, pues, no pudo ya declarar y ejercer en la capital la dictadura que el estado de guerra reclamaba como necesidad imprescindible, y las reconvenciones y los apóstrofes, y los discursos envenenados de la izquierda del Cuerpo Legislativo se multiplicaron sobre el Jefe del Estado, su dinastía y los

Generales, haciéndoles más daño indudablemente que la metralla de los cañones enemigos. Hacemos caso omiso, miéntras la historia de esta guerra no explique sus detalles, de las inauditas decepciones con que la administracion militar francesa ha respondido al grito de alarma, descubriendo el vacío, la confusion y el desórden, bajo esa aparente perfeccion con que el sistema centralizador por excelencia de nuestros vecinos nos presentaba, en un bello cuadro sinóptico, el tesoro de recursos, la ingeniosa organizacion de las funciones administrativas, la precision matemática de los servicios y la unidad vigorosa del espíritu nacional por el enlace y encadenamiento de todos los intereses. Tampoco hablarémos de la disciplina militar, porque los Franceses, explicando siempre la de su ejército de una manera satisfactoria por la inteligencia, por la educacion y por el instinto belicoso de su país, han desdeñado con alarde el principio de la subordinacion absoluta, que en todos los demás ejércitos de Europa constituye y caracteriza esencial y formalmente el espíritu de las tropas.

En estas condiciones preliminares se han puesto y presentado en campaña, en las fronteras respectivas, los ejércitos franceses y alemanes. Bien sumadas las fuerzas regulares del primero, no han llegado á la cifra que en el estado de paz suponia el Imperio napoleónico tener sobre las armas. Los innumerables batallones de Guardia móvil con que se contaba para el momento en que el peligro de la pátria aconsejase al país la resolucion de poner en armas todas sus fuerzas vivas, se han alistado perezosamente para la urgencia con que su auxilio era requerido: asustaron en Chalons y otros puntos al Gobierno y al ejército con su espíritu turbulento y sus actos de indisciplina, y es de presumir, aunque los Generales no lo han declarado por respeto á la dignidad nacional, que sean los cuerpos que por su abandono en la forma de hacer el servicio al frente del enemigo, por su falta de hábitos militares y de serenidad y firmeza en los combates, han ocasionado las sorpresas, los retardos en las combinaciones y movimientos estratégicos, las derrotas y los espantosos desastres que se han ido eslabonando en esta desgraciada campaña. La caballería ha debido hallarse en grande inferioridad respecto á la prusiana, no sólo en el número, sino en la forma de prestar el servicio que exigia la índole de la guerra. Sólo así puede explicarse que las sorpresas, la interrupcion de comunicaciones, la pérdida de convoyes y la ca-

rencia de noticias, las hayan experimentado los Franceses en su propio país, miéntras los Alemanes, empeñados dentro del territorio enemigo, se han defendido de todos estos azares, y los han explotado siempre afortunadamente sobre sus adversarios. No se ha hablado de defectos del fusil Chassepot, bastante bueno para no ser responsable de las batallas perdidas, aunque no sea bastante superior al de aguja para haber conquistado una indiscutible preferencia; pero es muy presumible que la rapidez de los disparos en tropas que se han batido bien individualmente en muchos casos, pero que no se han acreditado por la subordinacion á sus jefes y oficiales, haya producido un resultado negativo, apurando las municiones en el primer período de los combates, y dejando la superioridad inmensa del fuego á su enemigo, que ha atacado con circunspeccion más previsora. Las ametralladoras, cuyo efecto tanto se ha exagerado desde su adopcion en Francia, queriendo sin duda levantar con él la moral del soldado é intimidar al enemigo, han embarazado los movimientos de la infantería sin alcanzar á inutilizar el servicio de la excelente artillería prusiana, constituyendo además en cada jornada infeliz los más numerosos y celebrados trofeos de los vencedores.

Sintetizado, pues, el cuadro de los medios materiales del ejército frances, su organizacion y moral militar, y el estado político de su país, en cuanto era indispensable contar con sus disposiciones para la guerra, resulta que, con la sola excepcion de una parte de Paris, la Francia, demasiado satisfecha de su bienestar, no estaba por la lucha; que el Jefe del Estado, combatido rudamente por el partido republicano en la Cámara y fuera de ella, ha sido muy débilmente defendido por sus amigos al presagiar su caida; que el ejército regular frances era muy inferior en número á las necesidades de la guerra; que la artillería y caballería estaban atrasadas en material y en pericia, por consecuencia, acaso, de ese vértigo que después de la batalla de Sadowa ha dominado en la imaginacion de los militares impresionables, atribuyendo al fusil nuevo, no sólo la superioridad sobre las demás armas, sino una supremacía absoluta; que la Guardia móvil ha sido un sacrificio para Francia y un cuidado y un peligro para su ejército, en vez de ser una reserva poderosa; que los Generales, viendo maltratado al Emperador, no han podido seguir sus inspiraciones con fé; pero viéndose maltratados á su vez, no han podido mirar con indife-

rencia los ultrajes hechos al Imperio, resultando de aquí las vacilaciones, las dudas y el desconcierto; que las tropas, en fin, no han podido confiar en sus Generales, á quienes han visto, aherrojados y sin prestigio, caminar de desacierto en desacierto, y no ha existido ni unidad de pensamiento ni accion colectiva en ningun combate, siendo consiguiente la derrota, y la falta de autoridad en los primeros para repararla ó contenerla.

El plan estratégico concebido por los Franceses para la campaña es aún una conjetura más ó ménos racional, más ó ménos autorizada por algunas referencias que se han hecho públicas. Dicho se está que, juzgado *á posteriori*, esto es, después de conocidos los fatales resultados de la lucha, aun prescindiendo de las faltas que se hayan cometido en la ejecucion, no puede ser apreciado satisfactoriamente; pero aun cuando hubiera sido la concepcion más perfecta de la ciencia, ¿es posible que en las condiciones relativas en que acabamos de bosquejar al ejército frances al presentarse en la frontera delante de sus enemigos, se hubiera salvado la Francia por la excelencia del trazado de las operaciones hecho en el gabinete de campaña del Emperador ó del General en jefe? ¿Ha sido simplemente la superioridad del número la circunstancia que ha dado la victoria á los Prusianos casi en todos los combates? No lo repetimos para insistir en las reconvenciones al ejército frances, digno de consideracion, sin duda, en su desgracia por el valor heróico de sus verdaderos soldados; pero las sorpresas en la guerra, al frente del enemigo, no pueden nunca justificarse; las huidas en dispersion, arrojando las armas, como ha debido acontecer en algunas de las primeras acciones, á juzgar por una órden del malogrado General Decaen, imponiendo penas á los que olvidasen así sus deberes, y los errores, que dan lugar en un combate á que se esté largo tiempo haciendo fuego á tropas del mismo ejército, suponiéndolas enemigas, como ha acontecido en alguna batalla, no tienen más explicacion que la indicada al principio de este artículo cuando hemos aludido á la composicion y á la disciplina del actual ejército frances; disciplina tolerable cuando se lleva de antemano asegurado el camino de las victorias, pero de todo punto fatal cuando es necesario ir preparado á luchar con la adversidad y los reveses sucesivos.

Fijemos ahora un momento la atencion en los Alemanes para deducir la apreciacion más exacta posible respecto á lo sobrena-

tural de sus triunfos, la superioridad de su organizacion, ó lo natural y lógico de los resultados obtenidos. Esto importa al presente tanto más, cuanto que lo sorprendente del éxito de la campaña ha preocupado á la generalidad de las gentes lo bastante para dudar de la ciencia, desconocer la lógica de ciertos principios y atribuir fanáticamente el vencimiento á la superioridad del espíritu y las condiciones de la raza.

Juzgando de los raciocinios por induccion, en vista de los hechos, puede suponerse que M. de Bismark, á quien se reconoce como el génio y principal actor de la política prusiana, al hacerse cargo de las eventualidades de la guerra ha discurrido de esta ó parecida manera: Prusia es una nacion que por su situacion geográfico-política necesita para conservar su integridad y mucho más para extender su territorio, hallarse constituida y fuertemente preparada para la guerra. Esta necesidad y esta constitucion son ya históricas y por consiguiente ni el país, ni la Europa se sorprenden de que el sistema de prevision militar se lleve hasta el último extremo. Suponiendo que la Prusia ó sus Estados confederados fuesen invadidos, la Alemania del Norte no habia de vacilar en poner en armas toda su poblacion útil para el caso: ahora bien, ¿no es discreto tomar sériamente en cuenta esta suposicion, aun cuando los ejércitos permanentes situados en la frontera traten de evitar tal contingencia?

La declaracion de guerra de la Francia ha determinado, pues, el levantamiento en masa y la organizacion militar de toda la Alemania del Norte, que ha esperado un momento sobre el Rhin el ataque de los Franceses, haciendo desde el primer dia, para asegurar el éxito de la campaña, lo que en esfuerzos sucesivos hubiera sido acaso insuficiente y hubiera traido á las nacionalidades, sobre el sacrificio de hombres y recursos, la perturbacion moral y administrativa, el desconcierto y la afliccion que han producido en Francia el alistamiento, la movilizacion y las medidas todas de defensa que se han realizado atropellada y estérilmente casi bajo la accion de los ejércitos enemigos.

Inspirado el pensamiento ó aprovechada la oportunidad de adoptar el plan de invasion en vez del de resistencia, la Prusia ha aplicado después al ataque la misma teoría sentada para su defensa. Para cada batalla ha procurado hacer concurrir el mayor número posible de sus cuerpos de ejército; en vez de hacerse preceder y

cubrir sus movimientos con sencillas guerrillas y descubiertas, ha lanzado delante de sí una nube de caballería, perfectamente organizada é instruida para hacer este importante servicio en una aparente dispersion, que le ha evitado todo combate sério; pero con una precision, un concierto y unidad, que le ha permitido observar, reconocer, interrumpir y dificultar todos los servicios enemigos, ocultando completamente los de su ejército. A las ametralladoras y la fusilería francesa los Prusianos han opuesto constantemente una poderosa y bien manejada artillería, que se ha reproducido y multiplicado en todas partes. Las tropas alemanas no han reposado ni un momento sobre ninguna de sus victorias, apresurándose siempre á aprovechar por entero todas sus consecuencias y prevenir los combates sucesivos. Nada se ha dicho de su administracion; pero habla mucho en favor de ella el que ni áun los extraños hayan notado sus defectos, y la precision con que hemos visto ejecutar todas las marchas y movimientos de las tropas. Todo, en fin, se ha concebido y ordenado de manera que fuese posible su ejecucion; todo se ha ejecutado como se habia prevenido: los Generales han conducido sus tropas como han considerado conveniente para el éxito de las batallas, sin temor de verse contrariados por resistencias nacidas del exceso de ardor ó falta de espíritu, y las tropas han ido al combate sin murmurar de sus jefes ni ensoberbecerse con sus triunfos. Los Alemanes no aparecen sorprendidos del éxito de sus operaciones, por más que haya debido causarles alguna extrañeza, como ha causado á la Europa entera, el estado en que han encontrado la Francia política, y consiguientemente la Francia militar. Han enterrado y sentido sus muertos; han curado sus heridos; han celebrado sus triunfos, y procurarán, ántes de retirarse, dejar garantida su preponderancia; pero no han hecho más ruido que el de sus cañonazos, ni más demostraciones que las conducentes á fortalecer los propósitos de su Gobierno y á acreditar su respeto á las leyes humanitarias ó terribles de la guerra fuera de la esfera de los combates ó en medio de sus horrores.

La filosofía, pues, de este sangriento drama puede resumirse en estos sencillos términos: el Imperio Napoleónico ha sido herido de muerte por sus diputados republicanos en los momentos en que volvia la espalda á Paris para sostener la guerra á que le habian precipitado los partidos ardientes, y el pueblo aleman, encontrando á la Francia en completa disolucion, sólo ha tenido que luchar

con los movimientos convulsivos de un Estado agonizante; los ejércitos y los pueblos son fuertes ó son débiles á medida que sus Gobiernos tienen conciencia de sus deberes, y los súbditos cumplen con lo que á cada cual les determinen las leyes. Todo lo ocurrido es natural y lógico, y ni la ciencia política, ni el arte militar, han sido contradichos, ni adquirido en esta dolorosa experiencia más que una nueva confirmacion de sus principios y sus verdades de siempre.

Y ahora, ocupándonos de nosotros mismos, séanos permitido preguntar qué propósitos deducirá España de esta elocuente leccion. Si el parlamento nacional tuviese una sola inteligencia y un solo sentimiento, á él deberia dirigirse nuestra pregunta; pero el espectáculo que acaba de ofrecernos la Cámara francesa nos hace temer la discusion sobre el asunto, tanto acaso como los peligros que importa conjurar. Todas las reflexiones que hemos consignado en este artículo, quedarian sin embargo faltas de conclusion, sino formulásemos al ménos las siguientes interrogaciones que encomendamos al patriotismo de los hombres á quienes están entregados los destinos de nuestro país.

¿Permiten á los pueblos de Europa las doctrinas y las prácticas de la civilizacion actual del mundo, el abandono de los medios de fuerza para sostener cada cual lo que considera su derecho, y la integridad de su territorio y sus instituciones?

Sentada la posibilidad de la guerra ¿conviene tener preparados los medios de hacerla con ventaja, aunque éstos exijan algunos sacrificios, ó es preferible por excusarse de hacerlos cuando no parecen absolutamente necesarios, exponerlo todo á una eventualidad desgraciada?

Admitido el principio de que es discreto vivir gastando, á vueltas de tener la seguridad de conservar vida propia, ¿debe renunciarse al sistema más perfecto, por ser el más caro y adoptarse por más barato el mediano ó el ménos suficiente?

¿Pueden estimarse sériamente como reservas útiles para los ejércitos en campaña las milicias ciudadanas sedentarias, aunque se movilicen en momentos dados, y sea la que quiera la organizacion que se las pueda dar?

¿Podria el país disculpar en los poderes del Estado al hallarse comprometido en una guerra, el que por razon de economía, sus tropas se presentasen con armamento de condiciones inferiores á

las del que usan cási todos los ejércitos con quienes puede tener ocasion de luchar?

Dada la fuerza mínima de infantería regular que podemos necesitar para una guerra, aún cuando sea puramente defensiva; dada la existencia de un sistema de reservas que permita improvisar parte de esta fuerza, ¿es posible improvisar del mismo modo la artillería y caballería, y el material de guerra proporcionado? Sino puede improvisarse, y es necesario para la guerra, ¿cómo se justificaria su falta cuando llegase el caso de contar con estos elementos? ¿Puede quedar duda, ante la experiencia que nos ofrecen las batallas recientes, de que el perfeccionamiento de las armas portátiles de fuego, léjos de rebajar, ha acrecentado la importancia de la caballería y artillería?

¿Si hay algunas plazas fuertes, que por su situacion estratégica han de ser incuestionablemente conservadas y sostenidas á todo trance, puede aguardarse á la proximidad ó el anuncio de una guerra para completar sus fortificaciones y pertrechos de defensa?

Si hay en los mandos del ejército activo, en la administracion, en el cuerpo sanitario, y en las fábricas y establecimientos de la industria militar algunas individualidades gastadas, imperitas ó insuficientes, á quienes sostiene la afinidad política, la consideracion de que por mucho tiempo ha sido respetada su misma inutilidad, ó el temperamento blando, pero punible en quien ejerce autoridad, de no hacer mal á su semejante, aunque este semejante pese lastimosamente sobre el destino de muchos séres y muchas cosas de grande interes para la pátria, ¿es disculpable el dejar para más tiempo sin proceder con mano vigorosa reformando nuestro estado militar todo lo mejor que sabemos y podemos?

¿Estamos, por último, en circunstancias de tomar desde luego en cuenta todas estas consideraciones, ó podemos sin riesgo dejar correr el tiempo, ante la situacion actual de Europa, y esperar indefinidamente á que nuevas experiencias generalicen el convencimiento á riesgo de que los sucesos nos sorprendan discutiendo?

Sometemos todas estas cuestiones al juicio de nuestros poderes públicos.

17 de Setiembre, 1870.

A. L. de Letona.

# UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

## CAPITULO XXXIV.

### PELIGRO DEL SEÑOR NOMARA: SALVACION DE ESTE POR NOTTELY.

Por la tarde subimos al coche y nos dirigimos al muelle.

El horizonte era grandioso por su mucha extension. Las olas, de un tamaño enorme y rizadas en sus cimas por una fuerte marejada que se habia levantado entónces, daban al mar un aspecto amenazador.

Buques elegantes y de una construccion maravillosa, que por su volúmen se semejaban á ciudades, se mecian majestuosamente entre las olas, ya azotando el aire con sus gallardetes, y ya lamiendo con ellos la superficie de las aguas. Ondeaban en extensos pliegues mil banderas de color azul, que llevadas aquí y acullá por un viento que arreciaba por momentos, dejaban ver, al traves de sus caprichosos movimientos, las soberbias armas de aquella nacion tan poderosa. Y encerraba este cuadro un dilatado muelle, sobre cuya superficie, toda de gran mérito, se elevaban á trechos corpulentas columnas, encima de las cuales se veian farolas.

El gentío era inmenso, y los botes más grandes que nuestros guiches, y las lanchas mayores que nuestras fragatas, que cruzaban de una á otra parte, eran infinitos.

Campeaba orgulloso, al frente de la armada, el navío almirante más grande y ricamente empavesado que todos los demás. El castillo de popa era un conjunto de magnificencia, pues además de los gruesos vidrios que daban paso á la luz y de los vistosos colores de que estaban pintadas las maderas, lo decoraban molduras y

relieves de un trabajo delicado. Cuatro filas por banda de cañones daban al buque un aspecto aterrador. Las velas eran de púrpura y las banderas y gallardetes de una tela azul bordada de oro.

El sonido de las trompetas y las salvas de artillería que hicieron á la vez todos los buques, anunciaron la llegada de los reyes.

Los soberanos fluctuaron un momento entre pasar á la lancha ó quedarse; porque la mar, que se habia puesto un poco viva algunas horas ántes, estaba entónces borrascosa. Sin embargo, se decidió el rey y entró en la lancha: su familia le siguió tambien. Durante el embarque y la travesía herian el aire los sonidos de las músicas de la guardia y las de los buques que estaban más cercanos. La familia real llegó sin novedad á su destino.

Después del monarca, al cual acompañaron los principales señores de la corte y algunos indivíduos del cuerpo diplomático, entre los cuales figuraba Nottely, pasó la familia del Sr. Nomara, con la cual ibamos nosotros. Era increible lo que se habia desmejorado Aneyda con los padecimientos anteriores; pero el tinte melancólico que se notaba en su semblante la hacia, si era posible, más hermosa.

Nottely y ella se miraron; pero aquella mirada, cuya significacion yo sólo comprendí, era un abismo de mudas reconvenciones por un lado, y de sentidas disculpas por otro.

Subieron primero las señoras, no sin algun trabajo por los fuertes balances de la lancha.

Como la mar estaba picada, todos los espectadores tenian fija la vista sobre los que subian.

Llegó su turno al Sr. Nomara, el cual tuvo mucho trabajo para ponerse en la escalera; pero colocado en ella pudo llegar á la borda, y ya iba á dar la mano á Silaydi para saltar sobre cubierta, cuando una ola que llegó al buque, disparada como una bala, desvió á éste en tal disposicion que faltando el apoyo al Sr. Nomara, perdió el equilibrio y cayó en el mar.

Un grito se escapó á la vez de todos los espectadores; y en tanto que Silaydi, erizado el cabello, se habia quedado inmóvil, efecto de su dolor, se vió saltar rápido desde cubierta á un jóven que fué á caer en el mismo sitio por donde habia desaparecido el anciano.

¡Era Nottely!

La mar que se abrió para dar paso á aquellos dos hombres, volvió á cerrarse sobre ellos sin dejar rastro ninguno de su direccion.

Fué preciso oponerse al Sr. Silaydi, que, recobrado del estupor que le habia causado la caida de su padre, quiso arrojarse detras del Sr. Nottely; y lo hubiera efectuado, y hubiera acaso perecido sin los esfuerzos desesperados que se hicieron para contenerle.

Los reyes y los grandes estaban en una inquietud mortal.

La Princesa desmayada.

Aneyda cayó, sin sentido, en los brazos de la señora Notissa.

No es posible pintar la ansiedad de los espectadores en los cortos momentos que mediaron entre la desaparicion del Príncipe y del Sr. Nottely, y la aparicion de este nadando trabajosamente con un brazo, y arrastrando al Príncipe con el otro.

—Pronto! pronto! gritó; cogedle.

Y con toda la rapidez que nos fué posible, agarramos al Príncipe por su túnica, le sacamos del agua, y le tendimos en la lancha cási exánime.

En este momento saltaba en otra el Sr. Silaydi para volar al socorro del anciano: con él iba un facultativo del Monarca.

Mil y mil gritos de alegría resonaron en el aire; pero bien pronto cesaron, cuando al ir á coger á Nottely vieron que se hundia éste, dejando teñida de sangre el agua que le cubrió.

Qué momento aquel! ¡Jamas me acuerdo haber pasado otro semejante!

—Sangre!—gritamos en la lancha.—Sangre!—gritaron los espectadores.—Qué habrá sucedido al Sr. Nottely?

Ya estaba otro facultativo, además del primero, al lado del Príncipe; ya éste habia vuelto en sí llamando á su libertador, y Nottely no parecia.

Silaydi, ocupado con su padre, no podia atender al jóven.

No pude contenerme; y quitando mi manto, iba á arrojarme al agua, cuando un bulto que vino á la superficie me contuvo.

—El es!—grité fuera de mí:—pronto, amigos, arrimad la lancha.

—Pronto! pronto!—gritaron un millon de voces.

—Pronto!—gritó una voz más alta que las demás. Era la del Sr. Rodulio, que de pié sobre su lancha, estaba en un suplicio.

Y pronto era preciso, pues cuando llegó la lancha, ya el bulto se sumergia.

—Gran Dios!—dije;—no hace movimiento alguno: ¿estará muerto?

Sin vacilar, agarré con una mano la punta de un cable, me arrojé al agua, y nadando con la otra y alargándola todo lo posible, logré asir los cabellos de Nottely, por los cuales tiré con fuerza, arrastrándole hácia mí: entónces le agarraron cuatro rubustos brazos, lo sacaron del agua, y lo tendieron en la lancha.

Apénas le vió el cirujano, y observando que la sangre corria todavía, dijo:

—Aquí hay una herida, y es preciso reconocerla al punto.

Y cortándole la ropa del brazo izquierdo, que era el que tenía más húmedo, vió que estaba herido de través, en su tercio inferior.

—Y una arteria rota—dijo—al ver que la sangre salia á saltos. —Pronto, las pinzas de ligar, y un cordonete.

Un ayudante le entregó las dos cosas.

No, en mi vida he visto tanta prontitud y destreza como la que desplegó aquel hombre. En un momento estuvo ligada la arteria, reconocida la herida, y aplicado el apósito: después le vendó el brazo, y colocando al enfermo en una postura convenientea le dió una cucharada de un cordial, con la que no tardó en abrir los ojos, si bien volvió á cerrarlos al instante.

—Veis, doctor?—le dije lleno de ansiedad—vuelve á cerrar los ojos.

—Tranquilizaos—me dijo aquel hombre con severidad;—no muere el Sr. Nottely. Tened sí, sumo cuidado en no moverle, y, sobre todo, en no levantarle la cabeza.

Tranquilizado, en efecto, corrí hácia el Sr. Nomara. Estaba tendido en la lancha, y con la cabeza apoyada en el pecho de su hijo á su lado estaba M. Leynoff.

—Qué tal, señor, cómo os hallais?

—Muy molido, Mendoza, pero demasiado bien, atendido el peligro que acabo de pasar. Y Nottely?

—Pálido como un cadáver y sin conocimiento; pero, segun dice el doctor, no morirá.

—Gracias, gran Dios! gracias;—dijo el anciano levantando al cielo sus ojos.

—Oh, Mendoza!—me dijo Silaydi;—no os separeis de él un momento; os lo suplico.

—Descuidad, Silaydi; ya sabeis cuánto le quiero.

—Sí, y muy bien se lo habeis probado.

—Ahora hacedme el obsequio de llamar al cirujano,—me dijo el príncipe.

Llamado éste, se presentó al punto.

—A qué atribuis, doctor,—le dijo el Sr. Nomara,—la herida del embajador?

—A la punta de algun ancla, contra la cual debió tropezar, sin duda, cuando os cogió para salvaros.

—Puede ser, puede ser—dijo el anciano.—Ahora hacedme el favor de ir á ver al rey para participarle nuestro estado, y rogarle que nos permita volver á casa. Vos, Mendoza, id con él para traer á las señoras.

—Ya están áquí,—le contesté.

En efecto, acompañadas de los Sres. Rodulio, Nolatto y Sulfendy llegaron la princesa y su hija.

Difícilmente podria explicarse el gozo de esta ilustre familia cuando se vió reunida. La princesa abrazó llorando á su esposo; pero Aneyda, no sólo le abrazó, sino que colgada de su cuello, le llenaba de besos y de lágrimas.

Miéntras pasaba esta escena junto al príncipe, pasaba otra igual al lado del embajador. El Sr. Rodulio, arrodillado junto á él, lloraba como un niño; M. Leynoff le tenía cogida una mano; y el Sr. Nolatto le contemplaba con dolor.

Pasadas las primeras emociones de Aneyda, la ví volverse hácia nosotros, y cuando percibió á Nottely, inmóvil y cubierto de sangre, perdió el color, se sentó al instante sin duda para no caerse, y ya no se movió ni desplegó los lábios: parecia una estátua.

Calmado por el cirujano el Sr. Rodulio, se llegó al príncipe y le dijo:

—El rey, querido Nomara, nos mandó aquí para que te hiciésemos presente lo mucho que habia sentido tu desgracia y la del embajador, si bien sabe ya que no correis ningun peligro: permite, además, que os retireis; pero quiere que os acompañen sus cirujanos.

—Está bien,—respondió el Sr. Nomara:—le darás las gracias en mi nombre y en el del embajador, porque vamos á marcharnos al instante.

—Pues hasta la vista, que yo vuelvo tambien á dar cuenta al rey de vuestro estado.

Idos los Sres. Rodulio y Nolatto, llamó el príncipe á los cirujanos y les dijo:

—Nos acompañais, señores; así lo quiere S. M.

—Con mucho gusto—contestaron ámbos.

—¿Puede el Sr. Nottely ir en carruaje después que salgamos de la lancha?

—De ningun modo, contestó uno de ellos.

—Pues cómo quereis que vaya?

—En una camilla.

—Pronto; dad la órden para que una lancha se adelante, que busque una en el primer hospital que encuentre, y que nos espere con ella en el muelle mismo.

Dada la órden, y marchando ya la lancha, la seguimos nosotros con despacio.

De cuando en cuando, uno de los cirujanos tomaba el pulso al herido, y le daba una cucharada del cordial; pero como no hablaba todavía, dijo una vez:

—Ha perdido mucha sangre, sin duda con los esfuerzos que hizo para salvar al príncipe y salvarse á sí mismo. ¡Valiente jóven!

—Verdad que no corre ningun peligro, doctor?

—Ninguno.

—Qué dulce es esa palabra, amigo mio!

—Parece que le quereis mucho.

—No lo sabeis bien,—le contesté.

A cada instante el príncipe y su hijo preguntaban por Nottely; y cuando el doctor les decia que seguia bien, brillaba en sus semblantes el más puro gozo.

—Pero cómo no habla aún?—dije una vez al Sr. Nomara.

—Porque está muy débil, señor; ha perdido mucha sangre con los esfuerzos que hizo para salvaros y salvarse á sí mismo: algunos minutos más debajo del agua, y el embajador hubiera muerto.

—Qué jóven!—decia el Sr. Silaydi.

—Es nuestro ángel tutelar, Silaydi,—repuso el príncipe.

La princesa callaba.

Aneyda, inmóvil y clavada la vista en Nottely, no desplegó los lábios.

Por fin, llegamos al muelle donde ya nos esperaba la camilla.

Sacamos al embajador con el más exquisito cuidado, y lo colocamos en ella.

Cogido del brazo del Sr. Sulfendy y del de su hijo, salió el

Sr. Nomara, y entró en el coche. Tras él entraron las señoras, M. Leynoff, Silaydi, y el Sr. Sulfendy.

—Yo voy con la camilla,—les dije.

—Sí, Mendoza, sí,—contestó el príncipe;—pero tened entendido que no le llevais á su casa, sino á la mia.

—A la vuestra!

—Sí, Mendoza, á la mia, porque la de él está muy léjos, y podria perjudicarle un camino tan largo.

—Bien, señor, le llevarémos á la vuestra.

Cuando llegamos, subimos al herido en la misma camilla, y le colocamos en un lecho. Acabado esto, dijo el doctor:

—Ahora no teneis más que darle, cada dos horas, una cucharada de este cordial, algunos caldos, en corta cantidad, y un poco de agua azucarada. Ya daré una vuelta por aquí, ántes de acostarme.

M. Leynoff y yo nos empeñamos en no desamparar al herido; con que nos instalamos uno á los piés, y otro á la cabecera de su cama.

El Sr. Nomara se acostó tambien, y á su lado estaban la princesa y su hija. El Sr. Silaydi iba y venia desde el cuarto de su padre al de Nottely, y del de este al de aquel.

A las cuatro volvió el doctor, le tomó el pulso y le examinó con atencion.

—No hay cuidado—me dijo;—sigue perfectamente.

—Y en qué lo conoceis, doctor? El no habla, ni se mueve, y si abre los ojos, vuelve á cerrarlos al instante.

—No importa: el pulso se reanima, el calor se hace general, y el semblante ha perdido su extremada palidez; miradle.

Diciendo esto, acercó la luz al rostro del Sr. Nottely, que parecia otro efectivamente.

—Sí, sí; teneis razon.

—Con que hasta mañana.

—Vendreis temprano?

—La primera visita será para él.

Hice que M. Leynoff se fuese á acostar, y yo me quedé con el enfermo.

Pasó la noche al parecer dormido; y si no dormia, estaba á lo ménos tranquilo: su respiracion no era tan frecuente como en el camino y en la lancha, y los desmayos habian desaparecido enteramente.

## CAPITULO XXXV.

### CURA Y CONVALECENCIA DEL SEÑOR NOTTELY.

Principiaba á amanecer, cuando le ví abrir los ojos y pasearlos por el cuarto, como si quisiese reconocer dónde se hallaba: después los fijó en mí con intension, sin hablar, y como aquel que trata de coordinar sus ideas. Por último, me dijo con voz apénas perceptible:

—Vos aquí, Mendoza!

—Sí, querido Nottely; siempre junto á vos, siempre.

Sin apartar los ojos de mí, me estuvo mirando largo rato, al cabo del cual dijo, procurando sonreirse:

—Qué bueno sois!

—Sí; pero no hableis tanto, porque os hará daño.

Y como si no le hubiese dicho nada, añadió:

—Sabeis cómo sigue el príncipe? Me parece que le he salvado.

—Y tanto como le salvásteis, querido; bien caro os hubo de costar.

—Sí, sí; me parece que me lastimé un poco. Ah! sí, ahora me acuerdo; tropecé con la punta de un ancla al tiempo de ir á cogerle.

—Diantre! así nos lo dijo el doctor, y veo que tenía razon.

—Qué doctor?

—El que os curó el brazo.

—El brazo!—dijo, procurando levantarse para verlo;—pero no pudiendo conseguirlo, añadió:

—Es verdad, es verdad; lo tengo muy pesado y me duele bastante.

—Pronto vendrá el cirujano y os lo aflojará.

Volvió á pasear los ojos por el cuarto, y después de otro momento de silencio dijo:

—Pero esta no es mi habitacion, Mendoza: dónde estoy?

En casa del Sr. Nomara, querido.

—En casa del Sr. Nomara!—dijo procurando incorporarse, y volviendo á caer al instante.—En casa del Sr. Nomara! Cómo así?

—Oh! por Dios, no os movais, Nottely. Estais en casa del señor

Nomara, porque absolutamente no ha querido que os llevasen á la vuestra, y fué preciso obedecerle.

Largo rato de silencio, durante el cual observé que se humedecian sus ojos y que suspiraba con frecuencia. Por último, volvió á decir:

—En casa del Sr Nomara! Y Aneyda? Oh Dios mio! Me aborrecerá, me despreciará.

—Nottely, no penseis en esas cosas que podrán haceros daño estando tan débil: dadme este gusto, os lo suplico.

Mas como si no me hubiese oido, añadió:

—Oh Mendoza! ¿qué mano oculta, qué poder ó qué casualidad me ha llevado junto á esa mujer á quien no conocia, y á quien detesto sólo porque me ví forzado á acompañarla cuando Aneyda podia verme?

Al oir esto, me puse en pié, y dije:

—Adios, Nottely; me marcho.

—Ah! me dejais?—me dijo, lanzando sobre mí una mirada suplicante.

—No, si callais, y ahora mismo si decis otra palabra.

—Bien; callaré: qué cruel sois!

—¿No veis, querido, que en el estado en que os hallais, no digo ya el hablar, sino el pensar en ciertas cosas puede ocasionar consecuencias muy funestas? Esas conversaciones no son para ahora; dejadlas para cuando esteis mejor, y entónces hablarémos de ellas lo que querais.

—Os obedeceré, Mendoza, si me contestais á una pregunta.

—Qué pregunta?

—¿Creeis que haya desmerecido algo en el concepto de Aneyda por haberme visto junto á esa mujer?

—No, Nottely; os juro que no. Aneyda es demasiado grande para pararse en esas pequeñeces, que pudieron ser efecto de pura casualidad.

—Callo, Mendoza, y estoy tranquilo.

Y en efecto, no volvió á desplegar sus labios. Pero ¿qué hubiera sido del embajador si le hubiese dicho el estrago que habia causado en Aneyda su compañía con la forastera?

El doctor entró, le tomó el pulso, y le aflojó la venda: en seguida dispuso una bebida refrigerante, porque la reaccion, segun me dijo, era muy viva, y se marchó después de haber encargado la dieta, el silencio y la quietud.

Apénas salió el doctor, entró M. Leynoff, que me sustituyó al lado del enfermo, miéntras yo iba á ver al Sr. Nomara. Estaba éste preguntando al doctor por el estado de Nottely, cuando yo entré.

—Ya sé, querido Mendoza, que sigue mejor nuestro Nottely.

—Así es, señor: y vos ¿cómo os hallais?

—Yo, amigo, perfectamente. Voy á levantarme para ir á ver al enfermo.

—No hagais tal cosa, señor,—dijo el cirujano,—porque en el estado en que se halla, no sólo le perjudica el hablar, sino tambien vuestra presencia. Creedme; hasta mañana nádie debe entrar en su cuarto sino el Sr. Mendoza, que me parece le quiere demasiado para que no le cuide con esmero.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Os ha hablado algo?

—Sí; y tuve que amenazarle con marcharme, para hacerle callar.

—Y habeis hecho perfectamente. Mañana será otra cosa, porque no le hará tanto daño hablar un poco.

Todo aquel dia se pasó en recibir recados de las familias más distinguidas de Romalia, y hasta los menestrales se agolpaban á la puerta para preguntar por los enfermos, á quienes querian en extremo. A las cuatro, estaba la calle atestada de carruajes, y á las cinco, llegó el Monarca acompañado de los señores Rodulio, Nolatto, Nomaty, y de los embajadores de Catilia y de Nostracia. La famila del Sr. Nomara bajó á recibirle al patio, donde quedó la escolta y todos los que le seguian, excepto los señores que acabo de nombrar, que subieron con S. M. Yo no bajé por no abandonar á Nottely.

Dos cosas me afectaron aquella mañana: fué la primera, la llegada de los empleados y dependientes de la Embajada, á quienes me empeñé en recibir en mi cuarto, miéntras M. Leynoff hacía compañía al enfermo. Ante todo, abracé cordialmente al Sr. Coloby, y á los demás Nostracianos que nos habian acompañado á la caverna de Russilio: entre ellos estaba el herido de gravedad, ya completamente curado Es imposible describir la alegría de aquellos hombres cuando les aseguré que Nottely estaba fuera de peligro, é imposible tampoco dar una idea del tierno afecto que le profesaban.

La segunda fué ésta: me dirigia al cuarto del Embajador, después de despedir á los Nostracianos, cuando al pasar junto á una ventana que estaba enfrente de aquel, percibí á Aneyda, que aprovechando la ocasion en que, tanto la familia como los criados no pensaban más que, unos en el monarca y otros en su séquito, se llegó quedito á la puerta, apoyó la mano en la pared, pegó á ella la cabeza, y en esta postura, y escuchando con ansiedad, permaneció inmóvil. De cuando en cuando se volvia para observar si alguno la miraba, y por último, se marchó de puntillas, después de haber llevado repetidas veces su pañuelo á los ojos. Se supone que tan pronto como la ví, me estuve quieto para dejarle gozar de aquel pequeño desahogo. ¡Y eso que estaba irritada contra el Embajador!....

—Oh Aneyda!—dije para conmigo;—mucho amas á Nottely!

Al tercer dia del suceso, entraron á ver al herido el Sr. Nomara y su hijo: allí estábamos nosotros. Fué tiernísima aquella primera entrevista, y me persuado que el embajador pasó entónces uno de los mejores momentos de su vida, viéndose rodeado y felicitado por personas que le eran tan queridas.

—Las palabras, Nottely,—dijo con su natural gravedad el señor Nomara,—tienen poco valor en momentos como éste. Acabais de salvar mi vida, habeis salvado la de Silaydi, y ambas consideraciones, grabadas profundamente en lo más íntimo de nuestras almas, hablan mucho más alto que pudieran hacerlo las palabras.

—Oh, señor...

Iba á continuar, cuando entró el Sr. Rodulio, el cual, sin saludarnos siquiera, ni hacer el menor caso de nosotros, dijo con voz entrecortada y corriendo hácia el embajador:

—Aunque os ahogue, he de abrazaros, tunante.

Y le abrazó efectivamente.

Ninguno de nosotros dejó de afectarse al ver la ternura de aquel hombre tan digno de aprecio por su noble franqueza y naturalidad.

Y el embajador, conmovido á su vez por aquel cariño nunca desmentido, le abrazó tambien, pasando alrededor de su cuello el brazo sano.

Después de él entró el Sr. Nomatty. Su visita fué, como debe inferirse, de pura etiqueta y ceremoniosa.

Cuando quedamos solos, dije á Nottely:

—Vamos, referidme ahora, como habeis conocido á esa forastera.

—Es muy sencillo, Mendoza. Acababa de levantarme, cuando entró mi ayuda de cámara con una carta, en la que se me rogaba que pasase á la calle de la Flor, número 2, donde me esperaba una señora que tenia que hablarme. Contesté en seguida, que tan pronto como me desocupase de un negocio urgente, iria allá, y así lo hice efectivamente. Juzgad de mi sorpresa cuando me encontré con las dos mujeres que habeis visto.

—Perdonadme, Sr. Nottely,—me dijo la jóven después que la saludé,—si os hice venir á mi casa para entregaros esta carta de vuestro amigo el Sr. Coleydi.

Este caballero, Mendoza, es uno de los más grandes señores de Tolayda, á quien traté bastante en mi último viaje á Catilia. No sé si habreis visto á un jovencito atolondrado que anda por aquí estos dias, llamado Catarrulo...

—Sí, sí, le he visto en el café: me lo enseñó el Sr. Ricary, y es por cierto un tipo bien original.

—Pues bien; el padre de ese jóven es el que me escribia, rogándome que recomendase esta señorita á mis parientes de Sameyda, adonde iba á ver á su tio.

—Con el mayor placer, señorita,—le contesté:—¿cuando quereis la carta?

—Mañana, si gustais.

—Esta noche os la traerá mi secretario.

—Gracias.—Y ahora, añadió, mirándome de un modo que no dejó de sorprenderme;—me concedereis otro favor?

—Si está en mi mano, desde luego.

—No conozco á nádie en Romalia: ¿tendreis la amabilidad de acompañarnos al paseo y al teatro?

Confieso, Mendoza, que hecha la pregunta, me acordé al instante de Aneyda; pero ¿cómo negarse á una súplica que nada tenia de particular, hecha por una dama, y una dama, además, recomendada por un amigo? No pude, pues, ménos de responderle afirmativamente.

—De véras,—me preguntó,—de véras nos dispensais ese favor sin molestaros?

—A qué hora quereis que me halle aquí?

—A las dos.

—No faltaré.

Y me despedí.

Lo demás, ya lo sabeis; pero lo que no sabeis es el tormento que he sufrido cuando en el paseo ví á Aneyda, y cuando me hallé enfrente de ella en el teatro. Siempre me causaria repugnancia la mujer más hermosa de Saturno, si por su causa tuviese que disgustar á ese ángel; pero luego que observé que las palabras y maneras de la forastera no correspondian á la idea que de ella me formé en un principio, entónces, no sólo me repugnó, sino que me negué resueltamente á la invitacion que me hicieron para que comiese con ellas y las acompañase al dia siguiente.

—Comprendo, amigo, y comprendo demasiado vuestro fatal compromiso, lo mismo que lo que debísteis haber sufrido. Paciencia, y quiera Dios que algun dia no veamos en este suceso algo más que casualidad.

—Por qué decis eso, Mendoza?

—Por nada; sospechas mias quizás. Ahora recogeos para que no os haga daño lo mucho qne habeis hablado.

Y me retiré.

## CAPITULO XXXVI.

### DECLARACION.

En fin, al décimo dia salió el embajador de su habitacion, pálido sí, pero con una palidez que le hacía más interesante.

Ya de noche, nos paseábamos él y yo por una galería, cuando se paró y me dijo:

—Mendoza, hace calor y me siento sofocado: quereis qué bajemos al jardin?

—Por mí, no hay inconveniente; pero temo que os haga daño el rocío.

—No, porque me siento bien, y porque si así fuese, nos meteriamos en el pabellon.

—Pues vamos.

Y bajamos efectivamente.

Al entrar en el jardin, aspiramos una blanda brisa impregnada de la fragancia que se desprendia de las flores.

—Ah, que bien se está aquí,—dijo el Embajador mirando á uno y otro lado:—sentémonos, Mendoza.

La atmósfera estaba serena; ni el más leve celaje empañaba el azul purísimo del cielo. Miles de estrellas entre las cuales brillaba, espléndido, el más grande y lejano de los satélites de Saturno, aparecian diseminadas aquí y allá por el espacio, realzando con su luz plateada el misterio de la noche, así como el silencio que reinaba en torno de nosotros nos hacia sentir su sublime encanto. Además, la ancha faja luminosa que formaban los anillos, y que dividia el cielo en dos mitades (puesto que se extendia desde el uno al otro extremo del horizonte), alumbraba los objetos con un suave é indefinible resplandor.

—Qué espectáculo tan bello!—exclamé.

—¡Y cuánto no dice al alma que, replegada en sí misma, lo contempla!—dijo el embajador.—¡Si yo pudiera manifestaros lo que experimento dentro de mí, y las ideas que á mi mente se agolpan en este instante! Si fuese capaz...

Un ligero ruido que oimos entónces, nos hizo mirar á una alameda que se extendia á espaldas nuestras, y por la cual vimos salir dos mujeres que se acercaban hablando hácia nosotros. Cuando estuvieron cerca, dijo una de ellas:

—No te canses, Nassala; le apreciaré siempre como al salvador de mi padre y de mi hermano; pero nunca....

—Oh, no prosigais,—dijo Nottely, adelantándose fuera de sí, adonde estaban las dos jóvenes;—no prosigais, por Dios, ó me vereis espirar á vuestros piés.

La aparicion del embajador fué tan rápida é inesperada, que las jóvenes no pudieron ménos de exhalar un grito.

—Cuidado,—advertí yo, que de un salto me habia puesto junto á ellas;—cuidado, no griteis, pues podrán oiros, y creer que, lo que ha sido efecto de la casualidad, estaba convenido de antemano.

Después, acercándome á Nassala, le dije en voz baja:

—Alejémonos un poco, si gustais, y dejémoslos hablar, porque os juro que lo necesitan.

—Alejémonos,—contestó Nassala.

Y como si lo hiciésemos sin objeto, nos apartamos algunos pasos de Aneyda y de Nottely, que estoy seguro, no lo notaron siquiera, puesto que en el momento decia Aneyda al embajador:

—En verdad, Sr. Nottely, que vuestra repentina aparicion me

asustó en un principio, y me impidió comprender lo que deciais; mas ahora me alegro de ella, toda vez que me proporciona la ocasion de haceros presente mi agradecimiento por el auxilio que prestásteis á papá.

—Vuestro agradecimiento!

—Y tambien mi satisfaccion por veros restablecido. Adios, señor embajador.

Y Aneyda dió un paso para marcharse.

—Un momento, un solo momento, por piedad!—dijo el embajador.

—Qué me quereis?—repuso Aneyda parándose.

—Quiero deciros, por primera y última vez, lo que sufro y lo que siente mi corazon.

—Lo que siente vuestro corazon! No os entiendo, caballero.

—Escuchadme entónces, y me entendereis, añadió el jóven. Hay en Saturno un sér que adoro, y á quien he entregado toda mi alma desde el momento que le ví y tuve la dicha de acercarme á él. Hubo un tiempo, sueño vano! en que creí poder inspirarle algo de la ternura que yo siento; mas al ver la indiferencia que me manifiesta, y el desden y frialdad con que me trata, mis esperanzas mueren, mis ilusiones se disipan, y sólo me queda una triste y dolorosa realidad.

Pero como de este sér pendia mi vida, su indiferencia tiene muy pronto que matarme. Y miéntras esto sucede, y en tanto que mi corazon herido sufre tormentos superiores á sus fuerzas, no sólo no le aborrezco, porque esto me sería imposible, sino que voy á hacer fervientes votos por su felicidad. Ahora que me habeis oido, podeis marcharos: adios, Aneyda.

Pero Aneyda, profundamente conmovida por el lenguaje solemne de Nottely, no se movió, y arrastrada por lo que dentro de sí sentia, no pudo ménos de decir:

—Sin duda, al hablar así, os referis á la persona con quien recientemente os ví en el paseo y en el teatro; mas no sé, en verdad, por qué os quejais, puesto que, léjos de despreciaros, parecia, por el contrario, muy dichosa á vuestro lado.

—Oh!—dijo Nottely con vehemencia:—vos no creeis lo que decís; no podeis creerlo; es imposible que lo creais.

—Sí tal, señor embajador, y estoy segura de que no me engaño. Vos acompañais á una jóven de grandes atractivos por los sitios

más públicos de Romalia, y esto no puede hacerse á no mediar un interes....

—Decid más bien un compromiso, y un compromiso ineludible que fué lo que me forzó á ello: os lo juro por mi honor, Aneyda.

Y rápidamente contó el embajador cuanto le habia pasado con la forastera, después de lo cual volvió á decir:

—Por lo demas, creedlo; el sér de quien os hablo, á quien adoro, á quien dedico todos mis pensamientos, aquel cuyo recuerdo jamas me deja, y por quien daria mi misma vida, ese sér sois vos, Aneyda.

—Yo!—dijo con emocion la jóven.

—Vos, á quien miro como mi Dios y mi todo en este mundo.

—Con que es á mí á quien amais?

—A vos tan sólo; y puesto que he osado decíroslo, aborrecedme si quereis.

A la pálida luz de los arcos, ví entónces á Aneida cubierta de virginal pudor, palpitante el seno, entreabiertos los lábios, húmeda la mirada, y presa toda ella de una intensa y vivísima emocion.

Tras un momento de silencio, volvió á decir el embajador:

—Aneyda, tal vez os he ofendido; tal vez mi atrevimiento atrajo sobre mí vuestro enojo; y si es así, decídmelo, decídmelo á mí, que por desagraviaros verteria hasta la última gota de mi sangre. Oh, no sabeis cuánto he sufrido, ni lo que sufro todavía, esperando la primera palabra que va á salir de vuestros lábios, porque esa palabra, Aneyda, decidirá mi suerte, haciéndome el más feliz ó el más desdichado de los hombres. Decidla, pues, y sacadme de esta duda que me mata.

Conmovida y con la cabeza baja escuchaba Aneyda al embajador; parecia que meditaba, y sólo después de un rato pudo decir con una naturalidad que la realzaba en extremo:

—Pues bien, señor, no estoy enojada con vos.

—Es cierto? Podré creer lo que decís?

—Sí.

—Luego no os soy indiferente?

—Nunca me lo habeis sido.

—Y aceptais mi amor?

—Con toda mi alma.

—Es decir que vos tambien....

—Os amaba, y por eso he sufrido tanto, creyendo que amábais á otra.

—Oh, Aneyda!—exclamó con fuego el embajador;—me haceis el más venturoso de los hombres: y por esta noche, que no olvidaré jamas; por esa luz que sobre nosotros proyectan nuestros satélites; y por ese cielo teñido de azul y bordado de oro que cubre nuestras cabezas, os juro que vos y vuestra dicha serán mi único objeto en este mundo.

—Os creo, señor,—dijo Aneyda;—os creo, porque yo, á mi vez, os prometo que no siendo á vos, á nádie uniré mi suerte en Saturno, aun cuando para cumplir esta promesa haya de perder la vida.

Y dicho esto, alargó su mano al embajador, que la estrechó entre las suyas radiante de felicidad.

—Ya están avenidos,—dijo Nassala con voz muy baja:—sobremanera me alegro de ello; y vos?

—¿Podeis dudarlo?—le contesté;—pero reunámonos á ellos.

Y así lo hicimos.

## CAPITULO XXXVI.

### ENTREVISTA CON EL REY.—ENCUENTROS.

Algunos dias después de lo que dejo referido, me hallaba yo al lado del embajador, cuando vinieron á llamarle de parte del rey.

—Quereis acompañarme, Mendoza?—me dijo.

—Iria con gusto,—le respondí,—pero como supongo que S. M. querrá hablaros de negocios, no me parece regular que esté yo allí.

—Al contrario, amigo; vos y M. Leynoff sois para nosotros dos séres que ningun interes debeis tener en las cosas de Saturno; y como si alguno tuviéseis sería siempre por nosotros, nada nos importa que presencieis todos nuestros actos. Con que, venid.

Cuando llegamos, no hicimos antesala, pues aunque S. M. despachaba con dos ministros, tan pronto como supo que estábamos allí, nos mandó entrar.

Nos recibió en una de sus habitaciones interiores, donde, como en todo el palacio, brillaba el oro y la magnificencia.

—Hola, Nottely,—le dijo con visible interes el soberano,—cómo estais?

—Perfectamente, señor, y aunque así no fuese, siempre estaria bien para servir á V. M.

—Lo sé, Nottely. Y el brazo, qué tal? Os servís ya de él?

—Sí, señor, algo torpe, pero no me incomoda.

—Me alegro, primero por vos, y luego por mí, porque os necesito.

—A mí, señor?

—Sí.

—Y para qué?

—Ahora os lo diré.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Y mi pequeño héroe, cómo está?

—Gracias, señor; para servir á V. M.

—A propósito, Nottely; mucho debeis querer á Mendoza.

—No lo sabe bien V. M.,—dijo con viveza el embajador.

—Ya lo creo. Diantre! salvaros dos veces la vida! pues no es nada.

—Aparte de eso, señor, quiero á Mendoza por su mérito, por él mismo.

—Bueno, bueno, no me opongo á que le querais; estais en vuestro derecho, como yo lo estoy en el mio para ir aborreciéndole un poquito.

—Cómo, señor!—dije algo inquieto:—¿habré tenido la desgracia de faltar á V. M.?

—Mucho que sí, amiguito,—dijo entre risueño y enojado aquel bondadoso soberano.—Cómo! pasarse los ocho y los diez dias sin venir á verme, habiéndole encargado que lo hiciese con frecuencia! Eso ya es demasiado, caballerito, y si seguis así, me veré precisado á tomar alguna medida séria.

—Oh, señor!—dije hincando una rodilla y besándole la mano, que me alargó al momento:—aunque no vea á V. M., no es por falta de cariño, sino por el temor de robarle un tiempo que tanto necesita, y que tan dignamente emplea en hacer la dicha de sus súbditos; pero pedidme, señor, la vida, y vereis si titubeo en darla por V. M.

—Ya sé que me amais, Mendoza; pero como veo tantas veces á M. Leynoff, que siempre viene á palacio con Nomara, y á vos tan

pocas, no debeis extrañar que os reconvenga de este modo. Con qué, cuidado con faltar de nuevo, lo entendeis?

—Sí, señor; pero hasta en esas reconvenciones mismas no hace más V. M. que acrecer la excesiva bondad con que me honra desde que tengo la dicha de vivir en sus estados.

—Bien, bien, ya veré por los resultados si os enmendais ó nó.

Y volviéndose al embajador, añadió:

—Mendoza, Nottely, no es un obstáculo para que hablemos de negocios, porque si algun interes tiene en las cosas de Saturno, siempre será á favor nuestro. Aunque enfermo, os creo al corriente, por Nomara, de todo lo de Catilia, cuyo soberano, confiado en el apoyo de Botayde, y en las huestes del príncipe de Nocuara, no ceja en su propósito de apoderarse de Talussa. Admite, sin embargo, la conferencia; pero la conferencia no es, en mi concepto, otra cosa que un pretexto para acabar de hacer sus preparativos y unir las tropas aliadas á las suyas: por eso no me descuido, y hago tambien los mios. La Nostracia, cuyos intereses son los nuestros, y que está al corriente de todo por Coloby, se arma tambien; y tan pronto como la conferencia se concluya, vendrán sus tropas á Romalia para pasar aquí la gran revista. Sabíais esto?

—Todo, señor,—respondió Nottely.

—Ahora bien: como en este asunto la Nostracia y la Roquelia no tienen más que un pensamiento, quiero que esta noche misma marcheis vos y Nolatto á Catília, á fin de que ántes del dia señalado para la conferencia, tanteeis los ánimos de los demás embajadores para saber lo que piensan respecto de ella. Yo nada espero, como os dije, de la conferencia; pero como deseo que de nuestra parte esté á lo ménos la justicia, os encargo que no omitais medio ninguno, salva, se entiende, la dignidad de ámbas naciones, para obtener la paz, ya haciendo ver á los ministros, y áun al rey mismo, las consecuencias terribles de la guerra, y ya haciendo que adopten igual lenguaje los embajadores de las potencias aliadas nuestras. Bastan y sobran estas indicaciones para vos, que sois tan hábil diplomático como intrépido guerrero; y sólo os encargo (así que os persuadais de que la avenencia es imposible) que deis la vuelta inmediatamente. Ahora decidme, ¿se resentirá vuestra salud si marchais hoy?

—De ningun modo, señor, y todo se hará como desea V. M.

—Además, — añadió el rey, — el no haber vuelto Nostrendy,

como habia ofrecido, á darme cuenta de la conversacion habida con su tio, me hace ver, no sólo que es inevitable la guerra, sino que no se ha portado muy bien el tal sujeto: lo tendrémos presente.

—Tiene V. M. más que mandarme?

—No; podeis marcharos. Ah, no os olvideis de veros con Nolatto para conveniros en la hora que debeis salir: segun me dijo, creo que será de noche.

—Muy bien, señor.

—Si de aquí á que salgais, tengo alguna órden que daros, ya os avisaré. Estais en casa de Nomara todavía?

—Sí, señor, pero hasta el medio dia y nada más.

—Muy bien.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Cuidado con otra, caballerito.

—No volveré á faltar, señor?

Y besando el embajador y yo otra vez su mano, nos marchamos.

Cuando llegamos á casa entramos en el salon, donde encontramos á Aneyda leyendo.

—Tan sola, Aneyda!—dijo el Sr. Nottely.

—Mamá acaba de salir con la señora Notissa y el caballero Nomatty; Silaydi está en palacio, y M. Leynoff y papá se pasean en la huerta.

Viendo yo la bella ocasion que á Nottely se le presentaba para despedirse de Aneyda, les dije:

—Aprovechad este momento, amigos, para despedirós.

—Para despedirnos!—dijo Aneyda perdiendo el color.

—Por muy pocos dias, Aneyda,—dijo el Sr. Nottely.

—Pues adónde vais, señor?

Antes que respondiese el embajador, les dije yo:

—Miéntras hablais, voy á la huerta para entretener al príncipe y á M. Leynoff.

Una mirada de gratitud fué la respuesta de los jóvenes.

Hallé, en efecto, paseándose y hablando á los dos viejos. Conteles, lo más detalladamente que pude, nuestra entrevista con el rey, y hablamos mucho de este asunto, que era muy del gusto del señor Nomara. Habria una hora que nos ocupábamos de él, cuando dijo el príncipe:

—Quisiera ver á Nottely: sabeis dónde está, Mendoza?

—Sí, señor; quereis que le llame?

—Si no os molestais.....

—Voy al instante.

Y corrí al salon. Cuando llegué, estaba á la puerta el embajador á quien oí decir:

—Y consentís?

—Sí,—respondió Aneyda.

—Esta misma noche?

—Esta misma noche.

—Y sin repugnancia, sin la más leve repugnancia siquiera?

—Sin la más leve.

—Qué feliz soy!

Y al decir esto, salió el embajador, encontrándose conmigo.

—Qué hay, Mendoza? ocurre algo?

—El príncipe quiere veros.

—Dónde está?

—En la huerta.

—Pues vamos allá.

Iba á seguirle con intencion de preguntarle á qué aludian las últimas palabras que habia dicho á Aneyda, cuando vi entrar de puntillas en el cuarto de ésta al Sr. Nomatty. El embajador, absorto sin duda con la conversacion que acababa de tener, nada percibió; pero viendo que me paraba, dijo:

—No venís, Mendoza?

—Id andando, que allá voy.

Marchóse, y yo me dirigí á mi cuarto, porque tenia que pasar por delante del de Aneyda. Cuando llegué á la puerta, me paré un poco, y oí un murmullo como de personas que hablaban; pero como nada tenia de agradable que saliesen y me hallasen allí parado, continué mi camino con intencion de quedarme á la puerta del mio y observar. No habia cinco minutos que estaba en ella, cuando ví salir al Sr. Nomatty acompañado de la doncella, con la cual hablaba animadamente, aunque en voz baja.

—¿Obsequiará este hombre,—dije para conmigo,—á esta muchacha, ó traerá con ella alguna intriga de otro género?

Bajé á la huerta deseoso de preguntar al embajador el significado de aquellas palabras que le habia oido cuando salia del salon y que tanto me habian chocado; pero nos llamaron á comer y no pude hacerlo. En la mesa, se continuó la conversacion de la huer-

ta, es decir, sobre política; pero el embajador, que atendia más á mirar á Aneyda que á otra cosa, habló poco.

Acabada la comida, se despidió éste de la familia con aquella finura y amabilidad que le eran peculiares. El príncipe y M. Leynoff le abrazaron tiernamente, y la princesa sólo le encargó que visitase á Nostrendy. Aneyda se despidió de él con la finura y reserva propias de su edad: sus ojos dijeron lo demás.

—A qué hora pensais salir?—preguntó el Sr. Nomara.

—Lo ignoro todavía; pero sé que será de noche, segun me dijo S. M.

Iba á abrazar á Silaydi, cuando éste le dijo:

—No, amigo; todavía no.

—Pues qué hay?

—Que os acompañamos Mendoza y yo.

—Hombre....

—Y como que no hay remedio,—dijo sonriendo el Sr. Silaydi,—marchemos.

Y nos marchamos.

Cuando llegamos á la embajada, nos abrazó Nottely cariñosamente, y nos dijo:

—Ahora, mis queridos amigos, permitidme que os deje. Tengo que arreglar varias cosas, hacer cuatro ó cinco visitas, y mis preparativos de viaje. Con qué, hasta la vuelta.

Bien sentia yo no hablar algo en particular con Nottely, y, sobre todo, no preguntarle el significado de aquellas palabras que, sin saber por qué, me habian chocado tanto; pero como estaba allí Silaydi y me esperaba, me fué imposible hacerlo. ¡Cuánto me pesó después no haberle llamado á parte á todo trance!

Jamás creí echar tanto de ménos al embajador; experimentaba un vacío, que nádie, ni aun el mismo M. Leynoff, podia llenar. Silaydi notó mi tristeza, y como sabia la causa, me dijo con un interes que siempre tendré presente:

—Cuánto lo sentis, Mendoza!

—No puedo negarlo, Silaydi; amo mucho, y aún más de lo que creia, al embajador.

—No lo extraño, porque le merece; pero más debe amaros él á vos, que le habeis salvado dos veces la vida.

—Oh, eso no merece la pena, porque él hubiera hecho por mí otro tanto. Lo que me hace quererle más, aparte de su indispu-

table mérito, es la amabilidad con que nos trató á M. Leynoff y á mí, desde que nos vió en Saturno. Esto, querido Silaydi, en un mundo desconocido, y tratándose de hombres que debian serle tan extraños, nunca se olvida. Por eso, miéntras viva, amaré con toda mi alma á vuestro padre.

—Como él y todos.... os amamos á vos.

—Ya lo sé.

De una manera que no pudimos evitar, tropezamos con Nomatty, que venia con tres jóvenes Catilianos. Fué preciso saludarnos. El Sr. Nomatty se puso muy encarnado: habia antipatía entre este jóven y nosotros. Hubo un momento de silencio bastante embarazoso para todos, porque interiormente, estoy seguro que unos y otros deseábamos vernos á cien leguas de distancia. Por último, dijo el Sr. Nomatty:

—Parece que se marcha Nottely: es así, señores?

—Así parece,—respondí yo.—Y vos, caballero Nomatty, no marchais tambien?

Esto lo dije con intencion de hacerle hablar.

—Hasta que sepa el resultado de la conferencia, nó.

—Pero si el resultado es bueno, os quedareis, verdad?

—Probablemente. Pero, señores,—añadió cortado por la frialdad de Silaydi;—os estoy deteniendo, y quereis pasear. Dispensadme.

Y nos separamos haciéndonos una profunda cortesía, pero sin darnos la mano.

No habiamos andado veinte pasos, cuando vimos venir corriendo y saltando á Cattarrulo.

—Oh, señores,—dijo éste, después que se nos acercó:—¡cuánto celebro encontraros!

—Hola, amiguito, qué hay?

—Un baile, caballero Mendoza, un gran baile al cual asistirá toda Romalia. Quereis qué os lleve? Soy el todo de la casa.

—No, gracias,—le respondí;—tenemos que hacer esta noche.

—Es que será brillante, y hay además muy lindas niñas: dos particularmente, que yo obsequio y que me aman con ferocidad, son adorables. Visten con un lujo y una elegancia que encantan.

—Con que os aman, eh?

—Qué si me aman! que si me aman! me idolatran. Quereis ver sus cartas?

Y ya echaba la mano al bolsillo, cuando dijo Silaydi:

—Nos esperan, Mendoza; vamos pronto.

—Adónde vais? al paseo? Voy con vosotros,—dijo al instante Cattarrulo.

—No, amigo,—dijo el Sr. Silaydi;—vamos á evacuar un negocio grave.

—Lo siento, caballero Silaydi; á fé mia que lo siento, porque acaso estarian allí mis dos divinas y os las enseñaria; pero otro dia será. Adios: soy todo vuestro.

Y se marchó tan de prisa como vino.

—Siento privaros de ese ente, Mendoza; pero, francamente, no lo puedo soportar.

—En otra ocasion lo sentiria más, Silaydi. Quereis qué volvamos á casa?

—Sí, aunque no sea más que por no tropezar con él.

*(Se continuará.)*

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

# REVISTA POLÍTICA.

## INTERIOR.

*Self-government.*—Esta frase, admitida ya en el idioma político corriente, expresa la organizacion de los pueblos libres, el gobierno de la Nacion por la Nacion misma, la direccion y administracion de los negocios públicos por los ciudadanos, sin tener en cuenta orígen ni clase, la ausencia de toda tiranía, de todo imperio implantado ó ejercido por medio de la fuerza, el triunfo ordenado y pacífico de la opinion, y el respeto más escrupuloso á las leyes.

O este fué el bello ideal de la Revolucion de Setiembre, ó la Revolucion de Setiembre ha sido una de las más grandes aberraciones que registra la historia, y además un gran crímen social. Nosotros abrigamos el firme convencimiento de que el *Self-government* se consideró desde luego como la aspiracion primera de las voluntades que pusieron en movimiento, en la ciudad de Cádiz y en los buques surtos en su bahía, las fuerzas que llevaron á término feliz el alzamiento de 1868.

No ha de tener resultado práctico en el dia de hoy analizar los detalles de aquel gran levantamiento, cuyo aniversario acaba de pasar en medio de una inconcebible indiferencia, ni sacar á relucir la responsabilidad en que puedan haber incurrido, así los que poco á poco se han ido desviando de la tendencia altamente patriótica y conciliadora con que estalló el movimiento, como los que tal vez por culpable confianza entraron sin garantías en una especie de armisticio que pensaba olvidar pronto, segun después se ha visto, una de las partes en él interesadas.

El espectáculo no es nuevo, ni hay por qué sorprenderse: los partidos respetan poco ó nada prescripciones que la moral individual no puede dar al olvido sin incurrir en las más justas censuras. Mas si esto es cierto, no lo

es ménos que la ley de la expiacion se cumple siempre, más ó ménos tarde, sean colectividades ó indivíduos los que falten á los deberes más conocidos y vulgares de la moral pública.

Sin que pretendamos nosotros que nádie esté completamente libre de responsabilidad, y dando por consiguiente al olvido los pasados errores, ¿quién que no tenga embotado el sentimiento del amor pátrio, ha de mirar con indiferencia los males públicos? Sólo un brutal egoismo puede cegar á los que desconozcan cuán preciso se ha hecho salir de esta anarquía, unas veces mansa y otras fiera, que extenúa, enflaquece y seca las fuentes de la riqueza pública y la virilidad moral de los pueblos.

La Nacion española presenta á nuestra vista un panorama semejante al que ofreceria un vasto jardin en que se hubiesen dibujado por mano hábil los cuadros, calles, puentes y paseos que debieran adornarle, y plantados los árboles, nacidos los arbustos, brotando las flores, un viento caliginoso, una atmósfera de plomo, la ausencia, en fin, de riego ordenado é inteligente cultivo, viniese á marchitar aquellos gérmenes de frescura, belleza y lozanía.

Viene atravesando la pátria hace meses por ese momento crítico en que estaria el jardin durante el tiempo en que su fertilidad luchase entre la vida y la muerte, en que la sávia de sus terrenos fuese á secarse por completo, si los cuidados del hombre no venian á darle vida, aumentando, cada hora que se retardase el remedio, las probabilidades de una irremediable ruina.

Las circunstancias por que atraviesa Europa, son las más á propósito para organizar de una manera definitiva el país, si se ponen de acuerdo previamente los partidos que tienen representacion en la Asamblea, para conferir la corona de España á un candidato que satisfaga las exigencias de la opinion pública. No vamos á discutir ahora cuál sería el mejor; ansiosos de llegar al anhelado fin, hemos dicho y repetimos que, en sentir nuestro, el patriotismo obliga á aceptar como buena la solucion monárquica que reuna más sufragios en la Cámara Constituyente, pues lo que urge es salvar el principio monárquico de los obstáculos que las agitaciones del exterior han de oponerle, si una gran trasformacion, que nádie adivina ahora, no se verifica pronto.

Los defensores de la candidatura del General Espartero han cejado en sus propósitos, á lo que parece: miéntras tanto continúan defendiendo sus parciales, con loable consecuencia, la del Sr. Duque de Montpensier. No falta quien crea que, tan luego como se abra el Parlamento, personas autorizadas de partidos diferentes presentarán á votacion pública esta candidatura, á fin de conocer de una manera definitiva y terminante los prosélitos con que cuenta en la Asamblea. Mucho celebrarémos que la noticia sea cierta,

no sólo porque si con este procedimiento se resolviese la cuestion monárquica, el país ganaria mucho, sino porque aun derrotada la candidatura, los partidos recobrarian la unidad de accion de que hoy carecen, obligados amigos y adversarios á sacrificar unos por natural consecuencia, y otros por enemistad injustificada, algo de la rectitud de sus respectivas convicciones políticas.

Las ardientes discusiones que ha levantado en la prensa, por desdicha, semejante candidatura, no sólo contribuyen á enemistar á los hombres que unidos podian haber hecho el bien de la pátria, sino que desorganizan las antiguas agrupaciones políticas, levantando entre sus miembros más caracterizados barreras que pudieran llegar á ser insuperables.

Nosotros que veríamos con el mayor gusto al Sr. Duque de Montpensier ocupando el sólio de Castilla, deseamos que se promueva sobre su eleccion ámplio debate, convencidos, como ántes hemos dicho, de que es imposible que se prolongue por más tiempo el triste estado por que atraviesan hoy los negocios públicos.

Suba al trono, pues, el Sr. Duque de Montpensier, pero si la eleccion no es posible, no sirva de obstáculo su nombre para una reconstruccion política en que cobrando nueva importancia las ideas, se reconstruyan los partidos y termine la encarnizada y estéril lucha de los intereses personales, para que pueda renacer la provechosa discusion y natural debate de los principios.

Hemos dicho al comenzar esta Revista, que la Revolucion habria sido un atentado social sino tenía por objeto establecer sobre bases sólidas el régimen representativo, y sin embargo nada hay más contrario á la índole verdadera de este régimen que el estado actual de la Nacion española.

Tienen razon, vergüenza nos da confesarlo, los periódicos poco amigos de la Revolucion cuando dicen que jamas se ha visto un desconcierto igual ni parecido al que estamos observando ahora en todos los ramos de la política y la administracion; tienen razon cuando se asombran de la deplorable actividad con que se acometen algunas reformas, y tienen más razon aún cuando se escandalizan de la sobrada calma con que se toman disposiciones que el interes público reclama con urgencia.

Nádie pone en duda que las instituciones parlamentarias, para consolidarse y funcionar ordenadamente, necesitan descansar sobre un régimen municipal ordenado y perfecto. La ley de Ayuntamientos provocó, quizá con justicia, la revolucion de 1840; la organizacion de los centros administrativos de los pueblos fué el punto adonde dirigió constantemente sus tiros desde la oposicion el partido progresista y democrático. Desacreditad el sistema que constantemente habeis defendido con razon como fundamento

esencial de las libertades públicas, y habreis herido en el corazon las nuevas instituciones.

Pronto hará dos años que está encomendada á los partidos ultraliberales exclusivamente la direccion de los negocios públicos generales y locales; ¿y cuál es el cuadro que presenta, ante un observador imparcial, este país tres veces desdichado?

Una languidez mortal no ménos triste que la perpétua alarma en que otras veces hemos vivido, se ha apoderado del cuerpo social. El país ha perdido cási por completo la esperanza de alcanzar dias mejores, y descuidando el cumplimiento de los deberes que la pátria impone á los ciudadanos, mira con dolorosa resignacion el desórden administrativo existente. Segun aseguran publicaciones autorizadas, apénas se han hecho efectivos 30 millones de los 150 que por contribuciones debia ya haber percibido el Tesoro. Después de dos años reina en los Municipios el más completo desórden; apénas hay Ayuntamiento de importancia que tenga corriente su presupuesto, cuyo importe actual, por otra parte, ha doblado sobre los anteriores, sin que se hayan establecido recursos de carácter permanente para satisfacer las necesidades locales más apremiantes. Es un verdadero escándalo la existencia de Diputaciones provinciales que no deben su existencia al régimen electoral vigente, y cuando se recuerdan los discursos con que inauguró su entrada en el Ministerio de la Gobernacion el antiguo Alcalde de Madrid y Presidente de la Asamblea, no se concibe que aún estén en suspenso indefinido las leyes orgánicas, y lo que es más, que no se intente salir de tan extraño y vergonzoso trance, hasta dentro de cuatro meses, si un nuevo decreto, como ya va siendo costumbre, no suspende en su dia las elecciones mandadas hacer en fines del próximo Enero.

Apénas se reunen en Madrid la mitad de los Concejales que debieran tener representacion en el Municipio, y para que esto suceda es necesario barrenar las leyes vigentes ó declararlas ineficaces por los mismos que tienen obligacion de cumplirlas. Para que asista á la Diputacion Provincial número suficiente de Diputados, es preciso que la presida quien habiendo sido Ministro está para ello legítimamente incapacitado, dándose el ejemplo, hasta ahora nunca visto, de que desempeñe el cargo de Diputado provincial un alto funcionario del Estado.

Si esto sucede en la capital de la Península; si aquí, ante la vista del Ministerio, las cosas pasan de este modo; si la Corporacion municipal, que sirve de modelo, y cuya conducta procuran imitar los Ayuntamientos de las provincias, crea conflictos al Gobierno y se queja sin razon y por cábalas políticas de las determinaciones del Ministro de la Gobernacion que fué ade-

más su jefe en tiempos más felices, ¿qué sucederá en las poblaciones en que desempeñan estas elevadas funciones adversarios políticos del Gobierno?

El desórden que reina en la administracion se extiende, como siempre sucede en toda sociedad en que se pierde el respeto á las leyes y á las costumbres públicas, á otras esferas sociales. Cuando una de las personas más caracterizadas por su posicion elevada y reconocido mérito en la vida pública se cree en la necesidad de ejecutar un acto de gran importancia en nuestras relaciones internacionales sin tener en cuenta las instrucciones de su superior gerárquico, convencido de que así sirve mejor los intereses públicos; cuando una autoridad militar, de cuyo patriotismo y nobleza de carácter nádie puede dudar, no encuentra mejor manera de perseguir á los que al fin combaten bajo una bandera política, que publicando disposiciones cuyo espíritu y letra no se conciben en el siglo en que vivimos; cuando para extirpar el bandolerismo se prescinde de toda forma jurídica, y sin respeto á las leyes que garantizan el acierto de la justicia se lucha con los malhechores á brazo partido, se mata más que se castiga, se castiga más que se juzga, es indudable que la sociedad en que esto sucede está en peligro de llegar á uno de esos momentos en los cuales sin vigor toda autoridad verdadera y en descrédito las instituciones, el poder público queda á merced del primer aventurero con atrevimiento suficiente para recogerlo del suelo en que abandonado yace.

Estos males dan por resultado fatal que ansiosa de paz la sociedad aplauda, como sucede ahora, la energía de las autoridades que por salvar los intereses permanentes de los pueblos menosprecian las leyes, estado social desde el cual se descubren ya las primeras señales de la tiranía.

Siempre que este mal se apodera de una nacion, sus efectos aparecen luego en el organismo de los partidos políticos, pues estas fuerzas cambian de índole y naturaleza en los grandes desórdenes sociales, cesa entónces la noble emulacion, la perseverancia, la disciplina, la fidelidad á los compromisos contraidos, y se deshacen en fin los elementos que contribuyen, en primer término, á que la libertad sea posible.

Sin ocuparnos para nada de los carlistas, ni de los amigos escasos de la dinastía derrocada, ¿cuál es el estado en que se encuentran los elementos activos de la Revolucion? Ni la juventud de la democrácia-monárquica le ha servido de preservativo contra la disolucion que aniquila á las antiguas parcialidades. Una insurreccion verdadera ha aparecido en las filas de esta bulliciosa agrupacion, habiéndose apoderado el espíritu disolvente de la prensa, desde donde tira con bala roja y sin piedad sobre su natural y antiguo Jefe. Si las cosas no varian pronto, el partido progresista seguirá idéntica con-

ducta, pues ya aparecen en las columnas de sus periódicos artículos ardientes en que se censuran con energía los vicios dominantes. La misma Union liberal, modelo un dia de disciplina, muestra síntomas poco en armonía con su antigua y poderosa organizacion.

En las naciones en que el sistema representativo se practica con pureza, la mayoría gobierna, pero las minorías le ayudan con sus críticas, lo cual no existe sino en tanto que alimentan justas esperanzas de llegar pacíficamente y por el influjo de las ideas á la direccion de los negocios públicos.

Los antagonismos que desgarran el flamante partido republicano no puede considerarse como indicio de un mal comun. Los celos, las envidias, las venganzas, el ódio á todo lo que se distingue en el seno mismo de esta parcialidad, es más que accidente, naturaleza propia y verdadera esencia de la escuela.

Las dictaduras desde el poder supremo, gastan ménos, por otra parte, al que las desempeña, que ejercidas desde los bancos del Parlamento, porque sujeto allí á la contínua y agitada lucha de debates, tanto más estériles, cuanto más se alimentan de pequeñas pasiones, el dictador se encuentra fácilmente por bajo de individualidades poco respetables, lo que le desprestigia y rebaja en el concepto público.

De esto se deduce que es de necesidad absoluta salir de la situacion política por que el país atraviesa, sin lo cual la experiencia viene demostrando ser imposible que cada poder ejercite sus atribuciones propias, recobrando el vigor necesario para que alcancen un desarrollo conveniente las fuerzas vitales de esta sociedad, que como ántes hemos dicho se desmaya sin resortes que la impulsen por el camino de un ordenado progreso.

Causa dolor pensar adonde llegarémos si la Asamblea Constituyente pone una vez más de manifiesto su impotencia para coronar el edificio de las nuevas instituciones. Si el Gobierno no se decide á patrocinar la candidatura del Duque de Montpensier, y esta, como prevemos, sale derrotada de la Asamblea, es preciso que los hombres que desempeñan el poder, inspirándose en las verdaderas necesidades públicas, apoyen con toda su fuerza aquella solucion legal que estimen más favorable para terminar el período constituyente.

Nosotros seguimos creyendo que sólo existe un remedio para cortar los males del momento, y este remedio es la eleccion de Rey. No pierdan de vista los señores Ministros, que si dejamos pasar esta última legislatura sin elegir la persona que debe ocupar el trono vacante, hay grandes probabilidades de que la eleccion no se haga nunca, y que la Monarquía perezca ante la impotencia de sus mismos partidarios; ó que se levante al fin, cuando ya sea tarde, sobre el paves de las armas, falta de la fuerza que le daria

un orígen legal é incompatible, por consiguiente, con las libertades públicas.

Grandemente se equivocan, en nuestro sentir, los que crean que es posible fundar en España una Monarquía que tenga por base tratados internacionales. Cada país tiene sus condiciones especiales de carácter que es preciso respetar. El candidato que por sí solo pudiera alcanzar mayores simpatías, se trocaria pronto en una figura antipática y odiosa si viniese, no ya impuesto, lo cual no es posible, sino como consecuencia de protocolos en que nuestra voluntad no apareciese exclusivamente libre para resolver los destinos de la pátria.

Si, por el contrario, el Gobierno se decidiese á fundar la Monarquía, jamas encontrará ocasion más propicia. Rotos los vínculos nacionales que formaban el antiguo equilibrio europeo, ¿quién tendria hoy derecho para mezclarse en nuestros asuntos? Por más que veamos con tristeza que aún no hemos alcanzado la honra de figurar entre las naciones que ejercen influencia en el mundo, y que siempre que se nombran los pueblos dispuestos á poner en juego su mediacion para ajustar la paz, sólo se habla de Inglaterra, Rusia, Austria é Italia, la verdad es que destruida la antigua preponderancia francesa, y dueño el pueblo español de sus destinos por una revolucion que ha proclamado la soberanía nacional, no hay Príncipe en Europa que si se viese apoyado resueltamente por la mayoría de la Asamblea, no viniera ufano á sentarse en el trono de San Fernando.

Interesa á Prusia, por grande que sea su actual poder, establecer alianzas en el Mediodía que le aseguren amistades que pudiera necesitar en un porvenir ménos dichoso, pues la fortuna varía cuando ménos se piensa en los pueblos como en los indivíduos, de lo que Francia es elocuente ejemplo. Aunque el engrandecimiento reciente de la nacion italiana ha apagado transitoriamente el fuego republicano, oculto existe bajo el entusiasmo monárquico que levanta la presencia del Rey de Italia en el Capitolio, dorado sueño para aquel pueblo durante siglos de esclavitud y de infortunio, y sin embargo la situacion actual no deja de presentar peligros, para contrarestar los cuales, el Rey Víctor Manuel se mostraria dispuesto á inclinar el ánimo del Duque de Aosta á aceptar la corona, para que la Monarquía se estableciese en España pronto.

No necesitamos nosotros en verdad contar ménos con alianzas capaces de ayudarnos en un momento supremo, que puede llegar ántes de lo que se cree. En vano querrá olvidar el nuevo Gobierno de Francia que inconscientemente hemos sido causa ocasional de sus desastres, y más ó ménos tarde se resfriarán nuestras relaciones con aquel país, cuyas desgracias presentes le

harán más celoso de su influencia y más dispuestos á entrar en lucha con un enemigo de quien conserva agravios y que cree débil. Un sentimiento análogo, al que tememos pueda despertarse en un término no muy lejano en Francia, impulsó á Chateaubriand y á los Ministros de Luis XVIII á la harto triste y célebre expedicion del Duque de Angulema.

¡Pobre país si nos encontrase una guerra extranjera en un estado de anarquía análogo al de 1823!

Digan lo que quieran los partidarios de la paz á todo trance, ya que hemos perdido una gran ocasion de levantar nuestra nacionalidad en el mundo, no arrastremos por más tiempo, sin pensar ni prepararnos para lo venidero, una triste existencia.

Los obstáculos exteriores que obligaron á dimitir al Príncipe Hohenzollern, las influencias que abultaron la novelesca y algo mística imaginacion de su madre, las dificultades que encontraba la candidatura del jóven Duque de Génova, no existen. Cualquiera que sea la forma de Gobierno que se establezca en la nacion vecina, por algun tiempo Francia necesita dedicar todas sus fuerzas á restañar la sangre perdida, cicatrizando las profundísimas heridas abiertas á su antigua grandeza, lo que nos asegura por ahora, sin peligro, la más completa libertad de accion. Perdido para la Restauracion el apoyo moral que le daba la íntima amistad de los Emperadores con la ex-Reina Isabel, y las simpatías que inspiraba en el ánimo maternal de la Emperatriz el ex-Príncipe Alfonso, los hombres verdaderamente monárquicos que no tengan envenenado el espíritu por ódios inextinguibles, y sobre quienes no pese por sus actos una responsabilidad inolvidable, rodearian pronto al nuevo monarca, que podria contar con el apoyo de los elementos más sanos de todos los partidos tan sólo con seguir la línea de conducta que le traza la Constitucion del Estado en cuanto á los negocios políticos pueda referirse, y en la vida privada manifestar el respeto á los deberes domésticos que sabe cumplir cualquier ciudadano honrado.

Rectitud política en la vida pública, rectitud moral en la vida privada, estos son los mejores ejércitos en que puede apoyarse el futuro Rey de los Españoles.

J. L. Albareda.

# EXTERIOR.

Grandísima responsabilidad ante la historia tomaron para sí los hombres que atropelladamente proclamaron en Paris la República el dia 4 de Setiembre. Sólo la ceguedad propia de la pasion de partido pudo ocultarles las graves dificultades políticas que iban á añadir á los desastres militares de su pátria. El mismo partido republicano deberia lamentarse de que, aprovechándose de las tristísimas circunstancias del momento, se apoderasen por sorpresa de las riendas del Gobierno; pero los partidos, y especialmente los extremos, no se lamentan nunca de que se les dé el poder, aunque sea sólo para su descrédito.

Tres eran las grandes quejas que contra los Ministerios dirigidos por Ollivier y Palikao manifestaba de contínuo la oposicion republicana del Cuerpo Legislativo. Era la primera que los más graves negocios de la paz y de la guerra continuaban siendo tratados y manejados por el Gobierno lo mismo que ántes del restablecimiento del régimen parlamentario, no conociendo de ellos la Cámara hasta que ya era irremediable el daño causado. M. Jules Favre insistia en esta reclamacion diariamente. Sobre todo, desde que habia comenzado la guerra, no cesaba de pedir que el Cuerpo Legislativo, como producto del sufragio universal y legítima representacion del pueblo frances, dirigiese por sí mismo la defensa de Paris y el armamento de toda la Francia. Pues bien: el Gobierno provisional, en el que el mismo Jules Favre es sin duda, hasta ahora, el Ministro de más influencia en las cuestiones políticas, comenzó por disolver el Cuerpo Legislativo y por sustituir á la accion administrativa de los doce Ministros, que representaban la mayoría de la Asamblea popular, y tenian su confianza y su apoyo, la accion dictatorial de nueve Ministros, que representan una parte de la minoría de aquella Cámara y del cuerpo electoral.

Era la segunda queja, que los Ministros del Imperio, al mismo tiempo que encarecian la necesidad del concurso de todos los partidos para defender la pátria invadida, no admitian á los republicanos á los cargos de más importancia en el Gobierno. La verdad es que los imperialistas, en sus últimos tiempos, buscaban con afan el apoyo de los orleanistas y de los legitimistas, y que aceptaban con gusto el de los republicanos en cuanto era compatible con la existencia del Imperio; que, casi desde el principio de la guerra, tuvieron oscurecida la autoridad del Emperador, y acabaron por proponer al Cuerpo Legislativo, en la sesion de la noche del 3 de Setiembre, que el Conde de Palikao dejase de considerarse como jefe del Gobierno de la Emperatriz, para funcionar como lugarteniente de una Comision nombrada

por toda la Cámara, y en que habian de estar representados todos los partidos. Los republicanos, desde el primer momento en que asaltaron el poder, lo han monopolizado, tratando como enemigos, no sólo á los que sirvieron al Estado durante el Imperio, sino á todos los hombres monárquicos, sin exceptuar á los que durante dieciocho años han combatido con más energía y más éxito el régimen personal.

Por último, se lamentaban á toda hora los republicanos de la excesiva preponderancia de Paris sobre los departamentos; atribuian á la centralizacion todos los desastres sufridos, y no tenian esperanza sino en que todas las provincias tuviesen parte en la direccion de los negocios públicos. Hasta tal punto olvidaron en el momento oportuno estas ideas, que el Gobierno formado tumultuariamente el 4 de Setiembre, lo fué con los Diputados elegidos por Paris, añadiendo el General Trochu, aceptado como una imprescindible necesidad del momento, y eliminando á M. Thiers, que no quiso ser miembro del primer Ministerio de la tercera República.

Esa tercera República no vino, pues, al mundo, ni para reunir todos los poderes públicos en manos de la Representacion nacional, convirtiendo en Convencion el Cuerpo Legislativo, ni á realizar las teorías descentralizadoras, ni mucho ménos á suprimir los exclusivismos y á agrupar en el Gobierno las fuerzas de todos los partidos; no vino, en suma, á reducir á verdad práctica ninguna de las teorías que sus partidarios habian proclamado desde la oposicion.

En la opinion de la mayoría de las gentes, la mision de la República era la de hacer la guerra popular, la de imposibilitar las negociaciones diplomáticas miéntras el invasor no fuese expulsado, la de sustituir á las armas de los ejércitos que habian sido vencidos, la decision invencible de una gran nacion, resuelta á pelear hasta los últimos extremos. Esa mision era comprendida por todo el mundo como Víctor Hugo la ha descrito en una proclama que desde *Le Rappel* ha dirigido á los Franceses, diciéndoles: «Levántense todos los pueblos! tomen parte en el fuego todas las campiñas! llénense todos los bosques de voces atronadoras! A las armas! á las armas! Salga de cada casa un soldado! conviértase cada barrio en un regimiento! cada ciudad hágase un ejército! Los Prusianos son ochocientos mil; vosotros sois cuarenta millones de hombres! Levantaos y caed sobre ellos! Lila, Nántes, Tours, Bourges, Orleans, Colmar, Tolosa, Bayona, ceñid vuestra cintura con vuestras armas. Adelante! Lyon, toma tu fusil; Burdeos, toma tu carabina; Rouen, saca tu espada, y tú, Marsella, canta tu cancion, y sé terrible. Ciudades, haced bosques de picas, espesad vuestras bayonetas, enganchad las caballerías á vuestros cañones! Y vosotras, aldeas, coged vuestra segur! No digais que no hay pólvora, ni municiones, ni artillería; porque las hay. — Además, los campesinos suizos no tenian más que hachas, los campesinos polacos no tenian más que hoces, los campesinos bretones

no tenían más que palos, y todo se desvanecia delante de ellos! Todo presta auxilio á quien pone fuerza de voluntad. Estamos en nuestra casa; las estaciones nos favorecerán. Guerra ó vergüenza! Quien quiere, puede. Un fusil malo es excelente cuando el corazon es bueno; un trozo viejo de espada es invencible cuando el brazo es valiente. Los campesinos de España fuéron quienes destrozaron el poder de Napoleon. A prisa, á prisa, sin perder un dia, sin perder una hora, cada cual, rico, pobre, trabajador, menestral, labrador, tome en su casa ó recoja del suelo todo lo que se parezca á un arma ó á un proyectil. Haced rodar las peñas, convertid los sulcos en fosos, levantad los pisos de las calles, combatid con todo lo que os venga á la mano, coged las piedras de nuestra tierra sagrada, apedread á los invasores con los huesos de nuestra madre la Francia!»

El recuerdo de la conducta heróica de los Españoles en 1808 es invocado por los Franceses con mucha frecuencia en estos dias: el ejemplo de Zaragoza es presentado diariamente á la imitacion de las ciudades francesas por los periodistas de Paris. Pero nuestros padres pelearon seis años, y hubieran legado á sus hijos y á sus nietos la tarea de pelear, si hubiese sido necesario, seis siglos. Nuestros padres antepusieron á todo, el deber de luchar contra el invasor, y cuando en Setiembre de 1808 se reunió la Junta Central en Aranjuez para el primer ensayo de organizacion de un Gobierno nacional, se habia ya levantado en armas Madrid el 2 de Mayo, se habian lanzado á una guerra de exterminio Astúrias, Leon, Santander, Galicia, Logroño, Sevilla, Cádiz, Granada, Badajoz, Cartagena, Múrcia, Valencia, Aragon, Cataluña, las Baleares, Navarra, las Vascongadas, toda España; habian sido derrotados los Españoles en Cabezon, habian detenido á los Franceses en el Bruch, habian asombrado al mundo con el heroismo de Zaragoza, habian hecho capitular á Dupont en Bailén.

En la Francia de 1870, el entusiasmo era grande; los reveses primeros sufridos en la guerra, lo excitaron hasta el extremo. El Cuerpo Legislativo, secundado por el Senado y la Emperatriz, decretaba leyes sobre leyes, llamando á las armas á toda la poblacion válida. Uno de los mismos Ministros se encontraba en el caso de soltar las riendas del Gobierno para coger el fusil de simple soldado. Los padres conducian á los hijos para que se alistasen, ó se alistaban al mismo tiempo que ellos. Propietarios, magistrados, artistas, escritores, todos á porfía acudian al llamamiento de la pátria. Por donde quiera se reproducian ejemplos de heroismo patriótico, dignos de Esparta. El Mariscal Conde de Palikao organizaba cada dia varios batallones, cada semana un ejército. Sólo se pedia á Bazaine y á Mac-Mahon, que detuviesen ménos de un mes á los Prusianos para que Francia pudiese tener armados y organizados militarmente, á más de un millon de sus hijos.

Desde el dia 4 de Setiembre, todo ese movimiento se ha hecho muy lento, ó se ha paralizado. Cuando debian sentirse más los efectos de las medi-

das adoptadas por las leyes últimamente hechas, apénas se nota señal de que produzcan resultado alguno. En ninguna parte se forma el núcleo de nuevos ejércitos, que distraigan las fuerzas prusianas, amenazándoles llevar socorros á Strasburgo ó á Metz, ó invadir la Alemania del Sud. Bazaine y Ulrich quedan entregados á sus propios recursos.

El temor de la guerra civil y de la guerra social ha hecho que los Franceses prosigan con ménos ardor la guerra con el extranjero. Las pasiones, excitadas por las luchas de la política interior, han disminuido el vigor del patriotismo. Miéntras el pueblo de Paris se entretiene en derribar las águilas imperiales, que en tantos puntos de las cuatro partes del mundo inspiraron el respeto, y fueron emblema de las glorias de Francia, se distrae algo de la idea de que el prusiano se acerca iracundo y terrible á la capital de la civilizacion moderna. Miéntras se ocupa en cambiar el nombre á las calles, toda Alemania se lisonjea con la esperanza de hacer cambiar de nacionalidad la Alsacia y la Lorena.

M. Luis Veuillot con su pluma, que á veces envidiaria Juvenal, pinta con rasgos sarcásticos la situacion moral de Paris en los dias que siguieron á la proclamacion de la República. "Es difícil saber, dice, si en el sosiego relativo que se ha notado en Paris desde el dia 4, hay más esperanza de una pronta paz que de una pronta victoria. El desconocido que proclamó la República, ¿queria renovar los prodigios de 92, ó sólo poner su tienda al abrigo de las bombas?... En nuestra opinion, el resultado de la aventura del domingo es que se ha avivado en las calles el fuego de la cancion, y que la resolucion de acudir al fuego de los baluartes ha aflojado en los corazones... En Paris hay mucho ménos Francia de lo que se cree. Paris forma una nacion aparte, y no se considera tanto capital de Francia como capital del mundo. Francia no es más que su arrabal, su cortijo, su granja... Hay gentes en Paris que dicen: "Porque la granja sea saqueada, lo cual es sin duda una gran desgracia, ¿se ha de pegar fuego á la casa? Y otras gentes, que no hubieran caido en la cuenta de eso, reconocen que esa razon parisiense es muy buena, y que, en efecto, no hay que exponerse á hacer arder la casa. La Marsellesa, las banderas, la caricatura, todo eso es bueno cuando los Prusianos están léjos todavía, y todo ese ruido tiene su lado de diversion... Pero, en fin, es preciso no morir sino lo más tarde posible, y no exponerse á la lluvia absurda y brutal de las bombas."

Si sólo usase ese lenguaje *L'Univers*, que es tan propenso á todas las exageraciones, significaria poco. Pero *Le Siecle*, republicano de la víspera, exclama por su parte indignado: "A los reductos! Basta de abrazos, y de chanzas y de botellas!" *Le Temps* pide que se adopten medidas para reprimir el escándalo de que la mayor parte de los llamados por la ley para empuñar las armas desatiendan el cumplimiento de esta obligacion, y propone que así como se someten al público las listas electorales para que todos los ciu-

dadanos reclamen las inclusiones de nombres, que crean justas, se admitan las denuncias de los que debiendo correr á las filas del ejército y de la Guardia nacional no lo hacen. M. Blanqui aprovecha la ocasion de desarrollar sus doctrinas socialistas pidiendo la confiscacion de los bienes de todos los ricos que abandonan sus casas de Paris á la aproximacion del enemigo. *Le Gaulois* publica multitud de proyectos, que vários ciudadanos le comunican, con el mismo objeto de que se cumplan las leyes sobre el servicio militar. Otros diarios refieren que los pueblos, amenazados de la invasion francesa, se oponen á la formacion de cuerpos de tiradores francos, habiéndose llegado en algunos hasta el extremo vergonzoso de denunciar al enemigo á los jefes encargados de dirigir á los guerrilleros. *La Liberté* cuenta que habiendo un ciudadano frances obtenido del Ministerio de lo Interior algunos cientos de carabinas y treinta mil cartuchos para armar una compañía de tiradores, el *maire* de la ciudad en que habita le obligó á desistir de su proyecto con toda clase de obstáculos y amenazas, habiéndose libertado con trabajo del riesgo de ser entregado á las tropas prusianas.

Por su parte, el Gobierno republicano, en vez de proclamar una guerra sin tregua hasta libertar á la pátria de la presencia de su invasor, se apresuró á pedir la paz. El Cuerpo Legislativo habia votado, por unanimidad, en una sesion secreta, que no se aceptaria ni mucho ménos se pediria la paz miéntras hubiese un aleman armado sobre el suelo frances. El Emperador habia manifestado igualmente su resolucion de rechazar las exigencias de las Potencias neutrales que intentasen mediar para imponer la paz á la Francia vencida. La minoría republicana, en la proposicion que el 3 por la noche presentó al Cuerpo Legislativo pidiendo la destitucion de Napoleon y de su dinastía, queria que se formase un Gobierno con «la mision expresa de resistir á todo trance la invasion, y de expulsar al enemigo del territorio nacional.»

Sin embargo, el mismo M. Jules Favre, que firmaba, el primero, aquella proposicion, y la presentó y la defendió, dirigia el dia 6, como Ministro de Negocios extranjeros, á los agentes diplomáticos de Francia, una circular muy bien escrita, muy digna en su forma, pero en la que, en suma, pedia la paz. «El Rey de Prusia, decia el célebre tribuno en aquel documento, ha declarado que hacía la guerra, no á la Francia, sino á la dinastía imperial. La dinastía está por tierra. La Francia libre se levanta. ¿Quiere el Rey de Prusia continuar una lucha impía que le será, por lo ménos, tan fatal como á nosotros? ¿Quiere dar al mundo del siglo XIX el cruel espectáculo de dos naciones que se destruyen mútuamente, y que, olvidándose de la humanidad, de la razon, de la ciencia, acumulan las ruinas y los cadáveres? Puede hacerlo; pero él será responsable ante el mundo y ante la historia. Si es un desafío, lo aceptamos. No cederémos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas. Una paz vergonzosa sería una guerra

de exterminio para un plazo corto. No tratarémos sino para una paz duradera. Nuestro interes es el de la Europa entera, y tenemos motivo para esperar que, libre ya de toda preocupacion dinástica, la cuestion será planteada así en las Chancillerías.»

Esta esperanza ha sido defraudada hasta ahora. Las Chancillerías de las Potencias monárquicas, no se han creido en el caso de mostrar mayores simpatías á la Francia republicana que á la imperial. El Gobierno de Paris ha enviado á las Córtes de Lóndres, Viena y San Petersburgo á M. Thiers, que ha creido de su deber prestar á su país en esta crítica situacion el tributo de su saber, de su experiencia, y de sus relaciones diplomáticas. Hasta el momento de ser escritos estos párrafos, no conoce bien el público ni el éxito, ni siquiera el objeto de la mision de aquel ilustre estadista frances. Pero lo cierto es, que todavía no está reconocida la tercera República por ninguna gran Potencia europea; y que puede tenerse por seguro que todas se hallan decididas á abstenerse de mediacion ó intervencion, que pueda comprometerlas en el conflicto, y limitarán sus buenos oficios á comunicar á uno de los beligerantes las proposiciones que el otro haga.

Francia paga en esto, como en otras muchas cosas, sus errores pasados. Durante los dias de su preponderancia napoleónica, extendió por la Europa, y le impuso más de una vez, la doctrina de la no intervencion, haciendo así perder las costumbres de la diplomacia, y el sistema de los intereses solidarios, que mantenian el equilibrio europeo. Hoy, en su infortunio, Francia reclama la intervencion de las demás Potencias, que no atienden á su ruego. No tiene que contar más que consigo misma.

Si los neutrales se pusiesen de acuerdo, su intimacion bastaria para que la Prusia evacuase el territorio frances, pues no podria mantener los ejércitos alemanes delante de Metz y de Paris, si los Rusos, los Austriacos y los Italianos avanzasen con aire de amenaza hácia sus fronteras, apoyados por el auxilio, siempre eficaz, de la Gran Bretaña. Pero lo poco que hacian los Gobiernos ántes de la caida del Imperio, se ha convertido en abstencion absoluta después de proclamada la República.

La infeliz empresa de complicar con una revolucion política interior la guerra nacional, ha empeorado la situacion de Francia, considerada con relacion á sus partidos y á su propio pueblo, con relacion á los neutrales, y con relacion al enemigo.

En lo interior ha quebrantado la unidad de la accion y el acuerdo nacional para la resistencia, relajando la disciplina, tan necesaria para el buen éxito de los combates, y produciendo en unos puntos la guerra civil, en otros la anarquía, en otros el peligro de una invasion de socialismo. En lo exterior ha amortiguado los recelos que la victoria inesperada y excesiva de Prusia debia inspirar en los Gobiernos monárquicos, con los temores á la propaganda republicana. Y respecto del enemigo, ha aumentado las difi-

cultades nacidas de los desastres militares, con las políticas que provienen de un estado de interinidad y de falta de legitimidad de los poderes públicos.

El Conde de Bismark no es hombre que desaprovecha las ventajas que sus adversarios le proporcionan. En una nota oficial, comunicada para su publicacion á los periódicos de Reims, declara falsos todos los rumores de mediacion interpuesta por las Potencias neutrales, haciendo saber, que ninguna ha manifestado semejante intencion, y advirtiendo que de todos modos las tentativas de mediacion no tendrian probabilidad de éxito, porque toca sólo á Alemania decidir acerca del asunto, y además nada puede hacerse miéntras no haya en Francia un Gobierno reconocido por el país. Los de Alemania, añade el Canciller de la Confederacion del Norte, podrian entrar en negociaciones con el Emperador Napoleon, único reconocido hasta ahora, ó con la Regencia establecida por él, ó con el Mariscal Bazaine, que de él tambien tiene recibida su autoridad; pero de ningun modo con e poder de hecho, existente en Paris, que hasta ahora no representa más que una parte de la izquierda del Cuerpo Legislativo disuelto.

Esta nota del Conde de Bismark rechaza las palabras de la circular de Jules Favre, en que se decia que el Rey Guillermo hacía la guerra al Emperador y no á Francia, en términos bien categóricos, de la misma manera que las Potencias neutrales han desairado la afirmacion del Ministro frances de que mirarian con más simpáticos ojos la República que el Imperio.

Espectáculo verdaderamente singular es el de que el Emperador Napoleon vea sus títulos al poder defendidos por el Ministro del Rey Guillermo contra los que componen el Gobierno actual de Francia. ¿Qué se ha propuesto con ello el Conde de Bismark? ¿Quiere de esa manera atizar más el fuego de la guerra civil en Francia, y dividir, sobre todo, las fuerzas de los defensores de Paris? ¿Pretende intervenir en el gobierno interior del pueblo frances, porque repugna á sus doctrinas feudales y autocráticas la idea de que el triunfo de las armas prusianas haya sido causa del establecimiento de la República? ¿O realmente hay un sincero temor de que el Gobierno provisional no ofrezca suficientes garantías para negociar con él?

Lo peor es que su argumento está bien fundado. No se puede exigir con razon á Prusia que reconozca, para celebrar con él desde luego pactos de gran trascendencia, un Gobierno, que ni está reconocido por ninguna otra Potencia de primer órden, ni se halla legitimado por acto expreso del pueblo frances, no faltando tampoco en la misma Francia ciudades muy importantes que le niegan la obediencia, además de haber protestado contra su formacion el Senado unánime y la mayoría del Cuerpo Legislativo, y de no llegar la noticia, á pesar de las semanas trascurridas, de que se le haya sometido el ejército mandado por el Mariscal Bazaine.

El Gobierno frances se ha apresurado á reconocer lo falso de su posicion;

y para prepararse á salir de ella, ha anticipado las elecciones para una Asamblea Constituyente, que ántes habia decretado que se celebrasen el 16 de Octubre, y ahora quiere que se verifiquen el 2. En una nueva circular, M. Jules Favre reconoce lealmente que él y sus colegas no tienen poderes regulares para representar la Francia. Confiesa asímismo que el pueblo frances, cualquiera que sea la forma de gobierno que hoy adopte, es responsable de los actos del Imperio, que ha tolerado á su frente durante tantos años. Se ha notado además que Favre ha dejado de usar frases como aquellas de su primera circular, en que declaraba que la República francesa no aceptará ningun tratado de paz que la obligue á ceder una pulgada de su territorio ni una piedra de sus fortalezas.

En Alemania, la opinion pública está excitada hasta un extremo indecible: el entusiasmo llega al delirio. Se pide de todas partes al Rey Guillermo que exija de Francia las condiciones más onerosas y humillantes; que le arrebate, sobre todo, la Alsacia y la Lorena.

Gran error creemos que cometeria Prusia cediendo á esos consejos. Su grande obra es la unidad alemana, que tanto ha adelantado con la actual guerra. El Conde de Bismark lo comprende perfectamente: cuando le felicitaban por la parte de gloria que pudiese tocarle por el gran triunfo de las armas aliadas en Sedan, declinó las felicitaciones, alegando que nada es suyo en el éxito de las operaciones estratégicas, pero reivindicando para sí el mérito de que hubiesen peleado juntos los Bávaros y los Badeneses con los Prusianos. Esa es, en efecto, la empresa á que la diplomacia de Berlin debe aspirar en primer término. Para consolidarla, le conviene no olvidar las dificultades con que en adelante habrá de luchar. Antes era la más débil, la más pequeña de las Potencias de primer órden; no era, en realidad, Potencia de primer órden sino porque, siendo la menor de todas, todas las demás buscaban su alianza, y estaba segura de tener á su lado, para defenderla en caso necesario, á alguna de ellas. En lo venidero, va á ser la más grande, la más fuerte, y por lo tanto, la más aislada: necesita asegurarse aliados contra coaliciones probables. Está rodeada de enemigos ó rivales. Ha humillado á Austria en 1866, á Francia en 1870: va á excitar los celos de Inglaterra, que no ve con gusto la aparicion de nuevos poderes navales, creándose grandes fuerzas marítimas en el Báltico y en el mar del Norte; y por agua y por tierra, el aumento de su importancia será tambien visto con desagrado por Rusia.

Su único aliado posible es Francia: con Austria no se entenderá jamás en las cuestiones alemanas; con la Gran Bretaña y con la Rusia no se podrá poner de acuerdo en lo relativo al Báltico. De Francia no le separaba sino la querella del trazado de la frontera del Rhin; querella que puede quedar suprimida hoy por medio de una paz magnánima, que respete la integridad del territorio de Francia, y que adquiriria un carácter más amenaza-

dor que nunca, si se impone al pueblo frances la humillacion de perder la Alsacia y la Lorena.

Una paz, que á la vergüenza de la derrota añada el dolor de la desmembracion, jamás sería aceptada por Francia por largo tiempo. Se repondria de su desastre, se prepararia para una revancha terrible, y acaso ántes de mucho tiempo la fortuna de las armas volveria á sonreirle. Cuidándose, más que de ninguna otra cosa, de readquirir su integridad territorial, contraeria alianzas con quien le ayudase á la empresa, haciéndole en cambio concesiones que fuesen fatales para las otras Potencias. Pasando de ser un poder moderador á ser un elemento terrible de trastorno, ni prohibiria á Austria que intervenga en Italia, ni á Inglaterra que monopolice la dominacion de Egipto, ni á Rusia que marche contra Constantinopla, si esas condescendencias le aseguraban aliados para destruir los resultados de la actual guerra. Todo eso, aun suponiendo que no quede, como sin duda quedará, con fuerzas suficientes para luchar de igual á igual con Prusia ántes de muchos años.

El Conde de Bismark da, sin duda alguna, mucha más importancia á la consolidacion de la unidad alemana, y al restablecimiento del Imperio Germánico con la hegemonía prusiana, que á la satisfaccion de vanidad patriótica de colocar autoridades prusianas, bávaras ó badeneses en Estrasburgo y en Nancy. Falta ver si podrá resistir á la presion de la prensa y de las corporaciones alemanas, ó si la ruda altivez del militarismo prusiano cree que puede tratar impunemente á Francia como trató desde el siglo pasado á Posen, y en 1863 á Dinamarca, y en 1866 á Hannóver, á Hesse-Cassel y á Francfort.

FERNANDO COS-GAYON.

# NOTICIAS LITERARIAS.

CONFERENCIAS DADAS EN VALENCIA, EN EL MES DE ABRIL DE 1870, POR D. LUIS MARÍA UTOR, DIRECTOR DEL «CONSERVATORIO DE ARTES,» SOBRE LOS ADELANTOS DE LA AGRICULTURA MODERNA Y LA INFLUENCIA QUE EJERCEN LOS ABONOS MINERALES.

## PRIMERA CONFERENCIA.

Difícil es, señores, poder explicar en dos Conferencias todos los descubrimientos que se han realizado en estos últimos tiempos sobre la mejor manera de cultivar los campos; pero ya que no pueda tratar esta cuestion con la extension que su importancia requiere, voy á ver si consigo condensar en pocas palabras las nuevas teorías y experiencias que las comprueban, de modo que esteis en el caso de poder comprender la utilidad de penetrar decididamente y con completa confianza en las nuevas ideas, abandonando el sistema rutinario que hasta hoy ha seguido la agricultura.

No creo conveniente, ni tampoco me sería posible en las pocas Conferencias que vamos á dar, hacer la historia de los errores y del atraso en que ha vivido la agricultura: vosotros sabeis mejor que yo el estado de pobreza en que se encuentra, especialmente en algunas provincias de nuestro país: las cosechas, ántes abundantes, disminuyen de una manera visible, y á continuar así por algun más tiempo, las pocas tierras que aún conservan alguna fertilidad, quedarán estériles; es decir, que el rendimiento que produzcan no compensará los gastos y el trabajo del agricultor.

Las ciencias naturales, y en especial la Química, se han encargado de estudiar las causas que influyen en la produccion agrícola: hoy se sabe lo que ántes era imposible determinar, los elementos que necesita cada planta para su desarrollo, los orígenes que suministran estos alimentos á los vegetales, y la cantidad que cada uno requiere para su mayor crecimiento.

El análisis químico nos dice que toda planta está compuesta de dos sustancias de orígen diverso: la primera se llama materia orgánica, y la segunda materia mineral: no hay ninguno de vosotros que ignore que toda planta, cuando se quema, deja siempre un resíduo incombustible, que es lo que constituye la ceniza, es decir, la materia mineral.

Si quereis determinar en cada planta la relacion que existe entre la materia orgánica y la materia mineral, tomad un vegetal ó una parte de él, por ejemplo, la leña: pesad con cuidado el trozo de leña que hayais elegido, y quemadlo: la materia orgánica se descompone, dando lugar á productos gaseosos que arden, y pronto veis que toda la materia orgánica se ha convertido en humo, dejando solamente un pequeño resíduo, que conoceis con

el nombre de ceniza, ó sea la parte mineral: si pesais ahora la ceniza, sabreis que aquel trozo de leña contenia tres ó cuatro centésimas partes de materia mineral y los 96 ó 97 céntimos restantes estaban formados de materia orgánica: repetid esta experiencia con cada planta, y tendreis determinada en cada caso la relacion en que se encuentra la materia orgánica y la materia mineral en las diversas plantas que se cultivan para satisfacer las necesidades de la vida ó para el alimento de los animales.

Este estudio lo encontrais afortunadamente hecho: abrid un libro de Química, y áun las obras que se han escrito recientemente sobre la agricultura moderna, y allí vereis que la planta que produce el trigo está formada de 97 céntimos (grano y paja) de materia orgánica y los tres céntimos restantes son de materia mineral: si examinais la composicion del trigo que se produce en cualquiera de las provincias de España con el que se produce en otros países, veréis que es idéntica; es decir, que siempre la relacion entre la materia orgánica y la materia mineral es la misma. El análisis que ya encontrais hecho en casi todas las plantas os dice igualmente que la materia orgánica constituye en todos los casos la casi totalidad de la planta, es decir, los 97 céntimos próximamente.

Puesto que la ciencia nos ha demostrado, de una manera que no deja la menor duda, que las plantas están compuestas de materia orgánica y de materia mineral, vamos ahora á examinar separadamente la composicion de estas dos clases de materias, y luego verémos los orígenes que suministran estos cuerpos á las plantas.

Empecemos por la materia orgánica, que su estudio nos va á servir de gran utilidad.

A vosotros os llamará seguramente la atencion que la materia orgánica de todas las plantas que sirven para el alimento de los animales, aunque diversas en su forma, en su estructura, en su color, olor y sabor, estén siempre compuestas de cuatro elementos ó cuerpos simples, á saber, oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe: parece imposible que estos cuatro elementos solamente formen la gran diversidad de sustancias que constituyen la materia orgánica; pero á pesar de vuestra admiracion, teneis que creerlo; el análisis químico os lo demuestra sin que os quede el menor género de duda; y no tan sólo os dice que estos cuatro elementos forman la materia orgánica, sino que os determina igualmente la proporcion en que cada uno concurre á su formacion.

Conocidos ya los elementos que forman la materia orgánica, vamos á estudiar los orígenes que los suministran á las plantas; y para no cansaros, especialmente á los que no conoceis la ciencia, procuraré usar un lenguaje sencillo que esté al alcance de vuestra inteligencia.

El oxígeno lo toman las plantas del aire atmosférico, que, como sabeis, forma parte del aire que nos rodea, y hallándose en la Naturaleza en tan gran cantidad, no tendreis miedo de que las plantas dejen de tomarlo en la proporcion que necesitan en cada caso: el hidrógeno lo toman las plantas del agua; de modo que el aire y el agua suministran el oxígeno y el hidrógeno que han menester para formar la materia orgánica: estos dos elementos, aunque en distinta proporcion, vienen á formar próximamente los 50 céntimos de la planta; es decir, que la naturaleza se encarga de proporcionar, sin ningun desembolso de parte del agricultor, casi la mitad de su peso. No me detengo á probaros que estos orígenes naturales sirven para suministrar á las plantas el oxígeno y el hidrógeno, porque no hay diver-

gencia de opiniones entre las personas dedicadas á esta clase de estudios.

Veamos ahora cómo provee la naturaleza á cada planta de la cantidad de carbono que necesita asimilar: este elemento lo toma del ácido carbónico que se encuentra en el aire y para que podais comprender que se halla en proporcion suficiente para dar este alimento indispensable á las plantas, me vais á permitir que os explique cómo se forma la cantidad de ácido carbónico que necesitan los vegetales.

Todos los animales, en el acto de la respiracion, consumen una cantidad de oxígeno que transforman en ácido carbónico: estas luces que nos alumbran están desprendiendo igualmente este mismo gas ácido carbónico; el carbon que se quema en nuestras cocinas, el que alimenta los hogares de las máquinas de vapor, de los hornos metalúrgicos y en general el carbon siempre que arde, se trasforma en ácido carbónico; la materia orgánica, cuando se quema ó cuando se descompone lentamente, forma, entre otros compuestos, ácido carbónico; pues ahí teneis el orígen que proporciona el carbono á las plantas; este gas, por la accion de la luz, es descompuesto por las partes verdes de los vegetales, apoderándose del carbono y restituyendo el oxígeno al aire.

Sin esta admirable sabiduría de la naturaleza, sería imposible la vida animal; vosotros sabeis bien que el ácido carbónico no sirve para entretener la vida; si introducis un animal en una atmósfera de gas ácido carbónico ó de aire cargado de cierta cantidad de ácido carbónico, vereis que pronto empieza á sentir un gran malestar, se asfixia y muere, le falta el alimento indispensable de la vida, el aire respirable, el oxígeno; si las plantas no se encargasen de descomponer el ácido carbónico que contiene el aire, sería imposible la vida de los animales; las cantidades de ácido carbónico irian aumentando hasta llegar á formar un aire que ya no seria respirable, y produciria la muerte de los animales.

No me detendré en demostraros que las plantas se apoderan del carbono, del gas ácido carbónico contenido en el aire, y me limitaré á deciros que esto se comprueba experimentalmente y de una manera directa.

La cantidad de carbono que toman las plantas es bastante considerable; el término medio lo podrémos calcular en 44 ó 45 céntimos; teneis ya otro elemento que la naturaleza se encarga de proporcionarlo de balde, de modo que el oxígeno, el hidrógeno y el carbono que forman los 94 ó 95 céntimos de las plantas, lo suministran el aire, el agua y el ácido carbónico que contiene el aire, es decir, los orígenes naturales.

Ocupémonos del cuarto y último elemento que necesitan asimilar las plantas; como ya comprenderéis, el ázoe entra en pequeña proporcion para formar la materia orgánica de los vegetales, y á pesar de ser tan corta la cantidad, que rara vez llega al 2 por 100, ofrece su estudio un gran interes: no se hallan conformes los hombres de ciencia en la asimilacion de este elemento: por esta razon debeis permitirme que trate esta asimilacion con la detencion que su importancia requiere; hay entre vosotros una preocupacion grande respecto al orígen que proporciona el ázoe á las plantas; hasta hace muy pocos años era general la creencia de que el ázoe no lo suministraba la naturaleza, de la misma manera que los otros tres elementos; por esta razon no estrañeis que os dé á conocer extensamente los orígenes tambien naturales que se encargan de proporcionar el ázoe á las plantas, y para que deis crédito á las teorías modernas que os voy á exponer, procuraré que al lado de cada principio teórico venga el hecho práctico que le sirve de

comprobacion. La agricultura, segun mi criterio, no debe admitir ninguna teoría que no esté sancionada por la experiencia.

La mayor parte de los sábios que se ocupan del estudio de las condiciones en que viven y se desarrollan las plantas, están conformes en admitir que los orígenes que suministran el ázoe, son el amoniaco y el ácido nítrico; solamente conozco un distinguido profesor que cree que en algunos casos el ázoe lo toman las plantas del que se encuentra en el aire al estado de gas elemental; pero en mi concepto esta idea equivocada proviene de haber apreciado mal algunos hechos ¡ojalá fuera cierto que las plantas se apoderasen del ázoe elemental que tan abundantemente se encuentra en la atmósfera!

Las aguas de lluvia, que tanto influyen en el crecimiento y desarrollo de las plantas, contienen cantidades notables de amoniaco y ácido nítrico. Es fácil adquirir la conviccion de que las aguas de lluvia arrastran consigo el amoniaco y el ácido nítrico; para ello se toman algunos litros, 30 ó 40, y después de agregarles algunas gotas de ácido clorhídrico ó sulfúrico, se ponen á evaporar lentamente hasta que quedan reducidos á un pequeño volúmen, es decir, á dos ó tres centílitros; entónces se agrega una lechada de cal ó una disolucion de potasa ó sosa, se calienta suavemente, y con facilidad se adquiere la certeza de la existencia del amoniaco por su olor. Asimismo la ciencia nos demuestra experimentalmente, que el agua de lluvia contiene ácido nítrico.

No tan solamente está demostrada la existencia del amoniaco y del ácido nítrico en las aguas de lluvia, sino que ha habido químicos notables, en Francia y en Alemania, que han determinado la cantidad que contienen. Bineau entre otros ha hecho numerosos ensayos, y ha deducido que, como término medio, se puede admitir que la cantidad de amoniaco que recibe cada hectárea de tierra por la accion benéfica de las lluvias, es de 27 kilógramos, que corresponde á 22 kilógramos de ázoe, y la cantidad de ácido nítrico que recibe la misma superficie, es de 34 kilógramos, que corresponden á 5 kilógramos de ázoe; ya veis que solamente el agua de lluvia lleva consigo 27 kilógramos de ázoe que sirve para alimento de las plantas; esta cantidad no es suficiente para suministrar todo el ázoe que necesitan las plantas, segun verémos después, pero es un oxígeno que la naturaleza proporciona de balde y sirve para aumentar casi visiblemente el crecimiento de las plantas; ahora comprendereis por qué anhela constantemente la planta por agua; además de la materia azoada que lleva consigo, disuelve tambien parte del ácido carbónico que existe en el aire y después sirve de disolvente á las materias minerales que se encuentran en la tierra y que gozan tan importante papel en la vida de los vegetales.

La cantidad de agua de lluvia que cae no es igual en todas partes, y desgraciadamente para vosotros las provincias donde en nuestro país llueve ménos son las que formaban los antiguos reinos de Valencia y Murcia; pero en cambio la cantidad de productos azoados que contienen varia en razon inversa de su abundancia.

El agua de rocío, segun nos demuestra la experiencia, contiene tambien nitrato amónico, que, aunque en corta cantidad, viene á aumentar diariamente la proporcion de ázoe que cuentan las plantas.

El aire atmosférico contiene igualmente amoniaco y ácido nítrico formado por la accion eléctrica, y si bien la cantidad que cada litro contiene es pequeña, debeis saber: 1.° que las plantas toman poco ázoe, ya os he dicho que nunca llega al 2 por 100, y 2.° que las causas que contribu-

yen á la formacion de estos productos azoados obran constantemente.

¿Quereis convenceros de que en el aire se encuentra constantemente el amoniaco? Repetid la experiencia que os voy á citar, y adquirireis el convencimiento de la existencia en el aire de esta preciosa materia fertilizante: tomad un kilógramo de arena, de huesos ó de carbon, y calentad estas sustancias por espacio de una á dos horas á una temperatura elevada, al rojo vivo, en una vasija cerrada, es decir, fuera del contacto del aire: dejadle enfriar, y cuando esto se haya verificado, exponedlo al aire por espacio de tres dias en una cápsula de porcelana, y encontrareis el resultado siguiente:

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| El kilógramo de arena ha absorbido del aire | | | 60 | milígramos | de amoniaco. |
| El kilógramo de huesos | " | " | 47 | " | " |
| El kilógramo de carbon | " | " | 290 | " | " |

Estas sustancias, como comprendereis fácilmente, fueron calentadas á una temperatura tan elevada para destruir toda la materia orgánica; por lo tanto, el amoniaco que han absorbido no ha podido provenir de ninguna parte más que del aire.

Las experiencias de Schönbein, citadas por Liebig en su precioso libro de las Leyes naturales de la Agricultura, os dicen que siempre que hay una combustion, ó cuando se forma ácido carbónico, se produce igualmente una pequeña cantidad de nitrato amónico, que, como sabeis, es la combinacion del amoniaco y del ácido nitroso. Liebig admirado ante esta experiencia que tan viva luz arroja sobre la asimilacion del ázoe y por consiguiente sobre las condiciones para la vida de los vegetales, da las gracias al Todopoderoso por haberle dejado vivir para tener conocimiento de esta experiencia que sirve para explicar algunos hechos ántes desconocidos.

Además de estos orígenes naturales que proporcionan el ázoe á las plantas, existe todavía otro que es el más importante, el que contiene la mayor cantidad de este elemento; la tierra.

El análisis practicado por un gran número de químicos notables de todos los países, nos enseña que la tierra contiene grandes cantidades de amoniaco y de ácido nítrico: estas sustancias provienen, además de la que suministre el agua de lluvia, de rocío y el aire atmosférico, de los despojos ó detritus vegetales acumulados por las generaciones de las plantas que en la tierra han muerto y de los despojos animales que contiene la tierra ó que el hombre le ha incorporado en forma de excrementos. Estas sustancias animales desaparecen al cabo de un cierto número de años y no dejan sino sus elementos minerales. El ázoe de las partes combustibles se trasforma en amoniaco gaseoso que se dispersa en las tierras próximas. En las capas geológicas de la corteza sólida de nuestro globo encontrais grandes despojos de animales que pertenecen á especies enterradas y atestiguan la vasta extension de la vida orgánica en los tiempos anteriores á la época actual: los elementos azoados de estos séres, trasformados en amoniaco y ácido nítrico, juegan hoy todavía un papel de la mayor importancia en la economía del mundo vegetal y animal.

Liebig, el sábio aleman que tantos trabajos ha hecho en beneficio de los adelantos de la agricultura moderna con el fin de hacer desaparecer toda duda sobre las cantidades de amoniaco y de ácido nítrico que existen en la tierra arable, da á conocer las experiencias hechas en algunas tierras.

Schmid hizo el análisis de algunas tierras de Rusia y encontró que cada hectárea de tierra contenia:

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| A 10 centímetros de profundidad | | | 10.890 | kilógramos de ázoe. | |
| A 20 | " | " | 4.950 | " | " |
| A 30 | " | " | 3.630 | " | " |

De modo que á una profundidad de 30 centímetros la cantidad de azoe es } 19.614 kilógramos.

Isidoro Pierre ha hecho tambien el análisis de las tierras de los alrededores de Caen, y ha encontrado que cada hectárea contiene á la profundidad de un metro 19.620 kilógramos de ázoe, repartidos de la manera siguiente:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| En la 1.ª capa | de 25 | centímetros | de profundidad | 8.360 kilógramos de ázoe. |
| En la 2.ª " | 25 á 50 | | " | 4.959. |
| En la 3.ª " | 50 á 75 | | " | 3.479. |
| En la 4.ª " | 75 á 100 | | " | 2.816. |
| | | | | 19.614 kilógramos de ázoe. |

Observemos con atencion lo que resulta del análisis de las diversas capas de la tierra arable, y vereis que constantemente las primeras capas, es decir, lo que realmente constituye la capa arable, son las más ricas en ázoe: en las capas más profundas se observa siempre que la cantidad de ázoe va disminuyendo. Las tierras cultivadas pierden evidentemente una cantidad de ázoe en cada cosecha; luego para que la capa arable contenga siempre mayor cantidad de ázoe que las capas más profundas, es evidente que este elemento lo toma la tierra de la atmósfera.

Hagamos el análisis de las tierras de labor en nuestro país y encontrareis siempre una cantidad de ázoe considerable: no existe tierra de *pan llevar* que no contenga por hectárea de 5.000 á 6.000 kilógramos de ázoe: comparemos esta cantidad con lo que las plantas quitan del suelo, y vereis entónces que no se apoderan más que de una fraccion pequeña de la provision, y que de todos los elementos nutritivos que necesitan las plantas el ázoe es el que debe agotarse más lentamente.

Aquí os ocurrirá una pregunta que es de la mayor importancia. ¿En qué estado se encuentra el ázoe que existe en la tierra? ¿Está bajo la forma de amoniaco y ácido nítrico, las dos formas en que las plantas lo asimilan, ó se encuentra bajo otra forma distinta? No es posible dar una contestacion terminante á esta pregunta, pero vamos á referir experiencias que arrojan gran luz para resolver esta cuestion.

Antes se tenía la creencia que todo el ázoe que existe en la tierra bajo la forma de amoniaco se separaba por la destilacion con los alcali-cáusticos. Maya ha probado la inexactitud de este aser o: ha sometido várias tierras á la destilacion con los álcalis, y á pesar de mantener esta destilacion por espacio de veinticuatro horas, siempre la tierra ha retenido algo de amoniaco.

Una experiencia directa nos servirá para demostrar que el amoniaco queda en gran parte retenido por las tierras y que es imposible separar por medio de la destilacion con los álcalis todo el que contienen: tomemos un kilógramo de tierra y hagamos pasar una corriente de amoniaco hasta que quede completamente saturada: determinemos con exactitud la cantidad de amoniaco que la tierra ha absorbido. Sometamos ahora esta tierra saturada de amoniaco á la destilacion con una legía de sosa, y observarémos que una

cantidad notable de amoniaco absorbido no puede ser separado por este medio.

Ved por medio de las experiencias citadas por Liebig la comprobacion de lo que os acabo de decir. *A* expresa las cantidades de amoniaco absorbidas por las diferentes tierras á la temperatura ordinaria. *B* la cantidad de amoniaco que estas tierras han retenido después de haber estado sometidas por espacio de doce á quince horas en el baño de María á la accion de una legía de sosa.

Un millon de milígramos de tierra (un kilógramo).

| | De la Habana. | De Schleisheim. | De Bogenhausen | Arcillosa. |
|---|---|---|---|---|
| *A*.—Amoniaco... | 3.520 | 3.900 | 3.240 | 2.600 |
| *B*.—Amoniaco... | 920 | 970 | 990 | 470 |

Si comparamos en estas experiencias la relacion entre la cantidad de amoniaco absorbida y la retenida, se ve claramente que la facultad de retener en estas circunstancias una cierta cantidad de amoniaco absorbida es muy desigual: la tierra de la Habana retiene un sexto, la de Schleisheim un cuarto y la de Bogenhausen un tercio del amoniaco absorbido.

Si ahora determinamos en diferentes tierras la cantidad total de ázoe que contiene un kilógramo por medio de la cal lodada, y después sometemos otro kilógramo á la destilacion en un baño de María, empleando un legía de sosa, verémos igualmente que no se desprende más que una cantidad de amoniaco, quedando retenida una gran parte.

Las consecuencias que deduce Liebig de las experiencias hechas para determinar la cantidad de amoniaco que retiene una tierra al estado natural y otra que se ha saturado de amoniaco, son las siguientes: "Pues que calentando por espacio de cinco á seis horas con una legía de sosa una tierra que ha sido artificialmente saturada de amoniaco, se obtiene un tercio, un cuarto ó un sexto del amoniaco absorbido y no hay ninguna razon para creer que la porcion retenida haya cambiado de naturaleza y no sea ya amoniaco, es evidente que si se somete á la misma operacion una tierra al estado natural y que dé igualmente una cantidad de ázoe bajo la forma de amoniaco, no se puede deducir que el ázoe que no llega á desprenderse por la destilacion al estado de amoniaco no se encuentre bajo la forma de amoniaco."

Poco importa para resolver la cuestion de la asimilacion del ázoe que se halle bajo una ú otra forma: lo que conviene que hagamos constar es que el ázoe contenido en las tierras obra absolutamente de la misma manera que el que contiene el estiércol de cuadra, segun claramente se deduce de las experiencias hechas por Liebig con 800 quintales de estiércol de corral y el mismo peso de las tierras de Schleisheim y de Bogenhausen.

Las deducciones de estas interesantes experiencias son que los abonos azoados deben su efecto exclusivamente á las sales minerales que contenga dicho abono, y de ninguna manera á sus productos azoados, y que si agregan á una tierra sales amoniacales, solamente produce el mismo efecto que si no se abonasen.

Las tierras, en su inmensa mayoría, no necesitan que se les agregue como abono materias azoadas; sin embargo, en algun caso será conveniente emplear abonos azoados. En efecto, hay tierras muy ricas en carbonato de cal y en humus, en las que los fenómenos de descomposicion que se verifican en la capa arable, trasforman una parte del amoniaco unido á la tierra

en ácido nítrico que la tierra no retiene y que penetra en las capas profundas al estado de nitratos de cal ó de magnesia.

De las experiencias que acabamos de citar se deduce que las plantas toman el ázoe de los orígenes naturales, es decir, del amoniaco que existe en el atmósfera, del nitrato de amoniaco que contiene el agua de lluvia y de rocío, y de los productos azoados que además contiene la tierra arable.

¿Los orígenes de ázoe que acabamos de citar son suficientes para alimentar á las plantas de un elemento en todos los casos? Existen un gran número de plantas que necesitan poco ázoe, ó aunque necesitan mayor cantidad, lo toman en todas las épocas de la vida del vegetal de una manera constante, y en estos casos los orígenes naturales son suficientes para alimentar las plantas; pero hay otras que necesitan mucho ázoe y no lo toman constantemente, sino que hay un período, el de la fructificacion, en que se asimilan en poco tiempo una gran cantidad de ázoes; en este caso es conveniente y hasta indispensable agregar á la tierra como abono sustancias azoadas, porque las plantas necesitan en un momento dado de una cantidad de ázoe que no pueden proporcionarle los orígenes naturales; pero aun en estos casos no se debe agregar más que la parte que no puede proporcionar la tierra, jamas la totalidad del ázoe que necesita la planta; es decir, no debeis gastar en abonos la parte que la naturaleza os da de balde; y en todos casos no se debe devolver más que la parte que se exporte en forma de grano, fruto, etc., y la parte de planta que no se exporte, como la paja y demás partes verdes, debe emplearse en forma de estiércol para alimentar la planta en el cultivo inmediato; es decir, que para que la tierra conserve constantemente la misma fertilidad, se le deben devolver los productos azoados que se han exportado.

Esta conferencia va siendo ya demasiado larga, y es preciso concluir: no extrañareis que me haya detenido un poco, no tanto como yo hubiera deseado, en demostraros que existen orígenes naturales que suministran el ázoe á las plantas. Las ideas equivocadas que se tenian respecto á la agregacion de abonos azoados en todos los cultivos, era preciso combatirlas por medio de la teoría fundada en los hechos ya comprobados por la experiencia.

Esta primera conferencia ha sido puramente teoría, y ha tenido por objeto demostraros que la materia orgánica de las plantas se forma asimilándose estas los elementos orgánicos que las constituyen, de orígenes naturales que nada cuestan al labrador: la próxima conferencia será eminentemente práctica, y trataré de demostraros la necesidad de agregar á la tierra las sustancias minerales que la naturaleza no se encarga de restituir, y terminaré haciéndoos conocer los efectos del estiércol, el guano y demás abonos que emplea hoy la agricultura.

# BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

## LIBROS ESPAÑOLES.

Tenemos á la vista el primer número del Almanaque semestral del Comercio, de la Industria y profesiones, que bajo el título del *Internacional* acaba de publicarse en esta corte por la empresa de este nombre, establecida en la calle de las Huertas, núm. 40, principal.

Creemos hacer un servicio al público llamándole la atencion sobre las utilidades y ventajas que contiene esta publicacion, y que sin enumerarlas todas, consisten las más principales en su bien entendida confeccion, distinta de la empleada hasta el dia en los anuarios de esta especie, y que facilita la comprension aun para las personas ménos avezadas á hojear almanaques industriales. Su circulacion es necesariamente tan extensa, como que conteniendo inscripciones de todas las poblaciones más importantes de España, Francia, Inglaterra, Portugal, América y otros países, los inscriptos reciben gratis el Almanaque por el solo pago de la inscripcion, que es módica.

La inteligencia está tan al alcance de todo el mundo, como que un vocabulario políglото, en cuatro idiomas, contiene las voces más usuales en el comercio y la industria de España, Francia, Inglaterra y Portugal. No es, como los anuarios conocidos, una coleccion de señas, sino un medio de publicidad, lo mismo para los productores industriales como para los autores de obras científicas, literarias y recreativas.

Tenemos una satisfaccion en recomendar al público ilustrado esta publicacion, que era ya una necesidad en España, y que desde luego aventaja á todas las de este género.

Felicitamos, pues, á sus autores, y les auguramos un buen éxito en la empresa laudable que han acometido.

*El Internacional*, Almanaque semestral del Comercio, de la Industria y Profesiones, se vende en la calle de las Huertas, 40, pral., se reciben suscriciones y se facilitan datos importantes de esta obra.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

# PRUSIA.

## ANTECEDENTES DE LA GUERRA DE 1870.

### LA GUERRA Y LA PAZ DE 1866.

### ARTICULO II.

*Berlin 13 de Agosto de 1866.*

**Exigencias territoriales de la Francia.—Noticias y observaciones propias para comprender el presente estado de las cosas y su trascendencia.**

En mi carta anterior expuse la situacion creada por la actitud de la Francia en presencia de los hechos que tienen lugar en estos países. La indicacion de las exigencias del Gabinete frances, que habrá V. visto reproducidas en la mayor parte de los periódicos europeos, y han dado lugar ya á algunas explicaciones en el Parlamento inglés, eran vagas y generales á la fecha en que yo escribia; pero podia presumirse ya que dichas exigencias eran de mucha consideracion si habian de ser proporcionadas al engrandecimiento de poder que la Prusia realiza.

Ayer, en efecto, tuve motivos para creerme bien informado sobre este particular y poder decir á V. que «las exigencias formuladas »aquí por la Francia son la frontera del valle del Sarre y la cesion »del Palatinado y del territorio hasta Bingen y Maguncia, con esta »plaza.»

Estas noticias reducen á su verdadero valor las que circulan en la prensa europea, las cuales no son sino conjeturas no fundadas en el conocimiento de los hechos. El principio del Gabinete fran-

ces es, á lo que parece, no exigir nada directa ni indirectamente de los Estados extraños á la Alemania, ni de los que considere como amigos en ella, y al mismo tiempo obtener á costa de estos últimos las compensaciones á que aspira, si bien estipulando indemnizaciones en su favor.

Así, pues, no se trata de rectificacion alguna de la frontera de Bélgica, ni tampoco de la adquisicion del Luxemburgo. Tampoco se trata simplemente del restablecimiento de la frontera de 1814, que no daria á la Francia como límite frances sino una parte del valle del Sarre y el territorio comprendido entre Weissembourg y Berzgaben, la plaza de Landau con su rádio y el rio Queich hasta su desembocadura en el Rhin.

Este engrandecimiento se considera, y sería en efecto, débil compensacion para la Francia, cuya frontera actual, la de 1815, no difiere de aquella muy considerablemente. Por eso lo que la Francia pide, y lo que se ha llegado á formular por escrito, aunque confidencialmente (1), es la incorporacion, no sólo de la parte del antiguo departamento del Bajo-Rhin, de que fué desposeida en 1815, sino del departamento entero dé Mont-Tonerre con el

---

(1) Estas noticias han sido confirmadas por la *Gaceta de Colonia* en los primeros dias del mes último de Agosto. Hé aquí lo publicado sobre el particular en dicho periódico, bajo el título de *Continuacion de las revelaciones:*

*Carta de M. Benedetti al Conde de Bismark.*

«Mi querido Presidente: En contestacion á las comunicaciones que envié de Nickolsburgo á Paris, en consecuencia de nuestra conversacion del 26 del mes último, recibo de Vichy el proyecto de convenio secreto, cuya copia es adjunta. Me apresuro á trasmitirlo á V., á fin de que pueda examinarlo á su comodidad. Estoy, por lo demás, á su disposicion para que conferenciemos sobre el particular cuando juzgue V. que ha llegado la ocasion de hacerlo.

Domingo 5 de Agosto de 1866.—Firmado, *Benedetti.*»

*Texto del proyecto de convenio adjunto á la carta anterior.*

«S. M. el Emperador, etc., S. M. el Rey, etc.

Artículo 1.° El Imperio frances recupera la posesion de las partes de territorio pertenecientes hoy á la Prusia, y que correspondian á la Francia al restablecerse sus fronteras en 1814.

Art. 2.° La Prusia se compromete á obtener del Rey de Baviera y del Gran Duque de Hesse, proporcionando indemnizaciones á estos Príncipes, la cesion de los territorios que poseen en la orilla izquierda del Rhin (*en los cuales se halla situada Maguncia*), y á trasferir la posesion de dichos territorios á la Francia.

Art. 3.° Quedan anuladas todas las disposiciones que ligan á la Confederacion Germánica los territorios de que es soberano el Rey de los Países-Bajos, así como las relativas al derecho de guarnicion en la plaza fuerte de Luxemburgo.»

territorio hasta Bingen y la posesion de la plaza de Maguncia.

Estos territorios pertenecen actualmente á la Baviera y al Gran Ducado de Hesse, con excepcion del valle del Sarre, que forma parte de las provincias prusianas del Rhin. A la Prusia directamente se le pide, pues, poco; pero al querer arrancar á la Baviera y á la Hesse porciones considerables de territorio, y fijar por tal medio el límite de la Francia en aquella parte del Rhin (ahora alemana), se entiende que la Prusia ha de indemnizar á ámbos Estados en los arreglos de que se ocupa actualmente en Alemania.

Tambien forma parte de las exigencias de la Francia, que la fortaleza federal de Luxemburgo, situada en el territorio del Ducado del mismo nombre, y guarnecida por tropas prusianas, haya de ser evacuada definitivamente en el porvenir por éstas y ocupada por tropas del Soberano del país.

A estas noticias conviene añadir otras útiles para apreciar el curso de la nueva y grave faz en que han entrado las cuestiones que por aquí se ventilan.

La Embajada francesa dió á conocer á este Gobierno las intenciones del Gabinete imperial el 5 ó el 6 del corriente (1), y hubo de convenirse entre el Embajador y el Ministro de Negocios extranjeros que este negocio sería tenido en completa reserva. Sin embargo, dos dias después, el asunto en general, no en sus pormenores, era el objeto de todas las conversaciones. Parece, pues, probable que de propósito deliberado se dejó traspirar en el público que la Francia formulaba grandes exigencias de territorio aleman. El objeto de este proceder, conociendo estos países, era evidente: consistia en sobreexcitar la opinion y comprometerla en el sentido de la resistencia, en favor de la cual el sentimiento de los Alemanes es unánime en el Norte como en el Sur, y demostrar por tal medio á la Francia, de una parte, la imposibilidad para el Gobierno prusiano de acceder á sus exigencias, y de otra, la gravedad de la cuestion que iba á emprender si se resolvia á intentar por las armas el logro de aquellas exigencias.

Esta notoriedad que se ha dado á los hechos ha aumentado considerablemente la gravedad de la situacion, porque para la Francia establece el compromiso de no retroceder, y para la Alemania el compromiso no ménos sério de acudir á la defensa del territorio.

---

(1) Véase la fecha de la carta de M. Benedetti, inserta en la nota anterior.

Habiendo salvado de este modo el plazo de negociaciones que hubieran podido prolongarse, la cuestion se halla planteada en estos momentos como una cuestion de guerra y de guerra inmediata. Así lo entiende aquí la opinion y el Gobierno, y así parece probable que lo entienda tambien el Gabinete frances desde que se decidió á formular sus pretensiones (1).

Pero en la política mal segura y contradictoria que aquel Gabinete ha seguido durante el curso de los recientes sucesos, no es fácil prever sin embargo cuál será su conducta en la presente ocasion. Dejar correr el tiempo y relegar á más tarde la accion enérgica y armada tiene para él grandes riesgos, porque ese aplazamiento dará tiempo para reunir en un solo y comun sentimiento y en una sola y comun accion, al Norte y al Sur de la Alemania, ahora todavía apasionadamente hostiles bajo el influjo de la guerra reciente, y la cuestion será entónces militarmente para la Francia muy grave. Aprovecharse del estado presente de los ánimos y de las cosas, apoyándose en el descontento de los Estados del Sur para prometerles una organizacion futura de la Alemania, ménos contraria á sus intereses y que limitara realmente el poder de la Prusia, y empeñando al Austria con la perspectiva de recobrar su posicion en Alemania, á condicion de no concluir la paz con aquella, sería sin duda más acertado, siempre que la accion de la Francia se hiciera sentir instantánea y rápidamente, de manera que previniese la de la Prusia, cuyas miradas están fijas ya en la fortaleza de Maguncia, posesionada de la cual crearia á la Francia una dificultad inmensa para el logro de sus proyectos.

De cualquier modo que sea, no hay que desconocer que la cuestion militar que se plantea está muy léjos de ser una cuestion fácil para la Francia, porque áun en los momentos presentes la Prusia tiene en pié de guerra un ejército de 630.000 hombres y posee el fusil de aguja.

---

(1) La misma *Gaceta de Colonia*, al publicar los documentos trascritos en nota anterior, añadia lo siguiente:

«La víspera ó la antevíspera del 5 de Agosto. M. Benedetti exigió del Conde de Bismark la promesa formal de las concesiones indicadas, añadiendo que si eran rechazadas la consecuencia sería la guerra.»

El Conde de Bismark respondió: «*Sea pues la guerra*; pero añadió, sin embargo, que no podia creer que la Francia tomase tan sériamente el asunto y tuviese en realidad la intencion de realizar por medios violentos exigencias tan imposibles.»

*Berlin, 8 de Setiembre de 1866.*

**Estado de la cuestion sobre compensaciones territoriales á la Francia.—Ocupacion de Maguncia por los Prusianos.—Espíritu de este país respecto de aquella cuestion.**

Desde la fecha de mis cartas anteriores las cuestiones sobre compensaciones territoriales á favor de la Francia no han tenido ulterior curso. Las seguridades trasmitidas á este Gobierno por su Embajador en Paris y de que dí á V. noticia ya, se han mantenido, y todas las indicaciones posteriores han venido á demostrar que en los momentos actuales no piensa el Gabinete imperial en dar un giro belicoso á las pretensiones formuladas.

Para adoptar esta actitud puramente pacífica, aunque sea temporal, hubiera sido sin duda más prudente haber reservado toda indicacion y no haber llegado á especificar aquellas, porque contra las aseveraciones que se han hecho oficiosamente por una parte de la prensa francesa, es un hecho positivo que, en los términos y de la manera que comuniqué á V. en mi carta de 13 de Agosto último, dicha especificacion se hizo aquí.

La falta ha sido tan grave como incomprensible. Haber llegado á admitir áun por un momento que la Prusia se mostraria dispuesta á condescender con las exigencias que se le hacian, era desconocer de la manera más completa este país y las circunstancias; llegar al punto á que se llegó formulando las exigencias, habia de tener por resultado necesario condenarse ó á la guerra inmediata ó á retroceder, con daño irreparable de la consideracion de la Francia y de su posicion en el mundo, y con peligros muy sérios para la situacion interior de aquel país.

Esto es, sin embargo, lo que ha sucedido, y á la hora presente es un hecho bien establecido el paso hácia atrás que la Francia ha verificado, la especie de abdicacion que de dicho paso resulta, y la contradiccion manifiesta que revela respecto de la política anterior del Imperio, que tantas empresas guerreras ha acometido, ya por una idea, como él ha dicho, ya por intereses dudosos y lejanos, en cuyo favor la opinion de la Francia ha estado muy léjos de pronunciarse, y que ahora abandona los que siempre ha considerado aquel país como sus intereses más inmediatos y permanentes.

El estado de las cosas en cuanto á las relaciones aparentes entre la Francia y la Prusia, continúa pues siendo el que era cuando las seguridades dadas al Embajador de esta Potencia por el Emperador Napoleon fuéron trasmitidas á este Gobierno. En Paris parece que se ha dado totalmente al olvivo el incidente, y no se ha vuelto á articular sobre él ni una palabra. Al mismo tiempo la prensa semioficial no ha cesado de dar sobre este asunto explicaciones tranquilizadoras. La prensa oficiosa alemana ha seguido hasta cierto punto el mismo camino, si bien cuidando en toda ocasion de observar que la Francia no tiene derecho ni á pedir ni á esperar nada de la Prusia.

Pero el fondo de la situacion es bien diferente. En Francia, la sobreexcitacion del sentimiento público es profunda, sin que sea posible hacerse la ilusion de que llegue á modificarse en sentido contrario. La política de la Francia oficial no es ciertamente la política de la Francia real, y este hecho palpable y de que ha dado testimonio el Embajador de Prusia en Paris llamado por el Gobierno para recibir sus noticias y sus juicios sobre las cuestiones pendientes, preocupa en Berlin, no porque abriguen aquí temores de que los pone á cubierto el temperamento nacional y las victorias recientes, sino por la perspectiva de una guerra inmediata en la que, si están léjos de creer que han de llevar la peor parte, ven sin embargo las consecuencias siempre funestas que la guerra lleva consigo.

La política prusiana, en presencia de esta situacion, no retrocede ni se adormece con la esperanza de llegar á vencerla por medios pacíficos. Partiendo de la base de que la guerra es inevitable y de que si la Francia no la ha hecho sin dilacion, es porque no se halla preparada, la Prusia se prepara, y para lograr las ventajas de una posicion superior el dia que la guerra estalle, no vacila ni aun en agravar aquella situacion. Por eso cuando sabia muy bien, no sólo por el espíritu y los precedentes de la política francesa, sino por las declaraciones más recientes de aquel Gobierno, que la posesion de Maguncia habia de ser considerada en Francia como el último rasgo de audacia y de provocacion, no se ha detenido sin embargo en llevarla á cabo; y por eso al mismo tiempo, cuando el Rey de los Países Bajos manifiesta desde muchos meses hace su deseo de separar el Luxemburgo y el Linburgo de la Confederacion germánica, y ahora el de no formar parte por aquellos

Estados de la Confederacion del Norte, la Prusia se desentiende de la reclamacion y persiste en conservar la plaza de Luxemburgo, que ocupa en virtud de antiguos tratados. En la perspectiva del porvenir, y puesto que se trata de la posesion de territorios sobre el Rhin, que habrán de ser disputados por las armas, la Prusia en suma se coloca desde ahora en la posicion militar más ventajosa para defenderlos, sin tomar en cuenta lo que sus actos presentes pueden agravar la situacion y el resentimiento de la Francia; y desde hoy hasta que la crísis se resuelva definitivamente, puede tenerse por seguro, que ni un dia ni una hora dejará de la mano el trabajo de organizacion para la resistencia. Los que crean que habrá aquí un momento siquiera de abandono ó de ilusion, desconocen totalmente este país.

*Berlín, 8 de Setiembre de 1866.*

**Efecto causado por la retirada de M. Drouyn de Lhuis.—Algunas noticias sobre este cambio y sobre el nuevo Ministro de Negocios extranjeros de Francia.**

La retirada de M. Drouyn de Lhuis del Ministerio de Negocios extranjeros de Francia ha sido acogida en este país como un testimonio de que el Emperador no quiere por ahora la guerra. No necesitaba el Gobierno prusiano esta prueba, porque está, como todo el mundo ya, en el conocimiento de que el Imperio no se halla preparado para entrar en una lucha inmediata contra un país armado tan formidablemente como está la Prusia: pero la seguridad que resulta de aquel acontecimiento se ha trasmitido al público, y éste se abandona á la confianza, al mismo tiempo que se exalta con la idea del poder del país, capaz, en el comun sentir, de imponer y enfrenar á la Francia.

El Embajador de Prusia en Paris, que estuvo últimamente en Berlin por pocos dias, trajo, á lo que parece, mision de explicar, en nombre del Emperador y en el sentido indicado, la separacion de M. Drouyn de Lhuis de los negocios; de renovar las seguridades de la buena voluntad de S. M. I., y de recomendar la moderacion, á fin de no colocar al Emperador en una situacion difícil en presencia de la opinion de la Francia inquieta y alarmada. Cómo se entiende y se practica aquí la moderacion, ya lo sabe V. por mi carta anterior.

El Conde de Goltz no parece, sin embargo, estar convencido de la posibilidad de que la paz se conserve indefinidamente. Segun me refieren personas que le han hablado, cree, por el contrario, que si no se halla pronto un terreno comun de inteligencia entre el Imperio y la Prusia, capaz de satisfacer las aspiraciones y los intereses de aquel país, el Emperador será irresistiblemente arrastrado á la guerra, por no verse expuesto á sérias dificultades interiores. Mi opinion es exactamente la misma, segun lo habrá usted deducido de mis cartas anteriores (1).

El Conde, valiéndose de un expediente que se ha empleado ya en Francia con éxito en otras ocasiones, y de que se pretende tambien en ésta sacar partido, ha atribuido á los antiguos partidos franceses, y particularmente á los orleanistas, la agitacion que se ha creado y se sostiene en aquel país contra el engrandecimiento de la Prusia. El tema ha sido adoptado por la prensa prusiana, que espera sacar de él buen partido para influir en el ánimo del Gobierno Imperial.

El ministerio vacante fué ofrecido por el Emperador á su Embajador aquí, M. Benedetti, que lo ha rehusado. Testigo éste de los hechos que han tenido lugar en estos países, y habiendo podido apreciar el espíritu y las tendencias del movimiento prusiano, no era fácil que participase, sobre todo en los últimos tiempos, de las deas que han prevalecido en Paris; y siendo así era natural que rehusase la cartera que se le ofrecia. El Marqués de Moustier, en quien ha recaido la eleccion del Emperador, ha sido Ministro de Francia en Berlin. Conoce, pues, á la Prusia; pero no ha presenciado la última faz histórica de este país, que se inició cuatro años hace con la entrada del Conde de Bismark en el poder. Personas que han tratado últimamente al nuevo Ministro de Negocios extranjeros me dan de él el juicio siguiente:

Verdadero gran señor por su nacimiento, su fortuna y su distincion personal, el Marqués de Moustier posee gran talento de negocios, habla en el antiguo estilo frances, sin frases ni anfibologias. Es egoista, ambicioso y reservado, y no profesa sistema ni ideas determinadas. Consideran, pues, las personas á que me refiero, que será instrumento dócil en las manos del Emperador, y que cual-

(1) ¿Sería esta la época en que tuvo nacimiento el proyecto de tratado de alianza (la idea era más antigua) publicado por el *Times* al iniciarse la guerra actual, y cuyo objeto era la incorporacion de la Bélgica á la Francia? Es bien probable.

quiera que sea el giro que éste desee imprimir á su política, hallará en el nuevo Ministro un cooperador inteligente y cómodo.

*Berlin, 9 de Setiembre de 1866.*

**Sobre una carta dirigida por el Emperador Napoleon á su Ministro del Interior.—Texto de dicha carta.**

A las noticias que en várias de mis cartas anteriores he comunicado á V. sobre la actitud de la Francia, respecto de los acontecimientos que acaban de realizarse en Alemania, puedo añadir hoy algunas relativas á la carta dirigida por el Emperador Napoleon á su Ministro de lo Interior, que la prensa europea ha anunciado aunque sin dar á conocer su contenido. Dicho documento es una confirmacion completa de las noticias y juicios que anteriormente he trasmitido á V. No puede quedar después de su lectura duda alguna acerca de la existencia del proyecto de compensaciones, ni de su comunicacion aquí; pero se habla en dicha carta de este asunto de modo que parece atribuirse exclusivamente la idea del proyecto á M. Drouyn de Lhuis.

Es tambien artificiosa en el documento de que se trata la manera de decir sobre haberse rehusado aquí lo que la Francia pedia. Negativa oficial no la ha habido, en efecto, porque tampoco hubo respecto de aquellas exigencias más que comunicacion confidencial.

La proposicion no llegó á presentarse oficialmente, al ménos al Rey, y aun el Presidente del Consejo, obrando hábilmente, dijo, á lo que parece, al Embajador de Francia: que jamás lo haria, á ménos que no se le exigiese absolutamente, porque el Rey no accederia nunca á la cesion de una pulgada de teritorio aleman. Las proposiciones, pues, en la realidad de las cosas, han sido desechadas aquí.

En cuanto al secreto que se queria guardar en el asunto, y de que habla asímismo la carta del Emperador, V. sabe ya tambien, por una de mis anteriores, cómo, por quién y con qué intenciones hay indicios para creer que ha sido violado. El Emperador, sin embargo, no parece haber formado de ello una queja séria, así como tampoco la forma de la ocupacion de Maguncia y de las demás extensiones arbitrarias que la Prusia da á la inteligencia de las condiciones de la paz, y que realizan su engrandecimiento en grado tan superior á lo que S. M. I. debia esperar.

Parece tambien el Emperador en su carta sorprendido por la not cia que le dió su Embajador, en el viaje que hizo reciente-

mente á Paris, de que en caso de guerra la Alemania entera se levantaria contra la Francia, y hay en esto de sorprendente, que semejante noticia haya podido ser una revelacion para el Emperador, porque el hecho era evidente, no sólo de ahora, sino aun de tiempos anteriores á los acontecimientos que reunen necesariamente en manos de la Prusia el poder aleman, dándole por lo mismo mayor unidad y direccion.

Resulta de aquí la ilusion que presidió á las proposiciones preliminares de la paz, con las cuales se creyó que se establecia un verdadero dualismo en Alemania, favorable á los intereses de la Francia.

El documento á que me refiero, es una prueba concluyente de la imprevision inexplicable con que la política imperial ha precedido en el curso de las cuestiones que se han ventilado durante los últimos cuatro años en Alemania; así, pues, al dirigirse, como lo hace S. M. I. á su Ministro del Interior para ordenarle que niegue y rectifique, por medio de la prensa, hechos que son reales y positivos, lo que pretende evidentemente es evitar que la opinion se fije sobre aquellos hechos, y comprenda su verdadero valor é importancia. Este resultado, en el estado á que la discusion pública ha llegado, me parece imposible de conseguir.

La carta del Emperador concluye con lo que pudiera llamarse la manifestacion de una nueva política, que es la antítesis de la que la opinion de la Francia parece profesar. «El interes de la »Francia no es, dice el Emperador, aspirar á engrandecimientos, »sino ayudar á la Alemania á constituirse segun sus necesidades.»

Sincera ó nó esta política, es imposible desconocer las consecuencias que encierra para la Francia y para la Europa.

*P. S.—10 de Setiembre 1866.*

Adjunta remito á V. la copia de la carta del Emperador á que se refiere la mia anterior, y que he podido obtener después de escrita esta.—La lectura justificará las observaciones que dicho documento me ha sugerido.

**Carta del Emperador Napoleon al Marqués de Lavalette.—No tiene fecha.—Probablemente es del 16 de Agosto.**

Mon cher Marquis de Lavalette:

J'appelle vôtre serieuse attention sur les faits suivants: au milieu des conversations qui ont eu lieu entre Benedetti et M. de

Bismark, M. Drouyn de Lhuis a eu l'idee d'envoyer à Berlin un projet de convention au sujet des compensations aux quelles nous pouvions avoir droit. Cette convention à mon avis devait rester completement secréte, mais elle a été ébruitée et les journeaux vont jusq'à dire qu'on nous refuse les provinces du Rhin. Il resulte de mes conversations avec Benedetti que nous aurions toute l'Allemagne contre nous pour un fort mince avantage. Il importe de ne pas laisser égarer l'opinion sur ce point.—Faites dementir ces bruits dans les journeaux très energiquement. J'ai écrit dans ce sens à M. Drouyn de Lhuis. Il me renvoie aujourd'hui la Correspondence Havas ci-jointe. Faités faire des articles avec plus de clarté. Le veritable intérêt de la France n'est pas d'obtenir quelque agrandissement insignifiant de territoire mais d'aider l'Allemagne à se constituer de la mannière la plus favorable à ses propres intérêts et à ceux de l'Europe.

Recevez l'assurance de ma sincère amitié.

(*Firmado*).—NAPOLEON.

*Berlin, 5 de Diciembre de 1866.*

**Sobre el aumento y distribucion del ejército prusiano.—Su fuerza aproximada en pié de guerra para lo futuro.**

Miéntras que bajo el impulso de los grandes acontecimientos del verano último, la Francia sorprendida y alarmada, estudia precipitadamente las cuestiones de armamento y de reorganizacion de su ejército, la Prusia que tenía resueltas ámbas cuestiones de mucho tiempo atrás, y que ha revelado al mundo la excelencia de sus soluciones, se halla ya á la hora presente preparada para las eventualidades del porvenir, con la simple medida de desenvolver su organismo militar en las proporciones de su reciente engrandecimiento territorial. En estos momentos, no sólo están ya formados los cuadros de los nuevos regimientos de todas armas destinados á aumentar las fuerzas del ejército prusiano, sino que dichos cuadros se hallan en los puntos y en las guarniciones á que pertenecen, y los soldados reclutados en las nuevas provincias entrarán en sus cuerpos respectivos en el curso del mes actual. Desde ahora mismo por tanto se halla la Prusia ocupando las posiciones estratégicas que aseguran su defensa, y dentro de un año, gracias á la instruccion tan rígida como sólida que da á sus

soldados, sus fuerzas habrán adquirido el grado de desenvolvimiento necesario para hacer frente á todas las eventualidades.

A fin de que forme V. una idea exacta sobre el particular, he hecho traducir el extenso cuadro adjunto de la distribucion dada á los diferentes cuerpos del ejército prusiano, cuadro que establece al mismo tiempo el considerable aumento dado á éste, y que ha permitido hacer una gran promocion, cuyas ventajas han sido generales, y ha satisfecho por tanto las aspiraciones del cuerpo de oficiales.

Por la inspeccion de dicho cuadro vendrá V. en conocimiento de que el ejército prusiano, que constaba ántes de la guerra del cuerpo de la Guardia y de otros ocho cuerpos de ejército, se compone ahora de la Guardia y de once cuerpos de ejército, en los cuales entra relativamente por poco el contingente de los Estados de la Confederacion del Norte.

Estos Estados, cuya poblacion, sin contar con la Sajonia Real, asciende á unos 2.800.000 habitantes, sometidos al sistema prusiano, pueden proporcionar 80.000 soldados.

Los antiguos Estados convertidos en provincias, y que representan una poblacion de 4.037.000 almas, pueden suministrar una fuerza de 170.000 hombres.

El contingente de la Sajonia Real, cuando esta cuestion reservada por el tratado de paz á la resolucion del futuro Parlamento, sea resuelta en efecto, dará lugar á la formacion del 12° de los cuerpos de ejército de que la Prusia podrá disponer en lo futuro.

La Sajonia Real cuenta 2.356.000 habitantes, y podrá por tanto poner sobre las armas 70.000 soldados.

De estos datos resulta que con los
80.000 hombres de los Estados de la Confederacion del Norte, ya unidos militarmente á la Prusia; con los
170.000 procedentes de los países anexados, y con los
70.000 procedentes de la Sajonia Real, agregados á los 650.000 que la Prusia ha llegado á poner sobre las armas durante la última campaña, y que hubieron podido elevarse hasta
700.000 podrá este país armar en lo venidero una fuerza de

1.020.000 hombres.

Para formarse una idea aproximada de la fuerza efectiva que la Guardia y los dichos doce cuerpos de ejército podrán reunir en el caso de guerra, se pueden hacer tambien otros dos cálculos, fundados respectivamente en la poblacion y en el número de aquellos cuerpos.

Segun el primero, habiendo la Prusia puesto en pié de guerra durante la última campaña 650.000 hombres, y habiendo podido elevar en caso necesario este número hasta 700.000, con una poblacion próximamente de 19.000.000, resulta que con la poblacion actual de los Estados prusianos (23.000.000 en números redondos) y de los Estados de la Confederacion del Norte (6.000.000 próximamente), en junto 29.000.000, podrá poner la Prusia en pié de guerra en lo sucesivo

al pié de los 700.000 hombres 1.058.000 hombres,

al pié de los 650.000, 990.000 hombres.

Segun el segundo cálculo, correspondiendo á cada uno de los nueve cuerpos de ejército que ántes existian sobre la base de 700.000 hombres, 78.000 próximamente (1), cuatro nuevos cuerpos formarán un total de 312.000 hombres, que, juntos á los 700.000, darian un resultado total de 1.120.000 hombres.

Sobre la base de 650.000 hombres, el resultado por cada cuerpo de ejército sería de 72.000 próximamente; por los cuatro nuevos cuerpos 288.000, y por la totalidad del ejército 938.000.

Todos los cálculos dan, segun se ve, con escasa diferencia el mismo resultado, esto es, 1.000.000 de hombres próximamente. Esta es, en efecto, la fuerza con que la Prusia podrá contar en breve, y que dentro de un año estará completamente apta é instruida para entrar en campaña, si el porvenir reserva para entónces á la Europa la terrible eventualidad de una nueva guerra.

---

(1) Esta asignacion de fuerza es arbitraria en el sentido de que ascienda á tal cifra la de un cuerpo de ejército prusiano, que en la realidad cuenta aproximadamente entre 29 y 31.000 hombres. Se adopta únicamente tomando en conjunto la fuerza total del ejército de línea, la reserva y la landwerh, y dividiéndola por el número de los cuerpos de ejército, á fin de establecer el cálculo.

X.

# SOBRE LA CIENCIA SOCIAL. [1]

## IX.

### SOLUCIONES SOCIALISTAS. — EL SOCIALISMO VIEJO.

Fácil es inferir, por lo que ya dejamos enunciado, que en el órden lógico de manifestacion de los sistemas, el *socialismo* habia de constituir la segunda jornada que hiciesen los exploradores de esta ciencia, encaminada á buscar el orígen y encontrar el remedio de los males que aquejan á los pueblos, y han dado márgen á que por muchos se crea entregado el mundo moral á los fatalistas vaivenes de dos principios contradictorios. El socialismo es, en efecto, la primera descomposicion de las teorías comunistas, y aun pudiera decirse, bajo otro punto de vista, que ha pretendido ser entre los extremos antinómicos del *individualismo* y el *comunismo*, el término de conciliacion, síntesis ó enlace, que como método de razonar señala la dialéctica Hegeliana. Pero entiéndase que esto es solamente aplicable al socialismo *primitivo*, ó si se quiere *viejo*, el cual difiere en esencia del que en nuestros dias agita las masas con tan poca cordura como provecho para ellas mismas.

Lo primero que llama la atencion en el estudio de sus fases es el rompimiento absoluto con las ciencias *política y económica*. Consideró aquella que en la falta de libertad está enclavada la raíz de tantos males como registra la historia de los pueblos, y calculando que semejante falta no podia evitarse ó corregirse miéntras que á los *poderes públicos* no se diera distribucion bien compensada,

(1) Véanse los números 44 y 56.

dedicó su afan á ordenarlos segun nuevas combinaciones. Que esto fué un grande y trascendental movimiento no hay que ponerlo en duda, siquiera no se atienda más que á la sancion de los derechos del hombre, llevada afortunadamente á un estado superior ya á todo ataque. Pero las *constituciones* políticas no son, en realidad, más que fuerzas impulsivas del progreso, armisticios en la lucha que para este fin han sostenido los pueblos con denodada constancia; recintos destinados á guarecer y conservar las mejoras conquistadas; no bastan, por tanto, para realizar los *fines sociales*, aunque de incuestionable importancia sean sus funciones. Completarlas, pues, no desdeñarlas como en ademan hostil proclamó la escuela societaria, es lo que el público interes y el buen sentido aconsejan; y *completarlas*, haciendo que bajo su proteccion y apoyo, en armonía con sus principios, y tanto más perfectamente cuanto más brille el fecundo de la libertad, y se desenvuelva y arregle lo que pudiera llamarse *materia* de la ciencia, es decir, el *bien estar físico y moral* de los indivíduos, íntimamente enlazado con la produccion y distribucion de la riqueza. De esto fué de lo que vino á encargarse la *Economía*.

Decia de ella Bentham, que más bien debe mirarse *como ciencia que como arte*, ofreciendo mucho que aprender y poco que practicar. Algo de exactitud hay ciertamente en esto, por más que no sea *hacer poco* el impedir la antigua y desastrosa ingerencia del Estado en lo que á la produccion y movimientos de la riqueza se refiere; pero de tal manera y con tan violenta latitud se ha interpretado, que ha ofrecido ocasion á que los adversarios ó desafectos á la Economía política hayan asentado que, contradiciendo su propio nombre, no es ciencia de gobierno, y á que crean que ha causado grave daño á la organizacion social con la tirantez de sus principios, y en especial el de la *libre concurrencia*, al que hacen cási exclusivamente responsable de cuanto malo haya en la distribucion de los beneficios del capital y del trabajo. No es, en verdad, buen método el de juzgar los méritos ó deméritos de una institucion ó principio por sus efectos, cuando no se ha planteado por entero, cuando su historia no ha sido más que la de una perpétua lucha con los principios opuestos, y con los intereses lastimados de los que vinculan sus condiciones de existencia en la *proteccion* y *monopolio*. De esa lucha procede lo que Proudhom ha llamado *contradicciones económicas*, y en la que fué á buscar la *filosofía*

*de la miseria!....* Pero sea lo que quiera de esto, que ahora no hacemos más que indicar, los antiguos socialistas contemplando los males que subsisten, y no la suma de los que han desaparecido, declararon impotentes á la *Política y la Economía* para remediarlos, y quisieron prescindir de una y otra. Algo parecido hicieron tambien en la Moral, puesto que calificaron de insuficientes é inarmónicos los esfuerzos, ya individuales, ya aunados, de la beneficencia y de la *filantropía*, que un célebre escritor ha estigmatizado, llamándola *falsa moneda de la caridad.* ¿Qué agentes desconocidos encontraron para sanar esos inveterados padecimientos? ¿Cómo creyeron desterrar del mundo la *ignorancia y la miseria*, y hermanar todo género de intereses, y esto con prontitud, de un modo espontáneo, y sin trastornos?.... Si no lo han conseguido, tampoco tienen derecho á lisonjearse de haber empleado soluciones ni ideas nuevas. Desfigurando las de *propiedad, capital y trabajo*, volvieron al problema de la organizacion de este, con menor radicalismo que los comunistas, y dándole tambien más moderadas proporciones (1), pero concluyeron en resúmen exasperando el antagonismo entre los mismos intereses que de conciliar trataban. La breve exposicion que de sus proyectos harémos en seguida, demostrará que el mal resultado fué consecuencia de un vicio ingénito del sistema.

## X.

### SAINT-SIMON.

Si entrara en el plan que para estos ligeros estudios nos hemos propuesto, fácil empresa fuera dar el atractivo de las narraciones biográficas y anedócticas á esta parte de la historia socialista. Saint-Simon, Fourier, los discípulos de uno y otro, las tentativas para llevar á ejecucion sus respectivas ideas, las vicisitudes y peri-

(1) Uno de nuestros escritores, — D. Ramon de La Sagra, — aficionado á este linaje de estudios, decia, hace ya algunos años, lo siguiente: «Por organizacion del trabajo entendemos una organizacion que permita á cada trabajador ganar suficientemente para vivir y educar su familia: una organizacion que no ponga todos los beneficios del lado de los fabricantes, y la miseria del lado de los trabajadores.» Así planteado el problema, no ofrecia nada alarmante en sus términos, y sin embargo, soluciones han tratado de dársele profunda é inminentemente peligrosas. Sustituyendo la palabra *capitalistas* á la de *fabricantes*, queda la idea generalizada comprendiendo todas las industrias, y forma el objeto final del periodo cuyo exámen empezamos.

pecias que experimentaron, ofrecerian ámplia materia para satisfacer la curiosidad de los lectores. Curiosidades de este género distraen los ánimos y los alejan de meditaciones sérias; por esto, y porque nuestro único propósito se reduce á rasguear concisamente el curso que ha seguido el pensamiento dominante en las *ciencias sociales*, muy poco ó nada habrémos de tocar de esos recuerdos.

Poco nos detendrémos tambien, en lo que se refiere á la escuela Sansimoniana. Fourier es el que ha dado sistema, carácter, importancia y hasta nombre al antiguo socialismo, y es el que por tanto requiere más detenido análisis. Osado el primero al combatir los vicios sociales; generoso y humanitario en sus miras; ridículo al querer constituir iglesia, propagadora de un *nuevo cristianismo* (1); imprudente al proponer la *abolicion de la herencia*, que consideraba como el mayor y más funesto de los privilegios de nacimiento; inclinándose al comunismo cuando atacaba la propiedad, en cuanto consagra para algunos el *privilegio impío de la ociosidad*; intentando modificar la familia por la completa emancipacion de la mujer, asociándola al igual del esposo, á la triple funcion del templo, del estado y del hogar doméstico de manera que el *individuo social que hasta ahora ha sido el hombre sólo, fuese en lo sucesivo el hombre y la mujer*; dejando traslucir así sus ideas sobre el porvenir de la religion, el poder, la libertad y todas las grandes cuestiones que agitaban la Europa; siguió una vida azarosa en las personas de su fundador y sectarios; mantuvo con brio campañas de propaganda en el libro y el periódico; hizo tristes y aun delirantes ensayos de práctica; influyó algo en la revolucion de 1830; vió su nombre asociado á las insurrecciones que siguieron; sufrió persecucion como subversiva, y desapareció sin haber cási dejado adelantos notables en los diversos ramos de la ciencia, que abordó con crecidas pretensiones. Eso, no obstante, algunos méritos puede alegar á la consideracion de la posteridad, que ya ha empezado para ella, cubriéndola cada vez más con esa niebla del olvido, que sólo disipan ó traspasan los vivísimos resplandores de las

(1) No deja de ser interesante en estos momentos el recuerdo de la manera con que Saint-Simon atacó al catolicismo. El Papa y su Iglesia eran, á su juicio, culpables de tres errores capitales, obstáculos al mismo tiempo para toda mejora humana, consistentes en la viciosa enseñanza de los legos, la mala direccion dada á los estudios en los seminarios, y la autorizacion concedida á dos instituciones inconciliables con el espíritu del cristianismo; *la Inquisicion y los Jesuitas*.

grandes ideas. En efecto, al pregonarse defensora *de la clase más numerosa y más pobre*, ha contribuido á sacarla de su abatimiento; al pedir la reparticion de los beneficios sociales, *segun la medida de las capacidades y las obras de cada uno*, convirtió en axioma la más fecunda de las ideas democráticas, la más indispensable para que existan acordes el órden, la libertad y la justicia, y entró en la órbita de los *sistemas societarios* al proponer que todos los instrumentos del trabajo, tierras y capitales, se explotasen por *asociacion y gerárquicamente*. Faltó, empero, á los sansimonianos el conocimiento de la verdadera índole de la ciencia social, y así fué que sólo percibieron la luz á ráfagas; no apreciaron debidamente la indeclinable necesidad de poner en consonancia las consideraciones á lo existente con la precision de las reformas; preocupados con su industrialismo dieron fuerza á la doctrina que mezcla despóticamente al poder, representante del Estado, en el giro de los intereses particulares, y las excentricidades de su moral no ejercieron tampoco la mejor influencia en la pureza de los sentimientos. Su rápida travesía por el mundo removiendo cuestiones, que no dejan de agitarse, algo ha traido á la grande obra del progreso, semejante en su destino, como dice uno de sus historiadores, á esos globos que se elevan á la vista de la muchedumbre atónita, y suben. y disminuyen de volúmen, y se pierden al fin en el espacio, pero que sirven en su corta y brillante carrera para que el aerostata conozca el estado de las zonas atmosféricas, y el capricho de los vientos que han de asaltarle en sus futuros viajes.

## XI.

### CH. FOURIER.

Ya hemos dicho que la escuela *fourierista*, *falansteriana* ó *societaria*, requiere un exámen ménos rápido, por más que tambien para ella haya empezado la posteridad con ese período de inflexible crítica, precursor frecuentemente en tales casos de la indiferencia y el olvido. La importancia que no sin todo fundamento llegó á conquistarse, por consecuencia de los trabajos á que muchos y distinguidos ingenios se dedicaron; la originalidad de carácter, sinceridad y buena fé de su fundador y primer filósofo, y la marcada huella que

estampó al pasar por el campo de la ciencia, justifican la mayor amplitud,—que sin embargo siempre será exígua en comparacion con lo extenso de la materia,—con que vamos á considerarla.

Tiempo hace que un literato frances dijo que si la *crítica* es fácil, el arte en cambio es muy difícil: y la verdad de este ya tan vulgarizado axioma, se observa, con más grave daño que en la literatura, en las ciencias sociales, políticas y administrativas. Gastando la indudable fuerza de su raciocinio, empleáronse Fourier y sus discípulos, lo mismo que otros de sus predecesores, en impugnar acaloradamente ciertas doctrinas económicas, canonizadas desde los tiempos del merecidamente célebre Adam Smith. Que no les faltaba razon en algunos casos, y que en muchos más cayeron en el extravío de achacarlas vicios y desórdenes, que al lado, pero no exclusivamente por ellas, se desarrollaron, puede muy bien deducirse de las indicaciones que más de una vez hemos consignado; pero al entrar en el exámen de los remedios que de aplicar trataban á los males cuya profundidad con tamaña viveza les conmovia; ¡cuántos escollos, cuántos desengaños, cuántos proyectos seductores como la *belleza idéal* é irrealizables como ella encuentra el que desapasionadamente los examina!... Y esto, por desgracia, ocasiona otro peligro, porque entre los récios ataques de la crítica y la desilusion de la práctica, fluctúa indecisa y pierde el rumbo la conciencia pública, y da principio el período vacilante en que la fé en las instituciones desaparece sin tener á mano otra que la sustituya, viniendo, como única consecuencia, las revoluciones *mal preparadas*.

Fourier procuraba con ahinco evitar ese peligro; tenian un admirable instinto de órden, y conocia perfectamente que si ley es de las sociedades irse trasformando, no es ménos necesario que las nuevas formas se procure establecerlas pacíficamente en el lugar de las antiguas, excusando derribar éstas con violencia; deseo que traducia diciendo que la organizacion debia tener la fuerza de armonizar los elementos del *progreso* y *de la estabilidad*. Tan inflexible era la persuasion que respecto al éxito de sus ideas le animaba, que manifiesta en varios parajes de sus obras no atreverse á revelar todo el cúmulo de beneficios que habia de producir el cumplimiento de sus planes, temeroso de que los hombres se precipitasen á plantearlos sin dar lugar á la tranquila prueba, que era su constante anhelo.

*

Pero al mismo tiempo no se aquietaba con bosquejos parciales, y por tanto incompletos; no se avenia bien eso con la índole sintética de su espíritu. Queria hacer una obra perfecta, que abarcase la solucion teórica y práctica de todos los problemas sociales, y buscaba al efecto un principio general y fecundo para constituir sobre él la base sólida de la ciencia, llegando en su cándido entusiasmo á figurarse que un razonamiento sencillo le habia conducido á descubrir esa ley suprema, así como la caida de una manzana cuéntase que sirvió para descorrer á los ojos de Newton el velo que encubria el giro de los orbes. La Providencia, Dios, pensó Fourier, ostenta su poder y su sabiduría produciendo grandes resultados por medio de pequeñas causas; la economía en éstas y la multiplicidad en aquellos, es el más admirable distintivo de la creacion; todo pende en ella de un solo principio, de una sola ley. La *atraccion* rige y gobierna la materia, así en las más remotas como en las mínimas distancias, así en las masas enormes de los globos celestes, como en las imperceptibles moléculas de los cuerpos: la *atraccion*, pues, debe ser tambien, por analogía, la ley del mundo moral, el foco generador de las sociedades. En comprobacion de esto, recordaria que los hombres se acercan unos á otros por una especie de fuerza de afinidad; que las asociaciones se forman agrupándose los indivíduos alrededor de un centro; y que los moralistas fisiólogos han hecho notar que los afectos benévolos ó simpáticos producen en los órganos una expansion que atrae y aproxima los indivíduos, miéntras que los antipáticos excitan un movimiento opuesto, ó sea de *retraccion*, que los separa. Como consecuencia de todo esto, dedujo que el trabajo no puede organizarse sino haciéndose *atractivo*. Ingenioso en verdad era el sistema, pero el fundador y los discípulos de la escuela societaria, no repararon que adolecia de un capital defecto, puesto que no significa lo mismo la palabra *atraccion* aplicada á la mecánica celeste, que cuando se traslada al gobierno del mundo moral, cuya mecánica se apoya en el *libre albedrío*. Lo *atractivo* en esa esfera, equivale á lo *agradable*, y bajo este punto de vista no era desacertado investigar las causas que hacen repugnante al trabajo, y lo convierten en sinónimo de penas. En dos se fijó principalmente la crítica socialista, no sin abultar más de lo justo sus proporciones.

La retribucion que á los operarios proporcionan sus fatigas es á veces tan insuficiente, que con dificultad consiguen muchos de

ellos lo *más preciso* para sostener su vida. Obran además en condiciones adversas á la salud, en talleres incómodos, sin abrigo contra el rigor de los elementos, y bajo la accion maléfica de otras infinitas causas; y allí presa el obrero del fastidio que el aislamiento y el malestar engendran, enervado por la continuidad de trabajo, degradado física y moralmente por su monotonía, y sin los estímulos de la emulacion que da alientos para arrollar los mayores obstáculos, vegeta soportando como un tormento el trabajo, que es en realidad la vida humana. Conoció Fourier y generalizó demasiado la intensidad de estos males, pero nótese que principalmente se refieren á la industria fabril, la cual pretendia sanear *combinándola con la agrícola*; que no estigmatizaba, como después se ha hecho, el capital y el talento, ni el interes legítimo de estos dos poderosos resortes de la produccion; y que no aspiraba á establecer la igualdad en el reparto de utilidades, sino sólo la proporcionalidad, y como último é imprescriptible *derecho* el del *mínimum*, que ya ántes hemos definido. Estos, que son los caractéres distintivos de la antigua escuela, no deben olvidarse.

La investigacion de los remedios para aquel estado enfermizo, fué, en la teoría de Fourier, demasiado científica, ó si se quiere *sistemática*, y le sucedió en ella lo que á otros muchos moralistas que prestaron á sus estudios no poca parte de sus preocupaciones. Las clasificaciones, sobre todo en las ciencias morales, son difíciles y propensas á convertirse en arbitrarias ó caprichosas, y la de Fourier no vino á ser más que *una de tantas*, verdadera en el fondo, equivocada en los accidentes, y envuelta en ruda fraseología, que no merece perdamos el tiempo en referirla; bastará decir, que reconociendo en el hombre relaciones con el mundo exterior, con sus semejantes en particular, y con la sociedad, y analizando las pasiones, que llamaba *principio activo y motor* (así como al cuerpo *principio pasivo*, y á la inteligencia *principio regulador*), establecia que las que le ponen en contacto con el mundo exterior, son las correspondientes á los cinco sentidos, las cuales le inclinan al *individualismo* (tendencia *al lujo*, como él decia), que con la hamanidad le enlazan *las afectivas*, *ambicion*, *amistad*, *amor y familismo* (tendencia *á los grupos*, si bien en pequeña escala), y que con la sociedad le relacionan las pasiones que llama *distributivas*, ó sea la aficion á las *intrigas*, *rivalidades* ó *contrastes*, al *entusiasmo* (producto de diversas pasiones), y á la *variedad*, que man-

tiene el equilibrio en las facultades del hombre; todas las cuales le impelen á reunirse en grandes grupos ó *séries*, único medio de desarrollarlas y satisfacerlas.

Poca dificultad cuesta preveer, al que esté algo acostumbrado á las elucubraciones de los modernos reformadores, que todo ese aparato filosófico, no ha de venir á parar en otra cosa, al realizarse, que en la casi negacion del indivíduo, regimentándole en lo que llama *séries* (cuya ley era un *gran descubrimiento*, á juicio de Proudhom, que sin embargo no nos dejó explicado el misterio de ese hallazgo). Esto es efectivamente lo que sucede; la realizacion de las teorías socialistas no ofrece grandes novedades, en medio de que á nada ménos tienden que á un cambio íntimo en el mundo moral y físico, y ¡cosa singular! sus mayores afinidades se hallan al lado de los sistemas despóticos á fuer de centralizadores. La libertad de la *ley seriana* encajonaria á la humanidad en un carril proporcionalmente tan estrecho como el en que se mueven las *societariamente* laboriosas hormigas.

La organizacion, para ser completa—continuaba pensando Fourier—no debe contentarse con tener en cuenta al trabajador, sino tambien á la familia de que sea cabeza; no ha de referirse sólo á una industria, sino á todas, sin excluir los trabajos intelectuales; no ha de entenderse únicamente con lo que se titula *trabajo*, sino tambien con el *capital* y *el talento*. Asociándolos así, es como creia evitar la contradiccion de intereses, que conceptuaba irremediable miéntras prosigan aisladas y explotándose unas á otras. Ventaja lleva esto á los proyectos comunistas; algo tiene aceptable, pero no de la manera que la escuela societaria la comprendia, queriendo soldar violentamente unas á otras, y á guisa de colmena, las familias, que calificaba de elemento *alveolar* de las sociedades. Es un error comun á los soñadores humanitarios, el de creer que los intereses de las familias libres son contrarios, cuando sólo son diversos en cuanto á sus medios; diversidad que se armoniza por la *division*, *agrupacion* y *correspondencia de los trabajos*, principios fecundos de la ciencia económica, que la libertad sostiene y perfecciona, y que la coaccion de cualquier género desnaturaliza y maleficia.

Fourier, al descender á la práctica, sufrió la suerte comun á los sistemas de esta especie: aisladamente explanó pensamientos útiles; en conjunto hizo un todo irrealizable. Propuso, como elemento de su organizacion, un pueblo de 400 familias, establecidas en el

terreno de una legua cuadrada, y para economizar los gastos de 400 hogares y las pérdidas de brazos y tiempo precisas cuando cada familia atiende por sí al pormenor de los quehaceres domésticos, ideó un edificio cómodo y hasta lujoso (el *falansterio*), para todos los asociados, en el que viviesen reunidos, pudiendo elegir allí vivienda independiente y acomodada á las facultades de cada uno; y añadió una cocina comun, servida por una série de hombres, mujeres y niños que espontáneamente adoptasen esta ocupacion por estar en armonía con sus génios y aptitudes. Cada clase de trabajos se desempeñaria por los que más capacidad tuviesen formando *séries*, por ejemplo de *trabajos agrícolas*, subdivisibles en *grupos* análogos á las diversas secciones de los que tocase de sempeñar para el completo de ellos. Como los hombres suelen tener más de una vocacion y aptitud se afiliarian en varias *séries y grupos*, y trabajarian dos ó tres horas al dia en cada uno, tiempo que conceptuaba suficiente, atendidas la abundancia de medios que creia consiguientes á su proyecto y la economía con que se pondrian en juego.

De este modo se complacia en presumir lograda, hasta el punto más útil, la division del trabajo, puestas en accion todas las facultades del hombre, consultada su tendencia á variar de ocupaciones, y evitado, á merced de los grupos, el mal inherente al aislamiento, alcanzándose además las ventajas de la gran cultura, por cuanto la explotacion *se practicaria en comun*, si bien los asociados conservasen *el dominio de sus propiedades*. Sutil y poco ménos que ideal seria el derecho de propiedad, una vez establecida la explotacion, segun el sistema Fourierista. Para huir en esto el escollo del comunismo, establecia que la reparticion de los productos se efectuase equitativamente entre el *capital*, *el trabajo y el talento*, de suerte que el que reuniese mayor suma de todas ó alguna de esas cualidades, percibiria un dividendo más crecido: en cuanto al trabajo, habria de retribuirse en proporcion al tiempo invertido, dando preferencia á los *necesarios* sobre los *útiles*, y á estos sobre los de *lujo* (¡ reaparicion parcial del error que produjo las leyes suntuarias!); pero como el *talento* nunca habia de perder su lote, el que trabajase en un artículo de lujo que necesitase aquella condicion intelectual, recibiria su correspondiente premio á pesar de la postergacion fulminada contra tal linaje de productos. De todos modos el *minimum* siempre habia de ser suficiente para cubrir las necesidades de la vida.

No es posible dibujar en un cuadro tan pequeño como el de estos estudios, el extenso paisaje que, comprendiendo toda la creacion y todos los mundos, y todas las relaciones y analogías entre los séres orgánicos, quiso desenvólver Fourier en confuso monton, mostrando á veces las profundas intuiciones de su génio, cayendo otras muchas en delirios é ilusiones, ingénuas y de buena fé, pero que ofrecian blanco al ridículo en aquel pobre soñador que atravesaba por medio de la vida, feliz en la contemplacion del *mundo armónico*, que creia ver brotar al golpe mágico de su idea.

De propósito hemos omitido referir sus pensamientos sobre la cosmogonía, la inmortalidad ó metempsícosis de las almas, que en la carrera planetaria andarian girando de uno en otro globo, de emigracion en inmigracion, *intramundanas y extramundanas*, etc. Lo que importaba fijar en esta ojeada histórica, es la doctrina que ha servido de base á los numerososos trabajos de la escuela, despojados ya de todo lo oscuro, fantástico ó extraviado, que tanto perjudicó al estudio é inteligencia de las obras de Fourier. Sucedióle lo que dice M. Luis Reybaud (1); «los puntos sérios de su teoría fueron desdeñados, pero se fijó la atencion en todas las irregularidades de detalles, que se prestaban á la burla.» Su error capital consistió en que al estudiar los males existentes, no se hizo cargo de la disminucion que en extension y en intensidad han venido experimentando en las diversas épocas que marcan los progresos de la civilizacion, y culpó exclusivamente de aquellos á las mismas causas que los han aliviado. De ahí ha procedido el siniestro desarrollo que después de él se ha dado al socialismo.

«Nuestras sociedades están compuestas de clases que quieren conservar lo que tienen, y de clases que quieren obtener lo que no tienen; las primeras piensan que no pueden *conceder sin perder*, las segundas que no pueden *ganar sin tomar*.» Estas palabras, que copiamos de uno de los más entendidos expositores del socialismo (2), demuestran que es consecuencia indeclinable suya la reaparicion del funesto antagonismo, que ya vimos á Platon formular en su república; y nos hace comprender que la escuela Falansteriana no encontró la *palabra de paz*, que hiciese marchar bien

(1) Estudios sobre los reformadores contemporáneos.

(2) Esta proposicion es la que hoy agita al nuevo socialismo. Las frases del original *accorder sans perdre* y *gagner sans prendre*, no pueden reproducirse bien en castellano.

avenidos esos contrapuestos deseos. No era bastante para ello el organismo acompasado y un tanto maquinario de los *grupos* y de las *falanges* eslabonadas gradualmente hasta llegar á la *regencia humanitaria del globo*, en la que todo se enlazara por una série de gerarquías, que regularmente—supuesta por un momento su posibilidad—darian el resultado que las máquinas de muy complicado rodaje, *entorpecer el movimiento*, como sucede á todas las centralizaciones. A fuerza de aspirar á mucho con su sistema, revelaba la impotencia de que adolecia, puesto que nada adelantaba de no llegar á conseguir, «que convergiesen todas las fuerzas para extraer del inagotable almacen del globo una suma más grande de elementos de felicidad, que permitiese dar á todos, á los que tienen y á los que no,» ¡y para ese efecto se necesitaba nada ménos que *restablecer el equilibrio atmosférico*, y por medio de una *cultura unitaria* cambiar radicalmente las actuales condiciones de la tierra! Desenvolver esos pensamientos y anotar sus engaños, ni ya interesa á la ciencia, ni es propio de nuestro superficial trabajo.

Fourier, segun el juicio de Proudhom (cuyo testimonio es de peso en estas materias) fué un génio exclusivo, indisciplinado, solitario, pero dotado de un sentido moral profundo, de una sensibilidad orgánica exquisita, de un prodigioso instinto adivinatorio. Todos sus pensamientos llevan el sello de ese génio tan propenso á las alucinaciones. De sus obras pudieran hacerse dos clases de relatos; uno que comprendiese sus ideas filosóficas, económicas y sociales, desenvueltas con la espontánea conviccion de su génio, y de no infructuosa lectura; y otro de las en que si bien se ostenta siempre la extension de sus estudios, la fuerza de sus conocimientos, y aun su penetrante *instinto adivinatorio*, es con formas tan peregrinas, con suposiciones tan poco fundadas, y con visiones, por decirlo así, tan *estáticas* sobre las leyes y misterios de la creacion, que si esto sólo fuese lo que hubiera de tomarse en cuenta, más bien que por destellos de ingénio tendríanse por delirios de un enfermo. Considerando sólo la faz primera, ó sea la exposicion do su teoría científica dentro de la esfera de la posibilidad, no pueden ménos de apreciarse como dignos de meditacion muchos de sus pensamientos, y de contemplarse con benevolencia la figura del pobre y solitario filósofo que, con tan grande fe, aspiraba á regenerar al hombre purificando sus pasiones,» levantándolas como medio de perfeccion, emancipándolas y combinándolas

entre sí de manera que dejase de existir aquella intestina lucha que Pascal tenía por irremediable; que esperaba reformar el mundo físico, y que trasladaba al moral la ley de atraccion que á aquel otro tan ordenadamente sostiene y gobierna. «Los destinos, decia, son los resultados presentes, pasados y futuros de las *leyes matemáticas* de Dios sobre el movimiento universal;» pero las leyes matemáticas, que son el fatalismo de la materia, no son aplicables al *espíritu*, cuya ley es la libertad, siendo por tanto una pura ilusion «la unidad del sistema del *movimiento para el mundo material y para el mundo espiritual*» que creia haber demostrado con su teoría de la *atraccion apasionada*. Nádie se ocupa ya de ella, y olvidados están los trabajos en que fundaba sus grandes títulos de gloria (1); en cuanto á las más humildes ideas de que se sirvió para desenvolver la *asociacion doméstico-agrícola*, fortuna suya ha sido no haber alcanzado estos tiempos en que veria cómo se ha torcido la corriente de su doctrina, llevándola á perderse en un caos más peligroso que el que creia haber armonizado.

## XII.

### UN EPISODIO SOBRE EL SOCIALISMO EN ESPAÑA.

Vamos á hacer un alto en el viaje que, siguiendo el curso de las corrientes socialistas, estamos realizando, y vamos en este momento de descanso á recordar que, si bien España no cayese en la série de extravíos que no hallaron al cabo de sus esfuerzos por toda invencion más que imitaciones ó copias de repúblicas y establecimientos, cuyo espíritu tanta semejanza tiene con los *institutos monásticos*—excepcion y todo ménos que regla de las leyes de la sociedad—no por eso faltaron profundos filósofos y políticos que se anticipasen respecto á muchas de las principales ideas, que en son,

(1) Si yo he descubierto la teoría de los *cuatro movimientos*, hay que echar entónces al fuego todas las teorías políticas, morales y económicas, y prepararse al acontecimiento más maravilloso y más afortunado que puede ocurrir en el nuestro y en todos los globos; al *pasaje subito del caos social á la armonía universal*. «Estos cuatro movimientos cuya explicacion constituye la primera y principal obra de Fourier, eran *el social, el animal, el organico y el material*. Luego añadió un quinto, el *aromal* ó sistema de la distribucion de los aromas conocidos ó desconocidos, que dirigen á los hombres y los animales, que forman los gérmenes de los vientos y epidemias, y rigen las relaciones sensuales de los astros.» A esto han llamado los intérpretes de la escuela *atraccion de los cuerpos imponderables*. Sirva de breve muestra del estilo científico de nuestro socialista.

y con el aplauso de novedad, nos han venido á importar desde otras tierras. Sólo hay una diferencia notable, que redunda en honra de la verdadera ciencia, del verdadero tino práctico de nuestros ingénios, y es la de que sin la pretension de reformadores, sin el orgullo de esos que se han llamado génios desconocidos, sin el intento de trastornar, sino de conservar mejorando, lo existente; pero al mismo tiempo, con el brío y resolucion que distingue á los buenos estadistas, emitieron sus ideas y propusieron sus proyectos, muy lejanos de considerarlos perfectos, y mucho ménos de darlos como panacea universal á todo género de males. Hé aquí por qué nos atrevemos á mezclar el nombre del ilustre Conde de Campomanes entre los que hemos mencionado en estos estudios: lo traemos aquí como un paréntesis, como un episodio interesante, con ánimo de hacer notar la ventaja que á los socialistas de allende el Pirineo ha llevado en la exposicion de algunas ideas que estos han pregonado, alterando su naturaleza y consecuencias; lo traemos para recordar que sus discursos *sobre la industria y educacion popular*, valen más en el fondo de sus principios prácticos (sin que todos hayan de tenerse por inconcusos) que los de muchos socialistas.

Más de una vez, al recorrer nuestra historia literaria, nos ha ocurrido decir, que hay en ella nombres á los que para alcanzar celebridad europea sólo ha sobrado ser españoles. Y no quiere decir esto que semejante olvido sea ocasionado por ingratitud, pago, en verdad con que suele retribuirse á los que por veredas no trilladas se afanan en conducirnos á puerto seguro: las causas que en ello han influido son las mismas que han trabajado por arrinconarnos en el campo de la civilizacion. Los buenos ingenios que en los dos últimos siglos meditaron acerca de los estorbos que impedian el desarrollo de nuestra prosperidad, ofrecieron sus proyectos como los pensamientos de un hombre de bien, sin aspiraciones de reformar el mundo, sin acordarse siquiera de afiliarse, cuando ménos de convertirse en jefes de ninguna escuela económica ó política; caian sus ideas en una poblacion que no habia empezado á sentir muy fuerte el estímulo que ahora impele, aun á los más humildes, á agitarse; y fuera de los Pirineos, afectaban rechazar nuestras obras en la ciencia los mismos que apénas han dejado de pugnar por acorralarnos en la política.

Sin la accion combinada de todas estas causas sería difícil comprender que haya podido dejarse sumergida en la sombra la gloria

que al ilustre Campomanes corresponde por sus trabajos y escritos en lo que hoy se llama *economía social*. Apénas habia publicado los discursos sobre *la industria y educacion popular*, cuando el historiador de América, Robertson, al ver el alcance y consecuencia de tales proyectos, daba la voz de alarma *á las naciones que estaban en posesion del comercio lucrativo que los Españoles procuraban arrebatarles*. Pocos autores hay, decia, aun en los países más versados en el comercio, que hayan llevado tan adelante sus investigaciones, con un conocimiento tan profundo de estos distintos objetos, y con tan pleno desprecio de las preocupaciones vulgares; ó que hayan reunido más felizmente la calma de los estudios filosóficos y el ardiente celo de un ciudadano animado por la pasion del bien público.» En efecto; práctico sobre todo Campomanes, y conocedor del terreno, concibió un plan de modestas mejoras, en el que ruedan casi todos los principios, que, como buen metal, quedan en el crisol separados de la escoria de las modernas teorías. Sin aparato, sin exclamaciones fogosas, sin irritar las úlceras de la sociedad, tranquilo y afectuoso como un padre, aplicó sus doctrinas á una série de reformas graduales, buenas á semejanza de las de Solon, si no las mejores, para su tiempo. Así se distingue el verdadero hombre de Estado: el teórico en sus abstractas indagaciones vislumbra *la perfeccion ideal*, y á ella se encamina sin rodeos; pero en esa atmósfera imaginaria carece de punto de apoyo para enderezar el rumbo, y flota como los globos á merced de cualquiera ráfaga de viento.

Campomanes dirigia sus tareas en beneficio de la clase del pueblo más numerosa y poco adulada por la fortuna. Los males que las aquejan se arraigan *en la ignorancia y la miseria*, y á ámbas procuró combatirlas escribiendo los dos citados discursos. Facilitar la enseñanza general primaria, y otra especial para las distintas profesiones, eran los medios adecuados al fin de que todos supiesen ser buenos ciudadanos y diestros trabajadores; y esto trataba de conseguirlo por medio de bien organizadas escuelas. No descansaba aquí su celo: la limpieza del cuerpo influye más de lo que se piensa en la pureza del alma; por eso hacía del aseo una especie de deber á la clase artesana. Mas ¿cómo lograrlo todo? Por la accion de los padres en la familia, de los maestros en el taller, y del Gobierno en ámbos. Tendiendo á esos fines, reformaba las legislaciones gremiales, que aún no habia llegado la época de abolir.

No sin razon miraba á la agricultura *como base* de la riqueza de nuestro país, y anhelaba para ella una proteccion sábia. «La mala inteligencia, escribia, de las leyes agrarias, daña en una nacion tanto como las malas cosechas, y acaso más,» porque en efecto, «los temporales alternan, pero los sistemas mal entendidos obran permanentes y continuados perjudiciales efectos.» ¿Qué es la riqueza? Al pensar en promover la dicha de las clases pobres, no podia ménos de ocurrir tal pregunta, y así venía á tocarse lo que con título de derecho al trabajo sirve ahora de bandera para excitar las pasiones. Campomanes compendiaba racionalmente la discusion de las siguientes palabras: «La verdadera riqueza del Estado consiste en que á nádie falte dentro del Reino *ocupacion provechosa y acomodada á sus fuerzas* con que poder mantenerse y criar sus hijos.—La riqueza es *el sobrante de lo necesario para el sustento del pueblo* (1).» Estos dos axiomas, que más de una vez repite en diversos términos, encierran el criterio, la piedra de toque donde ensayar la bondad de los sistemas administrativos. D'Alembert los enunció de una manera más cortante en sus *Elementos de Filosofía.*

«¿Sabeis cuál es la verdadera organizacion del trabajo?—preguntaban los discípulos de Fourier, resumiendo su sistema.—Pues es sencillamente, contestaban, *la combinacion* de los trabajos agrícolas con los industriales.» Esto, que puede llamarse el gran hallazgo de esa escuela, constituia el alma de la industria popular, ideada por Campomanes como recurso sencillo, hacedero y pacífico, para conseguir que no hubiese ociosos en el reino, y que todos ganasen con que *mantenerse y criar sus hijos.*

«Todo el sistema de este discurso, escribia, se encamina á auxiliar al labrador y su familia por medio de la industria, uniéndola en todo cuanto sea posible con la labranza.—Es preciso que los tres ramos de labranza, crianza é industria, se animen al mismo tiempo y con igual proporcion.—La agricultura sin artes es lánguida, porque la mujer, las hijas y los niños de un labrador donde no se ocupan en las fábricas, son una carga, aunque indispensable, que abruma al jornalero, y enflaquece al labrador más acomodado.—Inutiliza la institucion de las sociedades en gran parte, cualquier descuido en la reunion de la industria comun de hombres y mujeres.» Semejante combinacion la consideraba fácil, di-

(1) Tambien decia que la buena política no debe permitir que haya mendigos, ni que viva ocioso el que pueda trabaajr de cualquier modo.

fundiendo entre los labradores *la instruccion y los medios necesarios* para que ejecutasen los artefactos de que hace uso más general el pueblo, y en los que se emplean las primeras materias indígenas. Así el trabajador del campo no perderia en el ócio las temporadas en que duermen las faenas agrícolas, y añadiria á su trabajo el de su mujer y el de sus hijos; y así tambien alcanzaba ese mayor desarrollo de inteligencia que origina la variedad en las ocupaciones. Deben preferirse los artefactos de más general uso, «porque las fábricas bastas utilizan al pueblo comun, y en las finas los artesanos son *meros jornaleros*, apartados de la labor del campo: el dueño de la fábrica es un *paseante* por lo comun que vive de la industria ajena.» Reprueba nuestro Economista la explotacion abusiva del trabajo al decir que «las fábricas populares no pueden prosperar por medio de compañías, ni de cuenta propia de comerciantes. Estos reducirian los vecinos y fabricantes *á meros jornaleros dependientes de su voluntad*; quedando los tales comerciantes y compañías con la ganancia, *y el pueblo en la misma miseria, y acaso mayor que la actual*;» y aun cree que sería más barato el trabajo de esta industria que el de las fábricas magníficas con gran número de telares, pues «la experiencia acredita.... que en Flándes y Alemania se han aumentado las fábricas de lienzos por medio de la industria popular. Y es regla segura imitar en esta parte lo que ha probado bien en otros países industriosos.» No sería difícil hallar en tiempos más cercanos á nosotros alguna prueba de lo que Campomanes indicaba.

La Bélgica,—refiere el Sr. La Sagra en su informe sobre la industria de aquel país en 1842,—nacion un tiempo de costumbres puras y patriarcales, que sostenia *su sistema industrial unido y asociado con la vida en familia y las tareas del campo*, ofrece ya un incremento notable en la degradacion de aquellas, y en el aumento sucesivo de la generacion ilegítima.» Hé ahí un hecho que hasta cierto punto aquilata el valor de los ideas de Campomanes; la fácil comodidad de la vida, y la pureza de las costumbres eran á su modo de ver la consecuencia precisa de sus proyectos, y uno de los países mejor administrados nos viene á mostrar al cabo de la senda opuesta, la relajacion y la miseria. «La alianza de los trabajos agrícolas, con los de las manufacturas, es lo más útil, así para las costumbres como para la salud,» ha dicho el célebre Baron de Degerando; tal era tambien el fundamento de la *Industria*

*popular*, que han copiado los modernos pensadores, no sin extraviarse en los funestos sueños del comunismo, ó en las engañadoras ilusiones del falansterio (1).

No es en esto sólo en lo que lleva la primacia Campomanes. Los apuros que obligan al labrador y al artesano á desprenderse prematuramente de los productos de su trabajo, ó á buscar el ruinoso auxilio de préstamos usurarios, han hecho proyectar, como medio de evitarlo, el establecimiento de *depósitos comunales*, *bancos agrícolas*, *etc.* Pues bien, la idea cardinal de esos depósitos, fué ya explanada por el mismo, como una condicion precisa para su industria popular, en las siguientes frases: «Así como hay pósitos para trigo, se podrian formar *para acopiar las primeras materias*, *dándolas fiadas* á estas familias, y tomándoseles el importe á descuento de las manufacturas que trabajasen.»—«En cuanto *á suplir materiales y fondos*, ya se toca en el discurso de la industria popular, que los pueblos lo podrán hacer á costa de los caudales públicos.» —«No se deben cobrar réditos de tales préstamos *ó repuestos comunes*....—Aun de muchos pósitos de trigo.... se puede conmutar é invertir parte de su capital y caudal en estos repuestos públicos de las primeras materias.» La expresion de *repuestos* nos agrada por lo significativa, pues demuestra bien que esos almacenes comunales serian la provision, el acopio de las clases trabajadoras.

Hé aquí algunas de las importantes ideas que emitió nuestro Economista: muchas de ellas no han perdido su oportunidad á pesar del cambio que en situacion y costumbres nos ha traido el curso de los tiempos. Nuestros labradores y artesanos, que no hace muchos años se hallaban bajo más felices influencias que los de otros países, empiezan á resentirse de la agitacion de estos. Los adelantamientos en las artes y en las ciencias, han dado á la industria una extension y una fuerza, que no cabe ya dentro de los estrechos límites de la agricultura, combinada con ella. ¿No hay algo, sin embargo de eso, que aprovechar en ideas semejantes á las de Campomanes?.... Nunca urge más que ahora dedicarse con decision y buena fe á esta clase de estudios. Si en concepto de algunos economistas, el hombre es, como decia Cobden, un *animal supernumerario*, la verdadera economía nos enseña que el hombre y su bienestar son el objeto de las ciencias humanas.

(1) Martinez de la Mata dejó ver esta misma idea en su *Memorial*, publicado en 1656.

ALVARO GIL SANZ.

# EL CATOLICISMO Y LA FILOSOFÍA ALEMANA.

## II.

Cuando escribiamos el primer artículo sobre el Catolicismo y la Filosofía alemana, no podiamos prever que tan pronto se hostilizaran la raza germánica y la latina.

Hace años que estudiando los sistemas filosóficos alemanes, y viendo la avidez con que la Francia los acogia, los comentaba y ensalzaba, temimos que una nacion que abandonaba su tradicion, su literatura y se ponia á escuela con Kant, con Hegel y con Krause, debia perder pronto la superioridad que poseia.

En uno de los últimos números de la Revista dijo un escritor, á quien no conocemos y estimamos mucho, el Sr. Nuñez de Arce, cuatro palabras, que elevan la cuestion entre Francia y Prusia á la altura desde la que únicamente puede ser justamente apreciada.

Una nacion cualquiera no puede vivir sin una filosofía que conduzca á un dogma. Porque una filosofía verdaderamente grande atrae á todos los espíritus eminentes, á quienes de derecho corresponde la direccion de las sociedades, y la filosofía que los posee, por ellos posee y dirige la corriente de la Historia.

Francia tuvo la alta honra de iniciar y difundir la filosofía de Descartes. Ninguna ejerció nunca una accion más poderosa, ni reunió nombres más ilustres de todas las gerarquías sociales. Su espíritu se difundió muy pronto por toda la sociedad penetrando y animando á todos los que pensaban, marcando con su sello todas las obras del siglo, y creando en fin una literatura que refleja en la pureza de su lenguaje, en la sencillez de sus reglas y en la nobleza de los sentimientos, toda la elevacion, toda la severidad

moral y todo el rigor metafísico que hay en el fondo del espiritualismo cristiano.

Pero Francia debia conocer la verdad que encierran las palabras siguientes de San Pablo: «no seais niños ni flotantes, ni empujados por el viento de toda clase de doctrinas, por las mentiras de los hombres y por la habilidad que tienen de seducir con artificios.»

De la vaguedad de las convicciones nace la vaguedad de la conducta, y no es de extrañar que el siglo XVIII, abandonando la tradicion inmediata del XVII, hiciese caer á la Francia en un vergonzoso sensualismo, que suministra siempre alimento al amor propio, cierta dósis de ópio á la conciencia y un velo que nos oculta nuestra tumba, término de todos nuestros progresos.

El gran maestro del siglo XVIII, Voltaire, proclamó la filosofía de la sensacion, diciendo:

Et ce Locke en un mot dont la main courageuse
A de l'esprit humain posé la borne hereuse.

El feliz término, el dichoso límite, fijado por Locke al espíritu humano, era el sensualismo puro, que concluye con la tradicion, con la autoridad y que aconseja á cada cual que marche solamente á la luz de su lámpara como condena la Biblia.

La gran filosofía francesa, el espiritualismo cartesiano, fué desdeñada y aun ridiculizada por el superficialismo de Voltaire que tanto encarnó en el espíritu frances. Voltaire que tanto elogiaba á Locke no tuvo para Descartes más que alguna frase desdeñosa.

. . . . . Descartes
N'ayant jamais lu pas méme l'Evangile.

Voltaire, acérrimo defensor de la tolerancia, creyó que la causa de la esclavitud del hombre consistia en los dogmas sobrenaturales: que sobrepujando tales dogmas á la razon necesitaban para ser conservados del empleo de la fuerza y de la violencia. Le pareció por lo tanto el Cristianismo la más terrible calamidad de las naciones, y el destruirle el más glorioso servicio que á la humanidad podia hacerse. Porque siendo la intolerancia inherente á la revelacion, las confundió en un mismo ódio y juró por la destruccion de ámbas.

Su espíritu de hostilidad á la Iglesia le hizo gritar en el Edipo:

Nos prêtes ne sont pas ce qu'un vain peuple pense,
Notre credulité fait toute leur science.

Es probable que Bossuet y Fenelon se hubieran reido al oir tal asercion, compadeciendo al buen crítico.

La verdad es que el volterianismo, pretendiendo ahogar al fanatismo religioso, sembró el fanatismo de la incredulidad, ensalzando el orgullo y la voluptuosidad, con romances obscenos y cuentos cínicos, á los que se habituó la capital de Francia y sus principales ciudades.

Hé aquí por qué pensamos con el Sr. Nuñez de Arce que la Francia se encuentra hace tiempo vencida moralmente, porque se ha entregado en cuerpo y alma á sus propios contrarios, porque no ha salido del Volterianismo sino para entregarse al Krausismo, que aunque de escaso valor social, siempre sobrepuja al indiferentismo religioso.

Pero dando de mano á estas reflexiones preliminares, volvemos á Tiberghien, quien, segun lo expuesto en nuestro anterior artículo, nos dijo: «O el Catolicismo ó el progreso, y no hay medio.»

Los que no nos pagamos de palabras, preguntariamos qué se entiende por progreso, metafísicamente considerado. El progreso tendrian que decirnos no puede ser más que *la curacion de una enfermedad, ó el desarrollo de un gérmen.* Los católicos admitimos la primera definicion y los racionalistas la segunda.

Principiemos por ésta: Cuál fué el gérmen del hombre? El racionalismo no ha encontrado otro génesis que el indicado y expuesto por Reynaud y Leroux, sábios franceses que han resumido toda la doctrina germánica.

Ya hemos dicho que segun los autores citados vivió el hombre en el seno de la naturaleza, como el niño en el seno maternal: que le era desconocido el mal en el estado embrionario en que vivió por espacio de veinticinco mil años: que el mal después le hizo despertar, y luchando con él, fué venciéndole, creando una fuerza viva, que es el gérmen de todo progreso.

Si hay quien rechace el misterio porque no le comprende, ¿quién comprenderá y admitirá el citado génesis racionalista por antífrasis? Pero se nos preguntará si ese génesis no ha sido más precisado por el racionalismo. Sí lo ha sido, y hé aquí cómo otro racionalista le determina.

«Fué en las regiones polares, donde el hombre nació del mono, »como el mono nació del animal inmediatamente inferior. Después »de vários resfriamientos del globo, el mono bajó al Mediodia, »pero al bajar dejó en el polo al que debia sucederle, el hombre. »Este primer hombre debió engendrar á otro más perfecto, que »después de un nuevo resfriamiento, empujaria á sus padres hácia »los climas más cálidos» (Lecouturier).

Es justo confesar que esto es más explícito, pues ya sabemos que las regiones polares fueron la cuna del género humano; que nuestro primer padre fué un mono, aunque no ha explicado el racionalismo quién fué nuestro abuelo ó el padre del mono, á no ser que el mono fuera el *prolem sine matre creatam.*

Lo cierto es que el progreso es el desarrollo de un mono, y si los monos no se trasforman ahora en hombres, será debido á que habrán cesado los resfriamientos del globo.

Contendriais la risa ¡oh mis Sisones! ¿si al contemplar tal cuadro os llamaran?

Y con toda sinceridad preguntamos: ¿Cuál génesis debe la razon admitir; el hombre del Cristianismo, que Dios hizo como debia ser, ó el hombre mono, ó el gérmen que la naturaleza elabora en su seno que le sostiene en un estado embrionario; que le arroja en seguida al mal, para que el mal le pulimente y perfeccione y para que le hiciese inteligente y libre?

Ah! sólo las bizarrías alemanas, las estravagancias de la filosofía sensualista, pueden admitir al hombre que pasa de la animalidad á la espiritualidad, aguijado por el mal. Es preciso ignorar qué es una idea, qué es inteligencia, qué es razonamiento, qué es lenguaje para caer en tales absurdos.

Pues por más que á un animal dotado de los sentidos más finos, le estimule y aguijonee el mal, nunca llegará á tener conocimiento del derecho, de la virtud, del honor: por más que le impresionen la luz, el sonido, la electricidad, el calor, nunca inventarán las teorías físicas que las explican. Por más trasformaciones que el animal experimente, por más que baje de las zonas polares á las templadas, no podrá adquirir la facultad de pensar; porque la sensacion en sí misma, sea afectiva ó representativa, no es un grado, ni aun el más ínfimo del pensamiento, no es el principio ni aun el bosquejo, para los que han saludado la metafísica.

Los sensualistas, que temen tanto encontrar en el hombre un

alma, como á una víbora en el bolsillo, son los que pueden admitir que de la animalidad pueda surgir el pensamiento.

Si el progreso es el desarrollo de un gérmen, hay que buscar, como el mismo Reynaud lo dice, en el estado salvaje, en las profundidades de los bosques, los materiales para los primeros capítulos de los anales del género humano. Porque el estado salvaje es el más vecino de la naturaleza, segun el racionalismo. En este caso, todos los progresos debieran tender á volver á dicho estado, como Rousseau queria, con más lógica, por cierto, que todos sus descendientes. Y de toda esta doctrina podiamos decir lo que Voltaire escribia á Rousseau. «Al leer vuestras maravillas de la vida salvaje, veinte veces he sentido el deseo de andar en cuatro piés.» Y nádie se admire, pues todos conocen políticos cuyo ideal es casi idéntico á la vida real de los salvajes.

El estado salvaje no es el más vecino á la naturaleza, sino el más lejano de ella. La razon es sencilla, no puede llamarse natural sino lo que es impresion del autor de la naturaleza, lo que entra en el plan asignado á cada sér, escrito en sus funciones y en sus propiedades. ¿Y son nuestras propiedades y funciones acomodadas para vivir en los bosques?

«El estudio de los salvajes, segun el mismo Reynaud, patentiza que la muerte es considerada entre ellos como una cosa sagrada, misteriosa. Por todas partes existen trazas de un culto, y es sobre las tumbas donde hay seguridad de encontrarlas. Parece que hay en el fondo del hombre un cierto instinto religioso, que el espectáculo de la muerte despierta, más que ninguna otra circunstancia de la vida.»

Mas, por qué no buscais la causa de ese instinto religioso? ¿No prueba que hay en el hombre algo más que la pura animalidad?

La suposicion del estado originario de pura naturaleza, priva al hombre de la rectitud, del claro conocimiento de Dios, del amor infuso de este primer sér, y de toda la grandeza de su destino. Le hace nacer en la ignorancia, y por esto tal estado sólo es concebible en los sistemas que destruyen la metafísica. Segun estos sistemas antimetafísicos, el conocimiento depende de las sensaciones, ó porque las sensaciones lo son todo en el pensamiento, ó porque el pensamiento, no teniendo más que ideas divinas, todo llega á ser Dios, y en este materialismo ó panteismo, el alma no puede ser más que una energía física; ó por que el pensamiento no te-

niendo más que ideas humanas, se vé falto de fuerzas para elevarse por encima de las impresiones sensibles, y para percibir la realidad de los objetos que le sobrepujan. Porque si el conocimiento se funda en las sensaciones, debe ser fruto de la experiencia y del tiempo, y el hombre no pudo gozar de él desde el principio. En este sistema sensualista, la ignorancia y la concupiscencia forman el estado natural del hombre. La esencia del espiritualismo filosófico y católico que une inmediatamente el hombre á Dios y le propone por modelo, es la idea de la *perfeccion* en la ciencia, en la justicia, en la virtud, en la felicidad. La esencia de los otros sistemas que, aislando al hombre de Dios, le dejan asimismo por modelo, le aplican sólo á la naturaleza corporal, y no ofrecen más dogmas que el *Jucundus sensus cura remota* de Lucrecio.

No hay, por tanto, en tales sistemas idea de *perfeccion*: se toma al hombre en su condicion actual y no se concibe nada de superior á que pueda referirse; lo que es, es lo que debe ser. Los males y los bienes resultan de su constitucion y se compensan. Por estos sistemas antimetafísicos, el hombre nació defectuoso y miserable; la vida salvaje es la primitiva; el progreso es el desarrollo del salvajismo. Pero el progreso supone una relacion natural entre el sér que progresa y un tipo á que se refiere. En el naturalismo no no hay tal tipo. No hay más que el *Fatum longum ordinem verum*. Quién concibe el progreso en tales sistemas? Hé aquí por qué podemos decir con un crítico: «El espíritu filosófico del último siglo no fué más que un espíritu de contradiccion aplicado á las creencias. La costumbre y la autoridad destruidas, cada uno se ha formado hábitos y maneras segun su naturaleza. Deplorables épocas en las que cada uno pesa todo con su propio peso, y marcha á la luz de su lámpara. No creemos progresar marchando hácia precipicios.»

Para entrar en el exámen de la otra definicion del progreso, hay que atender á la naturaleza del hombre, y nádie extrañe que lo que corresponde á la pura metafísica, no pueda explicarse más que metafísicamente.

El hombre es doble, dijeron los antiguos: hay en él algo más que un cuerpo. Por qué? Oigamos á un filósofo: «Hé aquí mi cuerpo, dice: ocupa una pequeña porcion en el espacio; supongo á mis miembros inmobles; cerrados todos mis sentidos, y á pesar de esto, recorro las tierras y los mares, mido la inmensidad de los cielos; me trasporto á los lugares que deleitan; desterrado, veo mi

pátria; prisionero, vivo fuera de mi calabozo: converso con los ausentes; escucho su habla; me enternezco con su sonrisa; evoco lo que ya no existe; imagino lo que no es; desde las cimas del presente, retorno al pasado y me lanzo al futuro; sér de un dia, concibo la eternidad; sér limitado, por todas partes concibo lo que no tiene límites. El sér que contiene todas estas maravillas, no es pues el cuerpo.»

«Hé aquí mi cuerpo: todos sus órganos están equilibrados, experimento la plenitud del bien estar que corresponde á la plenitud de la salud. ¿Y de qué procede, á pesar de esto, que me sienta oprimido por el temor, abatido por la tristeza, turbado por los pesares, conmovido por la esperanza, ulcerado por los remordimientos, consumido por el amor y agitado por el odio? El yo que gime, que suspira, que espera, que tiembla, que se acusa, que ama ó detesta, no es pues el cuerpo»....

El hombre es doble, ¿quién duda del espíritu que en él piensa?

Guardaos de mirar como contestado lo que debe mirarse como incontestable: lo que se acostumbra á mirar como problemático acaba por ser dudoso. ¿Quién duda que hay dos naturalezas que asocian en su persona la vida y la inteligencia? ¿Quién duda de la superioridad del alma?

Cualquiera vé que su alma está dotada de la facultad de comprender la verdad, de apreciar lo justo, de gustar el bien. Cualquiera se entusiasma al contemplar que una naturaleza más excelente que la que los sentidos perciben, impera en él y en todas las criaturas.

Cuanto más se estudia, más se admira de poseer verdades eternas, rayos descendidos de la luz divina y luz que le muestra y le asocia á la razon eterna.

Y desde aquí percibe que no puede gozar de sí mismo, ni conservar su poder, sino siguiendo los designios de Dios, obedeciendo á la ley que impuso á su espíritu, de consultar en todo á la razon eterna, en la que nos movemos, vivimos y somos. Por esto el hombre se enorgullece de encontrar en los principios de su razon el gobierno de su persona y los grandes títulos de su dignidad.

Siendo todo esto evidente de suyo, ¿puede alguno poner en duda cuál de las dos naturalezas debe reinar sobre la otra? ¿Puede preguntar si la razon debe someterse al dominio de los sentidos, ó recibir las inspiraciones de los apetitos orgánicos? Es concebible que la voluntad, despreciando su independencia, se pongan al ser-

vicio de los instintos del animal? Ah! no. El hombre se vé colocado muy alto, porque advierte que refleja en su pensamiento la inteligencia que le concibió; porque sabe lo que ignoran las otras criaturas, de dónde viene y adónde va. El hilo de sus ideas le conduce á su creador y con él le estrecha. Admirado de contemplar en su espíritu siempre presentes ideas eternas, advierte que estas ideas son propiedades de un sér eterno; que cuando en ellas se arraiga, se arma de todo su poder, se coloca en el seno de Dios, y á esta altura, las ideas de verdad, de bien y de justicia se establecen como soberanas, y resistirlas es empeñarse en una lucha homicida.

El que desconoce á Dios, ignora á la vez el fundamento de sus ideas, carece de convicciones, marcha á la incierta luz de los sentidos, ha perdido sus honrosos títulos; y los instintos, los intereses, el capricho, la fuerza bruta, le empujan en diversas direcciones, le abisman en mil extravíos.

Hé aquí lo que la filosofía nos enseña de consuno con el catolicismo sobre la naturaleza del hombre: que no debe estimarse éste sino por sus cualidades interiores; que no debe amar más que el bien, ni vivir sino para hacer triunfar la verdad y la justicia en sí mismo y en la sociedad á que corresponda. Solamente los que desprecian el estudio lento, pacienzudo de la metafísica, los que tienen más gusto por saltar por generalidades políticas ó históricas, son los que pueden dudar de las verdades anteriores.

Pero dando un paso más hácia nuestro objeto: si el hombre, filosóficamente considerado, es lo que llevamos indicado; ¿qué es, tal cual la experiencia nos le muestra? La experiencia nos dice que apénas pisa el hombre los umbrales de la vida, se encuentra subyugado por el instinto de la nutricion: que el sentido del gusto le hace emplear su inteligencia en buscar los objetos que puedan satisfacer á aquel instinto: que el mismo deseo nace en seguida para todo lo que deleita á los demas sentidos, y que unos y otros le dominan tan pronto, que ántes que pueda comprender y gustar los deleites morales, se ve tiranizado por la sensualidad.

Pero á la par que el cuerpo crece y se desarrolla, los sentidos, más imperiosos é indomables, no dejan á la inteligencia otro servicio que el de satisfacerlos.

Y después, el espectáculo de la vida sensual, que por todas partes le circunda, enardece su concupiscencia y corrompe la sávia de su alma. Sacrifica los bienes de ésta, y consagra todas sus afeccio-

nes á los bienes del cuerpo. Poco á poco se establece en su espíritu el reino de la materia, y así la vida sensual ahoga la vida moral, haciendo de la primera la apoteósis de la existencia. Cree encontrar la imágen de sus méritos en los bienes que posee, en el lujo de sus vestidos y de sus muebles, ó lo que es igual, en su corteza piensa encontrar su sustancia.

Y al contemplar todo esto, que la experiencia nos muestra á todas horas, podemos preguntar: ¿es la sensualidad ó la razon la soberana del mundo? ¿Sirve la inteligencia más que para plegarse á las exigencias del cuerpo? ¿No parece que Dios haya condenado al hombre á la esclavitud de los sentidos? Si al crear al hombre, dice un filósofo, hubiera dicho Dios á la materia: hé aquí un alma á tu servicio; ejerce sobre ella un imperio absoluto; sus facultades de conocer y amar son tus esclavas, ¿habria obra más bien rematada?

Y si después del indivíduo observamos á las sociedades, ¿encontramos por ventura una aplicacion más perfecta de las ideas morales? ¿Vemos más que guerras contínuas entre naciones y partidos, que sin cesar se disputan el dominio del mundo?

Siendo esto conforme con la realidad y la experiencia, ¿por qué rehusa el hombre aceptar el destino exclusivamente animal? Esto le es insoportable: la ignorancia le parece un crímen; por taparla, se paga de sutilezas y palabras; prefiere más ser monedero falso, que pasar por indigente.

Es en el hombre además un indicio, ó más bien una prueba evidente de su degradacion, la necesidad de un estudio incesante para robustecer su inteligencia. El espíritu, como el cuerpo, dice un filósofo, no puede vivir sino con el sudor de su frente. Si no estudia incesantemente, le dejan atras los progresos de las ciencias; el saber de hoy es la ignorancia de mañana. Extraña enfermedad la de nuestro espíritu: no puede descansar sin debilitarse: como los molinos de los arroyos, si no andan en invierno se hielan.

La contemplacion de estas tristes realidades hace conocer al hombre que el espíritu ha perdido sus alas; que no puede salir de la prision de los sentidos; que no puede elevarse á la region de la verdad, de la belleza y del bien, y de aquí sus contínuos quejidos, de aquí su poesía melancólica de todas las edades. *Omnis creatura ingemiscit*, decia San Pablo. *Video meliora, probo que et deteriora sequor*, decia Ovidio.

De la doctrina expuesta resulta que hay un contrasentido en las

cosas, un desórden en la condicion de los séres; que el mundo está siempre en crísis, y que su autor no supo al parecer lo que hizo. ¿Cómo explicar este contrasentido?

El catolicismo le explica por la caida, sin la que, decia Pascal, es todo más inexplicable que la caida misma.

Platon, que es sin duda la primera autoridad en filosofía, fué el primero que reconoció que las ideas morales son inconciliables con los desórdenes que reinan en el hombre, y por lo mismo no podia admitir que saliese de las manos del Creador este cuerpo en rebelion permanente con los principios morales. Si se veia precisado á reconocer que el cuerpo habia sido hecho para el servicio del alma, sentia á la vez que el alma está crucificada como en un instrumento de suplicio.

A fuer de meditar, Platon dedujo que el hombre es una verdadera antítesis; que el género humano es indigno del Creador; que el hombre no se encuentra en su estado natural; que debia haber experimentado alguna catástrofe, y que la tiranía de los sentidos que sufre debia ser el castigo de un crímen cometido en una existencia anterior.

Suponiendo la idea de la preexistencia, que por sí nada explica, Platon se conforma en todo con el cristianismo, sobre la caida primitiva, que es el fundamento de la doctrina católica.

Y hemos dicho que la preexistencia con la que el racionalismo y las falsas filosofías pretenden explicar la desigualdad de condiciones y los males de la humanidad, nada explica, porque tendriamos que exponer y probar el orígen del mal en los séres preexistentes. La preexistencia, por tanto, no hace más que recular la dificultad, y no ha merecido sérias impugnaciones.

Siendo la caida primitiva un hecho confirmado por la metafísica y la historia, claro es que el progreso no es más que la curacion de la enfermedad contraida en dicha caida. Si el hombre sufrió tal caida, preciso es que se levante para marchar hácia sus grandes destinos: si salió del órden por el pecado, preciso es vuelva á entrar en el órden para encontrar los bienes que ansía. ¿No es esto evidente de suyo?

¿En que consistió la caida y la degradacion? En que el pensamiento y el amor del hombre se separaron de su autor; en que la inteligencia y la voluntad abandonaron sus vias naturales, sepultándose en la esclavitud y en la idolatría. ¿Podia esperar su reden-

cion de los dioses que él mismo habia fabricado? Cuanto más confia en ellos, más se abisma. ¿Podia esperarla de las instituciones civiles? Las Constituciones del antiguo mundo hacian al hombre esclavo del Estado, y léjos de elevar al hombre á Dios, le hacian bajar al rango de las cosas físicas. Los veinte siglos de experiencia sobre la influencia de las Constituciones, demuestran que no era dado á las fuerzas de la humanidad el sacarla de su caida, pues que eran esas mismas fuerzas las que le habian debilitado, las que le habian hecho caer. Era preciso, por tanto, una fuerza por cima de las suyas, una fuerza sobrehumana para levantarla.

Se nos dirá que esto es discurrir como católicos, y nosotros decimos que así discurren los Krausistas. Oigamos al mismo Tíberghien.

«La religion del Eden debió ser el monoteismo. Las tradiciones, »en defecto de pruebas,—como si las tradiciones no fueran prue»bas,—están de acuerdo en este punto. Las inducciones mismas »están en favor de esta opinion. Si se consultan los libros de la In»dia, de la Persia y de la Palestina, se conoce que los monumentos »más antiguos son los más favorables á la creencia en un solo »Dios, y que el politeismo en Oriente no es más que una mutila»cion del monoteismo.»

»Pero siendo así, ¿cómo explicar la adoracion de los dioses y de »los ídolos? El pasaje del monoteismo al politeismo demuestra *una* »*caida*; esto es incontestable. Admitir dioses, después de haber re»conocido á un solo Dios, no es progresar; es caer. La caida, pues, »es un hecho real, no una hipótesis, y este hecho se verifica de »nuevo por las leyes del desarrollo de la humanidad, confirmada »por las tradiciones. El recitado bíblico no debe ser repudiado, sino »solamente despojado del carácter maravilloso con que se le ha se»llado, y de las consecuencias desastrosas para el órden moral, que »el dogma católico ha deducido.»

La caida, segun los Krausistas, es un hecho, y no una hipótesis, como lo es el pasaje de la creencia de un solo Dios á la creencia de muchos. Por lo tanto, no principió el hombre por la ignorancia y el salvajismo; no es el progreso más que el retorno á las verdaderas creencias, la curacion de una enfermedad, la del politeismo. Esto mismo dice la Biblia. Pero el recitado de ésta, añaden, debe ser despojado del carácter maravilloso con que se le ha sellado por el catolicismo. Pero ¿quién encuentra ese carácter maravilloso en que Dios ordenara al hombre una cosa fácil de cum-

plir, en que éste le desobedeciera, y que, abandonando á su autor, se sumergiese en la ignorancia y en la miseria?

¿No es, por el contrario, natural que si el espíritu debe estar unido á las ideas superiores, que constituyen la razon eterna, goce de toda luz en dicha union? Que si la union es completa, como lo fué en el principio, goce el hombre de todo su poder? Que si se rompe por la caida, el hombre se degrade? Que si reanuda por la redencion, el hombre se levante y camine de progreso en progreso? ¿Hay teoría más lógica que esta? Todo lo que nos rodea es maravilloso, y nada lo es más que nuestra existencia espiritual para los que examinan qué es una idea, de dónde nace, cómo se enlaza con las demas, y cómo vigoriza al hombre. Los que desprecian los estudios metafísicos no comprenderán nunca científicamente la caida ni la redencion.

Y cuando todo esto se estudia prolijamente, se pasma uno al oir á Tiberghien que la caida, segun el catolicismo, ha producido consecuencias desastrosas para el órden moral, como si el órden fuera explicable sin la caida y la redencion.

¡Qué moral la de estas gentes!

La caida que no motiva males, como motivan todas las caidas, aunque caigamos sobre alfombras, no pudiendo negarla los Krausistas, la explican del siguiente modo:

«La caida, añade Tiberghien, es el momento crítico que separa »entre sí las dos primeras edades de la vida. Como el niño nace en »el dolor y comienza su evolucion espontánea al desprenderse de »su madre, la humanidad dejó el eden en la agonía y comenzó su »existencia aventurera desprendiéndose de Dios. Después de haber »vivido en paz con sus semejantes y con todos los séres del mundo, »los hombres adquirieron gradualmente la conciencia y el senti»miento de sus fuerzas, de su saber, de su independencia; exalta»ron su poder, el orgullo penetró en sus almas y rompieron vio»lentamente las relaciones íntimas que les unian á Dios y á la »naturaleza. Así cayeron en el desórden, en el mal, en el error y »entraron insensiblemente en un período de oposicion, de lucha, »de guerra; se vieron condenados á no contar más que consigo »mismos y á buscar penosamente en el aislamiento y en la inquie»tud una nueva ruta y nuevos medios de cumplir sus destinos. »Esta crísis, fundada en el desarrollo natural de la humanidad, »no fué un mal en sí misma. Era necesaria para que la humanidad

»pudiese adquirir la experiencia de la vida y desplegarse en plena »libertad en el conjunto de sus órganos.»

Cuando hemos leido y meditado el anterior pasaje, hemos dicho: ó nuestra razon es limitadísima de suyo, ó la de tales filósofos no está en sus goznes.

Sí, el Krausismo quiere decir, porque es preciso adivinar para entenderlos, que el estado inconsciente precedió al concienzudo, como el niño que se desprende de su madre para entrar en la vida personal y activa, es decir, lo mismo que decia Reynaud sobre el estado embrionario, sobre el seno de la naturaleza, etc., etc.

Mas no sería tal su pensamiento, pues que añade que viviendo con Dios vivió el hombre en paz con sus semejantes y con los demás séres. No pudo vivir con Dios y en paz con sus semejantes inconscientemente; sin conciencia no hay vida moral.

Si vivió conscientemente con Dios y á la vez en paz con sus semejantes, vivió feliz y contento, como dice la Biblia.

Si se desprendió de Dios, cayó en la ignorancia, en la esclavitud, en la idolatría, como dice la historia; si tal desprendimiento no es una caida, será porque el desórden, el error y los males son bienes y progresos.

Si estos males nos hacen adquirir la fuerza, el saber, la independencia, como el autor supone, el hombre hizo bien en emanciparse de Dios.

Y por lo mismo, cuanto más de Dios se aleje y se interne en la vida aventurera de las pasiones y de las guerras, más progresará en todos sentidos.

Por la estupenda doctrina expuesta, hé aquí lo que los Krausistas deben decir á Dios: «Nos engañamos pensando que por la caida nos debilitamos é hicimos miserables. Al contrario, por ella nos encontramos en nuestra condicion natural, como vos quisísteis. Nuestro error, creyendo al catolicismo, fué grave, pues que estais contento con nuestra actual condicion, y porque nuestras inclinaciones al mal son la pasta de que nos formásteis. Los males de la caida no son más que una ilusion, y las creencias sobre el dogma católico un delirio universal.» Hé aquí la conclusion del Krausismo.

Que nuestros lectores mediten si la doctrina católica de la caida es más metafísica, más moral y más lógica que la del Krausismo, y vengamos á otro punto con el de la caida ligado.

La caida supone la redencion: una sin otra son ininteligibles,

como lo asevera otro krausista, Juan Reynaud. «En efecto, dice, si Jesucristo encarnó, era preciso fuese para un fin proporcionado á la grandeza de este incomparable milagro; porque si Dios, que no obra jamas en vano, hubiera querido solamente despertar entre los hombres el conocimiento del divino tipo de su perfeccion, hubiera infaliblemente seguido una via más sencilla. Mas si habia un motivo para que Jesus se hiciese hombre, le habia tambien para que sufriese; y como no se puede encontrar tal motivo en una naturaleza sin tacha, habia que fundarle en la culpabilidad radical del género humano, cuya enormidad podia exigir la intervencion de un tal reparador. Así, pues, no puede creerse en la realidad de la historia de Jesucristo sin creer en la realidad de la de Adan.»

Es preciso confesar que esto último es lógico; y sobre lo primero después nos ocuparémos de toda la teoría de Reynaud. La caida y la redencion se suponen y engastan estrechamente; y habiendo dicho lo suficiente para dar una idea sobre la primera, nos cumple hablar de la segunda.

Pero al tratar de Jesus, nos encontramos con el obstáculo de la obra del Doctor Strauss, que tanto ruido ha causado, y que tampoco merecia causar, si se medita que es preciso algo más que un sistema para derribar al cristianismo.

La obra de Strauss, hija directa del racionalismo, nos presenta el Evangelio, en sus hechos milagrosos, como un conjunto de *mitos*; á Jesucristo como un sér de razon, sin ninguna realidad; á su doctrina como la sabiduría de todos los siglos en su desarrollo *humanitario*.

Se ha dicho que por tal sistema era fácil hacer de Napoleon I y sus doce Mariscales un Apolo y los doce signos del Zodiaco, y tienen razon, porque el racionalismo padece una *monomanía mística*, que le es precisa para prescindir por completo de la historia, su constante enemiga. Derribando toda certidumbre histórica, pueden hacer de Alejandro, de César y Constantino diferentes mitos que entretengan á los poco escrupulosos en lógica.

Ya se ha dicho á Strauss que un *mito* no puede ser más que la figura de una época fabulosa, en la que la imaginacion suple la ausencia de una tradicion cierta. Pero suponer un mito en una época tan reciente, en una nacion civilizada, que poseia una literatura, una filosofía y una historia escrita, hasta con minuciosidad, es una ocurrencia que una razon serena no se cansa de admirar.

Los Evangelios no datan de una época fabulosa, desprovista de tradicion; los Evangelios están justificados por los contemporáneos de Jesus, y el mismo Strauss confiesa que si los mismos Evangelios fueron redactados por los que llevan su nombre, la hipótesis mística cae por sí misma. Pero si los Evangelios no son de los que llevan su nombre, ¿de qué obra histórica podemos estar ciertos? Y si no son de sus autores, ¿cómo se formaron?

Hé aquí la explicacion de Strauss. Dejando á un lado el mito, porque unas veces le adopta y otras de él prescinde, los Apóstoles, dice, no pensaron escribir la vida de su Maestro, como Jesus mismo tampoco pensó. Dispersados los Apóstoles por la vasta extension del Imperio romano, obligados por sus destinos á separarse unos de otros, terminaron su carrera ántes del fin del primer siglo. Mas el recuerdo de las acciones de Cristo no se habia borrado de ellos. Habia sido objeto de sus conversaciones y de sus predicaciones con los discípulos más queridos, y éstos repitieron después lo que habian oido de tan bella historia. Mas si los Apóstoles trasmitieron lo que habia pasado ante sus ojos, no se conservó después entre sus sucesores.

Pasando de boca en boca esta historia, debió cargarse de extraños elementos; debió perder su pureza primitiva. Los diferentes escritos no compusieron en un principio un todo bien coordinado; poco á poco tomaron una forma regular como la que hoy tienen. Cuanto más crédito se les ha atribuido, se les ha concedido más antigüedad. Se les dió por autor al Apóstol que habia suministrado los primeros materiales, y formada de este modo la historia evangélica, es como supone Strauss se introdujo en ella el mito.

De aserciones en aserciones, todas gratuitas y fáciles de forjar, llega Strauss á su objeto, el de mostrar en Jesus un personaje ficticio. Parece á veces le atribuye cierta especie de existencia real; mas después, no viendo la necesidad de conservar esta existencia, que quisiera prestarle, nos dice ingénuamente «que todo »lo que dice de Cristo debe de entenderse de la *humanidad.*» ¡Qué lógica, qué crítica!»

Divide después el Evangelio en tres períodos: historia del nacimiento y de la infancia de Jesus; historia de su vida, é historia de sus últimos instantes.

La historia del nacimiento no es más que la reunion de mitos filosóficos ó dogmáticos, ideados exprofeso para apoyar ciertas

opiniones preexistentes respecto al Mesías, y para formar un arreglo de circunstancias que realizase lo que se esperaba de él.

Debia proceder de David; debia nacer de una Vírgen, segun Isaías, y su vida principió por el Bautismo, hecho histórico, convertido en mítico por la imaginacion de Strauss.

El mito prosigue engrosando, y principia por la eleccion de los doce Apóstoles, que para Strauss no significa más que las doce tríbus de Israel. ¿Quién no reconoce los caractéres del mito en los milagros de Jesus? Míticas las curas de los enfermos; míticas las resurrecciones de los muertos; míticas las tempestades calmadas; mítico el cambio del agua en vino, y mítica la trasfiguracion.

Todo es igualmente mítico en los últimos instantes de Jesus, y Strauss señala cuatro grandes mitos á su muerte: el trastorno de la naturaleza, que tiene su paralelo en todas las mitologías; el lanzazo inventado para la apología; los guardias colocados en el sepulcro para hacer creer la resurreccion; la ascension, último mito que corona todos los otros.

Si se quiere encontrar la historia de Cristo descargada de todo el aparato mítico, encontrarémos, segun Strauss, que Jesus no fué más que un Judío piadoso, ilustrado, discípulo de Juan Bautista. Este discípulo imaginó un dia que él podia ser el Mesías, y se separó de su precursor y escogió á sus discípulos. Sus reprimendas á los Fariseos motivaron que éstos le hiciesen morir como á un perturbador. Su doctrina era muy buena, no obstante de que no la poseemos tal como él la predicara. Pero este Cristo, así fabricado por el hábil Doctor, y desnudándole de todo mito, ¿nos quedaria para siempre? Nó. Esa historia, compuesta sólo de mitos, ¿será más que un gran mito filosófico, cuyo fondo es la idea de la *humanidad*? Y concluye aseverando: «Todo lo que los autores sagrados refieren de Cristo, debe entenderse de la *humanidad*.» Este Dios, hecho hombre, anunciado por los Evangelios, es la *humanidad*, porque es la union del principio divino y del principio humano. Este Niño de la Madre visible y del Padre invisible, es la *humanidad*, que es el sér dotado de un poder milagroso. Es la humanidad la criatura sin pecado y sin mancha. Está al abrigo de todo reproche. La falta es del indivíduo, y desaparece cuando se mira la historia de la especie toda entera. Es ella la que muere, resucita y sube al cielo; se despoja por la muerte de su envoltura grosera; asciende á una vida espiritual más noble, más digna de

ella, que, desprendiéndose de las trabas que la retienen en la tierra, se une al espíritu infinito que reina en los cielos.»

Hé aquí en cueros el sistema de Strauss, desenvuelto en dos grandes volúmenes, que son la expresion del cristianismo *humanitario*, tan en voga en nuestros dias. Pensamos que su sucinta exposicion basta para que cualquiera se admire de cómo un romance que prescinde de la historia y se adhiere á abstracciones idealistas y chocantes, pueda ser leido y admitido por hombres pensadores y de regular criterio. ¡Qué siglo!

«El método, dice Edgard Quinet, que Wolf y Nieburh aplicaron á Homero y á Tito Livio, Strauss lo ha aplicado al cristianismo: así como Homero y la historia romana se desvanecieron como un humo en manos de los dos primeros, Cristo desapareció á su vez en el trabajo del último. Los recitados de los cuatro evangelistas no son más que una série de alegorías y de fábulas como las de Esopo y la Fontaine; en una palabra, un *mito*. El Cristo, en este sistema, no es más que un sueño, una epopeya mítica, que va á unirse á la epopeya griega y á la epopeya romana.... Si os someteis sin crítica á las premisas del simbolismo aleman, vais á parar á las cuestiones sobre los milagros de Voltaire.»

¡Oh grande, poderoso, burlesco Proteo, infernal Voltaire! Hé aquí la religiosa Alemania, que cae en vuestras manos, en las garras de Satanás, que la desgarran bajo el ala del ángel Abbadona. ¿No sois vos quien resucitais bajo esta nueva forma, y que para mejor engañar el mundo, revestís como vuestra túnica la de la ciencia alemana? ¿Dónde huir? ¿Dónde ocultarse? ¿Dónde salvarse? Habia un ruiseñor aleman que llenaba con sus melodías las florestas de la Heresinia. Los pueblos corrian en tropel á escuchar su voz encantadora. Sentian al oirle volver á entrar en sus corazones la fé que habian perdido y la poesía de los antiguos dias. Un soplo divino los reanimaba, y sus almas se lanzaban sobre las alas de este pájaro misterioso para recorrer las esferas melodiosas. Pero hé aquí que una serpiente se habia deslizado hasta el tronco de la próxima encina. El ruiseñor la percibe y se oculta, y sea por temor, sea por amor, sea por un encanto más poderoso que el suyo, cae revoleteando en la impura boca de la serpiente, que le dice: ¿Me conoceis? *Soy el escepticismo.* Los pueblos, al oir esto, se retiraron y lloraron durante tres dias.»

Béjar, Setiembre 16 de 1870. (*Se continuará.*)

NICOMEDES MARTIN MATEOS.

# LORENZO RICCI,

## GENERAL DE LOS JESUITAS.

### ARTÍCULO PRIMERO.

No nos proponemos escribir la biografía de este célebre personaje, que falleció en prision, después de extinguida por Clemente XIV la Compañía de Jesus. Las vivas polémicas que acerca del General Ricci se han cruzado entre amigos y enemigos de los Jesuitas, nos han decidido á publicar algunos fragmentos de cartas originales del General, que revelan en gran parte su carácter y pueden ser decisivos para resolver entre las censuras ó elogios de amigos y adversarios.

Suprimida la Compañía de Jesus y desterrados los Jesuitas de Portugal, Nápoles, Francia, España y Ducado de Parma, por causas de nádie ignoradas, comenzaron estas Córtes la negociacion diplomática para conseguir del Papa la extincion completa de la Compañía. De comun acuerdo se dejó la direccion de este negocio al Rey de España; pero las indecisiones, la resistencia de los Jesuitas, la necesidad de reunir el Santo Padre las pruebas de las acusaciones fulminadas contra los religiosos y otras causas, hicieron que la negociacion se arrastrase lánguida y trabajosa, hasta el punto de creerse algunas veces completamente abandonada, á pesar de los vivos deseos de todas las Córtes de las casas de Borbon y de Braganza, que deseaban ver justificadas y confirmadas, por el Breve de extincion, las medidas violentas adoptadas contra los Jesuitas en sus respectivos Estados. Mucha parte de que no avanzase en Roma el deseo de la Casa de Borbon, consistia en la falta de una persona hábil y decidida que tuviese las prendas de

carácter necesarias, y talento bastante para hacer triunfar allí los proyectos de los reyes interesados. D. Tomás Azpuru, Arzobispo de Valencia, por sus costumbres, su estado y excesiva bondad y carácter, no era el hombre á propósito para luchar, ni con las mañas y dilaciones de la Curia romana, ni con el Cardenal de Bernis, embajador frances, quien no parece interpretó siempre fielmente, durante el curso de la negociacion, las órdenes oficiales de su Corte; ni era capaz de calmar las fogosidades del agente portugués, que queria llevar las cosas precipitadamente y con gran rudeza de formas. Pero nuestra Corte no queria indisponerse con Azpuru, y á no ser por la muerte de este embajador, ocurrida en Italia, no habrian conseguido las Córtes Borbónicas tan prontamente el anhelado Breve. Después de la muerte de Azpuru, la escena se transforma con la presencia en Roma de D. José Moñino, Conde después de Floridablanca, y embajador nombrado especialmente para dirigir y terminar la negociacion. Moñino desplegó tanto talento, energía y habilidad, que destruyó en poco tiempo todos los obstáculos que se oponian al objeto de su viaje. A los aplazamientos contestaba con nuevas y enérgicas reclamaciones; contra las lisonjas y ardides de Bernis, invocaba las órdenes terminantes de su Corte, encargada exclusivamente, con acuerdo de todas las demás, de la direccion de este asunto; y á los libelos, sátiras é intrigas de los Jesuitas amenazados, oponia las más vivas intimaciones contra sus autores. De este modo, y eficazmente secundado por el Rey de España y sus Ministros, cerró Moñino á Clemente XIV todos los caminos, y consiguió el Breve de extincion y disolucion de la Compañía de Jesus, que tiene la fecha de 21 de Julio de 1773. En un papel expedido desde Roma, en 18 de Agosto del mismo año, y que está archivado en Simancas, se dá en los siguientes términos cuenta de la extincion de la Compañía en Roma.

«El dia de San Roque, á las ocho y cuarto de la noche, de órden de Su Santidad fueron ocupadas todas las casas de los Jesuitas de esta Corte, con ministriles por fuera y soldados por dentro, habiendo intimado la abolicion de la Compañía; cerrados todos los archivos, cuartos de habitacion y todo lo demás, sacadas las camas á los corredores donde duermen y viven con soldados de vista, y el General con ocho soldados con bayoneta calada.—Mañana á la noche es el término de los tres dias para no sé que fines, y verémos

las resultas, como tambien la bula que se publicará, cuya data es de 21 de Julio, y el Breve de 6 del corriente.»

La extincion de la Orden, como cuerpo, no abrió las puertas de los Estados Borbónicos á los que á ella pertenecian, y aunque se los toleraba en los Estados de Roma, afluyeron más principalmente los expulsados que pudieron hacerlo, á Rusia, Prusia y Austria. Catalina II y María Teresa protegieron bastante á los Jesuitas, aunque la segunda se adhirió al fin á la extincion y les ocupó las temporalidades; pero el paladin defensor de los Jesuitas, en aquella época, fué el rey filósofo Federico II. Este príncipe resistió y desobedeció el Breve; conservó la corporacion de los Jesuitas en sus Estados, y en su correspondencia explica la causa de esta conducta, al parecer tan anómala. En una carta de Voltaire á Federico el 8 de Noviembre de 1773, le decia: «Cuéntase que Antonio hizo el viaje de Bríndis á Roma en una carroza tirada por leones. Vos enganchais zorras á la vuestra, pero les pondreis un freno en la garganta, y si fuese necesario las atareis por los rabos, y les dareis fuego como Sanson.» Federico le contestó: «He conservado los Jesuitas para favorecer la instruccion de la juventud. El Papa les ha cortado el rabo y no pueden ya servir, como las zorras de Sanson, para abrasar las cosechas de los Filisteos. Además, la Silesia no produce PP. como Guignard, ni Malagrida. Nuestros alemanes no tienen las pasiones tan vivas como los pueblos meridionales. Si estas razones no os convencen, alegaré otra más poderosa. Prometí en la paz de Dresde que la religion quedaria *in statu quo* en mis provincias. Entónces habia Jesuitas, y estoy obligado á conservarlos. Los príncipes católicos tienen para estos casos un Papa que, con la plenitud de su poder, los absuelve de sus juramentos; pero como á mí nádie puede absolverme, me veo obligado á cumplir mi palabra, y el Papa se creeria manchado si me bendijese: capaz seria de cortarse los dedos con que hubiese dado la absolucion á un *maldito hereje* de mi calaña.» No sólo en esta carta, sino en otras de la misma correspondencia se habla de tan extraña proteccion; de manera, que cuando el Papa y los príncipes más católicos reprobaban y disolvian la Compañía de Jesus, la cismática Catalina y el hereje Federico los acogian y protegian, y los buenos PP. admitian la proteccion de estos príncipes, si bien, como decia Federico, anulado el tercer voto y con el nuevo uniforme que les habia dado el Papa.

*

Publicado el Breve de extincion y disuelta la Compañía en Roma, su General el P. Lorenzo Ricci permaneció en esta ciudad sin sufrir más vejaciones que cualquier otro jesuita; pero la publicacion de un libro atribuido al ex-jesuita Rombergh contra la autoridad del Sumo Pontífice: la correspondencia entre Ricci y el Rey de Prusia sorprendida por la policía papal: la persecucion contra el vicario apostólico de Breslau y otros fervorosos católicos promovida por los Jesuitas, y las caricaturas, escritos y libelos esparcidos por toda Europa contra la persona, autoridad y disposiciones de Clemente XIV, obligaron á éste á mandar se formase proceso al General Ricci y á los asistentes jesuíticos, apoderándose de sus personas y encerrándolas en el castillo de Sant'Ángel. El Papa mandó, en 19 de Junio de 1775, que la congregacion encargada de la extincion de la Compañía formase el proceso á Ricci y asistentes, y tambien otro al jesuita Valentano por falsas profecías. El tribunal de la congregacion puso en libertad algunos Jesuitas presos, entre ellos á los asistentes de España y Portugal, Montes y Guzman, que por su avanzada edad no inspiraban recelos; y cuando se seguia el proceso á Ricci, recibió Moñino una carta del Cardenal Corsini, encargado de custodiar á los presos, anunciándole, que Ricci habia caido gravemente enfermo, atacado de fiebre maligna, complicada con su habitual padecimiento del pecho, habiendo sido preciso administrarle los Santos Sacramentos en la noche del 23 de Noviembre de 1775.

En efecto, el ex-General de la Compañía falleció el dia siguiente, siendo sepultado con sigilo en la iglesia de Jesus. El capellan que asistió á Ricci en sus últimos momentos, recibió de él instrucciones, disponiendo de un crucifijo y otras alhajas de escaso valor que se habian de distribuir entre várias personas. No consta que en aquel trance hiciese nombramiento de vicario, pero sí que ántes de la supresion de la Compañía le tenia hecho, porque este nombramiento le pudo recoger la congregacion que hacía veces de tribunal, cuando se apoderó de los papeles de Ricci al tiempo de prenderle. Lo auténtico, indudable y oficial es la protesta de su inocencia hecha por Ricci en el momento de recibir el Santísimo Viático. Hé aquí su texto, literalmente traducido al castellano.

« Estando en la presencia de Jesus Sacramentado, que en breve me ha de juzgar, protesto no haber dado motivo alguno para la supresion de la Compañía; y de esto me hallo bien informado por

las continuas relaciones que tengo como superior de la misma.

Pero como sólo Dios es el que todo lo sabe, no puedo ser responsable en un todo.

Cerca, pues, de mi última hora, protesto que no tengo en esto la menor causa, pero creo que todo depende de la voluntad de Dios; perdono á todos de corazon y pido al Señor toda clase de bienes para todos.

Por último, protesto que cuanto he dicho lo he dicho por decoro de la Compañía y de la Religion.»

Por más que haya quien no crea en la sinceridad de la protesta anterior de Ricci, nosotros creemos en ella, porque seria preciso suponer, para negarla, que el ex-General fuese un incrédulo materialista, ó que pretendiese salvar la fama de la Compañía en este mundo, aun á trueque de la perdicion de su alma. Ni lo uno ni lo otro puede creerse de Lorenzo Ricci, y nos fundamos para ello en la correspondencia íntima de que vamos á ocuparnos.

Cuando se verificó la expulsion en España á consecuencia de la pragmática de 1767, se halló en la habitacion del P. Cárlos Nectoux, Prepósito general provincial de Burdeos, refugiado en el colegio de San Sebastian desde la expulsion de Francia, una coleccion de cartas autógrafas del P. General de la Compañía, Lorenzo Ricci. Esta coleccion se compone de ciento trece cartas dirigidas al P. Nectoux y dos al P. Garnier, Prepósito general de la provincia de Lyon. Las fechas de todas estas cartas comprenden los años de 1760 á 1766. Tambien se hallaron diecinueve minutas de cartas del P. Nectoux desde el año 1763 á Enero de 1767. Testimonio de ambas correspondencias se sacó por el Licenciado Don Joaquin Antonio Gallardo y Ulloa, con intervencion de Don Luis del Valle y Salazar; y este testimonio se halla en el fólio 107 y siguientes, legajo 690 de la seccion de Gracia y Justicia del Archivo general de Simancas; habiéndole remitido Salazar al Gobierno en carta de 5 de Agosto de 1767.

Esta larga correspondencia escrita en buen latin, aunque no tan bueno como las diecinueve minutas del P. Nectoux, versa más principalmente sobre asuntos particulares de la provincia de Aquitania, cuyo Prepósito residia en el colegio de Burdeos. Todo lo relativo al personal jesuítico de aquella provincia, está tratado con tan escrupulosa minuciosidad, que manifiesta el perfecto conocimiento que el General tenia desde Roma de todas las personas

que pertenecian á la Compañía, y la exactitud de sus registros secretos.

Si para juzgar al P. Ricci, áun prescindiendo de la protesta que dejamos trascrita, se hubiese de tener sólo presente el conjunto de esta correspondencia, preciso será reconocer que este juicio más le favoreceria que le perjudicaria en su fama, desmintiendo el colorido sombrío, astuto y áun pérfido, con que algunos escritores le han presentado al público. Cierto que en varios pasajes de esta correspondencia se ve al Jesuita defender los intereses mundanos de la Compañía más de lo que cumple al adepto de los principios evangélicos; pero aparte de esta inclinacion que fácilmente se comprende, el P. Ricci aparece un hombre moderado, de indisputable talento, de gran ilustracion, nada violento, conciliador en las soluciones, de cierta moral práctica, y de notable suavidad de formas. Revélanse en este personaje condiciones de honradez, bastardeadas por las máximas de los escritores jesuitas, admitidas en la Compañía, de que él mismo á veces se lamenta, y cuya correccion considera necesaria si Dios la sacase con bien de la tormenta universal levantada contra ella. Dadas las circunstancias críticas en que llegó á verse el P. Ricci, estas cualidades hacen más bien su elogio que su censura, y nos parece muy ajeno á la verdad el harto propagado juicio contrario en daño de este infeliz personaje, que murió en estrecha prision, y que en los instantes supremos en que no se miente, hizo tan patética y solemne protesta de su inocencia. Quédese, sin embargo, para el exámen de los críticos el juicio imparcial de este misterio histórico, y en lo que á su esclarecimiento pueda contribuir, ocupémonos ya de algunos pasajes de la correspondencia de Ricci, que merecen los honores de la publicidad.

En carta de 7 de Enero de 1761 da gracias á Nectoux por su celo en conservar incólume la pobreza de la Compañía, deseando que en el corazon de todos se conservase lo mismo para mayor perfeccion de los sócios é incremento de la Sociedad. Habla luego del hermano Juan Latrapy, que aparecia haberse enriquecido, y dice: «que es preciso examinar si el peculio que posee es producto de dinero adquirido por medios ilícitos opuestos á la pobreza religiosa, ó adquirido sin la debida facultad para ello: en el primer caso, el Prepósito podria privarle completamente del peculio, destinándole á los usos que creyese oportunos, en pena de haber de-

linquido gravemente contra la pobreza religiosa; pero si no constase el delito, la pena no deberia ser tan excesiva, pudiéndole dejar una parte de los frutos para sus usos propios, con licencia del superior, como le habia ya indicado en otra carta.»

Obsérvese que el General supone que Latrapy pueda haber adquirido el peculio por medios ilícitos, y entre estos contarse tal vez el robo, la estafa, detentacion de fondos, etc.: sin embargo, Ricci no previene en tales casos la restitucion, sino el empleo del peculio adquirido por tales medios en los usos que el Prepósito juzgue más oportunos; y como estos usos serian indispensablemente favorables á la Compañía, el General sanciona en su mandato el principio de que el bien de la Compañía debe preferirse á todo, y que ésta puede aprovecharse del dinero robado ó estafado por uno de sus sócios, sin estar obligada á la restitucion. Esta máxima es muy general entre los escritores jesuitas.

En 8 de Abril de 1761 manda el General al Prepósito encargue á todos los padres de la casa profesa de Burdeos, «que al recibir limosnas no oculten á los bienhechores, que los sacerdotes de la Compañía no pueden recibirlas en compensacion de misas, porque no les es lícito recibir por ellas limosna.» El mandar que se desengañe á los bienhechores que la Compañía no debe recibir limosnas por decir misas, ¿no supone que ántes de este encargo se recibian limosnas sin desengañarlos? En esta misma carta intíma enérgicamente á Nectoux no permita salga del colegio ningun sócio sin ir acompañado de otro.

La considerable y fraudulenta quiebra sufrida por el P. Lavalette, Prepósito de la mision de Martinica, que causó la ruina de numerosas familias en esta colonia, Paris, Marsella y otras ciudades comerciales, ocupando la atencion de los tribunales y Parlamentos franceses, preocupa vivamente el ánimo de Ricci, comprendiendo lo perjudicial que era para la Compañía, y áun para su existencia en los dominios del Rey Cristianísimo, por las revelaciones á que daba lugar este negocio eminentemente escandaloso y criminal. En carta de 20 de Abril de 1761 empieza á tratar con Nectoux de este grave asunto, y le dice: «No se me oculta el pésimo estado de las cosas espirituales y económicas de la Martinica: nada he omitido para remediarlas; pero cada dia han surgido impedimentos que han destruido mis consejos, áun después de empezarse á realizar.» Añade, «que habia nombrado cuatro visitado-

res sucesivamente para América, y que por circunstancias desgraciadas ninguno de ellos habia recibido sus cartas ó las habia recibido tarde, y que rogaba á Dios no sucediese lo mismo al quinto que habia nombrado.» Que, como á los otros, habia mandado y encargado á éste, se dedicase á remediar unos y otros males, vendiese fincas, y pagase á los acreedores de cualquier modo, encaminando á Europa al P. Antonio (Lavalette). Por último, que nada habia omitido para conjurar estos males, lo cual ya se habria verificado si la guerra marítima no lo hubiese impedido. No sé lo que pasa ó se piensa en Paris, y no veo claramente el partido que he de adoptar, sin gran peligro, al extremo que han llegado las cosas.» Más adelante exclama: «¡Conozca Dios á los que fueron causa del mal, ó á los que no impidieron su progreso, y no siguieron mis consejos, que áun no siendo órdenes, habrian impedido los peligros que ahora tememos!.... No alcanzo lo que Dios quiere de la Religion y de mí, á quien tan justísimamente rodea de tantas amarguras (1).»

En carta de 29 del mismo mes, dice á Nectoux: «que cuando la Divina Providencia dispuso complicar á todas las asistencias de la Compañía en Francia, en el enojosísimo negocio de la mision de Martinica, y emplazarlas para pagar las deudas contraidas por el P. Antonio Lavalette en nombre de la mision, le habia trasmitido una copia de las cartas que sobre este asunto habia escrito el padre provincial de Francia: puesto que litigándose con las asistencias del reino, debe estar enterado de todo, y de su opinion, así como de lo que quiere se diga en su nombre al Parlamento de Paris. Tambien le manda copia del nombramiento de Procurador general que hace en favor del padre provincial de Francia, y le exhorta, ruega y conjura, para que en union de todos los demás representantes de la Sociedad en Francia, procuren defender el prestigio de la Compañía y prevenir su ruina.»

El 20 de Mayo del mismo 1761, le dice: «Se ha dispuesto y mandado, que los bienes de la Compañía en la Martinica se entreguen á los acreedores por las causas que V. R. indica en sus cartas.... ¿Es de admirar (exclama) que los consejos poco religiosos

(1) Ignoscat Deus iis qui vel mala dederant causam, vel progressum non impedivere, meisque consiliis non adquieverunt, cum ne praeceptis agerem, prohiverem illa ipsa pericula quae nunc timemus..... Quid a Religione, quid a me velit Deus qui in tantas angustias conjecit justissime, non video.

de algunos, aumenten mis dolores?» Añade en 27 de Junio siguiente: «Que después de haber oido el dictámen de todos, ha resuelto nombrar á Nectoux Procurador general para este negocio de la Martinica, con facultades ámplias, y sin reconocer otro superior que el General. Le da algunas instrucciones cardinales que ha de seguir, debiendo consultar á los cinco provinciales del reino de Francia. Le manda expresamente deliberen todos juntos si convendria mandar un comisionado á Marsella para que transija con los acreedores, y designa al P. Gabriel Prost, pero al fin lo deja á su eleccion.» Después de otras prevenciones secundarias, señala la conducta que debe seguirse, y dice: «En este dificilísimo negocio debo mandar muchas cosas, unas públicas, otras secretas. Implorareis públicamente el auxilio divino en vuestras deliberaciones, principalmente en las graves, como lo hacemos aquí nosotros por vosotros; negociese con gran moderacion de ánimo este asunto con aquellos interesados que sea preciso tratar; que nádie se irrite; que á nádie se dé motivo de ofenderse; que no se adopte ninguna medida precipitadamente, sino con ánimo tranquilo y maduro exámen; manifiéstese á todas las provincias igual cariño; por lo que si fuese necesario pedir consejos particulares, pídanse á personas que no sean sospechosas, que no sean de imaginacion ardiente, que no inspiren prevencion á las partes, y que se guien por la aficion al Instituto y por el bien comun, no por afecciones privadas ó por cuasi enemistad. Manda se le dé cuenta de todo sin ocultarle nada, y que se le obedezca fielmente, porque si así no se hiciera, Dios no los iluminaria en sus consejos, y el mismo San Ignacio, vigilante en la obediencia y caridad y vengador de la inobediencia, anularia lo hecho.»

En cuanto á las instrucciones secretas, previene: «Que ante todo se concilie la transaccion con los acreedores, y que se procure obtener una dilacion con las condiciones más equitativas que se pueda. Para conseguirlo, deberá echarse mano de personas extrañas á la Compañía, pero que sean sus amigos fieles y peritos, por medio de los cuales se transijan los créditos en Marsella y en las demás ciudades de Francia. Para pagar los créditos deberán empeñarse ó venderse los bienes no sólo de la mision de Martinica, sino los de las demás misiones: si esto no bastase, deberán empeñarse, ó sino venderse, los bienes inmuebles comunes de las provincias de Francia, y por último los de los colegios y casas de la Compañía.»

Encarga al P. Delamarche de todo lo perteneciente á los bienes de la Martinica y demás islas, como visitador de ellas. Previene que las ventas se hagan con toda precaucion y con la mayor utilidad posible en medio de las dificultades de la guerra; pero introduce la siguiente cláusula preceptiva. «Cuídese, sin embargo, de no privar á las misiones de los recursos suficientes, de modo que puedan perecer, porque esto, ni quiero, ni puedo quererlo sin dañar mi conciencia. En todo lo que las circunstancias permitan, (añade) y aprovechando ocasion oportuna, se debe suplicar al Rey, que privada la Sociedad de casi todos sus bienes en Francia, no permita su completa ruina, y que el error de algunos no redunde en fraude de todos: pero cuidando con gran diligencia de no importunar demasiado la régia benignidad.»

Esto es lo principal que resulta de la correspondencia de Ricci en el escandaloso negocio de la quiebra de Lavalette. La Compañía era vivamente atacada en Francia por los Galicanos, Jansenistas y Enciclopedistas, y sostenida únicamente por el partido llamado de los *Devotos*, y á su frente Mme. Louise, hija del Rey. El proceso Lavalette puso á los Parlamentos en el partido de los enemigos de los Jesuitas, resonando en su recinto todas las quejas, injurias y diatribas contra la Compañía. El Duque de Choiseul y los demás Ministros eran tambien sus adversarios. No deben, pues, admirar los temores de Ricci por la existencia de la Sociedad en Francia y que preveyese su ruina. Sin el proceso Lavalette habria sido difícil decidir al rey á que decretase la expulsion; por eso Ricci se dedica cuidadosamente á disminuir los malos efectos de este desgraciado y fatal negocio, procurando se pague á los acreedores, aconsejando la dulzura á fin de no suscitar nueva queja y transigir en todas partes, valiéndose de personas que pasen por imparciales y de buena opinion, pero que sean amigas del instituto jesuítico. Aunque los Tribunales hubiesen declarado comprometidos todos los bienes de la Compañía en Francia, al pago de las deudas de la mision de Martinica, nunca habrian faltado medios á los Jesuitas para eludir en gran parte estos compromisos; pero Ricci no quiere se usen otros que los de la dilacion para sacar mejores condiciones, estando siempre en ánimo de pagar y no defraudar á los acreedores. Obsérvese, sin embargo, una circunstancia que manifiesta y pone en descubierto al Jesuita á costa del hombre honrado. Páguense las deudas de la Martinica, dice, con

los bienes de su mision, de los demás de América y de los de la Compañía de la misma Francia; pero si del pago de estas deudas pudiese resultar la supresion de las misiones por falta de recursos, entónces no se pague, porque la existencia de la Compañía y de sus misiones es ántes que todo, y mi conciencia me prohibe permitirlo. Aquí se ve que la conciencia de un Jesuita no es del mismo género que la de los hombres de bien que se arruinan y condenan á la miseria con sus familias ántes que dejar de cumplir sus compromisos y pagar sus deudas, mayormente cuando provienen de operaciones mercantiles, como provenian las de Lavalette, dedicado al comercio contra los Estatutos de la Compañía, cuyos superiores lo sabian, toleraban y animaban, lucrándose con las estafas, robos y demás excesos cometidos por el Prepósito de la Martinica. Ricci no aparece enteramente censurable en este negocio, pero en él domina el interes de la Compañía sobre las más triviales nociones de moral.

*(Se concluirá.)*

CAYETANO MANRIQUE.

# OBSERVACIONES

## HISTÓRICO-LEGALES

# SOBRE ALGUNOS HECHOS DE FERNANDO I.

En el último tercio del siglo X, vemos por doquiera vencidos y humillados á los cristianos de España; pero las luchas, disensiones y consiguiente disolucion del Califado de Córdoba, dan nuevo impulso en el siglo XI á la reconquista, que avanza con celeridad hasta entónces no vista, merced, no sólo á tales circunstancias, sino tambien al denuedo, perseverancia y sagaz política de monarcas como Fernando I y Alfonso VI de Leon y Castilla y Sancho Ramirez de Aragon, y al valor de guerreros como el Cid Campeador y Alvar Yañez. De las empresas y conquistas de Fernando I he de tratar brevemente con la mira de dejar en su punto la verdad en algunas cosas en que se ha ocultado, bien que no á todos, á muchos eruditos nacionales y extranjeros.

Por el Occidente de España ó *Algarbe* tuvieron principio estas conquistas, siguiendo el camino ya indicado por anteriores monarcas leoneses como Alfonso V, muerto sobre Viseo en 1027, y Bermudo III, de quien nos dice el *Cronicon Conimbricense* que hizo algunas excursiones en la *provincia de Portugal*, y aun tomó prisionero al rey que llama *Cimeia* el Cronicon, y que acaso no sería más que un gobernador; bien que con notable error de fecha en todo esto, pues se coloca en la era 1083, esto es, en el año 1045, cuando es cosa averiguada, sin duda ninguna, que Bermudo murió en 1037 peleando en el valle de Tamaron contra Fernando de Castilla, su cuñado, y García de Navarra. Fernando comienza sus

empresas por la conquista de Sena; toma á continuacion á Viseo, Lamego y Coimbra (respecto á la cual ocurren dudas que luego he de examinar); vuelve después sus armas hácia otros lugares y fortalezas del Duero, como San Estéban de Gormaz, Vado de Rey y Berlanga, de que se apodera; cerca á Talamanca, que parece no logra rendir; toma algunas otras poblaciones; sitia apretadamente á Alcalá de Henares, poniendo al Rey de Toledo Yahay-al-Mamum en el trance y caso de rogarle que levante mano en la devastacion de su reino, ofreciéndole espléndidos regalos, y obligándole con ponerse á sí y á su reino debajo de su poder y amparo. Encamínase luego al reino de Sevilla, el más ancho y opulento de los mahometanos; le hace la guerra con rigor extremado, forzando al Rey Al-Motadhid-ben-Abbad á ofrecerle tributo y el cuerpo de Santa Justa. Y por último, recorridos el Occidente, el Centro y Mediodia de España, vuelve sus armas hácia el Oriente con su acostumbrada furia, invadiendo el reino de Valencia, cuya capital sitia y está á punto de rendir, causando á los Valencianos deshecha derrota en una emboscada que les previno cerca de Paterna; bien que acometido de su última enfermedad, tuviera que regresar á Leon, donde á muy poco dió el alma.

Concuerdan en esto casi todos los escritores, conformes con el testimonio de las crónicas cristianas, y de los manuscritos y memorias arábigas; pero en el órden de los acontecimientos y en las fechas de cada uno se advierte variedad lastimosa é incomprensible en versiones. Juan de Mariana coloca en 1039 las conquistas de Sena, Viseo y Lamego, y en 1040 la de Coimbra (1). Narra á continuacion las restantes empresas de aquel rey hasta 1053, en que coloca la traslacion del cuerpo de San Isidoro, entregado por Al-Motadhid en vez del de Santa Justa, y la derrota y muerte de García de Navarra en Atapuerca; y por último, pone á fines del reinado de Fernando, muerto en 1065, su expedicion á los Celtíberos y al reino de Valencia. Fray Prudencio de Sandoval (2), coloca en 1038 las conquistas de Sena, Viseo y Lamego, y en los años inmediatos las de otros lugares y fortalezas entre el Duero y el Tajo, y la entrada en tierras de Toledo. Después de la guerra con García, pone la expedicion á Sevilla y la traslacion del cuerpo

(1) Historia de España, lib. IX, cap. 11.
(2) Historia de los Reyes de Castilla y Leon.

de San Isidoro en 1063, y la toma de Coimbra en 1064, refiriendo á continuacion y como última de Fernando, la guerra de Valencia en 1065, año de su muerte.

Pero esta narracion y órden no satisfacia á los eruditos, porque introducia confusion en la historia de Fernando I, y no se compadecia con el testimonio más autorizado y verídico que pudiera darse: Quien lea, en efecto, el *Cronicon* del Silense (1) verá estas palabras: «Fernandus itaque Rex *talibus impeditus* (por los rebeldes ánimos de algunos magnates, y la envidia de su propio hermano García) *spatio sexdecim annorum* ultra suos limites nihil confligendo peregit» palabras que demuestran el error de poner el comienzo de las conquistas de Fernando en 1038 ó 1039, ora se cuenten estos dieciseis años desde 1035, en que por muerte de su padre, Sancho el Mayor, entró á reinar en Castilla Fernando I, ora se cuenten desde 1037 en que, por muerte de su cuñado Bermudo III, entró á reinar en Leon. Forzoso es asimismo tener en cuenta que el Silense parte siempre del año en que Fernando comenzó á reinar en Leon, y que incurre en el yerro de suponer que este fué el de 1038, cuando consta que Bermudo III murió en 1037, por su epitafio en San Isidoro de Leon, y que este mismo año reinaban en Leon Fernando y su mujer Sancha, hermana de Bermudo, por la escritura de donacion del lugar de Tela, que estos reyes hicieron al monasterio de Arlanza y que cita Sandoval (2). Contando dieciseis años cumplidos desde el de 1038, échase de ver que no hizo Fernando I guerra á los Musulmanes hasta acabado el de 1054.

Don Modesto Lafuente, en su leida y celebrada *Historia general de España* (3), coloca en la primavera del año 1055 la primera expedicion de Fernando, con la toma de Sena; las conquistas de Viseo y Lamego en 1057, y en 1058 la de Coimbra. Refiere al año 1059 las entradas en las comarcas vecinas al Duero, y al de 1060 las luchas en el reino de Toledo, narrando la expedicion al de Sevilla como acaecida en 1062. Coloca en 1064 la entrada en la provincia *celtibérica*, y á continuacion, ya en 1065, sin duda, la batalla de Paterna y sitio de Valencia. Esta narracion de los su-

(1) Florez. *España Sagrada.* T. XVII.
(2) Historia de los Reyes de Castilla y Leon.
(3) Parte II, lib. I, cap. XXII.

cesos tiene á su favor el testimonio del Silense, y, en lo sustancial, todos los de más valia. Fernando no guerreó contra los Musulmanes por espacio de dieciseis años, ni por consiguiente hasta después de 1054. El Silense, á más de esto, nos dice que emprendió la guerra contra los Infieles, terminada la primavera del año siguiente al de la muerte de su hermano García de Navarra, que no es dado poner sino en 1054 (1), pues el mismo cronista la refiere en el citado año. Así que en punto á lo más principal de estos sucesos, no cabe negar el acierto con que los narra y ordena Don Modesto Lafuente. Por lo que mira á las conquistas de Viseo, Lamego y Coimbra, sigue la autoridad del padre Florez, desviándose tambien, en cuanto á la última, del parecer de Sandoval, que, como ya he dicho, la supone acaecida en 1064. En lo de la expedicion á la provincia *celtibérica* sigue en parte al Silense, y en lo del cerco de Valencia y derrota de Paterna, el testimonio de Ebn Bassam en su *Dragisa* (2).

Por lo tocante á las fechas en que fueron tomadas Viseo y Lamego, no procede debate alguno, cuando el Silense narra su conquista á continuacion de la de Sena, pero sin expresion del año; y de la conquista de Coimbra no es mi ánimo resolver la disputa que aún existe, atento que son fuertes las razones con que Florez, desviándose del testimonio de Sandoval y del comun sentir, la coloca en 1058, y que no conozco las *disertaciones críticas y cronológicas* de Ribeiro *sobre la historia y jurisprudencia de Portugal*, en las que, dice Dozy, claramente se demuestra haber sido tomada Coimbra en 1064. De las restantes empresas y conquistas de Fernando I, tampoco es dado todavía incluir las fechas precisas: trabajo que pide la atenta comparacion de las crónicas y documentos cristianos con el de las historias arábigas. Baste con que, hasta ahora, tengamos la de D. Modesto Lafuente por la más verídica y bien entendida relacion de estos sucesos, bien que haya de confesarse que el frances Cárlos Romey (3), en lo más sustan-

(1) Fernandus Rex postquam mortuo fratre et cognato, omne regnum suum sibi sine obstaculo subactum videt; jam securus de patria reliquum tempus in expugnandos Barbaros et ecclesias Christi corroborandus agese decrevit. Igitur *transacto hyemali tempore, æstatis initio... Portugalem profectus est... primo impetu oppidum Sena cum aliis circumparentibus castellis invadit.*—Silens, *cron.*

(2) Man. de Gotha, cit. por Dozy.

(3) Histoire d'Espagne depuis les premiers temps jusqu'à nos jours.

cial los refirió en idénticos términos, á causa de lo mucho que en todo se somete á la autoridad de Florez.

Por escribir ántes que Lafuente no es maravilla que el Conde de Circourt en su *Historia de los Mudejares de España*, prosiga en 1038 la conquista de Sena, primera entre las de Fernando, siguiendo, sin más crítica, el dicho de Sandoval, bien que hubiera podido leer y tener más en cuenta de lo que lo hace, á su compatriota Romey. Pero no es únicamente entre los extranjeros donde continúa adoptándose la relacion del Obispo de Pamplona: este error persevera aún entre nosotros. Don José Amador de los Rios estampa en su excelente *Historia crítica de la Literatura Española* las siguientes palabras: «Imitando el nobilísimo ejemplo dado por el fundador del reino de Castilla en las regiones occidentales que arranca denodado á la pujanza de los Mahometanos (Sena, 1038), dejaban estos por segunda vez de ser vendidos como esclavos *sub corona*, al sucumbir vencidos, entrando, con la antigua raza mozárabe, á formar parte de los vasallos de los reyes (1)» y D. Francisco Fernandez y Gonzalez, en su Memoria sobre el *Estado social y político de los Mudejares de España*, premiada por la Academia de la Historia, da noticia de las conquistas de Sena, Viseo y Lamego en el mismo año de 1038; de suerte que á nádie parecerá excusada tarea la de desvanecer un error perpetuado hasta nuestros dias y por tan doctas personas autorizado.

Dejando aparte la relacion de estos sucesos, hecha por Juan de Mariana, infiérese, de lo que dicho llevo, que el adoptar la de Sandoval ha sido la causa de tal yerro en los escritores posteriores, no descubriéndose otra que á ello pudiera inducirles. Fióse el buen Obispo de un diario del maestro Andrés de Resende y anticipando con tanto exceso las primeras conquistas de Fernando, puso entre estas y las siguientes, á que por punto general asigna sus verdaderas fechas, largo tiempo, contra el testimonio del Silense. Segun éste, divídese el reinado de Fernando I en dos períodos bien distintos y determinados: el primero de cuidados interiores en que Fernando se ve estrechado á hacer guerra á su cuñado y á su hermano, y á entender, sobre todo, en sosegar y atraerse los mal seguros ánimos de los Leoneses: el segundo, de guerra contínua con los Musulmanes, en que sólo da al reposo brevísimas

(1) Tomo II, pág. 168.

temporadas. Extiéndese el primero desde 1035, año en que comenzó á reinar en Castilla, bien que ántes, desde 1032 por lo ménos, tuviese nombre de rey, hasta 1054, año de la rota y muerte de su altivo y desasosegado hermano García de Navarra en los campos de Atupuerca: abraza el segundo desde el siguiente de 1055 hasta el de 1065; año en que, á 27 de Diciembre, dia mártes, pasó de esta vida el Rey de Leon y Castilla. El Silense no mezcla ni junta en ocasion alguna los sucesos propios de uno y otro, ni con él á la vista es posible confundirlos. De varios sucesos no dice, á la verdad, las precisas fechas; por lo cual ha dado materia á las investigaciones de los eruditos y dejado pendiente la disputa sobre la que debe asignarse á la conquista de Coimbra. Mas lo principal en esto es la distincion entre ámbos períodos, ántes referidos, y por la cual no es posible fijar la conquista de Sena ni otra alguna en los comienzos del reinado de Fernando, ni intercalar entre unas y otras las desavenencias y guerra de los dos reyes, el de Navarra y el de Castilla. Los escritores todos defieren al testimonio del Silense, y así no es razon apartarse de él en punto de tanto interes.

Punto de interes digo que es este, porque segun se adopte una ú otra version, cambia de faz el reinado de Fernando I. Pintar desde los primeros años al Monarca castellano en guerra con los Moros: interrumpir ésta á lo mejor y sin dar la razon de ello: colocar entre unas y otras expediciones taras tan graves y pacíficas como el Concilio de Coyanza (1050) y domésticas discusiones como las habidas con García de Navarra, dan al curso de este reinado aspecto muy diverso del que ofrece ateniéndose á la narracion del Silense. Fernando no emprendió ántes de 1055 sus expediciones contra los Musulmanes, por estorbárselo poderosos obstáculos. Tales fueron la guerra que en 1037 le movió á deshora su cuñado Bermudo de Leon y la encendida con su hermano García de Navarra en 1054. Sin esto, hubo de tener á la contínua desabrimientos con gentes de poder y valía, y aun temores de mayores cosas. Decidióle á guerrear con los Moros el tener todo su reino sometido y pacífico; y comenzadas ya sus terribles invasiones en los dominios de los *reyes de Taifas*, no levantó mano ni las puso fin sino con su muerte. El estado de su reino, sus relaciones con los demas reyes cristianos, sus deudos todos ellos, y hasta su carácter y personales prendas, se revelan de diferente modo en cada cual de las

dos versiones. Por esto no es cosa baladí ni siquiera asunto reservado á la erudicion exquisita el esclarecimiento de estas cuestiones.

Lo último es causa de que no piense en este lugar en discutir y verificar las fechas en que fueron conquistadas cada una de las muchas poblaciones de cuenta arrebatadas por Fernando I á los Musulmanes, y de sus numerosas expediciones contra ellos. Aceptado el punto principal, que es el de sus comienzos, y siguiendo el comun parecer sobre el órden de tales acontecimientos, no es asunto de gran monta para los no eruditos de profesion, el averiguar si fué tomada, por ejemplo, Coimbra en 1058 ó en 1064. Que el Rey de Leon y Castilla fatigó primero con sus armas el Occidente de la Península, después el Centro y Mediodía, y el Oriente á la postre, es cosa averiguada y en que no se ponen dudas; y que en estas empresas no hubo interrupcion de largo tiempo, ha sido mi ánimo demostrar, y creo haberlo conseguido.

No siendo mi propósito dar raras noticias con el testimonio de libros peregrinos ó archivados documentos, sino desvanecer una opinion muy extendida, no he entrado en el exámen de otros escritores, por juzgar más acertado ceñirme á los muy conocidos, y que, puede decirse, andan en manos de todos. Como los libros á que me he referido corren áun entre los que no hacen profesion de doctos y escudriñadores de verdades históricas, fácilmente pudiera engendrar en el ánimo de los lectores confusion no pequeña, sobre todo al ver en los posteriores á la historia de Lafuente que se apartan de su relato escritores eruditísimos y renombrados. Dar la razon á quien la tiene y explicar la divergencia de los demás, ha sido mi único intento. De esta manera no se lastima la verdad histórica ni padece el crédito de los que han incurrido en el error que combato.

Dejando aparte la narracion de Juan de Mariana, cuyo precioso libro siempre se ha estimado más como selecta obra literaria y riquísimo tesoro de avisos y documentos políticos, que como historia exacta y verídica de los sucesos, es fácil advertir que ni Sandoval, que autorizó y divulgó la relacion de estos hechos, aquí censurada, ni los que después de él han escrito, siguiendo sus huellas, son merecedores de crítica acerba y rigorosa. ¿Quién podrá tachar de escritor ligero y propalador de desaciertos al insigne Obispo de Pamplona, tan diligente en la averiguacion de la verdad y en allegar los más raros y peregrinos documentos para su estudio y com-

probacion, sin perdonar fatiga para escudriñar los pasados sucesos en antiguos libros y memorias, privilegios, diarios é inscripciones? Abundan en el dia los materiales para el conocimiento de la historia, si se compara nuestra edad con aquella en que vivió el docto Sandoval, y otro inferior en diligencia y saber puede notar yerros en que hubo de caer, sin culpa ni negligencia por su parte. Su más preciada obra, que es la *Historia de los cinco reyes*, es acabado modelo de extraordinaria y bien digerida erudicion histórica, bien que el libro todavía en sí tenga algo de crónica que le impide llegar á la altura y dignidad de la historia. Si en él se advierten omisiones ó inexactitudes, recuérdense los aciertos, y no se dé al olvido el inmenso trabajo con que el autor pintó, ordenó y publicó las noticias de que hoy todos disfrutamos.

Los que en el punto de que aquí se trata le han seguido en todo, gran disculpa tienen, y nádie podrá censurar con rigor extremado el que se adhieran á voto tan calificado y de tanto peso como es el del insigne Obispo de Pamplona. El dicho y parecer de escritores de tal valía arrastran á los que en ellos estudian, sin que sean poderosos á estorbarlo, y son muchos los casos en que un historiador de fama ha inducido á error á los más sagaces y despiertos. De haber pasado por alto el testimonio del Silense ó haberle tenido en poco, es de lo que puede tachárseles únicamente; pero áun en esto hay que tener presentes ciertas circunstancias que en manera alguna son para olvidadas.

Es frecuente en Sandoval apoyarse, al historiar los hechos de los cinco reyes, en documentos y aun crónicas de nádie conocidos al presente, de modo que pueden darse por perdidos. Como no es lícito tenerlos por ficciones del buen obispo, es con esto mayor la adhesion que á su testimonio se presta en todo, al punto de que pasan por ciertos sucesos y cosas del siglo XI por aquél referidas, y de que se ignoran los datos primitivos y fehacientes (1). Así que, á pesar de no ser igual este caso, no es maravilla que aun entre muy eruditos se peque por conformarse con el testimonio de

(1) Sirva de ejemplo lo siguiente. En la historia del Rey *Don Alonso el VI* cita con frecuencia Sandoval al Obispo Don Pedro de Leon, cuya crónica no es hoy conocida, y apoya en su autoridad la narracion de varios hechos, el de la batalla de Salatrices, habida con los Almoravides en 1106, entre otros, en la que salió mal herido Alfonso VI de una pierna, de que aún no estaba curado al ocurrir en 1108 el tremendo desastre de Uclés. Escritores

Sandoval, y es muy de alabar que algunos hayan dado en el blanco de la verdad recurriendo á otros datos y juzgándolos con acertada crítica. Don Modesto Lafuente, aunque no el primero, siguió este camino en el punto de que se trata, y su narracion tengo dicho que es la mejor y más bien ordenada de cuantas se hallan en los libros más conocidos y usuales entre nosotros. Notar los aciertos es grata tarea, y débese tributar aplauso á los escritores que contribuyen al esclarecimiento de la verdad histórica. Si álguien tiene por cosa de poco precio y por demás fácil y llana el haber escrito de estas guerras y conquistas al modo de Lafuente, recuérdese que no mucho ántes y después de él, se han referido de muy diverso modo y por personas doctas: lo cual aumentaria la estimacion en que debe tenerse.

Dedúcese de cuanto dicho llevo que en la historia del insigne Fernando se advierten diferencias de consideracion en los escritores de más nota, por lo tocante á las fechas que asignan á sus guerras con los Musulmanes: que sobre todo en lo relativo á las primeras y más antiguas, Sandoval y los que le han seguido, difieren notablemente de los que, como Romey y Lafuente, se atienen al testimonio del Silense y á la autoridad de Florez: y que estos últimos llevan razon y están en lo cierto, pues todos, sin excepcion, tienen el del Silense por testimonio irrefragable en las cosas del primer Fernando; de suerte que el fallar en contra más procede de inadvertencia y no tenerlo presente, que de desecharlo por razones y argumentos de peso. Aún queda larga tarea á los amantes de la verdad histórica, en los acontecimientos del siglo XI, tan fecundo en ellos por muchos y diversos estilos; pero á mi juicio quedará siempre como indisputable que Fernando I no comenzó á guerrear contra los Moros hasta 1055, y que perseveró en ello sin cesar hasta su muerte. Los que en adelante escriban, deberán tener muy en cuenta la narracion del Silense, sin salirse del camino seguido por Lafuente.

---

de nota estiman esta batalla como caso verdadero, y defieren al dicho de Sandoval, sin tener á la vista la antigua memoria que le sirvió de fundamento. V. Dozy, *Recherches sur l'histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen âge.* —Lafuente, *Hist. gen. de Esp.* part. II, l. II. c. III.

EMILIO ARJONA Y LAINEZ

# EURICO,

## POEMA DE ALEJANDRO HERCULANO.

El nombre de Alejandro Herculano es una gloria de la raza latina. Sucesor de Tácito, bien puede comparársele con él, no sólo por la identidad del estilo, por lo severo de sus juicios, y por la fiel exactitud con que al hablar de los hechos los describe y comenta, analiza y juzga, sino además por la energía con que anatematiza á la sociedad en que vive, y la grave austeridad con que á manera de profeta de antiguos tiempos legendarios condena á sus coetáneos al más profundo desprecio, y trata de corregir sus vicios por el cauterio, sin curarse de halagar en nada las vanas y pueriles hinchazones patrióticas, tan perjudiciales á los propios, como ridículas y grotescas á los extraños ojos. Así como el gran historiador de los Germanos, en aquellos ciclos de decadencia, en que los Emperadores, asentados en trono de oro, con diadema de estrellas coronada la cabeza, imprimian su innoble planta sobre la encorvada espalda del abyecto plebeyo, hacianse servir en los más bajos oficios por los orgullosos patricios, engalanados con las más ricas preseas, solícitos á su voluntad, y viviendo sólo de su aliento, y no contentos con erigir en su lecho un ara impura donde todas las liviandades se consagraban, deshonradas y prostituidas las matronas, elegian por concubinas á las deidades olímpicas, y celebraban bodas con las celestes majestades del Asia y del Africa, instituyendo fiestas á la conmemoracion de tamañas impiedades, en medio de la bacanal de todos los romanos pueblos, levanta poderoso su voz de trueno, y con su vibrante palabra azota al vi-

cio, conmueve en sus más hondos misterios la dormida conciencia, maldice al César, afrenta al innoble cortesano, hace teñir con el carmin de la vergüenza el rostro del descendiente de los aguerridos soldados de Gracco y Mario, y de los honrados ciudadanos del Aventino, increpa duramente á los asalariados del Pretorio, miserables instrumentos de la tiranía, y viles conspiradores contra Roma en provecho suyo y de sus torpes compradores, é indignado y arrogante vuelve los ojos á aquellas indisciplinadas huestes que con la rota de Varo causaron la muerte á Augusto, y en tan grave aprieto ponian á los infames ó débiles descendientes de su casa, como única salvacion para la humana sociedad, y justo castigo de la indignidad á que los suyos, por la pendiente de la mayor de las ignominias arrastrados, llegaran; del mismo modo, y por semejante manera, el insigne historiador de Portugal, convencido de liberalismo, y declarado enemigo del jesuitismo y la *mogigatocracia*, severo y firme, dechado de probidad y de ciudadanos modelo, viendo que la pureza del régimen constitucional se enturbia á causa de mezclarse con las cenagosas aguas que la corriente del egoismo y del interes y de la ambicion incomensurable arrastra, que la moralidad de la familia, puesta al contacto de las prostituidas costumbres de nuestra época de transicion, baja de su alto sólio para confundirse entre tantos falsos ídolos como la hipocresía levantar pretende, que la energía del carácter se afemina y debilita prestándose éste á oir con sonriente complacencia palabras de oro que la general venalidad en sus oidos vierte, y que á compas que el lujo asiático asciende, sin proporcion alguna con el capital que le sostiene, que la inmoralidad crece, que el valor de la honradez se sofisma con mentidas excusas indignas de generosos pechos, que la vida pública se desvirtua, y que en ella la confusion, la informe amalgama de encontradas ideas puestas á servicio de insaciables apetitos, la inseguridad, y el malestar, reinan sin rival ni correctivo, con varonil entereza, al propio tiempo que rinde á su pátria el culto de amor que á toda alma sana inspira, levantando sobre el pedestal de su grandeza, el imperecedero é incomparable monumento de su historia, sin piedad y sin temor sacude con violenta mano el látigo de la crítica y de la censura sobre la corrompida generacion que le escucha con fingida indiferencia, aunque con verdadero temor, y renegando de tanta abyeccion y más aún de los vanos alardes de independencia que los depreda-

dores de la política, y los especuladores del patriotismo de contínuo hacen, ataca rudamente á la nacion, á la que con su génio tanto enaltece, y condensa en estos versos de su soberbia composicion *Semana Santa* intitulada, su altivo pensamiento en formas diversas, y de distintos modos expresado, en sus diferentes y todas magníficas obras :

Minha patria onde existe? Ela somente
oh! lembrança da patria acabrunhada,
un suspiro tambem tu me has pedido
un suspiro arrancado aõs seios d'alma,
pela offuscada gloria é pelos crimes
dos homes que hora são e pelo oprobio
das mas ilustres das nações da terra,
A minha triste patria era tan bella
e forte e virtuosa, e ora o guerreiro
o sabio e o homen bon acolá dormen.
Acolá nos sepulchros esqueçidos
que á sus netos infames nada contan
da antigua honra é pudre antigos feitos
o esclavo portugues agrilhoado,
carcomirselhes deixa juncto as louças
os deccepados troncos desse arbusto
por mão delles plantado á liberdade
é por tiranos derribado en breve
quando patrias virtudes se acabaran
como contio da infancia. . . . . .
e zem como un cadaver ja corrupto
á nação se disolve: e en seu letargo
ó povo envolto na miseria dorme
. . . . . .

Alejandro Herculano es un gran historiador, conciso, verdadero, enérgico en el pensamiento y la expresion; gran filósofo, conocedor del corazon humano, y sábio escalpelista de sus pasiones, como de la alta providencial razon que los hechos humanos preside, y de los que deduce multiplicadas consecuencias; y nervioso y sublime poeta, no en conceptos delicado, ni sutil en la forma, que los sonidos de su lira no se asemejan á los que la brisa arranca á la lira eólica al vibrar en sus cuerdas, sino severo, grandílocuo, imponente, profético, tempestuoso, lenguaje mitad de monje, mitad de escéptico, frio como la duda unas veces, brioso como la juventud otras, no pocas solemne y majestuoso como el desierto. El historiador es más gigantesco que el poeta; por eso el cantor

de la *Semana Santa* ya citada, de la *Arrabida*, famosa composicion en la que comparando la vida del campo con la de las ciudades, dirígelas una increpacion que recuerda y trae á la mente aquella sublime del profeta, como rayo abrasador sobre las montañas de Gelvoé lanzado, y de la *Cruz mutilada*, emblema místico bajo el que cubre y santifica la libertad, adquiere mayor boga, y logra estrepitoso aplauso, cuando entrando por el campo de la leyenda, á la clara luz de la verdad histórica, en prosa viril y correcta, vuelve á la vida antiguas épocas y remotos personajes, levanta derruidos castillos y hace saltar de sus tumbas renombrados guerreros, y engarzando en la corona de laureles á la *Abobada*, el *Monge del Cister* y *Mestre Gil*, el inapreciado brillante de su *Eurico*, lega con su nombre y su *Historia* un nuevo imperecedero monumento que Walter Scott le envidiara por su verdad y Cervántes aplaudiera por su lenguaje.

Como género de transicion es la novela difícil y espinosa. El arte y la ciencia, la imaginacion y la razon, lo espontáneo y lo reflejo, divídense el imperio, y no lidian batalla, sino que se hermanan y auxilian, lo que hace más difícil su cultivo. La novela no es la poesía, mas tampoco es la ciencia; no es la manifestacion pura del ideal estético, y no es á su vez la expresion completa de la verdad; pero como que es todo esto á la vez de modo armónico y concertado, quien en su ancha é ilimitada esfera se mueve, si airoso ha de salir de su empresa, necesita unir, á las poco comunes dotes de poeta, las de pensador severo y espíritu científico, que con tan rara frecuencia se dan por igual en el hombre. Y si de la novela en general, pasamos en particular á la *histórica*, reviste su culto caractéres tan determinados y relevantes, y tan dignos de estudio, como poco comunes. En ella, fuerza es retratar fielmente un período histórico, particularizando, puntualizando con exactitud su manera de ser, y la forma peculiar que se le asigna; los personajes han de ser los mismos que la tradicion nos presenta, con su propio ropaje, su misma fisonomía, su lenguaje característico; la accion no ha de contradecir la verdad del hecho, ni ha de estar desprovista, al ser estudiada en su desenvolvimiento, de esa crítica filosófica tan indispensable, y sin la que toda expresion de ella pierde su legítima importancia; y al mismo tiempo, sin que dañe á la fidelidad y á la razon, debe el autor derramar á manos llenas esas fragantes flores que sólo crecen en imaginacio-

nes ardientes, oreadas por las auras de la poesía, sin las que el hecho no pasa de recuerdo frio, la accion no es sino enfadosa narracion de antiguos cronicones sólo digna, y los personajes con sus pasiones, sus luchas, sus amores, sus rivalidades ó sus ódios no llegan á otra cosa que á sutiles y mal delineadas sombras, heridas un momento por un rayo luminoso, que se pierden como en linterna mágica, dentro de la niebla densa que á la cámara oscura aprisiona. El novelista, por tanto, es poeta é historiador, filósofo y autor dramático. Herculano en su *Eurico* es todo esto; es el poeta arrogante, pindárico, que en cada frase encierra un afecto, y en cada línea hace palpitar una viva é interesante oposicion de caractéres y pasiones, todos enérgicos, y bien sostenidos todos; es el historiador, discreto narrador, pensador profundo, espíritu analítico que todo lo descompone y desentraña, resurgiéndolo á la vida sin despañar su propio colorido; es filósofo severo y razonador, para quien los hechos dentro de sí propios muestran clara y positivamente, tanto la causalidad que los engendra, como las consecuencias que derivan; y es autor dramático, gran conocedor de los afectos humanos, que con arte notable contrapone, y entre los que sabe empeñar viva y animada lucha, mediante que las situaciones crecen en interes, y mantienen preso de simpatías al lector, que subyugado por el altivo vuelo de la imperial águila, síguela anhelante con la vista hasta perderla más allá de los trasparentes celajes de la azul techumbre. Por eso, porque con tal estudio y tal amenidad está escrita, *Eurico* es una novela que ha de merecer á la crítica estimacion sincera, valiendo á su esclarecido autor justo cuanto espléndido renombre.

## II.

Eurico, noble guerrero, emparentado con Rodrigo, del más alto linaje entre los Godos, hermoso de cuerpo y nada feo de espíritu, ántes por todo extremo inexcedible en tan rara belleza, de voluntad firme y energía indomable de carácter, en vano pretende reducir á partido al obstinado padre de Hermengarda, Favila, Duque de Cantabria, una de las mas preciadas joyas de la corte de Toledo, prendada de amores por tan bizarro galan, y á su despecho y en ofensa de su pasion, obediente esclava ante el mandato

paterno que la vedara unir su nombre al del famoso Gardingo.

El infeliz Eurico rompe sus vestiduras, y preso en el cilicio, marcha á *Cartesia*, donde macerando el cuerpo en oracion contínua y en incesante ayuno, no logra aniquilar el fuego vivo de su despreciada pasion, y como *Jocelyn*, siente abrasarse en el humano afecto, en vano tentando por la mística escala ir ascendiendo á costa de dolores, y despojarse en cada peldaño de un giron de la apresadora vestidura con que encarcelara á su alma amor inexorable y mal vencido. ¡Con qué rasgos tan enérgicos, con qué concision tan sublime, junta Herculano los tormentos de su héroe, y cómo con una sola palabra gráfica, elocuentísima, incomparable, hasta en sus más ocultos arcanos, presenta de relieve, sacándola por completo á la luz, sin que la menor niebla la empañe, aquella pasion mundana, que tras largos años de terrible lucha é incesante pugilato, como que rinde y subyuga á la religiosa y divina, á que el infeliz sacerdote abriera todo su sér, ganoso de ser por ella esclavizado, y de obtener merced á su voluntario cautiverio la santificacion de su conciencia con el abandono de sus terrenos delirios!

La vengativa saña de los Witizas, trama indignas conspiraciones contra Rodrigo: el oro de los Arabes no suena mal en los oidos de los descontentos, y monarquía, religion, pátria y honor venden gustosos á la satisfaccion de iras personales y miserables envidias. Eurico, aunque desterrado, no ha sido echado al olvido por su grande amigo Theodomiro, el noble gobernador de la Bética, y el Duque de Córdoba, avisado por él, en nerviosa y admirable carta, á la que contesta con otra no ménos admirable, de los males que á la pátria afligen, y las grandes tormentas que en el horizonte de su futuro van formando añejos ódios y ruines venganzas, siente hervir en su pecho el amortecido vigor de los combates, y decidido y brioso apréstase á los nuevos y sangrientos que prevé. Por última vez cruza las altas sierras, y sentándose en escarpada roca, da al aire con sonora voz los tristes cantos que su melancólica musa y los recuerdos de su perdido amor le inspiraran, y por última vez los humildes campesinos, al declinar de la tarde, precedido de las brumas del crepúsculo, é incendiados sus rayos por el postrer destello del sol poniente, le ven atemorizados cruzar á su lado como temeroso fantasma, que un momento aparece para sumirse á seguida en el nebuloso manto de la cercana noche.

Los Arabes, comandados por Muza, ponen la planta en el sagrado santuario de la pátria; por todas partes se oye el crugir de las armas, el sonar de las trompas, el gritar estridente de las huestes, la voz imperiosa de mando, los cantos guerreros, de tan atrás no oidos, y mal entonados por los legionarios; y en Toledo como en Bríndis, en las ciudades como en las campiñas, en las chozas como en los palacios, la palabra *guerra* repítese en desabrido tono, y todos los corazones laten entre temerosos y esperanzados, y todos los brazos sustentan, trabajosamente en general,—¡á tal punto habia llegado la degradacion de aquellos torpes hijos de briosos conquistadores del imperio!—el pesado y terrible acero, por el orin enmohecido. El momento fatal se acerca; en Crissus, junto al Guadalete, reúnense las enemigas huestes; terríble es el combate, espantoso el cuadro que á mi vista se ofrece; tres dias dura; á la postre, la fiera altivez visigoda cede y se abate; sólo Theodomiro lucha sin tregua, sólo el temible *caballero negro*, aquel incógnito guerrero de enlutadas armas, para quien todo linaje de hazañas y todo heroismo son corta empresa á su valor indomable, y ante el que no hay gumía que se resista ni cimitarra que no se quiebre, es el que no retrocede, ni cae desfallecido, y el único que hasta cerrar la noche no abandona el campo, desaparecido después sin ser de nádie visto, como si el génio de las sombras fuera no ya su protector, sino su siervo obediente, y á su voluntad hubiera inundado de tinieblas los ojos radiantes de alegría y de gloria de los fieros Mahometanos. Es tal la admirable manera por la que describe Herculano tan triste suceso, que todo el que á él quiera asistir, no tiene necesidad más que de leer el precioso capítulo á narrarle consagrado.

La conquista es un hecho; pero la pátria no ha muerto. Los Godos se doblegan al poder de los Sarracenos, las poblaciones abren sus puertas, y las campiñas ofrecen vasto y ameno sustentáculo á las flotantes tiendas de los Arabes. El sol se ha oscurecido, los ojos de los vencidos no ven sino sombras, la monarquía toledana se ha derruido para siempre. Aún hay una esperanza, Pelayo; aún hay un asilo á los desgraciados y bizarros, Covadonga. En las ásperas montañas levántase el santuario de la pátria; si los más cobardes ó ambiciosos sucumben, aún hay España, aún hay corazones honrados y pechos valerosos que á defenderla, una cierta y segura muerte arrostrando, se aprestan, y el vence-

dor, aun en medio de su triunfo, dirige de contínuo sus miradas hácia aquel retiro de la virtud y el patriotismo, y á cada algarada de los invencibles soldados de la tradicion germana, siente enojo mezclado con inexplicable miedo, que al fin le decide á acometerlos sin tregua ni reposo. Reverdece la lucha, enciéndense de nuevo las pasiones, y una nube de sangre empaña el claro cielo de la Península.

En el convento de la *Vírgen Dolorosa*, camino de Leon, acójese la hermana de Pelayo, temerosa de ser víctima de las fieras cohortes del sultan; mas bien pronto las vencedoras huestes encaminan sus pasos á las libres montañas asturianas, y una vez conquistada Leon, caen como hambrientos chacales sobre aquel asilo á la oracion consagrado. Prevenida Chrimilde, la noble abadesa, alienta á las vírgenes del Señor al sacrificio, y arrodilladas ante las sagradas aras, y levantando en armonioso coro himno sublime por el presbítero de Carteia compuesto, esperan resignadas á que el fiero alfanje desgarre sus carnes, y triture sus amantes y místicos corazones. En medio de ellas, vestida de blanco, esplendente de hermosura, con la rodilla en el suelo, y quién sabe si su pensamiento en antiguos y no olvidados amores, y en los rosados lábios el canto sagrado, está Hermengarda, cuya hermosura incendia el alma de Abdalasis, quien la liberta de la muerte, para entregarla prisionera á los innobles eunucos de su serrallo.

Pelayo en Covadonga en vano procura noticias de ella: un dia al declinar de la tarde, y acompañado de Gustilo, guerrero desconocido, pero en cuyas fieras facciones se revela un carácter indomable y un valor invencible, llega hasta él, el bucelario Alfonso, quien, espirante, cuéntale su desgracia y su deshonra. El noble descendiente de reyes llama á los suyos, requiere la espada y exhórtales á seguirle. Todos responden á su llamamiento, todos se disponen á la marcha, sólo uno se opone: Gustilo. Mas cuando tachan con fieras palabras su cobardía, propone, después de descubrir que es el *Caballero negro*, acometer, ayudado de doce desheredados de todo afecto humano, de entre los escasos caballeros de Pelayo, la empresa de arrancar de entre los brazos del hijo de Muza á la hermosa hermana del ilustre Duque de Cantabria. Saucion, indomable guerrero con once de los suyos se ofrece, y Gustilo despídese de su jefe, diciéndole, dentro de ocho dias tendrás á tu hermana ó habrémos perecido todos.

Al resplandor de la incendiada Segisamon, en medio de la noche, vése la tienda del hijo de Muza. La guardia negra vela á su puerta. Cuanto el lujo oriental habia en aquel entónces ideado, ornaba la mansion guerrera del adalid del Profeta. Cantos de fiesta, ruido de platos, perfumes delicados que entre el humo de los pebeteros en himno suave se levantan y desparcen por todo el ámbito, risas estúpidas, concierto de bacanal, en fin. Muza rodeado de sus temibles jefes y de los Godos traidores, se entrega al placer, como descanso del combate. Pasadas largas horas queda solo en su tienda, aparece el jefe de los eunucos, y á poco Hermengarda. Magnífico es el diálogo que entre la honrada dama y el enamorado árabe se trama; resiste aquella, éste suplica primero, más tarde amenaza, y cuando todos los medios empleados son ineficaces, y la noble doncella sale triunfante de todas las pruebas, el implacable amante intenta violentarla. Entónces un caballero, armado de negra vesta aparece. Abdalasis marcha furioso á su encuentro, mas en su camino interpónese el puñal del bizarro guerrero, y el infame islamita rueda por el suelo bañado en su propia sangre. El Caballero negro, que se habia introducido á favor de las sombras en el campo enemigo, asesinando á los guardas desprevenidos, tendido y agonizante el enemigo jefe, coge á la dama, monta á caballo, y de los suyos seguido atraviesa el campamento, y venciendo con engaño la repugnancia de las avanzadas, marcha á escape á las montañas. Pero hay largo y abierto camino hasta llegar á ellas: los Arabes conocedores del suceso, ármanse y siguen á los fugitivos; sus corredores caballos pronto les ponen cási al par de ellos; se necesita un supremo esfuerzo de valor. El Caballero negro ordena á los suyos seguir á la carrera con la hermosa doncella hasta ganar el bosque, y él, bravo y enardecido, vuélvese hácia los seis primeros caballeros alárabes, y empeña desigual y tremenda batalla, con objeto de hacerles perder tiempo y terreno. Su pericia, su ánimo sereno, y su valor bizarro, préstanle ayuda para sostenerse por algun tiempo; pero los enemigos se multiplican, el grueso de la fuerza avanza, toda resistencia es temeraria, y entónces Gustilo, dando á sus contendientes furiosa arremetida, que retroceder les hace breves pasos, aprovecha ese instante, vuelve su corcel brioso, y clavando en sus heridos ijares el cortante hierro, sale á escape en direccion al bosque, burlando el encono y la habilidad proverbiales de sus valientes enemigos.

Los instantes son preciosos, uno sólo de desaliento es la muerte. Gustilo salva el bosque, y la trailla de furiosos caníbales que le asedia, pierde el derrotero en aquel intrincado laberinto de maleza y añosos troncos; los acompañantes de la libertada cautiva han llegado al *castro romano*, á cuyo lado se derrumba tormentoso el rio Salia, y cuyas aguas es fuerza atravesar, porque en la opuesta orilla está la salvacion y la vida. Mas un robusto roble, por los aldeanos volcado, sirve de puente, y Hermengarda, estremecida por el peligro, fija la mirada en el espumoso abismo, que como mónstruo horrendo parece preparado á devorarla en sus profundos senos, cae de rodillas, y en vista del inminente peligro entre sollozos mal comprimidos exclama: *No puedo, abandonadme.* Gustilo llega, los Arabes que como alanos diestros y experimentados han adivinado el serpenteante sendero que al *castro* guia, le siguen de cerca, y es imposible perder un solo momento. Terrible y apretado lance. Oculto el rostro tras del guerrero casco, negro fantasma, á buen seguro presagio de desventuras, Gustilo siente vacilar su corazon ante el nuevo y tremendo obstáculo que á su arriesgada empresa se opone. *¿Quién se atreve á pasar en sus brazos por el estrecho tronco á Hermengarda?* pregunta iracundo. Nádie responde; sólo el grito del vigía les anuncia *la llegada de los Arabes.* Resistir con las armas fuera empresa loca; abandonar la dama, villanía imposible; y en brazos de un guerrero atravesar con ella el puente, arriesgado empeño del valor, que podia traducirse en asesinato de la dama y suicidio del caballero, arrastrados ámbos por la vertiginosa corriente del iracundo Salia. *Los Arabes,* repite el vigía. Gustilo avanza al roble, coge en sus brazos á Hermengarda, y con leve paso al par que seguro, suspendida la vida del más ligero desvanecimiento, empieza á atravesar el fatal madero, al tiempo que los Arabes, precedidos de una densa columna de polvo, entran en el castro. Gustilo vence, sus compañeros le siguen, y cuando los corredores Arabes ponen confiados la planta en el roble, la framea del ardoroso Saucion entra como silbadora sierpe en las raíces del añoso tronco, vacila, y separado de la tierra, con fragoroso estrépito húndese en las aguas, levantando montañas de espuma, entre las que desaparecen absorbidos por el mónstruo los infelices islamitas. Hermengarda está libre: Gustilo y sus caballeros han eclipsado, con su hazaña, los más preclaros y renombrados hechos de los héroes legendarios,

y Herculano al darlos vida, y presentarles llenos de accion, fuertes con su entusiasmo, admirables por su valor, en la alta escena, que su poderoso ingenio creara, préstales tan singular brillo, y por tal manera circunda sus hermosas figuras con tan santa aureola de simpatía, que es vano intento pretender dar idea de lo que su libro vale, y cómo en él palpita en todos los momentos el genio vigoroso é inexcedible, y propósito sin razon querer elogiarle como por su mérito extraordinario se merece.

En la gruta de Covadonga, magnífico palacio del insigne Pelayo, Gustilo y Hermengarda esperan ansiosos el resultado de la batalla que con los Arabes el gran jefe de los Godos empeñara. El *Caballero negro*, Gustilo, es el presbítero de Carteia, es Eurico. Al reconocerle Hermengarda, retrocede horrorizada. Se aman, y el voto religioso les impide unirse; se aman, y el honor de entrambos es insuperable obstáculo á la pasion más pura y encantada. Su desesperacion es horrible, sus frases de fuego; los recuerdos les matan, el presente les enloquece.

¡Situacion eminentemente dramática! ¡Lucha de afectos que traspasa lo humano! ¡Diálogo lleno de vida, y por lo mismo tremendo! Esta sola página vale un libro.

El dolor un punto detiene el latido de los dos enamorados corazones, y los petrifica. Hermengarda no puede resistir, y vencida por su inmensa desgracia desfallece. Eurico, al verla medio muerta, perdida la color, inerte, sale de la gruta, empuña la espada, y allí donde más se enseñorea la muerte acude presuroso, y la alcanza, tan gloriosa para su nombre, como para su alma desgarrada, benéfica. Hermengarda vuelve en sí; un triste presentimiento la lleva al sitio donde yace muerto su amante, y cae desvanecida á sus plantas. Cuando Pelayo vuelve vencedor, y marcha en busca de su hermana, la encuentra en el campo, no muerta, como creia, sino loca.

## III.

La obra de Alejandro Herculano, de la que acabo de hacer una descripcion somera, titúlala su autor poema; y si bien es verdad que por sus condiciones más parece novela histórica, por su fondo, por la manera de presentar los personajes, por lo escultural de la forma, y por la elevacion del lenguaje, no anduvo muy descami-

nado el gran escritor colocándola en tan alto rango. La grave entonacion, los rasgos severos con que describe á los personajes, lo escaso del diálogo, que se distingue por su grandeza, y no por su vivacidad; la expresion completa de una accion eminentemente dramática, encerrada en cada capítulo, mejor dicho, canto; la manera grave y serena de referir, y la exposicion natural, ajena de todo extremo ó desvarío, del hecho determinado y concreto, sin jamas apartarse del papel de narrador, ni dejarse llevar, ora por el sentimiento, ora por la inspiracion del instante: prendas son épicas en alto grado, que imprimen carácter á la composicion y acentúan de modo enérgico el cuadro, tan bien pensado como admirablemente expuesto.

Pintar la tristeza, el dolor de la vida del monge, propónese el gran escritor portugues; y para llevar á cabo su empresa no se forja á capricho una accion, ni crea personajes fantásticos, ni busca efectos de imaginacion, sino que, volviendo los ojos á su más acendrado amor, la historia, en ella, sin desvirtuarla, sin mentirla, encuentra rico venero, que su talento sabe beneficiar á maravilla, contentándose con, al evocar la gran figura del gardingo Eurico, protestar enérgicamente, no de palabra, sino con el ejemplo, contra el celibato religioso, que el acerado genio de Gregorio VII impuso á los elegidos, para, trasfigurándoles en ángeles, salvarlos de la corrupcion y mantenerlos en imperecedera virilidad.

El mismo propósito, aunque buscando medios muy diversos para realizarle, inspiró á Lamartine su *Jocelyn*. El poeta frances encontró en la gran revolucion del 89 motivo para esforzar los rasgos del protagonista, y en la pasion delirante, y en el amor sublimemente expresado, el contraste más admirable y la antítesis más violenta. Eurico es el guerrero austero, el héroe germano, siempre ávido de la gloria del combate, patriota sincero, y amante severo, tanto como despechado é iracundo. Jocelyn es todo dulzura, amor, encanto, misticismo. Educado en el cristianismo, dedicado por sus padres al sacerdocio, la primera pasion que llena su alma vírgen es el amor de la religion: víctima del terror más tarde, huye á refugiarse en el hueco de una gruta forjada por la naturaleza, adonde, desdichas parecidas, el huracan de la adversidad, lleva á Laurence: dos años de contínuo trato, de misteriosa simpatía, de identidad de gustos y aspiraciones, labran poderosa-

mente en los tiernos corazones de los dos jóvenes; pero cuando la confianza es ya completa, y perfecta la intimidad, Laurence descubre al neófito el secreto de su existencia, y el velo que ocultaba á duras penas el volcan que abrasaba el corazon de Jocelyn, se desgarra, amedrentándole: Laurence es una hermosa jóven; el afecto que el pretendido ministro del altar la profesaba, es amor, amor humano, amor de sexo, amor que, por puro y celestial que sea, si llena el espíritu, halaga al propio tiempo el sentido; amor, en fin, vedado al sacerdote. Desdicha grande, pero reparable. El neófito aún no ha pisado las gradas del altar, aún no se ha consagrado al culto de Dios, aún no ha recibido el órden sagrado; todavía es libre; la pasion que dedicara exclusivamente á Dios, puede, sin ofenderle, partirla con aquel ángel de luz, que tanto dice á su corazon, y que es para él el compendio de la felicidad y de la hermosura. Mas el destino le veda tamaña felicidad: un obispo encarcelado, y sujeto al fallo de la Convencion, en la hora de la muerte le llama para que, como sacerdote, le absuelva y disponga para entrar dignamente en la última morada. Jocelyn vacila; la bendicion del obispo puede imprimirle el órden sagrado y separarle por siempre de Laurence; con su sacrificio, puede salvar un alma, y animoso, por la religion, que tan místicamente adorara, arrostrar quizás el martirio. Pero, ¿y Laurence? Su sacrificio alcanzaria á aquella desgraciada; su abnegacion heróica sería la sentencia de muerte de su amor; su sublime desprendimiento la condenacion eterna del alma de aquella mujer. Duda; humilde, pide al obispo que aparte de sus labios el cáliz de la amargura, y entre sollozos, se niega por fin á tan tremendo sacrificio. El anciano le reconviene por su cobardía, al propio tiempo que le desgarra con su inmenso dolor, y alucinado, esclavo del deber, inerme ante la doliente súplica del moribundo, cede, y recibe la investidura sacerdotal, sepultando en la amargura eterna el alma de Laurence, flor de misterioso perfume, tronchada por el tallo cuando aún su corola ostentaba brillantes y virginales tintas. La situacion es idéntica, mas qué diferencia tan notable entre el dolor de la esplendente y fastuosa figura sugerida al poeta por su poderosísima fantasía, y la severa, ruda y magnífica del héroe legendario, evocada por el historiador, y traida á la vida á través de los siglos y las sombras del pasado!

El gardingo á quien desdeña el padre de su Hermengarda, huye

del mundo, viste el cilicio, y desde el convento de Carteia, con voz melancólica y acento enérgico, entona himnos sagrados, en los que á la alteza y virilidad del pensamiento, se une y deja sentir cierta vaga tristeza sombría, feroz, que no conmueve, aterra. El pobre monge, llamado á la guerra por las circunstancias, viste la negra armadura que tan bien sienta con el luto de su corazon, y afrentando á la muerte, no sólo eclipsa con las suyas todas las hazañas, alcanzando vida eterna el que iba en busca del misterio de las tumbas, sino que, perseguido de contínuo por la desgracia, còmo si el destino se complaciera en probar incesantemente aquel espíritu varonil y esforzado, tiene que luchar por su amada, y la ve en ajenos brazos, y la expone al supremo peligro, y hasta Pelayo la encomienda á su guardia, cuando su pecho, ahogado por tantas emociones, estaba próximo á estallar roto en pedazos. Los martirios de Jocelyn, son de una tristeza suave, que empaña los ojos con llanto, y vela la imaginacion con una finísima gasa de melancolía; las gigantescas desventuras de Eurico, estremecen el alma, y la espantan. Aquel es la creacion romántica de un poeta sentimental; este es el gigante de la tradicion, esculpido en mármol por el cincel de un génio austero y altivo, poeta sombrío, escritor áspero y desabrido, y razonador severo. Jocelyn dilapida el tesoro de su sentimiento, exhalándole en ayes, y llenando los aires con sus quejas. Eurico, sufre y calla, como sino quisiera que ni un ápice de dolor huyera de su seno, aliviándole. Jocelyn, cuando se descubre á Laurence, y la confiesa su secreto horrible, se deshace en llanto, se pierde en amarguísimas quejas, y quizá igualando á su amada, maldice de su sacrificio, reniega de su fe, abjura de su religion, blasfema, queriendo apartar de su corazon la amargura, por medio de sueños de imposible constancia y fidelidad sacrílega. Eurico, cuando reconocido por la que fuera el único amor de su vida, que eternamente habia de dolerle en el alma, la declara el fatal secreto de su estado, se mantiene sereno, firme, sin protestar contra su suerte, ni derramar una lágrima, ni palidecer, subyugando su propio dolor, con lo cual le aumenta, é imponiendo á sus labios el silencio de la muerte. Jocelyn, como si quisiera engañarse y engañar á su amada, al verle postrada en tierra y como muerta, exclama:

"Laurence, eveille-toi
Oh! reviens á mes cris! oh! si tus vis, j'abjure

mes infâmes vertus, et mon sacré parjure,
Je n'ait rien prononcé! plus d'autel! plus d'adieu.
Dans ton cœur, dans tes bras, ah! c'est la qu'est mon Dieu;
c'est la que je n'aurai de flamme que ta flamme,
d'autre ciel que tes yeux, d'autre âme que ton âme.
. . . . . .
L'enfer n'est pas posible avec un tel amour!»

Eurico sonriendo tristemente ante los proyectos de felicidad que Hermengarda, al reconocerle, para lo futuro sueña, con voz doliente y aspecto severo rompe su silencio para decirla: «Soy el presbítero de Carteia», y una vez pronunciada la terrible sentencia, y ante la inmensa desesperacion de la mujer que adora, sufre y calla. Evaporar el perfume del dolor, dejándole escapar del pecho, es de él no ser digno, y sólo las grandes almas son las que sufren inmensas y tremendas desgracias. Jocelyn es un alma de mujer, perfumada por el ambiente de la poesía. Eurico es un héroe de los ciclos homéricos. Igual diferencia hay entre Hermengarda y Laurence. Aquella vive sin su Eurico, conservándose pura hasta encontrarle, y cuando le reconoce, pierde la razon; esta al separarla la desgracia de su amado, ahoga su dolor, prostituyéndose: la primera es un ángel; Laurence, una desgraciada.

Comprendido de este modo el carácter del poema, quien á él acuda para distraer sus ocios, halagar su imaginacion, perderse en descripciones fastuosas de mundos de armonía, habitados por espíritus de luz, y cielos cristalinos, y soles esplendentes, y amores imposibles, y ensueños gigantescos, llenos del perfume de lo desconocido, matizados de flores de eterna fragancia, y hermosura eterna, no abran el libro, no recorran sus páginas, que en tan admirable obra tales desvaríos fantásticos no se exhiben. Eurico es ántes que todo una leyenda histórica, concebida y desarrollada á la manera de las de Walter Scott, es decir, *más verdadera que la misma historia.* Quien en ella busque la descripcion fiel de las costumbres, usos, leyes, hábitos, ideas y vida de aquella celebrada época, á partir de la que, si el Imperio visigodo cae avergonzado y miserable, condenado á sufrir la esclavitud impuesta por el árabe, en justa expiacion de su corrupcion y desenfreno, el espíritu de nacionalidad, y la viril energía de los restos de los antiguos héroes, bajo el comando de Pelayo, se levantan, preparando á los indígenas á la gloriosa reconquista de su independencia, léase entónces el Eurico, que crónica y poema, novela é historia, si persigue un pensa-

miento,—el dolor ó la infamia á que el celibato impuesto condena una existencia,—en lo que se refiere al tiempo y los personajes de la accion que en él se desarrolla, es tan fiel, tan exacto, está tan lleno de interes y de verdad, que es muy de dudar, que haya libro alguno cuya lectura pueda aprovechar tanto al ánimo estudioso que quiera contrastar con toda precision la degradacion de la caida del Imperio toledano, y la resurreccion sublime de la pátria, llevada á cabo en tan remota época por el admirable génio y la grandeza de alma del más alto héroe de la *Iberia*. En vano es decir que el cronista, sin salirse jamás de los términos de la narracion, flagela la tiranía, increpa la incontinencia, esfuerza la varonil entereza del pueblo, admira y deifica el amor, y apoteotiza condenándole, el sacrificio de aquellos antiguos cenobitas, que privados por la ley de gracia, de los tiernos afectos del corazon, de la luz celestial que de su seno irradia la familia, de los encantos de la paternidad y aun de los dulces ensueños de la pasion más virginal y honesta, vivian en una lucha impía entre el espíritu enfermo y el cuerpo dolorido, imponiendo á éste los más rudos castigos para de ese modo cumplir con el precepto divino, que no es otro en la revelacion católica, que la destruccion de la naturaleza, ó aun mejor, la glorificacion del suicidio.

Tal es, pues, la obra del insigne Herculano. El pensamiento que la inspira es eminentemente filantrópico; las bellezas de ejecucion, exceden, si cabe, al pensamiento; dígaseme si imparcial y desapasionadamente juzgando, nombre tan ilustre sólo debe ser respetado en Portugal, ó si ha contraido suficientes méritos para con la inmortalidad, y para ser considerado por España como una gloria de la Península.

Lisboa, 7 de Setiembre de 1870.

GONZALO CALVO ASENSIO.

# PÉRDIDA DEL BUQUE INGLÉS CAPTAIN.

La pérdida total de este barco, ocurrida en los mares del cabo Finisterre la noche del 6 al 7 de Setiembre, no sería asunto digno de la Revista de España, si sólo se tratase de describir una catástrofe más ó ménos patética, de la que fueron víctimas sobre 500 personas. Hoy que en las batallas de Weissenburgo y de Sedan resultan miles y miles de cadáveres, apénas llamaria la atencion el relato de un suceso en que sólo mueren 500 hombres. Pero el buque náufrago respondia á una idea nueva, era un experimento que hacía la ciencia naval del siglo XIX para concluir de una vez con el antiguo sistema de construcciones; y habiendo fallado la novedad de un modo tan horrible, creemos deber tratar el caso con alguna extension para que sirva de enseñanza á los que todo lo creen hoy posible y haga desconfiar á los que todo lo esperan de la *perfectibilidad infinita de los conocimientos humanos*. Hay leyes físicas imposibles de variacion, y principios hidrostáticos imposibles de olvidar, si es que hemos de seguir por el verdadero camino de la ciencia. Los que se abandonan á caprichosas teorías, y los que al tratar filosóficamente algun punto hidrostático dejan algo al acaso, marchan por sendas extraviadas que al fin los llevan, sin remedio, al abismo del error. Más adelante verémos cómo el capitan inglés Coles se equivocó al trazar el plano del buque *Captain*. Antes dirémos algo sobre los barcos blindados, para que nuestros lectores, ajenos á los conocimientos de arquitectura naval, comprendan bien el atrevido paso que intentó dar Coles en esta ciencia y que tan caro le costó, pues que le costó la vida.— Sin alargarnos á los tiempos antiguos ni citar para nada á la Chi-

na, bástenos decir que después de la guerra de Crimea construyeron los Franceses una fragata que llevaba protegidos sus costados con planchas de hierro de grueso tal, que ninguna bala de los calibres hasta entónces conocidos podia atravesarla. La *Gloire*, que así se llamaba el buque, fué por unos meses la máquina de guerra más potente que flotaba sobre los mares. Ella sola era capaz de destruir una escuadra, sin temor de que la ofendiesen, pues mientras podia lanzar toda clase de proyectiles sobre el enemigo, los que éste le disparase resbalarian sobre la coraza que la protegia.—Mas el poderío de la *Gloire* fué efímero.—Los Ingleses construyeron, en poquísimo tiempo, buques mejor acorazados que el frances, y los artilleros de todas las naciones se aplicaron y consiguieron fábricar cañones tan potentes, que atravesasen las planchas de la *Gloire* como si fueran de sencilla madera. Y desde entónces se viene riñendo la batalla entre las corazas y los cañones, habiendo llegado aquellas á un espesor de 12, 15 y más pulgadas, y éstos á los monstruosos calibres de 400, 500, y hasta de 1.000, sin que aún sepamos de parte de cuál de los combatientes será la victoria, aunque vislumbramos que tal vez las corazas venzan.

Los Americanos, que procuran adelantar en todo, separándose no obstante siempre que pueden de los sistemas europeos, adoptaron el blindaje para sus buques, pero modificaron la construccion de ellos, haciéndolos más bien para defensa de sus costas y navegacion de sus caudalosos rios que para lanzarlos á los océanos á desafiar las tempestades. Hicieron, pues, unos barcos tan rasos que apénas sobresalian del agua un metro.—Sus costados, lo mismo que la cubierta, iban resguardados con planchas de blindaje y montaban el cañon en una torrecilla ó reducto formado al centro del buque. El primero de estos se llamó el *Monitor*, nombre que después se ha hecho genérico á todos los vasos construidos por aquel sistema. Los primitivos monitores no llevaban palos ni jarcia alguna, y á distancia de una milla sólo se les distinguia la chimenea de su máquina y la torre; blancos insignificantes para el tiro de cañon, toda la ventaja en los combates estaba por parte de ellos. Así fué que en la guerra de los Estados-Unidos prestaron servicios especiales.

Miéntras tanto la vieja Europa construia fragatas de tipos más ó ménos parecidos á los buques hasta ahora usados en las escuadras. La marina española tambien contó barcos blindados, y la

*Numancia* fué el primero de esta clase que arboló nuestra bandera. —A pesar de no ser cosa enteramente nueva, infundian cierta desconfianza los blindados, para lanzarse con ellos á grandes navegaciones.—Eran buques de tamaños extraordinarios, pues algunos, como la *Numancia*, median cerca de 100 metros de largo y desplazaban 8.000 toneladas. La gruesa coraza que defendia sus costados, era un enorme peso que habia de influir grandemente en la amplitud de los balances que dieran estos monstruosos cascos. —Perplejas estaban las marinas todas con sus acorazados listos, y todas haciendo tiempo para encontrar ocasion de resolver la especie de problema que estaba pendiente.—El Gobierno español determinó por fin que la *Numancia* se trasladase á Lima en su viaje de prueba. Hecho éste con toda felicidad, si bien no ajeno de peligros y cuidados, quedó ya abierto el camino de los grandes océanos para que los cruzasen sin miedo, pero con precaucion, los nuevos barcos. Los Ingleses echaron á la mar el *Occean*, y los Americanos, que no tenian fragatas y querian ser más atrevidos qne los Españoles y los Ingleses, mandaron un monitor á Europa y otro á California. Por los puertos de España se andubo exhibiendo el *Miantonomoah*, especie de reptil marítimo, navegando entre dos aguas, y conduciendo en su buche á unos cuantos desgraciados marinos, que sin ver la luz del sol y sin respirar más aire que el que les entraba por una especie de cañon de chimenea, se arriesgaron á pasar el golfo en tan extraña, incómoda y malsana embarcacion. Verdad es que al *Miantonomoah* lo acompañaron en su viaje tres ó cuatro buques más y que con gente de ellos se remudaba todos los dias la casi asfixiada tripulacion del monitor. Si bien los Americanos hicieron estos viajes, más evidenciaron con ello su osadía marinera que la bondad de sus construcciones. Probado, sin embargo, que el *monitor* era el mejor buque de combate, los Ingleses, que á nádie quieren dejar la delantera en asuntos navales, se aplicaron á construir tipos especiales de esta clase de barcos á fin de sacar uno que sin perder ninguna de las ventajas del *monitor*, fuere buque propio para luchar contra las olas y para vencer los temporales. Dos ingenieros británicos de mucho crédito dedicaron sus conocimientos á ejecutar la nueva idea. Reed y Coles. El uno es ingeniero del Almirantazgo, y el otro era capitan de navío. Cada cual presentó un tipo del nuevo buque y el Gobierno inglés se decidió por el de su ingeniero. Construyóse el

*Monarch*, que es un buen barco de combate y de mar, pero que no es el verdadero tipo *monitor* que se queria y del cual el capitan Coles presentaba un proyecto perfecto.

Lo mismo en Inglaterra que fuera de ella, se dividieron las opiniones respecto al *monitor* tipo Coles. Miéntras unos lo atacaban diciendo que, tal cual su inventor lo presentaba, era un barco inútil para la mar, otros lo defendian y lo proclamaban como el *desideratum* de todo oficial de marina. Después de muchas dudas y largas discusiones, el Gobierno británico se decidió á hacer la prueba y autorizó á Coles para que dirigiese la construccion de su bello ideal, que se llevó á cabo en los astilleros de M. Laird, á orillas del rio Mersey. Miéntras se trabajaba en el nuevo buque, bautizado con el nombre de *Captain*, siguieron las discusiones y las disputas sobre sus ventajas é inconvenientes, y no faltó quien se acercase al capitan Coles aconsejándole que hiciera algunas variaciones al plano de su buque y le diese una forma de costados por el estilo de la que tenian los del *Monarch*. Pero Coles no queria ni que le hablasen de este barco, pues era justamente el competidor del suyo. Así fué que, sin apartarse en nada de la idea primitiva, se acabó la construccion del *Captain*.

Por aquel tiempo publicaba el *Times* lo siguiente:

«¿Se sabe si el nuevo buque *Captain*, tan bueno para luchar con los otros barcos, podrá combatir con la mar?»

Nádie respondió categóricamente á esta pregunta, y por fin cayó al agua el competidor del *Monarch*.

Tenía 102 metros de largo, 16 de ancho; su máquina, de 900 caballos. Medía 4.272 toneladas, y su roda, muy saliente, le servia de espolon. Llevaba dos torres giratorias de 8 metros de diámetro, y dentro de ellas iban los gruesos cañones que constituian su armamento. Eran éstos rayados, de 7 pulgadas y 22 toneladas de peso. Los proyectiles huecos que disparaban eran de 270 kilógramos, y se cargaban aquellos mónstruos con 30 kilógramos de buena pólvora inglesa. El aparejo era igual al de las fragatas de primera clase, por lo cual desplegaba al viento 3.000 metros cuadrados de lona. Los palos eran de hierro, de tamaño extraordinario, y formado cada uno de tres piezas en figura de trípode, con objeto de que al girar las torres no hubiera impedimento alguno para jugar la artillería en cualquier direccion.

Demás está advertir que todo el buque estaba fuertemente blin-

dado, y que el casco apénas sobresalia dos varas sobre el agua, la cual bañaba y barria de contínuo la cubierta é imposibilitaba el andar por ella miéntras se iba navegando. Este inconveniente lo salvó Coles poniendo un pasadizo de torre á torre, sobre el cual iba la gente de guardia, y desde donde se hacian las maniobras.

El 23 de Marzo último salió por primera vez al mar con objeto de probar sus máquinas. A las nueve de la mañana dejó á Spithead, se dirigió hácia el Oeste, y se puso al abrigo de la isla de Wight para evitar las fuertes rachas de viento que soplaban de cuando en cuando de las dunas de Bonchurch y de Ventuor. La mar combatió un poco al *Captain* y le barria la cubierta. En las seis horas que duraron las pruebas dieron sus máquinas el resultado siguiente:

Con la proa al Oeste y viento fresco del Norte al Nordeste, presion del vapor de $11^{K},80$ á $11^{K},34$; vacío de los condensadores de $0^{m},672$ á $0^{m},640$; número de revoluciones por minuto: máquina de estribor, 74,16 á 76,1; máquina de babor, 73,26 á 75,6. A la vuelta á Spithead con rumbo al Sudeste, presion de $11^{K},80$ á $11^{K},11$; vacío, $0^{m},660$ á $0^{m},672$; número de revoluciones por minuto: máquina de estribor, 75,9 á 70,3; máquina de babor, 76,4 á 69.

La potencia media indicada, durante las seis horas de prueba, fué de 6.133 caballos efectivos.

El consumo de carbon en el mismo tiempo, 50 toneladas. Promedio de consumo para una hora, 8.467 kilógramos.

La temperatura en la cámara de los maquinistas se elevó hasta 70° Farenheit.

La prueba de las máquinas del *Captain* dió un resultado brillante, pues el buque llegó á andar 14,5 millas por hora.

El 10 de Mayo volvió á salir á la mar, acompañado de su rival el *Monarch*, para hacer las últimas experiencias comparativas y deducir por ellas de parte de cuál sistema estaba la ventaja. El Almirante Spencer Robinson iba, comisionado por el Almirantazgo, para ser el juez que decidiera. Diez ó doce dias duraron las pruebas, y de ellas resultó que el *Captain* andaba á la máquina más que el *Monarch*, y además que sus movimientos de balance eran tan suaves, que bajo este punto de vista igualaba y superaba á los blindados más tranquilos de la marina británica. Sus torres giraban con gran facilidad, y los cañones siempre estuvieron en dispo-

sicion de hacer fuego aunque la mar se hallase algo alborotada. Por último, los temores que habia respecto á la *habitabilidad* del buque se desvanecieron por completo, pues nádie cayó enfermo miéntras duró el crucero de experiencias. Mr. Coles y los apasionados de su sistema ponderaban al *Captain* como el mejor de los buques posibles. Talbot Bourgoyne, jóven de treinta años y acreditadísimo capitan, fué nombrado comandante de este rey de los mares. Los oficiales de más favor interpusieron sus influencias para navegar en él. Mr. Childers, Ministro de Marina, embarcó allí á un hijo suyo. Lord Nothbrook á otro. Un distinguido oficial sueco y dos guardias marinas griegos consiguieron del Almirantazgo el ir agregados á su tripulacion. Un cuñado del comandante tambien se embarcó; y por último, Mr. Coles no quiso abandonar su barco durante la primera campaña séria que iba á emprender. Era ésta un viaje, en union de la escuadra del Canal, por las costas de España. El *Captain* fué admirado en Gibraltar, en Lisboa y en Vigo. Pero algunos inteligentes desconfiaban de las propiedades del buque para sufrir un temporal, por más que los Ingleses estuvieran convencidos de lo contrario. La exagerada arboladura del *Captain*, su extraña forma, el peso de las torres, el de los cañones monstruosos que iban en ellas, y lo poco que sobresalia de la mar tanta balumba, eran las razones que los *ignorantes* daban en apoyo de sus dudas. Pero todas estas razones las combatian los oficiales ingleses con otra, para ellos de muchísimo valor. Se limitaban á reirse de los desconfiados y á decir que su buque era inglés, y como tal, lo mejor del mundo.

Gran trabajo cuesta el que un británico ilustrado se convenza de que fuera de sus islas tambien hay gente que valga. Para el resto de los Ingleses sería empresa imposible el probarles que, aparte la Inglaterra, todo el mundo no es cosa inferior y mala.

Esta confianza extrema suele, al cabo, producir desengaños funestos. El 9 del presente corrió la noticia de que el magnífico buque *Captain* se habia perdido en alta mar.

No se daban pormenores ningunos. Sólo se decia que se habia ido á pique.

Todos los que sabian la historia de este barco empezaron á calcular la causa del siniestro. Los defensores del sistema del Capitan Coles lo achacaban á la descomposicion de alguna válvula de las que tienen los vapores en el fondo, al desprendimiento de alguna

plancha ó á otro de los accidentes fortuitos á que están expuestos, lo mismo los buques, que los ferro-carriles, los puentes y todas las construcciones en general. Pero no querian ni pensar que el desastre podia ser debido á defectos del sistema y del barco que patrocinaban. Los no enamorados, los que desde el principio desconfiaban del *Captain* siguieron otro rumbo diferente para buscar la causa de la desgracia. Desde luego se partió del principio de que el centro de gravedad del buque estaba muy alto, pues cuando navegó en el mes de Mayo para compararse con el *Monarch*, ya se notó que balanceaba poco y con gran suavidad. Esto, que á primera vista parece ventajoso, no lo es cuando concurre en un buque de las condiciones del desgraciado *Captain*. En efecto; cuando por cualquier circunstancia de mar ó viento se inclinase sobre un costado, el centro de gravedad, por su misma elevacion, se apartaria mucho de la vertical, y en esta disposicion el peso alto de los palos, torres y cañones obrarian intensamente para hacer girar al buque sobre el eje longitudinal. No encontrando resistencia alguna de costado, porque el *Captain* salia no más de 6 piés sobre el agua, claro es que la gran masa de fluido que ayuda á producir la reaccion de los balances en los buques ordinarios, era insignificante para el barco de Mr. Coles. Además; de los profundos cálculos hidrostáticos se deducen fórmulas tan exactas para determinar la estabilidad de los cuerpos flotantes, que, ciñéndose á ellas y calculando los *momentos* con que algunos pesos tienden á aumentar los balances, se construyen las embarcaciones sin que haya temor alguno respecto á sus buenas condiciones hidrostáticas. La fórmula de la *estabilidad* de un buque podemos reducirla á la siguiente sencilla expresion:

$$E = P\,(R - a)\ \text{sen.}\ A$$

en que P representa el peso del buque;

R, altura del metacentro sobre el centro de carena;

a, altura del centro de gravedad sobre el mismo;

A, ángulo de balance.

Sin detenernos mucho en la discusion de la fórmula, baste saber que, á proporcion que aumenta el ángulo de balance ($A$), disminuye la cantidad $R$, la cual puede llegar á ser igual á $a$, en cuyo caso el resíduo $R-a$ se iguala á *cero*, y el segundo miembro de

la ecuacion que está multiplicado por $R—a$, será tambien *cero*. De donde indefectiblemente resultará:

$$E = 0.$$

Por todo lo dicho, creemos que el *Captain* era buque de poca estabilidad, pues teniendo mucho peso alto y ningun costado que contuviera los balances, éstos habian de ser tremendos cuando la ocasion llegare.

Expliquemos ahora una especie de contrasentido que parece notarse entre lo dicho anteriormente respecto á los balances del *Captain*, y el atribuir ahora su naufragio á uno de estos movimientos.

En efecto; dijimos ántes, *que cuando navegó en el mes de Mayo para compararse con el* Monarch, *ya se notó que balanceaba poco y con gran suavidad.*

¿Cómo es posible, dirá alguno, que un barco que balancea poco y suavemente, se pierda en un balance? Para explicarlo, dejemos las fórmulas matemáticas, tanto más fastidiosas, cuanto más sublimes son, y recurramos, aun cuando parezca trivial, á un juguete de niño, una semi-esfera de plomo de esas que tienen sobre la parte plana una cabeza de carton. Nunca conseguirémos volcarlo; siempre la cabeza se levanta como burlándose de que pretendan humillarla. La inclinamos hasta que toque sobre la mesa en que está colocada; en seguida que se la deja, vuelve arriba de repente, dá tres ó cuatro balances rápidos, y al cabo se queda fija. Este juguete representa muy bien á un buque cuyo centro de gravedad está bajo. Supongamos ahora el mismo juguete, pero con la cabeza, no de carton, sino más pesada. Si la apartamos un poco de la vertical, volverá *suavemente* á esta posicion, dará uno ó dos balances y quedará tranquila. Pero si continuamos la experiencia y hacemos que la cabeza llegue casi á tocar la mesa, entónces verémos que no vuelve á incorporarse; al contrario, se inclina más y más hasta quedar como acostada, y así permanece. Este otro juguete que *balancea poco y suave*, pero que en ciertos casos se inclina para no levantarse más, representa á los barcos que, por tener elevado el centro de gravedad, como sucedia al *Captain*, balancean *poco* y suavemente; y así creemos explicado lo que al pronto pareceria á algunos un contrasentido.

Las circunstancias peculiares de la mar vecina al Cabo Finis-

terre, tambien eran contrarias para el nuevo buque, pues allí el fondo es extraordinariamente profundo, y tan enorme masa de agua, al chocar sobre la costa, produce un movimiento de reaccion en las olas que forman *dos mares* encontradas, como dicen los marinos. Si á esto se agrega la corriente general de las aguas que en aquellos parajes se dirige al Sur, y alguna combinacion de la fuerza de la marea, resulta el *hervidero* que durante los temporales del Sudoeste se experimentan cerca de aquellas costas, y que á tantos peligros expone á los navegantes. Algunos han creido ver por allí rompientes y bajo-fondos, pero los adelantos hechos en la geografía de la mar han demostrado que estos peligros eran imaginarios y formados sólo por la reventazon del oleaje. Por eso la Sociedad Geográfica de Paris, después de un maduro exámen, ha acordado borrar de sus cartas los peligros ficticios que se marcaban en las inmediaciones del Cabo Finisterre, y atribuir los naufragios allí ocurridos á las especiales condiciones de aquel mar.

Si el *Captain* fué asaltado por una furiosa ola del *Oeste*, y al mismo tiempo otra no ménos fuerte del *Este* lo asaltó por el lado opuesto, la suma de la fuerza de ámbas contribuiria á destruir su poca estabilidad y á precipitar la catástrofe. Y si el buque llevaba las velas al viento, éste, que en aquella noche fatal soplaba impetuoso, concluyó la obra que las olas princípiaron.

Tales habian sido los cálculos hechos ántes de saberse los detalles del siniestro.

El parte que el Almirante Milnes dió al Gobierno inglés, decía así:

«Ayer por la mañana (el 6 de Setiembre) fuí á bordo del *Captain* con objeto de inspeccionarlo, acompañado del capitan de navío Brandrith, y mi ayudante personal, lo cual efectué con toda minuciosidad. A la una de la tarde empezó á efectuarse una prueba del andar de los buques de la escuadra á la vela. Eran estos, además del *Captain*, el *Lord Warden*, *Minotour*, *Agincourt*, *Northumberland*, *Monarch*, *Hércules*, *Inconstant*, *Warrior*, *Bellorophon* y *Bristol*. A las cinco terminó la prueba.

»La direccion del viento era del SO. Algunos buques navegaron todo el tiempo de la prueba con los juanetes, incluso el *Captain*. A las cuatro la brisa refrescó y el andar del *Captain*, que al comenzar la prueba era de 9 y media millas, llegó á ser de 11 á 13; la mar bañaba su cubierta por sotavento, pues la regala es-

taba al nivel de aquella y embarcaba algunos golpes de mar. Volví á bordo del *Lord Warden* á las cinco y treinta. Al oscurecer, y estando á 20 millas del Cabo Finisterre, la escuadra estaba aún formada en tres divisiones, yendo á vanguardia el *Lord Warden*, *Minotour* y *Agincourt*, hallándose el *Captain* por la popa del *Lord Warden*.

»A las ocho y á las diez los buques se hallaban en sus respectivas posiciones, no habiendo indicacion alguna de tiempo duro, aunque estaba algo nublado el horizonte por el O. A las once la brisa empezó á refrescar con lluvia. Hácia la media noche bajó el barómetro y el viento refrescó tanto, que fué necesario tomar algunos rizos; pero ántes de la una el viento se llamó al SO. y se aferraron las velas cuadras.

»A esta hora el *Captain* estaba por la popa de este buque y en apariencia navegando á máquina. Hecha la señal de navegar con independencia fué contestada, y á la una y quince el *Captain* estaba á sotavento del *Lord Warden*. Desde esta hora hasta la una y media constantemente estuve observándolo; sus gavias estaban arrizadas y el trinquete tambien, pues su mayor la habia aferrado á las cinco y treinta; pero no pude distinguir ningun foque ú otra vela de cuchillo. Iba cayendo á estribor con el viento por babor. La luz roja se distinguia claramente durante este tiempo. Algunos minutos más tarde traté de ver la luz; pero la lluvia caia muy espesa y aquella no se logró ver de nuevo. Los chubascos de viento y agua eran muy duros, y el *Lord Warden* se aguantaba con ayuda de la máquina y las velas de cuchillo contra una mar gruesa de amura, que á veces parecia que iba á romper en los portalones. A las dos y quince de la madrugada abonanzó algo el tiempo y el viento roló al NO., pero sin rachas; las nubes se corrieron el E., y la luna, que nos habia favorecido algo con su luz, estaba poniéndose. La última vez que se habia divisado la luz del *Captain*, no se veia próximo ninguno de los buques de la escuadra, aunque sí algunas de sus luces á regular distancia.

»Al romper el dia la escuadra estaba, aunque sin órden, á la vista; pero de los 11 buques, sólo se percibieron 10, siendo el *Captain* el que faltaba. Creíamos que se habia corrido al E.; pero no se distinguió ningun buque grande desde los topes, y entónces me alarmé por su falta é hice señales á los buques para que siguieran la conveniente direccion con objeto de encontrarlo, lo que ve-

rificaron de la manera siguiente: El *Agincourt*, al S. E.; el *Monarch*, al S.; el *Varrior*, al SSE.; el *Hércules*, al ESE.; el *Northumberland*, al E.; el *Bristol*, al NE.; el *Bellerophon* y el *Minotour*, al ENE. Estos buques anduvieron de 12 á 15 millas; pero nada vieron del perdido.

»Entónces reuní la mayor parte de la escuadra; formándose en línea navegaron al SE., con el encargo de observar si veian restos de naufragio. El *Monarch* fué el primero que recogió una verga de juanete del *Captain*; el *Lord Warden* otra con la vela rifada y algunos restos de aquel, y el *Psyche*, que se me reunió procedente de Vigo, á la puesta del sol dió noticias de haber encontrado los restos de dos salvavidas pintados de blanco, reunidos con parte de tablones, que parecian ser de los que formaban la cubierta alta ó pasadizo de entre las torres del *Captain*, y allí, enredado, se halló el cadáver de un marinero con la marca *Rosa* en su camisa de franela.

»Tal es cuanto ha ocurrido á la vista del capitan de bandera y de mí mismo, y siento mucho decir que no puedo sacar otra deduccion de ello, sino que el *Captain* se ha ido á pique con toda su gente á bordo probablemente en uno de los fuertes chubascos que hubo de la una y treinta á las dos y cuarto de la madrugada, y á cuyo tiempo la mar era muy gruesa; pero el cómo ha ocurrido la catástrofe, probablemente nunca será conocida.»

Esto era lo único que sabia el Almirante Milnes. Providencialmente se salvaron 18 hombres, y por las declaraciones que han dado se evidenciaron los temores que algunos tenian sobre la poca estabilidad del *Captain*.

Dicen los salvados, que á la media noche del 6 al 7, el tiempo era malo, las ráfagas del viento impetuosas é intermitentes, la mar alborotada, los horizontes cerrados y el cielo lloviznoso. El Comandante estaba sobre cubierta junto al oficial de guardia, y el guardia marina pasaba lista á la marinería de servicio. La máquina estaba parada, si bien con vapor en las calderas para ponerla en movimiento á la primera órden. El buque navegaba á la vela. Una fuerte ráfaga de viento, acompañada de una grande ola, inclinó de repente al *Captain* sobre el costado de estribor: otra ola le cargó por el mismo costado. En esto el Comandante Bourgoyne preguntó cuántos grados inclinaba el buque. Le contestaron que diez y ocho. En seguida mandó aventar las velas todas, y dió orde-

nes á la máquina y al timon. Si estas precauciones las hubiera tomado UN SOLO MINUTO ANTES, el *Captain* se salva. Porque tan corto tiempo basta para que un buque de guerra cargue sus velas, ponga en movimiento sus máquinas y obedeciendo al timon, presente la proa al mar y se defienda de ella con ventaja. Pero ya no habia tiempo. De los diez y ocho grados de inclinacion pasó instantáneamente á un número mucho mayor, que crecia en progresion espantosa, á medida que los momentos pasaban. El *metacentro* descendió con velocidad proporcionada al balance y en pocos segundos, quizás en tres ó cuatro, el *Captain* quedó *dormido* sobre estribor. En tal situacion, y sin costado que lo contuviese, ya sólo obedeció á la fuerza con que lo solicitaban el peso de las torres, el de los cañones y sobre todo el de la arboladura. Empezó el buque á revolverse sobre sí mismo, hasta llegar á descubrir la quilla ántes de sumergirse para siempre.

La horrorosa escena que ocurrió entónces bajo cubierta, no es posible imaginarla. El agua, invadiéndolo todo con espantosa rapidez, empujaria el aire hasta los últimos departamentos del buque, y allí extraordinariamente comprimido, buscaria salida con horribles detonaciones. Los miembros del barco, crugiendo y retorciéndose ántes de ceder, producirian un ruido infernal; y las sillas, mesas, vajillas, aparadores, armas y demás muebles, cayendo todos á un tiempo aumentarian la horrible confusion y estrépito que tenia lugar en medio de la más completa oscuridad. Considerando un poco sobre la muerte de aquellos infelices... ¿quién no desea morir en un campo de batalla? Allí se ve el sol hasta el último instante, el aire no falta miéntras los pulmones lo soliciten, el agua fresca apaga la última sed del herido moribundo, y luego la tierra, la madre tierra, que ni se hunde ni se escapa, sostiene el cuerpo del afortunado que muere sobre ella.

Olvidemos á los 500 desgraciados que sucumbian bajo cubierta, y vengamos á los 18 que se salvaron. Agarrándose adonde ni ellos mismos sabrán, lograron verse por un momento sobre los fondos del barco que continuaba sumergiéndose. La situacion de estos marineros era la más crítica y apurada. Rodeados del Océano embrabecido, y dispuesto á tragarlos, corrian despavoridos sobre aquel piso que por instantes se hundia. La casualidad hizo que tres ó cuatro pudieran soltar las cuerdas que sujetaban á una lancha, y con mil apuros lograron ponerla á flote. En esto se

hundió el *Captain* y las olas borraron el lugar de la catástrofe.

Desde que el comandante preguntó los grados que inclinaba el buque, hasta que éste desapareció, sólo trascurrieron de cinco á ocho minutos. Cuántas escenas en tan poco tiempo!

Los que se embarcaron en la lancha, recogieron á unos cuantos más que nadaban por allí cerca, y dieron auxilio á otros cinco que venian agarrados á un bote que flotaba zozobrado. Cuatro de ellos lograron saltar á la lancha; pero el último, que era el capitan Bourgoyne, no pudo saltar y cayó al agua. Un marinero dice que cogió un remo para tirárselo, y que le sirviera de *tabla de salvacion*, pero que Bourgoyne gritó «por amor de Dios, no tireis los remos, que os harán falta luego.» En esto vino una ola, y ya nada se vió ni se oyó más la voz del comandante.

La lancha empezó á irse á pique, pero la Providencia hizo que uno de los que iban en ella encontrase el agujero por donde entraba el agua y que pudieran taparlo.

Y al cabo de doce horas de peligros contínuos y de trabajo sin descanso, llegaron extenuados de sed, hambre y emociones, al pueblecito de Finisterre. Los Españoles recibieron á los náufragos con el interes que inspiraba su triste estado, y telegrafiaron en seguida al Ministro de Marina para noticiarle el caso. Esta autoridad, solícita en el cumplimiento de un deber sagrado, dispuso que sin pérdida de tiempo saliesen para el lugar del siniestro todos los buques guarda-costas de Galicia, con el propósito de salvar, si era posible, á algunos otros tripulantes del malaventurado *Captain* que aún hubiesen sobrevivido á la catástrofe; pero estas diligencias y otras más que se practicaron, han sido inútiles. Los pueblecitos de la costa Sudoeste de Inglaterra están de luto, pues hijos de ellos eran todos los marineros del buque perdido. El Gobierno inglés ha dado á las viudas de los ahogados un año de las pagas que debian de haber ganado sus infortunados maridos.

En resúmen. El *Captain* era un mal barco. Primero, por su híbrida construccion; pues ni era monitor ni buque de costados, y así tenia los inconvenientes de estos y carecia de las ventajas de aquellos para luchar con las olas. Segundo, cuando se trazaron sus planos, aparecia que sus costados habian de sobresalir del agua nueve piés, y luego resultó que la elevacion era sólo de seis. Tercero, el centro de gravedad estaba muy alto, lo cual tenia con gran cuidado al mismo capitan Coles. Y cuarto, la

arboladura era excesiva para un buque de 16 metros de ancho.

Respecto al desgraciado jóven comandante Bourgoyne hay que deplorar su valor temerario y su ciega confianza en el barco que le estaba confiado; pues si al anochecer del 6 hubiera aligerado la arboladura, echando abajo vergas y masteleros, y con la potente máquina del *Captain* se hubiera aguantado proa á la mar y sin más velas que los cangrejos, ahora estarian él y su buque en Inglaterra.

Antes de acabar, resta advertir que todo lo anteriormente escrito son conjeturas más ó ménos aventuradas y escritas en un estilo que dejará mucho que desear á los inteligentes y á los literatos. Algunos términos técnicos puede que estén inconvenientemente usados, y la aplicacion del dominguillo á la estabilidad de los barcos, tal vez sea demasiado llana y trivial. Pero de todas estas faltas y de muchas más que abundará el artículo, hay que disculpar al octogenario piloto

PASCUAL LÚCAS DE LA ENCINA.

Ronda, 20 de Setiembre de 1870.

# RAPIDA OJEADA SOBRE EL COMERCIO

## DESDE LAS PRIMERAS EDADES DEL MUNDO.

### I.

#### ESTUDIO HISTÓRICO-CONSULAR.

El comercio, esa poderosa palanca de las naciones modernas, tuvo su cuna como la humanidad en las orillas del Eufrates, siendo al decir de la Escritura las primeras caravanas que aquellas arenas pisaron las de los Madianitas, á quienes al volver de Galaad cargados de perfumes, José fué vendido por sus hermanos.

A contar el hombre con sus solas fuerzas, sin duda que no se hubiera lanzado de Oriente á Occidente, por más que á tales empresas un móvil codicioso le llevase; pero el camello, verdadera encarnacion del desierto bajo la forma del cuadrúpedo, le brindaba con su ayuda á explorar tan vastas soledades.

Frecuentemente las caravanas se cruzaban unas con otras; cambiábanse sus productos; establecíanse con tal motivo mercados ambulantes, y, aunando la religion con el negocio, las fiestas que se celebraban acrecian el número de compradores con el de los creyentes reunidos en el sitio designado para el reposo: y es así como nació el caravanserrallo, y así tambien como Babilonia, la estrella del desierto, brotó risueña en el espacio.

Flavio Josefo niega que semejante industria fuese conocida por el pueblo hebreo. «Nosotros, dice, habitamos unos lugares léjos del mar; no gustamos del comercio, y desconociendo el tráfico, no tenemos ningun género de relaciones con los otros pueblos de la tierra.»

No obstante, y volviendo á la Escritura, esta nos presenta á los Hebreos comerciando con los Fenicios, los Egipcios y hasta con los

mismos Ophirites, habitantes del país de Sophala frente á la isla de Madagascar: y además, la tierra de Canaan ofrecia entre otras cosas bálsamos y betunes, que los extranjeros tenian en gran estima, no siendo creible, por lo tanto, que sus naturales despreciaran aquellos productos sin tratar de utilizarlos.

Pero, ya sea teniendo presente la pesada marcha de las caravanas, que á menudo el *simoun* ahogaba entre torbellinos de arena, ya sea acatando la opinion de Flavio Josefo, ó ya admitiendo que sus contemporáneos cultivaran ciertas relaciones mercantiles, el hecho es que fueron de escasísima importancia, y que sólo al pueblo fenicio estaba reservado por su situacion entre el Mediterráneo, en cuyas orillas halló el secreto del vidrio, y las cordilleras del Líbano, un gran porvenir en los anales de la navegacion y del comercio.

A la ciudad de Tiro, precursora de Cartago, que más tarde, á pesar de su opulencia y de haber disputado por largo tiempo el imperio del mundo, debia sucumbir ante la gigante Roma, llorando las naciones todas la muerte de una República, cuya gloria era su industria, á la ciudad de Tiro, decimos, enviaba Saba el incienso sobre una procesion de dromedarios; Jerusalen su trigo; Palmira ricas piedras de las minas de Golconda (1), y Ménfis, su tupido vellon, que la señora del mar delicadamente tejia, tiñéndole de ese color que con el nombre de púrpura ha llegado hasta nosotros.

En alas de su espíritu atrevido é investigador, recorrieron los Fenicios el Mediterráneo, sembrándole de colonias: poblaron la Grecia, la Italia y la España; pasaron las columnas de Hércules, descubrieron las islas de la Gran Bretaña, é inundaron toda el Asia Menor y las costas septentrionales del Africa, estableciendo en ellas la agricultura y el cabotaje. Salomon se sirvió de ellos para navegar por el Mar Rojo erizado de rocas y escollos peligrosos, y Semíramis les ocupó en construir una flota sobre el rio Yuchs, con que atacar y combatir á un rey de aquel país. El Egipto, que por un principio de religion habia mirado hasta entónces al mar como el símbolo de Tiphon, enemigo de su Dios, y en cuya supersticion, la casta sacerdotal absteniéndose de comer pescados, huyendo la sociedad de los marinos y cerrando sus puertos á los extranjeros, les mantenia, fué el primero que despertó de

(1) Pelletan.

su postracion, compartiendo con los Fenicios el comercio del mar en esta forma; correspondia el de Oriente por el Mar Rojo á los primeros, y el de Occidente por el Mediterráneo á los segundos, si bien unos y otros solian variar de rumbo, sirviéndose estos de un puerto que tenian al extremo del Mar Rojo, como alguna vez los Egipcios salian de las bocas del Nilo para recorrer los puertos de Occidente, poblando el Archipiélago y dando principio por medio de sus colonias y de sus ciencias á las artes y al imperio de los Griegos.

Estos, merced á los conocimientos adquiridos en la India, adonde ya iban á instruirse mucho tiempo ántes de Pitágoras, en el Egipto, etc., elevaron la razon humana al mayor grado de perfeccion, sus instituciones eran sapientísimas, y por las obras de Jenofonte puede verse que conocian los principios mercantiles mejor que algunas naciones modernas (1).

Sus luchas con Jerges dieron alto renombre á la marina de Aténas, y á ella debió ésta el acrecentamiento de su comercio y el feliz resultado de sus correrías por el Asia Menor, el Archipiélago y la parte de Italia, llamada Magna-Grecia. La situacion de Corinto, y la dificultad de doblar el cabo Malo, valióle una gran celebridad, bastando á su gloria la fundacion de Siracusa, antigua y rica capital de la Sicilia; y aunque la primera se dedicó al comercio del Mar Negro y la segunda al del Asia y las costas marítimas del resto de Europa, sin embargo, ámbas á dos navegaron por el canal de los Rodios, y una y otra fundaron Salapia y Parthenope en Italia, Agrigento y Gela en Sicilia, y la nueva Rodas en las costas de Iberia, al pié de los Pirineos: y tras tantos progresos, Alejandro, el heredero universal del alma griega, como ha dicho muy bien un distinguido escritor contemporáneo, por la destruccion de Tiro y el descubrimiento de la India cambia con el comercio el mundo conocido, pues con la primera de estas empresas deja á los suyos la libertad comercial, y con la otra la extiende hasta el país más antiguo de la tierra, evitando á las mercancías de este tener que pasar del Oxus al Mar Caspio, y de aquí á Cyrus ó á Phase y por último al Mar Negro.

Los Romanos con sus conquistas y sus épicas hazañas dieron un gran espectáculo al universo, pero sin avanzar un paso en las artes que con tanto éxito como amor los Griegos cultivaran. Ró-

(1) *Hist. politique*, par M. Raynal, de l'Académie de Sciences de Prusse.

mulo, al fundar la ciudad que debia ser árbitra del mundo, proscribió el comercio, mandando que sólo los esclavos pudieran ocuparse de esta industria, que juzgaba indigna de los ciudadanos: sin embargo, se estableció en Roma; los negociantes formaron un colegio cuya creacion fué confirmada por los Cónsules Apio Claudio y P. Servilio, y al poco tiempo de la dedicatoria del templo de Mercurio, instituyeron aquellos una fiesta anual, con la esperanza de atraerse la proteccion del dios en los negocios, y que consistia en ir en procesion desde una fuente inmediata al templo, hasta la Puerta Capuana, rociándose unos á otros con una hoja de laurel.

Fueron los Pretores los primeros que empezaron á ocuparse del comercio marítimo, promulgando al efecto toda clase de edictos y disposiciones; y por una ley de los Emperadores Honorio y Teodosio se mandó á los jueces conocer é intervenir en los naufragios, dándose á estos juicios el nombre de *levato velo*, por colocarse á las puertas del tribunal una vela, custodiada por una guardia, y que se alzaba cuando los comparecientes ó pleiteantes eran llamados.

Este tribunal subsistió en várias partes aun después de la caida del Imperio de Occidente, como lo prueban los *Telonarii* en los Visigodos, con los cuales tuvo orígen el *Consulado del Mar*, obra á la que cooperaron desde los Emperadores griegos, hasta las repúblicas de Venecia y Génova, y que sólo adoptada en un principio por las ciudades de España, lo fué después por la Europa toda, comenzando á regir en 1162 en Marsella; en 1190 en Rodas; en 1200 en Morea; en 1215 en Venecia, y en 1262 en Constantinopla; siendo en dialecto catalan la traduccion más antigua que de dichas ordenanzas se conserva.

Los habitantes del Norte, que empujados de várias partes, y sobre todo de la Gran Tartaria, cayeron sobre Roma, no conocian otro derecho que el de la fuerza, é igual desprecio manifestaban por las artes y las ciencias que por el comercio y la industria, siendo los Anglos y los Sajones los únicos entre aquellos bárbaros que se dedicaron á la navegacion, más tarde cultivada por los Vándalos del Africa; pudiendo decirse que tratando cada uno de los nuevos estados de establecerse bajo las bases más adecuadas á su génio, ávidos de rapiña sólo se cuidaban de arrebatarse unos á otros el terreno que poseian; y cuando el régimen feudal, fruto del carácter de aquellos quedó sentado, desbordóse la ambicion de los señores; á las guerras públicas sucedieron sin interrupcion las

guerras privadas, viéndose precisados los vasallos á abandonar sus tranquilas faenas para militar á las órdenes de algun orgulloso magnate; y siendo así que semejante estado de cosas se prolongó por algunos siglos, el comercio, que sólo al abrigo de la paz se desarrolla y que desde la irrupcion de los Bárbaros arrastraba una existencia lánguida y mezquina, acabó por completo en los nuevos Estados de Europa (1).

Para evitar las diferentes interpretaciones del derecho natural, y poder atenerse á un criterio comun, los pueblos que en la antigüedad practicaban el comercio, aunque divididos por distancias inconmensurables, ligábanse por tratados que tenian por objeto establecer entre sí la hospitalidad y una recíproca asistencia; y esto es incuestionable, puesto que en aquellos tiempos atrasados, el mercader ó negociante, tanto por las condiciones de su embarcacion, como por no contar con los medios de ataque y defensa que hoy conocemos, no estaba en el caso de desafiar las iras de los piratas; además de que no alejándose nunca de la costa, debian casi siempre invernar en las regiones más apartadas, y sacar el buque á tierra para preservarle de un naufragio, quedando en su consecuencia las mercancías expuestas al capricho de los naturales: es evidente, pues, que debia existir entre ellos una convencion que pusiera al extranjero al abrigo de toda clase de percances (2).

Se encuentran vestigios de los más antiguos tratados en algunas medallas de Smirna, Efeso y Alejandría. Dos de ellas que Sphanheim hizo grabar, representan; la primera por un lado el busto de Cómmodo y por el otro Palas y Cibéles, divinidades tutelares de Smirna y Lacedemonia, y la segunda acuñada en tiempo de Marco Aurelio, padre de Cómmodo, figura á Cibéles sentada y á Céres, muy temida en Nicomedia, en pié con una inscripcion alrededor casi borrada.

Los califas sucesores de Omar, diversas hordas de Turcos señores del Egipto y los Arabes fatimitas, así llamados de Fátima hija de Mahomet, toman, pierden y vuelven á tomar á Jerusalen; los Cruzados, impelidos por el entusiasmo religioso de Pedro el Ermitaño, se precipitan sobre la Palestina al grito de *Dios lo quiere* (3):

---

(1) *Essai sur le commerce des nations de l'Europe*, par Scrofani.
(2) Hautefeuille, *Droit international*.
(3) *De la Sirie*, par Houri.

ante el espectáculo de dos civilizaciones diferentes, la griega y la musulmana, su inteligencia se desarrolla y desenvuelve, que aunque enervada y casi agonizante la primera, aparecia á los expedicionarios mucho más avanzada que la suya; el Oriente y el Occidente se conocen y cambian sus productos, llegando á establecerse hasta relaciones diplomáticas entre soberanos, como lo prueban las embajadas de los Mogoles, solicitando la alianza de los Cristianos contra los Turcos (1), y los himnos de aquellos guerreros de la fe, envueltos entre las brisas marinas, saludan el nacimiento de la Reina del Mediterráneo.

Jamás la actividad humana se manifestó más grande.

Llénase de naves y de peregrinos el puerto de Marsella; sus manufacturas se perfeccionan; una de sus calles toma el nombre de *Lancería*, por las armas que para los Cruzados se forjaban; la Siria es como el Egipto un foco de cambios y riquezas para la nueva ciudad, que en el lleno de su poder se aclama la soberana del litoral africano.

Este hecho encierra una grande importancia y sobre él hay que fijar muy particularmente la atencion, pues se le debe el incremento del comercio europeo y el de las instituciones consulares que le son tan provechosas.

Contando Marsella con Príncipes por aliados y enriquecida con su inmenso tráfico y por la extension de sus relaciones mercantiles, elévase á la altura de gran potencia marítima. En 1130 el señor de Beyruth la exime de pagar derechos de entrada y salida en sus puertos, permitiéndole además establecer cónsules ó jueces particulares para atender á sus asuntos comerciales: en 1190 equipan los Marselleses á sus costas una escuadra para socorrer al Conde de Montferrat, alcanzando de él en cambio grandes privilegios, siendo notables y dignos de mencion los acordados por Lusignan en San Juan de Acre, autorizándoles para nombrar cónsules ó *Vizcondes de nacion* con jurisdiccion civil y criminal y los cuales debian prestar juramento ante el Rey de Jerusalen (2).

Las atribuciones diplomáticas que les estaban reservadas no han cesado de distinguirles de los demas empleados de su clase, conservando siempre sobre estos cierta especie de superioridad: y los redactores de *Estatutos de Marsella*, comprendiendo de largo tiem-

(1) Guizot, *Histoire de la civilisation.*

(2) *Histoire commercial diplomatique et politique des echelles de Levante,* par Salvador.

po los servicios que el comercio de su ciudad podia esperar de tan útiles intermediarios, prescribian el nombramiento de un Cónsul tan luego como se preparaba una expedicion para Ultramar, poniendo el más escrupuloso cuidado en que la eleccion recayese en persona idónea y de grandes conocimientos.

Un año duraban sus funciones y su jurisdiccion se extendia no sólo á los nacionales establecidos en el distrito consular, si que tambien á las tripulaciones de los barcos que llegaban; eran los defensores de los intereses de sus compatriotas y debian hacer el inventario de los que muriesen sin herederos, como igualmente el de los efectos salvados del naufragio; no pudiendo ser nombrado Cónsul aquel á quien un gobierno extranjero hubiese concedido ciertos favores.

Sus sentencias, que no eran soberanas, podian ser reformadas en todo ó en parte por los magistrados de Marsella; pero era preciso que el castigado reclamase dentro el mes de dictada aquella, pasado cuyo plazo la sentencia era irrevocable.

Las naciones todas, como muy pronto tendrémos ocasion de ver, estipulan en sus tratados el nombramiento de Cónsules, y el Gobierno frances ha dado últimamente gran impulso á esta carrera sustituyendo con indivíduos de la misma á muchos de los particulares encargados de tales funciones, personas por lo regular dignísimas; pero que siendo comerciantes en su mayor parte y súbditos del país donde residen, desconocen el idioma de aquel á quien representan (y á la consideracion de los señores que se hallen al frente de las cancillerías dejamos el apreciar los entorpecimientos y perjuicios que esto ocasiona), no les es dado por efecto de sus asuntos propios dedicarse con detenimiento al estudio de ciertos adelantos que comunicar al Gobierno que los nombra, y en las mil cuestiones que se suscitan entre un Cónsul y la autoridad local no pueden obrar con la imparcialidad del que nada tiene que temer.

En el código diplomático de Leibnitz se encuentra nn tratado concluido en el año de la hegira 628, que corresponde al 1230 de la era cristiana, entre Federico II Emperador y Rey de Sicilia y Albuisac Príncipe Sarraceno del Africa, por el que se establece un Cónsul mahometano en la isla de Córcega, gozando de completa inmunidad (1).

---

(1) *Théorie des traités de commerce*, par Choumanel.

En 1661 se convino lo mismo entre las provincias Unidas y Portugal, y el art. 27 del tratado entre Inglaterra y España celebrado en 1667, dice así «El Cónsul, que residirá en adelante en los estados del Rey de España para socorro de los súbditos de la Gran Bretaña, será nombrado por el Rey de la misma gozando inmediatamente de todos los derechos y prerogativas y lo mismo el Cónsul español en los dominios ingleses.»

Aunque D. José María Pando en su notable obra, *Elementos de derecho internacional*, niega á los Cónsules ciertas franquicias é inmunidades, sin embargo, estudiando las no ménos notables de los profundos escritores MM. Bouchand y Morifot todo parece indicar que las personas de aquellos sean independientes de la justicia criminal de sus respectivas residencias, de suerte que en su opinion no pueden ser molestados ni presos á no ser por un atentado grave contra el derecho de gentes: y aunque las funciones de un Cónsul no hagan necesarias la inviolabilidad é independencia absoluta concedidas á un Embajador ó á un Ministro, es lo cierto que como está bajo la proteccion del Soberano que le emplea y encargado de velar por sus intereses, si falta, por deferencia á este debe enviársele á su país sin que tengan nada que ver con él las autoridades extranjeras.

En todos los tratados se previene la obediencia de los súbditos de cada nacion á sus Cónsules; y así se observa que en el art. 5.° del que Enrique IV en 1604 firmó con el Sultan Achmet se consigna que: «todos los comerciantes del mundo podrán traficar libremente bajo cualquiera bandera protegidos por la Francia, á condicion de la más ciega obediencia á los Cónsules franceses.»

El deseo de inaugurar un comercio con el Báltico y el de defenderse de los piratas que con sus atropellos devastaban el Norte, hicieron que algunas de sus ciudades se uniesen y aliasen, siendo las primeras Hamburgo y Lubeck, que en 1276 y 1297 redactaron unas ordenanzas, las que no se publicaron hasta 1614, por las que se convenia que si una ciudad amiga era atacada debian interponerse las otras para obtener una satisfaccion á su favor y en el caso contrario servirle de auxiliares en la guerra, no pudiéndola declarar ninguna de ellas sin la aquiescencia de las otras, ni tampoco celebrar alianzas sin el consentimiento de la federacion (1).

(1) César Cantu. *Historia Universal*.

Pronto el éxito que semejante liga tuvo en su primer ensayo le procuró la alianza de no pocas ciudades que formaban una vasta cadena desde el Báltico hasta el Rhin, rigiéndose por leyes propias y siendo la primera asociacion que en los tiempos modernos haya tenido un sistema regular de comercio.

Manejaban las mercancías de Suecia, de Dinamarca y de Noruega; explotaban las minas de Bohemia y de Hungría; extraian del Norte de Alemania cerveza, harinas, granos, telas y paños; de Prusia y Livonia lino, cáñamo, maderas, trigos, alquitran, pez y potasa; Inglaterra les suministraba lanas, estaño y cueros; las ciudades de Sajonia y del Rhin vinos y metales; y el centro de este vasto movimiento, segun unos, era Brujas, y segun otros, Flándes, célebre por sus paños y sus fábricas de tapices.

Así como Gustavo Wassa, que habiendo ascendido al trono, ayudado por Lubeck y Dantzick, les concede en premio grandes favores, hasta el punto de prohibir á sus súbditos navegar por el Sund y el Belt, así tambien Felipe III, que no podia olvidar los servicios hechos por los Anseáticos en favor de Cárlos V y de Felipe II, se manifiesta pródigo con ellos, otorgándoles los famosos privilegios firmados en Madrid á 28 de Setiembre de 1607 (1), por los que les autorizaba á que arribasen á todos los puertos de España sin pasaporte, deteniéndose en ellos cuanto quisieran y saliendo cuando bien les pareciese; no permitiendo que sus navíos fuesen visitados por soldados ni alcabaleros; concediéndoles que de su oro y plata pudiesen labrar moneda en España; prohibiendo que las casas de los Anseáticos fuesen registradas por la justicia, teniendo entrada en ellas sólo el Juez propio; librando de todo derecho ó tributo á los establecidos en dominios españoles; previniendo que, «cuando se ofreciere haber menester de algunos navíos de los Anseáticos para nuestro servicio, no se les detenga hasta el invierno, sino que se les despida temprano y ántes que el mar se hiele puedan volverse á casa; y si nuestro servicio esto no lo permitiera, que se les dé cómoda y buena invernacion en nuestros reinos, sin que se les pueda obligar á consumir lo adquirido honestamente en nuestro servicio (art. 41);» y por último, autorizándoles para abrir una lonja en Sevilla, que sería largo y prolijo enumerar las gracias acordadas por nuestro Monarca á aquellos confederados.

---

(1) Riquelme. *Elementos de Derecho internacional.* Tomo II.

Alboreaban los hermosos dias de Italia. Los Güelfos y Gibelinos, que con sus discordias ensangrentaron por espacio de tantos siglos aquellas poéticas zonas, habian depuesto las armas, y bajo un cielo puro y diáfano el comercio florecia y las artes progresaban. Desde 1236, Génova venía garantizando un comercio bajo la fé de los tratados concluidos con los Berberiscos de la costa africana; y basta para formarse una idea de cuáles serían con ellos sus relaciones, el decir que existia en aquella ciudad una cancillería de lengua árabe.

Cultivaba el comercio con Levante, y además de las escalas en dicho punto, contaba con otras en Macedonia, el Archipiélago y la isla de Chio. El movimiento mercantil era indecible: las lanas habian procurado en Lombardía grandes riquezas á la Orden de los *Humillados*: en Florencia se contaban hasta ochenta fábricas de seda, y, ¡extraña coincidencia! en medio de tanto adelanto, de tanta fastuosidad y brillo, la historia de las Repúblicas italianas del once al quince siglo, salpicada de sangre, registra como ninguna deplorables disensiones y horribles crímenes (1), sin que jamas pudieran unirse ni entenderse, siendo la opinion de no pocos patriotas de Italia que el régimen republicano de la Edad Media ha entorpecido su unidad por tanto tiempo.

A pesar de lo dicho, y de que la seguridad personal, primera condicion de todo estado social, no existia, Venecia era una ciudad cosmopolita.

Aquellas góndolas, aquellas armoniosas cadencias á la luz de la luna, cabrilleando sobre la tranquila superficie del gran canal, y escondiéndose tras los arcos del Rialto; aquellos trages de todos los países, aquel murmullo en todos los idiomas del globo, semejaba un perenne carnaval, abrevándose de gloria en las aguas del Adriático.

Su marina tenía en jaque á las de los Musulmanes y los Turcos; su poblacion era inmensa, cuantiosos sus tesoros, su comercio el primero de Europa, y su Gobierno rechazaba toda clase de sugestiones de donde quiera que partiesen: falta sólo para su complemento, y en beneficio del mundo mercantil, la reconstruccion del canal del Mediodía en Francia (2), la que quizá en un porvenir no largo estamos destinados á presenciar.

---

(1) Guizot. *Histoire de la civilisation en Europe.*

(2) Véase el folleto de M. Daumeval.—1868.

EMILIO BORSO.

(*Se concluirá.*)

# UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

## CAPITULO XXXVII.

### RAPTO.

Habia en el palacio de Nomara cierta tristeza que me agradó en extremo, porque estaba en armonía con la mia. Todos echaban de ménos al embajador, excepto la princesa, que reia y bromeaba con sus contertulios como si nada hubiera pasado. Aneyda hablaba con Nassala, M. Leynoff con el príncipe y el Sr. Otrocy.

Después que se retiraron y cenamos me fuí á acostar. Nada dije á M. Leynoff, que viéndome tan abatido y conociendo la causa, calló tambien. Me fué imposible dormir, y ya pasaba mucho de la media noche cuando me pareció sentir un ruido particular que me llamó la atencion. Me puse á escuchar y se me figuró que oia gritos; me incorporo en la cama, y escucho de nuevo: no habia duda: los gritos seguian é iban en aumento.

—Qué será esto?—dije para conmigo.

De repente siento pasos precipitados, como de personas que corrian.

—No, aquí hay algo,—dije tirándome de la cama y vistiéndome á toda prisa.

Los gritos aumentaron hasta el punto que oí decir:

—Oh qué desgracia, señorito! Qué desgracia!

A estos gritos despertó M. Leynoff.

—Qué es eso, Mendoza?—me dijo.

—No lo sé, amigo: oigo gritos y he sentido pasos de personas que corrian, pero nada más puedo deciros.

—Voy á vestirme,—dijo M. Leynoff,—porque tanto ruido no se hace sin motivo.

Cuando M. Leynoff dijo estas palabras ya estaba yo listo y fuera del aposento: entónces tropiezo con el Sr. Sulfendy, que venía corriendo.

—Qué hay, amigo?—le pregunté.

—No lo sé, señor,—me respondió sofocado por la prisa;—pero algo ha sucedido á la señorita, porque veo gente en su cuarto: vamos allá, si gustais.

—Vamos.

Y efectivamente nos dirigimos al cuarto de Aneyda. Cuando llegamos estaban en él, medio vestidos, los príncipes y el señor Silaydi escuchando á la doncella que era la que habia dado los gritos.

Nada preguntamos por no interrumpir la relacion que aquella hacía y que oian los príncipes con ansiedad.

En esto entró M. Leynoff.

—Estábamos hablando,—continuó la doncella con voz entrecortada por los sollozos,—la señorita y yo, cuando nos pareció oir ruido en el balcon: volvimos la cabeza y vimos, detrás de los vidrios, moverse unas sombras que nos llenaron de espanto. Doy un grito, é iba á llamar, cuando se abrió el balcon y entraron cuatro hombres embozados y con las caras cubiertas.

Uno de ellos se vino hácia mí, y poniéndome un cuchillo al pecho, me dijo:

—Si das un grito, te mato.

Otro, que parecia más fino, cogió á la señorita por un brazo, y le dijo:

—Nada teneis que temer si no gritais y no os oponeis á nuestra voluntad; pero si creida de que vendrán á socorreros dais un grito ó haceis la más leve resistencia, sois perdida. Evitadnos, pues, la violencia.

La señorita dijo entónces:

—Oh, papá mio! Dónde estás?

Un ¡ay! desgarrador salió del pecho del Sr. Nomara.

—Y se dejó conducir,—continuó la jóven,—por el desconocido, que la llevó al balcon, donde la entregó á otros dos, que sin duda la estaban esperando.

—Acaba,—dijo pálido de ira el Sr. Silaydi.

Pasaria como media hora cuando el que me amenazaba con el cuchillo, me dijo:

—Voy á marchar: si ántes que salga del jardin te oigo hablar ó dar el menor grito, vuelvo y te mato.

Y se marchó; pero yo, en lugar de obedecer, salí del cuarto dando los gritos que habeis oido y que os han hecho despertar.

—Oh Dios!—dijo á esta sazon el Sr. Nomara levantando sus ojos al cielo y exhalando un gemido;—dadme fuerzas para resistir tan duro golpe.

Y se dejó caer sobre un sofá con el semblante descompuesto.

La princesa, agobiada tambien por el dolor, perdió el conocimiento.

Conmovia el ver el estado de aquellos afligidos padres.

—Y has conocido á alguno?—dijo con reconcentrado furor el Sr. Silaydi.

—A ninguno, señor, porque todos tenian cubiertos los rostros, y sólo les ví los ojos.

—Y eran de Romalia, es decir, vestian como nosotros?—preguntó el Sr. Silaydi.

—No señor, porque sus túnicas y mantos se parecian á los de Nostracia.

Nos miramos unos á otros á un mismo tiempo.

—El mónstruo!—dijo la princesa, que, al volver en sí, habia oido las últimas palabras de la jóven:—ya yo lo presumia.

Lo que habia dicho Nottely al salir del salon se me vino entónces á la memoria.

—Cómo!—dije para conmigo;—¿tendrian aquellas palabras relacion con este rapto? Oh, es imposible; sería el colmo de la fatalidad.

El Sr. Nomara, exhalando hondos suspiros, parecia la estátua del dolor. M. Leynoff, que se habia acercado á él, le miraba en silencio.

Silaydi que hacía tiempo se habia quedado pensativo, dijo levantando la cabeza:

—Pronto, dos antorchas y mis armas.

—Qué vais á hacer?—le pregunté.

—A registrar el jardin y á seguirlos.

—Bien; pero no lo hagamos mal por demasiada precipitacion.

—Pues qué más quereis?

—Que nos acompañen, bien armados, mi guardia y cuatro criados vuestros, porque si los encontramos ¿qué hemos de hacer los dos solos siendo ellos seis? Además, mandad que ensillen buenos caballos para todos.

—Sí, sí, teneis razon, Mendoza,—dijo el Sr. Nomara saliendo de su estupor.—Pronto, Sulfendy, llamad á los criados y que ensillen los caballos y se armen. Corre, Silaydi, no te detengas un momento. Oh Aneyda de mi vida! que será de tí, sola y en poder de esos malvados!

Y volvió á caer abatido en el sofá.

—Y yo juro, ante Dios,—dijo la princesa irguiendo con orgullo su cabeza,—que me vengaré del infame que ha cometido tal maldad. Corre, Silaydi; tráelos.

Y veloces como el relámpago, bajamos al jardin Silaydi y yo, seguidos de los criados.

En él ya, encontramos una gorra tirada por el suelo, adornada con plumas negras. Cogióla Silaydi y la examinó con atencion. ¿Cuál sería nuestro asombro cuando vimos en ella las cifras y las armas de Nostracia?

—Oh, no puede ser, no puede ser,—dije fuera de mí;—sería una presuncion horrible.

—Horrible sí, teneis razon,—dijo el Sr. Silaydi con una sonrisa imposible de describir;—pero, por qué no puede ser, Mendoza?

—Porque ó es preciso dudar de Dios, ó no se puede creer que Nottely haya cometido tal infamia.

—Continuemos nuestras investigaciones—murmuró Silaydi, como si no hubiese oido mis palabras.

Descubrimos en seguida los dos hoyos que habia dejado la escalera, y por el largo y ancho de estos, inferimos que era cómoda y muy á propósito para bajar una señora. Alrededor de los hoyos y en direccion á una de las puntas del jardin, vimos várias huellas que iban y venian, es decir, las que habian hecho los raptores para entrar, y las que habian vuelto á hacer para salir.

Nada más pudimos observar entónces.

—Vamos ahora á la puerta,—dijo el Sr. Silaydi.

Y marchamos sobre las pisadas mismas de los raptores. Cerca de la puerta, encontramos un papel que Silaydi cogió con avidez: era un pedazo de una carta, en el cual pudimos leer á la luz de una antorcha estas palabras: «mis instrucciones ya las reci-

bísteis, con que no habrá disculpa si la cosa sale mal.—Nottely»

—Conoceis esta letra?—me dijo Silaydi alargándome el papel.

—Sí,—le respondí perdiendo el color;—es de Nottely.

—Y ahora qué decís?

Las fatales palabras del salon volvieron á mi memoria, y en vez de la defensa que iba á hacer del embajador, dije lleno de amargura:

—Que me confundo, Silaydi, y que no sé, en verdad, á qué atenerme.

—Luego dudais todavía,—dijo mirándome con cierta desconfianza el Sr. Silaydi.

—Si dudo de la persona, no dudo del crímen; y sea cualquiera el que lo haya cometido, merece la muerte. Con que á ellos, Silaydi.

—Ah,—me dijo:—sois todo un caballero, y no esperaba ménos de vos.

Y volviéndose á uno de los que llevaban las antorchas, añadió:

—Al guardia y á los criados, que vengan á la puerta con los caballos.

—Antes de montar,—dije á Silaydi,—examinemos el terreno á ver si han marchado á caballo ó en ruedas.

—Teneis razon.

Y á la luz de las antorchas, y después de haber observado los surcos que se percibian en el suelo, no nos quedó la menor duda de que Aneyda iba en carruaje.

Montamos á caballo y nos lanzamos á escape.

—Corramos,—me dijo el Sr. Silaydi,—á ver si al romper el dia podemos alcanzarlos.

—Corramos,—le respondi;—pero, ¿qué camino hemos de seguir?

—Hé ahí lo que no sé; y si la casualidad no nos favorece, y no quiere que los encontremos, será preciso volvernos para hacer otra clase de pesquisas. Entre tanto, corramos.

Y corriamos, ó por mejor decir, volábamos, pues si cualquiera nos hubiese visto en aquella carrera furiosa, debia creer que no éramos hombres, sino fantasmas arrastrados por un torbellino.

Era ya de dia, y nada vimos: tendimos la vista por uno y otro lado, y nada tampoco percibimos. Qué hacer? A quién preguntar? A nádie, porque nádie pudo haber visto aquel carruaje habiendo salido á hora tan avanzada. Fué, pues, preciso volvernos.

—Y Aneyda?—preguntó el Sr. Nomara así que nos percibió.

—Corrimos, papá,—dijo Silaydi;—y corrimos á escape, hasta que rompió el dia, y no hemos podido hallarlos.

Y volviéndose al Sr. Sulfendy, añadió:

—Id, Sulfendy, y decid á los criados que monten á caballo, y que caminen á escape por seis puntos diferentes para inquirir noticias: á la noche deben estar aquí. Reunid, además, toda la servidumbre, y decidles que á la menor palabra que se trasluzca fuera, serán despedidos.

Marchóse el Sr. Sulfendy, y Silaydi añadió:

—Ahora que estamos solos, hablemos, papá. ¿Quién crees que haya sido el robador de Aneyda?

—Hijo mio,—dijo con amargura aquel excelente hombre,—no me preguntes nada, porque me pierdo en conjeturas. Si he de creer á la doncella, fué Nottely; y si recuerdo los antecedentes de éste, tengo por un crímen tal creencia.

—Pues fué él, papá; no hay que dudarlo.

—Y quién más que él,—dijo la princesa ántes que respondiese el Sr. Nomara,—tenia interes en cometer ese atentado? ¡Ah, infame!

—Pero entendámonos, Silaydi,—dijo M. Leynoff;—sólo por lo que habeis oido á la doncella, acusais tan resueltamente al embajador?

—No,—respondió Silaydi;—tengo otras pruebas.

—Eso es otra cosa,—contestó M. Leynoff;—mostrádnoslas y las examinarémos con calma, y cual cumple á hombres que se estiman y estiman á sus amigos. Me parece que los servicios que á vuestra familia ha hecho el Sr. Nottely, bien merecen que nos tomemos por él este trabajo.

—Es cierto,—dijo con nobleza Silaydi;—y no os oculto que sufro extremadamente al ver que estas pruebas condenan á un hombre sin el cual papá y yo no viviriamos; pero M. Leynoff,—añadió el jóven con chispeantes ojos;—vos sois caballero, y un caballero sabe muy bien que todos los servicios del mundo desaparecen cuando se trata del honor, y el nuestro ha sido lastimado cruelmente por Nottely.

—Bien, Silaydi,—contestó M. Leynoff;—pensaré como vos si esas pruebas de que habeis hablado me satisfacen: mostrádnoslas.

—Ya oisteis lo que ha dicho la doncella,—continuó el Sr. Si-

laydi;—pues Mendoza y yo hemos encontrado en la huerta una gorra con las cifras y las armas de Nostracia. Qué decís de esto?

—Que tiene esa prueba alguna fuerza unida á lo que ha dicho la doncella; pero ¿no pudiera haber puesto allí esa gorra algun enemigo de Nottely?

—No digo que no,—repuso Silaydi; pero teniendo en cuenta que todos los raptores eran Nostracianos, ¿no parece más natural que perteneciese á alguno de estos?

—Conozco todo el valor de lo que decís,—contestó M. Leynoff; pero sé tambien de cuánto es capaz un hombre indigno. ¿No hay en Saturno más que Nottely que tuviese interes en ese rapto?

—Nádie,—dijo con viveza la princesa,—excepto Nostrendy; y Nostrendy, además de hallarse en Catilia, no necesitaba robar una persona que sabe muy bien le daban sus padres con el alma.

—Hay mucho que decir en eso, señora; y si yo pudiese hablar con libertad, quizá....

—Pues bien,—dijo Silaydi interrumpiéndole y entregándole el pedazo de papel que habiamos encontrado en la huerta;—¿qué decís de esto?

Cogiólo M. Leynoff, é iba á leerlo para sí, cuando le dijo Silaydi:

—No, no; leedlo alto para que lo oigamos todos.

Leyó, en efecto, alto M. Leynoff, y calló la boca: callamos todos tambien, ménos la princesa, que dijo llena de indignacion:

—Eso es más claro que la luz del dia; pero yo le juro por mi alma que se ha de acordar del hecho. Malvado!

Y diciendo esto se marchó con la cabeza erguida y respirando venganza.

Me llegaba al alma ver al Sr. Nomara sumido en la mayor afliccion, y no me atreví á marchar sin decir á M. Leynoff:

—Distraedle, por Dios, y no le abandoneis.

Y volviéndome á Silaydi, añadí:

—Vámonos, para que M. Leynoff consuele á vuestro padre.

—Nádie como él puede hacerlo. Pero, Mendoza,—me dijo por el camino,—no es inaudito lo que acaba de suceder? ¿No excede los límites del sufrimiento humano mirar como enemigo á un hombre á quien amaba ayer, y al cual debo mi vida y la de papá?

—Cierto, Silaydi; pero creednos, dejemos á Dios y al tiempo

que nos revelen todo lo que hay de misterioso en este suceso: á lo ménos esperemos á que vuelvan las criados y sepamos si han inquirido algo.

—Lo que siento,—dijo el Sr. Silaydi,—es que no esté aquí el embajador, pues si estuviese, mañana mismo sabriamos á qué atenernos. ¿Qué paciencia hay capaz de esperar diez, veinte ó treinta dias, con los brazos cruzados, cuando la sangre hierve y el honor pide venganza?

—Bueno, pero dejemos eso por ahora y vamos á acostarnos para reparar las fatigas de esta noche.

—No puedo dormir, Mendoza.

—Pero aun cuando no durmais, descansad al ménos.

Se fué á su cuarto y yo al mio, donde me acosté porque estaba rendido de fatiga.

## CAPITULO XXXVIII.

### PROVOCACION DE SILAYDI Á NOTTELY.

Diez dias después de los sucesos referidos vino á despedirse el Sr. Nomatty. Los asuntos de Catilia iban, segun nos dijo, cada vez peor, y esto era lo que le movia á marchar: no queria hallarse fuera de su pátria cuando ésta podia necesitarle.

—No os olvideis, Nomatty,—dijo la princesa,—de lo que os encargué para Nostrendy.

—Lo tendré presente, señora.

—Acordaos, además, que es preciso la mayor reserva; ¿lo entendeis?

—Y tanto como os entiendo, señora. Ya enteraré de todo á Nostrendy, y él hará, es bien seguro, cuanto sea preciso para daros gusto.

Después del adios de la princesa, y de habérseme ofrecido con una cordialidad que no habia visto nunca en él, se marchó el señor Nomatty.

Desde el rapto de Aneyda, el palacio de Nomara se habia convertido en un sitio de desolacion: parecia que, al desaparecer la jóven, habia llevado consigo la dicha y el contento de la casa. El Sr. Nomara estaba lleno de amargura, y su salud principiaba á

resentirse. M. Leynoff, por consolarle, no sólo habia abandonado sus contínuas investigaciones en los archivos de Romalia, sino que dejó hasta de reunirse con los sábios de esta ciudad, como lo hacia ántes del fatal suceso. La princesa cada vez más unida á la señora Notissa, no respiraba más que venganza. Silaydi ocupado sin descanso en organizar su escuadra, no por eso dejaba de esperar con febril impaciencia la venida del embajador, y yo triste y abatido por tanto contratiempo, no tenía más distraccion que la señorita Nassala y los cortos momentos que Silaydi me dedicaba.

Ningun rastro, ni el más leve indicio se habia podido hallar del paradero de Aneyda, á pesar de haber mandado los criados de más confianza en seguimiento suyo con órden expresa de hacer las más severas pesquisas en la Nostracia y en Catilia: esto nos tenía consternados.

Por otra parte los temores de guerra aumentaban por momentos, y pronto supimos que se habian expedido los pasaportes á los señores Nolatto, Nottely y al embajador de la Gran Roquelia.

Al vigésimo dia de la marcha del embajador, y por consiguiente del rapto de Aneyda, estándonos paseando Silaydi y yo en los pórticos de palacio, vimos apearse de un coche de camino al embajador de la Gran Roquelia, á Nolatto y á Nottely.

Ver á éste, y encendérsele el rostro á Silaydi, todo fué uno.

—Os ruego, Mendoza, que sea cualquiera la amistad que profeseis al embajador, y lo que penseis de la desaparicion de Aneyda, no tomeis parte en la conversacion que voy á tener con él.

—Aquí?—le pregunté sorprendido.

—Sí, porque pienso esperar á que salga y llamarle.

—Pero no sería mejor citarle para un sitio más á propósito?

—Y mi impaciencia, Mendoza, me lo permite acaso? ¿no esperé ya demasiado? Oh, si á costa de los de mi vida pudiese conmutar los momentos que aún me faltan para hablarle, ¡con qué gusto los conmutaria!

—Es que temo una cosa.

—Qué?

—Que os acaloreis demasiado, y os oigan.

—Nó, porque nos irémos al jardin.

—Bien, puesto que no hay otro remedio, haced lo que gusteis; pero me permitireis una observacion?

—Qué, Mendoza?—repuso, mirándome de reojo el Sr. Silaydi.

—Que ántes, que él mismo os diga lo que pasó respecto al rapto, no olvideis lo que muchas veces os he dicho.

—Por Dios, Mendoza, contestó impaciente el jóven, que me sorprende vuestra insistencia.

—Sí, Silaydi,—repuse con decision,—no olvideis que lo mismo que puede ser culpado Nottely, puede ser inocente, y en la duda, creo que debeis tener con él ciertos miramientos que no por eso excluyen la entereza y el valor.

—Estais equivocado, Mendoza, ya os lo he dicho y os lo repito de nuevo. La culpabilidad del embajador está de tal modo probada, que sólo la nobleza de vuestra alma puede disculparle, como os disculpa á mis ojos cuando tratais de ponerla en duda. Dejadnos á los dos, os lo suplico, y pronto saldreis de vuestro error.

—Bien, Silaydi, bien,—le contesté con tristeza;—no hablemos más, y esperemos á Nottely.

Pasaria como cosa de una hora, cuando vimos salir á éste con vários señores de la corte: no necesitamos avisarle, pues tan pronto como nos vió se despidió de ellos, y se vino hácia nosotros radiante de satisfaccion.

Horrible fué aquel momento para mí.

Antes de acercársenos, ya habia abierto los brazos; pero cuando observó mi serenidad y lo demudado del semblante de Silaydi, volvió á bajarlos.

—Qué es eso, queridos amigos?—nos dijo con una amabilidad mezclada de sorpresa,—¿cómo os veo tan sérios? qué teneis? os ha sucedido algo?

—Caballero,—le dijo el Sr. Silaydi,—deseo tener con vos un momento de conversacion: quereis seguirme?

Lanzó el Sr. Nottely una mirada investigadora y llena de profundo asombro sobre Silaydi: luego la fijó en mí con una insistencia tal, que me hizo bajar los ojos; por último, después de algunos momentos de silencio, dijo á Silaydi:

—Y adónde quereis que os siga, caballero?

—Cerca; aquí, al jardin,—dijo con voz entrecortada el Sr. Silaydi.

Nueva mirada del embajador y nuevo asombro.

—Os sigo,—contestó.

Marchábamos en silencio: sólo Dios sabe lo que yo sufria.

Cuando estuvimos en un sitio retirado, nos paramos, y encarán-

dose el Sr. Silaydi con Nottely, le dijo con voz cada vez más alterada:

—Sé, caballero, que os debo mucho, y que os lo debe igualmente mi familia; pero como todas las consideraciones humanas desaparecen ante el honor, olvido aquellas para pediros cuenta de este.

—El honor! —dijo el Sr. Nottely, —el honor! pues en qué he atacado yo vuestro honor, caballero?

Sin contestar á esta pregunta, y mirando á Nottely con chispeantes ojos, dijo el Sr. Silaydi:

—A qué hora y en qué sitio quereis que nos veamos esta tarde?

—Pero esto es un desafío!

—Y hasta ahora no lo habeis conocido?

—Caballero—dijo irguiendo la cabeza y tomando su aire de majestad el Sr. Nottely;— yo no puedo batirme con vos.

—Oh amigo!—dijo acercándose el Sr. Silaydi, y poniendo su cara casi pegada á la del jóven;—no me obligueis á usar de aquellos medios á los que ni aun los más villanos pueden resistir, porque os aseguro que apelaré á ellos. ¿A qué hora y en qué sitio quereis que nos reunamos?

Sin inmutarse y sin mudar siquiera de postura, á pesar del insultante movimiento de Silaydi,—dijo el embajador:

—Os repito, caballero, que no me bato con vos, á lo ménos sin una condicion.

—Qué condicion?

—Que me digais el motivo de nuestro duelo.

—El motivo! el motivo!—repuso exasperado el jóven;—¿pués no lo sabeis vos?

—Si lo supiese,—respondió el embajador con la misma calma—no os lo preguntaria.

Fuera de sí el Sr. Silaydi, se acercó de nuevo al embajador, y le dijo con ademan provocativo:

—Os batís, sí ó nó?

—Nó—contestó el embajador siempre impasible—si no me decis el motivo.

Ya habia levantado Silaydi su mano é iba á descargarla sobre el rostro del Sr. Nottely, cuando cogiéndosela éste por la muñeca, y sujetándosela con una fuerza irresistible, le dijo siempre con la misma calma:

—Reportaos, caballero, y no olvideis que para batirse un hombre no necesita perder su dignidad: respondedme, y á mi vez hablaré yo.

—Cómo, miserable! después de deshonrarme rehusais satisfacerme?

Y pugnaba per desasir su mano, sin que le fuese posible lograrlo.

—Deshonraros! yo!... Os juro que no os comprendo, caballero.

—Donde está mi hermana?

Al oir esta pregunta se puso lívido el embajador; soltó la mano del Sr. Silaydi y se quedó mirándole de hito en hito.

—Vuestra hermana!—murmuró con aire consternado;—vuestra hermana! pues qué ha sucedido á vuestra hermana?

—Cómo que le ha sucedido? No la habeis robado vos?

Al oir esto, rápido é impetuoso como el leon, lanzóse el señor Nottely sobre Silaydi, y cogiéndole del brazo y atrayéndole hácia sí con una fuerza convulsiva, dijo:

—Han robado á vuestra hermana! la han robado! Cómo? ¿cuándo? quién? Hablad pronto, caballero.

Yo sentí mi alma inundada de gozo al ver aquel arranque del embajador, que tan bien probaba su inocencia.

A Silaydi le conmovió igualmente; pero como no estaba aún satisfecho, volvió á decir:

—Pues qué! no habeis sido vos el que robásteis á mi hermana?

—Dejadme y matadme, si quereis—contestó el jóven,—seguro de que no me defenderé. Si ha desaparecido Aneyda, é ignorais su paradero, puesto que me preguntais por ella, ¿qué me importa á mí la vida ni vuestras amenazas?

Pronunció estas palabras con tal desesperacion el Sr. Nottely, y su abatimiento era tan grande, que al fin Silaydi principió á dudar. Con tono, pues, ménos duro repuso al punto:

—Pero, caballero, en nombre del cielo: ¿es cierto que no habeis sido vos el raptor de Aneyda? de véras puedo creeros? Ved que os lo pregunta un hermano desolado, y que os lo pregunta por mi boca toda una familia sin consuelo.

En lugar de responder, dijo con el mismo abatimiento el Señor Nottely:

—Me habeis herido, caballero, lo mismo que vuestro amigo (fijando en mí sus rasgados ojos) en lo íntimo de mi alma por ha-

berme creido capaz de tan bajo y villano crímen. Sabed, caballero, puesto que mi dolor me ha vendido, que si amo á vuestra hermana es con el amor más santo y puro que puede abrigar un hombre; amor que me obligaria á arrancar mil veces el corazon ántes que causarla, no ya un disgusto, sino la más leve incomodidad. Y pensando así, ¿pudisteis haber creido que yo la hubiese robado? ¡Ah, Mendoza!

Y al nombrarme me lanzó una mirada sublime por las reconvenciones que encerraba.

Sin poderme contener, dije al momento:

—Yo no, querido Nottely, yo no lo he creido jamás, á pesar de las pruebas que teniamos contra vos.

—Pruebas contra mí! y qué pruebas son esas?

—Primera—se apresuró á manifestar Silaydi— el dicho de la doncella, que nos aseguró que todos los enmascarados que entraron en la habitacion de Aneyda vestian como los de Nostracia; segunda, una gorra con plumas negras y las armas y cifras de vuestra nacion, que encontramos en el jardin; y tercera, este papel que encontramos cerca de la puerta por donde entraron y salieron los raptores.

Y sacándolo del bolsillo el Sr. Silaydi, añadió:

—Ahí lo teneis, leedlo.

Durante las primeras pruebas, miraba el embajador de hito en hito al Sr. Silaydi, y como quien oye una cosa de todo punto inesperada; pero cuando le entregó el papel, y pasó por él la vista, dijo sin poderse contener:

—Oh, oh, esta letra y la firma son, en efecto, mias; y aun recuerdo la carta á que pertenecian. Esta carta, caballero, no ha llegado á su destino; me ha sido robada, y han hecho uso de ella, pero ¡con qué perfidia! han arrancado lo que explicaba mis últimas palabras, y sólo dejaron lo que convenia á sus designios: aquí hay una intriga y un misterio que no puedo penetrar.

—Y tendreis la bondad de decirme á qué aludian esas últimas palabras?

—A un camino eléctrico que debia abrirse desde Silydia á Noruga, y sobre el cual habia dado yo mis instrucciones á los interesados, entre los cuales habia un pariente mio.

Al oir esto, no pudo contenerse el Sr. Silaydi; y, corriendo hácia el embajador, y estrechándole entre sus brazos, le dijo lleno de arrepentimiento:

—Ah, perdon, perdon por mi indigno arrebato, que ni siquiera disculpa lo santo del motivo. Creed....

No le dejó acabar el Sr. Nottely, pues abrazándole, á su vez, y cogiéndole de la mano, le dijo:

—No me habeis ofendido, Silaydi; estábais en un error, y cuanto habeis hecho por efecto de él, léjos de disgustarme, os engrandece á mis ojos.

—Vuestra bondad, querido Nottely, es excesiva, y me confunde, puesto que hace resaltar más y más mi imperdonable ligereza. Bien debia yo conoceros; pero la cólera me privó de la razon.

—Olvidemos para siempre este incidente, y no pensemos más que en Aneyda. Os lo repito; aquí hay una trama horrible, y el deseo de desentrañarla me saca de mi abatimiento y me devuelve mi valor. Corramos á salvarla, amigos.

—Corramos,—contestó Silaydi; pero ántes os ruego que vengais conmigo.

—Adónde?

—A casa para sacar de su error á los Príncipes y á M. Leynoff. Quiero, ya que os causé tan gran disgusto, indemnizaros, al ménos, haciendo brillar vuestra inocencia delante de papá y de mamá; de mamá, lo ois, Nottely? que está furiosa contra vos.

Y al decir esto, miraba sonriendo al embajador como si quisiera decirle:—No ves que apruebo tu amor?

Entendióle éste perfectamente, puesto que le dijo:

—Me pagais con usura, amigo, los momentos crueles que me habeis hecho pasar.

Y tan contentos como podiamos estar faltándonos Aneyda, volamos hácia el palacio de Nomara.

## CAPITULO XXXIX.

### CAMBIO DE LA PRINCESA.

En el camino encontró Silaydi á un amigo, á quien tuvo que saludar, y miéntras lo hacía, dije á Nottely:

—¿No me explicareis el sentido de las últimas palabras que dijísteis á Aneyda cuando os despedísteis de ella?

—Qué palabras?

—Las que pronunciásteis en la puerta del salon, estando para salir.

—Ah, sí, ya me acuerdo; era rogándole que me escribiese á Catilia.

—Ya debí yo haberlo presumido,—dije para conmigo, aunque no tan bajo que dejase de oirlo el embajador.

—Qué debísteis haber presumido, Mendoza?

—Nada, nada; acerquémonos á Silaydi, que ya viene allí.

Juntos ya, corrimos á palacio, y al primer criado que encontró le preguntó Silaydi si estaban en casa SS. AA.

—Ahora mismo acabo de oir al Sr. Sulfendy, que estaban en el salon con M. Leynoff.

Fué profunda la sorpresa de los príncipes cuando vieron al embajador.

—Ah, papá,—dijo, casi ahogado con la prisa, el Sr. Silaydi:—¡cuán injustos hemos sido con el Sr. Nottely!

—Pues qué hay?—dijo la princesa.

—Qué ha de haber, mamá; que nos hemos equivocado lastimosamente.

—Pero en qué?

—En que Nottely no sólo no ha sido el raptor de Aneyda, sino que ni aún sabía su desaparicion. No tengas en esto la menor duda, mamá; pues te lo digo yo, y te lo aseguro por mi honor.

—¡No ha sido él el raptor de Aneyda!—repuso la princesa.—Y los trajes? y la gorra? y el pedazo de papel que encontrásteis en la huerta? Sin duda que deliras, Silaydi.

—No deliro, mamá, y si nó, escucha.

Entónces el Sr. Silaydi, con todo el fuego que le daba el recuerdo de su injusticia con Nottely, contó lo que nos habia dicho éste, pintando con vivísimos colores su dolor cuando supo la desaparicion de Aneyda.

Grande fué la sensacion que causó en todos este relato, y principalmente en la princesa.

Ví asomarse una sonrisa á los lábios de M. de Leynoff, y brillar una lágrima en los ojos del Sr. Nomara.

Nottely permanecia en pié silencioso y lleno de modestia: miraba alternativamente á unos y á otros, pero fijándose en el señor Nomara, le dijo con tierna reconvencion:

—Y vos, señor, vos tambien me habeis creido capaz de tan negro y villano crímen?

—No, Nottely,—dijo con gravedad el Sr. Nomara. Dudé, lo

confieso, cuando ví las pruebas que se acumulaban contra vos; pero recordando después vuestras virtudes, no me cupo la menor duda de que érais inocente. El mal estuvo en haber callado; pero mi amargura es tanta, que bien puede perdonárseme esta falta.

—Mucho me consuela, señor, lo que decis,—repuso conmovido el embajador.—El merecer vuestra estimacion y la de M. Leynoff, que si me ha defendido (se lo habia dicho yo cuando subiamos la escalera) miéntras todos me acriminaban, es cuanto ambiciono en este mundo.

—Pero esto es incomprensible,—exclamó la princesa:—si el embajador está inocente, quién es el culpado?

—No os canseis,—dijo el Sr. Nomara con abatimiento;—el culpado no es difícil de encontrar. Ya yo le conocia ántes de saber la inocencia de Nottely, y ahora os lo marcaria con el dedo si estuviese aquí.

—Imposible: no puede ser,—murmuró la princesa.—Sin embargo, veamos.

E hizo sonar con violencia un timbre.

—Que venga Sattina,—dijo al criado que se presentó.

Pocos momentos después entró la jóven.

Fué notable la alteracion de ésta cuando vió al embajador.

—Avisa, Silaydi, que no estamos en casa para nádie.

Y volviéndose con semblante airado á la doncella, añadió:

—Eres perdida si ahora mismo no nos dices quién fué el raptor de Aneyda.

—Y ten cuenta con tus palabras,—añadió Silaydi,—pues si nos ocultas la menor cosa, te juro, por quién soy, que ahora mismo te entrego á los tribunales, al paso que si dices la verdad es muy posible que se te perdone.

Sattina, cuya palidez era la de un cadáver, se reanimó algun tanto con las últimas palabras de Silaydi; así es, que arrodillándose delante de la princesa, y derramando lágrimas, dijo:

—Oh, señora, no me perdais, por Dios, y yo os lo diré todo.

—Pues habla,—dijo la princesa:—quién fué el robador de Aneyda?

—El Sr. Nomatty.

—Cómo el Sr. Nomatty, si marchó después que ella?

—No marchó con la señorita, es cierto; pero fué el que la cogió

por el brazo, y el que la entregó á unos jóvenes de Catilia, que habia hecho venir con este objeto.

—Y cómo sabes tú eso?

—Porque era su cómplice.

—Su cómplice! luego ya sabias que iban á robar á Aneyda?

—Ruego á V. A. que no se irrite, y que me perdone, pues para merecer este perdon,—añadió la jóven ahogada por los sollozos,—estoy dispuesta á decir toda la verdad, aun cuando sea contra mí misma. ¡Dichosa yo, si haciendo esta confesion, y teniendo en cuenta los remordimientos que he sentido después que cometí el delito, me perdona Dios tambien!

—Habla, habla, desdichada.

—Hace más de dos meses que el Sr. Nomatty me está rogando que le ayude á efectuar este proyecto. Al principio todo fué en vano, pues me repugnaba la idea de vender á una señorita tan amable, y que me trataba tan bien; pero fueron tantas las promesas y las amenazas que me hizo, que al fin cedí. Le introduje várias veces en el cuarto de la señorita para que se enterase de su posicion y de las entradas y salidas que tenia. Él fué quien me dijo lo que habia de contestar cuando se me preguntase, y así lo hice, si bien ocultando el inmenso dolor, las lágrimas y los gemidos de la señorita cuando la llevaron. Es verdad, señora, que nunca el Sr. Nomatty me hubiera vencido, si no me hubiera asegurado que al llevar la señorita, no tenia más objeto que casarla con su primo, llenando así los deseos de V. A., á quien, segun me dijo, no era extraño este proyecto.

—Oh, tunante!—díjo con reconcentrada ira la princesa.—Y dónde está Aneyda?

—En Catilia.

—En Catilia! ¿cómo entónces no han podido hallarla los que hemos mandado allí con este objeto?

—Porque, segun oí al Sr. Nomatty, pensaban ocultarla en un castillo que tenian á la legua de Tolayda, hasta que estuviese casada con su primo.

—¿Y Nostrendy,—preguntó la princesa, casi temblando,—sabia que se preparaba este rapto?

—Sí, señora.

—Lo sabia! quién te lo ha dicho?

—El Sr. Nomatty, que le escribia con frecuencia y le daba

cuenta de todo lo que hacía y pensaba hacer. No tenga V. A. la menor duda, porque yo misma vi una carta.

—Y de quién era?

—Del Sr. Nostrendy.

—Y te acuerdas de alguna de sus expresiones?

—Recuerdo, señora, que el Sr. Nostrendy decia al Sr. Nomatty, que visto el nuevo servicio que el embajador acababa de hacer al Sr. Nomara, que ya conocia que no le quedaba otro recurso más que el rapto, y que siguiendo siempre sus consejos, influia cuanto podia con el rey para que no accediese á la paz, pues declarada la guerra, estaba seguro que nádie le arrancaria á la señorita Aneyda.

Nos miramos unos á otros, como dudando de lo que oiamos.

—Y por qué no has dicho eso ántes, miserable?—le preguntó Silaydi.

—Oh, señorito, por Dios, ved lo que sufro, y acordaos de lo que me ofrecísteis, y de que mis remordimientos igualan bien, sino exceden, á mi delito. Os lo digo con el corazon.

—Marcha, infeliz, marcha,—dijo severamente la princesa,—y no vuelvas á ponerte en mi presencia á no ser que yo te llame.

Marchóse la doncella, y la princesa dijo, como hablando consigo misma:

—¡Engañarme de este modo y ser cómplice de ese malvado el mismo por quien yo me interesaba tanto! ¡Oh, Aneyda de mi vida! ¡Cuánto no habrás sufrido al verte entre personas tan odiosas!

En este momento un golpe dado á la puerta, nos llamó á todos la atencion.

—¿Qué es eso?—dijo disgustada la princesa.

—Voy á ver, mamá,—dijo el Sr. Silaydi, adelantándose á la puerta.

Abierta esta por el jóven, vió á su ayuda de cámara que le presentaba, en una bandeja de oro, una carta cuidadosamente cerrada.

—Y esta carta?—dijo Silaydi, mirando á su ayuda de cámara.

—Acaba de traerla un propio todo cubierto de polvo, y me ha dicho que era urgente que os la entregase; por eso me he atrevido á llamar, señor.

—Está bien; marchaos, y que cuiden al portador.

Cerrada la puerta y leido el sobre por Silaydi, dijo visiblemente conmovido.

—De Catilia.

—¡De Catilia!- exclamamos todos á la vez.

—Abrela, hijo mio,—dijo con viveza la princesa;—ábrela pronto á ver si nos dice algo de tu hermana.

Abrióla el Sr. Silaydi sobre el cual tenia yo clavada la vista. Mudó de color dos ó tres veces, y no pudo hablar en algunos segundos.

—Qué tienes, Silaydi?—dijo asustada la princesa;—¿qué dice esa carta? Habla, por Dios, pues ya ves que nos estamos muriendo de impaciencia.

—Ante todo, mamá, y vos, mi querido papá, escuchadme:

Todos estábamos pendientes de las palabras del jóven.

Silaydi continuó:

En mi último viaje á Catilia, he tratado mucho y conocido todo el mérito y relevantes prendas de mi prima Silody. De este trato ha nacido un amor santo y puro que nos hemos jurado el uno al otro para siempre. Yo no os dije nada de esto, porque no dudaba de vuestra aprobacion, atendido el rango é ilustre cuna de Silody, y porque pensaba hacerlo cuando, obtenido el consentimiento de Nostrendy, pudiese efectuarse mi enlace al mismo tiempo que el de Aneyda. Nostrendy al marcharse me dió aquel consentimiento, y la palabra de traer consigo á su hermana, y Nostrendy, señora, (clavando su vista en la princesa), ha faltado de un modo villano á su palabra. Y digo de un modo villano, porque cuando me daba aquí su consentimiento, ya habia ofrecido su mano á otro.

—¡A otro!—dijo sorprendida la princesa.

—Sí, mamá.

—¿Y á quién?

—A Nomatty.

—¡A Nomatty!—repuso, con despecho, la princesa.—A Nomatty, tratándose del hijo del príncipe de Toluma! Quién te lo ha dicho?

—Silody en una carta.

—Oh, esto es inícuo,—dijo agitadísima la princesa.

—Espera, mamá.

Desde esa carta,—continuó Silaydi,—no volví á tener otra, lo que me causaba mayor inquietud, cuando se me entrega la que voy á leer. Oidla, mamá, oidla, señores,—añadió,—y admirad la perfidia de esos hombres.

«Estarás irritado contra mí, querido Silaydi; pero tu ira se cambiará en lástima cuando sepas la causa de mi silencio. Ya te he referido mi primera entrevista con Nostrendy; pero no sabes que á los tres dias de su llegada, exigió mi formal consentimiento para casarme con Nomatty. Viendo que no tenía más respuesta que lágrimas y tristes recuerdos de mi inolvidable mamá, se puso furioso contra mí, y llegó al extremo de encerrarme, sin permitir que me sirviese más que mi doncella. No contento con esto, hizo que guardase mi puerta uno de sus criados, para que me vigilase, y no dejase entrar más que á Nomatty. Esto supongo que lo hizo temeroso de que te escribiese.

»Dadas estas órdenes,—me dijo:—no te canses, Silody; sobre tu destino pesa una fatalidad que sólo puedes conjurar, casándote con Nomatty. Hasta que me des tu consentimiento, no saldrás de aquí, y si á pesar de todo te empeñas en contrariarme, me veré precisado á tratarte con más rigor. Dicho esto me volvió la espalda.

»Apénas quedé sola, percibí un papel en el suelo, que sin duda se le cayó á Nostrendy: lo cogí: era una carta que leí al punto, y cuyo contenido me dejó pasmada. Te la mando para que veas la ¡nícua trama que se urde contra Aneyda. Es tal la vigilancia del criado que está á la puerta, que no sé cómo podré hacerla llegar á tu poder; pero confio en que se me proporcionará ocasion un dia ú otro. No olvides un instante á tu—*Silody*.»

Leida esta carta, dijo Silaydi.

—Escuchad ahora la postdata.

«He sido trasladada á Conordo, antiguo castillo, que tenemos á la legua de la capital. En Codorno, está tambien Aneyda: mi fiel Nollapo, el que te llevó la carta, me lo ha dicho. Silaydi, compadécete de Aneyda y de Silody: sálvanos.»

—¿Qué decís de esto, señores?—preguntó Silaydi.

—Lee ahora la otra carta, hijo mio,—dijo el Sr. Nomara,—por más que mi alma se destroce de dolor.

La princesa tenia inclinada la cabeza y estaba muda, pensativa y llena de indignacion.

El Sr. Silaydi abrió la otra carta, y leyó lo siguiente:

« Ante todo, te doy las gracias, querido Nostrendy, porque al fin, sigues mis consejos, y trabajas para que haya guerra: la guerra es hoy nuestra salvacion, como lo conocerás si reflexionas.

» La venida de Notayde ha producido un efecto maravilloso,

pues Aneyda, irritada por los celos, si no odiaba, no amaba ya al embajador, con el cual la vió en el paseo y en el teatro. Y á propósito de Notayde, querido; ella y su tia hacian el papel de señoras, cual si efectivamente lo fuesen. Todo iba perfectamente por este lado, cuando la fatalidad quiso que cayese al mar el príncipe de Toluma, y que le salvase Nottely. Este, que se hirió en un brazo al coger al príncipe, ha sido conducido desmayado al palacio de Nomara; de Nomara ¿lo oyes bien, mi pobre amigo? donde le tienes perfectamente cuidado por ese miserable Mendoza, que, como habias previsto, es ahora el todo de la casa. Así las cosas, ¿qué esperas en la princesa? Tiene contra sí los servicios hechos por Nottely á su familia. Yo la obsequio y adulo todo lo que puedo; pero mas enterado que ella de lo que pasa en su casa, conozco que no es bastante poderosa para vencer las dificultades que se oponen á tu enlace con Aneyda. Además, el amor de esta y de Nottely crece por momentos: siento decírtelo, Nostrendy, pero es forzoso que lo haga para acabar de una vez con tus escrúpulos. ¿Ves ahora otro recurso más que el rapto? ¿te decides, al fin, por él? Casada contigo Aneyda, sea por voluntad, sea por fuerza, ¿no será aprobado tu enlace por su familia, y hasta por ella misma cuando vea que no tiene otro remedio? ¿Y la guerra no nos dará tiempo sobrado para reducir, de un modo ó de otro, á tu encantadora prisionera? Estás loco si no sientes la fuerza de estas razones. Al verificar el rapto, pienso hacerlo de manera que de él aparezca responsable el embajador: así podré, aun después de realizado, permanecer algun tiempo en Romalia, donde asuntos de interes reclaman mi presencia, y jugaré además una mala pasada á Nottely, que bien lo merece, á fé mia. Espera con impaciencia tu respuesta,—*Nomatty*.»

—Oh, esto es fatal, desconsolador,—dijo el Sr. Nomara.

—Villano, papá, villano,—dijo ciego de cólera el Sr. Silaydi.

—¡Hija mia!—exclamó en extremo conmovida la princesa:—¿quién te arrancará ahora del poder de esos miserables? ¿Quién te volverá á los brazos de una madre que te ama, y que tan dura é injustamente te trató?

Al oir estas palabras, no pudo contenerse el embajador.

Bello y radiante de entusiasmo, se adelantó hácia la princesa, á la cual dijo con una mirada llena de expresion:

—No me lo rogueis, señora, si esto os es penoso; pero permi-

tidme, al ménos, que vaya en busca de vuestra ilustre hija, y que os la devuelva, pues lo conseguiré, ó perderé mi vida en la demanda.

La princesa contempló un momento á aquel gallardo jóven, que, haciendo abstraccion de sus agravios, venía á ofrecerle su apoyo. Sin duda que repasaba en su memoria la villana conducta de sus protegidos; sin duda que la comparaba con la noble y generosa del embajador; sin duda que recordaba con cuánta paciencia habia sufrido éste sus desaires; sin duda que trajo igualmente á su memoria los dos grandes servicios que acababa de hacer á su esposo y á su hijo; sin duda, repito, que pensaba en todo esto, pues que con un aire hasta entónces en ella nunca visto, y con un estremecimiento que nos sorprendió á todos, dijo:

—Acepto, señor embajador, vuestro ofrecimiento, y lo acepto con orgullo y gratitud. Decís que vais á salvar á mi hija, ¿no es verdad? pues yo para que lo hagais con más empeño, os digo, que á quien vais á salvar es...

—¿A quién, señora?—preguntó con ansiedad el jóven.

—¡A vuestra esposa! Os la doy, Nottely: hacedla feliz.

—¡Excelso Dios!—exclamó este cayendo de rodillas á sus piés.

Un silencio de algunos minutos siguió á esta escena solemne...

## CAPITULO XL.

### LA PARTIDA.

Horas después de lo que dejo referido, fuí á la habitacion de Silaydi, á quien encontré con el embajador ocupándose de la próxima partida. Apénas entré, vino aquel hácia mí, y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Ahora, caballerito, preparaos.

—¿Para qué?

—Para venir con nosotros.

—Eso iba á proponeros.

—¿De véras?

—A fé mia.

—Tan preciso nos sois, Mendoza, á Silaydi y á mí,—dijo el embajador,—que éste no ha hecho más que adelantarse á la invitacion

que yo iba á haceros. No os riais, pero no sé qué teneis para nosotros, me parece que nos traeis la dicha, sois como una especie de talisman que nos resguarda de los peligros, y á mí muy particularmente. ¿Os acordais de Bussilio? ¿Os acordais del mar?

—Además, no os arrepentireis,—añadió Silaydi,—porque vais á ver un país envuelto en una noche que parece eterna, y cuyo aspecto os sorprenderá por lo extraordinario.

—No os canseis,—les respondí,—porque aunque no me llevara la curiosidad de ver á Catilia, sólo por participar de vuestros riesgos, no dejaria de acompañaros. ¿Qué quereis que hiciese sin vosotros?

—Eso es verdad,—respondieron los dos á un tiempo.

—Con que, cosa convenida ¿eh?—preguntó Silaydi.

—De todo punto,—contesté.

—¿Cuando llegan las tropas de Nostracia, Nottely?—dijo Silaydi.

—Mañana.

—Y en Romalía ya, ¿cuando quereis que marchen?

—Por la noche ó al amanecer.

—Bueno; pues cada uno á hacer sus preparativos, y hasta después.

A la mañana siguiente, se conmovia la ciudad: se oia el ruido de los tambores, resonaban las trompetas, vibraba el aire con los cañonazos, y se estremecia el suelo con las pisadas de los caballos. En aquel momento entraban en Romalia las tropas de la Nostracia.

Por la tarde, fuimos á la revista.

El rey, sentado en un trono improvisado, pero espléndido, estaba rodeado de su corte. A su derecha formaban las tropas de la Nostracia; á su izquierda las de la Roquelia.

El aspecto de aquellos soldados era gentil y guerrero, sobre toda ponderacion: sus uniformes airosos y deslumbradores.

Principió la revista.

Con la mayor atencion, y fijos los ojos principalmente en las armas, inspeccionó el rey todos los cuerpos. Várias veces le vi llamar á los jefes, y mandar parar los batallones para hacerles advertencias sumamente importantes, segun me dijo Nottely.

Acabada la revista, y puesto en pié, dijo á las tropas:

—Id, valientes, y no olvideis nunca que en las puntas de vuestras lanzas y las bocas de vuestros cañones llevais la honra y la gloria de la pátria: morid ántes que una y otra sean holladas por

los imprudentes que pretenden hoy trastornar nuestro continente. La pátria y vuestro soberano os bendicen.

Una aclamacion inmensa acogió estas palabras.

Después de haber recibido la órden de estar listos para el amanecer del dia siguiente, se retiraron las tropas á sus cuarteles. Silaydi, Nottely y yo, fuimos á ver al rey. Nuestra despedida con él, fué afectuosa.

La que tuvimos en casa del Sr. Nomara, fué tiernísima: á ella asistió el Sr. Rodulio, que no nos abandonó hasta que nos embarcamos. Los señores Otrocy, Notty y Soletty, tambien nos acompañaron; pero el Sr. Nomara y M. Leynoff, no tuvieron valor para hacerlo.

Excusado es decir que nos ofrecimos escribir todos los correos, y por el telégrafo, si la gravedad de las noticias lo exigiese.

Despuntaba la aurora cuando, en medio de las músicas de los batallones, de las salvas de artillería y de los vivas de la multitud, nos dimos á la vela para Catilia.

Todavía me estremezco ahora, si recuerdo los peligros que en este país hemos corrido; pero no anticipemos los sucesos.

*(Se continuará.)*

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

# REVISTA POLÍTICA.

## INTERIOR.

Semejantes nosotros á quien espera en la orilla del mar una persona ausente, alegrando su ánimo la señal más imperceptible que aparece en el lejano horizonte, observamos el curso de los acontecimientos políticos, fluctuante el espíritu y presa el alma de la ansiedad que produce perenne duda sobre el porvenir de la pátria.

Se descubre con facilidad en los escritos políticos de La Revista, la impresion que domina en nuestra inteligencia, resultando de la franqueza misma con que procuramos relatar los sucesos que pasan á nuestra vista, cierta incoherencia en las apreciaciones, que preferimos, sin embargo, mil veces á una unidad poco sincera, hija más bien de las pasiones de los partidos que de una crítica imparcial y justa.

No desconocemos los desaciertos en que la Revolucion ha incurrido, los confesamos con sentimiento; pero convencidos de que un paso atrás sería preparacion segura para mayores desastres, y ansiosos de una preponderancia social que levante á la altura que alcanzó en mejores tiempos el nombre español, no hay sacrificio que no aconsejemos á todas las parcialidades políticas, sin distincion de orígen ni procedencia, para llegar á un nacional y sólido engrandecimiento: fin que ambicionan, sin duda, los buenos españoles.

Mucho sentiriamos, por considerarlo ocasionado á graves peligros y temerosas complicaciones, que al abrirse la Asamblea no presente el Go-

bierno, apoyándola con ánimo firme, una solucion que ponga término á la interinidad. Sin negar que la concesion de facultades al Regente podria mejorar el estado de los negocios públicos, permitiendo el desarrollo de la ley fundamental y su aplicacion completa, está fuera de discusion que se perciben dificultades de extraordinaria magnitud, las cuales aparecerán en un porvenir más ó ménos lejano si no llega la Asamblea Constituyente á elegir Rey.

Jamas se ha sentido en ningun país necesidad más apremiante; dificilmente la opinion pública se ha presen ado de una manera más definida; pocas veces Gobierno alguno habrá perdido ocasion tan propicia para dejar gloriosa huella en la historia; es imposible que se apodere de las antiguas parcialidades un decaimiento semejante al de que hoy están poseidas; nunca vendrá dia más feliz para asentar sobre sólidas bases las nuevas instituciones.

Desde Irun á Cádiz no se oye más que una voz, no se siente más que una necesidad, no se expresa más que un deseo, —Rey, Rey, Rey;—esta palabra que palpita en todos los corazones, que cruza por todas las inteligencias, que pronuncian todos los lábios, ha llegado á ser inconsciente símbolo de union que podria dar por resultado una Monarquía basada en el sufragio, hija de la Soberanía Nacional, que aniquilase y destruyera por su propia virtud y prestigio los gérmenes de guerra civil y de disolucion social que constantemente nos amenazan.

Es de magnitud tan extraordinaria la aspiracion de ver ocupado el Trono vacante para que pueda consolidarse la paz pública, que ante la necesidad de elegir rey los hombres y los partidos harian, sin duda, transacciones que ántes de ahora hubieran sido imposibles. Prescindiendo de las individualidades políticas que hayan contraido compromisos más ó ménos solemnes por un candidato determinado, la opinion general recibe como una esperanza bienhechora el anuncio de que el Gobierno inclina su ánimo en favor de cualquier solucion régia que abra nuevos horizontes para lo porvenir.

Republicanos y monárquicos abrigan el más firme convencimiento de que los distintos partidos de la Cámara son por sí solos impotentes para hacer triunfar en la Asamblea la solucion que cada cual prefiere, sin que el Gobierno le preste su eficaz apoyo, lo que enerva sus fuerzas, rompe entre sus afiliados la disciplina, y desvirtua por completo el mecanismo verdadero de los Gobiernos parlamentarios. La gran postracion que hoy existe, podrá, sin embargo, trocarse pronto en ruda lucha, que será tanto más peligrosa, cuanto ménos intervenga en ella la controversia de las ideas y predominen más los intereses personales, si una gran transaccion no agrupa en pró de un fin comun elevado y patriótico los elementos primordiales de la antigua mayoría.

Repetidas pruebas hemos dado en nuestras Revistas de que difícilmente nos dejamos arrastrar del espíritu de partido, y de que sin desertar de las filas adonde nos llaman antiguos compromisos en los momentos de honor, hemos sacrificado ni sacrificarémos la rectitud de nuestros, aunque modestos, imparciales juicios, ante ningun interes que no sea el del bien público.

Entendemos que el mayor peligro que pueden correr, no ya las instituciones revolucionarias, no ya los principios y garantías que la Constitucion establece, sino la tranquilidad social y la prosperidad pública, naceria sin duda alguna de que, impotente la Asamblea para establecer una solucion legal de carácter permanente, la necesidad creára un poder que tuviese por orígen la lucha en las calles, la victoria por las armas, el triunfo de la fuerza. Si á tan triste situacion llegaran las cosas, todo estaria perdido.

El país no sólo siente los males que en la actualidad le aflijen, sino que adivina por instinto los que pueden sobrevenirle, continuando indefinidamente este organismo político, que no responde á las necesidades públicas, y que está fuera de todos los sistemas que la ciencia ha inventado, y de todas las estravagancias que registra la historia. Persuadidos, cuantos viven del trabajo, de que sólo en la eleccion de rey puede encontrarse el ansiado remedio, se sublevan contra todo lo que creen obstáculo á que su bello ideal se realice, resultando de esto, por una anomalía lógica, si la frase es lícita, que á medida que se siente más, y más se generaliza la necesidad de establecer la Monarquía, pierdan fuerza los defensores de candidatos determinados.

La idea monárquica sobrepuja hoy en la parte sensata del país á los intereses dinásticos de los aspirantes á rey, á lo que contribuye sin duda alguna el general convencimiento de que los esfuerzos aislados de los partidarios de cualquiera de las candidaturas en boga son ineficaces por sí mismos para alcanzar el objeto que se proponen. Este convencimiento, arraigándose de dia en dia en el ánimo de todos, obliga al país á volver los ojos hácia el Gobierno, pues nádie duda ya de que sólo un candidato por el Gobierno proclamado y defendido, obtendria el número de sufragios que exige la ley votada por la Asamblea.

La proporcion numérica en que están las fracciones de la Cámara, priva á cada una en particular de la preponderancia que necesitaria para colocar por su exclusivo esfuerzo la corona de Castilla sobre las sienes del rey que por sí misma eligiera, pues los grupos que representan las antiguas denominaciones se subdividen en fracciones diferentes, poco conformes entre sí. De lo cual resulta que el Ministerio, único punto en que pueden converger las fuerzas de la Asamblea, es omnipotente en la eleccion de rey, siendo tan grande su influencia en este punto, como débil será si se empeña en sostener la interinidad, gobernando con el apoyo de una sola de las parcialidades políticas que tienen representacion en el Parlamento, aunque ésta sea la más numerosa.

Si los hombres del Poder se decidiesen á presentar una candidatura régia tan luego como se abriese la Cámara, la Revolucion se habria salvado, y la pátria estaria de enhorabuena. La opinion pública ejerceria tal presion sobre los Representantes del pueblo, que, excepcion hecha de republicanos y tradicionalistas, serian contadas las individualidades de la antigua mayoría que tuviesen el valor necesario para incurrir en la responsabilidad de oponer verdaderos obstáculos á lo que la nacion con tanto afan viene demandando. Los intereses dinásticos carecen en la actualidad de la fuerza necesaria para presentar dificultades á la imperiosa necesidad de constituir la monarquía, tan generalmente sentida como ostensiblemente proclamada. Para esta patriótica empresa cualquier Gabinete tendria fuerza, cualquier Ministerio contaria con gran número de defensores, los partidos liberales olvidarian, por algun tiempo al ménos, sus antiguos y recientes agravios, los hombres públicos cederian en sus justas aspiraciones, y el pueblo español, en su parte más juiciosa, y rica, tendria un dia de júbilo después de tantas tribulaciones. Pero si, por el contrario, no presenta rey el Gobierno; si, obligado por las circunstancias exteriores, tiene que seguir la interinidad en una ú otra forma, el ánimo se abisma ante los peligros que descubre la inteligencia ménos previsora.

Para seguir viviendo, única aspiracion que cabe en el Poder, fuera de la Monarquía, se presentan cuatro combinaciones políticas, impotentes todas, en nuestro sentir, para realzar el principio de autoridad, dar garantías sólidas á las libertades políticas, é inspirar la confianza de una quietud y armonía social, sin las cuales jamas se desarrollará la riqueza pública. Son estas cuatro combinaciones, un Ministerio compuesto del elemento radical y progresista, ó de progresista puro, ó de los tres elementos, democrático, progresista y unionista, ó de estos dos últimos, á imágen y semejanza del Gobierno provisional.

Prescindiendo por un momento de que el General Prim, árbitro hoy de los destinos del país, rechaza á lo que creemos alguna de estas combinaciones, discurramos, sin embargo, brevemente sobre cada una de ellas.

Si la salida del Sr. Rivero se verifica al fin, como de público se dice, saldrán probablemente tambien del Gabinete los Sres. Moret y Echegaray. Deseamos saber cómo podrá explicarse, sin herir la justa susceptibilidad de estos señores, que abandonen el poder tres indivíduos de los más caracterizados del partido democrático, entrando otros tres del mismo partido. Una trasformacion ministerial de tamaña importancia para que resulte un Ministerio de la misma significacion política, es un hecho novísimo en la historia parlamentaria, cuyas consecuencias se tocarán pronto en la práctica, por grande que sea el patriotismo y la resignacion de los Ministros que el Sr. Rivero arrastre en su caida.

La formacion de un Gabinete compuesto exclusivamente de progresistas

produciria una tregua pasajera, precursora de mayores calamidades. Resentidos demócratas y unionistas en el fondo, por más que otra cosa dijeran en los primeros momentos, haríase el vacío alrededor del Gobierno, pues, sin hostilizarle unos ni otros, temerosos de que se inclinase al lado contrario de donde partiera el ataque, tampoco se afanarian por defenderle. Solo, aislado el nuevo Ministerio enfrente de los republicanos, arrastraria una existencia triste, debida á la misericordia de sus desdeñosos aliados, hasta tanto que por la fuerza de las circunstancias tuviera que echarse en los brazos de uno de los dos bandos, el cual concluiria por absorberlo después de haberle hecho pasar por el triste trance de pedirle proteccion, extenuado y jadeante.

La presencia en la Asamblea de un Gobierno formado de unionistas y progresistas daria lugar instantáneamente á una lucha encarnizada, en que se presentarian unidos demócratas y republicanos. Falta de unidad la falange progresista, difícilmente se mantendria al lado del Ministerio misto á pesar de la influencia que en ella pueda ejercer el general Prim; una suspicacia incurable aleja á los exagerados de este partido del elemento unionista, considerando en cada uno de sus miembros una especie de caballo de Troya que lleva ocultas en su seno las fuerzas con que han de extirparlos. El General Prim sería acusado de traidor luego; en cada determinacion gubernamental se descubriria el génio de la reaccion, y los tiempos de Gonzalez Brabo y de Marfori se considerarian pronto, en sentir de los descontentos, como dechado de liberalismo en comparacion de los *tristes* dias por que iba á atravesar la pátria.

¡Una y mil veces desdichado del unionista que fuera á desempeñar un cargo público! Todo el noble repertorio de diatribas que para su deleite particular poseen los partidos extremos caeria cual avalancha que el huracan empuja sobre el valiente capaz de arrostrar las iras de sus *desinteresados* adversarios. Asustados por la gritería de los pseudo-liberales, y con espanto en el corazon ante la idea de perder la popularidad que se fragua en las redacciones de los periódicos dirigidos por cesantes y en las tertulias de los desocupados de última hora, los progresistas puros desertarian poco á poco de las filas de la mayoría para engrosar las huestes de los que defendieran los fueros de la libertad *con completa abnegacion é independencia.*

¿Cuál sería el resultado de arreglar las casi insuperables dificultades que se presentan para componer un Gobierno en que tuvieran representacion legítima los tres partidos?

Si unidos los hombres que formasen el Ministerio de conciliacion, á impulsos de un elevado patriotismo, tuviesen la firmeza de carácter necesaria para desatender el mar de críticas, quejas y emulaciones que habian necesariamente de inundarles, considerando á cuánto les obliga la gravedad de

las circunstancias, fijo el ánimo en un noble propósito, y decidida la voluntad á realizarlo á todo trance, el Ministerio de conciliacion podria ser todavía una esperanza. Pero prescindiendo de las dificultades que las preocupaciones de los partidos oponen á esta solucion, el ménos experimentado en los azares de la vida pública comprenderá fácilmente que el Ministerio de conciliacion, fecundo para realizar la gran solucion política que el país ambiciona, se haria añicos por su naturaleza misma, si su mision quedaba reducida á ser una especie de excepcion dilatoria, destinada á mantener un estado político en completo descrédito, sirviendo de efímero obstáculo á la latente lucha de los partidos.

No desconocemos que los Ministerios de coalicion han sido siempre débiles para gobernar en todos los pueblos. Su mision se reduce, si han de ser útiles y provechosos, á fundar instituciones comunes, dentro de las cuales puedan desarrollarse, á la sombra de una legalidad perfecta, las diversas tendencias de las fuerzas políticas.

Sólo con la eleccion de rey podrémos salir del dificilísimo trance en que nos encontramos. Un período constituyente perpétuo; un estado social en que todos los partidos conservan viva la esperanza del triunfo; un organismo legal siempre transitorio, es cosa nunca vista en los anales de la humanidad. Si se añade á esto las dificultades económicas porque atraviesan, no sólo el Tesoro público, sino las Corporaciones provinciales y municipales, dificultades cuya larga existencia prueban de una manera irrecusable la impotencia del actual órden político para extirparlas, no se comprende que el Ministerio no haga un supremo esfuerzo para presentar á la Asamblea una solucion régia que conduzca á puerto seguro la tan asendereada nave del Estado.

Apénas se concibe que los que tuvieron el temerario valor de arrojar á los vientos de la publicidad la candidatura del Príncipe de Hohenzollern, cuando nádie podia dudar las temerosas consecuencias de aquel acto, se detengan hoy ante obstáculos invisibles, cuando roto el antiguo equilibrio europeo han cesado las trabas materiales que ántes se oponian á la legítima autonomía de los pueblos.

Si la candidatura del Sr. Duque de Montpensier presenta dificultades porque uno de los partidos ha dado en la preocupacion de considerarse vencido por la exaltacion al trono del Sr. D. Antonio de Orleans, abandónese en buen hora esa candidatura, por más que sintamos la ingratitud de la Revolucion, pues ántes que todo están los grandes intereses de la pátria.

Si el veto de la Francia y el deseo de evitar la guerra que destroza el corazon de Europa, obligó al jefe de la familia á que retirase su candidatura el Príncipe de Hohenzollern, ¿por qué no se vuelve hoy á esa candidatura ó á otra análoga?

¡Ah, es que, segun de público se dice, un noble sentimiento de filantro-

pía, algo tardío en verdad, hácia las desgracias de Francia, se ha apoderado del ánimo de alguno de nuestros principales gobernantes! Partidarios decididos nosotros de las ideas modernas en todas sus manifestaciones y tendencias, hemos creido siempre que desconocen el espíritu del siglo, que niegan el progreso humano, cuantos pretenden fundar la grandeza de un pueblo en la ruina de los demás con quien pueda estar en contacto. Los pueblos no son rivales entre sí; de la grandeza de uno, participan los demás; cuando la civilizacion adelanta, todas las naciones dan un paso en su camino. Siendo éstas nuestras ideas, mal podrémos ver sin dolor las amarguras porque Francia está pasando, si bien no han pensado allí de este modo, ni su último Gobierno, ni sus principales hombres de Estado. Estas ideas, proclamadas por Gladstone en el Parlamento de la Gran Bretaña, en meetings y en banquetes repetidos, sólo se han albergado del lado allá de los Pirineos en alguna que otra inteligencia privilegiada, en hombres de índole más especulativa que práctica, cuyas aspiraciones, si bien aparecian elocuentemente expresadas en periódicos y revistas importantes, han ejercido escasísimas influencias en el curso de los acontecimientos. No sin razon recuerda con orgullo M. Renand en su última contestacion á M. Strauss, que todavía se ven en algunos pueblos del Departamento del Sena y Marne carteles en los cuales, al presentar su nombre aquel ilustre escritor al sufragio de los electores, les decia: *No más revoluciones, no más guerras: una guerra sería tan funesta como una revolucion.*

Contribuyan en buen hora todos los pueblos de Europa, á que Francia salve su integridad territorial; pero dando al olvido intereses dinásticos mal entendidos, celos de influencia que tienen siempre por fundamento gobiernos más ó ménos personales, intentemos al ménos formar parte de esa gran confederacion europea en que lo mismo tenga asiento Alemania y Francia, que Inglaterra, España é Italia, para conducir al mundo, como dice el mismo M. Renand, por las *vias de la civilizacion liberal.* Pero si para que esto suceda, si para que España definitivamente éntre en el gran concierto del mundo, para que organice un gobierno monárquico que pueda conducirla libremente y con vigor por aquellos derroteros, es conveniente colocar un Príncipe aleman en el trono de Castilla, no sacrifiquemos nuestro porvenir ante consideraciones nacidas de un sentimentalismo poco varonil y contrario á nuestros verdaderos intereses.

Si por un momento cupiese en nuestro ánimo el pensamiento de que una candidatura alemana para el trono de España, podia servir de fundamento para resucitar la memoria siquiera del antiguo Imperio, nosotros seríamos los primeros en combatirla; mas esos tiempos pasaron para no volver, y ni las armas del Rey Guillermo, ni las brutales locuras de demagogos y socialistas podrán resucitarlos. Un Príncipe prusiano, al sentarse en el trono de nuestros mayores, sería pronto más Español que lo fueron Cárlos I y Feli-

pe V. La altiva fiereza de nuestro espíritu nacional, está probada por hechos demasiado brillantes, para que intente modificarla en lo más mínimo soberano alguno.

Así pues, si el estado de nuestros partidos, la combinacion numérica de las fuerzas de la Asamblea, la iniciativa tomada con anterioridad á la guerra por el General Prim, el prestigio de los Príncipes prusianos, son antecedentes favorables para una candidatura determinada, lo repetimos una y mil veces, no comprendemos por qué titubea el Gobierno de S. A.

Una raza dura, casta, fuerte y formal, como la raza germánica, no es en verdad la cantera ménos á propósito para arrancar la piedra con que haya de coronarse el edificio de nuestras modernas instituciones. Un pueblo que ha llegado á ocupar el primer rango en el órden social, merced á los trabajos de su inteligencia, no es una alianza dañosa para España, dormida por espacio de siglos en el sopor intelectual que le producia un vergonzoso absolutismo. Una sociedad poco aficionada á los placeres frívolos de la moda, y dedicada á especulaciones científicas, no es una amiga que ha de traerle ningun mal á esta nacion que tan en abandono ha dejado los goces del espíritu. Reformas en el órden moral é intelectual, llevadas á cabo por aquel gran pueblo, no habrán imbuido en verdad en el ánimo de un soberano de orígen aleman amor ciego por preocupaciones que explican la decadencia de los últimos siglos de nuestra historia.

La ocasion es propicia, los momentos críticos, el lance, de vida ó de muerte. Si la Asamblea Constituyente elige rey en un breve plazo, la Revolucion se salva, si nó concluirá más ó ménos pronto en medio de una lucha egoista, pequeña, mezquina, promovida contra su voluntad, por los mismos que prometieron llevarla á feliz término, hasta que entronizándose la reaccion de nuevo, arroje vergonzosamente del poder á los que habiendo podido hacer de la nacion española un gran Estado, sin más que seguir la senda que en situacion análoga les habia ya trazado Inglaterra, Bélgica y hasta Grecia y Rumania, han preferido adoptar de un modo vergonzante la línea de conducta de los pueblos que formaron la América Española.

J. L. Albareda.

# EXTERIOR.

Las primeras tentativas hechas en favor de la paz por el Gobierno provisional de la República francesa, no han tenido un resultado satisfactorio. A las circulares de M. Jules Favre y á la mision diplomática encomendada á M. Thiers cerca de las córtes de Lóndres, de Viena y de San Petersburgo, contestó el Conde de Bismark con dos despachos, dirigidos á los representantes de la Alemania del Norte, el primero desde Reims el 13 de Setiembre, el segundo desde Meaux el 16. En ellos el célebre Canciller usa de un lenguaje altivo y desdeñoso. No reconoce suficientes títulos al Gobierno de hecho, que existe en Paris, para representar á Francia; no reconoce en Francia condiciones de sinceridad para que deba haber confianza en lo que prometa, ni fuerzas para continuar haciendo la guerra; no reconoce á las potencias europeas el derecho de intervenir para la paz no habiendo tenido parte en la guerra. Declara en alta voz su propósito firme de exigir considerables cesiones de territorio y fuertes indemnizaciones de guerra.

No desanimándose todavía M. Jules Favre en vista de la actitud, llena de ambicion y soberbia, del Conde de Bismark, marchó al cuartel general prusiano para procurar nuevamente, por negociaciones verbales y directas, los preliminares de la paz, y las condiciones para un inmediato armisticio. Pero nada consiguió, sino fijar con alguna mayor claridad las exigencias del vencedor.

Al armisticio acaso se hubiera llegado desde que Favre y Bismark conferenciaron en Ferrieres, ó desde que las rendiciones de Toul y de Strasburgo, ocurridas sucesivamente pocos dias después, pusieron á disposicion de los Alemanes los puntos fortificados cuya posesion exigia el Canciller de la Confederacion. Además, si la Asamblea Constituyente hubiera de reunirse en Paris, y si por esta circunstancia hubiera de haberse desistido de sitiar la capital, Jules Favre dice que Bismark reclamaba tambien la entrega de la fortaleza de Mont-Valerien; pero los periódicos de Berlin han negado que el Ministro prusiano haya tenido tal exigencia; y aun, segun la misma relacion del frances, resulta que no hubiera habido acaso necesidad de ocuparse de ella en el caso de que la nueva Constituyente se congregase en Tours ó en otro punto no amenazado por los ejércitos prusianos.

Pero la principal dificultad estuvo en que no se presentaban probabilidades de llegar á un acuerdo respecto de los preliminares de la paz. Favre no modificaba su programa en lo relativo á que Francia no ha de ceder una pulgada de su territorio; y Bismark no consiente en que Alemania deje de

apoderarse de Strasburgo y de Metz, con los departamentos del Bajo y del Alto Rhin y una parte del departamento del Mosela.

En el lenguaje del diplomático aleman se notan, á poco que sus palabras sean analizadas, dos sentimientos diversos: el sentimiento de firme confianza en la superioridad, ya definitiva é inquebrantable, que las armas alemanas han adquirido sobre las francesas en la presente guerra; y el sentimiento de profundo temor de que esa superioridad no será un hecho permanente, y Francia comenzará de nuevo veinte veces, si es preciso, la lucha hasta obtener una brillante revancha.

"Existe un obstáculo esencial, dice M. de Bismark á los agentes diplomáticos de su Gobierno, para que los Franceses reconozcan *la necesidad en que se encuentran de hacer la paz* con Alemania; y es la esperanza que en sus ánimos ha hecho nacer el actual Gobierno de alcanzar una intervencion *diplomática ó material* de las potencias neutrales en favor de Francia. Cuando el pueblo frances llegue á convencerse de que, así como por sí solo ha provocado la guerra, y la Alemania tambien por sí sola ha debido sostenerla, de igual suerte debe ahora arreglar sus cuentas con Alemania, entónces *pondrá brevemente fin á una resistencia hoy ya de todo punto inútil.* Las potencias neutrales *cometerán una verdadera inhumanidad* si permiten que el Gobierno parisiense entretenga al pueblo con esperanzas *irrealizables* de intervencion, esperanzas que no dan más resultado que la prolongacion de la lucha." Es imposible tomar posesion de la victoria con mayor altivez de lenguaje.

Pero al mismo tiempo prevé M. Bismark que será preciso dar libertad, cuando la paz se haga, á ciento cincuenta mil soldados hoy prisioneros en Alemania, y dejar el paso libre á los cien mil bloqueados en Metz; que Francia será, á pesar de todo, una nacion bastante rica para adquirir piezas de artillería de tanto alcance como las prusianas, y bastante altiva para querer una compensacion de su inexplicable infortunio presente, y bastante populosa y bastante militar para organizarse de modo que la *Landwerh* prusiana no asegure á Alemania para otras ocasiones las ventajas que en esta le ha dado. "La opinion unánime de los Gobiernos alemanes y del pueblo aleman,—escribia el 16 de Setiembre,—exige que Alemania esté defendida, por fronteras mejores que las actuales, de las agresiones que contra nosotros vienen cometiendo todos los Gobiernos franceses de dos siglos á esta parte. Miéntras Francia posea á Metz y Strasburgo, su ofensiva, estratégicamente considerada, será más fuerte que nuestra defensiva en todo lo relativo á la Alemania del Sud y á la parte de la del Norte, que se halla en la orilla izquierda del Rhin. Siendo francesa la ciudad de Strasburgo, es una puerta de salida abierta siempre ante la Alemania del Sud, miéntras que poseidas aquellas plazas por nosotros, adquirirán un carácter meramente defensivo.—En más de veinte guerras Francia ha sido agresora contra nosotros, y no le pedimos sino nuestra seguridad en nuestro propio territo-

rio. Francia, por el contrario, sea cualquiera la paz que hoy se firme, la considerará sólo como un armisticio, y, deseosa de vengar sus recientes derrotas, buscará como en la ocasion presente un pretexto cualquiera para atacarnos contra todo derecho en el momento en que se sienta fuerte para ello, ya por sí sola, ya aliándose con otras naciones.»

Y, en su conferencia con Favre, decia á éste el Conde de Bismark: «Francia no podrá olvidar la capitulacion de Sedan, como no olvidó lo de Waterlóo ni lo de Sadowa, que no le interesaba directamente.»

En este dejo amargo que el sabor de la victoria tiene para el diplomático prusiano, hay algo de fatal é inevitable. En esas previsiones, ó mejor dicho, en esos temores para lo venidero, hay muchísimo de razonable. Lo es, principalmente, la consideracion de que el hecho de la actual postracion de Francia no es un suceso definitivo y permanente.

Pero cuando un pueblo fuerte y poderoso ha sido víctima de una sorpresa, la politica aconseja á los que le han sorprendido que no intenten prevalerse de la ocasion para humillarlo con exceso. ¿Se hace la ilusion el Conde de Bismark de que va á reducir á Francia á la condicion de potencia de segundo órden? Tratar de exterminar su poder sería, en quien tuviese fuerzas para hacerlo, una empresa indigna del siglo XIX; pero como esas fuerzas no las tiene Prusia ni nádie, el desearlo no pasa de ser una insensatez.

No es exacto que Francia no pudiese olvidar lo de Sedan, como Bismark dice que no olvidó lo de Waterlóo. Han pasado cincuenta y cinco años entre la derrota de Waterlóo y la guerra de este año; y en ese período de más de medio siglo Francia no ha movido sus armas contra Prusia. El espíritu belicoso es cada vez ménos dominante, las glorias de conquista militar ceden el puesto á las doctrinas modernas, y Francia podria consolarse de una batalla perdida. ¿Pero cómo se ha de resignar á la pérdida de dos provincias? ¿Quién sería capaz de suponer que puedan pasar cincuenta y cinco años sin que Francia trate de recobrar á Metz y á Strasburgo?

En Waterlóo los Prusianos ni fueron los únicos ni siquiera los principales vencedores de Francia. Inglaterra se jacta de que en aquella ocasion derrotó á su rival de tantos siglos, como lo derrotó en Crecy, en Poitiers y en Azincourt. Sin embargo, los Franceses han olvidado su ódio secular á los Ingleses; ódio que estaria exaltado hasta el furor si Inglaterra hubiera tomado otra vez posesion de Calais como fruto de la última victoria conseguida por Wellington contra Napoleon I.

No es ménos irritante la pretension de Bismark de pasar por representante de una nacion pacífica que jamás es agresora. En el espacio de siete años, Prusia ha declarado la guerra: á Dinamarca, á la que despojó de los ducados del Elba; á Hannóver, Francfort, Nassau y Hesse-Cassel, naciones que suprimió; á la Sajonia Real, y otros países de la Alemania del Norte, á los que ha privado de gran parte de sus atribuciones de Estados

independientes, agregándolos á una confederacion, en que Prusia preside, dirige, ordena, tiene por sí sola mayoría de votos, manda los ejércitos, monopoliza los asuntos graves, declara la guerra y hace la paz; á Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt, á los que obligó por tratados secretos, después de vencerlos, á alianzas ofensivas y defensivas, que los han puesto tambien á sus órdenes; á Austria, á la que arrancó en Sadowa su influencia secular en Alemania; y por último, á Fr ncia, á la que pretende privar de territorios que son franceses desde ántes que Prusia comenzase á figurar como nacion europea; total, á dos imperios, cuatro reinos y vários grandes ducados, ducados y principados. En 1815, cuando se hicieron los tratados de Viena, se apoderó de terrenos en la orilla izquierda, que estaban á larga distancia de su anterior territorio: en 1866, para suprimir esa distancia y anomalía, se anexionó los Estados que se hallaban entre sus provincias orientales y occidentales: en 1870, repara en que todavía sus dominios no están bastante redondeados, y para darles una figura regular, quiere anexionarse la Alsacia y la Lorena. Conseguido esto, y reducidos los Estados de la Alemania del Sud á la condicion de confederados, en los mismos términos en que lo son los del Norte, Prusia confinará por el Norte con la Dinamarca, despojada por ella del Holstein y del Sleswig; por el Este con la Polonia, de la que se apropió el Ducado de Posen en tres inícuos repartos, que han sido los tres mayores abusos cometidos por la fuerza contra el derecho; por el Sud, con el Austria, que ha echado á culatazos de Alemania, ayudando de paso á que en igual forma fuese echada de Italia; y por el Occidente con la Francia, privada de la Alsacia y la Lorena. En semejante situacion, todavía el Conde de Bismark cree que puede decir, y dice con aplomo verdaderamente maravilloso: «No haya temor de que la paz de Europa se altere por causa de Alemania.»

Ya hasta en alguna parte de la prensa europea, favorable á los ambiciosos propósitos del Canciller aleman, se ha manifestado el temor de que la conquista de la Alsacia y la Lorena pueda ser tan perjudicial para Prusia como lo fué para Austria la posesion del reino lombardo-veneto. No hay paridad alguna entre ámbos casos. Es verdad que para honra eterna de Francia, los Alsacianos y Loreneses, aunque Alemanes por el idioma y por la sangre, son Franceses por el corazon, por el espíritu y la índole de su civilizacion, y en este supuesto se hallarian, como Lombardía y Venecia, bajo el yugo extranjero; pero en vez de poder aspirar á ser tratados como los Italianos de dichas provincias lo fueron alguna vez por los archiduques austriacos, que llegaron á dar á Milan un brillo y una importancia que hoy mismo en muchas cosas recuerda con pesar de haberlos perdido, no tendrian que aguardar de los generales prusianos otra suerte que la que sufren los Polacos de Posen, reducidos á envidiar á sus compatriotas de Galitzia, y obligados á igual ó mayor esclavitud que los que gimen bajo el látigo moscovita.

Ciertamente, la actual campaña ha sido á propósito para enorgullecer y sacar de tino á los Alemanes. No es de extrañar que la inmensidad de los triunfos les produzca vértigos. Los periódicos de Berlin recapitulan de esta manera los trofeos adquiridos en los dos meses de Agosto y Setiembre: — las fortalezas de Haguenau, Lichtenberg y Lutzelstein, que capitularon en la primera quincena; la de Vitry, que se rindió pocos dias después; la de Sedan, que se entregó el 2 de Setiembre; la de Laon, que siguió á poco su ejemplo; la de Toul, entregada el 23; Strasburgo, el 28;— un Mariscal de Francia, 39 generales, 4.000 oficiales y 150.000 soldados prisioneros, sin contar el Emperador Napoleon, caido tambien en su poder;— 11.000 caballos, 60 águilas, más de 100 ametralladoras, más de 1.500 piezas de artillería, de campaña ó de posicion, 240.000 fusiles *chassepots*, más de 400 carruajes, muchos trenes de puentes, un número incalculable de uniformes, de materiales de guerra, de provisiones de boca, de forrajes, etc.

La toma de Toul les facilita las comunicaciones por el camino de hierro desde el Rhin hasta cerca de Paris, adonde podrán llevar ahora con ménos dificultades todo el material de sitio que necesiten. La de Strasburgo les deja disponibles los 60.000 hombres que la sitiaban.

Pero los recursos de Francia distan aún de estar agotados. Si es cierto que el Mariscal Bazaine tiene aún en Metz abundancia de municiones y de víveres, y Paris resiste, como prometen sus defensores, durante algunos meses, la suerte de la guerra no sólo podrá mejorar para los Franceses, sino cambiar por completo. Los Alemanes necesitan más de medio millon de soldados para vigilar á Metz y á Paris, y para mantener sus comunicaciones en la extension que separa la capital de Francia de la frontera alemana. Los 300.000 defensores armados, que tiene Paris, son hoy bisoños, pero dentro de tres meses serian un ejército formidable de veteranos. Las fábricas de armas de las provincias francesas no invadidas, y de otros Estados europeos, especialmente de Inglaterra, habrian dado á los departamentos las suficientes para armar nuevos numerosos ejércitos. En lo que resta de año, podrian verse obligados los Prusianos á levantar los sitios de Paris y de Metz ante los esfuerzos coaligados de 200.000 soldados organizados en las márgenes del Ródano y del Loire, y de los 400.000 ó más que forman las guarniciones de las dos plazas disputadas.

Todo depende de la actitud y de la constancia de los Franceses. Vigor patriótico para organizar los armamentos, y disciplina social para no seguir gastando en luchas intestinas las fuerzas que conviene emplear contra el enemigo: hé aquí las dos cosas que todavía pueden salvar á Francia.

Las noticias de los últimos dias son contradictorias. Desde el fracaso de las negociaciones de Jules Favre, parece que la energía de la defensa, muy debilitada desde la proclamacion de la República, ha vuelto á robustecerse.

Los tiradores francos pululan en la Champaña, la Lorena y los Vosgos: el ejemplo de Paris, que no ha vacilado en incendiar sus bosques, en arrasar pueblos enteros de sus cercanías, y en arrostrar los rigores del bloqueo ya establecido, del sitio próximo á empezar, y del probable bombardeo, ha surtido buen efecto en las demás poblaciones. Pero al mismo tiempo que se anuncian estos sucesos, se dice en muchas cartas y en periódicos franceses que el desaliento es grande, que los deseos de paz son muy vivos, que nádie tiene confianza en poder resistir la espantosa invasion germánica.

El peligro más grande sigue siendo el de las discordias civiles. En Lyon y en Marsella se repiten los desórdenes más deplorables. La bandera roja se levanta contra la tricolor; la guardia cívica contra la nacional; los demagogos contra los republicanos. Se hacen prisiones arbitrarias, se atropellan los derechos individuales, se arresta á los magistrados, se decretan disparates tan grandes como la supresion de los tribunales y de toda la administracion pública, y la *destitucion* del *Estado*; se adoptan las medidas más radicales y más extravagantes; se alterna en el poder, ocupándolo un dia las autoridades delegadas del Gobierno de Paris, y otro los insurrectos. ¡Cuán mal harian para su causa los Alemanes si hiciesen avanzar, como estos dias se ha anunciado, un ejercito de 60.000 hombres contra Lyon! Mejor servicio que ese ejército les presta la anarquía.

Ellos lo saben muy bien; y no apartan su vista del interior de Paris. Lo que puede suceder dentro de la capital de Francia, se adivina leyendo algunas de las cartas que de allí salen, conducidas por los globos-correos. M. Nadard, organizador y director de este nuevo medio de comunicacion, decia así al dia siguiente del regreso de Jules Favre: "Acabamos de correr un terrible peligro: el armisticio pedido por nuestro Gobierno, y rechazado por Prusia, hubiera sido la guerra civil; pero una guerra civil sangrienta y horrible, tan sangrienta como la guerra de exterminio que nos hace Alemania, porque nunca ni en ninguna parte ha habido un pueblo tan universal y tan formidablemente armado como ahora lo está el pueblo parisiense. La terrible cintura de los arrabales *sólo habria necesitado un pequeño movimiento para estrecharse y ahogar instantáneamente* el centro de Paris. No quiera Dios que estalle un conflicto dentro de la capital de Francia!—Pero la negativa de M. Bismarck, —bendita y bienvenida sea!—nos ha permitido respirar." Si en estos temores no hay exageracion, la noticia de un armisticio, ó de una paz, que no podia hoy ser gloriosa, hubiese hecho estallar en Paris, ó cualquiera otro acontecimiento podrá hacer estallar más ó ménos pronto, algo tan terrible como el terror de 1793, algo semejante á lo que hubieran dado de sí las jornadas de Junio de 1848, si Cavaignac hubiese sido vencido por los insurrectos; algo quizá peor que todas las calamidades sociales hasta ahora conocidas; el espectáculo de medio millon de hermanos que se degüellan mútuamente bajo el fuego de

300.000 enemigos de su pátria, que los bombardean y los asaltan. Esperemos que eso no puede acontecer.

Entre tanto, los sucesos prueban que la accion poderosa de la Francia, tenia más de moderadora que de revolucionaria. Era, en realidad, la potencia conservadora del equilibrio político en Europa. En cuanto ha sido reducida á permanecer, por ahora, inactiva, llegan ya anuncios de que las más grandes cuestiones van á ocupar de nuevo la atencion de los Gobiernos y de los pueblos. Por el lado de Oriente, sobre todo, se notan síntomas muy caracterizados de que la ambicion moscovita se prepara á rasgar á sablazos el tratado de 1856. ¿Quién, en efecto, se atravesará ya en su camino? ¿Quién impedirá á los Czares que coloquen su bandera de guerra sobre la cúpula de Santa Sofía? ¿En dónde encontrará la Gran Bretaña auxilio tan eficaz como el que le prestó Francia en la guerra de Crimea?

Tambien en Italia ha producido ya efectos de trascendencia la retirada de la accion diplomática y militar de Francia. Las tropas reales han tomado posesion de las provincias pontificias, habiéndose apoderado de Roma el 20 de Setiembre, después de vencer la corta resistencia opuesta por los soldados defensores del poder temporal del Papa.

Víctor Manuel anunció á Pio IX su resolucion en una carta fechada el 12, y redactada en los términos más deferentes y hasta cariñosos: "Beatísimo Padre, le dice en ella; con afecto de hijo, con fé de católico, con lealtad de Rey, con espíritu de Italiano, me dirijo de nuevo, como lo he hecho ya otras veces, al corazon de Vuestra Santidad. —Una peligrosa tormenta amenaza á Europa. Aprovechándose de la guerra que está asolando el centro del Continente, el partido revolucionario cosmopolita cobra brios y audacia, y prepara, especialmente en Italia y en las provincias gobernadas por Vuestra Santidad, sus últimos ataques á la Monarquía y al Pontificado.—Ya sé, Beatísimo Padre, que la grandeza de vuestro ánimo estaria siempre á la altura de los grandes acontecimientos que ocurriesen; pero siendo, como soy, católico y Rey italiano, y, en calidad de tal, custodio y garante, por disposicion de la Divina Providencia y por la voluntad de la nacion, del destino de todos los Italianos, siento el deber de tomar, á la faz de Europa y del Catolicismo, la responsabilidad de la conservacion del órden en la Península y de la seguridad de la Santa Sede.—Vuestra Santidad no ha de ver en esta precaucion un acto hostil. Mi Gobierno y mis fuerzas, se limitarán á ejercer una accion conservadora y tutelar de los derechos fácilmente conciliables de las poblaciones romanas con la inviolabilidad del Sumo Pontífice y su autoridad espiritual, y con la independencia de la Santa Sede." Y termina el Rey su carta con estas respetuosas frases: "Ruego á Vuestra Santidad que se digne concederme su bendicion apostólica, y reitero á Vuestra Santidad los sentimientos de mi profundo respeto."

El mismo dia 12, el Gobierno de Florencia dirigia á los Arzobispos y Obispos una circular anunciándoles la entrada de las tropas italianas en los Estados de la Iglesia, y asegurándoles el propósito de ofrecer al Sumo Pontífice las más amplias proposiciones para garantir la independencia y la plena libertad en el ejercicio del poder espiritual, y los medios de proveer al sostenimiento de su dignidad suprema con todas las oficinas, instituciones, iglesias y corporaciones eclesiásticas existentes en Roma.

Después de entrar en la Ciudad Eterna, los jefes del ejército italiano se abstenian de tomar posesion de la parte Trasteverina, ó sea del Vaticano y demás terreno llamado Ciudad Leonina; pero las manifestaciones tumultuosas que estallaron en esta, dieron inmediatamente ocasion á que los soldados del ejército real se extendieran tambien por aquel recinto.

Habiendo ya hecho en lo posible, con las anteriores declaraciones, la difere ncia entre el doble carácter de Soberano temporal y de Sumo Pontífice que el Papa tiene, faltaba todavía considerar el asunto de la toma de Roma bajo otro aspecto, el de los deseos de la poblacion. Consultada ésta por medio de un proyecto de plebiscito, 40.805 votos afirmativos contra 46 negativos, en Roma, y 4.220 contra 13, en Civitavecchia, dieron su sancion á la nueva situacion de las cosas.

Falta todavía mucho para que todo esté resuelto: la cuestion de Roma es muy compleja, y abraza muchas cuestiones. Cuestion de la integridad del reino de Italia, que quiere comprender todo el terreno situado entre el Tirreno y el Adriático; cuestion de la capitalidad de ese reino, que no pudo conservarse en Turin, y que es disputada ó deseada por ciudades rivales, que sólo ante el prestigio del nombre de Roma doblan sumisas la cabeza; cuestion del catolicismo, que no quiere que su Sumo Pontífice, cuya jurisdiccion se extiende sobre doscientos millones de conciencias, sea súbdito de un Príncipe que para la mayor parte de los católicos es extranjero; cuestion de la poblacion de los Estados de la Iglesia, que no deben ser anexionados á la fuerza al reino italiano, aunque se prescinda de todas las cuestiones anteriores; cuestion diplomática, que interesa á todas las potencias, así católicas como protestantes, cismáticas ó antireligiosas, porque para todas sin excepcion el Papa era un soberano temporal, y el catolicismo no puede ménos de ser considerado, por lo ménos, como un hecho social y político de la mayor importancia.

La integridad ó la unidad material de la Italia dentro de un Estado ha sido realizada por la fuerza. No es muy airoso el papel del Gobierno de Florencia, que alega hoy el miedo de que la revolucion se apodere de Italia, como pretexto para adelantarse á hacer él mismo lo que en los revolucionarios aparenta condenar, de la misma manera que lo alegó con iguales propósitos en fechas anteriores para apoderarse de otras provincias pontificias y del reino de Nápoles. Si esas empresas le parecen justas y convenientes, debiera

tener la franqueza de proclamarlo así; si las cree injustificadas, no debiera acometerlas.

La cuestion de la capitalidad no se ha tratado aún desde la reciente invasion; pero no tardará en tratarse. Acaso tenga que reconocerse que, después de todo, Roma, con su Capitolio y su Vaticano, con sus ruinas del Foro y sus Catacumbas, no sirve para capital de un Estado moderno. La apertura de anchos y rectos *boulevards*, los desmontes, los terraplenes, las rasantes, las expropiaciones frecuentes, las alteraciones de diversas clases que las ciudades del dia tienen que sufrir de contínuo para apropiarlas á las múltiples necesidades de la vida social moderna, son difíciles, cuando no imposibles, en un terreno como el de Roma, que la arqueología y la devocion hacen sagrado é inviolable.

Los Gobiernos de las naciones católicas no han suscitado la menor objecion contra la conducta del florentino. El Concilio ecuménico está reunido en Roma, y ha presenciado la invasion. Pero el silencio de hoy no es un suceso definitivo, aunque sea muy importante. La cuestion renacerá, tarde ó temprano.

En lo relativo á la poblacion romana, el plebiscito ha remediado por el pronto la necesidad urgente de cubrir con una fórmula de aprobacion el hecho consumado. El método plebiscitario, sin embargo, no puede ser considerado como la expresion de la voluntad y de los dictámenes de la generalidad de los ciudadanos. No puede aplicarse jamas sino pidiendo un *sí* ó un *nó* absolutos acerca de puntos concretos; y la verdadera realidad de las cosas no está jamas bien expresada con esas contestaciones obligadas. El voto de los plebiscitos se pide siempre para situaciones violentas, en las que los ciudadanos tienen que elegir entre un hecho triunfante y el caos. Aunque no esté arreglado á su gusto aquello para que se les pide su aprobacion, lo prefieren á los azares de lo desconocido. En la presente ocasion ha sucedido como en todas. Cuando el Gobierno pontificio decretaba no oponer resistencia á las tropas italianas, y cuando los Generales que las mandan tenian que tomar medidas contra las amenazas de la demagogia, ¿qué hubiera significado una mayoría de *noes* saliendo de las urnas?

Y por último, bajo su lado diplomático ó internacional, la cuestion tampoco ha ofrecido dificultades, porque en estos momentos toda la atencion de los Gabinetes europeos está absorta en la contemplacion de la lucha franco-prusiana; y, atónita y llena de sobrecogimiento, no se conmueve con ningun otro suceso. Pero nos parece que nada de lo que en estos momentos se resuelve causa ejecutoria. El verano y el otoño de 1870 han de ser más famosos en la historia por las complicaciones que susciten y por los conflictos que preparen para lo venidero, que por las cuestiones que definitivamente resuelvan.

FERNANDO COS-GAYON.

# NOTICIAS LITERARIAS.

## UN LIBRO ESPIRITISTA.

### LA FÉ DEL SIGLO XX, POR D. JOSÉ NAVARRETE.

### I.

Se ha dicho que los descubrimientos astronómicos de la época contemporánea han hecho visible lo infinito. Así es la verdad; esos millones de millones de astros que pueblan los espacios han sido la revelacion de un infinito visible para los ojos del cuerpo, que ha venido á ser la confirmacion, la prueba palmaria de la existencia de aquel otro infinito que sólo la poderosa razon de los grandes filósofos y de los grandes reveladores religiosos habia conseguido entrever, ora entre las luces brillantísimas de la idea, ora entre la inmensidad que abarca el concepto de Dios como Sér de toda realidad.

La astronomía ha servido al pensamiento filosófico como prueba experimental de la parte de verdad que encerraban aquellas grandes concepciones intelectuales que produjeron el panteismo de la civilizacion oriental; panteismo que por más que durante siglos haya sido anatematizado violentamente por el estrecho concepto de Dios del mundo greco-romano, que ha prevalecido más de lo que se presume en la escolástica de la Edad Media, no por esto deja de ser una idea profundísima, que aunque extraviada por un misticismo absorbente, encierra en sí los gérmenes, la envoltura, mejor dicho, del verdadero concepto de las relaciones entre Dios y el mundo.

La filosofía alemana mirando de un lado á la conciencia, como primer fundamento de toda verdad subjetiva, y llegando después al concepto del Sér que funda en sí la realidad objetiva de todo conocimiento, ha aprovechado en la parte que podiamos llamar ciencia aplicada los descubrimientos astronómicos; y de aquí las teorías sobre la solidaridad, no sólo de la humanidad terrena, sino tambien de la humanidad que seguramente, bien puede decirlo así la razon, llena esos astros cuyo número es infinito; infinito en toda la extension de la palabra.

## II.

Son nuestras precedentes observaciones las primeras ideas que nos ha inspirado la lectura del libro del Sr. Navarrete que lleva por título *La Fé del siglo XX.*

En efecto, si descomponemos y analizamos los elementos que forman el pensamiento del autor de esta obra, hallarémos que la doctrina espiritista aparece en primer término, y que se halla poderosamente auxiliada por los conocimientos matemáticos del autor del libro y por los recuerdos y enseñanzas de su educacion cristiana.

Y qué es el espiritismo? Separando nosotros de esta doctrina la parte que tanto se presta al ridículo, las consultas científicas hechas á un trípode más ó ménos semejante al artefacto que sostiene la palangana de diario uso, el espiritismo es la fé popular en la filosofía novísima. La filosofía novísima afirma el espíritu como infinito; la naturaleza como infinita; la union armónica del espíritu y la naturaleza, la humanidad infinita. Sobre estos tres infinitos relativos, el infinito absoluto, el Sér, Dios; que crea infinitamente, que vive infinitamente, que es infinitamente infinito y absolutamente absoluto.

Ver lo infinito en lo finito ha parecido á las inteligencias miopes un absurdo inexplicabible, que sólo puede ser concebido por esos pobres séres que pierden su razon dedicándose al estudio de una cosa que no se sabe muy bien lo que es, pero que suele llamarse filosofía. Y sin embargo, bien puede afirmarse que si hay algo que aparezca enteramente claro ante los ojos de la razon, es la necesidad de que lo finito sea infinitamente finito. El que en esto dudare que cuente las partes de que se compone un segundo; que considere cuántas son las estátuas que con distintos grados de belleza puede sacar el cincel de un informe trozo de mármol.

## III.

Estas ideas generales acerca de la creacion infinita de Dios, determinándose en una fé individual, han producido las teorías que inspiraron las plumas de Juan Reynaud en su libro: *Cielo y Tierra*; á Camilo Flammarion en el que se titula: *La pluralidad de los mundos habitados*, y Andrés Pezzani en su obra: *La pluralidad de las existencias del alma.* Reynaud expuso los principios generales de la filosofía novísima en órden á los problemas de la vida ultra-terrena: Flammarion, apoyándose en los descubrimientos de las ciencias naturales, demostró la posibilidad de que la vida humana se halle esparcida en todos los soles, en todos los planetas que pueblan el espacio infinito: Pezzani recorriendo la historia de la filosofía religiosa resu-

me el trabajo de sus antecesores y afirma la infinita existencia del alma individual al través del tiempo infinito, la eternidad, y del espacio infinito, la inmensidad.

Las creencias espiritistas determinando más y más las ideas fundamentales de la filosofía novísima acerca de la vida eterna del sér humano, precisando hasta el último extremo las teorías sostenidas en los libros que de mencionar acabamos y en otros semejantes, llegan á individualizar el espíritu de un modo análogo á la individualizacion que nos presenta la naturaleza material, y afirman la existencia de la comunicacion directa entre los espíritus que se hallan separados de la materia con los que aún permanecen animando los cuerpos humanos. ¿Es racionalmente imposible esta comunicacion? Nosotros, aun cuando nos inclinamos á la respuesta negativa, confesamos con lealtad que no hemos estudiado bastante la cuestion para poderla resolver segun principios de propia ciencia, pero no necesitamos ocuparnos de ella, pues la obra del Sr. Navarrete descarta por completo toda comunicacion misteriosa y sobrenatural, limitándose su autor á explicar sus doctrinas dirigiéndose á la razon, que es igual en todos los hombres, y que en todos habla con la misma fuerza cuando atentamente se la escucha.

El Sr. Navarrete, después de exponer sus doctrinas acerca de la creacion y de las relaciones entre Dios y el mundo, sobre los cuales descansa la ley moral que rige á la humanidad, deduce que la libertad, libre albedrío primero, libertad racional después, es la atmósfera necesaria de la actividad humana y la regla á que han de ajustarse todas las leyes del derecho constituido, si han de ser tales y verdaderas leyes y no disposiciones fundadas sólo en el capricho de los legisladores.

## IV.

Existe en el Sr. Navarrete una fuertísima animadversion contra el catolicismo, al cual considera ligado indisolublemente con todas las tiranías y con todos los errores que nos presenta la historia de la humanidad, y al propio tiempo el Sr. Navarrete es cristiano, y fervientemente cristiano, y cree en todos los dogmas fundamentales de la religion católica, exceptuando la supremacía del Romano Pontífice y la eternidad de las penas del infierno.

¿Cómo acordar la fe del Sr. Navarrete y sus duros ataques á la Iglesia católica? Segun nuestro juicio, el autor de *La fe del siglo XX* confunde el catolicismo en lo que tiene de esencial, de eterno, de divino, con cierto espíritu justamente llamado neo-católico, que hoy desdichadamente predomina en el seno de la Iglesia llamada docente, en el seno del episcopado católico.

El carácter distintivo de lo que hoy pretende llamarse catolicismo es pe-

dir á los poderes políticos el auxilio de la fuerza para sostener en Roma el reinado temporal de Su Santidad Pio IX y para que continuase en España, *único* sitio donde existia, la unidad *forzosa* del culto católico. Seguramente que para fundar tales pretensiones no podian recurrir los modernos escritores neo-católicos al apoyo de los Santos Padres de los cinco primeros siglos de la Iglesia, en que estando perseguido el cristianismo éstos sólo pedian, como era natural, la libertad y el derecho, no la proteccion, no el monopolio.

Tampoco en los grandes teólogos de la Edad Media pueden encontrarse argumentos para sostener las doctrinas neo-católicas; entónces la Iglesia era preponderante, y el fuerte jamas se afana en conseguir la destruccion del débil. Así vemos que el gran Santo Tomás de Aquino llega á sostener claramente ¡asómbrense los neo-católicos! la libertad de cultos.

Respecto al poder temporal del Pontífice romano en los cinco primeros siglos de la Iglesia no existia, y por lo tanto era difícil que nádie pretendiese sostenerlo, y en la Edad Media era tan universalmente acatado que tampoco habia necesidad de defenderlo. El comienzo de las doctrinas neo-católicas, con sus caractéres más distintivos, sólo data de la época del Renacimiento, y de aquí se deduce la justicia con que á tales doctrinas se las llama nuevamente católicas ó neo-católicas.

Créanos el Sr. Navarrete, si el catolicismo histórico del siglo XIX es digno y muy digno de las severas censuras que brotan de su pluma, el catolicismo considerado en su esencia ha realizado grandes é inestimables bienes en los siglos que han pasado, y tal vez en lo futuro (nosotros así lo deseamos) realizando una gran trasformacion dentro de sus mismos dogmas, llamará á sí á todas las inteligencias rectas y á todos los corazones sanos, y podrá cumplir su nombre, siendo la religion universal, la religion única de la humanidad. Algo de esto comienza á entreverse en los recientes escritos que en Alemania y Francia han publicado los que siendo católicos en religion son liberales en política, y en los cuales ya se señala la direccion progresiva del pensamiento religioso, que quizá podrá ser la fe de los siglos venideros.!

Respecto á la cuestion de la eternidad de las penas del infierno, lea el Sr. Navarrete las teorías que acerca de este punto expuso San Gregorio Nacianceno, y verá como esta eternidad de la pena no niega la ley infinita de la perfeccion armónica que debe de coronar el movimiento progresivo de toda vida y de todo sér individual.

## V.

Sostiene el Sr. Navarrete, en política, las teorías radicalmente liberales que colocan fuera de la accion coercitiva del Estado las manifestaciones de la actividad humana en todas las esferas de la vida; sostiene, en fin, esto

que ha dado en llamarse últimamente derechos individuales, y que más propiamente debieran nombrarse derechos naturales, para diferenciarlos de los derechos políticos, que, segun nuestro juicio, dependen del estado de cultura de los pueblos. Que el autor de *La fe del siglo XX* se halla de acuerdo en estas teorías con la última palabra de la ciencia política, no hay para qué decirlo, y por lo tanto su obra, bajo tal concepto, contribuirá á difundir las ideas democráticas, y á fijar bien los límites en que el abuso del derecho de un indivíduo viene á perturbar el derecho de los demás.

Leyendo atentamente *La fe del siglo XX* se ve que su autor entiende que el derecho no ha de ser declarado por el poder legislativo, dejándose llevar en esto del nombre de derechos ilegislables que ha solido aplicarse á los derechos naturales.

Existe aquí una confusion en los términos que en nuestro sentir necesita explicarse. Los derechos naturales son ilegislables, bajo el concepto de que el poder legislativo debe limitarse á declararlos, y de ningun modo puede dejar de hacerlo; pero esta declaracion de los derechos naturales es ya un acto del poder legislativo, y bajo este concepto los derechos naturales son legislables.

No hay que confundir el derecho constituyente, el derecho natural, con el derecho constituido, la ley positiva. Injusta es ante la ley natural la pena de muerte; pero en tanto que no se halle abolida por el poder legislativo, es perfectamente legal la aplicacion de dicha pena.

La soberanía nacional, manifestada por la ley de las mayorías, no es ni puede ser la fuente del derecho, pero es necesariamente la fuente del poder. Los dogmas fundamentales de las várias teorías políticas, el derecho divino de las teocrácias, el derecho personal y divino de los reyes absolutos, el derecho puramente personal de los cesarismos, la soberanía nacional de los partidos liberales, la ley natural de los partidos democráticos, todos estos dogmas son puntos de vista distintos del dogma fundamental que armoniza las necesidades históricas de los pueblos y las exigencias permanentes de la razon y del derecho.

## VI.

Hemos hecho algunas reflexiones sobre vários de los puntos más importantes de que se trata en *La fe del siglo XX*. Réstanos señalar el sitio que debe ocupar, segun nuestra opinion, la obra del Sr. Navarrete en el movimiento intelectual de nuestra pátria en el momento histórico que atravesamos.

El Sr. Navarrete, ántes de ocuparse de filosofía, rendia culto á la musa lírica; y algo, y aun algos de sus antiguas aficiones literarias le ha quedado y se deja ver en su reciente obra filosófica. Entusiasmo ardentísimo por la

verdad y por la ciencia; arrebatos líricos, ora defendiendo los santos fueros de la moral y del derecho, ora condenando los errores que aún enturbian los horizontes de la razon humana; creencias firmísimas en el progreso y el perfeccionamiento de todos los séres creados, y todo esto expresado en lenguaje correcto y florido, y quizá demasiadamente metafórico, tal es el conjunto que presenta el libro del Sr. Navarrete.

No condenemos con severa crítica la ligereza de algunas afirmaciones del Sr. Naverrete: el título de la obra las justifica ámpliamente; es la fe, es la creencia la que habla; creencia nobilísima que arranca de las doctrinas más altas que hasta ahora ha concebido la inteligencia humana; creencia que levanta la idea de Dios, no como un sér de pequeñas y mezquinas pasiones, semejantes á las que á veces conturban el corazon humano, sino como el Sér eterno, infinito, absoluto, que crea, porque es; que crea eterna, infinitamente; que abraza y encierra en sí todo cuanto ha sido, es y será; idea altísima de Dios, que un filósofo aleman calificó con esta apropiada palabra *panenteismo*, todo en Dios; creencia nobilísima que condena la pena de muerte, que ensalza la personalidad humana, que rompe las cadenas de todas las esclavitudes y apaga el fuego de las hogueras de todos los fanatismos; creencia nobilísima que mira al porvenir y espera en que la Providencia, guiando siempre á la humanidad, nos dirige por la escala mística de Jacob, desde la imperfeccion de esta vida terrena, hasta la perfectibilidad infinita de la eterna vida en Dios.

Cuando en España hay tan escaso número de hombres que busquen en la ciencia filosófica el fundamento de la verdad, libros como el del Sr. Navarrete en que se dice: reflexiona y hallarás, llama y te se abrirá, podrán ser combatidos por aquellos que abriguen pensamiento contrario al suyo, pero todos tendrán que reconocer la buena voluntad del autor, y que su obra realiza algun bien científico, demostrar prácticamente que la razon, atentamente oida, siempre habla verdad, aun en medio de las preocupaciones y de los errores que puedan perturbar el espíritu del indivíduo.

LUIS VIDART.

# BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

ESTADÍSTICA GENERAL DEL COMERCIO DE CABOTAJE ENTRE LOS PUERTOS DE LA PENÍNSULA É ISLAS BALEARES Y CANARIAS EN 1867, *formada por la Direccion general de Rentas.*—Madrid, establecimiento tipográfico de Manuel Minuesa, Ronda de Embajadores, núm. 4.—1870.

Contiene resúmenes generales:

Del peso y valor de las mercancías que han circulado, con expresion del que corresponde á cada provincia.

De la comparacion de los resultados del año 1867 con los de 1866, y con los del quinquenio de 1862 á 1866.

De los Estados demostrativos del peso y valor de las mercancías que constituyeron el movimiento, con expresion del que corresponde á cada aduana, y comparacion con el movimiento que tuvo lugar en 1866.

Del peso y valor de las mercancías que circularon, con expresion del que corresponde á cada provincia, y distincion de la costa de que proceden y á que se destinan.

Del peso y valor de las mercancías que entraron y salieron por las aduanas del Mediterráneo, con distincion de la costa de que proceden y á la que se destinan.

Idem, idem, por las aduanas del Mediterráneo.

Del movimiento de principales mercancías extranjeras y coloniales, sus cantidades y valores por todas las aduanas del Reino, con expresion de la costa de que proceden, y á la que se destinan.

Idem, id., id., en las aduanas del Mediterráneo.

Idem, id., id., en las del Océano.

Del movimiento de principales mercancías nacionales, sus cantidades y valores, por todas las aduanas del reino, con expresion de la costa de que proceden, y á la que se destinan.

Idem, id., id., por las aduanas del Mediterráneo.

Idem, id., id., por las del Océano.

Del movimiento de buques en toda la Península é Islas Baleares, con expresion del que corresponde á cada provincia, y distincion de la costa de que proceden y á que se destinan.

De la entrada y salida de buques, con expresion de los que corresponden á cada provincia, comparado este movimiento con el habido durante el año 1866, y con el quinquenio de 1862 á 1866.

Del movimiento de buques en toda la Península é Islas Baleares, con expresion del que corresponde á cada aduana, y distincion de la costa de que aquellos proceden, y á que se destinan.

Y de la entrada y salida de buques, con expresion de los que corresponden á cada aduana, comparado este movimiento con el que tuvo lugar durante el año 1866.

A estos resúmenes generales, que ocupan más de cincuenta páginas, siguen los estados parciales por cada aduana en particular, que llenan 435.

## LIBROS EXTRANJEROS.

RUSSIAN METALLURGICAL WORKS: IRON, GOPPER AND GOLD CONCISELY DESCRIBED.—*By Herbert Barry, late Director of the Estates and Iron Works of Wuicksa.* London: Effnigham Wilson, 1870.

Pedro el Grande dedicó, entre otras muchas cosas, su atencion al estudio de los recursos de Rusia en cuanto á metales. Eligió á Botachoff y Denindoff, conocidos forjadores de Tula, ciudad que ahora es llamada la Birmingham rusa, para que estudiasen este ramo de las riquezas de su Imperio. Botachoff recorrió las provincias comprendidas entre Moscou y el Volga: Denindoff las del Nordeste. De resultas de sus informes, se crearon grandes establecimientos. El dirigido por Botachoff estuvo situado en Unja, sobre los bancos de arena del Oka, y desde allí extendió sus operaciones muy léjos. La principal dificultad de su empresa, consistió en el gran número de bandidos que infestaban los Mourom Woods, bosques muy espesos.

Denindoff tuvo su primera fundicion en Neviansk, al Norte de Ekaterniburg. Poco después, desde el distrito de los Ourales, se extendió hasta la Siberia, creando nuevo establecimiento en Barnaoul, mil y quinientas millas más adentro de Neviansk. La escasez de trabajadores fué el mayor inconveniente con que tropezó; pero, por fin, los tuvo de dos clases; criminales, á quienes por castigo se imponian los trabajos en aquella herrería; y desertores, que encontraban allí proteccion miéntras se portaban bien. Era además una dificultad grave la precision de construir en todos los talleres todo lo que les hacía falta, por la imposibilidad de trasportar maqui-

naria. Hiciéronse allí obras admirables, entre las que se contaron algunas hidráulicas.

Inmensas riquezas fueron puestas en circulacion. Miéntras Botachoff y Denindoff vivieron, reinó la prosperidad en sus dos establecimientos industriales. Después, penetró el lujo, y más adelante la decadencia. El Gobierno tuvo que hacer algunos adelantos de dinero para impedir la quiebra, que al fin sobrevino.

Herbert Barry refiere la interesante historia de aquellas industrias. Trata después científicamente el asunto, enumera los criaderos, da cuenta de la escasez de leñas y de los esfuerzos empleados por el Gobierno ruso para repoblar los montes.

Las minas de oro son tambien en Rusia de mucha importancia. Descubiertas en el Oural, cerca de Ekaterniburg, en 1743, no produjeron hasta 1820 más de 50.000 rublos de plata al año. Ahora la produccion llega á cerca de 20 millones.

ORIGINAL SANSKRIT TEXTS ON THE ORIGIN AND HISTORY OF THE PEOPLE OF INDIA, THEIN RELIGION AND INSTITUTIONS.—*Collected, translated and illustrated by T. Muir.*—Vol. V.—London: Trubner et Co., 1870.

El plan de Muir es ocuparse en el estudio de las divinidades de los Vedas, ó los Indios, una por una, reuniendo todos los textos originales que á ellos se refieren, traduciendo los que tratan de sus funciones y atributos, y añadiendo lo que puede dar noticia de la primitiva idea de cada divinidad.

Esta coleccion es una de las más importantes respecto de las antigüedades bramínicas ó índicas.

TCHÉQUES ET MAGYARS.—*Bohemie et Hongrie: XV siècle, XIX siècle.—Histoire, litterature, politique:* par Saint-Réné Taillandier, professeur d'eloquence française á la Faculté des lettres de Paris.—Paris, imprimerie de P. A. Bourdier et Comp., librairie de Didier et Comp.—1869, un vol. de XII-506 páginas.

No es un trabajo armónico sobre los dos principales reinos del Imperio austriaco, que con sus exigencias lo tienen hoy abrumado de cuestiones y dificultades. Aprovechando la publicacion de la traduccion alemana de un nuevo volúmen del gran historiador de los Tchecos, M. Palacky, y otros trabajos alemanes, M. Saint-René Taillandier refiere la vida de Jorge de Podiebrad, uno de los más gloriosos reyes de Bohemia, y hace en seguida la exposicion del estado actual de este país. Siguen un estudio sobre la poe-

sía húngara del siglo XIX; un capítulo relativo al Conde Ladislao Féleki, quien, colocado en 1848 entre la promesa hecha al Emperador y sus deberes de Magyar, se suicidó; y otro en que se trata del Conde Estéban Széchenyc, llamado *el gran Magyar,* que perdió la razon en aquella misma época.

THE MILITARY RESOURCES OF PRUSIA AND FRANCE, AND RECENT CHANGES IN THE ART OF WAR.—*By liuetenant-colonel chesney, R. C., and Henry Reeve,* Esq. D, C. L.—Reprinted from *the Edimburg Review.*—London: Longmans et Co.

Esta obra se compone de cuatro estudios ó ensayos, publicados desde 1864 á 1867, sobre los últimos adelantos hechos en el arte de la guerra, y sobre los recursos respectivos de Prusia y Francia, en vários tomos de la *Revista de Edimburgo.* El interes de actualidad que les ha dado la guerra ha hecho que sean impresos nuevamente por separado.

EXPOSÉ DE LA LÉGISLATION COUTUMIERE DE L'ARTOIS, *par E. Lecesne, avocat à Arras.*—Arras, imprimerie de Courtin: Paris, librairie de Durand et Pedone-Lauriel, 1870.—Un vol. en 8.°, de VII-616 pág.

Los fueros provinciales del Artois fueron fijados principalmente el siglo XVI. De ellos se conservan tres diferentes redacciones, hechas en 1509, en 1540 y en 1544. Muchas de las leyes se refieren á las de España. M. Lecesne ha tenido que comparar várias veces ámbas legislaciones, y que añadir los textos de las nuestras para ilustrar las del Artois.

THE OVERTHROW OF THE GERMANIC CONFEDERATION BY PRUSSIA IN 1866.—*By Sir Alexandre Malet, Bart., K. C. B., late H. M. Envoy extraordinary and Minister Plenipotenciary at Frankfort.*—London: Longmans, 1870.

Este libro está escrito en un sentido muy desfavorable para Prusia. Como último representante diplomático de Inglaterra cerca de la Dieta Germánica de Francfort, Sir Alexandre Malet se halló en situacion muy propicia para juzgar con conocimiento de causa las cuestiones entre los Gobiernos federales, que terminaron en 1866 disolviéndose la Confederacion.

Se hallaba tambien en relaciones de amistad con los Príncipes entónces desposeidos, en cuyo favor habla con energía. Acompaña á su escrito muchos documentos justificativos.

LES UNIVERSITÉS DU FRANCHE COMTÉ, GRAY, DÔLE, BESANÇON.—*Documents inédits publiées avec une introduction historique, par Henri Beanne*, substitut du procureur général à la cour impériale de Dijon, et J. d'Arbaumont, secrétaire de la Commission des antiquites de la Côt d'Or.—Dijon, imprimerie de J. Marchand.—Paris, librairie de A. Durand et Pedone-Lauriel, 1870.—Un vol. en 8.° de 508 pág.

Contiene principalmente la historia de la Universidad de Dôle, fundada por Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, en 1423, trasladada á Besanzon por Luis XIV en 1691. La que Othon IV quiso instituir en Gray en 1287, nunca llegó á tener existencia legal.

M. Beanne explica y comenta la organizacion y estatutos de aquellas escuelas provinciales, expone su disciplina, y recuerda los grandes hombres salidos de sus aulas.

ESPRIT DE M. DE BONALD, *ou recueil méthodique de ses principales pensées*, par M. le Docteur de Beaumont.—Seconde édition, considérablement augmentée par M. A. C.—Paris, imprimerie d'Adrien Le Clèrc, librairie de P. Wattehier.—1870.—Un vol. de XII-278 páginas.

Los principales pensamientos de Bonald han sido recogidos, ordenados y clasificados por M. de Beaumont de manera que formen un conjunto armónico, con cierta unidad de ideas, como si compusieran una obra secuida. Se han unido además, diferentes juicios críticos sobre el célebre escritor, debidos á plumas de algunos literatos de gran nombradía en la primera mitad de este siglo; una carta dirigida á Bonald por el Rey de Holanda, Luis Bonaparte, y una noticia biográfica del Doctor Beaumont, ya difunto.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

# LULÚ,

## PRINCESA DE ZABULISTAN.

### I.

Mucho se ha cavilado y discutido siempre sobre la antigua civilizacion de los Escitas, y aun sobre la casta de hombres que los Escitas eran. Unos escritores se los imaginaban como un pueblo japético, y otros veian en ellos á los progenitores de los Tártaros del dia. Con los progresos etnográficos no cabe ya duda en que todo lo que hoy se llama Tartaria y Siberia, estuvo en las edades más remotas habitado por razas tártaras y mongolas; pero tambien hubo allí tríbus blancas, tal vez de pelo rubio y ojos azules, de donde proceden los pueblos más nobles é ilustres de Europa, ó que han venido á establecerse en Europa en sucesivas emigraciones.

Estos Escitas blancos descendian de los primitivos Arios, como los Celtas, los Griegos y los Latinos, los cuales se habian separado del tronco comun en épocas más ó ménos lejanas. Los Imperios fundados en toda la zona central del Asia, los Chinos, los Persas, los Asirios, los Lidios y los Medos, ofrecian desde muy antiguo una barrera difícil de romper á las invasiones de aquellos pueblos del Norte. Cuando estos pudieron romper la barrera, penetraron en el Asia central y bajaron por el Sur hasta la India: pero, cuando la barrera les presentaba un obstáculo invencible, y ellos, por exceso de poblacion, ó bien huyendo de los frios boreales, se proponian abandonar el terreno de la Escitia, tuvieron que caminar hácia el Occidente, y vinieron á establecerse en Europa. Así nos explicamos la historia primera del gran continente del Asia, del cual forma Europa como una pequeña prolongacion occidental.

Hasta los tiempos de Ciro el Grande, los Imperios de Persia ó de Media, esto es, el antiguo Iran, no fueron bastante poderosos para contener las invasiones de los Escitas blancos, los cuales entraron por la Persia y se extendieron hasta la India. Ciro, al reconstituir sobre más sólidas y anchas bases el Imperio del Iran, hizo casi inexpugnable ó al ménos difícil de romper la barrera que atajaba el paso de los Escitas hácia el Sur del Asia, y esto los contuvo en el Norte ó los fué impulsando pausadamente hácia el Ocaso.

Es indudable para mí que la mayor parte de las invasiones han sido motivadas por una violenta é imperiosa necesidad. Los pueblos, por nómadas que sean, siempre tienen algun amor á la pátria, algun apego al suelo que los vió nacer, y no le abandonan sino por causas poderosas. Quizás el mayor movimiento invasor de los pueblos de Asia en Europa, movimiento que determina una de las crísis mas trascendentales en la historia, y que marca una era en la vida de la humanidad, ladeando el curso de la civilizacion, y abriéndole nuevo cauce, tuvo su primer orígen en China.

Sabido es que los Chinos han cumplido mucho ántes que nosotros todo el progreso de su cultura, y han venido á pararse y á inmovilizarse luego. Ya un escritor americano del dia, el Sr. Draper, augura para la Europa suerte ó destino semejante. Segun él, llegará un dia, no muy lejano, en que, recorrida toda la extension de nuestra cultura posible, hasta tocar el límite de lo ideal que cabia en nuestros cerebros, ó que era capaz de concebir nuestra mente, nos quedarémos inmóviles, con el ideal realizado, ó sin ideal, que es lo mismo. Entónces serémos como los Chinos, un pueblo ó una confederacion de pueblos, muy bien ordenados, pero sin brio y sin iniciativa. Resueltos todos los problemas de la vida, acabadas ó satisfechas todas las esperanzas, nada quedará que nos impulse. Mucho dudo yo de que pueda llegar jamás esta situacion. El audaz linaje de Japet, esta gente europea está dotada de una fuerza de aspiracion interminable, y de una virtud creadora en la fantasía superior y posterior á toda ciencia y á todo arte y á toda mejora. Siempre, creo, habrá en nosotros ímpetu para salvar con la imaginacion todos los espacios explorados y todos los caminos trillados, y para ir á plantar, mucho más allá, la columna de fuego de un nuevo ideal que nos sirva de guia y nos excite á caminar sin reposo en un progreso infinito, ó si se quiere indefinido. Aun en los mismos Chinos, así como en otros pueblos del Asia,

¿quién sabe si será reposo ó sueño lo que se nos antoja paralizacion eterna? ¿Quién sabe, si á la voz de un profeta, de un vate, de un avatar, de un dios nuevo, no despertarán esos pueblos? Entónces sí que podria cambiar por completo el eje de la civilizacion del mundo y turbarse todo el equilibrio de las sociedades y de las naciones. La agitacion, las mudanzas radicales que esto pudiera traer sí que serian extraordinarias. La guerra actual entre Francia y Alemania, con todas sus consecuencias posibles, y hasta una guerra general en Europa, no serian nada en comparacion de lo que ocurriria, si los Chinos ó los Indios, en número de cuatrocientos ó quinientos millones de hombres, se sintiesen de pronto inflamados por un nuevo ideal, y con espíritu guerrero cayesen sobre nosotros. Nuestros cañones, ametralladoras y fusiles de aguja, de nada nos servirian. Ellos los tendrian pronto tan buenos ó mejores que los nuestros.

Sea de esto lo que sea, parece cierto que, allá en el siglo III, ó IV, después de Cristo, hubo en China una espantosa é inmensa revolucion, motivada por el desarrollo del bien estar material, de la poblacion y de la riqueza. Lo que llamamos socialismo se manifestó de un modo horrible. Los más bravos, viciosos y audaces entre las clases menesterosas de aquella ingente poblacion, se sublevaron contra los ricos y los dichosos del mundo. Siguióse una tremenda guerra civil y social. Diéronse batallas titánicas en que los hombres murieron á millares y la sangre corrió á torrentes. La sociedad, el órden establecido, la propiedad triunfó al cabo, y los rebeldes más feroces, acosados por los ejércitos del Imperio y por los hombres de las clases acomodadas, que habian tomado las armas en vista del gran peligro, huyeron hácia el Norte y traspasaron la frontera del Imperio, penetrando en la Siberia ó Tartaria. Esas gentes levantiscas, siendo de la ralea más baja, llevaron consigo al emigrar muy poco de la riqueza acumulada, del capital social que se llama ciencia. Por esto mismo les fué más fácil unirse con tríbus tártaras errantes, y de la mezcla provino en breve un pueblo rudo y guerrero. Movido este pueblo, en busca de terrenos más fértiles y de clima más suave, y no pudiendo ó no atreviéndose á ir hácia el Sur por el valladar que entónces les oponia el Imperio de los Sasanidas, siguió hácia Occidente, y fué impulsando por delante de sí á todas las tríbus y naciones arianas de la Escitia, las cuales se hallaban escalonadas en la parte boreal

del Asia, y aun se extendian por mucha parte de Europa, sobre todo en las regiones de Oriente.

Explicado así, como parece que satisfactoriamente se explica, el movimiento inicial de la más conocida invasion de los Bárbaros y de la caida de Roma, es claro que los pueblos de la Europa moderna tenemos muchísimo que agradecer á los Persas, y á Ciro sobre todo; porque si los Escitas blancos no hubieran sido contenidos por el valladar que Ciro afirmó é hizo casi inexpugnable, los pueblos de raza tártara hubieran caido sobre Europa, sin que los Escitas blancos se interpusiesen. Así, en vez de ser casi todos los pueblos de nuestro continente de raza ariana, en lugar de haber venido á mezclarse con los habitadores del orbe latino otros pueblos, arios tambien, y que habian conservado en el Norte su prístina pureza y estaban más cerca del tronco comun, hubieran venido á conquistarnos y á manchar y alterar la limpieza de nuestra sangre los Humnos, abominablemente feos, y mucho ménos inteligentes y civilizables.

Sostienen los fisiólogos que los pueblos tártaros y mongoles tienen el cráneo más duro y ménos flexible que los arios, y que dicho cráneo no cede ni se dilata como los nuestros para dar lugar al desenvolvimiento del seso ó meollo; por donde se ha de presumir que, si tenemos tanto meollo los Europeos, y si nuestra civilizacion se ha elevado á tanta altura, se lo debemos á Ciro, gran Rey de Persia, que tuvo á raya á los Escitas blancos. Si éstos hubieran invadido la Persia y la India y otras comarcas ó regiones del Asia, quizás la gran civilizacion estaria ahora por allí. Es innegable además que los pueblos neo-latinos, á pesar de nuestra nobilísima estirpe, nos hubiéramos tenido que cruzar con los Tártaros, chatos, de ojos oblícuos, de gruesos labios y pómulos salientes, y de este desigual y plebeyo cruzamiento hubieran salido unos mestizos feos de véras, y no las naciones ilustres, hermosas y sábias que encierra en sí la Europa.

Pero dejando esto aparte, pues no es mi ánimo hablar de tiempos tan recientes como los de la caida del Imperio romano y fundacion de las nacionalidades europeas, tales como son hoy, diré que desde época remotísima, ó bien por efecto de un período glacial de que hablan muchos geólogos, ó bien por otro cataclismo, los Arios, que debian vivir en un país bastante al Norte, quizás mucho más al Norte que el lugar que por lo comun se les dá por cuna, á

la falda del Paropamiso, tuvieron que separarse y emigrar. Se dice que los hielos del Polo Norte se derritieron, quizás por efecto de haber tomado la tierra la inclinacion que hoy tiene, abriéndose el ángulo que forman los ejes del Ecuador y de la Eclíptica, que ántes se confundian y eran un solo eje. Con tan espantosa dislocacion, hubo de haber por fuerza un sacudimiento atroz en la corteza sólida de nuestro globo, que haria reventar no pocos volcanes; un diluvio punto ménos que universal, y por último unos frios tremebundos.

Por este motivo y en era muy distante de nosotros, esto es, 24.000 años ántes de la Era cristiana, segun Rodier y otros audaces cronologistas, fué la primera dispersion de los Arios. Nosotros, en la Introducion á estas Leyendas, hemos mostrado ya un escepticismo prudente acerca de este punto. No negamos ni afirmamos nada: hacemos una distincion. A los geólogos prehistóricos no les negamos sus descubrimientos. Queremos conceder que sus armas y utensilios de piedra, sus fósiles y sus poblaciones lacustres, puedan tener acaso mayor antigüedad que los indicados 24.000 años: pero históricamente, poco ó nada se sabe ni puede afirmarse sobre los primeros 21.000. No es negar que hubiese historia tres mil años ántes de Cristo: es afirmar que esta historia se ha perdido en muchos países, y que en otros se halla tan desfigurada por las fábulas, que es imposible distinguir el cielo de la tierra, los reyes de los dioses, los vanos ensueños poéticos de la fantasía de la maciza y tangible realidad de las cosas. Sin duda, muchos grandes diluvios sucesivos, aunque parciales, bastante grandes para destruir casi por completo naciones y razas enteras, destruyeron tambien los anales, si ya los habia, ó borraron ó confundieron en la memoria de los hombres los hechos de sus antepasados.

Si no estoy trascordado, el primero que explicó el diluvio universal, dándole por causa la fusion de los hielos del Polo Norte, fué Bernardino Saint-Pierre, el cual escribia preciosas novelas de ciencias naturales, harto más bonitas que las de Julio Verne en el dia. Posteriormente se ha inventado la periodicidad de los grandes diluvios, y el Polo Sur alterna con el Polo Norte en el oficio de causarlos. Ya hemos dicho que 24.000 años ántes de Cristo fué el Polo Norte quien causó un diluvio. En el reinado de un rey indio, llamado Satyaurata, parece que hubo otro diluvio causado por los hielos del Polo Sur. Este diluvio, dicen algunos sábios, que fué el

que anegó á casi todos los hijos de Sem, ménos á los que se refugiaron en los montes de Armenia: en suma, fué el diluvio de Noé, referido en la Biblia. Todavía, por último, unos 2.400 ó 2.300 años ántes de Cristo, como quien dice ayer de mañana, para quien da tan estupenda antigüedad á nuestra especie, se imagina otro gran diluvio que acabó con casi todos los Griegos, y que tambien se recuerda en China, bajo el nombre de diluvio de Yao. Al Polo Norte le tocó hacer el papel de promovedor de este diluvio, el cual hundió la Atlántida y sepultó bajo las arenas y piedras que trajeron consigo las aguas impetuosas, los utensilios, armas y habitaciones y los cuerpos mismos de los primitivos pobladores de Europa, de los hombres de la Edad de piedra, que hoy los sábios están sacando á relucir.

De todo esto se deduce, á mi ver, que poco ó nada se sabe de los principios de nuestra especie, y que apénas hay ciencia más oscura y contradictoria que la cronología de las primeras edades del mundo. En cuanto á los diluvios fuerza es creer que ha habido uno universal, ya que así lo afirman nuestras Sagradas Escrituras; pero podemos poner en duda esos enormes diluvios parciales causados por los hielos del uno ó del otro polo en ciertos períodos. Tal vez basten las fuerzas permanentes de las aguas y de los volcanes, en larga série de siglos, segun la teoría de Lyell, para cortar itsmos y abrir estrechos, allanar valles y aupar montañas, cambiar la posicion de los continentes y de las islas, y trasformar la tierra en mar y la mar en tierra.

La idea de Adhemar, que fué el inventor de los diluvios periódicos, parece una renovacion de la Kalpa ó del dia y la noche de Brahma, que duraba 432 millones de años, ó del año grande de los Egipcios y de Orfeo; sólo que en vez de durar este período por lo ménos 120.000 años, dura 21.000, segun Adhemar. Este año grande, de los dichos 21.000 años, tuvo su verano máximo para nuestro hemisferio boreal, en 1248, reinando San Fernando en Castilla. Desde entónces los veranos de todos los años van menguando y van creciendo los inviernos, hasta que llegue el año de 6498 de Cristo, en el cual los veranos y los inviernos serán exactamente iguales en ambos hemisferios. A lo que parece, en los momentos de esta igualdad está el grave peligro. Los hielos que se han ido amontonando en el Polo Sur, durante el largo invierno de 10.500 años, que por allá hay, se derretirán, buscando

el equilibrio, y habrá un nuevo diluvio que tal vez destruya casi todo el humano linaje. En suma, y sin entrar en reconditeces astronómicas, cada 10.500 años hay ó debe haber un diluvio, que se va preparando lentamente con la aglomeracion de los hielos, ya en un Polo ya en otro, á causa del mayor frio que hace alternativamente, ora en el hemisferio austral, ora en el boreal. Como el nuevo diluvio está anunciado para el año de 6498, es claro, como la luz del dia, segun Adhemar, que el diluvio próximo pasado ocurrió en el año de 4002 ántes del nacimiento de Cristo. Se conoce que Adhemar no ha querido disgustar al Padre Petavio, y su último diluvio coincide, sobre 100 años más ó ménos, con el de Noé.

Dirán algunos lectores que estos apuntes cronológicos son un extraño principio de novela; pero yo les pido perdon y me disculpo asegurando que no es dable empezar de otro modo. La novela es un poema prosáico; una epopeya sin poesía ó con poca poesía; y aunque en la novela éntre por mucho la invencion, ó si se quiere la inspiracion, conviene que esta invencion ó esta inspiracion tenga algun fundamento, y no se quede en el aire. Pongamos por caso el rapto de Sita por el tremendo Rey de los Raksasas, Ravana; la alianza de Rama con los valerosos é ilustres Monos, y con Sugriva, su poderoso monarca, los cuales tan enérgicamente le auxiliaron; su expedicion á Ceilan, y el sitio y conquista de Lanka, capital de aquella isla, con todos los portentos que allí ocurrieron. Estos acontecimientos, en lo antiguo, podian referirse de un modo épico, sin indicar la fecha, ni siquiera próximamente. Hoy dia es preciso marcar una fecha, créanla ó no la crean los lectores. Si yo tuviera que contar los hechos de Rama, tendria que apelar á los críticos y cronologistas para fijar el tiempo en que sucedieron, y he de confesar que me veria apuradísimo. Unos me dirian que 5.500 años ántes de Cristo; otros que mucho después. Lo mismo ocurriria con casi todos los sucesos de la India antigua. La vida de Krishna, por ejemplo, algunos la ponen más de 3.000 años ántes de Cristo; otros, como Bentley, hacen á Krishna tan moderno, que ponen su nacimiento con exactitud maravillosa (en virtud del horoscopio ó aspecto del cielo, cuando nació el Dios), el dia 7 de Agosto del año 600 de nuestra Era. Quién supone que la leyenda de Krishna ha servido de modelo á la historia de nuestro Divino Redentor; quién no vé en la leyenda de Krishna sino una invencion de los brahmanes, un remedo de la vida de Jesucristo, in-

terpolado en los antiguos libros y poemas de la India, con el propósito de hacer ineficaces todas las predicaciones de nuestros misioneros.

Por lo expuesto se notará que sobre la dificultad inherente á la cronología de los tiempos antiguos, está la mayor dificultad que ha creado la pasion religiosa. Los amigos del cristianismo, para conciliarlo todo con la corta edad que la Biblia concede al mundo, propenden á negar antigüedad á todo; y los enemigos del cristianismo, con ménos crítica á veces, dan á ciertos sucesos y á ciertas civilizaciones, una antigüedad portentosa. En la opinion de cada sábio entra además por mucho, en no pocos casos, una ciega y decidida predileccion por un pueblo y por una cultura, objeto de sus estudios favoritos. Tal sábio, como Beauregard, hace que todo proceda de Egipto; leyes, religiones, artes y ciencias; tal otro, como Jacolliot, que todo nazca de la India. De aquí tambien proceden en parte las divergencias en punto á cronología.

En fin, á pesar de estas divergencias, yo tengo que fijar algo, ántes de empezar esta primera leyenda. Si carezco de la ventaja de ser sábio, el no serlo lleva tambien una ventaja. Como no he hecho estudios favoritos de nada, nada es objeto de mi particular aficion. Lo mismo me interesan los Chinos que los Egipcios; no quiero más á los Indios que á los Persas. No adulteraré yo la verdad ni trocaré las fechas por amor á ninguna tribu, nacion ó raza, ni por afecto á ningun gran legislador, profeta, semidios ó dios antidiluviano.

Empecemos, pues, por creer en el diluvio universal y no parcial, único y no periódico, y ocurrido en el mismo año en que, de acuerdo con el Padre Petavio, le coloca nuestra *Guia de Forasteros*. Una vez sentado y admitido esto, pongamos á parte á los Chinos, que tendrán que intervenir muy poco en nuestras leyendas. Los demás pueblos, estirando algo la cronología bíblica, y condensando algo sus revoluciones, adelantamientos y desarrollos de cultura, caben todos dentro de los 4.000 años que van desde el Diluvio hasta nuestra Era. Tal vez los Egipcios, con sus innumerables dinastías, se resistan á entrar en tan breve espacio de tiempo; pero harémos oidos sordos contra sus clamores y protestas, y prescindirémos de los períodos de Phta y de Phré, y de los reinados de Osíris y de Horus, evidentemente mitológicos. Supongamos á Menes primer Rey de Egipto, y aunque le supongamos lo más

cerca que se pueda del Diluvio universal, siempre habrémos de imaginar que muchas de las quince ó dieciseis dinastías, que se cuentan desde entónces hasta el momento en que va á empezar nuestra primera leyenda, fuéron simultáneas. Cuando nuestra historia empieza, el Egipto estaba, mucho tiempo hacía, bajo la dominacion de los Arabes ó Hycsos. Uno de sus reyes, llamado Apofis, es quien habia tenido aquellos sueños que interpretó el casto José, y quien le nombró luego su Primer Ministro.

Un sucesor de Apofis, por nombre Janías, reinaba en Egipto en el momento en que va á empezar nuestro relato. La capital de su reino era Sais. Los reyes indígenas, después de haber ido palmo á palmo haciendo la reconquista, habian logrado dar á su reino una gran extension, y tenian por capital de él la magnífica ciudad de Tébas, Of ó Dióspolis magna, que por todos estos nombres es conocida. El rey ó Faraon, que por entónces reinaba en Tébas, se llamaba Temuz; grande y terrible personaje, algo parecido á un D. Jaime el Conquistador entre los Egipcios.

En la India habia decaido el inmenso poder de los reyes de Ayodia. Los sucesores de Isvakú y de Rama el divino, dominador de los Raksasas, protector de los Monos multiformes y sábios, y destructor de Lanka, capital de Ceilan, habian venido muy á ménos. Entre tanto, la Casa Real de los Chandras ó hijos de la Luna se habia elevado mucho, y el soberano reinante de esta dinastía habia tomado el título de Maharadjah ó Gran Rey. La terrible guerra del Mahabarat no habia estallado aún.

Sobre Asiria y Caldea se nos ofrecen algunas dificultades que importa allanar para la mejor inteligencia de esta notable leyenda y de las sucesivas. Sabido es que Botta, Layard, ámbos Rawlinson, Oppert y otros doctos arqueólogos, han excavado en las ruinas de Nínive, de Nimrod, de Persépolis, de Corsabad y de otras antiguas ciudades; han desenterrado prodigiosos monumentos; los han descrito; los han explicado, y hasta han leido no pocas inscripciones cuneiformes, poniendo en claro su sentido. Confrontando después estos datos con los suministrados por la Biblia, Herodoto, Ctesias y Beroso, han rehecho y esclarecido en extremo la historia de los Caldeos, Asirios y Babilonios. Merced á tan raros trabajos, la historia, las leyes, los usos y costumbres, la cronología, la vida en suma de los grandes Imperios semíticos de las orillas del Tígris y del Eufrates, son tan bien ó mejor conocidos que los de algunos

pueblos de la Edad Media en Europa, sobre todo desde la famosa Era llamada de Nabonasar, año de 747 ántes de Cristo; unos seis ó siete años después de la fundacion de Roma. Lo que es ya desde el reinado de Senaquerib, en 686, la cronología no puede ser más exacta. Los mismos objetos de entónces, descubiertos por infatigables anticuarios, nos alucinan hasta el punto de imaginar que tocamos con la mano y vemos con nuestros ojos mortales la civilizacion de aquel siglo. Aquí, en Madrid, en nuestros bailes y fiestas, hemos contemplado al cuello de una ilustre dama, entre otros cilindros ninivitas y babilónicos, el sello real de Asar-Addon, conquistador de Babilonia, hijo de Senaquerib y padre de Nabucodonosor I.

Las dificultades y dudas en la historia de Caldea y de Asiria, ocurren mucho ántes. Sin embargo, todos los sábios convienen ya, gracias á Dios, en lo más esencial. De esperar es asímismo que no pocas dudas y divergencias, que quedan, lleguen con el tiempo á resolverse. Rawlinson dice que, de vez en cuando, es menester rehacer ó componer de nuevo la historia de los antiguos Imperios del Asia. Recientes descubrimientos la modifican y aclaran cada vez más. Debe, pues, conjeturarse que, no bien se escriban, con el andar de los tiempos y el progreso de la ciencia, tres ó cuatro historias tan magistrales como la suya, vendrémos á saber á punto fijo lo que ocurria á orillas del Eufrates veintinco ó treinta siglos ántes de Cristo, como se sabe ya lo que ocurria seis ó siete siglos ántes. En el ínterin, el historiador grave y concienzudo tiene que limitarse á rastrear por indicios, en medio de mil vacilaciones, ciertos sucesos capitalísimos, dejando entre ellos inmensas oscuridades ó lagunas por iluminar ó por llenar. El poeta, ó el novelista, que es un poeta en prosa, es el único que por hoy puede llenarlas, gracias á una inspiracion semi-divina, en que deben creer sus lectores. Algo, con todo, puede ya fijarse, como fundamento, casi con prueba plena.

Los autores están concordes en suponer ó sospechar un Imperio de Asiria anterior á Nemrod.

Nemrod vino por mar; pertenecia á la raza cusita ó etiópica; venció á los Asírios, y fundó un nuevo Imperio en el Sur de la Mesopotamia, cuya capital fué Ur, á orillas del Eufrates.

Asur se retiró al Norte con los Asírios que no se sometieron al yugo de los Cusitas ó Caldeos.

El Imperio de Nemrod, ó la antigua Caldea, se llamó tambien el Imperio de las Cuatro Razas. Aquel *fuerte cazador delante del Señor* tuvo por súbditos á Cusitas, Arios, Semitas y Turanies, esto es, á gentes de las razas amarilla, blanca y negra. El pueblo dominante fué el cusita ó etiópico.

De la dinastía de Nemrod se citan con certeza otros dos nombres de reyes, á saber: Urukh é Ilki, de cuyos colosales alcázares y torres aún se descubren vestigios.

A lo que parece, el Imperio de Nemrod, hácia el año de 2.400 ántes de Cristo, se desmembró y fraccionó en vários reinos, hasta que un siglo después un rey llamado Kudur-Lagomer ó Codorlahomor, y yo tengo para mí que era de raza ariana, hizo tributarios á otros muchos reyes y restableció el Imperio, por breve tiempo.

Nádie ignora que este Codorlahomor fué contemporáneo de Abraham. Los Semitas iban ya recobrando su antigua preponderancia sobre las demas razas. En Arabia, venciendo préviamente á los Cusitas, que allí predominaron, habian fundado un reino muy fuerte y guerrero, cuyo centro era el Yemen y el Hadramaut. Contaban aquellos reyes árabes por antecesores á Jectan, Sabá y Homeir, por lo cual las tríbus que les estaban sujetas se solian apellidar los Jectanidas ó los Homeiritas.

Por último, en el tiempo en que empieza nuestra primera leyenda, reinaba en Arabia un descendiente de Homeir, llamado Aret-el-Rech, á quien algunos historiadores clásicos llaman Areo. Aliado este Areo con Nino, tercero ó cuarto sucesor de Asur, venció á los Cusitas; y así vino á fundarse la gran Monarquía asiria de Nino. Con el auxilio de Aret-el-Rech, Nino se ensoñereó de todo el Asia central.

Llega ahora el punto más dificultoso y de mayores dudas: la primitiva historia del Iran. El mismo Rawlinson no se atreve á retroceder con paso seguro en esta historia sino hasta 600 ó 700 años ántes de Cristo para los Medos, y para los Persas hasta el reinado de Ciro ó poco ántes; esto es, que empieza cási donde nosotros vamos á concluir las leyendas. Mas no es esto decir que nos hayamos engolfado en las edades plenamente fabulosas. Historiadores, aunque sábios y prudentes, ménos tímidos que Rawlinson, hallan verdad histórica en los sucesos del Iran bastantes siglos ántes de Ciro, y algunos reconstruyen una historia del Iran que

empieza ántes de la separacion de los Indios y de los Iranienses, cuando ámbos pueblos formaban unó solo; los Arios, que entonaban juntos los himnos religiosos del Rig-Veda en la primitiva region de Ariana-Vaega. Todos los hechos de esta larga historia iraniense, anterior á Ciro, están sacados de antiguas tradiciones conservadas por los Güebros, ya en libros sagrados, ya oralmente, y recogidas muchas por los poetas épicos del tiempo de los Soberanos musulmanes de Gasna. Entre todos estos poetas épicos, descuella Firdusi, el Paradisáico. Su obra se titula el *Shah-Nameh* ó *Libro de los Reyes*. A imitacion y como continuacion del *Shah-Nameh*, se escribieron después otras epopeyas, otros *Namehs* ó *Libros*, que hacen del ciclo épico del Iran uno de los más ricos y fecundos. Hay el *Gerschap-Nameh*, el *Barsu-Nameh*, el *Djusganhir-Nameh*, el *Feramur-Nameh*, el *Banu-Guyasp-Nameh*, el *Bahman-Nameh*, y otros muchos que sería prolijo ir mentando Los Soberanos, los Príncipes y los héroes del Iran son cantados extensa y lindamente en estos poemas. Sobresale entre todos Rustan, como en el ciclo épico carlovingio sobresale Roldan, y el Cid en nuestra magnífica epopeya de las guerras entre Moros y Cristianos, durante los siglos medios. La cuestion está en decidir si todos estos cantos populares tienen más valor histórico que los Libros de Caballerías; si los Rustanes, Feramures y Barsues son tan fantásticos como los Amadíses, Esplandianes y Lisuartes; ó si los *Namehs*, con las hazañas y guerras que refieren, se fundan al ménos, como la Ilíada y la Odisea y las obras de otros homeridas, hasta Juan Tzetzas y Colutho, en casos reales y verdaderos, si bien abultados por la tradicion y por la fantasía del vulgo. Yo me inclino á creer que, despojados de lo sobrenatural, los sucesos referidos por Firdusi y otros épicos de Persia pertenecen á la historia. Los historiadores orientales, como Kondemir y Mircondo, refieren tambien muchos de dichos sucesos, y, si bien Klaproth les niega toda autoridad, hoy, en el estado actual de la ciencia, no es lícito ser tan escéptico. Los libros sagrados zendos, como el *Vendidad* y el *Desatir*, confirman lo que cuentan las historias y poemas posteriores al Islam. Estas historias estaban además basadas sobre tradiciones muy fidedignas y sobre documentos y monumentos antiquísimos. No pocos de los autores, como Firdusi, el más glorioso de todos, eran *dehkanes*, esto es, antiguos nobles del Iran, hidalgos por decirlo así, de muy ilustre casa, cuyas genealogías debieron guardarse.

En suma, yo creo que muchas de las historias del Iran, ántes de Ciro, deben tenerse por ciertas y algunas por probables y verosímiles.

En este supuesto, diré, que el Mahabad de los Persas parece ser el mismo Manú de los Indios; un legislador mítico primitivo. Otro profeta iraniense, llamado Dji-Afram, simboliza el período histórico del cisma ó separacion de Indios y Persas. El Ariana-Vaega, con sus reyes Cayumors, Ferval, Siamek y otros, sólo prueba que hubo una sociedad primitiva, en la cual formaron un solo pueblo los Indios, los Iranienses y los Escitas blancos.

Después de la separacion, los Iranienses, conducidos por Djenschid, emigraron y fundaron el reino ó Imperio de Vara, cuya capital fué Raga. Un conquistador, llamado Zohac, destruyó el Imperio de Vara, y vino á reinar sobre los Iranienses. En el reinado de Zohac empieza nuestra primera leyenda. Pero ¿quién fué este Zohac y en qué siglo vivia? A mi ver, Zohac era Semita, era el propio Aret-el-Rech, ó más bien un sobrino y lugar-teniente de aquel famoso rey del Yemem, aliado de Nino. En esto me aparto de la opinion de Rodier, quien hace á Zohac Cusita, y supone que reinó 7.000 años ántes de Cristo; pero tengo á mi lado á Gobineau en su *Historia de los Persas*, quien hace que viva y reine Zohac en la época más reciente de Nino, rey de Asiria.

Finalmente, reinaba por entónces en la Escitia un rey llamado Tihur. La capital de su reino era la hermosa ciudad de Vesila-Tefeh. En ella introducirémos al punto á los lectores para que tenga verdadero comienzo nuestra historia.

## II.

Vesila-Tefeh, por más que parezca inverosímil, estaba situada en medio de las que son hoy áridas estepas por donde vagan los Kirguises. En la orilla Norte del Sir ó Jaxartes se parecia la hermosa ciudad, cuyas casas y palacios se reflejaban en las aguas del caudaloso rio. El Imperio de que era capital se extendia por el Sur hasta el Oxo ó el Amú-Deria. Más allá, un arenoso desierto. Otro desierto arenoso le separaba por el Oriente de la Sogdiana. Por el Occidente tenia por límites el Cáspio y el Aral, que entónces formaban un mar solo. Por el Norte no conocia otros

términos ó fronteras que la mayor ó ménor pujanza de los Escitas, vasallos del Rey Tihur, para tener á raya á los pueblos nómadas y enteramente feroces que iban errando por los páramos boreales. En suma, los dominios del Rey Tihur, eran como un oasis de cultura, como una isla civilizada en medio de un Océano de barbarie.

A pesar de este aislamiento, los Escitas de Vesila-Tefeh dejaron memoria de sus virtudes y de su ciencia áun entre los mismos Griegos, tan vanidosos. Zalmóxis, Abáris y otros filósofos escitas se cuenta que llevaron á Grecia religion, oráculos, ritos y misterios profundos. La fama lejana de estos Escitas hizo nacer sin duda en Grecia la fábula de los felices Hiperbóreos, que vivian en un país feraz y rico, y que componian y cantaban los himnos más bellos que imaginarse pueden, por ser muy amados de Apolo. Ello es que, muchos siglos ántes de que en Grecia escribiesen Homero, Herodoto y Esquilo, y áun ántes de que á Grecia llevasen los Fenicios la escritura, florecia Vesila-Tefeh con extraordinario florecimiento. Regado el fértil terreno por las aguas de siete rios, de muchos arroyos y de numerosos canales, estaba cubierto, en partes, de hermosas huertas y jardines. No faltaban bosques umbríos de pinos, abetos y robustas encinas. Habia campiñas extensas donde se producia trigo en abundancia, y sobre todo dilatadísimas dehesas cubiertas de fresca y larga yerba, donde pastaban numerosos rebaños. Pero la más envidiable calidad del País de los Siete Rios, que así se apellidaba el reino de Vesila-Tefeh, era la abundancia de oro. Los esclavos de los Escitas, no sólo sacaban el oro lavando las arenas, sino tambien ahondando tenazmente con instrumentos de bronce en el seno de las montañas. Los Rusos han descubierto muchos restos de estas antiquísimas minas, á las que llaman, no sé por qué, *pozos fínicos*. Nádie duda que los rudos Tártaros, que hoy habitan en las vertientes del Ural, tanto en Kirguisia como en Siberia, son y han sido siempre incapaces de ejecutar para sí tan hábiles trabajos, los cuales no pueden ménos de atribuirse á los antiguos Escitas. Y digo *para sí*, porque en realidad los Tártaros, la gente de raza amarilla, y no pocos hombres de raza cusita ó etiópica, reducidos á la condicion de esclavos, eran los que laboreaban las minas bajo la direccion de los Escitas-Arios. Estos, como raza dominante y noble, se hubieran deshonrado ejerciendo cualquier otro oficio que no fuese el de pastores, el de la guerra,

la caza y la agricultura. Multitud de esclavos de raza amarilla y etiópica se empleaban en los menesteres más bajos y mecánicos. Otros esclavos semitas hilaban y tejian la lana, el lino y el cáñamo; forjaban las armas y utensilios de bronce, porque el hierro no se trabajaba aún; curtian y adobaban las pieles; desempeñaban várias industrias más elegantes; y hacian, por último, el comercio.

Dificultoso era venir desde Nínive ó desde Babilonia trayendo mercaderías hasta Vesila-Tefeh. Pero ¿qué no vencen el interes y la perseverancia del hombre? Los dos emporios principales desde donde se hacía el comercio entre el Sur del Asia y nuestros Escitas, eran el Chersoneso Táurico y Colcos. Las caravanas que salian de Cherson tenian que sufrir grandes trabajos, atravesar países desiertos ó habitados por tríbus feroces, y pasar rios caudalosos como el Tanais, el Rha y el Daix, que hoy se nombran el Don, el Volga y el Ural. Todo esto se hacía, sin embargo; y el antiguo camino de los mercaderes, que señala Herodoto, cruzaba por la parte septentrional del reino de Vesila-Tefeh, y se prolongaba hasta la China. Desde Cólcos, más activo emporio aún en las edades remotas, se iba tambien hasta Vesila-Tefeh, aunque exponiéndose á peligros gravísimos que la imaginacion magnificaba, pues era necesario salvar torrentes ó rios impetuosos como el Kur, cruzar los desfiladeros del Cáucaso ó Montaña Sagrada, donde vivia el pájaro inteligente llamado Karshipta, y discurrir por comarcas donde moraban gentes tan fieras, que la fantasía del vulgo las habia trocado en mónstruos bajo los nombres de Arimáspes, Grifos y Gorgones.

A pesar de todo esto, Vesila-Tefeh era un gran mercado; un centro comercial importantísimo. De China venian sedas y objetos de marfil labrado; de Siberia preciosas pieles; de la Arabia plumas y aromas; y de la India especierías y tejidos de algodon, delicados y aéreos. En las comarcas meridionales del Reino de Vesila-Tefeh, hácia donde están hoy Kiva, Samarcanda y Bucara, se daba ya entónces el algodon, como se da ahora; pero sólo se fabricaban telas groseras. Las finas y perfectas venian de la India por Cólcos. Este comercio, que hizo Cólcos, durante muchos siglos, en telas de algodon, excitó, segun algunos graves economistas, la codicia de los Griegos, y promovió la expedicion de Jason y de los Argonautas y los infortunios y horrorosa venganza de Medea. Jason iba á establecer una factoría en Cólcos, y el famoso Velloci-

no de Oro no era más que percal, gasa, muselina ó cotonía. Tal vez algun etimologista ingenioso se atreva á sostener, en confirmacion de lo dicho, que la palabra *colcha* viene de Cólcos ó de Colchida, puesto que las colchas son de algodon casi siempre. Otros autores aseguran, á pesar de todo, que el Vellocino dorado no era una tela de algodon, sino una zalea, adobada y preparada dé un modo tal, que lavando en ella las arenas auríferas, en que los rios de Cólcos abundan, los granitos y pajitas de oro se quedaban adheridos á la lana. Dícese que todavía, no ya sólo algunos pueblos del Cáucaso, sino tambien los Kirguises, se valen de semejante método prehistórico para extraer el oro de las arenas. Pero dejemos á un lado esta cuestion, pues importa poco á la exactitud y escrupulosa verdad de nuestra historia.

Otro medio habia tambien de comunicarse con el país de los Siete Rios; pero era no ménos difícil y peligroso. Era este medio atravesar todo el mar Caspio ó de Hircania, mar proceloso y de muchos bajíos, y harto mayor entónces que ahora. Acrecentaba la dificultad el no conocerse entónces, no ya el vapor como fuerza motriz, pero ni siquiera el uso de las velas. Las embarcaciones eran chicas y poco sólidas y se movian á remo por fornidos esclavos. Aun así, es evidente que miéntras floreció el Imperio de Vara, Djenschid y sus sucesores sostuvieron, por mar, con los reyes de Vesila-Tefeh las relaciones más cordiales, frecuentes y provechosas para unos y otros súbditos, los cuales se reconocian como hermanos, por ser Arios, de la misma estirpe y procedencia. Caido el Imperio de Vara bajo el poder del tirano Zohac, casi habian acabado estas relaciones. Los Iranienses gemian bajo el yugo, si bien en las montañas del Elburz se sostenian independientes algunos valerosos. Sabíase en Vesila-Tefeh que un ilustre descendiente de Djenschid, llamado Abtian, los acaudillaba; pero ni tenia plaza fuerte, ni morada fija, sino las breñas y las cavernas. Sólo en la cumbre elevadísima del monte Demavend, en el castillo inaccesible de Selket, el mas ilustre de los *pelavanes*, ó guerreros nobles, ondeaba aún la antigua bandera del Iran. Amol, Raga y otras ciudades del Elburz, gemian cautivas y tenian guarnicion asiria ó árabe.

Dos reinos arianos habia en las orillas meridionales del Mar Caspio, pero se habian hecho tributarios de Zohac y de Nino. Uno de estos reinos era el de los Medos, al Oriente, donde imperaba

# LULÚ,

## PRINCESA DE ZABULISTAN.

### I.

Mucho se ha cavilado y discutido siempre sobre la antigua civilizacion de los Escitas, y aun sobre la casta de hombres que los Escitas eran. Unos escritores se los imaginaban como un pueblo japético, y otros veian en ellos á los progenitores de los Tártaros del dia. Con los progresos etnográficos no cabe ya duda en que todo lo que hoy se llama Tartaria y Siberia, estuvo en las edades más remotas habitado por razas tártaras y mongolas; pero tambien hubo allí tríbus blancas, tal vez de pelo rubio y ojos azules, de donde proceden los pueblos más nobles é ilustres de Europa, ó que han venido á establecerse en Europa en sucesivas emigraciones.

Estos Escitas blancos descendian de los primitivos Arios, como los Celtas, los Griegos y los Latinos, los cuales se habian separado del tronco comun en épocas más ó ménos lejanas. Los Imperios fundados en toda la zona central del Asia, los Chinos, los Persas, los Asirios, los Lidios y los Medos, ofrecian desde muy antiguo una barrera difícil de romper á las invasiones de aquellos pueblos del Norte. Cuando estos pudieron romper la barrera, penetraron en el Asia central y bajaron por el Sur hasta la India: pero, cuando la barrera les presentaba un obstáculo invencible, y ellos, por exceso de poblacion, ó bien huyendo de los frios boreales, se proponian abandonar el terreno de la Escitia, tuvieron que caminar hácia el Occidente, y vinieron á establecerse en Europa. Así nos explicamos la historia primera del gran continente del Asia, del cual forma Europa como una pequeña prolongacion occidental.

Hasta los tiempos de Ciro el Grande, los Imperios de Persia ó de Media, esto es, el antiguo Iran, no fueron bastante poderosos para contener las invasiones de los Escitas blancos, los cuales entraron por la Persia y se extendieron hasta la India. Ciro, al reconstituir sobre más sólidas y anchas bases el Imperio del Iran, hizo casi inexpugnable ó al ménos difícil de romper la barrera que atajaba el paso de los Escitas hácia el Sur del Asia, y esto los contuvo en el Norte ó los fué impulsando pausadamente hácia el Ocaso.

Es indudable para mí que la mayor parte de las invasiones han sido motivadas por una violenta é imperiosa necesidad. Los pueblos, por nómadas que sean, siempre tienen algun amor á la pátria, algun apego al suelo que los vió nacer, y no le abandonan sino por causas poderosas. Quizás el mayor movimiento invasor de los pueblos de Asia en Europa, movimiento que determina una de las crísis mas trascendentales en la historia, y que marca una era en la vida de la humanidad, ladeando el curso de la civilizacion, y abriéndole nuevo cauce, tuvo su primer orígen en China.

Sabido es que los Chinos han cumplido mucho ántes que nosotros todo el progreso de su cultura, y han venido á pararse y á inmovilizarse luego. Ya un escritor americano del dia, el Sr. Draper, augura para la Europa suerte ó destino semejante. Segun él, llegará un dia, no muy lejano, en que, recorrida toda la extension de nuestra cultura posible, hasta tocar el límite de lo ideal que cabia en nuestros cerebros, ó que era capaz de concebir nuestra mente, nos quedarémos inmóviles, con el ideal realizado, ó sin ideal, que es lo mismo. Entónces serémos como los Chinos, un pueblo ó una confederacion de pueblos, muy bien ordenados, pero sin brio y sin iniciativa. Resueltos todos los problemas de la vida, acabadas ó satisfechas todas las esperanzas, nada quedará que nos impulse. Mucho dudo yo de que pueda llegar jamás esta situacion. El audaz linaje de Japet, esta gente europea está dotada de una fuerza de aspiracion interminable, y de una virtud creadora en la fantasía superior y posterior á toda ciencia y á todo arte y á toda mejora. Siempre, creo, habrá en nosotros ímpetu para salvar con la imaginacion todos los espacios explorados y todos los caminos trillados, y para ir á plantar, mucho más allá, la columna de fuego de un nuevo ideal que nos sirva de guia y nos excite á caminar sin reposo en un progreso infinito, ó si se quiere indefinido. Aun en los mismos Chinos, así como en otros pueblos del Asia,

¿quién sabe si será reposo ó sueño lo que se nos antoja paralizacion eterna? ¿Quién sabe, si á la voz de un profeta, de un vate, de un avatar, de un dios nuevo, no despertarán esos pueblos? Entónces sí que podria cambiar por completo el eje de la civilizacion del mundo y turbarse todo el equilibrio de las sociedades y de las naciones. La agitacion, las mudanzas radicales que esto pudiera traer sí que serian extraordinarias. La guerra actual entre Francia y Alemania, con todas sus consecuencias posibles, y hasta una guerra general en Europa, no serian nada en comparacion de lo que ocurriria, si los Chinos ó los Indios, en número de cuatrocientos ó quinientos millones de hombres, se sintiesen de pronto inflamados por un nuevo ideal, y con espíritu guerrero cayesen sobre nosotros. Nuestros cañones, ametralladoras y fusiles de aguja, de nada nos servirian. Ellos los tendrian pronto tan buenos ó mejores que los nuestros.

Sea de esto lo que sea, parece cierto que, allá en el siglo III, ó IV, después de Cristo, hubo en China una espantosa é inmensa revolucion, motivada por el desarrollo del bien estar material, de la poblacion y de la riqueza. Lo que llamamos socialismo se manifestó de un modo horrible. Los más bravos, viciosos y audaces entre las clases menesterosas de aquella ingente poblacion, se sublevaron contra los ricos y los dichosos del mundo. Siguióse una tremenda guerra civil y social. Diéronse batallas titánicas en que los hombres murieron á millares y la sangre corrió á torrentes. La sociedad, el órden establecido, la propiedad triunfó al cabo, y los rebeldes más feroces, acosados por los ejércitos del Imperio y por los hombres de las clases acomodadas, que habian tomado las armas en vista del gran peligro, huyeron hácia el Norte y traspasaron la frontera del Imperio, penetrando en la Siberia ó Tartaria. Esas gentes levantiscas, siendo de la ralea más baja, llevaron consigo al emigrar muy poco de la riqueza acumulada, del capital social que se llama ciencia. Por esto mismo les fué más fácil unirse con tríbus tártaras errantes, y de la mezcla provino en breve un pueblo rudo y guerrero. Movido este pueblo, en busca de terrenos más fértiles y de clima más suave, y no pudiendo ó no atreviéndose á ir hácia el Sur por el valladar que entónces les oponia el Imperio de los Sasanidas, siguió hácia Occidente, y fué impulsando por delante de sí á todas las tríbus y naciones arianas de la Escitia, las cuales se hallaban escalonadas en la parte boreal

del Asia, y aun se extendian por mucha parte de Europa, sobre todo en las regiones de Oriente.

Explicado así, como parece que satisfactoriamente se explica, el movimiento inicial de la más conocida invasion de los Bárbaros y de la caida de Roma, es claro que los pueblos de la Europa moderna tenemos muchísimo que agradecer á los Persas, y á Ciro sobre todo; porque si los Escitas blancos no hubieran sido contenidos por el valladar que Ciro afirmó é hizo casi inexpugnable, los pueblos de raza tártara hubieran caido sobre Europa, sin que los Escitas blancos se interpusiesen. Así, en vez de ser casi todos los pueblos de nuestro continente de raza ariana, en lugar de haber venido á mezclarse con los habitadores del orbe latino otros pueblos, arios tambien, y que habian conservado en el Norte su prístina pureza y estaban más cerca del tronco comun, hubieran venido á conquistarnos y á manchar y alterar la limpieza de nuestra sangre los Humnos, abominablemente feos, y mucho ménos inteligentes y civilizables.

Sostienen los fisiólogos que los pueblos tártaros y mongoles tienen el cráneo más duro y ménos flexible que los arios, y que dicho cráneo no cede ni se dilata como los nuestros para dar lugar al desenvolvimiento del seso ó meollo; por donde se ha de presumir que, si tenemos tanto meollo los Europeos, y si nuestra civilizacion se ha elevado á tanta altura, se lo debemos á Ciro, gran Rey de Persia, que tuvo á raya á los Escitas blancos. Si éstos hubieran invadido la Persia y la India y otras comarcas ó regiones del Asia, quizás la gran civilizacion estaria ahora por allí. Es innegable además que los pueblos neo-latinos, á pesar de nuestra nobilísima estirpe, nos hubiéramos tenido que cruzar con los Tártaros, chatos, de ojos oblícuos, de gruesos labios y pómulos salientes, y de este desigual y plebeyo cruzamiento hubieran salido unos mestizos feos de véras, y no las naciones ilustres, hermosas y sábias que encierra en sí la Europa.

Pero dejando esto aparte, pues no es mi ánimo hablar de tiempos tan recientes como los de la caida del Imperio romano y fundacion de las nacionalidades europeas, tales como son hoy, diré que desde época remotísima, ó bien por efecto de un período glacial de que hablan muchos geólogos, ó bien por otro cataclismo, los Arios, que debian vivir en un país bastante al Norte, quizás mucho más al Norte que el lugar que por lo comun se les dá por cuna, á

la falda del Paropamiso, tuvieron que separarse y emigrar. Se dice que los hielos del Polo Norte se derritieron, quizás por efecto de haber tomado la tierra la inclinacion que hoy tiene, abriéndose el ángulo que forman los ejes del Ecuador y de la Eclíptica, que ántes se confundian y eran un solo eje. Con tan espantosa dislocacion, hubo de haber por fuerza un sacudimiento atroz en la corteza sólida de nuestro globo, que haria reventar no pocos volcanes; un diluvio punto ménos que universal, y por último unos frios tremebundos.

Por este motivo y en era muy distante de nosotros, esto es, 24.000 años ántes de la Era cristiana, segun Rodier y otros audaces cronologistas, fué la primera dispersion de los Arios. Nosotros, en la Introducion á estas Leyendas, hemos mostrado ya un escepticismo prudente acerca de este punto. No negamos ni afirmamos nada: hacemos una distincion. A los geólogos prehistóricos no les negamos sus descubrimientos. Queremos conceder que sus armas y utensilios de piedra, sus fósiles y sus poblaciones lacustres, puedan tener acaso mayor antigüedad que los indicados 24.000 años: pero históricamente, poco ó nada se sabe ni puede afirmarse sobre los primeros 21.000. No es negar que hubiese historia tres mil años ántes de Cristo: es afirmar que esta historia se ha perdido en muchos países, y que en otros se halla tan desfigurada por las fábulas, que es imposible distinguir el cielo de la tierra, los reyes de los dioses, los vanos ensueños poéticos de la fantasía de la maciza y tangible realidad de las cosas. Sin duda, muchos grandes diluvios sucesivos, aunque parciales, bastante grandes para destruir casi por completo naciones y razas enteras, destruyeron tambien los anales, si ya los habia, ó borraron ó confundieron en la memoria de los hombres los hechos de sus antepasados.

Si no estoy trascordado, el primero que explicó el diluvio universal, dándole por causa la fusion de los hielos del Polo Norte, fué Bernardino Saint-Pierre, el cual escribia preciosas novelas de ciencias naturales, harto más bonitas que las de Julio Verne en el dia. Posteriormente se ha inventado la periodicidad de los grandes diluvios, y el Polo Sur alterna con el Polo Norte en el oficio de causarlos. Ya hemos dicho que 24.000 años ántes de Cristo fué el Polo Norte quien causó un diluvio. En el reinado de un rey indio, llamado Satyaurata, parece que hubo otro diluvio causado por los hielos del Polo Sur. Este diluvio, dicen algunos sábios, que fué el

que anegó á casi todos los hijos de Sem, ménos á los que se refugiaron en los montes de Armenia: en suma, fué el diluvio de Noé, referido en la Biblia. Todavía, por último, unos 2.400 ó 2.300 años ántes de Cristo, como quien dice ayer de mañana, para quien da tan estupenda antigüedad á nuestra especie, se imagina otro gran diluvio que acabó con casi todos los Griegos, y que tambien se recuerda en China, bajo el nombre de diluvio de Yao. Al Polo Norte le tocó hacer el papel de promovedor de este diluvio, el cual hundió la Atlántida y sepultó bajo las arenas y piedras que trajeron consigo las aguas impetuosas, los utensilios, armas y habitaciones y los cuerpos mismos de los primitivos pobladores de Europa, de los hombres de la Edad de piedra, que hoy los sábios están sacando á relucir.

De todo esto se deduce, á mi ver, que poco ó nada se sabe de los principios de nuestra especie, y que apénas hay ciencia más oscura y contradictoria que la cronología de las primeras edades del mundo. En cuanto á los diluvios fuerza es creer que ha habido uno universal, ya que así lo afirman nuestras Sagradas Escrituras; pero podemos poner en duda esos enormes diluvios parciales causados por los hielos del uno ó del otro polo en ciertos períodos. Tal vez basten las fuerzas permanentes de las aguas y de los volcanes, en larga série de siglos, segun la teoría de Lyell, para cortar itsmos y abrir estrechos, allanar valles y aupar montañas, cambiar la posicion de los continentes y de las islas, y trasformar la tierra en mar y la mar en tierra.

La idea de Adhemar, que fué el inventor de los diluvios periódicos, parece una renovacion de la Kalpa ó del dia y la noche de Brahma, que duraba 432 millones de años, ó del año grande de los Egipcios y de Orfeo; sólo que en vez de durar este período por lo ménos 120.000 años, dura 21.000, segun Adhemar. Este año grande, de los dichos 21.000 años, tuvo su verano máximo para nuestro hemisferio boreal, en 1248, reinando San Fernando en Castilla. Desde entónces los veranos de todos los años van menguando y van creciendo los inviernos, hasta que llegue el año de 6498 de Cristo, en el cual los veranos y los inviernos serán exactamente iguales en ambos hemisferios. Á lo que parece, en los momentos de esta igualdad está el grave peligro. Los hielos que se han ido amontonando en el Polo Sur, durante el largo invierno de 10.500 años, que por allá hay, se derretirán, buscando

el equilibrio, y habrá un nuevo diluvio que tal vez destruya casi todo el humano linaje. En suma, y sin entrar en reconditeces astronómicas, cada 10.500 años hay ó debe haber un diluvio, que se va preparando lentamente con la aglomeracion de los hielos, ya en un Polo ya en otro, á causa del mayor frio que hace alternativamente, ora en el hemisferio austral, ora en el boreal. Como el nuevo diluvio está anunciado para el año de 6498, es claro, como la luz del dia, segun Adhemar, que el diluvio próximo pasado ocurrió en el año de 4002 ántes del nacimiento de Cristo. Se conoce que Adhemar no ha querido disgustar al Padre Petavio, y su último diluvio coincide, sobre 100 años más ó ménos, con el de Noé.

Dirán algunos lectores que estos apuntes cronológicos son un extraño principio de novela; pero yo les pido perdon y me disculpo asegurando que no es dable empezar de otro modo. La novela es un poema prosáico; una epopeya sin poesía ó con poca poesía; y aunque en la novela éntre por mucho la invencion, ó si se quiere la inspiracion, conviene que esta invencion ó esta inspiracion tenga algun fundamento, y no se quede en el aire. Pongamos por caso el rapto de Sita por el tremendo Rey de los Raksasas, Ravana; la alianza de Rama con los valerosos é ilustres Monos, y con Sugriva, su poderoso monarca, los cuales tan enérgicamente le auxiliaron; su expedicion á Ceilan, y el sitio y conquista de Lanka, capital de aquella isla, con todos los portentos que allí ocurrieron. Estos acontecimientos, en lo antiguo, podian referirse de un modo épico, sin indicar la fecha, ni siquiera próximamente. Hoy dia es preciso marcar una fecha, créanla ó no la crean los lectores. Si yo tuviera que contar los hechos de Rama, tendria que apelar á los críticos y cronologistas para fijar el tiempo en que sucedieron, y he de confesar que me veria apuradísimo. Unos me dirian que 5.500 años ántes de Cristo; otros que mucho después. Lo mismo ocurriria con casi todos los sucesos de la India antigua. La vida de Krishna, por ejemplo, algunos la ponen más de 3.000 años ántes de Cristo; otros, como Bentley, hacen á Krishna tan moderno, que ponen su nacimiento con exactitud maravillosa (en virtud del horoscopio ó aspecto del cielo, cuando nació el Dios), el dia 7 de Agosto del año 600 de nuestra Era. Quién supone que la leyenda de Krishna ha servido de modelo á la historia de nuestro Divino Redentor; quién no vé en la leyenda de Krishna sino una invencion de los brahmanes, un remedo de la vida de Jesucristo, in-

terpolado en los antiguos libros y poemas de la India, con el propósito de hacer ineficaces todas las predicaciones de nuestros misioneros.

Por lo expuesto se notará que sobre la dificultad inherente á la cronología de los tiempos antiguos, está la mayor dificultad que ha creado la pasion religiosa. Los amigos del cristianismo, para conciliarlo todo con la corta edad que la Biblia concede al mundo, propenden á negar antigüedad á todo; y los enemigos del cristianismo, con ménos crítica á veces, dan á ciertos sucesos y á ciertas civilizaciones, una antigüedad portentosa. En la opinion de cada sábio entra además por mucho, en no pocos casos, una ciega y decidida predileccion por un pueblo y por una cultura, objeto de sus estudios favoritos. Tal sábio, como Beauregard, hace que todo proceda de Egipto; leyes, religiones, artes y ciencias; tal otro, como Jacolliot, que todo nazca de la India. De aquí tambien proceden en parte las divergencias en punto á cronología.

En fin, á pesar de estas divergencias, yo tengo que fijar algo, ántes de empezar esta primera leyenda. Si carezco de la ventaja de ser sábio, el no serlo lleva tambien una ventaja. Como no he hecho estudios favoritos de nada, nada es objeto de mi particular aficion. Lo mismo me interesan los Chinos que los Egipcios; no quiero más á los Indios que á los Persas. No adulteraré yo la verdad ni trocaré las fechas por amor á ninguna tribu, nacion ó raza, ni por afecto á ningun gran legislador, profeta, semidios ó dios antidiluviano.

Empecemos, pues, por creer en el diluvio universal y no parcial, único y no periódico, y ocurrido en el mismo año en que, de acuerdo con el Padre Petavio, le coloca nuestra *Guía de Forasteros*. Una vez sentado y admitido esto, pongamos á parte á los Chinos, que tendrán que intervenir muy poco en nuestras leyendas. Los demás pueblos, estirando algo la cronología bíblica, y condensando algo sus revoluciones, adelantamientos y desarrollos de cultura, caben todos dentro de los 4.000 años que van desde el Diluvio hasta nuestra Era. Tal vez los Egipcios, con sus innumerables dinastías, se resistan á entrar en tan breve espacio de tiempo; pero harémos oidos sordos contra sus clamores y protestas, y prescindirémos de los períodos de Phta y de Phré, y de los reinados de Osíris y de Horus, evidentemente mitológicos. Supongamos á Menes primer Rey de Egipto, y aunque le supongamos lo más

cerca que se pueda del Diluvio universal, siempre habrémos de imaginar que muchas de las quince ó dieciseis dinastías, que se cuentan desde entónces hasta el momento en que va á empezar nuestra primera leyenda, fuéron simultáneas. Cuando nuestra historia empieza, el Egipto estaba, mucho tiempo hacía, bajo la dominacion de los Arabes ó Hycsos. Uno de sus reyes, llamado Apofis, es quien habia tenido aquellos sueños que interpretó el casto José, y quien le nombró luego su Primer Ministro.

Un sucesor de Apofis, por nombre Janías, reinaba en Egipto en el momento en que va á empezar nuestro relato. La capital de su reino era Sais. Los reyes indígenas, después de haber ido palmo á palmo haciendo la reconquista, habian logrado dar á su reino una gran extension, y tenian por capital de él la magnífica ciudad de Tébas, Of ó Dióspolis magna, que por todos estos nombres es conocida. El rey ó Faraon, que por entónces reinaba en Tébas, se llamaba Temuz; grande y terrible personaje, algo parecido á un D. Jaime el Conquistador entre los Egipcios.

En la India habia decaido el inmenso poder de los reyes de Ayodia. Los sucesores de Isvakú y de Rama el divino, dominador de los Raksasas, protector de los Monos multiformes y sábios, y destructor de Lanka, capital de Ceilan, habian venido muy á ménos. Entre tanto, la Casa Real de los Chandras ó hijos de la Luna se habia elevado mucho, y el soberano reinante de esta dinastía habia tomado el título de Maharadjah ó Gran Rey. La terrible guerra del Mahabarat no habia estallado aún.

Sobre Asiria y Caldea se nos ofrecen algunas dificultades que importa allanar para la mejor inteligencia de esta notable leyenda y de las sucesivas. Sabido es que Botta, Layard, ámbos Rawlinson, Oppert y otros doctos arqueólogos, han excavado en las ruinas de Nínive, de Nimrod, de Persépolis, de Corsabad y de otras antiguas ciudades; han desenterrado prodigiosos monumentos; los han descrito; los han explicado, y hasta han leido no pocas inscripciones cuneiformes, poniendo en claro su sentido. Confrontando después estos datos con los suministrados por la Biblia, Herodoto, Ctesias y Beroso, han rehecho y esclarecido en extremo la historia de los Caldeos, Asirios y Babilonios. Merced á tan raros trabajos, la historia, las leyes, los usos y costumbres, la cronología, la vida en suma de los grandes Imperios semíticos de las orillas del Tígris y del Eufrates, son tan bien ó mejor conocidos que los de algunos

pueblos de la Edad Media en Europa, sobre todo desde la famosa Era llamada de Nabonasar, año de 747 ántes de Cristo; unos seis ó siete años después de la fundacion de Roma. Lo que es ya desde el reinado de Senaquerib, en 686, la cronología no puede ser más exacta. Los mismos objetos de entónces, descubiertos por infatigables anticuarios, nos alucinan hasta el punto de imaginar que tocamos con la mano y vemos con nuestros ojos mortales la civilizacion de aquel siglo. Aquí, en Madrid, en nuestros bailes y fiestas, hemos contemplado al cuello de una ilustre dama, entre otros cilindros ninivitas y babilónicos, el sello real de Asar-Addon, conquistador de Babilonia, hijo de Senaquerib y padre de Nabucodonosor I.

Las dificultades y dudas en la historia de Caldea y de Asiria, ocurren mucho ántes. Sin embargo, todos los sábios convienen ya, gracias á Dios, en lo más esencial. De esperar es asímismo que no pocas dudas y divergencias, que quedan, lleguen con el tiempo á resolverse. Rawlinson dice que, de vez en cuando, es menester rehacer ó componer de nuevo la historia de los antiguos Imperios del Asia. Recientes descubrimientos la modifican y aclaran cada vez más. Debe, pues, conjeturarse que, no bien se escriban, con el andar de los tiempos y el progreso de la ciencia, tres ó cuatro historias tan magistrales como la suya, vendrémos á saber á punto fijo lo que ocurria á orillas del Eufrates veintinco ó treinta siglos ántes de Cristo, como se sabe ya lo que ocurria seis ó siete siglos ántes. En el ínterin, el historiador grave y concienzudo tiene que limitarse á rastrear por indicios, en medio de mil vacilaciones, ciertos sucesos capitalísimos, dejando entre ellos inmensas oscuridades ó lagunas por iluminar ó por llenar. El poeta, ó el novelista, que es un poeta en prosa, es el único que por hoy puede llenarlas, gracias á una inspiracion semi-divina, en que deben creer sus lectores. Algo, con todo, puede ya fijarse, como fundamento, casi con prueba plena.

Los autores están concordes en suponer ó sospechar un Imperio de Asiria anterior á Nemrod.

Nemrod vino por mar; pertenecia á la raza cusita ó etiópica; venció á los Asírios, y fundó un nuevo Imperio en el Sur de la Mesopotamia, cuya capital fué Ur, á orillas del Eufrates.

Asur se retiró al Norte con los Asírios que no se sometieron al yugo de los Cusitas ó Caldeos.

El Imperio de Nemrod, ó la antigua Caldea, se llamó tambien el Imperio de las Cuatro Razas. Aquel *fuerte cazador delante del Señor* tuvo por súbditos á Cusitas, Arios, Semitas y Turanies, esto es, á gentes de las razas amarilla, blanca y negra. El pueblo dominante fué el cusita ó etiópico.

De la dinastía de Nemrod se citan con certeza otros dos nombres de reyes, á saber: Urukh é Ilki, de cuyos colosales alcázares y torres aún se descubren vestigios.

Á lo que parece, el Imperio de Nemrod, hácia el año de 2.400 ántes de Cristo, se desmembró y fraccionó en vários reinos, hasta que un siglo después un rey llamado Kudur-Lagomer ó Codorlahomor; y yo tengo para mí que era de raza ariana, hizo tributarios á otros muchos reyes y restableció el Imperio, por breve tiempo.

Nádie ignora que este Codorlahomor fué contemporáneo de Abraham. Los Semitas iban ya recobrando su antigua preponderancia sobre las demas razas. En Arabia, venciendo préviamente á los Cusitas, que allí predominaron, habian fundado un reino muy fuerte y guerrero, cuyo centro era el Yemen y el Hadramaut. Contaban aquellos reyes árabes por antecesores á Jectan, Sabá y Homeir, por lo cual las tríbus que les estaban sujetas se solian apellidar los Jectanidas ó los Homeiritas.

Por último, en el tiempo en que empieza nuestra primera leyenda, reinaba en Arabia un descendiente de Homeir, llamado Aret-el-Rech, á quien algunos historiadores clásicos llaman Areo. Aliado este Areo con Nino, tercero ó cuarto sucesor de Asur, venció á los Cusitas; y así vino á fundarse la gran Monarquía asiria de Nino. Con el auxilio de Aret-el-Rech, Nino se ensoñereó de todo el Asia central.

Llega ahora el punto más dificultoso y de mayores dudas: la primitiva historia del Iran. El mismo Rawlinson no se atreve á retroceder con paso seguro en esta historia sino hasta 600 ó 700 años ántes de Cristo para los Medos, y para los Persas hasta el reinado de Ciro ó poco ántes; esto es, que empieza cási donde nosotros vamos á concluir las leyendas. Mas no es esto decir que nos hayamos engolfado en las edades plenamente fabulosas. Historiadores, aunque sábios y prudentes, ménos tímidos que Rawlinson, hallan verdad histórica en los sucesos del Iran bastantes siglos ántes de Ciro, y algunos reconstruyen una historia del Iran que

empieza ántes de la separacion de los Indios y de los Iranienses, cuando ámbos pueblos formaban uno solo; los Arios, que entonaban juntos los himnos religiosos del Rig-Veda en la primitiva region de Ariana-Vaega. Todos los hechos de esta larga historia iraniense, anterior á Ciro, están sacados de antiguas tradiciones conservadas por los Güebros, ya en libros sagrados, ya oralmente, y recogidas muchas por los poetas épicos del tiempo de los Soberanos musulmanes de Gasna. Entre todos estos poetas épicos, descuella Firdusi, el Paradisáico. Su obra se titula el *Shah-Nameh* ó *Libro de los Reyes*. A imitacion y como continuacion del *Shah-Nameh*, se escribieron después otras epopeyas, otros *Namehs* ó *Libros*, que hacen del ciclo épico del Iran uno de los más ricos y fecundos. Hay el *Gerschap-Nameh*, el *Barsu-Nameh*, el *Djusganhir-Nameh*, el *Feramur-Nameh*, el *Banu-Guyasp-Nameh*, el *Bahman-Nameh*, y otros muchos que sería prolijo ir mentando Los Soberanos, los Príncipes y los héroes del Iran son cantados extensa y lindamente en estos poemas. Sobresale entre todos Rustan, como en el ciclo épico carlovingio sobresale Roldan, y el Cid en nuestra magnífica epopeya de las guerras entre Moros y Cristianos, durante los siglos medios. La cuestion está en decidir si todos estos cantos populares tienen más valor histórico que los Libros de Caballerías; si los Rustanes, Feramures y Barsues son tan fantásticos como los Amadíses, Esplandianes y Lisuartes; ó si los *Namehs*, con las hazañas y guerras que refieren, se fundan al ménos, como la Ilíada y la Odisea y las obras de otros homeridas, hasta Juan Tzetzas y Colutho, en casos reales y verdaderos, si bien abultados por la tradicion y por la fantasía del vulgo. Yo me inclino á creer que, despojados de lo sobrenatural, los sucesos referidos por Firdusi y otros épicos de Persia pertenecen á la historia. Los historiadores orientales, como Kondemir y Mircondo, refieren tambien muchos de dichos sucesos, y, si bien Klaproth les niega toda autoridad, hoy, en el estado actual de la ciencia, no es lícito ser tan escéptico. Los libros sagrados zendos, como el *Vendidad* y el *Desatir*, confirman lo que cuentan las historias y poemas posteriores al Islam. Estas historias estaban además basadas sobre tradiciones muy fidedignas y sobre documentos y monumentos antiquísimos. No pocos de los autores, como Firdusi, el más glorioso de todos, eran *dehkanes*, esto es, antiguos nobles del Iran, hidalgos por decirlo así, de muy ilustre casa, cuyas genealogías debieron guardarse.

En suma, yo creo que muchas de las historias del Iran, ántes de Ciro, deben tenerse por ciertas y algunas por probables y verosímiles.

En este supuesto, diré, que el Mahabad de los Persas parece ser el mismo Manú de los Indios; un legislador mítico primitivo. Otro profeta iraniense, llamado Dji-Afram, simboliza el período histórico del cisma ó separacion de Indios y Persas. El Ariana-Vaega, con sus reyes Cayumors, Ferval, Siamek y otros, sólo prueba que hubo una sociedad primitiva, en la cual formaron un solo pueblo los Indios, los Iranienses y los Escitas blancos.

Después de la separacion, los Iranienses, conducidos por Djenschid, emigraron y fundaron el reino ó Imperio de Vara, cuya capital fué Raga. Un conquistador, llamado Zohac, destruyó el Imperio de Vara, y vino á reinar sobre los Iranienses. En el reinado de Zohac empieza nuestra primera leyenda. Pero ¿quién fué este Zohac y en qué siglo vivia? A mi ver, Zohac era Semita, era el propio Aret-el-Rech, ó más bien un sobrino y lugar-teniente de aquel famoso rey del Yemem, aliado de Nino. En esto me aparto de la opinion de Rodier, quien hace á Zohac Cusita, y supone que reinó 7.000 años ántes de Cristo; pero tengo á mi lado á Gobineau en su *Historia de los Persas*, quien hace que viva y reine Zohac en la época más reciente de Nino, rey de Asiria.

Finalmente, reinaba por entónces en la Escitia un rey llamado Tihur. La capital de su reino era la hermosa ciudad de Vesila-Tefeh. En ella introducirémos al punto á los lectores para que tenga verdadero comienzo nuestra historia.

## II.

Vesila-Tefeh, por más que parezca inverosímil, estaba situada en medio de las que son hoy áridas estepas por donde vagan los Kirguises. En la orilla Norte del Sir ó Jaxartes se parecia la hermosa ciudad, cuyas casas y palacios se reflejaban en las aguas del caudaloso rio. El Imperio de que era capital se extendia por el Sur hasta el Oxo ó el Amú-Deria. Más allá, un arenoso desierto. Otro desierto arenoso le separaba por el Oriente de la Sogdiana. Por el Occidente tenia por límites el Cáspio y el Aral, que entónces formaban un mar solo. Por el Norte no conocia otros

términos ó fronteras que la mayor ó ménor pujanza de los Escitas, vasallos del Rey Tihur, para tener á raya á los pueblos nómadas y enteramente feroces que iban errando por los páramos boreales. En suma, los dominios del Rey Tihur, eran como un oasis de cultura, como una isla civilizada en medio de un Océano de barbarie.

A pesar de este aislamiento, los Escitas de Vesila-Tefeh dejaron memoria de sus virtudes y de su ciencia áun entre los mismos Griegos, tan vanidosos. Zalmóxis, Abáris y otros filósofos escitas se cuenta que llevaron á Grecia religion, oráculos, ritos y misterios profundos. La fama lejana de estos Escitas hizo nacer sin duda en Grecia la fábula de los felices Hiperbóreos, que vivian en un país feraz y rico, y que componian y cantaban los himnos más bellos que imaginarse pueden, por ser muy amados de Apolo. Ello es que, muchos siglos ántes de que en Grecia escribiesen Homero, Herodoto y Esquilo, y áun ántes de que á Grecia llevasen los Fenicios la escritura, florecia Vesila-Tefeh con extraordinario florecimiento. Regádo el fértil terreno por las aguas de siete rios, de muchos arroyos y de numerosos canales, estaba cubierto, en partes, de hermosas huertas y jardines. No faltaban bosques umbríos de pinos, abetos y robustas encinas. Habia campiñas extensas donde se producia trigo en abundancia, y sobre todo dilatadísimas dehesas cubiertas de fresca y larga yerba, donde pastaban numerosos rebaños. Pero la más envidiable calidad del País de los Siete Rios, que así se apellidaba el reino de Vesila-Tefeh, era la abundancia de oro. Los esclavos de los Escitas, no sólo sacaban el oro lavando las arenas, sino tambien ahondando tenazmente con instrumentos de bronce en el seno de las montañas. Los Rusos han descubierto muchos restos de estas antiquísimas minas, á las que llaman, no sé por qué, *pozos fínicos*. Nádie duda que los rudos Tártaros, que hoy habitan en las vertientes del Ural, tanto en Kirguisia como en Siberia, son y han sido siempre incapaces de ejecutar para sí tan hábiles trabajos, los cuales no pueden ménos de atribuirse á los antiguos Escitas. Y digo *para sí*, porque en realidad los Tártaros, la gente de raza amarilla, y no pocos hombres de raza cusita ó etiópica, reducidos á la condicion de esclavos, eran los que laboreaban las minas bajo la direccion de los Escitas-Arios. Estos, como raza dominante y noble, se hubieran deshonrado ejerciendo cualquier otro oficio que no fuese el de pastores, el de la guerra,

la caza y la agricultura. Multitud de esclavos de raza amarilla y etiópica se empleaban en los menesteres más bajos y mecánicos. Otros esclavos semitas hilaban y tejian la lana, el lino y el cáñamo; forjaban las armas y utensilios de bronce, porque el hierro no se trabajaba aún; curtian y adobaban las pieles; desempeñaban várias industrias más elegantes; y hacian, por último, el comercio.

Dificultoso era venir desde Nínive ó desde Babilonia trayendo mercaderías hasta Vesila-Tefeh. Pero ¿qué no vencen el interes y la perseverancia del hombre? Los dos emporios principales desde donde se hacía el comercio entre el Sur del Asia y nuestros Escitas, eran el Chersoneso Táurico y Colcos. Las caravanas que salian de Cherson tenian que sufrir grandes trabajos, atravesar países desiertos ó habitados por tríbus feroces, y pasar rios caudalosos como el Tanais, el Rha y el Daix, que hoy se nombran el Don, el Volga y el Ural. Todo esto se hacía, sin embargo; y el antiguo camino de los mercaderes, que señala Herodoto, cruzaba por la parte septentrional del reino de Vesila-Tefeh, y se prolongaba hasta la China. Desde Cólcos, más activo emporio aún en las edades remotas, se iba tambien hasta Vesila-Tefeh, aunque exponiéndose á peligros gravísimos que la imaginacion magnificaba, pues era necesario salvar torrentes ó rios impetuosos como el Kur, cruzar los desfiladeros del Cáucaso ó Montaña Sagrada, donde vivia el pájaro inteligente llamado Karshipta, y discurrir por comarcas donde moraban gentes tan fieras, que la fantasía del vulgo las habia trocado en mónstruos bajo los nombres de Arimáspes, Grifos y Gorgones.

A pesar de todo esto, Vesila-Tefeh era un gran mercado; un centro comercial importantísimo. De China venian sedas y objetos de marfil labrado; de Siberia preciosas pieles; de la Arabia plumas y aromas; y de la India especierías y tejidos de algodon, delicados y aéreos. En las comarcas meridionales del Reino de Vesila-Tefeh, hácia donde están hoy Kiva, Samarcanda y Bucara, se daba ya entónces el algodon, como se da ahora; pero sólo se fabricaban telas groseras. Las finas y perfectas venian de la India por Cólcos. Este comercio, que hizo Cólcos, durante muchos siglos, en telas de algodon, excitó, segun algunos graves economistas, la codicia de los Griegos, y promovió la expedicion de Jason y de los Argonautas y los infortunios y horrorosa venganza de Medea. Jason iba á establecer una factoría en Cólcos, y el famoso Velloci-

no de Oro no era más que percal, gasa, muselina ó cotonía. Tal vez algun etimologista ingenioso se atreva á sostener, en confirmacion de lo dicho, que la palabra *colcha* viene de Cólcos ó de Colchida, puesto que las colchas son de algodon casi siempre. Otros autores aseguran, á pesar de todo, que el Vellocino dorado no era una tela de algodon, sino una zalea, adobada y preparada de un modo tal, que lavando en ella las arenas auríferas, en que los rios de Cólcos abundan, los granitos y pajitas de oro se quedaban adheridos á la lana. Dícese que todavía, no ya sólo algunos pueblos del Cáucaso, sino tambien los Kirguises, se valen de semejante método prehistórico para extraer el oro de las arenas. Pero dejemos á un lado esta cuestion, pues importa poco á la exactitud y escrupulosa verdad de nuestra historia.

Otro medio habia tambien de comunicarse con el país de los Siete Rios; pero era no ménos difícil y peligroso. Era este medio atravesar todo el mar Caspio ó de Hircania, mar proceloso y de muchos bajíos, y harto mayor entónces que ahora. Acrecentaba la dificultad el no conocerse entónces, no ya el vapor como fuerza motriz, pero ni siquiera el uso de las velas. Las embarcaciones eran chicas y poco sólidas y se movian á remo por fornidos esclavos. Aun así, es evidente que miéntras floreció el Imperio de Vara, Djenschid y sus sucesores sostuvieron, por mar, con los reyes de Vesila-Tefeh las relaciones más cordiales, frecuentes y provechosas para unos y otros súbditos, los cuales se reconocian como hermanos, por ser Arios, de la misma estirpe y procedencia. Caido el Imperio de Vara bajo el poder del tirano Zohac, casi habian acabado estas relaciones. Los Iranienses gemian bajo el yugo, si bien en las montañas del Elburz se sostenian independientes algunos valerosos. Sabíase en Vesila-Tefeh que un ilustre descendiente de Djenschid, llamado Abtian, los acaudillaba; pero ni tenia plaza fuerte, ni morada fija, sino las breñas y las cavernas. Sólo en la cumbre elevadísima del monte Demavend, en el castillo inaccesible de Selket, el mas ilustre de los *pelavanes*, ó guerreros nobles, ondeaba aún la antigua bandera del Iran. Amol, Raga y otras ciudades del Elburz, gemian cautivas y tenian guarnicion asiria ó árabe.

Dos reinos arianos habia en las orillas meridionales del Mar Caspio, pero se habian hecho tributarios de Zohac y de Nino. Uno de estos reinos era el de los Medos, al Oriente, donde imperaba

Kus-Pildendan. El otro, al Occidente, donde está hoy el Ghilan, era el reino escita de Matjin; su capital Zibay; Behek, su monarca.

La catástrofe del Imperio de Vara, desde que llegó á noticia de los Vesilianos, habia conmovido hondamente los corazones. Todos querian socorrer á los pocos que peleaban aún por la independencia y por la Ley pura: pero ¿cómo socorrerlos? ¿Cómo luchar contra los Arabes, Asirios, Caldeos y Medos coaligados todos? ¿Cómo hacer además con un ejército numeroso tan larga y expuesta expedicion, ni por mar, ni por tierra? Los Vesilianos tuvieron, pues, que limitarse á una estéril simpatía; y se vieron más aislados que nunca del resto del mundo civilizado entónces.

Por fortuna, la civilizacion de Vesila-Tefeh tenía recursos propios, y muy hondas y vigorosas raíces para vivir aisladamente. Aquellos ilustres Escitas-Arios no eran sólo guerreros, pastores y labriegos, sino tambien artistas, poetas, filósofos y hasta teólogos.

De su habilidad artística daba brillante muestra la arquitectura de los muros, casas, palacios y templos de Vesila-Tefeh. ¡Cosa singular y apénas creible! Aquella arquitectura era el gérmen, el embrion, la flor primera de lo que hoy se llama estilo gótico. Sin duda el arte de Bizancio y la religion cristiana han influido muy posteriormente en dicho estilo; pero sus inventores fueron los Arios de la Escitia, que en sus inmigraciones sucesivas le introdujeron en Europa. La ciudad de Sarmazigetusa, el castillo de Genucla y otros edificios géticos y sármatas, representados en la Columna Trajana, inclinan á Gioberti y al famoso Cárlos Troya á creer que los Getas, los Sármatas y los Dácios, descendientes de los Escitas primitivos, trajeron á nuestra Europa aquella arquitectura, existente ya, por lo ménos, en los antiguos edificios de Deceneo y de Zalmoxis. Digo esto aquí para que se vea que tengo pruebas en favor de todos mis asertos, si bien las pruebas son inútiles, cuando lo sé y lo doy por seguro, merced á la inspiracion.

Harto bien noto que me detengo mucho en preparar la escena y en dar conocimiento de mis actores, sin hacerlos salir ni hablar; pero la historia ó el drama que va á representarse, exige tales preámbulos. De otra suerte, bastantes lectores ni se darian cuenta de donde estaban, ni gustarian de la leyenda, ni tal vez la comprenderian. Por lo demás, yo procuro y procuraré siempre ser muy breve.

Ya he dicho que la ciudad de Vesila-Tefeh estaba en las orillas del Sir. Un puente de piedra unia ámbas orillas del rio. Los muros que cercaban la ciudad eran altos, y gruesos hasta el punto de que pudiese correr un carro por cima de ellos. Cuatro anchas puertas, revestidas de chapas de bronce, daban entrada á este recinto Dentro de él estaban las casas de los más nobles y principales señores, un templo en lo alto de un cerro, y no muy distante el alcázar del Rey Tihur. No habia calles. Las casas estaban separadas unas de otras por arbolado y jardines. Fuera del recinto de la muralla, que más bien pudiera llamarse ciudadela que ciudad, se extendia la poblacion y el caserío. En torno de cada casa habia una cerca, más ó ménos grande, y, resguardados por la cerca ó tápia, un huerto, un aprisco para los carneros y ovejas, y un tinado para los bueyes.

En el templo habia una torre, de forma cúbica, que terminaba en una pirámide cuadrangular, muy aguda. Entre el extremo del cubo y la base de la pirámide, quedaba un espacio hueco, sostenido por cuatro poderosos machones. Del techo de este mirador colgaba, asida á una cuerda, una enorme plancha circular de cierta amalgama metálica, en extremo sonora, la cual, herida por un mazo de plata, daba la señal de alarma, y convocaba á los guerreros.

Lo interior del templo era muy bello. Diez gigantescos pilares sostenian la techumbre. Cada pilar, desde el zócalo hasta lo alto, se asemejaba á un grupo de palmas, cuyos troncos, unidos en manojo, esparcian luego las airosas ramas, formando la bóveda ojival. No habia imágen alguna. Sólo habia un altar en el fondo, sobre el cual brillaba perpétuamente el hijo del Cielo, la emanacion de Ahura Mazda, el fuego divino.

En Vesila-Tefeh no habia sacerdotes, ó por mejor decir, eran sacerdotes los padres de familia. El rey, como Melquisedec, era el primero de todos.

El Dios que adoraban aquellas gentes era el Grande Espíritu, el Sér Supremo, cuya nocion no habian ofuscado aún el politeismo y la idolatría. En un principio, habianle llamado Teu, ó Dev ó Div. Desde el cisma entre Iranienses é Indios, este nombre de Div se habia aplicado al Príncipe de las tinieblas, á los génios negros, á los espíritus tenebrosos. Los Divs, en suma, eran los diablos para los Iranienses y para nuestros Escitas-arianos. Los sábios de Vesila-

Tefeh, conociendo bien la ciencia y la teología iránicas, al principio luminoso, al foco de la luz increada, al Grande Espíritu en suma, generador de todo bien, le llamaban Ahura-Mazda. Ariman era su contrario.

El vulgo, ignorante de tan altas doctrinas, llamaba á Dios Boga ó Savitar. Daba culto asimismo á los génios buenos ó espíritus que le servian; á las almas de los héroes, á quienes llamaba Anses; al fuego del altar y al Soma ó licor sagrado. El modo de adoracion eran sacrificios cruentos, libaciones é himnos. Aún no habia otra liturgia ú otro cánon que la inspiracion de cada sacrificador y de cada poeta.

Delante del alcázar del Rey Tihur hacian guardia constante 60 guerreros escogidos, de las más egregias familias. Todos tenian lanzas, arcos, flechas y una espada corva ó alfanje. Ya servian á pié, ya á caballo, y constituian el único ejército permanente. Verdad es que todos los ciudadanos libres eran soldados, y acudian pronto al llamamiento en caso de peligro.

El alcázar del Rey Tihur era espacioso, cómodo y lleno de regalos y primores. Encerraba en su piso bajo magníficas caballerizas con hermosos caballos, asnos, mulas y cebras; cinco carros elegantes; podenquera, que contaba unas cuantas jaurías de galgos y de podencos; no escasa coleccion de halcones, gerifaltes, neblíes y hasta águilas y buitres adiestrados en la cetrería; anchos corrales poblados de aves domésticas, y un jardin muy lindo. Tambien estaban en el piso bajo las cocinas, despensas y bodegas, y las habitaciones de la servidumbre.

Moraba el Rey Tihur en las cámaras altas, donde habia grandes salones. Armas colgadas en haces, pieles de fieras, cabezas de venados, de lobos y de osos, ornaban los muros.

En lo más recóndito y bello del palacio se encontraba el haren ó *ginecéo*. Los Escitas no tenian más que una sola mujer; pero los reyes y los príncipes se permitian (habiendo tomado esta pícara costumbre de los Cusitas y Semitas más refinados y viciosos), el poseer algunas bellas esclavas.

El Rey Tihur, si bien pasaba ya de los cincuenta años, no se habia casado nunca y carecia de sucesion legítima. Un hermano suyo debia heredar el trono, prévio el consentimiento y aclamacion de los nobles y libres vasallos.

Ni las esclavas que habitaban el haren, ni las más gentiles y

nobles doncellas de toda la Escitia habian herido jamás el corazon del Rey Tihur, ni excitádole al matrimonio. Fuerza es confesar, sin embargo, aunque redunde en desdoro suyo, que el Rey Tihur habia sido y era aún, á pesar de sus años, muy aficionado á mujeres. Este era casi su único defecto. Por lo demás era tan llano, tan justo, tan valiente, tan generoso y tan benévolo que todos sus vasallos le querian de un modo entrañable.

Considere, pues, el pio lector, lo afligidos que estos vasallos andarian al empezar nuestra narracion. El Rey Tihur se hallaba aquejado de una melancolía profunda, misteriosa, invencible.

Encerrado en su estancia, sólo se dejaba ver de su fiel esclavo favorito Amrafel, negro como la endrina y fiel como el oro. Hombres versados en la ciencia y arte de curar habian acudido con yerbas, conjuros y versos mágicos, más el rey no habia querido recibirlos.

En Vesila-Tefeh no se hablaba más que de aquella extraña dolencia. Preguntábanse unos á otros:

—¿Qué tendrá el rey?—pero nádie daba contestacion satisfactoria.

(*Se continuará.*)

JUAN VALERA.

# ORGANIZACION ACTUAL

DEL

# IMPERIO AUSTRIACO.

AUSTRIA Y PRUSIA DESPUÉS DE SADOWA, POR M. EMILIO DE LAVELEYE.

## I.

Nunca se ha fijado tanto la atencion del mundo en los pueblos de la Europa central como en estos últimos años. En lo que va de siglo, puede decirse que las agitaciones de los pueblos de raza latina, sus esfuerzos por constituirse, sus revoluciones más ó ménos fundadas y trascendentales han ocupado la atencion general; y para nosotros, los que habitamos en la parte más occidental del Continente, vecinos á un pueblo latino que ejerce en nosotros gran influencia, y más comunicados con Inglaterra y América que con el centro de Europa, siempre ha sido cosa muy remota y algun tanto misteriosa la vida de esos originales y graves pueblos del Rhin y el Danubio, que tan gran papel han hecho en la historia de la civilizacion y tanto han de influir todavía en los futuros destinos del mundo.

Hoy, no precisamente por la actual guerra franco-prusiana que ocupa la curiosidad general, la atencion de todas las personas inclinadas al estudio de los asuntos europeos se dirige á esos países: y ántes, mucho ántes de que la candidatura del Príncipe Leopoldo para el trono de España sirviera de pretexto para la conflagracion espantosa que aún no parece próxima á terminar, era objeto de particular interes la elaboracion lenta del pensamiento unitario en

Alemania, las luchas de sus partidos, su política, en fin, lo mismo que en tiempos anteriores el movimiento de sus universidades y corporaciones científicas.

Antes de Sadowa, ántes de la campaña del Schleswig, y si se quiere, desde la guerra de Italia, en que se previó la futura agrupacion de los Estados del Norte, á causa del quebranto sufrido por el gran Imperio, fué comun en toda Europa una especie de atencion curiosa mezclada de recelo hácia los pueblos de Alemania, hácia las grandes y no comprendidas trasformaciones que allí se esperaban.

La unificacion se presentia, se imponia á todos los ánimos, ofreciéndose como una necesidad perentoria. Italia era un ejemplo elocuentísimo, y cada vez aparecia más vehemente el deseo, la aspiracion de las pequeñas potencias alemanas á fundirse ó reunirse en un gran cuerpo nacional germánico de fuerza y prestigio.

Cómo se debia hacer esta concentracion? ¿Aquellos pueblos debian ser unidos, ó fundidos? ¿Debian aspirar á una unidad orgánica y completa, ó á un pacto que les permitiera conservar su respectiva autonomía, poniendo sólo los intereses generales en manos de un poder central? Este poder central ¿debia ser hereditario ó electivo? ¿Debian ponerse las pequeñas nacionalidades al amparo de una de las dos grandes potencias teutónicas? En este caso, parecia más probable que el movimiento de unificacion se realizara por la Prusia, nacion de extraordinaria vitalidad, con todo el prestigio de lo que es nuevo y sano, elevada á la primera categoría por el carácter reflexivo, práctico y cuerdo de sus habitantes y de sus reyes, y por su buena administracion. No era posible que la Alemania inteligente, la Alemania de Francfort, de Dresde, de Leipsick, de Sajonia Weimar, se inclinara del lado del Austria, el caduco Imperio germánico, minado y corroido por el clericalismo y la rutina administrativa. Sin embargo, se atribuia al Austria, áun después de Solferino, una fuerza considerable, y se creia que esta vieja y tenaz potencia, baluarte de lo antiguo, siempre encastillada en su derecho histórico, impediria la unificacion realizada en sentido prusiano, no sólo por envidia de su rival, sino por puro sentimiento de conservacion; pues, hecha la union de este modo, y ofreciendo los Estados del Norte inmensas ventajas constitucionales, atraerian á los del Sud, atraerian, por último, hasta al misma Archiducado de Austria y á todas las nacionalidades de orígen germánico que forman parte del Imperio, disolviéndose éste para

que toda la parte *trasleithana* fuera á servir de fundamento al futuro y siempre temido Imperio panslavita.

La unificacion del Norte se hizo como todos sabemos. No se ha olvidado aquella campaña de Bohemia, emprendida y realizada con una rapidez nueva en la historia; campaña habilísima, que llevaron á feliz término el génio militar y la prevision política, gracias á los talentos diabólicamente asociados del General Moltke y el Ministro Bismark. No es nuestro propósito examinar la Confederacion del Norte y su organismo político, digno seguramente de detenido estudio. Si la agrupacion de aquellos Estados habia de ser un hecho; si los proyectos federalistas de los partidos avanzados alemanes pueden considerarse como una utopia en el estado actual de las costumbres públicas y de la opinion en aquel país, la hegemonía de Prusia es la solucion más acertada del problema; porque la casa de Hohenzollern, á pesar de sus resabios feudales, ofrece garantías de que ese poder central hereditario que en rigor de derecho político es absurdo, no traspasará los límites de sus atribuciones con respecto á los Estados confederados. Hecha la unidad del Norte, ese nuevo y poderoso Estado, que con la guerra actual presenta probabilidades de arraigo, ¿se podrá considerar como principio de la gran unificacion de todo el mundo teutónico, como fundamento del gran Imperio pan-germánico? Los Estados del Sud no han entrado aún en el pacto; sus ejércitos no obedecen normalmente al Rey de Prusia como los de Sajonia y Hesse; pero con motivo de los sucesos presentes se está viendo que el lazo moral existe entre estos países y la Confederacion del Norte, porque se han unido á ella contra Francia y han sido los más ardientes en la campaña y los más entusiastas en la victoria.

Si los pueblos del lado acá del Mein forman parte algun dia del nuevo organismo germánico, hay motivos suficientes para creer que los pueblos alemanes de la corona imperial sean atraidos algun dia, y que, separados de ésta Salzburgo, el Archiducado y el Tyrol, se concluya la dominacion de los Hapsburgos, y la palabra Austria deje de tener valor real.

Verémos al examinar la organizacion nueva del vasto Imperio los recursos con que cuenta, si es posible que evite el mal que algunos han previsto y puede adquirir, reformando su vieja estructura, la fuerza moral y el prestigio suficientes para retener los estados germánicos en que se funda.

El Imperio austriaco es el más heterogéneo conjunto de nacionalidades agrupadas por el derecho antiguo, por las conquistas, los matrimonios reales, las herencias, las cesiones, los pactos de familia (1). No hay en Europa ejemplo igual de haberse reunido elementos tan diversos, ni en ninguna parte los esfuerzos para conseguir la unidad han sido tan ineficaces. En Austria las nacionalidades germánica, húngara y slava se rechazan, se repelen, hablan distintas lenguas, practican costumbres diversas y tienen tal apego á su particular derecho político, que hacen imposible todo proyecto de solidarizacion. En España la unidad fue lenta, pero posible; porque en realidad existia, aunque la legislacion particular daba á los países reunidos bajo el cetro de los Reyes Católicos apariencias de Estados irreconciliables. Al mismo tiempo toda la sociedad ibérica de la Edad Media fué vivificada por un solo pensamiento, y hasta hoy, exceptuando pequeños intereses locales, emanados de la distinta condicion en que se encuentran algunas comarcas de la península, siempre ha dominado aquí una verdadera unidad en el espíritu público y en las aspiraciones de todos. En Austria no existe nada que á esto se parezca. Los intereses eslavos no pueden conciliarse jamas con los intereses germánicos, porque no hay igualdad de sentimientos nacionales, ni en lo porvenir ven trazado para los dos un mismo camino; la lengua en que los unos se expresan es repulsiva á los otros; la preponderancia de cualquiera de ellos en el Gabinete de Viena, trae necesariamente la humillacion del otro; y por último, miéntras estos aspiran á la reconstitucion de la gran pátria germánica, los otros no tienen otro sueño que el fundamento del gran Imperio oriental que acaba con el dominio musulman, contrabalanceando el poder de las Potencias occidentales.

---

(1) Los títulos del soberano de Austria son los siguientes: Nos por la gracia de Dios, Emperador de Austria, Rey apostólico de Hungría, Rey de Bohemia, de Dalmacia, de Croacia, de Slavonia, de Galitzia, de Sodomeria, de Roma, de Servia, de Rumania y Bulgaria, de Lombardía, de Illyria y de Jerusalen; Archiduque de Austria. Toscana, Duque de Lorena, Salzburgo, Styria, Carnitia y Carniola, Gran Príncipe de Transylvania, Supremo Conde de los Szeklers, Margrave de Moravia, Duque de Silesia, Módena, Parma, Plasencia, Guastala, Frioul, Ragusa, Zara, etc., Conde de Hapsburgo, Tyrol, Kybours, Goritz y Gradisca, Príncipe de Trento y Broxen, Marques de Lusacio é Istria, etc.

## II.

Al lado del mal orgánico que hemos indicado, existia en el Imperio otro mal histórico y no ménos terrible, y es el papel que se habia impuesto de ser el sostenedor en Europa del más absurdo despotismo. Es preciso remontarse al siglo XVII y á las empresas caballeresco-clericales de nuestro Felipe II, para encontrar un ejemplo igual de tenacidad en oponerse á todos los adelantos de la época y patrocinar y sostener todas las viejas manías del absolutismo. El Imperio austriaco ha sido hasta hace poco el verdugo de la libertad en una de las principales porciones de Europa; y su triste y sangrienta dominacion en Italia, la saña con que ha castigado á los Magyares y á los Dálmatas, le han hecho por mucho tiempo objeto de antipatía y horror en todo el mundo. Siempre ha estado allí la administracion petrificada en la más absurda rutina, miéntras los procedimientos de todos los Gobiernos para acallar las cien voces de la opinion en los diversos pueblos sometidos, han sido siempre los más crueles y torpes, llevando más de una vez al Imperio al último grado de quebranto y abatimiento.

De todos los errores de los soberanos austriacos, el más grave de todos, el error cardinal, ha sido el intentar en todas épocas la germanizacion del vasto Imperio danubiano por medio de la violencia. El Emperador Leopoldo, José I, Cárlos VI y José II, intentaron esto sin éxito alguno, consiguiendo sólo exasperar los ánimos y agravar las inveteradas disensiones que entre los diversos pueblos existian. Con una ceguera inconcebible, estos Príncipes aspiraban á la regularidad en su inmenso territorio, al órden establecido en poblaciones tan heterogéneas por un sistema de vigilancia irritante y la accion centralizada de un poderoso ejército. De este modo ofendian á los pueblos en lo que tienen de más caro, violaban las antiguas constituciones, menospreciaban las cartas y establecian en todas partes un régimen de terror, aprovechando las rivalidades entre Magyares y Eslavos para dominar á unos por otros. La aniquilacion completa del indivíduo fué en todo el Imperio el resultado de esta política; no existia la opinion, ni la prensa; y los soberanos en sus estipulaciones con los pueblos extranjeros, cedian ó adquirian una de aquellas provincias con la

fórmula absurda de la Edad Media que hacía á los Estados patrimonio exclusivo de una familia.

Pero nunca llega á tal extremo de delirio este afan de germanizar el Imperio por medio de la violencia, como cuando Metternich en el presente siglo estableció el llamado régimen patriarcal, que consistia en la práctica del mayor grado de gobierno posible, en el máximum de la centralizacion y la vigilancia, es decir, en el completo aniquilamiento de la accion individual. Era creencia general entónces, que cualquiera de los principios modernos introducido en el Imperio, traeria su ruina; así es que el régimen parlamentario, la libertad de imprenta, la libertad religiosa, se consideraban como las más grandes calamidades abortadas por el génio infernal de la revolucion; se cerró la frontera á las publicaciones extranjeras, se suprimió toda manifestacion por medio de la prensa, se llenaron las prisiones de la Dalmacia y la Transylvania, y al mismo tiempo el feudalismo administrativo y el feudalismo clerical, pesaban como losas de plomo ahogando el espíritu de tantos pueblos llenos de vitalidad y energía. El aspecto del Imperio era singular entónces: al exterior una aparente calma, el silencio de la humillacion y la esclavitud; pero aún subsistian latentes los antiguos rencores de raza que animaban á aquellos párias atados á un yugo comun, y era fácil comprender que la unidad por medio de la germanizacion brutal de Metternich era cosa imposible.

## III.

Después de 1848, en que subió al trono Francisco José, las tentativas de unificacion demuestran más criterio; y, como la opinion y el espíritu nacional tuvieron algun desahogo con las primeras reformas liberales de este Monarca, los partidos se agitaron, se procuró esclarecer el asunto, se comprendió que era preciso un remedio pronto, y entónces aparecieron dividiéndose el campo los tres sistemas, que han estado en lucha hasta hace cuatro años, en que uno de ellos fué definitivamente aceptado.

Estos tres sistemas son: el *centralismo*, el *federalismo* y el *dualismo*. Los Alemanes defendian el primero; eran los Eslavos partidarios del segundo, y los Húngaros querian á todo trance el tercero. Explicarémos en qué consiste cada uno de estos sistemas.

El *centralismo*, preconizado por la corte y por todos los de orígen germánico, consiste en establecer un parlamento único que resuelva las cuestiones de interes general, dejando á las distintas nacionalidades la direccion de los negocios económicos que más directamente le interesen. Este Parlamento se reuniria en Viena, capital de todo el Imperio, y la lengua usada en los debates sería la alemana. Al mismo tiempo, á pesar de la palabra, la descentralizacion más completa sería establecida, conservando el poder central la fuerza suficiente para intervenir en todo el país constitucionalmente y sin menoscabar las atribuciones que se daban á las Dietas provinciales. Este sistema, que era para el Imperio un gran progreso, fué duramente combatido por los Eslavos y los Húngaros, que veian en él la preponderancia del elemento germánico, y no podian mirar sin recelo la adopcion del aleman en el Parlamento nacional y el establecimiento del Gobierno en Viena, donde estaria á merced de la corte como en los buenos tiempos de Bach y de Metternich.

El *federalismo* es el mismo sistema, pero disminuyendo considerablemente las facultades del poder central y estableciendo la autonomía en cada país ó grupo por medio de Dietas que dirigirian todos los negocios públicos, excepto unos cuantos, tres solamente, á saber: ejército, presupuesto general, y relaciones exteriores, que serian de la atribucion exclusiva de un Parlamento central. Este sistema es una Confederacion como la Suiza, si bien modificada por la circunstancia de residir el poder central en un Príncipe hereditario, al cual no se dejaria más ingerencia en los asuntos de los respectivos Estados que la necesaria para mantener la indispensable cohesion y la unidad deseada. Los Eslavos son los que con más empeño defienden el federalismo, porque, hallándose en gran mayoría en el Imperio, esperan influir considerablemente en sus futuros destinos y en la administracion actual. Los Alemanes, en cambio, detestan este simulacro de república federativa, y los Húngaros no la aman tampoco; pero, en general, todos los que pertenecen al partido histórico austriaco, y los clericales, son, por una extrañeza digna de ser notada, partidarios de esta solucion, porque ven en el centralismo el predominio de los sábios y los burgueses, gente toda afectada de simpatías revolucionarias.

El *dualismo* es el más raro de los tres sistemas, por tener pocos antecedentes en el mundo y no estar muy conforme con los sen-

cillos principios de derecho constituyente. Es más bien que un verdadero sistema fundado en el derecho y en la filosofía, una cosa transitoria y acomodaticia, inventada en momentos de supremo apuro para eludir enormes dificultades; un remedio improvisado que no establece nada definitivo, sin merecer otro nombre que el de *modus vivendi*. Consiste en reconocer dos grandes porciones en el vasto territorio dominado por los Hapsburgos: los que están del lado allá de la Leitha, que son Hungría y los demás países pertenecientes á la Corona de San Estéban (*partes anexae*), y los que están del lado acá de dicho rio y son las nacionalidades hereditarias de la Corona austriaca. El primer grupo, ó sea Hungría, Croacia, Transylvania y Slavonia, gozarian de sus instituciones constitucionales antiguas, y los primeros, ó sea grupo Cisleithano. formado del Archiducado, Salzburgo, Bohemia, Illyria, etc., seguirian organizados con el régimen parlamentario que crearon las últimas reformas. Estos dos grupos no tendrian más lazo comun que la union personal, si bien habia partidos que, atendiendo á la comunidad de intereses que el tiempo ha introducido, querian el establecimiento de una Asamblea central.

El *dualismo* era combatido por los Eslavos, que se creian sacrificados; y fué opinion comun en casi toda Alemania por mucho tiempo, que este sistema era el peor de todos y el más imperfecto, porque establecia, en vez de una masa heterogénea, dos grupos igualmente heterogéneos é ingobernables, que agravarian el mal en vez de remediarlo. Pero después de una lucha que duró desde 1848 hasta 1866, fué aceptado, y en él se fundó la nueva organizacion que examinarémos después. Antes verémos las diversas tentativas que para establecer cualquiera de los tres sistemas se hicieron en aquel período. Una penosísima elaboracion fué precisa, y si al fin se llegó á un resultado más ó ménos satisfactorio, no fué sin que la lucha exaltara los ánimos y avivara las pasiones, produciendo sérios conflictos en todo el país danubiano.

## IV.

El Emperador Francisco José promulgó el 4 de Marzo de 1849 una Constitucion representativa y unitaria, que, á pesar de dar alguna expansion á los pueblos, no resolvia ningun problema, por no ser otra cosa que el germanismo de Metternich un poco libe-

ralizado. A pesar de prometer en ella el planteamiento del régimen representativo, la participacion de todos en la vida pública y el libre uso de algunos de los más preciosos derechos del hombre, nada se realizó, y aquella ley fué abolida en 31 de Diciembre de 1851.

Siguió á esto el absolutismo más brutal, restablecido intempestivamente en todo su horror por Bach, que ideó la más absurda unidad, ligándolos á todos con los lazos morales de la religion, cuyo poder é importancia, como auxiliar del Estado, aumentó el funesto Concordato de 1855. Sobrevino entónces la insurreccion de Hungría, que fué humillada, aherrojada; se la trató con ignominia y encono, desterrando á los más ilustres hijos de aquella noble tierra. Dominados los rebeldes, se trató con empeño de organizar algo; se quiso imponer leyes y establecer una administracion, una y centralizadora en todos aquellos pueblos dominados por la fuerza, mudos, aterrados ante la brutal fuerza tudesca. Pero todo fué inútil; y entónces se comprendió cuán difícil es hacer leyes comunes á razas diversas y gentes que, léjos de avenirse y conciliar sus intereses, se repelen y tratan de marchar por opuestos caminos. Llovian reglamentos, decretos, ordenanzas, que, muy buenos para un punto, eran imposibles en otro por chocar con sus costumbres y tradiciones. Hoy se derogaba lo decretado ayer; dimitian los Gobernadores y delegados al ver la imposibilidad de cumplir las disposiciones del Gobierno; la Administracion se desquiciaba por falta de órden y sistema, y la confusion más espantosa fué el resultado de aquella tentativa, que puso el Imperio al borde del abismo.

Ocurrió á la sazon la guerra del Piamonte, y nunca fueron tan vehementes como entónces las antipatías que despertó en todo el mundo la vieja potencia, verdugo de la hermosa Italia, de una parte de Polonia y de Hungría, nacionalidades desventuradas cuya suerte ha impresionado siempre á todas las almas generosas. El Imperio era universalmente execrado: su contumacia en apegarse á todas las antiguallas del derecho histórico, su proteccion á la corte de Roma, y la idea de que era foco del ultramontanismo más exasperado, hacian vituperable su nombre, y objeto de burlas ó menosprecio.

Pero, firmada la paz en Villafranca, quiso de nuevo el Emperador realizar la deseada organizacion, tanto más, cuanto que el desastre sufrido y la pérdida de sus mejores reinos erán leccion elo-

cuente que le obligaba á mirar como indispensable y de inmediata ejecución la empresa tantas veces acometida. Decidido á no dejar de mano el asunto, convocó un Reischrath extraordinario en Viena en fin de Mayo de 1860. En este Parlamento, que tenia un carácter puramente consultivo, dominaban los federalistas, y de aquí el que la reforma se hiciera conforme á este sistema, concediéndose grandes atribuciones á las Dietas provinciales, y reservando á un Parlamento central, sólo compuesto de cien miembros elegidos por el Emperador, la resolucion de un corto número de intereses comunes.

No fué más duradera esta reforma que las anteriores, pues á pesar de haber sido declarada *ley permanente é irrevocable del Estado*, no tuvo sino cuatro meses de existencia, por haber cambiado el ministerio y entrado en él, en sustitucion á Goluchososki, que era federalista, Schmeling, centralista decidido, que instituyó el Parlamento central con formas muy liberales. Pero no tardaron en soliviantarse otra vez los ánimos en Hungría y en los pueblos eslavos, algunos de los cuales rehusaron concurrir á la Asamblea. Los Magyares no transigian con nada que no fuera su antigua constitucion. Es ciertamente muy singular la tenacidad con que estos pueblos se apegan á sus tradiciones y no admiten reformas fundadas en los principios estrictos del derecho y la filosofía, á pesar de la superioridad incontestable que éstas ofrecen: no fundan sus pretensiones sino en el derecho histórico del viejo reino apostólico, y sólo se apoyan para reclamar en documentos y cartas, donde al lado de sanos principios se encuentran multitud de deformidades, hijas legítimas de la Edad Media.

Esta oposicion que arranca de las entrañas de aquel país y llega á formar parte del temperamento de sus habitantes, echó tambien por tierra, unida á la animosidad eslava, el nuevo conato de reformas, y los hombres de Estado austriacos se encontraron otra vez tan perplejos como ántes. Entónces se trató de entablar una negociacion detenida y séria con los Húngaros para fijar una base sobre que establecer algo sólido, algo que no fuera aquella confusion, agravada cada dia.

Los magnates húngaros y los federalistas alemanes se reunieron y adoptaron el dictámen de un célebre abogado de Pesth, llamado Deak, ilustre patriota que gozaba de inmensa popularidad y prestigio. Este dictámen, publicado en la capital de Hungría y en Vie-

na, no era otra cosa que una conciliacion, consistente en un *dualismo* desfigurado, porque establecia la division de todo el Imperio en dos grandes porciones con igualdad de derechos y autonomía completa, sin más reserva que dejar el ejército, la hacienda comun y las relaciones exteriores á un poder central que entenderia de estas cosas de acuerdo con los delegados de las dos nacionalidades. Esto pareció aceptable, con tanto más motivo cuanto que el temor de una guerra con Prusia hacía sentir la necesidad de reconciliarse Húngaros y Alemanes.

Aconteció, sin embargo, que el Ministro Schmeling era un gran obstáculo para el arreglo con los Magyares, á causa de ser entre ellos sumamente impopular; y su caida fué inevitable, sustituyéndole Belcredi. Este abolió la Constitucion de 1861, con mucho desagrado de los Alemanes, que habian encontrado un respiro en aquella ley tan distinta del antiguo régimen autoritario; mas á pesar de esto, el pacto se hubiera establecido meramente sobre bases sólidas, si otras dificultades no surgieran á la sazon en el siempre descontento reino de San Estéban. Ya no se contentaban con el programa de Deak; querian, además de la independencia de su Dieta, un ministerio responsable. Ni Belcredi, ni el Emperador accedieron á esta pretension, y entónces el Ministro ideó un nuevo plan, el sistema de los grupos (*gruppen-system*), segun el cual se formarian siete porciones, teniendo en cuenta en lo posible las costumbres, la lengua y la historia, del modo siguiente: Primer grupo: la Hungría; 2.°: la Bohemia y la Moravia; 3.°: el Austria, 4.°: el Tyrol; 5.°: la Carinthia; 6.°: la Carniola y Trieste; 7.°: la Dalmacia, la Croacia y la Slavonia. Cada estado conservaria su autonomía en lo interior con un lazo comun, el de los intereses generales. Este sistema, que es el del federalismo, segun la forma de los Estados-Unidos de América es el más perfecto conforme á derecho, y hubiera sido acogido con entusiasmo en toda Alemania á no existir allí muy generalizado el temor que ántes indicamos, la preponderancia del elemento eslavo.

Un grande acontecimiento interrumpió en 1866 por algun tiempo este trabajo incesante: la guerra de Bohemia tuvo lugar en condiciones desastrosas para el Imperio, que después de Sadowa parecia próximo á llegar al instante de su desquiciamiento y total ruina. Nada puede dar idea de la agitacion, de la desorganizacion, del caos que quedó en tan vasto territorio después de aquella des-

dichada campaña. Todos los odios surgieron más terribles que ántes; las reclamaciones hechas en multitud de lenguas diversas, aumentaron la siniestra confusion de aquellos terribles dias; cada nacionalidad, ya con deseo de aprovecharse del reciente conflicto para conseguir su independencia, ya avergonzada de hallarse fatalmente unido al caduco Imperio, alzaba el grito con más furia, amenazando y resistiéndose á toda conciliacion; los Tyroleses volvian los ojos á Italia, como si quisieran seguir á Venecia; los Croatas mostraban con más vehemencia su inveterado ódio á los Húngaros; los Eslavos aparecian más entusiastas que nunca con la idea de su soñado Imperio; en Viena tomaba alarmantes proporciones el asunto del concordato; ensañábanse los partidos clerical y liberal; los Magyares ya no se contentaban con otra cosa que con su independencia absoluta; y al mismo tiempo, como si esto no fuera el colmo de la desorganizacion, males de otra especie abatian el país, porque el déficit, la derrota, el curso forzoso del papel moneda, la pérdida de las cosechas, la desmoralizacion y descontento del ejército parecian llamados á dar el postrer golpe al quebrantado Imperio de los Hapsburgos.

## V.

Hecha la paz, no tardaron en emprenderse de nuevo las negociaciones con Hungría á fin de llegar á un arreglo. Se convino en que el proyecto de constitucion elaborado por las Dietas trasleithanas se someteria para su aprobacion al *Reischrath*, y para esto se convocó un Parlamento extraordinario. No contentó sin embargo esta convocatoria á los Húngaros, que temian no ver aprobado por la Asamblea, en que habia de predominar una mayoría alemana y eslava, su plan enteramente dualista; y fué tal la oposicion, que el Ministro Belcredi tuvo que dejar el poder, siendo sustituido por el Conde de Beust.

El partido dualista parecia cercano á un éxito completo, porque á pesar de la viva oposicion que halló en Bohemia y Moravia, la idea del Conde de Beust de reunir una Asamblea Constituyente en la parte Cisleithana, la necesidad de poner término á tantas querellas, el ánsia de paz interior y de un órden de cosas con apariencia al ménos de definitivo, acalló las pasiones y puso término

á tantos disturbios con la adopcion del dualismo, segun el plan del abogado Deak y conforme á la voluntad de sus compatriotas.

Por lo que brevemente hemos expuesto se comprende la dolorosa gestacion porque el Imperio ha pasado para llegar á esto que no es más que un arreglo. Todas las desventuras de esta ilustre y desgraciada nacion, el atraso moral en que se hallan algunas de sus mejores provincias, se explica perfectamente por el vicio orgánico que le afecta, la heterogeneidad de sus elementos constitutivos. El Austria se llama nacion en un sentido puramente geográfico; pero en realidad no merece tal nombre aquel deforme conjunto, disparatado agrupamiento de Estados, que prueba lo absurdo del derecho divino que los ha reunido. El error capital de los que se han llamado soberanos de estos pueblos mal unidos y peor avenidos, consiste principalmente en haber creido que por medio de leyes emanadas de un poder central arbitrario y no conocedor de la materia legislable, podian hacer un cuerpo uno y completo, borrando diferencias de raza y costumbre. Y si al fin esta inmensa balumba de aspiraciones divergentes, de índoles que se repelen y costumbres que no pueden nunca congeniar han llegado á tener un lazo que los una sin oprimirlas; si estos organismos han podido llegar á moverse en sus esferas respectivas, sin diseminarse, ni chocar, ni estorbarse unos á otros, débese sin duda al sentido práctico, al profundo conocimiento político y al sagaz tino de un hombre extraordinario, el Conde de Beust, en cuyas manos está la suerte del Imperio austriaco después del desastre de Sadowa.

## VI.

Explicadas las vicisitudes porque ha pasado el Imperio para llegar á constituirse como ahora está y á restablecer la autonomía de la noble nacion húngara, conviene examinar la forma de ese raro dualismo.

El sistema fundado en el dictámen de Deak tiene por base un pacto fundamental que se llama el *Ausgleich*. Segun este pacto la Hungría y las *partes annexae*, es decir, las nacionalidades del lado allá de la Leitha, recobran su completa autonomía legislativa y administrativa: el lazo que las une al resto del Imperio es la antigua ley que establece la indivisibilidad de todos los dominios

del Emperador. Para que este lazo exista, algunos asuntos deben resolverse de comun acuerdo. Hay dos Ministerios y dos Legislaturas, que entienden de los negocios en completa libertad; pero en los que son de interes comun interviene un tercer poder, que obra de conformidad con aquellos dos, sin permitir que el uno invada la esfera del otro.

Las relaciones diplomáticas y comerciales están encomendadas al poder central, que presenta los proyectos de tratado á los dos Ministerios para que sean discutidos por las dos legislaturas. Los gastos de guerra se hacen por las dos nacionalidades, y la Deuda pública existente recae sobre las dos, porque los Húngaros se han conformado á pagar la parte que les corresponde de la antigua Deuda nacional. Esto tan sólo se considera como de interes comun. Pero si ocurre alguna reforma en aduanas ó en algun otro ramo que puedan considerarse como igualmente útil para ámbas partes, se les somete, quedando en libertad de aceptarla ó nó.

Para tratar de estos asuntos de interes comun, cada nacionalidad nombra sesenta miembros de su Parlamento, con poderes para un año. Este tercer Parlamento, que lleva el nombre de *Delegaciones*, se reune en la residencia del Monarca; y así como hay un tercer Parlamento hay un tercer Ministerio, llamado el *Ministerio de los intereses comunes*, el cual presenta los proyectos arriba indicados á las Delegaciones, y es responsable ante ellas.

Cada Delegacion tiene sus secciones separadamente, comunicándose una y otra lo que deliberan. Los debates son por escrito, en notas redactadas en la lengua de cada Diputado, y acompañadas de una traduccion. Cuando las dos Delegaciones no están acordes, cada una de ellas puede pedir sesion plena, es decir, de las dos reunidas; y en esta sesion no se discute, se vota simplemente. Si una de las Delegaciones tiene más miembros que la otra se agregan por la suerte los que excedan hasta quedar iguales.

Los acuerdos de las Delegaciones, sancionados por el Emperador, son leyes del Imperio. Entónces el Ministerio de Negocios comunes los trasmite á los Ministerios cisleithano y trasleithano para que los haga cumplir en sus respectivos dominios.

Este Ministerio de Negocios comunes es cosa singularísima. Colocado frente á las Delegaciones, en cuyos debates no puede de ningun modo influir, desempeña tan sólo un papel pasivo. El verdadero poder reside en las Legislaturas de los dos países, que re-

presentan las Delegaciones. El Ministerio Central obra ante estas solamente sin extender su influjo adonde está la verdadera vida del país No puede hablar en presencia de los Parlamentos, no puede dirigir la mayoría, no puede ser el móvil principal de la política.

En lo relativo á la Hacienda, la singularidad es mayor aún. El Ministro de este ramo en Negocios comunes recibe la cantidad que cada Legislatura le asigna; no es de su incumbencia el procedimiento para obtenerla, porque esto se dispone muy léjos de él: su trabajo consiste en arreglar los gastos generales, cosa que no siempre le es fácil, por ignorar aquello de que puede disponer. No maneja el activo, no es dueño de los ingresos; toda combinacion financiera le es imposible, y si tratara de hacer un empréstito nacional, se veria muy apurado para emprender tan delicado asunto, teniendo que contar con el voto de dos Legislaturas, donde para nada influye.

Lo mismo ocurre al Ministro de la Guerra, que dirije el ejército, ordena su moviliario, pero de ningun modo los medios de organizarlo, porque la cuestion de contingentes no está en sus atribuciones.

En resúmen, el *Augsleich* ó pacto fundamental austriaco determina la siguiente forma política en las dos grandes porciones, completamente autónomas é independientes:

La Legislatura *Trasleithana* con dos Cámaras, la Dieta de Pesth y el Senado. Ministerio responsable frente á ellas.

La Legislatura *Cisleithana* con otras dos Cámaras, que son el Reischrath y el Senado, con otro Ministerio responsable.

Delegaciones de 60 miembros elegidos por cada Legislatura de su propio seno, y que se reune en la residencia del Emperador. *Ministerio de Negocios comunes* frente á las Delegaciones.

Este es el mecanismo de la nueva Constitucion del Imperio austriaco, que ahora se llama reino-imperio austro-húngaro. Ahora bien, ¿es posible que este complicado sistema, este mecanismo triple se mueva y obre sin dar lugar á choques y entorpecimientos? Si en los países de completa unidad como España y Francia, en que el mecanismo constitucional tiene toda la posible sencillez, ocurren sérios conflictos frecuentemente por la repulsion y embarazo de los poderes, ¿qué podrá suceder en un país donde además de este choque en cada grupo puede sobrevenir el supremo con

flicto de una colision entre las dos nacionalidades? ¿Cómo pueden marchar en perfecto acuerdo cuando hay tantos poderes y es tan delicado el lazo que les une, y tan espinoso y lleno de obstáculos el espacio que los separa? Además, en los procedimientos parlamentarios que origina la diversidad de lenguas, ¿es fácil que haya la concordia necesaria entre el poder supremo y las Delegaciones? Estas no hablan, cambian unos papeles escritos, y cuando se reunen, votan calladamente sin dar lugar á apelaciones ni protestas. No es fácil prever lo que sucederá cuando ocurra un motivo de divergencia entre los dos grupos, y haya dificultades de llegar á un perfecto acuerdo. Entónces parece que esta intrincada maquinaria se ha de venir al suelo por su propio peso y complicacion, volviendo á quedar las cosas como ántes estaban. El lazo es ficticio, es más bien un remedio improvisado, con objeto de impedir la desmembracion completa, que un verdadero lazo constitucional fundado en el derecho. No es ni la union personal de Suecia y Noruega, ni la federacion de los Estados-Unidos de América.

¿Pero podian en la situacion actual obrar de otra manera los hombres de Estado de aquel país? Observando cuál era la situacion del Imperio, se comprenderá que no era posible otra cosa, y que ha sido heróico todo esfuerzo dirigido á unir, como quiera que sea, á los descontentos pueblos del lado allá de la Leitha con los Estados alemanes. La Contederacion del Norte parecia llamada á atraer á los Estados del Sud, tarde ó temprano, y aun á los Austriacos. Si este caso llegaba y los Hapsburgos salian de Viena, ¿serian recibidos en Pesth, la ciudad donde bullen todas las aspiraciones húngaras y el más grande ódio al despotismo germánico? No habia medio de continuar viviendo, sin adoptar un sistema cualquiera. Por lo demás, hasta el presente, las ruedas de este mecanismo se han movido sin gran entorpecimiento en su raro engranaje Con el actual sistema, la Cancillería de Viena ha podido restablecer sus relaciones con todas las Potencias de Europa, y el sistema de prudente reserva observado en las cuestiones que han surgido desde 1866, indica que el Imperio ha comprendido sus intereses y se dispone á curar sus males internos, sin meterse en empresas europeas de dudoso éxito. Esos males internos, son muy graves, dominando entre ellos la lepra clerical, que lo invade todo en aquel país, con tan perniciosos efectos como en el nuestro. Ya la consumada pericia del Conde de Beust ha atacado de frente

y sin recelo este mal extraordinario, y en las relaciones de la Iglesia y el Estado que eran ántes tan estrechas, ha producido una verdadera revolucion con el planteamiento del matrimonio civil y la ruptura del Concordato de 1855, que ponia la sociedad austriaca á merced de la corte de Roma.

A pesar de la honda perturbacion que estas medidas podian producir, las reformas se han llevado adelante con entereza y gran tenacidad, como cumple á verdaderos hombres de Estado que comprenden su papel. Al mismo tiempo la Hacienda se encuentra en situacion relativamente próspera, y es probable que si la Asamblea trasleithana no pone obstáculos á la gestion del Ministro de Hacienda de Negocios comunes, y sigue considerando como nacional la Deuda del antiguo régimen, el tesoro de aquel país, que posee buenos recursos, una industria bastante desárrollada é inmensas riquezas metalúrgicas, saldrá de sus apuros. Actualmente en el espíritu y en la opinion de Europa se ha verificado una reaccion en favor del Austria, á quien todos miran con interes y con esa curiosidad simpática, que inspiran siempre los arrepentidos. Léjos de ver en ella el obstáculo secular de todas las reformas liberales, el campeon del derecho histórico y el tirano de los generosos pueblos húngaros é italianos, ven una potencia que, comprendiendo sus antiguos errores, se rejuvenece, se trastorna cediendo al influjo de las nuevas ideas, y adopta todas las fórmulas del progreso que vivifican á las demás naciones europeas. Todos los que amen el libre exámen y la independencia religiosa, no pueden dejar de ver con agrado la trasformacion verificada en aquel Imperio, que era el más firme apoyo de la corte romana; y hoy que el poder temporal espira ante la voluntad de Italia, todo el que investigue con algun interes las causas de este suceso, no podrá ménos de comprender que la actitud del Imperio en sus últimas reformas civiles y religiosas, ha tenido alguna parte en el éxito de tan inesperada solucion.

B. Perez Galdós.

# LORENZO RICCI,

## GENERAL DE LOS JESUITAS.

(Conclusion.)

### Artículo II.

La carta de 17 de Junio de 1761, nos presenta un ejemplo de la ninguna consideracion de los Jesuitas para con los parientes de sus afiliados. Mme. Ventuyol, madre del Padre Mateo, estaba sumida en la mayor miseria, y acudió al General pidiendo se permitiese salir de la Compañía á su hijo único para que pudiese trabajar, la mantuviese é hiciese más llevadera su desgracia. El General le contestó que su hijo no saldria de la Compañía ínterin él mismo no lo pidiese. El P. Mateo propuso vários medios para socorrer á su madre sin abandonar el instituto, decidiéndose al fin á reunirse con ella si no se aprobaba alguno de los propuestos. Ricci escribió á Nectoux, que se debia conservar á todo trance en la Compañía al P. Mateo por ser un buen predicador, y le autoriza para predicar por los pueblos y recibir (contra los estatutos) limosna por los sermones, socorriendo con ella á su madre. El General prescinde aquí del sagrado amor de madre é hijo, y prefiere el interes de la Compañía. El P. Mateo era útil como predicador, se le niegan las dimisorias; si no lo fuera, las dimisorias se le habrian concedido. En todo y siempre el interes de la Compañía, aun sobre las más tiernas afecciones y deberes de la naturaleza, no vacilando en infringir los estatutos si la infraccion redunda en su provecho. Este medio, sin embargo, debió repugnar al P. Mateo, porque en carta del 26 de Agosto siguiente vuelve á tratar Ricci de este negocio, y decide al fin se dé una pension á Mme. Ventuyol, porque

á toda costa se debe impedir que el P. Mateo salga de la Compañía.

En esta misma carta habla del jóven jesuita Francisco Cárlos Martin, quien atraido á la Compañía por medio de halagos (*blanditiis*), habia adquirido un ódio invencible á la vida religiosa. El General aparece convencido de la repugnancia del jóven, y sin embargo no decide la relajacion de los votos, limitándose á consultar con Nectoux, lo que debe hacerse con este jóven.

Nos proporciona una prueba de la perspicacia jesuítica en sutilezas y distinciones la carta de 16 de Setiembre de 1861. El Padre Nectoux habia consultado al General, cómo sostendria las cargas comunes de la provincia de Aquitania, estando prohibido que las provincias poseyesen bienes, derechos, censos, etc. Ricci conviene en la prohibicion, pero añade, «que no alcanzando la prohibicion á los colegios, destine alguna parte de los bienes de estos á sostener las cargas comunes de la provincia.» ¿Por qué la prohibicion á las provincias y no á los colegios, existiendo voto comun de pobreza? ¿No pertenecia todo á la Compañía, como lo demuestra la resolucion del General?

En la coleccion de cartas desde Setiembre de 1761 á Noviembre de 1766, trata más principalmente Ricci de la expulsion de los Jesuitas de Francia. Hácese ya cargo en la de 30 de Setiembre de los temores indicados por Nectoux, relativos á las futuras calamidades que amenazaban á la Compañía en Francia, y le dice, «que si llegase tan lamentable caso, tome consejo de las circunstancias, y que segun éstas recibirá tambien los oportunos que él remitirá.» En efecto, segun carta de 19 de Mayo de 1762, no duda ya Ricci de la próxima ruina de la Compañía de Jesus en aquel reino, y para tranquilizar las conciencias de los Jesuitas, delega en Nectoux todas las facultades propias del General, y las que le ha concedido además especialmente el Sumo Pontífice. «Y por lo tanto si se promulgase la disolucion de la sociedad en toda Francia, y los Jesuitas se viesen obligados á dejar sus casas y refugiarse en las particulares, dejando el traje de la Sociedad:» los faculta:

1.° Para vivir en dichas casas particulares vistiendo traje sacerdotal, conforme á la facultad especial que le ha concedido el Sumo Pontifice.

2.° El mismo Santo Padre ha dispensado á todos los profesos el tercer voto simple que emiten al profesar.

3.° Tambien ha dispensado á los profesos y escolásticos apro-

bados, en el fuero de la conciencia, facultándolos para que puedan poseer beneficios y rentas eclesiásticas.

4.° El General, por concesion expresa de Su Santidad, autoriza á los sacerdotes para recibir estipendio por misas y demas ministerios propios de la Sociedad.

5.° Les permite asimismo que puedan guardar, donar y gastar en usos honestos y lícitos, el dinero que cada cual pudiera tener para sus usos privados, y el que luego, al disolverse la Sociedad, pudiesen adquirir honestamente; pero les prohibe en absoluto la facultad de testar.

6.° Autoriza á Su Reverencia (al P. Nectoux) para dimitir ántes de la dispersion, á todos los admitidos con votos simples, á los escolásticos aprobados y aún á los coadjutores, si pidiesen su dimision, pero con las siguientes condiciones: 1.ª Que pidan por escrito. 2.ª Que para cada caso se oiga, si es posible, á los consultores, extendiendo acta y remitiéndosela. «Aconséjese además, añade, á los escolásticos referidos vuelvan á la Sociedad, si alguna vez se restableciese, declarando al mismo tiempo, que la Sociedad no se obliga á recibirlos si no viviesen rectamente en el siglo.»

7.° Si algunos quisieran pasar, ántes de la dispersion, á otras provincias fuera de Francia, los facultaba para ello, consintiéndolo los respectivos Provinciales, y no impidiéndolo ninguna prohibicion Régia: pero si fuesen profesos, sólo el Prepósito general podria dar este permiso.

8.° Permite que, en cuanto al Sacramento de la Penitencia, pudiesen elegir confesor aprobado por el Superior, si fuese regular ó exento; pero si fuese seglar, podria elegir el aprobado por el Ordinario del lugar ó el diocesano en que cada uno more, con todas las facultades que pudiesen exigirse para la absolucion, segun los casos.

9.° «En cuanto á la obediencia, nada tengo por ahora que encomendar ó prescribir expresamente: cada uno obrará como juzgue en el Señor, hasta que yo pueda formar y significar á todos alguna regla general.»

«Entre estas facultades, prosigue, hay algunas comprendidas en mi carta de 31 de Marzo, pero van aquí más explicadas, suprimiendo las restricciones y cláusulas que entónces creí deber expresar; lo prescrito en esta carta es lo que se debe hacer.»

«Los que por la calamidad de los tiempos se vean obligados á dejar el traje de la Sociedad, deben adoptar el de clérigo.»

Exhorta, por último, y conjura á todos por lo más sagrado: Primero. Que no sólo los clérigos, sino tambien los religiosos, hagan cuanto puedan por guardar la vida y costumbres necesarias para la mayor gloria de Dios y edificacion del prójimo. Segundo. Que se dediquen incansablemente á ayudar al prójimo y á promover la salud de las almas, acordándose que funcionan delante de Dios, y que aunque abandonen el traje de la Sociedad, «deben retener hasta el último momento el espíritu de la Compañía de Jesus, que es el de la piedad sincera, caridad generosa, é invencible constancia en aceptar y sufrir los trabajos con que la Divina y Gran Providencia se digna probar á la Compañía.»

En la de 9 de Junio de 1762 habla á Nectoux de un edicto de Luis XV, mandando que ningun Jesuita saliese del reino sin impetrar Real licencia, y añade: «Este edicto debe considerarse nulo, porque no ha sido promulgado por los Parlamentos, y temo que vuestra nímia escrupulosidad y cautela en haber pedido licencia para salir, no cierre la puerta á los demas que quieran hacerlo.»

En la de 24 de Mayo de 1764 se da por avisado de que el Padre Nectoux, acompañado de otros Jesuitas franceses, habia llegado ya sano y salvo á San Sebastian de España, y en la de 21 de Marzo de 1765 se felicita de la excelente acogida que los expulsados han hallado en el P. Idiaguez y demas Jesuitas de la provincia castellana, encargándoles procuren mostrarse agradecidos á la caridad y munificencia con que han sido recibidos en los colegios españoles. Pero es notable que en esta misma carta indique la posibilidad de que en España y otras partes experimente desgracias la Compañía, aconsejando «se sufran con invencible paciencia y humildad, y absoluta abnegacion de ánimo, los males que Dios envie.»

Por último, y ántes de concluir este punto de la expulsion de Francia, conviene consignar que, no por haber sido expulsados de dicho reino, se consideraban extinguidas las raíces que en él dejaban. Así se revela en otra carta de Ricci, fecha 18 de Diciembre de 1766, en que dice á Nectoux, residente aún en San Sebastian: «Por lo que prevengo á vuestra Reverencia, que no piense volver á Francia ántes que la Sociedad recobre allí su antiguo estado, y entre tanto le ruego, que en estos tiempos tan desfavorables, no deje de prestar á la provincia de Aquitania, que aún hoy gobierna con suma caridad y prudencia, su auxilio tan grato, útil y necesario.»

Digno es de notarse, que en esta larga é interesante correspon-

dencia, tratándose de una medida tan perjudicial á la sociedad en general como su expulsion de Francia, y dirigiéndose á un adepto identificado absolutamente en la prosperidad ó ruina de la compañía, no se escape al P. Ricci una sola palabra de resentimiento, queja, ódio, cólera ó impaciencia, y es preciso suponer, ó que se dominaba de un modo que raya en milagroso, ó que era un hombre de carácter dulce, caritativo y verdaderamente cristiano. En las difíciles y trágicas circunstancias en que durante los últimos años de la vida de Ricci llegó á verse la Compañía, dudamos que ninguno de sus Generales, ni aun el mismo San Francisco de Borja, ó su fundador San Ignacio, se expresasen en una correspondencia libre dirigida á un inferior en el seno de la confianza, con mayor mansedumbre y modestia. Cierto que en algunos pasajes habla de la iniquidad de los tiempos (*temporum iniquitate*); pero esta frase ó modismo no indica que los tiempos ó los hombres fuesen inícuos, sino que los tiempos eran desfavorables á la Compañía, enfadosos, malos, sin deberse interpretar como una censura á los enemigos de la Compañía, á quienes sólo alguna vez califica tan sólo de adversarios. La única señal, y eso remota, de resentimiento contra Luis XV, es desaprobar la conducta del P. Nectoux cuando pidió licencia Real para salir de Francia, en virtud de un edicto no registrado en los Parlamentos; pero siendo como era legal y de costumbre esta formalidad ritual para que los edictos obligaran en Francia, no puede extrañarse que Ricci invocara esta solemnidad, como haria cualquier otro que se viese perjudicado por una disposicion que no tuviese todos los requisitos indispensables para obligar á la obediencia. En suma: esta parte de la correspondencia de Ricci le favorece extraordinariamente, y es preciso cerrar los ojos ó dejarse dominar de la pasion para no verlo así.

La carta de 10 de Junio (1761) nos prueba la gran prudencia del General Ricci en aprovechar todos los elementos y personas que pudiesen ser útiles á la Compañía. Nectoux le habia dado cuenta, de que algunos jóvenes Jesuitas guardaban y leian libros impíos, y que opinaba que estos jóvenes debian ser expulsados de la Sociedad. El General le da facultades para ello, pero le advierte que es preciso tomar precauciones y tener presentes ciertas reglas ántes de proceder á la expulsion. Le prescribe las siguientes:

1.ª «Que los libros sean realmente impíos, esto es, que contengan las detestadas opiniones y delirios de los sofistas modernos.

2.ª Que se haga constar que el acusado ó el sorprendido por los superiores *infraganti*, se deleita con estos libros y los estudia, comunicándolos habitualmente con sus compañeros; sin que deba atribuirse á crímen para ser despedido de la Compañía, el que alguno, más bien por curiosidad que por desafeccion á la Compañía, lea de cuando en cuando dichos libros; aunque siempre deberá impedirse por los rectores y padres espirituales la lectura de semejantes libros.

3.ª Que ántes de castigar al reo, se examinen sus costumbres preferentes, las esperanzas que pueda fundar en él la Compañía; ó si es de tal naturaleza, que después de pasados los ardores de la juventud y madurada su razon, se le deba presumir ingénio y dotes intelectuales provechosas algun dia á la Sociedad; porque suele suceder que, hombres muy imperfectos durante su juventud, se convierten en varones justos y excelentes cuando ingresan en el sacerdocio y pasan el tercer año de prueba: por lo que la Sociedad se perjudicaria á sí misma, si separase precipitadamente de ella á un miembro que, aunque viciado, podia curarse con el trascurso del tiempo. Que tenga presentes estas precauciones ántes de usar de las facultades que le concede para dar dimisorias.»

Pero lo más interesante de esta correspondencia es la confesion que tanto Ricci como Nectoux hacen, en algunas de sus cartas, de los abusos que se habian introducido en la Compañía, haciéndola degenerar de su primitiva institucion, principalmente en cuanto á la conculcacion del voto de pobreza, reconociendo la necesidad de una reforma en el momento que pasase la tormenta general desencadenada contra ella, si habia de recobrar su antiguo esplendor y primitiva pureza. Hé aquí algunas de tan preciosas confesiones.

Ricci, en su carta de 27 de Enero de 1762, dice á Nectoux: «Si Dios nos concede alguna vez dias más serenos, pondrémos todo nuestro cuidado en hacer que florezca y se reforme cualquier punto de nuestra disciplina religiosa que haya perdido su esplendor ó vigor por lapso de tiempo ó por circunstancias desfavorables (1).

En la de 20 de Noviembre del mismo (1762) empieza diciendo á Nectoux: «Nada me preocupa tanto como el que se observe en la Compañía la pobreza que impuso nuestro padre San Ignacio.

(1) Si dies aliquando sereniores nobis indulgeat Deus Optimus, omni adnitemur studio ut quaeque religiosae disciplinae pars reflorescat, recuperetque quidquid aut lapsu temporis, aut circunstantiarum iniqu tate, splendoris amiserit et vigoris.

No negaré que este principio se ha conculcado por culpa de algunos, ni dudo que esta conculcacion es la principal causa de los males que nos afligen, principalmente en Francia (1).»

En otra sin fecha, pero que por su contenido se conoce es posterior á la expulsion de los Jesuitas de Francia, confiesa el General que la Compañía tiene manchas y vicios que no se le ocultan (2).

Más terminante y explícito es Nectoux sobre este punto en sus cartas á Ricci. En la de 21 de Enero de 1767 se produce así: «Demasiado comprendo no ser ya tiempo de adoptar las medidas necesarias para restablecer entre nosotros el antiguo espíritu de la Sociedad; pero hace tiempo que estoy convencido de dos cosas: que por lo mismo que conocemos y confesamos los defectos en que incurrimos, por lo mismo la bondadosa y paternal mano de Dios nos castiga á todos, para apartarnos de nuestras imperfecciones y para atraernos con más ardor á nuestra perfeccion, salud del prójimo y gloria divina. Segunda: que en el momento que se curen las enfermedades que nos afligen, con los remedios convenientes, precaverémos en lo sucesivo semejantes males; persuadido de que Dios quiere darnos la paz, congregar á los dispersos y volverlos á sus antiguos domicilios y oficios.»

Añade en la misma carta: «No necesitamos nuevo Prepósito, sino nuevas costumbres (3).»

En otro fragmento de carta escrita el 16 de Noviembre de 1765 dice Nectoux: «Abrigo la íntima persuasion de que á nuestra Sociedad no la conviene, y por el contrario la perjudica, que nuestros hombres tengan reunidos y amontonados en las arcas y otros sitios tantos millones... Si he dicho en mis cartas alguna inconveniencia, atribúyalo Vuestra Paternidad á mi amor y aficion á la Sociedad, á cuyos hijos quisiera ver pobres como lo fueron en un principio, no esperando nada bueno y temiéndolo todo para mi amadísima Sociedad si obran de distinto modo.» (4)

(1) Nihil mihi magis cordi est, quam ut integra servetur paupertatis ratio, quam in Societate esse voluit S. P. N. Ignatius. Aliquid eam passam esse aliquorum culpa non negaverim, nec dubito inde malorum quibus premimur, praesertim in Galliis caussam petendam esse.

(2) Quae Societati maculas aspergunt notae ac vitia, non me latent.

(3) Non indigemus novum habere Praepositum, sed novos induere mores indigemus.

(4) Ab alta mente reppositum manet, Societatem nostram non decere, nocere imo, societati nostræ, in arca et alibi à nostris hominibus tot milliones congestos et accer-

La carta de Nectoux de 18 de Octubre de 1764, contiene las siguientes ideas: « Para que nuestra Sociedad pueda recuperar su antiguo y apetecido esplendor y fervor, me parece que la oracion de que tengo hablado á Vuestra Paternidad, debe contener algun precepto de lo que diré mas adelante, para suscitar y conservar entre nosotros el amor á la santa pobreza. Este amor á la pobreza podria suscitarse sin gran dificultad, si Vuestra Paternidad tuviese á bien dirigirnos alguna exhortacion en este sentido. Pero considero un poco difícil conservar el amor á la santa pobreza, sino es extirpan con fortaleza y constancia cuantos incentivos y atractivos pueden adornar, alimentar é inflamar el hambre de dinero. Esto se conseguirá eficazmente si se extingue, desarraiga y extirpa entre los colegios é indivíduos toda esperanza de manejar capitales, exceptuando los necesarios para fundar nuevas casas... Por lo que me parece oportuno establecer (y no creo lo contradiga ningun Jesuita de esta provincia), que nádie pueda admitir dinero, sea cual fuere el pretexto con que se le ofrezca, que pueda provenir de cualquiera de nuestros oficios y ministerios, para que se recomiende más eficazmente en gloria de Dios la pureza de nuestra pobreza, para que se observe con más seguridad de nuestro amantísimo instituto; y para que se arranque con ménos dificultad la raíz de toda codicia, quitándole todo atractivo. »

Las declaraciones de dos personas tan autorizadas como el General de la Compañía y su principal personaje en Francia, son decisivas, y es imposible rechazar el testimonio de dos testigos mayores de toda excepcion que confiesan, reconocen, censuran y reprueban los abusos introducidos en la Compañía durante los dos siglos largos que llevaba de existencia, principalmente en el quebrantamiento del voto de pobreza. Ricci y Nectoux se proponen desterrar de la Compañía la sed de oro que la dominaba y los vicios que esta sed introducia en ella, si llegaba á restablecerse después de calmada la tormenta suscitada contra su existencia, ensalzando el amor á la pobreza como principal base de su esplendor y vigor; pero este fué un propósito vano, aun después de haberse restablecido.

---

batos... Si quid hactenus litteris meis stultum loquutus sum, ignoscat Paternitas Vestra amori et studio meo erga Societatem; cujus filios pauperes, ut ab initio fuerunt, in posterum vellem: nihil ex eo sperans, timensque omnia amantissimæ Societati si secus facient.

CAYETANO MANRIQUE.

# GRECIA CONTEMPORÁNEA.

Eternal summer gilds them yet,
But all, except their sun, is set!
BYRON.

## I.

¡Grecia: glorioso nombre! Al escribirlo, ¡cuántas ilustres sombras y cuántos hechos de sublime ejemplo se agolpan á la memoria! La historia de Grecia, si alguna pluma humana fuese bastante á escribirla, sería el *Biblíon* por antonomásia. Un libro que fielmente reflejase la adusta severidad de Esparta y la pulida y graciosa cultura de Aténas, la virtud de Arístides y la esplendidez de Perícles, la fé de Platon y la sabiduría de Aristóteles, el amor de Safo, la ironía de Aristófanes y la cólera de Eschilo; un libro que resumiese la vida toda de aquel pueblo que supo vencer en Maraton y Salamina y sucumbir en las Thermópilas; de aquel génio que creó la grandiosa majestad del Parthenon, el bello reposo de Aphrodítis y el dolor varonil de Laocoonte, que prestó voz á Demóstenes y cuerdas al arpa de Píndaro; de aquella raza que en el espacio de un siglo produjo á Sócrates, el más divino de los hombres, y á Epaminóndas, el más humanamente perfecto de los mortales; ese libro sería el libro del hombre por excelencia, el más edificador de todos los libros. Porque así como se dice que el hombre es el resúmen de la creacion, con igual verdad puede decirse que Grecia es el resúmen del hombre: es el símbolo, la *idea* de la humanidad y el compendio de su vida toda. La historia griega es el epílogo de las civilizaciones de Oriente y el modelo y preludio de las civilizaciones de Occidente; porque el pueblo griego es el único, entre los pueblos antiguos y modernos, que realizó simul-

táneamente todas aquellas obras, cada una de las cuales constituye por sí sola el destino histórico de un pueblo, y cuyo conjunto es el destino total de la humanidad sobre la tierra. Grecia cultivó y desarrolló armónica y paralelamente todas las facultades y actividades del hombre individual y colectivo, dejando á la posteridad en cada una de ellas el tipo de la perfeccion humanamente insuperable, ó cuando ménos, el eje en derredor del cual habian de girar aún por espacio de veinte siglos todos los progresos del espíritu humano. Por eso es Grecia todavía

*Il gran maestro di color che sanno.*

¡Grecia! ¿Quién osaria escribir este nombre augusto, siquiera fuese para hablar de las miserias que hoy encubre, sin ántes pagar un tributo de veneracion á las grandezas de otros tiempos que en él van simbolizadas? Nó, no es de los héroes de Homero, ni de las obras de Hesiodo, de lo que aquí vamos á ocuparnos, sino de dias y de cosas muy diferentes. ¡Qué aberracion la de llamarlas con un mismo nombre!

Cuando los Romanos, por instrumento del feroz y brutal Mummius, uncieron á su yugo la noble cerviz de los vencedores de Salamina y de Arabella, sin duda tuvieron rubor de sí mismos y cambiaron en *Achaïa* el nombre latino de *Grecia*, bajo el cual estaban acostumbrados á venerar á sus maestros los *Helenos*. Más tarde Venecianos, Genoveses y Turcos no dejaron ni aun vestigios de aquellos nombres queridos de los dioses, venerados de las Musas, ilustrados por los héroes épicos. Thessalia, cuna de la raza helénica, mansion favorita de las deidades inmortales, se confunde con la provincia de Rumelia: Creta, que meció la cuna de Júpiter y dió leyes al mundo helénico, se llama Cándia; y el Peloponeso, con sus venerandas ruinas de Sycione, de Argos, de Corintho, de Mykene, de Tyrintho, de Pylos, de Epidauro, de Esparta y de Messinia, es todavía conocida bajo el bárbaro nombre de Morea (1)!

(1) Para ayudar á dar una idea del proceso de transformacion que han sufrido muchos de aquellos nombres ilustres, sirva el siguiente ejemplo: El monte Hymetto, (donde en otro tiempo los Atenienses cazaban osos, y donde hoy no crecen sino arbustos, en los cuales esa misma raza de menudísimas abejas, que describen los autores, liban todavía aquella miel perfumada de tomillo, de clásica celebridad) el Monte Hymetto, vió su nombre pervertido por los colonos italianos del Attica, en *Monte matto*, nombre que los Athenienses, olvidando la clásica denominacion de esta famosa montaña, tradujeron literalmente en trélo-vunó, *monte loco*. »

El pedantismo oficial se esfuerza hoy por desenterrar del olvido en que yacen todos esos nombres clásicos, y el pueblo á su vez se obstina en no aprenderlos, como si en su sencillo pero seguro instinto se sientiese asímismo indigno del homérico abolengo que pretenden atribuirle. Preguntad, si nó, á un habitante de alguna de esas islas cuyos nombres llenan otras tantas páginas gloriosas de la historia del hombre, preguntadle señalando hácia el Penthético ó hácia el Parnaso: «¿Aquellas montañas, son Grecia (*Hellas*)?» Y os contestarán corrigiendo de camino vuestra gramática: «*Ochi helláda allá Rumánia.*» (No es *Hellada* sino Romanía.)

Y no es extraño que ignoren el nombre de un Estado, los que á semejanza del héroe de Molière, tambien ignoran el nombre de la prosa con que disfrazan sus pensamientos. Más de una vez me ha sucedido, al recorrer los *daimoi* del Attica, teatro de las glorias de Theseo, ó cruzando en un *kaik* (1) el histórico golfo de Argos (hoy de Navplia), ó escalando las peladas rocas entre Cymi y Karysto, donde la vista se dilata desde el monte Olympo hasta los llanos de Troya, preguntar á un campesino: «Compadre, ¿hablas griego (*hellenicá*)?» — «Ochi» — solia ser la respuesta, acompañada de un movimiento de cabeza que en todas partes quiere decir que sí, y sólo en Grecia quiere decir que nó.

—Qué lengua hablas, pues?

—*Romaicá kai vraniticá* (romáico y albanés) (2).

***

No seré yo por cierto quien reproche al sentido llano y comun del pueblo griego el tener dos nombres distintos *hellenicá* y *roumaïca,* para distinguir dos cosas que sólo ha podido confundir esa petulancia propia, así de los pueblos como de los indivíduos jóvenes y que caracteriza profundamente la sociedad ateniense; dos cosas tan diferentes entre sí, cual es el tosco y bárbaro jergon del griego contemporáneo, y el habla igualmente filosófica y artís-

Donde quiera que los antiguos Helenos tenian un templo consagrado al *sol,* (helios), lo que frecuentemente acontecia en la cúspide á las montañas, los modernos griegos han erigido una capilla á *San Elías!*

(1) *Barquilla.* Nombre turco generalizado en todo Levante.

(2) *Vraniticá,* y Arvaniticà, corrupcion de Albaniticà.

tica en que nos dejaron Plutarco y Xenofonte monumentos imperecederos de elocuencia y sabiduría.

El griego moderno ó romáico es una lengua cuyas palabras ligeramente alteradas en la forma, y más profundamente alteradas en la acepcion, proceden en su mayor parte del griego del Bajo Imperio, pero cuya construccion se asemeja á la de las lenguas vivas europeas, aunque más sencilla y tosca. El griego vulgar se encuentra, con respecto al griego clásico, en la misma relacion que el habla vulgar latina de Italia ó de España en los siglos IX al XII con respecto al latin de la edad de oro. El italiano y el español, á partir de la citada época, comenzaron á desarrollarse tomando, por decirlo así, una direccion diagonal, hasta el punto de dejar de ser la lengua que ántes eran (siquiera degenerada y corrompida), y trasformarse en dos lenguas distintas, cada vez más cultas y perfectas. El griego moderno, al contrario, por grande que sea el grado de decadencia y corrupcion á que haya descendido, no puede decirse que haya llegado á *formarse* en una lengua separada; esto último implicaria cierta reaccion del lenguaje y su desenvolvimiento en una direccion determinada, siendo así que hasta ahora no ha habido sino una progresiva decadencia de una y la misma lengua: el griego.

Sin embargo—y este es tal vez un ejemplo único en la historia de las lenguas—de treinta años á esta parte y merced á los esfuerzos de distinguidos humanistas, principalmente alemanes, secundados por el gobierno griego, la lengua vulgar se ha corregido y purificado, *retrocediendo* en vez de avanzar, con la tendencia de rechazar todo elemento extraño, toda direccion nueva, y de asimilarse más y más, *en cuanto cabe*, al antiguo modelo clásico. En el lenguaje escrito, y especialmente en el estilo ampuloso y grandilocuente á que tan aficionados son los neo-helenos, se ven cada dia introducidas numerosas formas arcáicas de lenguaje, que al principio rechaza la conversacion ordinaria por demasiado pedantescas; pero que, poco á poco, van introduciéndose en la oratoria, en el estilo epistolar, y en el uso familiar de las altas clases, hasta llegar á hacerse inteligibles á la clase media, aun cuando no las adopte en sus hábitos (1). Las últimas capas del pueblo griego usan todavía

(1) Así, por ejemplo, el pueblo entiende lo que quiere decir *foos*, *thyra* y *pylon*, pero se rie de los que lo dicen, y prefiere decir *fotiá*, *porta* y *capelo*. Yo he excitado involuntariamante la hilaridad de un auditorio pidiendo en una tienda cierta cosa *apó tou callístou*, en vez de *apó tó callítero*.

y usarán por mucho tiempo la misma habla que usaba en 1820.

Así es que los niños de la escuela leen á Xenofonte y los *papás* (curas) cantan la liturgia (traduccion de los 70) sin entender una sola palabra de su contenido. Ciertos modernos escritores han adoptado un estilo arcáico y ampuloso, que el vulgo entiende difícilmente, ó no lo entiende. La clase media suele usar dos lenguajes distintos, uno cuando habla y otro cuando escribe. Y finalmente los *clephtis* (ladrones) y pastores de las montañas, componen cantos y baladas en un lenguaje que les es peculiar y que sólo ellos conocen. De todo lo cual se infiere que en la Grecia contemporánea se pueden distinguir cuatro dialectos diferentes, de los cuales, el cuarto dista del primero tanto como éste dista de Plutarco, y tanto como Plutarco dista de Homero (1).

---

(1) Hé aquí una brevísima idea de la composicion etimológica de la lengua romáica al alcance de los que conozcan someramente el griego de las escuelas:

Los sustantivos del griego noderno son en su gran mayoría los mismos que los del antiguo; pero buen número de ellos sólo se usan en la forma diminutiva, en *ion*, y por consiguiente en el género neutro, v. gr.: *tó trapézion*, en vez de *he trápeza*. En el lenguaje hablado, sin embargo, se suprimen las letras *on*, quedando la terminacion en *i*, v. gr.: *tó trápezi*, *la mesa*. Por regla general el griego vulgar tiene predileccion hácia el género neutro y las terminaciones en *i*, como *tó katki*, la barca; *tó pulli*, el ave, *tó vamvaki*, el algodon, etc.

Existen seis declinaciones, de las cuales tres son las mismas del griego antiguo; pero sólo en el más alto estilo escrito se usan en todos sus casos. En la conversacion y en el estilo epistolar jamas se emplea el dativo, sino el acusativo con alguna preposicion: sirva de ejemplo el sobrescrito. *Pros tón Kyrion* N., en vez de: *Tó Kyriô* N. El vulgo no suele usar sino dos desinencias, v. gr.:

| **La pátria.** | | **El escrito.** | |
|---|---|---|---|
| Sing. N. | ἡ πατρίδα. | Sing. N. | τὸ γράψιμον. |
| G. | τῆς πατριδας. | G. | τοῦ γραψίματος. |
| A. | τὴν πατρίδα. | A. | τῶ γράψιμον. |
| Plur. N. | ἡ πατρίδες. | Plur. N. | τά γραψίματα. |
| G. | τῶν πατριδῶν. | G. | τῶν γραψιμάτῶν. |
| A. | τὴς πατρίδες, | A. | τά γραψίματα. |

Casi siempre que el sustantivo va precedido de una preposicion cualquiera, toma genitivo, v. gr.: he dado esta pluma á su hermano; —Selecto: ἔδωσα ταύιην τὴν γραψίδα τῷ ἀδελψῷ αυτοῦ.—Comun: ἔδοσα ταύτην τὴν γραψίδα εἰς τόν ἀδελψ όν τοῦ. —Vulgar: ἔδωκα τούτι τὴν γραψίδα εἰς τοῦ ἀδελψοῦ τοῦ.

En los cantos kléphticos no hay declinaciones que merezcan el nombre de tales, sino terminaciones arbitrarias con infinitos síncopes y elisiones.

Los verbos son los mismos que los antiguos; pero sólo se conjugan en parte. La voz media, el número ó dual, y algunos tiempos han caido en total desuso. Pero casi todos los modos y tiempos de las voces activa y pasiva en el número singular y en el

***

De seis á ocho millones de almas (segun los cálculos mejor fundados), repartidas desde las costas del Adriático hasta las del Mar Negro, y ámbas márgenes del Bajo Danubio, hablan la lengua que acabo de describir: en vano sería buscar entre ellas esos rasgos de fisonomía que en Europa pasan por ser característicos del tipo de la raza griega. En buen hora que entre los febriles Pa-

plural se emplean todavía en el alto estilo. Añádese el pasado definido, el plusquam perfecto y el futuro que los modernos forman por medio de auxiliares á la manera del inglés y el aleman. En el lenguaje familiar no son admitidas algunas de las formas antiguas que se conservan en el alto estilo, y se introducen además ligeras variantes, de las cuales la más notable consiste en hacer terminar en *oun* las terceras personas de plural. El vulgo se permite infinitos barbarismos. Hé aquí algunos ejemplos:

1.° Verbo *ser*: yo soy, etc.

| Lenguaje selecto. | Lenguaje comun. | Lenguaje vulgar. |
|---|---|---|
| ἐγῶ εἰμί. | ἐγῶ εἶμαι. | ἐνῶ εἶμαι. |
| σύ εἶσαι. | σύ εἶσαι. | ἐσύ εἶσαι. |
| αὐτός ἐστί. | αὐτός εἶνε. | τοῦτος εἶνε. |
| ἡμεῖς ἐσμέν. | ἡμεῖς εἴμεθα. | ἐμεῖς εἴμαστε. |
| ὑμεῖς ἐστέ. | σεῖς εἶσθε. | ἐσεῖς εἶστε. |
| αὐτοῖ εἰσί. | αὐτοῖ εἶνε. | τοῦτοι εἶνε. |

2.° Verbo regular *soltar*: yo suelto, etc.

| Usual. | Vulgar. |
|---|---|
| lyoo. | lyoo. |
| lyeis. | lyeis. |
| lyei. | lyei. |
| lyoomen. | lyoome. |
| lyete. | lyete. |
| lyoun. | lyoune. |
| Yo soltaré, etc. | |
| théloo nà lyoo. | thà lysoo. |
| théleis nà lyiis. | thà lysiis. |
| thélei nà lyii. | thà lysii. |
| thélomen na lyoomen- | thà lysoome. |
| thélete nà lyete. | thà lysete. |
| théloun na lyoosi. | thà lysoune. |
| Yo habia soltado. | |
| eichon, eiches, eíche, eichomen, eichete, eichon } lysei. | eícha, eíches, eíche, eíchame, eíchate, eíchane } lysey. |

*

likaris de la Olympia y las curtidas pastoras de la Arcadia, no abundasen Vénus como la de Milo, ni Apolos como los del Belvedere; porque estas creaciones del génio, sin dejar de ser eminentemente verdaderas, carecen de individualidad, en cuanto son encarnaciones del ideal genérico y abstracto de la belleza humana. Mas el tipo que hoy se busca y no se encuentra entre las poblaciones neo-helénicas que habitan el Oriente, es ese *quid* de original y de característico que sobrevive en la imaginacion después de haber, no solamente estudiado, sino llegado á familiarizarse con los mármoles de Lóndres, de Paris, de Munich y de Italia: ese *quid*, que parece ser comun á todas las representaciones individuales del tipo, é independiente del mayor ó menor grado de perfeccion plástica de cada una.

¿Quiere esto decir que no existe la belleza en la raza neo-helénica? De ninguna manera. Ninguno de los grados de la belleza, incluso el supremo, puede ser patrimonio exclusivo de un modelo, género ó estilo determinado; ántes, al contrario, cada una de las infinitas y siempre originales creaciones de la in-

---

El imperativo *sube, subid*, se dice en lenguaje selecto: *anávizi*, *anavâte*.—En lenguaje usual: *anáva, anevâte*.—En lenguaje vulgar: *anéva, anevâte*. El participio *corriendo* puede ser indistintamente: *trechoúmenos* y *trechámenos*, pero nó *trechómenos*.

De la antigua sintáxis poco ó nada se conserva: pero la moderna no ofrece dificultad alguna, por ser la misma, y aun ménos complicada, que la de las lenguas neo-latinas.

Usanse exclusivamente los caractéres antiguos. En cuanto á la prosodia, entiendo que la de los modernos griegos, sin ser idéntica á la de los antiguos, se aproxima á ella mucho más que el sistema Erasmiano. No cabe duda que los antiguos no conocian el sonido de nuestra *b*, puramente labial, y que no analizaban los diptongos, por lo cual los profesores franceses, por órden de su Gobierno, y la mayor parte de los Alemanes espontáneamente, han abandonado la pronunciacion erasmiana, sustituyéndola por la de los modernos griegos. En la ortografía figurada que usamos en este artículo, representamos la *eeta* por *ii*.

Es de advertir, sin embargo, que en el lenguaje del vulgo la *l* se convierte en *r* (como *sordado*); la doble *ll* suena como en español, y además se oyen otros sonidos como el de la *ñ* y *ch* españolas, etc., que son desconocidos en la buena sociedad.

De todo lo dicho se infiere que una persona que conociese á fondo el griego antiguo, señaladamente el de los siglos medios, podria, con pocos dias de trabajo, llegar á traducir ciertos escritos de autores selectos contemporáneos que la generalidad del público griego apénas entiende: con algunas semanas de práctica en la prosodia moderna llegaria igualmente á entender esas arengas en estilo retórico y declamatorio á que tan aficionados son los moradores de Aténas, así como los discursos de los más selectos *oradores parlamentarios* (si es que merecen este nombre). El lenguaje del bajo pueblo y de los cantos cléphticos es un un verdadero galimatías indescifrable, en el que sería en vano querer penetrar, sin tener una disposicion especial para el estudio de las lenguas, y poder disponer de mucho tiempo, laboriosidad y perseverancia.

agotable naturaleza, es susceptible de levantarse, dentro de su género y sin perder su carácter típico, á un grado indefinido de armonía y de belleza plástica. Y en efecto: yo he encontrado mujeres de singular hermosura en la Isla de Tinos.... esta Isla pertenecia aún en 1740 á la República de Venecia, y esas mujeres eran católicas. Tambien las he encontrado en las Islas Jónicas: cabellos de oro, mirada vaga é impasible: una horizontal imaginada por la base de la nariz dividiria el busto en dos mitades: tal es, en una palabra el tipo anglo-sajon. Beldades abundan tambien en las Islas de Hydra y de Spetzia, en las costas del golfo de Laconia, en el Atica, y en Eubea: sus ojos son azules, su cútis trasparente, sus curvas muelles y relajadas como esos engendros bastardos de la escuela de De la Croix, y sin embargo, son bellas.... hablan albanés: hé ahí el tipo slavon. Esotras de la frente cuadrada, las cejas rectas, la nariz que se lanza desde la frente en elegante curva y termina con un ángulo agudo, la barba fina y prominente, el lábio superior graciosamente rizado, y la mirada, ardiente é imperativa, dominando este conjunto, llevan el tipo de la mujer walacha, que fué el que á mi entender inspiró á Miguel Angel sus célebres Sibylas, y que hace hoy de Bucharest uno de los edenes de Europa. ¿Y quién no siente palpitar su corazon al recordar á Constantinopla, ese foco en que se confunden Europa, Asia y Africa, el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodia, suelo clásico de los tipos y de las beldades cosmopolitas?

Pero entre tanto, en ninguna parte hallamos el tipo de que son reproducciones las hijas de Niobe, los mármoles de Aegyna, las cariátides del Erectheo....El tipo de mujer que abunda en Grecia, es un tipo indefinido y bastardo: la generalidad son pálidas y enjutas, reflejo de la vida sedentaria, propia de las costumbres turcas que aún se conservan, ó de la mala dieta (1), ó de las tercianas que las acompañan desde la cuna hasta el sepulcro. El ideal de la belleza femenil para el Griego contemporáneo, parece ser la obesidad.

(1) La dieta habitual del pueblo griego: se compone de olivas secas en aceite, ajos, cebollas y algunas otras legumbres crudas, como rábanos, pepinos etc., por extraordinario, á lo que se puede añadir un poco de requeson los dias de fiesta y carne de cabrito por Pascua Florida. La única bebida de la mujer es el agua: el hombre suele beber, con sobriedad, una especie de vino pardillo con una *enorme* cantidad de resina de pino en disolucion. Es imposible que semejante dieta deje de producir con el trascurso de los siglos el efecto de hacer degenerar la raza.

Al tratar del asunto del tipo griego y de su proverbial belleza, no sé cómo he dejado insensiblemente circunscribirse la cuestion al sexo femenino. Y sin embargo, no cabe la menor duda de que el varon es en Grecia físicamente superior á su bella compañera. Su talle es singularmente ligero, su ademan gallardo, su andar magestuoso, su fisonomía tiene habitualmente una expresion de ferocidad que aumenta el erizado bigote; mas cuando dirige la palabra á un extranjero, se anima súbitamente de una sonrisa llena de dulzura y de benevolencia. Este último es un punto muy notable de semejanza entre el carácter físico y moral del griego y el del sud americano. ¿Pero es este por ventura el tipo físico del griego clásico? Ciertamente que nó.

Cuentan que el tipo griego se conserva puro, allá en la fragosidad de unas montañas, que son para Grecia lo que Covadonga es para España, donde jamás penetró la cuchilla de los Bárbaros, ni la garra de los Francos y Cruzados, ni la tea de los Rusos, ni el látigo de los Otomanos. La raza indómita y salvaje que habita en las faldas del Taigeto, habla una lengua propia, derivada del antiguo dialecto eólico, y hay quien asegura, que así como su habla, tal es su sangre. El país se llama Maina, y su capital Mistra: difícilmente reconocerian nuestros lectores bajo estos oscuros nombres los gloriosos de Esparta y de Lacoonia. Lo poco que sabemos de esta desgraciada é inaccesible porcion del género humano, me induce á no lamentar la pérdida total del tipo helénico en el resto de la Grecia; que puesto que los mainotas fuesen su más pura y genuina representacion, de ellos con verdad podria decirse: *después de Satanás, ninguno cayó de tan alto.* (1).

(1) Este desgraciado país es impenetrable, pero algunos Mainotas recientemente emigrados han sido empleados con buen éxito, á pesar de su pavorosa reputacion, por la empresa explotadora de los escoriales de plomo argentífero del Lavrium, con el producto de cuyas minas se procuraba á Aténas ese surtido inagotable de *triremes*, que la ilustre república ponia generosamente al servicio de sus aliadas.

Lo poco que se sabe de esta curiosa tribu, de sus preocupaciones, sus costumbres y sus tradiciones paganas, me hacen sospechar que sean de origen slavo.

Los Mainotas viven desde tiempo inmemorial en constante guerra civil. Las mujeres suelen salir de casa á recoger legumbres silvestres, y van de cuando en cuando á la montaña á revistar el ganado y á traer requeson ó algun cabrito. Los hombres pasan la vida entera dentro de casa acechando por puertas y ventanas á sus vecinos para dispararles un arcabuzazo: hay quienes mueren sin haber puesto los piés en la calle desde su infancia.

El Rey Oton envió un destacamento de Bávaros á poner órden en los Mainotas; los Bávaros fueron hechos prisioneros, esclavizados, vendidos hasta á peseta la pieza, y

Hay quienes pretenden encontrar entre los Griegos modernos costumbres, ritos, preocupaciones, tradiciones, y sobre todo caractéres y disposiciones morales, idénticos á los de los antiguos, con lo cual intentan hacer un argumento en favor de la identidad de la raza. Así, por ejemplo, se asegura que su sistema de cultivo es el mismo que emplearon Céres y Triptolemo. Pero á los que hemos visto practicar este mismo sistema en un paraje al parecer cercano al jardin de las Hespérides no se nos ha ocurrido la idea de que sus buenos moradores fuesen todavía los descendientes de los Heraclidas que vinieron allí en busca de manzanas de oro. Y en cuanto á otras observaciones análogas acerca de vicios que los modernos Griegos poseen, podríamos igualmente replicar que esos mismos vicios, triste patrimonio de nuestra humanidad, suelen caracterizar tambien á otros pueblos que no tienen pretensiones á tan clásico abolengo.

Uno de los más ilustres filelenos, el General Gordon, describió hace cincuenta años el carácter de los neo-helenos de la manera siguiente: «Los que mejor conocen á los Griegos de hoy no pueden ménos de observar los sorprendentes rasgos de semejanza que los unen con sus antepasados: tienen la misma inclinacion de espíritu activa é ingeniosa, junto con una sed de saber y de perfeccionamiento; la misma emulacion y envidia en sus empresas, amor á las novedades y aventuras, vanidad y locuacidad, insaciable ambicion y astucia. Otras más nobles cualidades poseian tambien los antiguos; pero en las durísimas pruebas á que los modernos han estado sometidos, aquellas se han evaporado: mucho bueno han perdido, y mucho malo han adquirido. Se pueden citar en la historia yugos más crueles y opresores que el de los Turcos, pero ninguno tan á propósito para rebajar el espíritu, ni tan antipático á los oprimidos....» Los caractéres que el General Gordon atribuye al pueblo griego son á mi entender exactos; y otros autores añaden, con no ménos exactitud, los de poco respeto á la verdad,

---

tratados como animales de lujo: las Mainotas se engalanan todavía con sus kepis y sus chaquetas rojas.

Hará como dieciseis meses que las dos principales facciones de Kyparissi se reconciliaron entre sí, y el Gobierno envió al país policía, jueces y recaudadores de contribuciones: pero pronto comenzaron de nuevo las hostilidades bajo pretexto que uno de los magnates habia osado comenzar á construir un segundo piso á su choza, cosa inaudita en el país y ofensiva al amor propio de sus convecinos. En Abril de 1870 la nueva guerra civil duraba ya once meses.

aficion al engaño y el ser entremetidos, vividores é inmoderamente buscadores del lucro, lo que les ha valido el apodo de *Judíos de Levante*.

Yo por mi parte les conozco cualidades que los antiguos Helenos perdieron presto y no volvieron á poseer desde los tiempos de Pelópidas y Epaminóndas, ó desde los de Philopémen: á saber, la sobriedad y el amor ardiente á la independencia de sus montañas, del cual han dado durante la guerra ejemplos insignes en hechos de sufrimiento, de perseverancia y de valor heróico, que deberian avergonzar en sus tumbas á los Griegos del siglo IV al siglo II ántes de J. C.

Antes de suponer que un pueblo ha podido perder, áun en el crisol de la desgracia, las grandes virtudes de sus padres, para sólo conservar sus vicios, prefiero creer que la raza de los Arístides, Temístocles y Leonidas pereció á la espada de Filipo ó la del bárbaro Mummio, ó de Alarico, ó de Roberto Guiscardo, ó de Roger de Flor, ó del torpe amante de Catalina, ó de Aalí, ó de Ibrahim Pachá, y que los pobladores del actual reino de Grecia son como la espuma flotante de las cien razas distintas, que todavía vagan semi-nómadas por las costas orientales del Mediterráneo y por las del Mar Negro.

***

La raza helénica, en mi humilde opinion, no perteneció jamas á uno de esos tipos bien distintos y caracterizados en que pueden dividirse los primitivos habitantes del Viejo Mundo, sino que, por el contrario, parece ser el resultado, y á esto quizá debe en gran parte su virilidad, del choque y del conflicto de las razas orientales, occidentales y meridionales. El Istmo de Suez y las costas de Levante parecen haber sido desde hace cuarenta siglos, como lo son todavía, el foco hácia donde confluyen las grandes migraciones y transmigraciones de los pueblos. En el transcurso de los siglos, Pelasgos y Tirrenos, juntamente con sus colonos egipcios, fenicios, asirios y lydios, se amalgamaron en una sola raza, llamada helénica, dividida después en Dorios y Jonios, y más tarde subdividida en Acheos y en Eolios. Por los siglos del XII al XVIII ántes de J. C., las colonias griegas dilatadas por todas las costas é islas del Mediterráneo, y aun algunas del Atlántico, se contaban por

millares. Andando los tiempos, se confunde y se borra la memoria del orígen de cada una, y los nombres de Dorios y de Jonios no tienen otro sentido que el de aliados políticos y militares, ya voluntarios, ya forzados, de Aténas ó de Esparta respectivamente.

Después de Epaminóndas (370), la raza helénica se encontraba diezmada por las sangrientas luchas intestinas y extranjeras, y al paso que la cultura griega penetraba hasta el corazon del Asia, y que el bárbaro Rey de Macedonia tomaba asiento en el colegio Anfictiónico y se hacía coronar en los juegos Olympicos, la corrupcion y afeminacion del Oriente se infiltraba en la sangre helénica. La mision providencial de Alejandro, así como la de Cyro el Grande, pudiera tal vez resumirse en la siguiente fórmula: «*el gran barajador de los pueblos.*» No se extrañe, pues, el que Flaminio al anunciar en los juegos Istmicos la falsa libertad que cual irónica limosna les enviaba el Senado romano, tuviera vergüenza de profanar el nombre *heleno* ante la servil muchedumbre que aplaudia sus palabras. El último de los Helenos dejó de existir con Filopemen el año 183 ántes de J. C.

Bajo el yugo romano, la provincia de Achaïa se latinizó rápidamente, y más aún desde que Constantinopla fué erigida en capital del Imperio. En la lucha entre ámbas lenguas, la griega, la más culta, y al par la más vigorosa, prevaleció naturalmente, así como tambien la cultura literaria: el griego acabó por ser la lengua oficial del Imperio, á cuya circunstancia, en mi concepto, debe el contarse todavía, siquiera tan disfrazado, en el número de las lenguas vivas, miéntras que el latin ha pasado al catálogo de las muertas. Pero de que la provincia de Achaïa se romanizó en el fondo, no ménos que la Galia, dan elocuente testimonio los códigos de Justiniano, y las Basílicas.

Dolorosa, ó más bien aterradora, comienza á ser desde la conquista romana, y no ha dejado de serlo todavía la historia de aquellas regiones, que en otros tiempos fecundara el genio vivificador de Aténas y el de Esparta. Cuantos azotes y calamidades han visitado á la pobre Europa, otros tantos se han cebado con predileccion sobre aquel suelo sagrado. Los Wisigodos, los Vándalos, los Ostrogodos, los Búlgaros, hacen de la Grecia el primer teatro de sus horrores. Los Slavos devastan el país por espacio de dos siglos, y acaban por confundirse con sus habitantes (siglo IX); pero todavía tuvo que sufrir la Grecia la invasion de los Arabes y

una nueva irrupcion de los Búlgaros. Y sin embargo, ni en cinco siglos de bárbaras irrupciones, ni en otros cinco posteriores de dominacion otomana, ha sufrido la Grecia tantos desastres ni presenciado tales horrores, como los que en ella ejecutó la Europa civilizada desde el siglo XI, cuando se presentó en sus costas la primera expedicion normanda, conducida por Roberto Guiscardo, hasta el siglo XV, en que el yugo de hierro de los Turcos remplazó al más vil y corruptor de los mercaderes venecianos. En este corto espacio de cuatro siglos, las poblaciones greco-romanas fueron una y mil veces pisoteadas, acuchilladas, incendiadas por Francos, Normandos y Almugávares, y totalmente devastadas por los Cruzados, que cayeron sobre ellas como nube de langostas.

Al cruel tratamiento que Grecia padeció por el hierro y la tea de sus invasores, hay que agregar todavía los padecimientos morales que sobre ella cayeron con la vergonzosa corrupcion del Bajo Imperio, la crápula y cinismo de los caballeros cruzados y la inhumana opresion de los avarientos mercaderes italianos.

Cuál haya sido la suerte de las poblaciones neo-helénicas bajo la tiranía de los Otomanos, imagíneselo quien recuerde que en el espacio de un siglo, desde 1770 hasta 1868, la Sublime Puerta se ha visto obligada á sofocar con el auxilio de *hordas*, más bien que *tropas* egipcias, siete insurrecciones, de las cuales sólo la de 1821 ha triunfado parcialmente. Hagamos, sin embargo, á los Turcos y Egipcios la justicia de consignar, que su conducta para con los Griegos fué humanitaria, en comparacion de la de los Rusos, quienes dejaron señalado su paso por las provincias griegas del Imperio Otomano con el incendio total de bosques, mieses y ciudades y la universal degollacion de mujeres, ancianos y niños.

En esta breve reseña hemos visto la raza helena nacer por el concurso de várias razas procedentes de las tres partes del mundo antiguo, colonizar todos los pueblos conocidos, aniquilarse en guerras intestinas, corromperse al contacto de los Persas, amalgamarse con los Macedonios, dispersarse y confundirse con otras razas, durante las expediciones de Alejandro, romanizarse bajo la República é Imperio, sufrir la irrupcion de diferentes hordas de Bárbaros, absorber á los Slavos, formar parte del Bajo Imperio y del Imperio latino de Oriente, hacerse independiente bajo duques normandos, francos y catalanes, convertirse en colonias italianas, y ser finalmente diezmada y en gran parte aniquilada por

Cruzados, Turcos, Egipcios y Cosacos. A todo esto debe añadirse, el contínuo trasiego de razas de que en todo tiempo han sido y hoy todavía son teatro las costas orientales del Mediterráneo; la no interrumpida afluencia de *Levantinos*, ó criollos de Levante, á quienes es debida la introduccion de la *lengua franca* (1), hoy tan generalizada como la griega, y finalmente el íntimo contacto en que desde hace muchos siglos se encuentra la raza neo-helénica con otras razas, tan jóvenes y tan vigorosas como son los Albaneses, Búlgaros y Walachos, que componen una cuarta parte de la poblacion del actual reino de Grecia.

La atenta consideracion de estos hechos nos permite: 1.° fijar definitivamente la verdadera genealogía de la raza y de la lengua neo-helénica: ámbas descienden de la raza y de la lengua del bajo Imperio greco-romano (que ninguno de nuestros lectores se atreverá á confundir con la raza y la lengua de los 10.000 comilitones de Jenofonte), mezclada después y adulterada *ad infinitum*; y 2.° explicarnos las causas del estado en que se encontraron las provincias que actualmente componen el reino griego, al ser reconocida su independencia en 1828: las comarcas desiertas: ni un palmo de tierra roturado: las fértiles campiñas de Copays, convertidas en pantanos: las diezmadas y dispersas familias, presas de la fiebre intermitente; ni un árbol en pié ni una cabeza de ganado viva: el brigandaje y la piratería, las únicas industrias practicables.

---

(1) Un compuesto de todas las lenguas y dialectos (catalan, maltes, napolitano) que se hablan en el Mediterráneo.

E. B. O. Z.

# LAS DOCTRINAS DEL DOCTOR ILUMINADO.

## RAIMUNDO LULIO.

Aparece, como signo de madurez en los pueblos modernos, la direccion de su vida intelectual con atencion reflexiva á las diferentes formas y manifestaciones en que se muestra su carácter histórico. Donde quiera se reconoce la insuficiencia de la enseñanza y cultura importadas, las cuales como nacidas al estímulo de necesidades distintas y en relacion con aspiraciones é ideales vários, si pueden ser presentes de valía en los primeros momentos de la educacion de naciones ajenas á toda social disciplina, no tardan en mostrarse cual principios de una organizacion viciosa, salvo en algunos contados elementos, que logran engastarse en las condiciones del pueblo que los recibe.

En particular se ofrece la inconveniencia de las importaciones poco meditadas en las naciones que han alcanzado algun desarrollo en el pensamiento, mayormente cuando han producido notable comercio intelectual, merced á una literatura fecunda, convertida en órgano de tradiciones comunes y de análogos intereses sociales y políticos; porque demás de ser recibidas sin adecuada preparacion por parte de los individuos, pareciendo raquíticas ó debilitadas en una atmósfera diferente ó adversa, interrumpen el crecimiento de legítimos ideales históricos, sustituyéndolos por cierto espíritu artificial, sobrepuesto y movedizo, que amengua y descompone su energía. Si ocurriese á este propósito algun linaje de duda bastaria á desterrarlo la memoria de lo que fueron nuestras artes y en especial el teatro durante la última centuria, ante el estrago de inmoderada influencia francesa; no contada la espantable

postracion de que adoleció nuestra poesía narrativa á principios del siglo XVI por la imitacion exagerada de los vates italianos, con ser ménos peregrino por otra parte este influjo, que abonaba en algun modo comunidad de orígen, de pátria y de cultura. No copiando á los Italianos y Franceses, sino evocando y robusteciendo nuestra cultura pasada, no mendigando pensamientos á escritores extraños, sino ántes bien, recogiendo las tradiciones patrióticas de nuestros romances y las caballerescas de los cancioneros nacionales, han erigido Lope, Guillen de Castro y Tirso de Molina en el siglo XVII y en el nuestro García Gutierrez, Zorrilla y el Duque de Rivas la primera literatura dramática del mundo.

Con tan insignes antecedentes dentro del suelo pátrio, ¿qué mucho que pensadores reflexivos aquellos á quienes algo se alcanza, en punto á merecimientos filosóficos de nuestros españoles, y que no desconozcan siquiera de oidas los escritos y trabajos de los Sénecas y del grande Isidoro, de Averroes y Aben Maimon, de Rivadeneira y de Suarez, experimenten legítimo disgusto al escuchar á críticos preocupados, que nuestros naturales no han cultivado ni poco ni mucho las esferas de la filosofía, y esto, para enaltecer cual empresa digna y provechosa, la aceptacion de un sistema de vida, de educacion y de pensamiento extranjero? ¿Por ventura es lícito olvidar los menguados esfuerzos de los Luzanistas para deprimir los merecimientos de nuestra literatura, en glorificacion del genio de la Galia ó las frivolidades de Boscan, ufanándose con repetir, traduciéndolos, artificiosos conceptos de los poetas italianos? Pues si se convierten los ojos á los ejemplos de otras naciones, se ha de confesar y reconocer que los Latinos permanecieron inferiores á los Griegos en aquellas artes y elementos que les imitaron, y que los mismos Alemanes, cuyo modelo y autoridad se propone, no hicieron cosa de momento, hasta que renunciaron al patrocinio de los Italianos, Ingleses y Franceses.

Aun suponiendo que la ciencia sea de suyo ó deba ser idéntica para todos (nocion que no se compadece bien con la universalidad y grandeza de su asunto ante la limitacion del espíritu humano), no se ha de entender por esto, que la preparacion para la ciencia, su camino é introduccion, la parte analítica segun el lenguaje adoptado por algunos, ó sea la ciencia de la ciencia, no pueda ni deba ser diferente en diversos pueblos, atentas la variedad de cultura y las condiciones de la sociedad que es siempre el punto de

partida y de parada, el Oriente y el Poniente del pensamiento en sus brillantes giros y manifestaciones por el campo de la filosofía.

Examinados con relacion á España el influjo, en cierto modo recíproco, de los elementos literarios en la vida social y doméstica, puesta de relieve la afinidad de dichos elementos con la actividad y variadas formas del pensamiento especulativo, claramente se mostrará la clave de las doctrinas expuestas por Oliva, Vives, Leon y el Brocense durante la monarquía de la casa de Austria; de las de Feijóo, Arteaga y Forner en el siglo XVIII; de las de Viegas, Capilla, Balmes, Arbolí y Valdegamas en el período novísimo.

En vano pretenderán escritores alucinados por preocupacion vulgarísima que el pensamiento filosófico ha sido imposible en España, trabajada por los terrores de la Inquisicion y la influencia extraordinaria del clero, porque demás de ser muy notorio que el carácter privativo de la Inquisicion española estaba en consonancia con el espíritu de la sociedad en que se desenvolvia, y que los cadalsos levantados por el brazo seglar en su obsequio tenian sus equivalentes en los ensangrentados por el fanatismo religioso en Francia y en otros países de Europa, no se ha de olvidar tampoco que para las grandes convicciones morales son recursos frustráneos las persecuciones y amenazas, mayormente dada la independencia del carácter de una nacion, cuyos prelados mantuvieron en Trento una oposicion vigorosa, cuando la Inquisicion podia exigirles cuenta de sus opiniones y han mostrado una adhesion humildísima al padre de los fieles, en los momentos en que cualquier conato de resistencia hubiera podido ser objeto de decidida proteccion por parte del Gobierno de una revolucion triunfante.

Explicar por el tribunal de la Inquisicion el carácter místico de los Luises y de San Juan de la Cruz, parece una manera de círculo vicioso, porque precisamente en el misticismo del pueblo español y en lo incondicionado y absoluto de su fé religiosa se arraigaba aquella institucion que, de seguro, no hubiera madurado en España, si el sentimiento nacional hubiera adoptado una direccion distinta. Como quiera que sea, no es ménos cierto que las exageraciones del misticismo en nuestros preciados escritores católicos nunca llegaron en la afirmacion de lo sobrenatural, al punto que logran, al presente, en algunos discípulos del filósofo altemburgués Cárlos Cristian Federico Krause.

Oportuno parece desenvolver esta afirmacion, en gracia de la frecuencia con que ha comenzado á sonar en nuestras revistas literarias el nombre de esta secta de pensadores, dado que al exclusivo propósito de comparar sus doctrinas con las del filósofo iluminado español, objeto de estos artículos, pueden bastar sobre dicho asunto algunas breves indicaciones.

Es la doctrina de Krause, segun aquel de sus discípulos que más se ha fatigado en darla á conocer en Europa, una como perfeccion del eclectismo, á cuya sombra ha logrado sus primeros triunfos en las naciones de raza latina. «El eclectismo, escribe Tiberghien, es un esbozo del espíritu moderno, aspiracion vaga y confusa hácia la armonía. Su indecision, su insuficiencia, y sus errores son señalados y subsanados en la doctrina de Krause (1). Por favorable que sea este juicio á la reputacion de un filósofo, del cual afirmaba su maestro Schelling, que sólo tenia tres cuartas partes de cabeza, es problemático que Krause haya logrado suplir en el pensamiento moderno los vacíos del eclectismo Leibnitziano, cuanto ménos los del anglo-frances, planteado por los maestros escoceses, los cuales, á falta de otro mérito, tienen el innegable de la parsimonia en sus afirmaciones, de la observacion concienzuda y de la modestia.

En particular, es un defecto reconocido en la escuela de Krause el desenvolvimiento extraordinario del procedimiento de hipótesi, y cierto respeto y culto á las teorías del maestro, que sustituidos á la conciencia individual alucinan sobre los informes de dicha conciencia, presentando cual fruto del pensamiento propio lo que es pura sugestion y juicio formado. Descansando la principal fuerza del Krausismo en estas suposiciones, cuando la razon individual se niega á recibirlas, culpa la falta de comprension del neófito, con lo cual no es absolutamente increible que personas poco sinceras ántes de reconocerse como privadas de capacidad filosófica, se den por llanamente convencidas de su evidencia indubitable. Y no porque en realidad de verdad pueda ponerse en tela de juicio que las verdades de la ciencia exijan meditacion detenida, sino porque aplicada esta meditacion á las doctrinas de que se habla y aun tomada en cuenta la alteracion del uso vulgar de las palabras del discurso, á que se re-

(1) *Estudios sobre la Religion*, cap. II, pág. 37.

ducen por lo comun sus novedades de más momento, aparecen como de un retroceso espantable comparado con las doctrinas de Bacon y de Descartes, cuanto más con las de Leibnitz, Kant y Fichte, cuyo desenvolvimiento se ha equiparado malamente con las hipótesis y esquemas superficiales del filósofo de Altemburgo.

Resalta principalmente este retroceso al cotejar su desenvolvimiento analítico con la doctrina de la *ciencia de la ciencia* en el filósofo lusaciano. Donde Fichte ponia el movimiento y la vida de la inteligencia representada por el juicio, y señalaba la escuela escocesa en primer término la contemplacion de las modificaciones efectivas del alma, Krause se limita á colocar una entelequia muerta, con suposicion de vida, bajo la forma de un yo anterior á todo acto, abstraccion realizada de existencia imposible. Protesta la conciencia individual contra la supuesta contemplacion directa é inmediata de un yo pensante, cognoscente, volente ó sensitivo, aparte de sus respectivas modalidades, ó sea del pensar, conocer querer y sentir, contemplacion que contradicen la totalidad de nuestros recuerdos, en su sucesion cronológica y hasta el ordinario lenguaje del infante, quien confundiendo la condicion del sujeto con la de las modificaciones, en que se muestra, se nombra como percibido simultáneamente con ellas en su pensamiento, bajo las fórmulas el niño siente, conoce ó desea. Y tan extremada parece la hipótesi de un yo contemplado sin modalidades, ó como sin modalidades, la cual es en el fondo la de una causa sin efectos, ó como sin efectos, ó de un ser sin cualidades, que una vez admitida no parece anómalo el recibir de suposicion en suposicion todas ó muchas de las afirmaciones del espiritismo, metempsícosis y magnetismo animal, doctrinas que señorean el Krausismo y remplazan en muchos conceptos á las llamadas ciencias ocultas de la Antigüedad y de la Edad Media.

Por otra parte la filiacion lógica del Krausismo, así con la doctrina de los primeros gnósticos y los alejandrinos Plotino, Iamblico y Proclo, es tan evidente, y la congruencia entre sus principios y los de algunos filósofos anteriores al siglo XIV es tan manifiesta, que la reconocen sus propios partidarios, llegando á declarar el citado Tiberghien, que ántes de la separacion entre la teología y la filosofía, obra comenzada en la Edad Media y no realizada definitivamente sino por el Cartesianismo, existian grandes

relaciones entre doctrinas muy preciadas y la de Krause (1). Habiendo de exponer el proceso de las lamentables aberraciones que se muestran en el desarrollo histórico de la última, séame lícito narrar las circunstancias de su introduccion en el Mediodia de Europa.

Verificada en Francia la restauracion de los Borbones, desautorizáronse en la Corte las opiniones condillacianas y enciclopedistas, con lo cual robustecido el eclectismo, que habia vuelto á retoñar en los tiempos de Napoleon I, se dió á aclimatar en alguna parte la filosofía de los sábios escoceses, doctrina de transaccion á que mostraban grandes aficiones cortesanos educados en las ideas de la Gran Bretaña. Partidario se mostraba Víctor Cousin de aquellas limitadas conciliaciones, cuando emprendió su primer viaje á Alemania, donde no tardó en apasionarse por las ideas especulativas entónces en boga, las cuales le produjeron no pocas persecuciones políticas, hasta que las templó y modificó notablemente mezclándolas con algunas ideas platónicas y explicaciones de Dugald, Stuart, Biran, Royer-Collard y Larromiguiere. Por el mismo tiempo Reiffenberg en los Países Bajos elegia por emblema el aforismo baconiano *fœlix doctrinæ prædo*, que en breve lo fué de todo eclectismo, y verificada la separacion y emancipacion de Bélgica, la universidad de Brusélas se constituyó en emporio del eclectismo doctrinario, centro y mediador de cultura libre, filosófica y religiosa entre Alemanes y Franceses.

Comenzó la propagacion por la doctrina de Krause, pensador místico y sobrenatural, protestante templado entre panteista y deista, cuyo panteismo, plagado de fórmulas espiritualistas y naturalistas, parecia tan ajeno de la nota de incredulidad, como libre de sospecha de exageracion ultramontana. En breve obtuvo las simpatías de Víctor Cousin aquella teoría admirable que armonizaba, segun sus encomiadores, la libertad con el órden, la Edad Media con los tiempos modernos, el Catolicismo con el Protestantismo, panacea que curaba todos los males sociales, y revelacion que explicaba todos los secretos de la naturaleza y del espíritu, con lo cual, apénas restituido á su pátria de vuelta de su viaje científico oficial al reino de Prusia, recomendaba encarecidamente á M. Guizot fuese invitado M. Ahrens, para que bajo los auspicios

(1) *Disertacion sobre la teoría de lo infinito*, cap. VI, 145.

del Gobierno frances hiciese conocer en Paris la nueva filosofía racional y sobrenatural, física, psicológica y teista. Aceptada la indicacion en todas sus partes, vióse en el invierno de 1834 á considerable número de estudiosos Parisienses, hijos de los enciclopedistas, discípulos de Condillac, y compatriotas todos del gran Descartes, oir en una cátedra, costeada por el Gobierno de Luis Felipe y de lábios de un profesor extranjero, que á su juicio poseia como palanca acomodada, para extirpar el error, un nuevo y extraordinario criterio, despertado por las lecciones de Cárlos Cristian Federico Krause, exponer, merced á este criterio, con imperturbable serenidad, y á guisa de anuncio de espectáculo, la suma entera de prodigios y hechos portentosos con que entretiene Alejandro Dumas la credulidad de sus lectores en las hazañas mágicas y nunca vistas acciones magnéticas del maravilloso José Bálsamo.

En la leccion quinta de aquel memorable curso, segun llegó á darse después á la estampa, bajo los cuidados y revision del autor, proponia entre otras la solucion de las siguientes cuestiones:

«¿Cómo sucede que una persona extraña al sonámbulo (magnetizado) adquiere tal poder sobre su persona que parece ha perdido su libertad? ¿Cuál es la razon de la elevacion de todas las facultades, y principalmente de la vista, la cual se ejerce sobre objetos exteriores remotos, sin necesidad de sus órganos ordinarios, y cómo se explica dicha facultad por las leyes generales de la naturaleza? ¿Cuál es asimismo, la de la doble personalidad que se muestra á la contínua en este estado, en el cual parece que el sonámbulo reviste alternativamente una personalidad distinta? ¿Hasta qué punto puede llegar la prediccion de los sonámbulos, y cuáles son las circunstancias sobre las cuales puede versar razonablemente dicha prediccion (1)?»

Pasando después á desenvolver semejante programa, decia de esta suerte:

«Ahora podrémos explicar (2) tambien, cómo se verifica que el magnetizador adquiere tal poder sobre el magnetizado, que parezca tener á su disposicion la persona del último.

»El poder que el magnetizador adquiere, se extiende únicamen-

(1) *Curso de Psicología*, Leccion V, t. I, págs. 298 y 299.
(2) *Ibidem*, pág. 309.

te sobre las facultades y funciones del cuerpo, no sobre las facultades intelectuales, dado que no está en su mano elevar ó debilitar estas facultades, *puede paralizar* aquellas *funciones* (á este propósito, cita M. Ahrens en una nota la autoridad de M. Rostan, el cual aseguraba que bastan dos ó tres gestos del magnetizador para sumir en inamovilidad perfecta los miembros del magnetizado, sin que pueda salir de ella, y aun es suficiente la voluntad del magnetizador para producir el efecto), *puede hacer sentir al sonámbulo cosas que no están presentes* á los sentidos; pero no podrán inducirle á error cuando el objeto es intelectual y no sensible..... Con todo, la relacion íntima que se establece entre el magnetizador y el sonámbulo, no se limita al cuerpo, es tambien intelectual; pero aquí el poder está de parte del sonámbulo; el que se halle en estado de lucidez magnética, no solamente siente los estados corporales del magnetizador ó de las personas que se hallen en relacion con ella, sino que *sabe asimismo lo que pasa en el espíritu del magnetizador*, y conoce sus pensamientos más íntimos (1).»

Hablando del estado de las facultades y de la vista producida por el sueño magnético, añade:

«La imaginacion se exalta sin desordenarse, la memoria se extiende con tal claridad sobre todo lo que el sonámbulo ha hecho en la vida, que parece que todo lo pasado se resuelve como un solo acto en la luz de la conciencia de sí mismo. —Pero el hecho más notable es la facultad extraordinaria de la vista, que así se refiere al interior del cuerpo como al exterior, á traves de cuerpos opacos, y que parece trasportarse tambien á partes interiores del cuerpo, las cuales, en el estado ordinario, no intervienen en esta funcion.»

Con este motivo y para corroborar eficazmente la doctrina expuesta, alega el filósofo krausista los hechos que siguen:

«Es un fenómeno, dice (2), muy vulgar en el estado del sonambulismo lúcido, que los sonámbulos (magnetizados) distingan objetos colocados sobre la parte exterior del estómago, y que lleguen á leer, aunque sea caso más raro, escritos colocados en este sitio. Ni es sólo por el epigastrio por donde se ejerce la vision, tambien

(1) *Curso de Psicología*, Leccion V, tomo I, pág. 310.
(2) *Ibidem*, pág. 319.

*

se practica por otras partes, á saber: la frente y el colodrillo (cita acerca de este particular en una nota el testimonio del mencionado M. Rostan, quien refiere que un magnetizado llegó á designar la hora que señalaba la mano de un reloj colocado en el occipucio), siendo necesario que exista una razon fisiológica, para que sean estas partes del cuerpo, y no otras, las que verifiquen la funcion del órgano de la vista en el estado de sonambulismo.»

Conocidas las conclusiones psicológicas de Ahrens, no es de extrañar el carácter físico y mecánico de su Filosofía del Derecho, donde explica más ó ménos la necesidad de castigar por una manera de desequilibrio que se muestra en la sociedad ofendida, semejante al que presentan en la atmósfera nubes de electricidades de distinto nombre, siendo de rigor se descargue el rayo de la justicia para devolver órden y reposo á cierta categoría abstracta ó círculo de derecho que denomina Estado, divinidad de convencion que, con no haber existido independiente del Gobierno y de la sociedad en ninguna parte del mundo, y ser tan mítico y artificial como el Molock de los Libios y Cartagineses, ha de aplacarse como aquel con incesantes sacrificios humanos. Donde se ve, que á la manera que la doctrina psicológica de Ahrens se refiere al procedimiento hipotético, que en su maestro Krause sustituye á la crítica de Kant y de Fichte, la jurídica se relaciona con el carácter físico y mecánico de su psicologismo, apareciendo como fenómeno de notable anomalía, si ya no es descuido reprensible, que la Filosofía del Derecho, segun los principios de Ahrens, se haya recibido en algunas escuelas del Mediodía de Europa, sin examinar sus fundamentos y doctrinas análogas en psicología y metafísica.

Pudiera creerse, no obstante, dada la importancia y seriedad con que se intenta acreditar el moderno visionarismo, celando el fondo de sus teorías en frases sibilíticas y fórmulas cabalísticas, de género incomprensible, que cualesquiera que hubieran sido los defectos de las anticuadas concepciones de Krause ó de las explicaciones primeras de su discípulo Ahrens, todos se hallaran subsanados, y remplazado el mundo de las hipótesis por el de la fria razon, en los actuales porta-estandartes del krausismo, Tiberghien y Leonhardi.

Desgraciadamente textos auténticos de estos escritores en puntos donde no era dable que disfrazaran su pensamiento, no dejan la menor esperanza de semejante conversion en la doctrina. Como

las afirmaciones de Ahrens sobre las adivinaciones del sonambulismo y la percepcion por el magnetizado de objetos que no están presentes, recuerdan las de los intérpretes de sueños y las maravillas de los magos caldeos y egipcios, las teorías cosmogónicas y filosófico-religiosas del lógico y metafísico Tiberghien ofrecen notable parecido con algunas doctrinas indianas y averroistas, y más frecuentemente con las exposiciones coránicas y azuníticas de los doctores musulmanes. Porque si sorprende en los expositores mahometanos leer las interpretaciones peregrinas con que ilustran y comentan la designacion de «Señor de los mundos», aplicada al Sér Supremo por el Corán, refiriendo muy formalmente la creacion de siete cielos en siete períodos cosmogónicos, con la historia de sus respectivos moradores, todavía nos parecen más respetables aquellas mitológicas tradiciones de la creacion, segun los semitas, que las extraordinarias elucubraciones reveladas, á tenor de la teoría del mismo Tiberghien, nada ménos que por el Sér Supremo al expresado filósofo belga, en virtud de sus méritos privatísimos.

Después de dar por innegable la metamorfósi de la vida en los animales y planetas, rechazando, sin embargo, la trasformacion del hombre en animal, explica la metempsícosis antropista en estos términos (1).

«En todas sus vidas conservará siempre el hombre la conciencia de sí mismo, la conciencia de su superioridad moral é intelectual, conciencia que, desenvolviéndose bajo otras condiciones, puede aún mejor que en esta vida convertirse en el suplicio de los malos y recompensa de los buenos.» Acerca de este mismo punto, añade (2): «Demostrando la infinidad de los globos que componen el universo, creemos haber señalado bastantemente los lugares donde se cumplen los destinos de los séres humanos. Muchas hipótesis se han emitido á este objeto. Segun algunos autores, cada astro constituye una unidad indisoluble con los séres que la ocupan, de tal suerte, que los séres continuan allí su desenvolvimiento infinito á traves de las trasformaciones sucesivas del globo. Otros admiten el tránsito de las almas de un globo á otro, pero miran la tierra como teatro y centro principal de las transmigraciones. Otros aun contradiciendo las nociones más elementales, no conceden al

(1) *Disertacion sobre la teoría del infinito*, cap. IV, párrafo 60, pág. 115.
(2) *Ibidem*, párrafo 61.

hombre sino dos vidas, una terrestre y temporal, y otra eterna, ya celeste ya sideral. La doctrina de Krause nos parece haber resuelto este problema de la manera más racional. En efecto, si se considera de una parte que no existe union de tal modo estrecha entre las almas y la tierra, que no puedan elevarse más y aspirar se contemple el mundo bajo todas sus fases, y de otra parte que la naturaleza humana es infinita, y por tanto debe desenvolverse hasta lo infinito, *en union de vida con todo lo que es, con la naturaleza y con los espíritus*, en el espacio y en el tiempo, *es fácil concebir la transmigracion de las almas en su vida infinita á traves de la infinidad de los globos del universo.* »

A la verdad, semejante transmigracion de las almas en sentido pitagórico y un tanto espiritista, concierta mal con el yo uno, cuerpo y espíritu, yo ántes y sobre cuerpo y espíritu, que constituye el eje del krausismo, y que así pensado es otra hipótesi maravillosa, dado que no nos consta en modo alguno, por testimonio de la conciencia, que tal linaje de yo haya existido ántes de esta vida, ni tenga realidad distinta de la ordinaria unida de cuerpo y espíritu, admitida por la generalidad de los hombres. Ni sería mucho afirmar que la doctrina en cuestion tiene harto parecido con los pretendidos descubrimientos de las ciencias ocultas, los sueños de la cábala y la hipótesis de los siete cielos, tan generalizada en la Edad Media, cuyo sobrenaturalismo ofrece más de una relacion con la filosofía krausiana, segun queda expuesto arriba. — Con todo, no deja de ser despreocupada la manera de juzgar el estado presente de las creencias religiosas que florecieron durante aquella edad en la Europa del Mediodía, ni lo es ménos su manifiesta predileccion hácia el Islamismo, al cual se abraza el sobrenaturalismo krausista, dando á entender, sin embargo, que las revelaciones particulares y privativas en que creen así el uno como el otro no son hechos sobrenaturales «El mosaismo, dice Tiberghien, refiriéndose á la época contemporánea (1), se desprende del código formalista y tradicional del Talmud, y vuelve á la sencillez primitiva. El Judaismo y el Cristianismo caminan el uno hácia el otro, yendo á reconciliarse en la razon. El Islamismo, con carecer de pretensiones sobrenaturales, no entorpece el desenvolvimiento del espíritu.»

A vueltas de estos alardes de despreocupacion, que tan mal sien-

(1) *Estudios sobre la Religion*, cap. II.

tan con las adivinaciones del magnetismo animal, la teoría de la transmigracion y la creencia espiritista de la comunicacion de los espíritus, Tiberghien llega á admitir la revelacion de Dios en la ciencia y en el arte de una manera peculiar en espíritus determinados, realizando las hipótesis y mitos del clasicismo. «Dios, dice Tiberghien en sus *Estudios sobre la religion* (1), se revela á nosotros en la razon. Pero la revelacion no es solamente eterna y general. Los genios que se elevan sobre el nivel de su época poseen en más alto grado que el vulgo la conciencia y el sentimiento de las cosas divinas. Porque Dios se une al hombre en la medida en que el hombre se une á Dios, porque Dios se quiere á sí mismo, y quiere todas las cosas segun el órden de su perfeccion, en razon de su semejanza con su propia naturaleza, y Dios puede tambien por un acto especial de su voluntad derramar luces más abundantes sobre aquellos, cuyo genio es marcado de un sello más religioso. ¿Por qué, pues, el delirio sagrado del poeta ó del artista, el santo entusiasmo del profeta ó del apóstol, la sagacidad prodigiosa de los jefes políticos ó religiosos de algunos pueblos no ha de ser el efecto de una inspiracion divina?»

Atrevida hipótesi que la razon moderna apénas concibe fuera del krausismo, porque si la elevacion del génio fuese resultado de la union de Dios con el hombre, á medida que éste se hubiese unido con Dios, no sólo merecerian ser venerados como santos Cellini y el Españoleto, Luis XIV y Bayle, Voltaire y Espronceda, sino que hasta las gracias y sorprendentes atractivos de las actrices y bailarinas ilustres habrian de estimarse cual el resultado de haber encarnado en ellas el espíritu del Sér Supremo, en virtud de sus méritos extraordinarios. A tenor de esta religiosidad cómoda, ni los sacrificios, ni la severidad de costumbres, ni la virtud callada, ni la moderacion, ni la beneficencia han sido tan aceptos á Dios cuanto las aficiones coreográficas de la Tirana ó de la Taglioni, haciendo recordar muy oportunamente el contenido de aquella inscripcion, que algunos autores griegos afirman haberse puesto en el templo de Vénus al pié de una pintura, representacion de cortesanas orantes: «Ellas rogaron á la Diosa, y la Diosa por su intercesion salvó á la Grecia.» Dadas estas explicaciones y la pretension renovada de confundir la filosofía con la religion á la ma-

(1) Cap. III, págs. 108 y 109.

nera que se practicaba en la Edad Media, no es de extrañar el sentido teosófico de las doctrinas de Leonhardi, aunque exceda todo lo razonable la exageracion del criterio de autoridad, por parte de este filósofo krausista hasta un punto que jamas llegó el catolicismo, exageracion que por otra parte sólo alcanza analogías históricas, atendida la laxitud de principios morales que supone la teoría expuesta de la adhesion recíproca de la divinidad y del hombre para constituir el génio, y el perpétuo consorcio que en todo tiempo han tenido la decadencia moral y la credulidad supersticiosa.

La fe, segun Leonhardi es «el sacrificio de una opinion *ora exacta, ora errónea*; es una como entrega, ora voluntaria y libre, *ora cohibida*, una admision, recepcion y reconocimiento de un hecho como tal con todas las fuerzas de la vida (1).» Cuanta sea la inferioridad de esta doctrina, respecto del *obsequium rationabile* definido por los católicos, resalta de su indiferencia á la verdad y á la libertad presentando como normal y legítimo de la fe cohibida y que sacrifica opiniones exactas, y declarando, sin embargo, que fe de semejantes condiciones «es tan esencial al hombre y tan inseparable de su perfeccion armónica como el saber.» Agréguese á esto una confusion lamentable entre la fe religiosa y la ciencia, las cuales explica asimismo como revelaciones divinas, distinguiéndola solamente por sus caractéres mediatos ó inmediatos (2), que es la distincion aceptada por el más refinado misticismo, aunque mostrando notable preferencia por la fe religiosa. «La fe, dice, ni es saber ni no saber; pero sí el buen prejuicio que, en cuanto aspira á saber y al conocimiento, abre á este el camino haciendonos accesibles y receptivos á él y dándonos promesa y seguridad en este buen prejuicio y anticipacion. La fe encierra alguna verdad siempre, y aun aquellas permanentemente inaccesibles al saber del hombre (3).» Al leer estas frases pudiera creer algun tradicionalista piadoso que Leonhardi se aproxima de algun modo al sentido de nuestros místicos, y que procediendo de afirmacion en afirmacion ha de llegar naturalmente conclusiones parecidas á las de Maistres y Valdegamas. De haberlo hecho así, hubiera sido á lo ménos consecuente; pero llevado de un espíritu eléctico, fre-

(1) Leonhardi, *Religion y Ciencia*, núm. VIII.
(2) Ibidem, núm. XXIII.
(3) Ibidem, núm. XV.

cuente punto de reposo de sus exageraciones krausistas, después de desear en vano la union entre franc-masones y jesuitas, toma parte á favor de los últimos, mostrándoles su predileccion, si renunciasen á las lógias secretas y á provocar en Austria lo que llama vértigo de la nacionalidad, proceder que á los ojos del profesor de Heidelberga, en el ducado de Báden, es un manejo inmoral (1).

Tales son, en suma, las soluciones prácticas que ofrece al estudio de la sociedad española la importacion del Iluminismo desarrollado por la filosofía krausista. Por espacio de algun tiempo ha sido estéril toda impugnacion de esta doctrina, porque encerrados constantemente los krausianos en fórmulas casi cabalísticas é inconprensibles, esquivaban toda respuesta á sus impugnadores con expresarse acerca de ellas ante sus neófitos en términos parecidos á la Áleia XII de la segunda Azora del Corán: «Cuando se les dice, creed, creed como creen otros, responden: ¿Creerémos como creen los ignorantes? Qué son ellos sino ignorantes? pero ellos no lo entienden.» Hoy han variado en mucho las circunstancias de la escuela, se ha enriquecido su literatura, los discípulos han puesto á la luz del dia, en momentos de agradable expansion, los principios esotéricos del maestro, y el rostro de la velada Isis, puede contemplarse desde el vestíbulo del santuario.

Comenzó el krausismo por hacer causa comun con los prestidigitadores que explicaban los prodigios de magnetismo y del espiritismo; después no ha tenido reparo en señalar las excelencias del Islamismo, ni en admitir la transmigracion de las almas humanas por los diferentes planetas; en la actualidad, ambiciona alternativamente las simpatías de los pietistas y de los franc-masones, aspirando á convertir á estos en cortesanos de los príncipes. Filosofía media entre la antigua teosofía de la raza latina y el panteismo de algunos filósofos germanos, ha debido su propaganda en Bélgica, Francia y España á condiciones eclécticas de la política general que ha dominado en estas naciones. Ora se presenta á sí misma como dogmática especulativa de una nueva religion que reconoce indistintamente la mision sobrenatural y revelacion divina de Zoroastro, Moisés, Budha, Jesús y Mahoma, colocándose indiferentemente, por tanto en relacion paralela con el Tomismo ó las teorías de Al-

(1) Leonhardi, *Religion y Ciencia*, núm. XLVI.

gazali, ora reconociéndose como doctrina privativamente religiosa en su fondo, recibe sin embargo las tradiciones de las antiguas sectas cristianas en la reunion de los concilios.

Bajo este concepto, es importante citar el congreso de filósofos, celebrado en Praga en 1868, el cual, con ser el primero de su género en la época moderna, se ha debido principalmente á la iniciativa del referido Leonhardi, auxiliado eficazmente por Gorgon, Schliepake, Hohlfeld y Roeder, conocidos apóstoles del krausismo, quienes han llevado la voz en las principales discusiones en que han tomado parte tambien algunos ex-luteranos y judíos. Debatidas interesantes tésis concernientes á la llamada religion natural, como igualmente los fundamentos de su futura disciplina, se ha tratado en dicha asamblea *de la indiferencia religiosa y del quietismo eclesiástico*, definiéndose que el Cristianismo *empieza ahora á emprender un desenvolvimiento elevado, y que no tendría buen éxito el emancipar la Iglesia y el Estado de todu intervencion en los negocios y acontecimientos humanos.*

Por tales caminos, que recuerdan las disputas y conclusiones de la Escolástica en los tristes tiempos de Juan Huss, mencionados con entusiasmo por los admiradores del Congreso, abandona el Iluminismo krausiano la controversia por escrito, forma de discusion filosófica generalizada mediante la imprenta, apela á los recursos parlamentarios y oratorios, y remplaza por el movimiento de las pasiones, con frase hueca y declamatoria, el influjo sereno de la verdadera filosofía, la cual no necesita aprisionar ni cautivar el espíritu del que la recibe, ántes se paga más de la silenciosa adhesion del sabio que del gárrulo é irreflexivo aplaudir de bulliciosa muchedumbre.

Pero tiempo es ya de entrar en el estudio de nuestro doctor Iluminado, estrella de primera magnitud en la cultura de la Edad Media, sabio exaltado por algunos doctos, y olvidado por muchos más, y cuyas teorías filosóficas han sido objeto últimamente de privatísimas investigaciones por parte del distinguido catedrático y laborioso académico de la Española, D. Francisco de Paula Canalejas.

*(Se continuará.)*

FRANCISCO FERNANDEZ GONZALEZ.

# LA INSTRUCCION

## COMO BASE DEL ORDEN, DE LA LIBERTAD

### Y DE LA DICHA DE LAS NACIONES.

¿Cuáles son las naciones más adelantadas, y por consiguiente las más dichosas y más libres? Sencilla es, por cierto, la contestacion, y tengo la seguridad de que si la esfinge hubiera presentado problemas como este á las puertas de Tébas, cualquiera hubiera podido ser el Edipo. Es indudable que las naciones más dichosas, hoy que las escenas pastoriles no forman la base de nuestras costumbres, sino que, por el contrario, cada cual es un átomo de soberanía, son aquellas en que la instruccion está más difundida. La instruccion, levantando el espíritu de las masas, arrancándolas de las tinieblas en que viven y en que se han formado con absurdas supersticiones é ideas extravagantes, sobre todo cuanto existe; las da el juicio necesario para discernir, las proporciona los medios de estudiar y perfeccionarse, sostiene una actividad conveniente en la inteligencia, y al propio tiempo consuela su espíritu. Cuando los pueblos están instruidos, es únicamente cuando pueden considerarse libres: cuando los pueblos tienen criterio, y le ejercen en todos los actos de la vida política, es cuando están emancipados. En tanto que las individualidades que constituyen una nacionalidad no hayan llegado á esta cultura, serán explotadas siempre, y gemirán en una esclavitud vergonzosa, aunque conveniente. Conveniente, digo, porque prefiero la esclavitud á la libertad para el ignorante; como no dejaria jamás suelto á un cie-

go en un suelo lleno de abismos; como no arrojaria una juventud inocente á una sociedad corrompida; y del mismo modo que no entregaria un rewólver á la ignorancia ó inexperiencia de un niño. Y, sin embargo, si me entregaran el ciego, el jóven y el niño, y me dejaran explicar á cada uno todos los peligros que rodean la ceguera, la juventud y la infancia, no tendria inconveniente en dejar á cada cual su libertad, con la conciencia perfecta de que conocian todos los peligros que les rodeaban.

He dicho ántes que prefiero la esclavitud á la libertad, y necesito explicar esto, para que no se me confunda con un retrógado. Soy liberal, pero la altivez de mi naturaleza, la conciencia de mis actos, y el resultado de mi inteligencia me impiden seguir como en reata las opiniones del primero que se me ponga delante. Yo tengo ideas propias, y el primer acto de la libertad que deseo es la emancipacion de mi espíritu; la forma espontánea con que acepto otras ideas que me parecen justas, oportunas y razonables, y me sustraigo á las que no tienen en mi opinion este carácter.

Hay, por ejemplo, entre las soluciones políticas, una que por lo general seduce la imaginacion de las masas, y las arrastra. Cuanto más ignorante es el indivíduo, cuanto más oscura es su condicion, cuanto más dudosa es su reputacion, y hasta cuanto más criminal suele ser su conducta, tanto más profundamente se afilia en ese bando político á que me refiero, y hace alardes de sus ideas. Preguntadles á esos hombres cuáles son los círculos en que deben girar: presentadles leyes de órden público y agentes encargados de cumplirlas: presentadles un código en que esté escrita la obediencia y el respeto á la autoridad: presentadles leyes protegiendo al rico enérgicamente en el disfrute de sus bienes: obligadles á ocupar el lugar que en la sociedad les pertenece, y les vereis apelar al que ellos llaman derecho santo de la insurreccion para vindicar sus privilegios que creen conculcados. ¿Y por qué todo esto? Por su falta de instruccion. Los explotadores de esas masas que, para desgracia suya, no han dejado de ser el pechero de la Edad Media, las pervierten en lugar de moralizarlas. En lugar de abrir escuelas para enseñarlas á leer y escribir, las reunen diariamente para adularlas y al propio tiempo persuadirlas que son las clases desheredadas. Allí nace, en medio de esas predicaciones, el ódio á todo lo que constituye el órden público; allí se santifica la insurreccion; allí se abren esos abismos profundos que la civili-

zacion y la cultura ciegan á medida que van posesionándose de los espíritus. Allí se extravia el sentimiento público sin ventaja de ningun género, y en esos clubs y reuniones suele brillar más y ser ídolo de quien le escucha, no el más ilustrado, ni el más práctico, ni el más sincero, sino el más fogoso, el más ardiente, el más turbulento. El orador que fotografía en sí mismo hasta el lenguaje popular, y habla á ese pueblo un idioma de intolerancia, suele ser el más respetado. El que no hablando este idioma adula á esas masas prometiéndolas imposibles sociales, es tambien el dueño de ellas. No negaré por esto que haya en ese partido hombres respetables que trabajan de buena fé para el triunfo de su idea, pero es muy cierto que entre ellos y las masas hay una gran parte que carecen de las virtudes é inteligencia necesarias para dar garantías á la nacion.

Y sin embargo, esas masas no tienen la culpa de su ceguedad. La culpa es de los Gobiernos que las conceden derechos que no comprenden, y que las entregan, protegidas por esos derechos, en brazos de los agitadores. ¿Podrá nunca justificarse un Gobierno del cargo gravísimo que contra él resulta por conceder el derecho electoral á quien no sabe leer ni escribir? Preciso es creer que los hombres políticos se han vuelto locos ante el espectáculo de un elector votando sin saber lo que vota; realizando un acto que no comprende, y dando el sufragio sin conciencia á quien sus explotadores quieren. No se encontrará una sola persona sensata que friamente no crea que para ejercer los actos políticos, como el á que me refiero, hace falta, ántes que todo, saber lo que precisamente ignora. Se comprende bien que se establezca el sufragio universal como principio, pero es natural qne se establezca que para ejercerle ha de saber el elector leer y escribir, siendo bastantes estos conocimientos para ser inscritos en las listas. Para colmo del absurdo, están satisfechos de que lo es, los mismos que lo votan en las cámaras, los cuales tienen una gran responsabilidad. Sin valor cívico bastante para hacer frente á ideas y corrientes populares, votan y comprenden en las leyes aquello mismo que su criterio rechaza, cometiendo por debilidad un acto impropio de un hombre político que ama su pátria. La dignidad personal tiene exigencias imperiosas, y el hombre que no se estima á sí mismo y no procede con justicia y con independencia, pierde la estimacion de los demás. Esa abdicacion cobarde es una mancha en las

leyes que debian estimular la instruccion con la concesion de derechos ántes que conceder estos sin aquella.

Yo creo que haria muchos más beneficios á la humanidad una ley que concediese ámplia libertad y exencion de determinados servicios y contribuciones á todo el que estableciese escuelas para enseñar á leer y escribir al pueblo, al propio tiempo que á respetar la autoridad, y que señalase premios por este servicio; que no la que establece derechos, que no le proporcionan la comida de su familia por un solo dia. Yo comprendo que hubiese leyes que exigiesen para todo, esos principios elementales; hasta para ser mozo de cordel: comprendo que se votasen leyes, quitando todos sus derechos al que no tiene ese cultivo tan ligero de la inteligencia; al que no esté vacunado y revacunado; al que en medio de las calles públicas vomita juramentos que revelan su embrutecimiento; al que resiste á la autoridad, turba el órden público, realiza actos impropios de la dignidad humana, etc., etc.; pero no comprendo, ni comprenderé jamás estas concesiones del espíritu moderno, arrojadas ciegamente á las masas para perderlas. La misma prudentísima razon que existe para negar á la esclavitud el derecho de ser libre de la noche á la mañana, en una transicion rápida y funesta para ella misma y para la sociedad, milita tambien para negar á las masas inexpertas el ejercicio absoluto, soberano, con todas las consecuencias, de su emancipacion. Quereis emanciparlas? ¡Instruidlas! Quereis hacer un pueblo libre? Educadle! ¿De dónde viene y de dónde nace ese sentimiento que arrastra, que conmueve, que se apodera de las medianías y de las vulgaridades? De la superioridad de la inteligencia. Si sabeis hacer un pueblo instruido, habeis resuelto el problema de su emancipacion. A los hombres ilustrados nádie los esclaviza; el sentimiento de su propia dignidad es bastante para que nádie piense en explotarlos, y tiene la energía necesaria para rechazar la explotacion. He dicho ilustrados, y debo añadir: que sólo con que su ilustracion llegue á leer el catecismo de Ripalda, como dice un notable escritor venezolano, y á practicar sus principios en todos los actos de su vida, me parece bastante.

Yo que simpatizo profundamente con todos los esfuerzos hechos para salvarnos de la opresion, temo, sin embargo, esa tendencia individualista que amenaza destruir todo Gobierno y toda sociedad. Un pueblo que *no piensa más* que en *meetings*, en clubs, en elec-

ciones y en política; un pueblo que no entra en la iglesia, ni va á la escuela; que mira con indiferencia la autoridad; que no se cuida de reglas, ni razonamientos, ni conoce la historia de su país, y que se considera irresponsable, es siempre un pueblo perdido, nunca un pueblo redimido. Precisamente esa decantada idea que, en mi juicio, establecida violentamente, puede producir amargos frutos, es la que pone al hombre en aptitud de gobernarse á sí mismo, imponiéndole al propio tiempo responsabilidades individuales, y en ninguna situacion necesita tanto el hombre como en esta un criterio justo y una inteligencia cultivada.

Nada hay más peligroso que la ignorancia cuando tiene el poder entre sus manos. Embriagada con su soberanía, sin saber hacer de ella un uso sensato, llega á convertir siempre la libertad en desenfreno y en tiranía. Esto es lo que yo temo que llegue á suceder, no por las instituciones, sino porque el pueblo no tiene la preparacion necesaria para ser regido por ellas. Las instituciones en sí vienen á redimir al hombre de esa larga esclavitud en que ha vivido. En el mundo de las ideas, no cabe el hombre cosa, sino el hombre persona; pero es preciso no olvidar jamás que desgraciadamente las masas no han dejado aún de ser *cosa*, y mi deseo es que se eleven á *persona* por medio de la instruccion y de la moral.

Yo he vivido recientemente en un hermoso país de América, donde la tierra dá mil por uno, donde la Providencia ha prodigado todos sus dones, donde la temperatura es constantemente igual, el cielo puro y las costumbres inocentes. Y sin embargo, ¡ qué desgraciado es ese país! No hay un solo dia en que la sangre no corra sobre sus *sabanas*; en que los derechos no sean hollados á la vista del mismo Gobierno, sin que éste pueda evitarlo; en que el domicilio y la libertad individual no sean atropellados á pesar de su constitucion; en que no se falte, en fin, á los principios de la libertad, establecidos inconscientemente para gobernar á un pueblo atrasado. ¿Adónde está la causa de todo esto? En la falta de instruccion. Si ese pueblo tuviese el *estómago* necesario para *digerir* sus instituciones, ese pueblo tendria la dignidad necesaria para rechazar los atropellos inconstitucionales y antisociales. Aquella le falta porque le falta relativamente cultura.

Los que arrancaron á la Madre Pátria las nacionalidades vírgenes de la América, han sido bien desgraciados. Hombres de ideas

grandes, han sido pequeños de inteligencia para juzgar los pueblos que emancipaban. En lugar de crear un bienestar y un reposo, dignos de la humanidad, han engendrado una fiebre política y una inquietud que acaba con toda la riqueza espontánea del país en que he vivido algun tiempo. Yo que quisiera ver felices á los pueblos de América: yo, que reflejando los sentimientos de mi Pátria, no les deseo otra cosa que paz y prosperidad: yo que por fin he recibido de las familias más distinguidas de Venezuela una cariñosa acogida, que dificilmente olvidaré; deploro, con el mismo dolor que si fuera hijo de ese país, con quien simpatizo, que puedan convertirse en una terrible verdad las proféticas palabras del génio Sur-Americano.

En tanto que, instituciones impropias de la educacion actual de aquellas sencillas masas sean las que se hallen establecidas; en tanto que exageraciones ideales constituyan la base de sus códigos políticos; en tanto que fascinadoras palabras formen el vocabulario de aquellas pobres masas á quienes compadezco sinceramente; su suerte será bien triste. ¿De qué sirve que su Constitucion diga que el ejército es voluntario, si es práctica constante hacer la recluta por las calles y los campos á *machetazos* y á tiros? ¿Qué importa que ese mismo código hable de la inviolabilidad del domicilio, si es tambien práctica constante *tumbar* las puertas y arrancar de su hogar á los ciudadanos para trasladarlos á una prision, sin prévio juicio y fallo que así lo determine? ¿Por qué se escarnece al pobre pueblo hablándole de igualdad, cuando esta no existe? El negro, el indio, el mulato y el blanco pobre, son siempre soldados á la fuerza, á pesar de su Constitucion, sin atender á su estado civil. El rico, sólo por serlo, está siempre amenazado en su propiedad, sin que haya garantías que le tranquilicen. El que piensa trasladarse de un punto á otro, tiene frecuentemente que pedir á la autoridad un pasaporte, á pesar de que la Constitucion declara abolidos los pasaportes y en libertad á cada ciudadano de trasladarse adonde quiëra, y por fin, la autoridad acude rara vez en los momentos en que el individuo necesita de su proteccion y se hace sentir por el contrario en momentos de arbitrariedad. La poblacion está aterrorizada casi siempre, y el elemento Gobierno procediendo, sin poderlo remediar, en una forma draconiana. Y sin embargo, es preciso declarar en obsequio de la justicia, que no cabe otra manera de ser en el Gobierno si tiene condi-

ciones de dignidad. Los que exageran el principio de autonomía se suicidan. Los Gobiernos débiles no inspiran confianza á nádie y son abandonados hasta por sus amigos, en tanto que los que centralizan en algun tanto las atribuciones y quieren rodearse del prestigio de que siempre debe estar investida la autoridad se prolongan más en el poder y sobre todo hacen un beneficio inmenso á su pátria, educándola para la obediencia y el respeto. Un decreto ó una medida enérgica contra los perturbadores de un país conquista más brazos y da más seguridades que las *contemplaciones de un liberalismo exagerado.*

Las situaciones que profesan este último sistema tienen poca vida. A sus ojos se desarrolla la revolucion, el país se desorganiza, los gobernados rompen el contrato político y social, y un fantasma parecido de Gobierno es un elemento débil, abandonado por la nacion, á la que trae el terrible desastre de la guerra civil.

Entre nuestra raza no puede aclimatarse aún una política republicana, por la falta de instruccion general.

Por un lado un desconocimiento completo del país á quien se dan instituciones como las que comprenden los códigos de algunas repúblicas americanas: por otra una ignorancia parcial que cada cual tiene de sus derechos y deberes. Es un divorcio material el que existe entre lo escrito y lo práctico, y es un abismo profundo el que hay entre sus teorías fundamentales y el ejercicio de sus derechos, por cuya razon hay una absoluta necesidad de modificar sus códigos.

La consecuencia natural, indeclinable, de tal perturbacion es la lucha. El Gobierno no tiene nunca en su mano los medios de serlo ni de gobernar si cumple y observa exactamente los principios constitucionales, y tiene fatalmente que acudir á medios arbitrarios, con cuya conducta da constantemente pretexto á la insurreccion de los descontentos que arrastran las masas ignorantes, y que provocan al Gobierno con sus actos. Con un código adulador para el pueblo y depresivo para el Gobierno no hay libertad posible y los que forman tales códigos son incompetentes ó idealistas. No conocen su pátria ciertamente los que inspirándose en repúblicas que no son de su raza, olvidan la influencia de las tradiciones de la sangre y de las zonas sobre las costumbres.

Así y todo, la *República modelo* tiene desdenes para ciertas clases, impropios de su forma y que no son, por cierto, la esencia de

las Monarquías. El hombre de color no puede ser enterrado en el mismo cementerio que el blanco, ni casi entrar en un ómnibus de las diversas líneas interiores de New-York ó Filadelfia, en tanto que en los paises monárquicos del viejo mundo, ese mismo hombre de color tiene exactamente los mismos derechos, los mismos privilegios é idénticas garantías que todos los blancos que constituyen la nacionalidad española, francesa é inglesa, etc.

Despues de todo; aun rigiéndose Sur-América por la forma republicana, hay diferencias tan fundamentales en sus códigos, que miéntras Venezuela eleva á Senador ó Diputado subvencionándoles y pagándoles viáticos de viaje al Venezolano que obtiene en un Estado mayor número de sufragios, Chile, por ejemplo, exije para poder ocupar estos puestos y aun para ser elector, el pago de una contribucion determinada ó el disfrute de una renta importante que es de 2,000 pesos, 500 y 200, relativamente á cada puesto y derecho; y mientras el Ecuador elige por sufragio al propio tiempo que Senadores y Diputados, Gobernadores de provincias, Jefes políticos de los Cantones y Sub-Jefes en las parroquias, otras repúblicas conceden el nombramiento de estos funcionarios al poder ejecutivo.

Por unos y por otros caminos, sin embargo, casi nunca han podido los Gobiernos asegurar la paz y la tranquilidad interiores, tan necesarias al desarrollo material y moral de un país, aunque observándose, que á medida que la libertad está más prudentemente establecida, el país es más dichoso y el pueblo se educa más tranquilamente para la práctica de la República, en tanto que en donde más imprudentemente se prodiga, el estado de corrupcion abajo y el de arbitrariedad arriba es más palpable. Una de las causas determinantes de las guerras civiles que devoran nuestra raza en América es esos numerosos Estados mayores que frecuentemente son un elemento de perturbacion y de turbulencia. Las naciones que como Chile tienden á amenguar constantemente la influencia militar, pueden atajar y destruir toda tentativa de revuelta y demostrar energía en la esfera de la autoridad; las que viven en medio del elemento militar y respiran el mismo espíritu guerrero que en los tiempos de su independencia, no tienen otro destino que el de desangrarse, perder su fuerza, y quién sabe si su autonomía. En algunos puntos de Sur-América no hay porvenir alguno para los que trabajan la tierra: las haciendas están perdidas, la industria no existe, las

carreras son un simple adorno. Casi todos son doctores ó generales, pero en tanto que los primeros hacen poca fortuna sino tienen más que su ciencia, los segundos triunfan y viven... hasta què quedan tendidos en alguna de las diarias peleas en que... *fraternalmente* se matan unos á otros, con un valor que llega frecuentemente al heroismo y que por desgracia emplean en destruirse.

Es bien sensible que esto suceda bajo un cielo el más hermoso de la creacion, cuya tierra, como he dicho ya, es el país prometido de la escritura: una tierra que se obstina en dar espontáneamente fruto; una atmósfera suave, dulce, sensual; un pueblo bueno, sencillo é inocente y sobre todo una mujer... superior; hermosas, elegantes, purísimas y discretas, son las Venezolanas; como esposas, modelos; como madres, tiernas y cariñosas; como mujeres adorables. Siempre amables y sencillas, las falta quizá aquel desenfado europeo que tanto atractivo da á nuestras mujeres; pero tienen en cambio una gracia natural, un encanto indecible y una imaginacion muy viva. La mujer es la que sostiene aquella sociedad que sin ella hace tiempo ya se habria desmoronado, como es la mujer la que poetiza y dulcifica en cuanto es posible el mundo en que vive y las ásperas costumbres de la guerra.

Me he separado un poco de mi objeto y vuelvo á él. ¿A qué causas debe atribuirse el estado de algunas sociedades de Sur-América? A la falta de instruccion. Pueblos que salieron de la Colonia para entrar en la emancipacion más absurda, verificando un suicidio: pueblos cuyos cerebros arden bajo el sol de los trópicos; cuya sangre circula rápidamente bajo su tostada piel, y cuyos hábitos inquietos necesitan emociones fuertes, no se avienen á trabajar tranquilamente la tierra, en medio de una vida sencilla, sino después de tener una gran cultura. Que la inteligencia se ponga sobre las pasiones ciegas; que cada cual éntre en el sitio que le pertenece y los Gobiernos tendrán autoridad al propio tiempo que les estarán cerrados los caminos arbitrarios.

Los pueblos que, como la mayor parte de Sur-América, están formados con diversas razas y tienen en sí mismos sangre goda, árabe, africana y americana, que tienen negros, zambos, indios, pardos y blancos, con sus colores diversos, sus fronteras sociales perfectamente marcadas y sus costumbres absolutamente distintas, no pueden ser felices dentro de esa forma política como no esté muy restringida, en tanto que esas masas no hayan adquirido

el grado de cultura necesario para que *el blanco no se crea superior tan sólo por la blancura de su piel* y *el hombre de color haga olvidar con su instruccion el tinte de la suya y con ello la preocupacion de las castas*. Es decir, que sólo las escuelas, los colegios, los liceos, las universidades y el tiempo, podrán dar al mundo esas formas políticas avanzadas cuyo establecimiento convierte hoy la América en un desierto y pretende trastornar las bien establecidas sociedades de Europa, en donde el pueblo trabaja, se educa y ejerce sus derechos políticos, en cuyo ejercicio va entrando con paso prudente, en tanto que en América el pobre pueblo no trabaja ni se educa sino lo ménos posible, extraviado como está en sus idealismos políticos, tan peligrosos para él y para aquella sociedad.

Yo no pretendo de ningun modo atacar la organizacion política de esos paises, que han nacido para la vida republicana en los momentos de su trasformacion. Yo sé además que sería una lucha insensata la que se estableceria pretendiendo cambiar su modo de ser actual; pero la suerte de nuestra raza en América y la de los países que un dia fueron españoles no puede serme indiferente.

Y no es sólo nuestra raza, no es sólo la sangre española que circula por las venas de gran parte de aquella sociedad, sino las diversas razas de color las que son objeto de mi interes. Abundando en virtudes, abnegacion y heroismo, si tienen defectos en su educacion política, religiosa y social, preciso es confesar que son hijos de su falta de instruccion, y por consiguiente, que no hay razon justificada para exigir responsabilidad de actos que frecuentemente son inconscientes.

Medio siglo de guerra civil casi, trascurrido desde su independencia, no es bastante para borrar la influencia de las tradiciones y de la historia. Ellos, como nosotros, vivieron bajo un absolutismo y una supersticion insoportables. La Inquisicion que, bastardeando su principio ahogó en gran parte los vuelos de la inteligencia, nos ilustró con las corridas de toros, los autos de fé y las procesiones; la decadencia de parte de nuestra nobleza que debia redimirnos, y se limitó por el contrario á contemplar la política española en manos de un rey débil, una esposa infiel, un favorito y un confesor; la supersticiosa idea que existia en el pueblo al contemplar el trono, y la altiva condicion de nuestros reyes, propia

de los tiempos que corrian y de las tradiciones monárquicas, no dejaron bastante libertad á las masas para educarse, ni la necesaria espansion á las ideas que el mundo tenia en incubacion. Ellos, como nosotros, protestaron y se revolvieron contra la ignorancia; ellos, como nosotros, hicieron una revolucion, de la cual resultó la independencia para América y nuestro primer aliento de libertad. Ellos escriben el año de 10 como el primero de su vida inteligente, y nosotros dos lustros más. Hermanos éramos y hermanos seguimos siendo. La metrópoli estaba en la misma oscuridad que las Colonias, y no existia, ciertamente, más libertad en este lado del Atlánctico que en el otro. No habia, como no hay justicia para tener prevenciones contra España. El sistema era hijo de la época, y naciones grandes hay que no se han sustraido aún al espíritu antiguo. Las épocas viven con creencias que las son propias y que son remplazadas á su vez por otras, segun que los tiempos marchan. En dónde comienza la generacion espontánea? Dónde está la incubacion misteriosa? ¿Cómo y cuándo se desarrollan estas ideas para dar movimiento á los mortales? Dios sólo puede resolver este problema.

Por eso, pues, repito que no hay motivo para la susceptibilidad de aquella prensa que constantemente nos acusa de su pasado como sino fuera igual al nuestro. De desear es que sus hombres políticos y sus periódicos abandonen ya el gastadísimo recurso de las *tres centurias de esclavitud*; *indigno coloniaje; tirana y soberbia madre patria*, etc., etc., que salen en todos sus escritos y discursos. Después de todo y *aun cuando prefiero el espíritu moderno*, no deja de ser importante, como dice un notable Español que reside en Caracas, que *dentro de ese espíritu antiguo, en esas tres centurias de infamia y de coloniaje, y bajo la dominacion de esa soberbia metrópoli*, se tompló la virilidad de esas naciones para constituirse, se educó su libertador, se instruyeron sus célebres Generales y aprendió el pueblo á practicar la virtud del patriotismo. Los que siguen aquella rutina de mal gusto, siempre que hablan al pueblo, deben acordarse que les hemos dado, para constituirse, nuestra sangre, nuestra religion, nuestro idioma, nuestros códigos y nuestra altivez caballeresca. Aun suponiendo que la madre fuera mala, siempre será un deshonor para el hijo la ingratitud. Y lo será tanto más, cuanto que ayer como hoy, los Españoles somos hermanos leales de los Americanos con las mis-

mas virtudes y los mismos defectos que ellos, y en todas las esferas de nuestra sociedad hay un sitio predilecto para el hijo de nuestras antiguas Colonias. *Blanco ó de color, cada cual en su esfera, viven entre nosotros estimados y protegidos, sin que jamas oigan nada que hiera su dignidad de hombres libres*, ni recuerde su pasado. El hombre de color entre nosotros es un ciudadano como los demás, y eso es lo que yo deseo, por lo mismo, que sea en todas partes. Dios predicó la fraternidad y los que creemos firmemente en él, amamos aquel principio. Todos los hombres son hoy ya nuestros hermanos, si son virtuosos, y deben tener los mismos derechos, si están educados.

Puesto que se les ha hecho entrar de lleno en la vida civil, y puesto que se han establecido, ántes de tiempo y sin preparacion, esos peligrosos principios de la igualdad y de la fraternidad, *deber ineludible de la sociedad es realizarlos*. Preciso es organizar la instruccion de tal modo, que su accion alcance á todas partes, y enseñar la práctica de las virtudes estimulándolas, y el ejercicio de los derechos practicándolos á medida que se hallen en aptitud de ejercerlos. El ceñirse una espada y arrojarse al monte no puede jamas ser un motivo de distincion, y glorificar actos de esta naturaleza es lo mismo que pervertir la sociedad. El valor tiene siempre un prestigio admirable, pero es necesario que sus rasgos estén caracterizados por la legalidad y contribuyan á establecer el órden, dando así á la sociedad garantías, y obteniendo de ella confianza y reconocimiento. Los hombres de color son nuestros iguales, desde que el mundo ha entrado en el órden de ideas que hoy reinan; las razas de color tienen abiertos en muchos países y empiezan á tenerlos en otros, todos los caminos que en otras épocas, que hoy se consideran atrasadas, les estaban vedados. La ocasion es llegada de probar que son dignas de ocupar el sitio con que se las brinda. Esa es la senda de su elevacion, y por ella llegarán, como otros de su clase han llegado, á los primeros puestos de la Administracion, á la representacion de sus conciudadanos, á propagar juiciosamente sus ideas en la prensa, á representar dignamente la humanidad en las ciencias, las artes y las letras, y á ser por fin buenos ciudadanos, útiles á su pátria, ya como ilustrados miembros ó modestos trabajadores.

Desde el momento en que esas razas tengan instruccion, comenzarán á extinguirse las preocupaciones, y en política y en religion

se ilustrarán las ideas y las creencias y todos serémos hermanos, todos serémos iguales ante la ley, y todos contribuirémos del mismo modo con nuestra sangre ó nuestra fortuna para la salvacion de la pátria.

Del mismo modo que hago deducciones sobre el estado de diversos países de Sud-América, hago aplicaciones á nuestra sociedad. Adelantadas como están las naciones de Europa, es preciso reconocer, sin embargo, que tan decantado adelanto sólo alcanza á determinadas clases. El feudalismo de ayer ha cambiado sólo de forma, y hoy hay señores y pecheros, como los habrá en tanto que el mundo exista. A dulcificar la dominacion; á sustraer de ella en cuanto sea posible las clases ménos cultas; á elevar éstas por la instruccion, para que este rocío bendito de la inteligencia no se convierta en privilegio, es á lo que tienden las leyes que escriben hoy las Naciones; pero así como ese deber es el que convierte en luz, para las masas, el cáos en que hasta hoy han vivido, así tambien sería un crímen hacer brillar ante sus ojos de repente fuegos deslumbradores que, extraviando su fantasía, les acostumbren á una atmósfera de fuego, fuera de la cual encuentren naturalmente pálido el tranquilo fulgor y la serena luz de una lámpara.

Dios dé á los pueblos y á los legisladores la inspiracion y la calma necesarias para no introducir la perturbacion en el mundo. El problema del progreso humano se ha de desenvolver naturalmente, y la impaciencia que pretende imprudentemente apresurar este desenvolvimiento detiene más bien y entorpece su realizacion.

Cada período de los que registra la historia de los pueblos de Europa, desde el siglo XVII, es una conquista hecha para el progreso de la humanidad; pero los grandes principios de la propaganda ilustrada han venido cuando debian venir, no cuando violenta é inoportunamente se ha pretendido imponerlos.

Aguardemos, pues, con fe la marcha del mundo y demos en tanto educacion al pueblo. Que los revolucionarios formen la inteligencia de las masas abriendo escuelas de educacion, y la revolucion ilustrada, pacífica, ordenada, vendrá por sí sola. De lo contrario, el mundo nadará en sangre, la fuerza será el argumento indigno de la humanidad contra sí misma, y en tanto que se pida la abolicion de la pena de muerte para el asesino, se seguirá esgrimiendo el arma homicida contra infinitos hombres, honrados tan sólo para precipitar, sin consolidarla, el triunfo de una

idea ó para satisfacer la ambicion ó el amor propio de un pueblo. Francia y Prusia han sacrificado en su lucha actual una cifra de hombres que horroriza, y sin embargo la una y la otra en el siglo pasado han predicado en sus Cámaras y en sus Lógias, en sus Universidades y en sus Teatros, esa esperanza confusa al par que apasionada de los pueblos, *la fraternidad, la humanidad, la virtud.* El mundo á quien se supone en plena civilizacion, comienza apénas á salir de la barbárie. Por esto es por lo que creo que lo que más falta hace á todos los países y en especial al nuestro y los de nuestra raza en que más se lucha por introducir ó arraigar las instituciones liberales, es instruccion. Los que no le dan ésta y quieren fundar un pueblo libre, ni son liberales, ni son patriotas, ni aman al pueblo.

MANUEL LLORENTE.

Setiembre de 1870.

# RAPIDA OJEADA SOBRE EL COMERCIO

## DESDE LAS PRIMERAS EDADES DEL MUNDO.

(Continuacion.)

II.

Llegamos, como ha dicho M. Guizot, á la puerta de la historia moderna, y sería vano que pretendiésemos hallar en la antiguedad, siquiera fuera en sus épocas más brillantes, una situacion parecida á la que Europa nos presenta á fines del siglo XV.

No cumple á nuestro propósito detenernos á analizar el gran cambio político que desde las Cruzadas lenta pero incesantemente venía preparándose, y al que favorecieron en gran manera las disensiones de Felipe el Hermoso con Bonifacio VIII, la traslacion de la Sede Pontificia á Aviñon, el cisma de Occidente y las predicaciones de Juan Huss y Jerónimo de Praga; no pretendemos tampoco estudiar la reforma aristocrática, ni mucho ménos la reforma religiosa; no responde á nuestro objeto aquella revolucion intelectual, que personificada en el Cardenal Bembo, y entre las dulzuras de una civilizacion elegante y licenciosa no presentia á Lutero, como los hombres del siglo XVIII en Francia no preveian la revolucion que les amenazaba, ni hoy, aunque esto pudiera complacernos, nos es dado ocuparnos de una ciencia, que ante el nuevo órden de cosas creaba entre los pueblos mútuos auxilios y recíprocas alianzas; que puede considerarse como el orígen de la diplomacia europea, y como el primer paso en el sistema de equilibrio, que más tarde debia ofrecer al mundo el espectáculo de naciones débiles y fuertes que viven entre sí sin perjudicarse ni ofenderse, gozando de individualidad é independencia propia.

En la antiguedad, bajo la dominacion romana, y durante la

Edad Media, el Mediterráneo abarcaba casi en su totalidad el comercio del mundo. El monopolio de los productos de la India y del Oriente habia procurado á los pueblos del litoral, principalmente á los de Italia, al par que inmensas riquezas, una gran preponderancia marítima, y las naciones del Norte verificaban algunos cambios con el Asia por la Rusia y con el mar Negro por conducto de los Húngaros.

Estos medios de comunicacion eran sobrado largos y costosos para que de ellos el comercio pudiera prometerse grandes ventajas; pero el descubrimiento de la América por Cristóbal Colon modificó profundamente su esencia, abriéndola una nueva senda.

Hijo de una noble familia de Plasencia, arruinada por las guerras de la Lombardía, Colon después de haber navegado en buques napolitanos y genoveses, trasladóse á Portugal, donde los Italianos, en aquel tiempo de efervescencia, lograban una franca hospitalidad.

Extraño parece que en un país donde un eco protector respondia á cuanto á la investigacion tendiese, las proposiciones del marino genovés fueran desechadas, y es doblemente extraño que Martin Behaim de Nuremberg, gran geógrafo, fuese uno de los que más desaprobasen su proyecto, fundándose en que los Portugueses debian continuar sus exploraciones hacia el Sudeste.

En buena hora Venecia é Inglaterra negáronse á escuchar al *visionario* navegante, que tenaz en su empeño, vino á ofrecer á España un mundo, del que hoy sólo quedan, aunque grandes, sangrientos girones, y ¿quién sabe si aun estos próximos á desaparecer?

«Triste y abatido en medio del general contento», y compartiendo la gloria en los combates, seguia Colon á la corte de Castilla, sin alcanzar ser oido, y precisado á admitir de tiempo en tiempo una corta subvencion, ¡vergonzosa limosna para quien incubaba un pensamiento capaz de enriquecer al monarca más poderoso!

Las que en un principio, y tratándose de un pobre extranjero, parecieron ridículas exigencias á la nobleza castellana, fueron por fin aceptadas, concediéndole para sí y sus descendientes los títulos de Gran Almirante y Virey de las tierras que descubriese, y el 3 de Agosto de 1492, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* desplegaban sus velas ante las burlas de algunos, la compasion de no pocos y la desconfianza de los más.

Sólo Colon, indiferente á aquellas demostraciones, saludaba las playas españolas con la fe de quien está seguro de volver, y fijando alternativamente su mirada, ya en el lejano horizonte, ya en el despejado cielo, quizá pedia á éste que no le abandonase; quizá entre las brumas de aquel veia dibujarse el mundo de sus sueños.

Antes de que pudieran tratarse las infinitas cuestiones que de un hecho de tanta importancia debian desprenderse, otro no ménos grande dió á la navegacion meridional un último y terrible golpe, consumando la ruina de los pueblos marítimos de Italia. Tiempo hacía que los Portugueses, con incansable celo y mejor fortuna animados y hasta dirigidos por sus mismos soberanos, se habian lanzado á las mas temerarias exploraciones.

Entre los hijos de Juan I, Enrique, el más ilustrado de ellos, propúsose intentar nuevos descubrimientos hácia la parte de Occidente, utilizando la escasa astronomía que los Arabes habian conservado. Estableció en Sagres, ciudad de los Algarves, un observatorio, tuvo una gran parte en la perfeccion del astrolabio, y fué el primero en conocer las grandes ventajas que podia reportar la brújula, ya descubierta en Europa, pero cuyo uso no se aplicaba todavía á la navegacion.

Quiméricas visiones llamaban las gentes de corte á los proyectos del Infante, que apénas dejaba trascurriese un año sin expedir un barco con la expresa consigna de avanzar en el camino en que el anterior se hubiese detenido; y á esta tenacidad se debió el que sus marineros llegasen á doblar el cabo *No*, que, como su nombre indica, teniase por impracticable.

En el año 1418 Juan Gonzalez Zarco y Tristan Vaz Texeira arribaron después de una deshecha tormenta á una isla en el meridiano de Canarias, que, por lo inesperada, llamaron *Porto-Santo*; y deseosos de conocer un fenómeno atmosférico que de tiempo en tiempo y en un mismo punto se ofrecia, marcharon en aquella direccion descubriendo en 1820 otra isla cubierta de espesos bosques, á la que dieron el nombre de *Madera*, y de la cual créese hubiera alguna noticia, pues la tradicion cuenta que en 1344 Macham, huyendo de las persecuciones de los parientes de Ana Dorset, su esposa, se refugió á aquella isla, donde murió Ana; su amante espiró sobre su tumba, y sus compañeros volvieron al mar, no sin plantar ántes una cruz en memoria de aquel trágico episodio.

Esta, que podrá ser muy bien romántica conseja, prueba al ménos que la existencia de aquella tierra no era desconocida.

Los disturbios de Alfonso III con Castilla paralizaron por el pronto la interminable série de investigaciones, casi todas por el favorable resultado coronadas: pero muy luego Juan de Santander y Pedro de Escalon doblaron el cabo de Sierra-Leona, reanudando en las costas de Guinea el comercio del oro, que los mercaderes de Dieppe y de Rouen un siglo ántes cultivaban: y á la muerte de D. Alfonso, los Portugueses conocian toda la costa de Guinea hasta los confines del Congo, donde alcanzaron fáciles conquistas y un comercio ventajoso, pues las pequeñas naciones que la habitaban no conocian el precio de sus riquezas, ni el modo de defenderlas.

Bartolomé Diaz, bajo el reinado de D. Juan II, atravesó el cabo de las *Tempestades*, así llamado por sus contínuos huracanes; pero el Monarca portugues, adivinando en él un nuevo paso para la India, apellidóle proféticamente *Cabo de Buena Esperanza.*

Emanuel siguió las mismas tendencias de sus predecesores, y el 18 de Agosto de 1497 hizo partir una escuadra á las órdenes de Vasco de Gama, cuyo Almirante, después de innumerables borrascas, de haber recorrido la costa oriental del Asia, y errado á través de mares desconocidos, arribó al Indostan, contando trece meses de navegacion (1).

Hondamente preocupaban los grandes descubrimientos de los Portugueses á la República veneciana, que, después de haber derrotado á sus rivales, se enseñoreaba dueña absoluta del Mediterráneo. Era una cuestion vital para ella detener en su venturosa marcha á tan temibles invasores, y á este fin puso en juego todos los resortes de su más astuta política, sublevando contra los Portugueses á los Sultanes de Egipto y Constantinopla, y consumiendo sus tesoros por mantener siempre vivo el ódio de los infieles.

Cuantos recursos puede sugerir á una temida potencia su desesperada agonía, estrelláronse ante el indomable arrojo de los Portugueses, que en 1509, bajo la conducta de Francisco de Almeida, batieron una flota egipcia, y en 1558, bajo la de Antonio Silveira, la formidable escuadra á la que Soliman el Grande habia

(1) Rainal.

encargado la destruccion de Din, llegando á establecer en la India un potente Imperio.

La mudable fortuna llamaba á Lisboa de todas partes á los sábios, los negociantes, los artistas, los misioneros, y era el vasto almacen de los productos de la India, cuyo comercio lloraban los vencidos Italianos. Las pretensiones de los Españoles en América y de los Portugueses en la India, no sólo á una posesion absoluta, sino al monopolio más completo, llegando hasta excluir de los nuevos mares á los navegantes extranjeros, hacía temer entre las dos naciones una ruptura, que muy bien la conquista del Brasil pudiera inaugurar.

Sin embargo, ámbos pueblos llegaron á una avenencia, adjudicándose la mayor parte del mundo conocido, y por descubrir, cuya division aprobó Alejandro VI en una bula publicada en 1493, confirmándola al siguiente año. Por esta última se trazaba una línea imaginaria que, partiendo desde el uno al otro polo, pasase á 470 leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde. Todos los países descubiertos y por conocer al Este de dichas islas eran propiedad de los Portugueses; los del Oeste debian pertenecer á los Españoles.

Siete provincias al Norte de Flándes y de Brabante, amenazadas constantemente por grandes inundaciones, sin otras riquezas que el producto de algunos pastos y una escasísima pesca, fundaron una de las Repúblicas más florecientes y el modelo más acabado de los Estados comerciales, que débil en un principio, el asilo con que brindaba á los piratas de todas las naciones pronto le procuró auxiliares que oponer á los Españoles, sus más encarnizados enemigos.

Dueños los Holandeses del comercio de Lisboa, donde compraban las mercancías de la India para volverlas á vender en Europa, puede suponerse con harto fundamento que sin la órden de Felipe II, en 1595, prohibiéndoles toda operacion en sus puertos, no hubieran pensado en llevar su pabellon á mares desconocidos.

Desheredados de sus centros más productivos, estudiaban aquellos el medio de hallar un paso para la China y el Japon, pasando por los mares del Norte, cuando Cornelio Houtman, mercader de su nacion y hombre de algunos conocimientos, preso en Lisboa, hizo saber á los negociantes de Amsterdam que si alcanzaban su libertad, les comunicaría algunos descubrimientos que al efecto

podian serles muy útiles, pues conocia bien el camino de la India y el modo cómo allí se hacía el comercio (1).

Sus proposiciones fueron admitidas, y los datos correspondieron á lo que de ellos se esperaba. En su vista, formóse una Sociedad bajo el título de *Compañía de los países más lejanos*, que equipó algunos barcos con destino á la India por el cabo de Buena Esperanza.

El objeto de este viaje no era otro que estudiar las producciones y el comercio de los diferentes lugares que atravesaban, evitando en cuanto les fuere posible los establecimientos portugueses.

Houtman reconoció las costas de Africa y del Brasil, se detuvo en Madagascar, y pasó á las islas de Sonda, donde viendo las campiñas cubiertas de pimienta, hizo alguna provision de ella como tambien de otras materias más despreciadas. Su discrecion y prudencia le valieron la alianza del Soberano de Saba, y aunque los Portugueses eran odiados en el país, hallaron no obstante el medio de suscitarles enemigos. Vencedor Houtman en algunos pequeños encuentros, volvió á Holanda con más esperanzas que riquezas, llevando consigo á Abdul, piloto de Guzarate y gran conocedor de las costas de la India.

El Almirante Van-Neck acabó dignamente la obra por aquel comenzada; y favorecido por Abdul y los Chinos y muy particularmente por la aversion que los naturales profesaban á los Portugueses, pudo despachar desde Saba varios buques cargados de ricas telas, pasando después á las Molucas y estableciendo allí algunas factorías.

Tan halagüeño resultado despertó una indecible emulacion en las ciudades marítimas de las Provincias Unidas, creándose una porcion de compañías y sociedades, reducidas á la nulidad por su excesivo número, cuando los Estados Generales las reunieron en una llamada *Gran Compañía de las Indias*.

La que con este nombre se habia formado en Inglaterra, ahogada entre los vapores de la sangre vertida en las discordias civiles y religiosas, puede decirse que no existia á la muerte del infortunado Cárlos I.

Reanimada por los triunfos alcanzados en la guerra marítima

---

(1) Gme. T. Rainal.—*Histoire philosophique et politique des etablissements du commerce dans les deux Indes.*

(la más notable en su género) contra la República de las Provincias Unidas, y por los privilegios concedidos por Cromwell, volvió á adquirir toda su importancia en la Arabia, la Persia, el Indostan y la China, cuyos mercados antiguamente tan frecuentados por los Ingleses, fueron de nuevo abiertos.

Los negocios eran muchos, los beneficios considerables, y sólo faltaba á su fortuna penetrar en el Japon; pero sabedores los del país de que el Rey de Inglaterra estaba casado con una hija del de Portugal, negáronse terminantemente á recibirlas en sus puertos.

Habian encarecido á Cromwell los hábiles Holandeses, valiéndose de personas ganadas al efecto, lo ventajosa que sería á su comercio la formacion de una Compañía exclusiva; y sometido el asunto á la deliberacion de las Cámaras, cayeron estas en el lazo preparado por los astutos republicanos, concediendo sin embargo á la antigua Compañía el que pudiese continuar sus operaciones, hasta concluir el plazo de siete años, ya próximo á espirar.

Comprendiendo ámbas Sociedades cuanto á las dos interesaba el entenderse, unieron sus fondos en 1702, desde cuya época sólo algunos trastornos como los de la isla de Palocondor en Cochinchina en 1704 y los de Sumatra en 1719, pudieron interrumpir el curso favorable de sus negocios, llegando la Compañía después la paz de 1763 á dominar en el Golfo Pérsico, sobre las costas de Malabar y de Coromandel y en la Bengala.

En la marcha progresiva á que la sociedad obedecia, no era posible que las instituciones consulares quedasen rezagadas, y así las vemos llegar á su apogeo por la convencion firmada en 1769 (1).

Anteriormente, cuando un Estado permitia que otro estableciese un Cónsul en su territorio, érale extraña la persona de este funcionario, que tomaba posesion de su destino por la sola voluntad de su Soberano, sin el beneplácito de aquel en cuyo país se establecia. Alejado el Cónsul por completo de los autoridades locales, carecia de toda influencia, y difícilmente podia llenar su cometido ni proteger á sus compatriotas. Pensóse, pues, en darles un carácter oficial reconocido por el Soberano de sus respectivas residencias, llamándose á la patente que les acredita como Cónsules *Regium exequatur*.

---

(1) Hautefeuille, *Droit international.*

El primer acto solemne en que aparece esta nueva formalidad es la convencion que entre España y Francia dejamos indicada, á la que siguieron vários tratados, consignando las concesiones otorgadas por las partes contratantes, y de las cuales son las más notables: el concluido el 11 de Enero de 1787 entre Francia y Rusia, la convencion consular especial de 14 de Noviembre de 1788 entre Francia y los Estados Unidos de América, el tratado de 19 de Diciembre de 1819 entre Prusia y Rusia, el de 8 de Mayo de 1827 entre Francia y Méjico, y sobre todo la convencion de 23 de Febrero de 1853 entre Francia y los Estados Unidos de América (1).

Cuando á fines del siglo XVIII la Revolucion francesa, sacudiendo los cimientos de la vieja Europa, proclamaba con toda la exageracion del fanatismo el principio de libertad, fué uno de sus más ardientes votos la supresion de las barreras fiscales que habian sobrevivido á las circunscripciones políticas de sus antiguas provincias, con notorio y grave perjuicio del comercio y de la industria: y este deseo de la Francia debia hacerse extensivo á la Alemania, que por falta de unidad política se hallaba cubierta de una enojosa série de aduanas.

De nada servian al comercio sus cuantiosos capitales, cuya circulacion entorpecian las mil trabas de otros tantos Estados soberanos, obra en su mayor parte del Congreso de Viena.

En cierto modo, pues, debia este una indemnizacion á tantos intereses por él perjudicados; y comprendiéndolo así, por el artículo 19 del pacto federal de 8 de Junio de 1815 prevenia que: «Los Estados confederados se reservaban deliberar en la primera »reunion de la Dieta de Francfort acerca de las relaciones comer»ciales de los Estados entre sí (2).»

La realizacion de esta promesa, en vano fué por la opinion pública largo tiempo reclamada; y en 1820 y 1825 se tuvieron en Darmstadt algunas conferencias con el fin de escogitar los medios que procurasen á la industria y al comercio las facilidades cuya necesidad hacíase sentir más cada dia. En ellas se trató, sin ningun resultado, de crear una asociacion aduanera entre los Estados del Mediodía, y repetidas más tarde en Carlsruhe, el éxito no fué más lisonjero.

---

(1) Se hallan todos estos tratados en la obra *Reglements Consulaires* del Baron de Cussy.

(2) *Le Zollverein*, por M. Jegar.

En 1831 la asamblea de los Estados de la Hesse Electoral exponia al Elector «los perjuicios de unas formalidades que paralizando el comercio aniquilaban las fuerzas vitales de la sociedad,» y si á este clamor general se añade que cada Soberano elevaba sus tarifas, ya en interes propio, ya con el deseo de usar de represalias con sus vecinos, ó ya con el deseo de proteger la industria indígena, se comprenderá que todo concurria á apresurar en Alemania el momento de su unidad comercial.

La primera asociacion creada con este motivo fué la de Prusia con el principado de Schwarzbourg-Sondershausen, constituida por un tratado que se firmó el 25 de Octubre de 1819, y con aquella concluyeron á este propósito vários otros, Schwarzbourg-Rudolstadt, Lippe-Detmold, Mecklembourg-Schwerin, Anhalt-Bernbourg, Anhalt-Dessau y Anhalt-Cœthen. Wurtemberg y los dos principados de Hohenzollern habíanse tambien asociado el 28 de Julio de 1824, y aunque esta union en su principio fué poco importante, en 1827 se unió á la Baviera, adoptando las tarifas bávaras.

Además de la equivalencia en las tarifas y la supresion de toda aduana entre Wurtemberg y la Baviera, estos Estados se comprometieron á no acordar arreglo con alguna otra potencia sin comun y recíproco asentimiento.

El producto de las aduanas, cuyo balance tenía lugar cada tres años, se repartia con arreglo á la poblacion respectiva, y cualquiera de los dos Estados contratantes podia retirarse, notificando un año ántes su resolucion al otro.

Así quedaron constituidas de una parte la «Asociacion del Norte ó Hess-Prusiana,» que reunia cerca de 12 millones de habitantes, bajo el régimen de las tarifas prusianas, y la «Asociacion del Mediodía,» con cinco millones de poblacion, y rigiéndose por tarifas bávaras.

Los Estados intermedios de Alemania, no queriendo adherirse á éstas, convinieron en no aumentar los derechos de tránsito de sus respectivos territorios, y en proceder por medio de comisarios á la reduccion de sus tarifas, y así lo estipularon los Ducados de Hesse-Cassel, Hesse-Hombourg, Oldembourg y Nassau, los principados de Reuss, las ciudades de Bremen y de Francfort, y el de Schwartzbourg-Rudolstadt por la parte de su demarcacion no enclavada en la Prusia, en una convencion provisional de 21 de Mayo de 1828, confirmándola el 27 de Setiembre del mismo año.

«La asociacion del Centro» contaba con cuatro millones y medio de habitantes, y estaba bajo la direccion de la Sajonia.

Estas eran las tres uniones comerciales de Alemania á fines de 1828. El Gabinete de Viena, á quien alarmaba la preponderancia que la Prusia pudiera adquirir, si llegaba á constituirse como centro de una asociacion general, hizo saber que sin pérdida de tiempo iba á ponerse en ejecucion el art. 18 del acta federal; pero á pesar de lo terminante de la oferta, el 27 de Mayo de 1829 se firmó un tratado de comercio entre la asociacion Hess-Prusiana y Bávaro-Wurtemberguesa, que aunque no comprendia la supresion inmediata de aduanas entre las partes, la preparaba progresivamente.

Desde la conclusion de este tratado hasta el año 1833, á la Prusia fueron sucesivamente anexionándose la mayor parte de los Estados que formaban las ya mencionadas asociaciones, y en 1838 la Alemania entera, exceptuando las provincias alemanas del Austria, las ciudades anseáticas y un corto número de pequeños estados, estaba sometida á un régimen comun de aduanas, comprendiendo la asociacion una superficie de 8.342 millas cuadradas, con una poblacion de veintiseis millones de habitantes. Sus vastas fronteras tenían por límites, al Oriente, la Rusia y la Polonia; al Occidente la Francia y los Países-Bajos; al Norte el Mar Báltico, y al Mediodia la Silesia Austriaca, la Bohemia, el Austria y la Suiza.

El acontecimiento más notable del siglo en que vivimos, después de la colocacion del cable trasatlántico, es sin disputa la apertura del itsmo de Suez, tan combatido por la Inglaterra, para lo cual la obra del inmortal M. Lesseps, digna del proyectado túnel de la Mancha y del doble puente colgante á 250 piés sobre el Niágara, supone una posicion política y comercial que reconstruir, ó mejor diriamos que reconquistar.

La enérgica oposicion de un pueblo que, como el inglés, cuenta por otros tantos triunfos sus más audaces proyectos, ha tenido que ceder ante la inflexible lógica de los hechos consumados, habiéndose permitido, como compensacion, establecer una gran compañía de vapores desde Glascow á Port-Saïd.

M. Lesseps, después de manifestar de un modo elocuente, en una conferencia tenida en Marsella el 1.° de Diciembre de 1866, que la celeridad es la multiplicacion de los negocios, batió en sus últimas trincheras á la arrogancia inglesa, negando que en nin-

gun tiempo pudiesen entorpecer el curso del canal las arenas de la orilla, ofreciéndoles el ejemplo de Del-Gisr y Serapeum, donde la humedad ha hecho crecer sobre aquellas, plantas silvestres de sesenta centímetros de espesor, y sosteniendo con la autoridad del almirante Jaures la fácil navegacion por el Mar Rojo.

Hoy la experiencia ha venido á confirmar las palabras del hombre de quien con tanta razon la Francia se enorgullece; buques de todas clases cruzan sus tranquilas aguas sin áncora ni brújula, y el navegante en aquellas noches siempre serenas á la tibia luz de sus infinitas é inquietas luminarias, duerme bajo la secular palmera, sin temer por la suerte de su embarcacion, que suavemente se columpia.

El canal de Suez, ya lo hemos dicho, es la célebre frase que sintetiza el espíritu del Senado:

*«Siamo Venetiani e poi christiani.»*

Valencia y Marzo, 1870.

EMILIO BURSO.

*(Se concluirá.)*

# UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

## CAPITULO XLI.

### ANEYDA EN CONORDO.

Todo lo que voy á decir acerca de Aneyda y de Silody, y que no he podido presenciar entónces, me fué revelado después por aquellas encantadoras criaturas, cuando me propuse escribir estas memorias. Lo mismo me ha sucedido con algunas conversaciones de Nostrendy y de Nomatty que han llegado á mi noticia por dos jóvenes que nos servian en aquella época. No extrañe, pues, el lector que me halle tan enterado de estos acontecimientos, que, además de tener relacion conmigo, han dejado en mi alma un recuerdo profundo é indeleble. Esto advertido, continuo:

A una legua de Tolayda, en la cresta de una colina, desde donde se extiende la vista por el mar, si se mira al frente, y por espesos bosques si se mira á los lados, se eleva el castillo de Conordo. Este castillo, que pertenecia á la nobilísima familia de los Saldys, cuyo último vástago era Nostrendy, y que en memoria de los hechos de armas que en él habian tenido lugar, conservaban, con esmero, sus ilustres poseedores, era muy semejante á los que en la Tierra nos quedan todavía del tiempo del feudalismo. Su arquitectura se daba un aire á la lombardo-bizantina.

Las torres, desmesuradamente altas y esbeltas, que flanqueaban el cuerpo principal del edificio, las murallas formidables que encerraban su inmenso recinto, los puentes levadizos, y las depresiones, rasguños y abolladuras, que el tiempo habia impreso en sus paredes, indicaban demasiado que el orígen de este edificio, que parecia un castillo y palacio, á la vez, se perdia en la noche oscura de los siglos.

Un parque dilatado circundaba este coloso de piedra, que estaba rodeado, además, de una espesa muralla de follaje. Los árboles corpulentos que, en torno suyo, extendian sus vigorosas ramas sobre los lagos y rocas cubiertas de zarza y musgo, y el Océano, cuyas aguas lamian las paredes del parque, y cuya superficie reflejaba las veletas de las torres y los bastiones de las murallas, comunicaban un no se qué de augusto á esta residencia, en la cual los años, el aislamiento y la tradicion, imprimian aquella sublime poesía que dan el tiempo, el silencio y los recuerdos. No se la podia mirar sin que el hombre enmudeciese de respeto, porque la noche, constante entónces en Catilia (1), la envolvia con su negro manto, no dejándola percibir sino al través de una bruma que le daba un aspecto misterioso.

En una de las piezas de este edificio, veíase sentada en una silla, y apoyada su cabeza en las dos manos, una jóven cuyo semblante revelaba la tristeza y el dolor. De cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, y más brillantes que el cristal purísimo resbalaban algunas lágrimas por sus mejillas ardorosas. Esta joven era Aneyda. Sola y sumida en una profunda meditacion, nada oia ni veia, y reconcentrada en sí misma pensaba en... en su pátria? en su familia? en Nottely? Dios y ella lo sabian.

De repente el ruido que hizo la puerta al girar sobre sus goznes, la sacó de su abstraccion; alzó la cabeza, y percibió á Nostrendy pálido y sombrío. Era la primera vez que se veian después del rapto.

Nostrendy contemplaba inmóvil, y con las brazos cruzados, á su prima: ésta le miraba, á su vez, con intencion; pero no permitiéndole su enojo permanecer en silencio por más tiempo, le dijo con voz breve y mirada altiva:

—Qué quereis? qué buscais aquí?

Miróla Nostrendy con ojos extraviados, guardó algunos momentos de silencio, y como si no la hubiese oido, ó como si respondiese á un pensamiento interior, preguntó, á su vez:

—Me aborreceis, no es verdad, Aneyda?

—Cual vos mismo no podeis imaginar—contestó la jóven.

---

(1) El lector sabe ya que en algunos sitios de Saturno (en uno de ellos estaba Catilia) hay una noche de quince años, producida por la sombra que sobre aquellos puntos proyectan los anillos interpuestos entre ellos y el sol.

—Es justo,—añadió Nostrendy;—os he robado, os he arrancado de los brazos de vuestros padres, y...

—Ha sido preciso—dijo Aneyda interrumpiéndole—que me viese aquí, en Catilia, en vuestra casa, y encerrada en una prision, para que os creyese capaz de tamaña villanía.

—Soy, en efecto, muy criminal,—repuso el jóven mirándola de un modo extraño;—soy un malvado, lo conozco; pero ¿y el amor, Aneyda? Este amor que me devora, no os dice nada por mí? ¿no me disculpa algo á vuestros ojos?

—El amor que estriba en la violencia, caballero, no es amor, es una pasion odiosa; yo os lo digo.

—Ah! me lo decís vos,—contestó Nostrendy con una sonrisa imposible de describir;—me lo decís vos, ahora, en Catilia, en Conordo, en este sitio, en fin, donde estais en mi poder? No me irriteis, por Dios, Aneyda!

—Y qué poder teneis vos sobre mí?—repuso Aneyda sin poderse contener, é incorporándose en la silla;—quiero marchar ahora mismo á Romalia, quiero ver á papá, quiero...

—Jamas,—dijo Nostrendy interrumpiéndola.

—Jamas!—contestó la jóven con terror, y volviendo á caer sobre la silla;—jamas!

—Jamas, os lo repito, á no ser que, con el vuestro, lleveis tambien el nombre mio.

—¿Y creeis que papá, que mi hermano, que el rey mismo no me venguen y me arranquen de vuestro poder odioso?

—Creo que lo intenten,—contestó Nostrendy con sangre fria;—pero en cuanto á conseguirlo, es muy distinto.

—Y lo conseguirán,—dijo con viveza la enojada jóven

—Sí,—contestó Nostrendy,—después de haber convertido en ruinas la Catilia y la Roquelia: los aguardo.

—Oh, papá querido!—exclamó Aneyda dejando escapar algunas lágrimas que el enojo habia retenido hasta entónces;—oh, mamá! Oh, Silaydi! Dónde estais?

Estas palabras y estas lágrimas conmovieron de un modo extraño á Nostrendy: parecia que unas y otras le abrasaban el corazon, y no podia recordar, sin una especie de estremecimiento, que aquella jóven sola, y sin apoyo de ningun género, estaba entregada á su poder. Más que su amor y que sus celos, pudo entónces la compasion; así es que, despojándose de su enojo, le dijo con más dulzura:

—No lloreis, Aneyda, porque me matais: estais en mi poder, es cierto; pero olvidais que sois aquí la reina? ¿Olvidais que soy yo vuestro esclavo? Miradme: no os conmueve mi dolor? ¿No veis cuán pálido y abatido me tienen mis remordimientos y el amor grande y sin límites que os profeso? Tan odiosa os es esta casa? Tan aborrecible mi presencia? ¿Será posible, Aneyda, que ni una mirada me dirijais á lo ménos de compasion? De compasion! ¡Qué palabra, Aneyda, cuando la pronuncian lábios que se abrasan de amor! Oh, por Dios, decidme algo!

—Dejadme, Nostrendy,—dijo la jóven ocultando su rostro entre las manos.

—Aneyda,—añadió Nostrendy hincando una rodilla en el suelo y extendiendo hácia ella sus brazos;—héme aquí triste y lleno de desesperacion. Bien sabeis que el amor, que este amor intenso y violento que me devora, es la causa única de mi crímen. Perdonadme, Aneyda, y dejadme entrever siquiera que algun dia, á fuerza de respeto y de atenciones, podré recobrar vuestro cariño. Me concedeis este favor? Me perdonais al fin?

—Nunca,—repuso con viveza la jóven,—miéntras permanezca en Catilia.

—Cuidado, no confieis tanto en el ascendiente que habeis adquirido sobre mí, ni olvideis, Aneyda, que en Saturno no hay hombre alguno que os sustraiga á mi poder. He ido demasiado léjos y no puedo retroceder. Pensad en esto.

Entónces le volvió la espalda é iba á marcharse, cuando oyó la voz de Aneyda que le decia:

—Una palabra, una sola palabra: escuchad.

—Qué?—dijo Nostrendy.

—Que me mateis ahora, en este momento mismo, y os bendeciré mil veces.

—Mataros!—contestó Nostrendy con sarcástica sonrisa y lanzándola una mirada que estremeció á la jóven.—Mataros! Cuando yo os mate, Aneyda, será precediéndoos en ese trance. ¿Puedo yo vivir sin vos? Vuestra vida no me es más cara que la mia? ¡Mataros! Cómo habeis concebido una idea tan extraña? Adios, Aneyda.

Y, sin esperar contestacion, desapareció con rapidez, cerrando tras sí la puerta.

## CAPITULO XLII.

### DONDE SE VE QUE NOMATTY SIEMPRE ES EL MISMO.

Á los pocos pasos tropezó Nostrendy con éste, que le esperaba.

—Qué hay?—le dijo con su sonrisa peculiar.

—Nada nuevo, ó, por mejor decir, mucho malo.

—No lo extraño,—respondió Nomatty.

—No lo extrañas! Y por qué?

—Porque siendo esta vuestra primera entrevista después del rapto, debe estar en su mayor altura la cólera que le causó.

—Sin embargo, Nomatty, creo que hemos hecho mal, muy mal en apelar á la violencia.

—Concedo eso,—repuso Nomatty,—y quiero suponer, por un momento, que Aneyda permanece en Romalia; ¿qué esperabas tú de ella? Que te amase? Imposible. Que se casase contigo obligada por sus padre?. Ménos, porque el príncipe jamas la violentaria, y la princesa no podria luchar contra su esposo y sus hijos mediando los servicios hechos por Nottely á su familia. Además: ¿no te he dicho, hombre obcecado, que yo mismo, oculto en el jardin, habia sido testigo de su primera declaracion? ¿No te he dicho que yo mismo habia oido el juramento que mútuamente se hicieron de ser el uno del otro para siempre? Te lo repito; ¿qué esperabas tú entónces? Te quedaba otro recurso más que el rapto? Responde.

—Conozco que tienes razon; pero....

Y Nostrendy se detuvo.

—Qué? Acaba.

—Que aún pudiera acaso remediarse lo hecho y recobrar cuando no el amor, á lo ménos la estimacion de Aneyda.

—Y cómo? A ver!

—Arrojándome á sus piés, pidiéndola perdon y conduciéndola yo mismo á Romalia. En corazones como el de Aneyda la nobleza lo puede todo, la violencia nada. Ah, bien te lo he dicho yo, y no has querido creerme.

—Bueno,—contestó Nomatty, sonriendo con malignidad;—doy por supuesto que recobrases su estimacion: ¿te contentarias con ella?

Y como Nostrendy no respondia, añadió:

—Qué dices?

—Es que después de la estimacion, vendria el amor.

—Ahora,—dijo Nomatty, riéndose y mirando á su amigo como con lástima: — estás loco, por fuerza, pobre Nostrendy. ¿Cómo puedes figurarte que, aun cuando recobrases la estimacion de Aneyda, poniéndola en libertad, olvidaria ella su rapto y la prision en que la tuviste? Y si ántes de haber cometido esta falta, amaba ya al embajador, ¿quieres que le olvide ahora para amarte á tí en seguida? Desengáñate, Nostrendy; hemos ido demasiado léjos para que podamos retroceder. O Aneyda será de Nottely, ó el único medio que te queda para que sea tuya, es hacer lo que te aconsejo.

—Conozco que tienes razon,—dijo Nostrendy con abatimiento; —conozco tambien que obro mal, y sin embargo, fuerza es que siga tus consejos. Fatal situacion la mia!

—Báh, piensas que sólo tú te hallas en este caso? Pues estás muy equivocado. Además, ¿no es noble y santo el fin que con Aneyda te propones? Y casándote con ella, ¿no haces santos tambien los medios que emplees para conseguirlo? ¿No te amará ella después? No te amarán sus padres? Haz, sean cuales fueren los medios que para ello emplees, que se case contigo, y yo respondo de lo demás.

—Y qué me aconsejas ahora?

—Que la indispongas con Nottely.

—Y cómo?

—Por medio de estas cartas que traigo con este objeto: tómalas.

—Y qué cartas son esas?— dijo Nostrendy cogiéndolas de la mano de su amigo.

—Una de Notayde á Nottely, y otra de éste á la linda niña.

—Y son, en efecto, de ellos?

—Así me lo han asegurado,—repuso Nomatty con un aplomo que hacía honor á su descaro.

—¿Y crees tú que baste esto para indisponer á Aneyda con Nottely?

—Oh, amigo, ya he visto en Romalia las consecuencias que causaron los celos en tu prima, para que dude un momento de este poderoso medio. Haz lo que te digo, y tú mismo podrás apreciar los resultados.

—Te obedezco, Nomatty, porque en el estado en que me hallo no me es dado pensar ni hacer cosa alguna por mí mismo.

—Bien sabes que miro tus cosas con más interes aún que las mias.

—Lo sé; y ya que hablamos de mí, hablemos tambien de tí. ¿Cómo estás con Silody?

—Ahora mismo voy á verla.

—Pues no la has visto desde que llegaste de Romalia?

—Una sola vez.

—Ve, pues, y ya me dirás cómo se porta.

—Sabes quiénes vienen navegando hácia Catilia?

—Nuestros rivales.

—Cierto. Supongo que todo estará dispuesto para recibirlos.

—Todo,—dijo Nostrendy con una sonrisa extraña;—y el príncipe de Nocuara los aguarda con tanta impaciencia como yo.

—Es un valiente campeon.

—Cierto, y arde por llegar á las manos con Nottely.

—Pluguiese al cielo que en ellas dejase su vida el odioso embajador.

—O en las mias,—añadió Nomatty con voz sorda.

—Tambien.

Esto diciendo, se separaron; pero apénas habia dado Nomatty algunos pasos, cuando volvió, y dijo:

—¿Te has acordado de quitar á los prisioneros tintero, papel y plumas?

—Sí.

—¿Son á toda prueba los criados á quienes encargaste su custodia?

—Los más antiguos, y los que me tienen más afecto.

—Perfectamente. Hasta luego, pues.

## CAPITULO XLIII.

### SILODY.

Hallábase ésta muellemente recostada en un sofá, leyendo la primera parte de los *Tres Héroes*, obra de un ingenio de Sameyda, notable por la naturalidad de sus lances, por la variedad de éstos, y por lo bien sostenidos que estaban los caractéres de cuatro jóvenes amigos, que interesan al lector de una manera extraordi-

naria. Debia estar deliciosamente entretenida, puesto que no oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse, ni reparó en Nomatty hasta que le oyó decir:

—Me permitís, Silody, un momento de conversacion?

Levantó la jóven la cabeza, fijó en Nomatty sus ojos y dejó patente su rostro lleno de gracia y de candor. En efecto, las facciones de Silody, aunque pequeñas, tenian un perfil perfecto, y su cara, más bien redonda que ovalada, era de una blancura admirable. El tinte sonrosado de sus mejillas, el pelo negro como el ébano, que en graciosos rizos le caia sobre los hombros, y cierta viveza infantil que se notaba en sus acciones, la hacian en extremo interesante. Su cuerpo era airoso y esbelto, y su talento demasiado cultivado para una niña de su edad.

Al oir la pregunta de Nomatty, dejó el libro, y mirándole como sorprendida, dijo:

—Me admira, caballero, veros en este sitio.

—A mí, Silody?

—A vos, sí.

—Y por qué?

—Porque después de lo que os dije en la conversacion que tuvimos en Tolaida, creí que desistiriais de vuestras extrañas pretensiones.

—Eso es porque no sabeis, Silody, hasta qué punto es grande la pasion que me inspirais.

—Pues sino lo sabia,—dijo la jóven, entre risueña y desdeñosa —lo sabré ahora demasiado, no es verdad?

—Y por qué ahora y no ántes?—preguntó Nomatty.

—Porque habiéndoos dicho terminantemente que no podia acceder á vuestros deseos, veo que insistis en hacerme cambiar de ideas, cosa que debo atribuir á un exceso de ternura que, privándoos de la razon, os impide ver que malgastais un tiempo aquí, que pudierais emplear en otra parte.

—Eso lo decis por oirme,—contestó Nomatty con fátua satisfaccion—porque es imposible que mireis de ese modo un cariño tan violento como el mio.

—Luego es tan grande?—preguntó la niña con desden.

—Es tan grande, divina Silody,—respondió Nomatty,—que no hay género de sacrificio que no esté dispuesto á hacer para probároslo.

—De véras?—repuso Silody sonriendo

—Os lo juro por mi honor,—respondió Nomatty.

—Pues lo siento.

—Y por qué?

—Porque me repugnais.

—Os repugno?

—Y me repugnareis siempre.

—Ah, siempre decis?

—Siempre, entendedlo bien, Sr. Nomatty.

—Pues ahora á mi vez, os digo yo.....

—Qué?—preguntó la niña con viveza.

—Que lo siento.

—Ah, y por qué?

—Porque no pudiendo yo vivir sin vos, tendré el disgusto de obligaros á corresponderme.

—Obligarme!—dijo encogiéndose de hombros la niña—pues es gracioso.

—Cómo, gracioso?

—Y más que gracioso, ridículo. ¿De cuando acá, Sr. Nomatty, se ha visto que un hombre obligue á una mujer á que le corresponda?

—Desde que esa mujer desconoce sus deberes, —repuso Nomatty resentido,—quiero decir, desde que olvida que disgustaria á su hermano si supiese que trataba así á su amigo.

—Ah—dijo Silody perdiendo su jovialidad, y revistiéndose de un aire sério;—ya me espantaba yo de que mi hermano no saliese á luz en esta conversacion.

—Y qué quereis, señorita? Despreciais mi afecto, y os burlais de él, y yo quiero haceros conocer que nádie, ni aun vos misma, se burla impunemente de Nomatty.

—Pues por qué no desistis de vuestras pretensiones?

—Porque me es imposible.

—Entónces no os quejeis de mis desaires.

—Ni vos de que me vengue de ellos.

—Me amenazais?

—Y cómo nó si vos misma me obligais á ello?

—Triste es, Sr. Nomatty—repuso cada vez más séria la enojada niña—que abuseis así del dominio que teneis sobre mi hermano, y más triste todavía que le forceis á cometer acciones indignas de un caballero.

—Y qué acciones son esas?

—El rapto de mi prima, por ejemplo. ¿Creeis que ignoro quién fué el autor y el consejero de esta inícua trama? ¿Creeis que no estoy persuadida de que mi hermano jamas hubiera cometido este atentado si vos no le hubiéseis incitado á ello? Esta es mi creencia, caballero; ya veis que os lo digo con franqueza.

—Pues estais en un error,—dijo Nomatty—en echarme á mí toda la culpa.

—Pues quién la tiene entónces?

—Las circunstancias.

—Cómo las circunstancias? no os comprendo.

—Las circunstancias, Silody, ó más bien la fatalidad, si lo quereis mejor. Nostrendy está loco por Aneyda; Aneyda, no sólo no le corresponde, sino que ama á otro, y este otro puede casarse con ella el dia ménos pensado. Ahora bien; el dia que esto suceda, Nostrendy se mata: mil veces me lo ha jurado, y le creo, porque le conozco, y porque sé hasta qué punto es violenta su pasion. Queriais, señorita, que yo dejase morir á Nostrendy, al amigo de mi infancia, al amigo de mi juventud!

—Eso no podia yo quererlo, caballero.

—Pues qué queriais entónces?

—Que le aconsejáseis mejor; que usáseis de la influencia que ejerceis sobre él, primero, para moderar su amor; segundo, para hacerle ver que un caballero debe morir ántes que cometer una accion de que pueda avergonzarse; y tercero, para advertirle que, tratándose de una familia como la de Nomara, y de una jóven como Aneyda, léjos de favorecerle las acciones poco nobles, no hacen más que atraer sobre él un ódio grande y profundo que sólo se extingue con la vida. Esto es lo que yo queria, caballero; ¿lo habeis hecho?

—He hecho más, Silody,—respondió Nomatty, bastante desconcertado;—he hecho cuanto he podido para evitar conflictos entre familias que se hallan enlazadas con los vínculos de la sangre.

—Habeis hecho eso?

—Sí, señorita.

—Pues yo no lo creo.

—No lo creeis?

—Nó; y tanto no lo creo, que, aunque no amase á Silaydi, jamas daria mi mano á un hombre que se hubiese portado como vos.

—Cruel estais hoy, Silody hermosa.

—Justa y nada más, Sr. Nomatty

—Pero, en fin, admitis mis obsequios, sí ó nó?

—Nunca.

—Es esa vuestra última resolucion?

—Invariable, amigo, no lo dudeis.

Y diciendo esto, le volvió la espalda, cogió el libro, y se puso á leer.

## CAPITULO XLIV.

### LOS BILLETES.

Al otro dia, muy temprano, entró Nomatty en la habitacion de Nostrendy, en traje de camino, y cubierto de polvo.

—Qué hay?—le preguntó Nostrendy.

—Que de hoy á mañana deben de fondear, al frente de Tolayda, las dos armadas de Roquelia y de Nostracia.

—Quién ha traido la noticia?

—Nuestro buque, el más ligero, y de potencia eléctrica más grande, que las encontró á la altura de Lodunska, y que viró de bordo para traer la noticia á S. M.

—Y éste, qué dice?

—Que es forzoso que nos hallemos mañana en Tolayda para ocupar nuestros puestos.

—Bueno; pues dá la órden para que todo esté listo al amanecer.

—Se hará. Adónde vas?

—Al cuarto de Aneyda.

—Y las cartas?

—Las llevo conmigo.

—Corriente. Y Silody?

—Espero que la encuentres más amable.

—De véras? No me engañas, Nostrendy?

—Tú juzgarás; y puesto que hemos de marchar mañana, puedes ir á verla ahora mismo.

—Tan pronto como me mude. Adios.

Cuando entró Nostrendy en el cuarto de Aneyda, estaba ésta inmóvil y pensativa. En su postura habia un abandono que au-

mentaba sus encantos; pero que indicaba al mismo tiempo el desaliento que se habia apoderado de su alma.

—Aneyda,—dijo Nostrendy con voz tímida.

La jóven no contestó.

—Aneyda, —repitió Nostrendy en voz más alta, aunque siempre afectuosa.

Volvió entónces la jóven la cabeza, y miró á su primo, á quien dijo con tristeza:

—Qué me quereis?

—Quiero deciros,—añadió Nostrendy con un interes que entónces no era fingido,—que si continuais entregándoos así al dolor, vuestra salud se resentirá.

—Y qué me importa mi salud?

—Qué os importa!—dijo Nostrendy con viva solicitud.

—En el estado en que me hallo, la muerte me sería dulcísima.

—Pero tanto dolor, Aneyda, no es ya por la prision, no es por vuestra familia, ni mucho ménos por Romalia.

—Pues, por quién es entónces?—preguntó la jóven, á cuyo rostro afluyó un leve color de púrpura.

—Y me lo preguntais?—repuso Nostrendy con una especie de estremecimiento que en vano trató de reprimir;—tanto dolor no puede ser sino por...

Y no acabó, porque la palabra se le anudaba en la garganta.

—Por Nottely, no es eso lo que quereis decir?—preguntó la jóven con imponente dignidad.

—Por Nottely, sí. Es por Nottely, por ese hombre aborrecible, por ese hombre que nació para mi tormento, por ese hombre, en fin, que va á ser causa de vuestra desgracia y de la mia. Sin embargo...

Aquí se detuvo, mirando á su prima y de un modo que daba lástima.

—Sin embargo,—dijo con viveza la jóven,—él nunca hubiera cometido conmigo la accion inícua que habeis cometido vos.

—No?—dijo Nostrendy con una sonrisa más terrible aún que su cólera.

—Nó, nunca Nottely me hubiera arrebatado de mi casa.

—Y si hubiera hecho otra cosa todavía peor?

—Otra cosa todavía peor!

—Infinitamente peor.

—No concibo nada peor que lo que habeis hecho vos.

—Pues os equivocais, Aneyda.

—Me equivoco!

—Os equivocais, sí,—dijo Nostrendy con una especie de cruel satisfaccion,—pues hay otra cosa peor que la accion que me reprochais.

Aneyda estaba en un suplicio, pues deseaba, y temia á la vez, saber lo que Nostrendy queria decirle; pero pudiendo en ella más el temor que la curiosidad, se contentó con decir:

—Bien, bien, sea lo que fuere, nada me importa, nada deseo saber.

—Pues es lástima,—dijo Nostrendy, sacando del bolsillo dos papeles perfumados y cuidadosamente doblados,—porque estas dos cartas que me fueron entregadas ayer, os harian conocer, que si existe un hombre que á pesar de vuestros desdenes os ama siempre con idolatría, hay otro que, siendo sin duda preferido, os engaña y burla de la manera más cruel.

El golpe fué duro y Aneyda lo recibió de lleno en el corazon. Vivamente agitada, preguntó con ansiedad:

—Pero de quién son esas cartas?

—Una de Nottely á aquella linda jóven que vió en Romalía, y que tuvo la dicha de acompañar al paseo y al teatro, y otra de ésta al hermoso embajador.

—Imposible,—dijo sin poderse contener Aneyda.

—Imposible!—repuso Nostrendy con una alegría que tenia algo de feroz;—pues juzgadlo vos misma si gustais: ahí teneis las cartas; tomadlas.

Y diciendo esto le alargó las cartas, que Aneyda cogió maquinalmente, puesto que se quedó con ellas en las rodillas, mirándolas y sin leerlas.

—No las leis?

Ni una palabra contestó la jóven; pero levantó lentamente las cartas, fijó en ellas la vista temblando, y apénas leyó el primer renglon de la de Nottely, cayó sin conocimiento.

Asustado Nostrendy, y aun arrepentido de lo que acababa de hacer, corrió hácia ella y le cogió una mano; mas apénas la tocó, cuando como si hubiese recibido una descarga eléctrica volvió Aneyda en sí, diciendo con una viveza y un atolondramiento muy en armonía con el trastorno de su alma:

—No es nada, no es nada; ya pasó; no os asusteis, Nostrendy.

Y al acabar de decir estas palabras se esforzaba por hacer asomar á su boca una sonrisa, que en aquellas circunstancias era la expresion más viva y sublime del dolor.

—Pero estais muy pálida, Aneyda,—dijo cada vez más asustado Nostrendy.

—Nó, nó,—repetia la niña con la misma sonrisa y con aquel atolondramiento que tanto contraste hacía con la lividez de su semblante;—ya no tengo nada, ya pasó, ya pasó. Sólo quisiera...

—Qué?—dijo Nostrendy, inquieto sobremanera.

—Quisiera,—dijo Aneyda, mirando como extraviada á todos lados;—quisiera... vamos, yo no sé lo que quisiera.

Y se echó á reir.

—Pero qué quereis, Aneyda?—dijo, no ya asustado, sino lleno de terror, el Sr. Nostrendy.

—Quisiera... quisiera... estar sola, Nostrendy; quisiera morir; por qué no haceis que me maten pronto?

—Aneyda, Aneyda,—exclamó Nostrendy con espanto, —calmaos en nombre del cielo; quereis que me marche? ¿Quereis que venga Silody?

—Quién?—preguntó mirando á su primo con ojos desencajados.

—Mi hermana, Aneyda; mi hermana que os consolará, y ayudará, si acaso os poneis mala.

—Ah, sí, Silody, bueno, que venga; pero de aquí á un rato, de aquí á un rato, después que se calme esta cabeza (y la apretaba con las manos) que se me parte, que no sé que tengo en ella, que.....

Y al decir esto se desmayó de nuevo.

En extremo arrepentido Nostrendy, salió del cuarto desesperado.

Poco á poco, sin embargo, fué volviendo en sí la jóven, miró á todos lados, y no viendo á nádie, pues la doncella no habia vuelto todavía, cogió otra vez las cartas, y se puso á leerlas pálida y temblorosa.

Decia la de Nottely:

«Yo no sé, divina Notayde, cómo y por dónde has sabido que yo habia declarado mi amor á Aneyda en el jardin de su palacio. Cierto que tuve una conversacion con ella en este sitio; pero lo es más todavía, que no hemos hablado de amor. Y mal podiamos ha-

berlo hecho, cuando no estábamos solos, pues nos acompañaban la señorita Nassala y el caballero Mendoza. Pero, aunque estuviésemos solos, aunque me hallase, no digo ya junto á Aneyda, á quien solo profeso estimacion, sino al lado de una deidad ¿sería posible que, ocupada mi alma con tu recuerdo, hallase en otra nada que pudiese cautivarme? Tranquilízate, angel mio, y vive segura, del todo segura, lo oyes bien? que miéntras respire será tuyo, enteramente tuyo, tu—*Nottely.*»

Decia la de Notayde:

«Oh gracias, gracias, Nottely mio, por el consuelo que acabas de darme con tu carta. El fué tan grande, como intensa fué mi amargura cuando supe que habias hablado con Aneyda en el jardin de su palacio. Qué habia de pensar yo? ¿Se puede amar, ¡qué digo amar! idolatrar á un hombre como yo lo hago, sin que los celos nos asalten alguna vez? Perdóname, Nottely mio, y vive seguro que el dia que olvides á tu Notayde, aquel será el último de su vida. ¿Puede la que una vez haya sido por tí querida, vivir con tu indiferencia? Imposible. Hé ahí cómo piensa, y pensará miéntras viva, tu—*Notayde.*»

Cuando acabó de leer las cartas, quedóse Aneyda pensativa, y estrujándolas en sus manos sin saber lo que hacia; luego levantó al cielo sus ojos, y dijo con la muerte en el corazon:

—¿Será posible, gran Dios! que un hombre llegue á cometer tamaña villanía? Será posible que en él quepa tan refinada falsedad? Pero nó,—añadió, después de un rato,—no puede ser; Nottely es demasiado grande y noble para que se degrade hasta ese punto: ya otra vez me equivoqué, y equivocarme la segunda sería fatal. No pueden ser fingidas estas cartas? Ah! precisamente he de tener aquí las que él me entregó la noche que me declaró su amor: voy á compararlas con las de Nostrendy.

Y diciendo esto, sacó de una cajita las dos cartas que el lector se acordará le habia dado Nottely en el jardin de su palacio, y de las cuales no habia querido separarse, como un recuerdo de las tormentos que los celos le habian causado entónces. Comparólas unas con otras llena de ansiedad, y bajo el influjo de un temblor siempre creciente.

—Oh, no hay duda, no hay duda,—decia la infeliz,—es la misma letra, son verdaderas. Desdichada Aneyda!

Y se quedó inmóvil y abismada en su dolor.

De pronto sintió dos brazos que dulcemente la estrechaban su garganta, y unos lábios que rozaban su mejilla. Rápidamente incorporóse, y vió á Silody que la contemplaba con ternura. Aneyda se conmovió, agitóse su pecho, sus ojos, hasta entónces secos, se humedecieron, y sollozando, arrojóse en los brazos de su prima.

Tenía al fin una amiga con quien compartir sus penas!

## CAPITULO XLV.

### VIAJE DE LA ARMADA Y SU ARRIBO Á TOLAYDA.

Miéntras lo dicho sucedia en Catilia, nos deslizábamos nosotros por el anchuroso Océano, impelidos por un viento fuerte y seguido.

Nada tendrian de particular para aquellos habitantes el cielo, ni la mar, ni los buques, ni los hombres que los tripulaban; mas para mí era otra cosa, puesto que todo ello formaba un conjunto tan grandioso, que suspendia y embargaba los sentidos. Solo, en pié, y arrimado al bauprés, mi vista pugnaba por abarcar el horizonte, y mi imaginacion, recorriendo el espacio, se trasladaba á la Tierra.

Allí todo me parecia pobre, mezquino, miéntras que aquí todo era grande, imponente y maravilloso. Creeis que exagero? ¡Plugiese al cielo que pudiéseis verlo!

Veinte dias habia que navegábamos por aquel piélago infinito, cuando la noche del último se hizo, al parecer, eterna. El negro manto que acababa de tender sobre nosotros, se hacía cada vez más denso, y á medida que nos engolfábamos en la oscuridad, se revestian los objetos de un tinte extraño y desconocido para mí. No era completa, sin embargo, esta oscuridad, puesto que á ello se oponian dos satélites que se hallaban entónces sobre el horizonte, y una línea larga y brillante que dividia el cielo en dos mitades: esta línea la producian los anillos. Y aunque estos, interpuestos entre nosotros y el cuerpo del planeta, eran los que causaban la prolongada noche que, por espacio de quince años, debia envolver aquel continente, no por eso dejaban de proyectar sobre él su débil luz: ésta, unida á la que despedian los satélites, producia una claridad de color azul, dulce y malancólica á la vez. Qué cielo aquel! qué horizonte, y qué aspecto el que presentaba nuestra armada!

Este cuadro, que iluminado por aquella luz fantástica, presentaba los objetos como en lontananza, y envueltos en una especie de bruma trasparente, era verdaderamente mágico.

Quizá me haga pesado con tantas descripciones; pero ¿cómo prescindir de ellas cuando se trata de un mundo desconocido? ¿He de callar, por ventura, lo que he visto?

Tan entretenido me hallaba en la contemplacion de este espectáculo, que no percibí á Nottely hasta que tocándome en el hombro, me dijo:

—Qué haceis?

—Pasmado, amigo, pasmado con tanta maravilla

—Pues?

—Este cielo, querido Nottely, este mar, este horizonte envuelto en esa bruma sutilísima, y revestidos de esa luz fascinadora, me tienen fuera de mí.

—Sí, teneis razon,—respondió Nottely;—este espectáculo es magnífico, aun para nosotros que lo vemos tantas veces.

—Y cómo será entónces para mí?

—Cierto,—me dijo el Sr. Nottely,—mas ahora venid conmigo.

—Adónde?

—A la cámara del almirante.

Bajamos, en efecto, á la cámara, en la que hallamos como unas treinta personas formando corro, sentadas, cubiertas y guardando una imponente gravedad: eran los jefes. En una especie de sillon estaba el almirante. Era este un hombre corpulento, de edad entre la madura y la vejez, entre cano, de facciones pronunciadas y de barba y bigote negros, aunque salpicados de pelos blancos: su mirada era penetrante y su aspecto grave. Llamábase el señor Samidio.

Después que nos sentamos el embajador y yo, dijo el almirante:

—Señores, mañana fondeamos en las aguas de Tolayda, y es probable que en ella empeñemos la primera batalla.

—La primera batalla!—dijo uno de los jefes,—¿pues no vamos directamente á Talussa?

—Iríamos, si preciso fuere,—repuso el almirante;—pero creo que no pasemos de Tolayda.

—Cómo así?—preguntó el mismo jefe.

—Es muy sencillo, Noriccio,—repuso el almirante:—para ir á Talussa, es forzoso que pasemos el estrecho, y éste, como sabeis-

está poco separado de Tolayda. Ahora bien; si el estrecho está franco, porque la armada de Catilia se halle aún en Talussa, Tolayda quedaria expuesta á un golpe de mano, que, dado por nosotros, nos haria dueños de ella: la posesion de esta plaza irrogaria al rey graves perjuicios, miéntras que á nosotros nos proporcionaria ventajas que nos facilitarian las operaciones ulteriores en Catilia. El rey tendria que huir, y, no sólo se veria precisado á llamar su ejército de la Ciliana, sino que tendria que sostener la guerra en el corazon de sus estados. ¿Os parece que querria exponerse á tantos riesgos? Sería el colmo de la imprevision.

—Es cierto, es cierto,—contestó el Sr. Noriccio.

—Quisiera equivocarme,—continuó el almirante,—pues en tal caso nuestra campaña sería corta y brillante.

—Pienso lo mismo,— dijo á esta sazon el Sr. Nottely,—y seguro estoy que al fondear nos hallarémos con la armada de Catilina, que empeñará al instante la batalla. Si vencemos, la guerra se continuará en las llanuras de Tolayda; y si somos vencidos, todavía tendrémos que sostener la segunda, y, quién sabe, si la tercera batalla sobre el mar.

—Indudablemente,—repuso el almirante,—y por eso no podemos ménos de advertir á estos señores, que tengan sus escuadras listas para entrar en accion así que lleguemos á Tolayda.

Y pasando la vista por los concurrentes, añadió:

— Y ahora ¿qué os diré? Nada, porque á hombres de vuestro temple seria un insulto encargarles el valor: sólo os recordaré, primero, que la posesion de la Ciliana se va á disputar en las aguas de Tolayda; y segundo, que la muerte en el campo del honor es el más bello timbre que un hombre puede legar á sus descendientes, cuando la recibe defendiendo la gloria de la pátria.

Dicho esto, se disolvió la reunion.

—Ahora la nuestra,—dijo el Sr. Nottely, así que quedamos solos.

—¿Cómo la nuestra?

—Sí, Mendoza,—contestó Nottely,—la nuestra, la que vamos á tener vos, Silaydi y yo. Esta fué la de la pátria; ahora falta la nuestra: venid.

Y llamando al Sr. Silaydi, nos fuimos á nuestra cámara, donde reunidos al fin, dijo Nottely:

— Creo oportuno, y más que oportuno indispensable, que tan

pronto como demos fondo, mandemos á uno de nuestros criados, á aquel que nos inspire más confianza, á Conordo, con el encargo de hacer las más vivas diligencias para averiguar hácia qué parte del castillo están las habitaciones de Aneyda y de Silody, cuáles son las posiciones de aquel, y cuál su estado de defensa. Hecho esto, y luego que sepamos el resultado de sus investigaciones, obrarémos del modo que creamos mas conveniente. ¿Qué os parece?

—Bien,—contesté yo,—y desde luego pongo á vuestra disposicion mi guardia, en el cual tengo la mayor confianza, y en quien, desde que está á mi lado, observé mucho valor, despejo y sagacidad. Además, ha residido en Tolayda, y conoce los más grandes señores de la Córte. Antes de oiros, querido Nottely, ya iba yo á hacer igual propuesta, porque estaba seguro de que la aprobariais atendida su importancia; pero os habeis anticipado, y sólo me resta deciros que elijamos el criado. Os lo repito, ¿quereis mi guardia?

—Pero hace poco que le teneis, Mendoza,—dijo el Sr. Silaydi:—¿no podeis haberos equivocado respecto de las cualidades que le suponeis? ¿Estais seguro, además, de su lealtad?

—Creo que sí, Silaydi,—le respondí,—me tiene cariño, y no desea más que complacerme.

—¿Teneis vos, otro mejor?—preguntó Nottely.

—Tengo á Rotondo, criado antiguo fiel y leal á toda prueba.

—Excelentes cualidades,—dijo el Sr. Nottely; —pero entre las cuales no veo figurar las dos que posee el guardia de Mendoza, y que son las que en la actualidad necesitamos.

—Ah, sí, el despejo y la sagacidad,—dijo el Sr. Silaydi,—no le faltan á Rotondo, aunque respecto de ellas, no dudo en dar la preferencia al guardia de Mendoza.

—Y no es tampoco pequeña circunstancia,—añadió el embajador,—el haber vivido en Tolayda, y hallarse relacionado con los criados de los principales personajes.

—Es cierto,—repuso Silaydi,—llamémosle, pues, y enterémosle al momento del asunto.

## CAPITULO XLVI.

### INSTRUCCIONES DADAS Á RAMILIO.

Llamé, en efecto, á Ramilio, que se hallaba sobre cubierta hablando con sus amigos.

Era Ramilio un jóven listo, fino y de esbelto talle: tenia el pelo castaño, la frente despejada, los ojos vivos, la nariz graciosamente redonda hácia la punta, la boca pequeña y el bigote rubio, y su semblante, en el cual se revelaba una jovialidad burlona, era simpático.

—Acercaos, Ramilio,—dijo el Sr. Nottely.

Acercóse el jóven, pero sin apartar de mí la vista, como si quisiese leer en mi semblante la aprobacion ó desaprobacion de lo que iba á encomendársele.

—Os llamamos, Ramilio,—le dije,—para encargaros de un asunto delicado y que requiere mucha circunspeccion. He respondido de vos á estos señores, y espero que me dejareis airoso.

—Ya sabeis, señor,—me contestó el jóven,—que estoy enteramente á vuestras órdenes, y que no digo yo por dejaros airoso en lo que de mí habeis dicho á estos señores, sino que por daros gusto en vuestro menor deseo, estoy pronto á sacrificarme.

—Lo sé,—le respondí,—ó al ménos estoy persuadido de ello.

—Podeis estarlo, señor,—contestó el jóven.—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Vais á ser trasladado á Conordo,—dijo el embajador,—tan pronto como nos acerquemos á Tolayda: allí ya, tomareis una casa, é instalado en ella, averiguareis por los medios que os sugiera vuestra prudencia, y siempre haciendo las preguntas por cuenta propia, hácia qué parte del castillo habitan las señoritas Aneyda y Silody, que son, como ya sabreis, prima una y hermana otra del Sr. Silaydi: averiguareis tambien cuál es la posicion del castillo, cuál su estado de defensa, y qué número de hombres componen la guarnicion.

—Si no es más que eso,—dijo con semblante risueño Ramilio,—pronto espero dejaros satisfecho.

—Por ahora nos basta,—dijo el Sr. Silaydi;—más adelante verémos.

—Puesto que el Sr. Mendoza tiene, á lo que parece, el mismo interes que vos y el Sr. Nottely, bien podeis estar seguros de que haré por complaceros cuanto pueda.

—Así lo esperamos,—dijo el Sr. Nottely;—y tan pronto como averigüeis lo que os he dicho, volvereis á participárnoslo.

—Lo haré, señor,—contestó Ramilio.—¿Teneis algo más que mandarme?

—Nada,—dijo el Sr. Silaydi alargándole un bolsillo,—sino que no economiceis gasto ninguno para obtener las noticias que os pedimos.

—No, por Dios, Silaydi,—exclamé extendiendo mi mano para recoger el bolsillo; pero más veloz que yo, me la separó Silaydi diciéndome:

—En adelante, Mendoza, nunca os ocupeis de dinero tratándose de vos, de Nottely ó de mí, pues entre nosotros es indiferente que lo dé uno ú otro. El primero que lo haga, aquel tiene la preferencia.

—Así es,—repuso el Sr. Nottely.

—Guardadle entónces, Ramilio, puesto que estos señores lo desean.

Hízolo así el jóven, pero lentamente y como si quisiese darme á entender que sólo por obedecerme lo tomaba. En seguida añadió:

—Puedo retirarme ahora?

—Sí,—le contesté.

—Me agrada este jóven,—dijo el Sr. Silaydi tan pronto como marchó.

—Me alegro,—le respondí,—de que así lo juzgueis, Silaydi.

—Después que sepamos lo que haya averiguado Ramilio,—continuó el Sr. Nottely,—harémos los tres un reconocimiento en Conordo, y enterados de su disposicion exterior, tratarémos de ver de qué medios hemos de valernos para arrancar á las dos niñas del poder de sus verdugos. Os aseguro, amigos, que esta es la idea que me preocupa desde que dejé á Romalia.

—Os creo, Nottely,—dijo el Sr. Silaydi,—pues á mí me sucede otro tanto.

—Y tan natural es lo que decís, que á mí, que no puedo tener vuestro interes, no me ocupa otro objeto desde que llegué á Tolayda.

—¿No os parece,—dijo el Sr. Silaydi,—que sería bueno que Ra-

milio llevase una carta mia para Aneyda, participándole nuestra llegada?

—Yo lo creo,—dijo el Sr. Nottely,—si fuese posible entregársela; pero teniendo en cuenta los caractéres de Nostrendy y de Nomatty, conceptúo que habrán tomado tales precauciones, que no conseguirá Ramilio hacerla llegar á su poder.

—Y quién sabe?—repuso el Sr. Silaydi;—Ramilio me parece listo, y no extrañaria que, halagando ó seduciendo á algun criado y gratificándole ámpliamente, recabase de él que entregue la carta á Aneyda.

—Por si acaso, escribidla, Silaydi,—dije yo.

Silaydi escribió la carta siguiente:

«Acabo de llegar, querida Aneyda, delante de Tolayda en compañía de Nottely y de Mendoza. Vienen reunidas las dos armadas de Roquelia y de Nostracia, y quizá hoy principien las hostilidades. Nuestro disgusto por tu rapto fué horroroso. Papá y mamá, aunque buenos, están sumidos en una tristeza mortal, y yo no estaré tranquilo hasta verte libre de ese hombre. Si no hubiese guerra, ya estarias con nosotros, porque yo solo bastaba para arrancarte de Conordo; pero hoy, Nostrendy es un enemigo, y para vencerle necesito vencer ántes un ejército. Bien sabe él lo que hizo al provocar la guerra; pero, sea cual fuere el éxito de la lucha, yo te prometo que no marcharémos sin tí de este país. No te abandones, pues, al dolor, ni olvides que aún te espera una felicidad tan grande, que te hará mirar, hasta como un sueño, los tormentos que ahora sufres. De esta felicidad te hablaré cuando te vea.

»Mendoza, que está á mi lado, me encarga para tí los más afectuosos recuerdos. Su disgusto por lo que sufres, lo mismo que su deseo de verte libre, es como el nuestro: creo que digo bastante. Nottely..... Nottely, Aneyda, nos supera á todos en el sentimiento y arde por volar á Conordo.

»Da esa carta á mi adorada Silody (supongo que ella te habrá hablado de nuestro amor), y no olvides que se desvela por tí—*Silaydi.*»

La carta mereció nuestra aprobacion. La dirigida á Silody, como que todo se referia á cosas de amor, no creo que interese á los lectores. Yo mismo fuí á llevarlas á Ramilio, que me prometió hacer milagros porque llegasen á su destino.

Entre tanto avanzaba la armada con una rapidez maravillosa;

y como jamas se detenia, porque cuando paraba el viento trabajaban las ruedas que los buques tenian en las quillas, y cuyas ruedas eran movidas por un aparato eléctrico que aquellos tenian en sus centros, percibimos á Tolayda al dia siguiente.

El espectáculo que nos presentó esta ciudad era, como todo lo de Saturno, incomparable. Antes de verla, ó, lo que es igual, ántes de percibir sus edificios, envueltos, por supuesto, entre las sombras, llamó sobremanera mi atencion un sinnúmero de globos luminosos que, en líneas paralelas, ocupaban un espacio ilimitado. La altura de estos globos era muy grande, y la luz que despedian vivísima.

A medida que nos acercábamos, íbamos percibiendo las torres, las cúpulas, las casas, los terrados y las murallas. La ciudad tenía la misma extension que Romalia; pero la llanura que la circundaba, las casas de campo que en ella estaban esparcidas, y los árboles y plantas que por todas partes se destacaban, la hacian parecer mayor. Enfrente de nosotros habia un puerto grande y espacioso rodeado de un muelle magnífico, que resguardaban las baterías de la plaza. La entrada de este puerto se cerraba de una manera extraña y digna de referirse.

A una altura capaz de dar paso á un navío de línea, se veia un trozo de muelle que correspondia exactamente á la entrada de este. Dicho trozo, cuyas piedras habian sido enlazadas de una manera que no podian separarse, estaba suspendido en el aire por cadenas enormes de hierro, apoyadas en columnas de granito: por medio de estas cadenas lo hacian subir y bajar máquinas que se apoyaban en el muelle mismo. Cuando este trozo estaba arriba, hacia una vista aterradora, y cuando descendia, su superficie superior quedaba tan al nivel con la del muelle, que parecia no haber allí tal abertura; la inferior descansaba en el fondo del mar, impidiendo de este modo que el agua interior se juntase á la exterior.

Cuando dimos fondo, el trozo del muelle estaba arriba, y delante del puerto, y extendiéndose por ámbos lados, formaba en batalla toda la armada de Catilia.

Al lado derecho de Tolayda, y perdida allá en la bruma, se veia una especie de luna que iluminaba una mole inmensa: esta mole se destacaba de la cresta de una colina, rodeada enteramente por el mar, sobre el cual proyectaba su sombra jigantesca. Sola, in-

móvil y combatida por las olas, esta mole se asemejaba al destino, burlándose de los cálculos y mezquinos proyectos de los hombres.

Aquella luna era un globo de luz semejante á los que iluminaban á Tolayda.

Aquella mole era el castillo de Conordo.

La ciudad, los globos que sobre ella se veian, la llanura que la rodeaba, las casas y árboles que en esta estaban esparcidos, la armada, semejante á un bosque que la defendia, y el castillo de Conordo perdido como dije entre las sombras, formaban un conjunto, que iluminado por la luz plateada de los satélites, y la línea brillante de los arcos, me tenía enteramente fascinado.

Antes de colocarnos en frente de la armada de Catilia, ya habiamos arrojado al agua una lancha que con treinta marineros conducia á Ramilio á Conordo. Se alejó con rapidez, y en pocos momentos se perdió en la oscuridad.

De pié, inmóviles como estátuas, le seguian con la vista Silaydi y Nottely. No me cabe la menor duda que sus corazones latian con violencia, y que sus almas, rápidas como el pensamiento, volaban hácia las lindas prisioneras.

(*Se continuará.*)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

# REVISTA POLÍTICA.

## INTERIOR.

No sabemos, lo confesamos ingénuamente, dar cuenta á nuestros lectores del estado político porque el país atraviesa en los momentos presentes. Una languidez mortal, una calma inconcebible, precursora tal vez de mayores tormentas, paraliza las fuerzas de los partidos; nádie sabe dónde está, lo que quiere, ni lo que desea; escasamente podrian los hombres políticos conocer quiénes eran sus parciales y quiénes sus adversarios si se despojaran de sus relaciones personales, de sus afecciones, de la costumbre en fin de estar unidos á tal ó cual grupo político.

La cuestion de candidatura con su carácter eminentemente personal, ajena hoy á toda tradicion, principio, y legitimidad, ha aflojado, si no roto por completo, los antiguos vínculos, resultando unidas, por cuanto á ella se refiere, individualidades que ayer militaban en diferentes bandos, y frios en su afecto y separados en su trato, á causa de un mal disimulado antagonismo, muchos de los que ántes de ahora habian militado siempre bajo idéntica bandera.

En vano puede buscarse por los antiguos dogmas, lugar de reunion ni centro de alianza. La ley fundamental admite principios que nunca aceptaron los partidos históricos de antigua ni de novel tradicion; todo se ha trasformado; cuanto fué no tiene hoy razon de ser; España ha roto, por decirlo así, después de la Revolucion, los moldes de su antigua extructura para entrar en la vida moderna; es preciso fundar una sociedad diferente por completo de lo que fué; legislacion, política, costumbres públicas y hasta sociales, cuanto constituye la manera de ser de un pueblo va á trasformarse en la nacion en que imperaron Felipe II, Cárlos el Hechizado y Fernando VII.

De los antiguos fueros, de las viejas franquicias populares de Castilla y

de las clásicas libertades de Aragon, tampoco existen vestigios, y apénas el intrépido carácter de nuestros modernos guerrilleros recuerda en algo el bullicioso individualismo de los tiempos de D. Juan II y de Enrique IV.

La regeneracion constitucional de 1812, á pesar de la Revolucion francesa, conservó restos del inveterado espíritu de nuestros mayores.—La libertad religiosa, base fundamental de las nuevas instituciones, es un progreso que no se atrevieron intentar los legisladores de Cádiz, y que consideraron incompatible con el carácter nacional las Constituyentes de 1837 y de 1854.

Los diferentes matices del partido liberal no admitian como doctrina propia de su credo esta reforma, á pesar de considerarla cual parte integrante de las libertades públicas los conservadores de los demás pueblos de Europa, en que la religion católica era universal y cási única. Y no se diga que tamaña innovacion ha dejado de tener elocuentes defensores dentro del más puro catolicismo. Chateaubriand y Montalembert, Lacordaire y otros de no ménos nombradía, aunque ménos conocidos entre nosotros, han defendido la libertad en todas sus manifestaciones, como la atmósfera que la religion católica necesita respirar para su desarrollo, nobleza y engrandecimiento. En la misma Edad Media escritores notables, tenidos algunos en olor de santidad, defendieron la libertad de cultos.

El dia en que la Asamblea Constituyente votaba el artículo 21 de la Constitucion del Estado, concluia la razon de ser de los antiguos partidos liberales, pues todos confluian en una afirmacion tan nueva, tan ajena, tan contraria á la naturaleza de lo que siempre habian defendido, que sólo podian ya fundarse en un interes secundario las antiguas líneas divisorias, las viejas denominaciones. Esto sin contar con la consignacion de los derechos individuales, y con el carácter esencialmente democrático del Código que iba á ponerse en vigor, diferente por organismo y tendencia de las leyes fundamentales que habian venido defendiendo las viejas porcialidades políticas.

Por un error de tristísimos resultados, los partidos revolucionarios se siguieron reuniendo por procedencias, discutiéndose en el seno de estas agrupaciones las cuestiones más palpitantes, lo que concedia cierta preponderancia á los exagerados, creando antagonismos y disidencias, que probablemente no hubieran existido si las cuestiones se hubiesen presentado íntegras á la mayoría. Los ánimos conciliadores, las inteligencias dispuestas á aceptar términos medios y justos, se han encontrado naturalmente dominadas por la avasalladora influencia de los intransigentes, con grave deterioro de la idea y de los intereses revolucionarios, cuyos parciales, divididos y subdivididos entre sí, carecen hoy de la fuerza que una union sincera les hubiera dado.

El pensamiento de la Revolucion no era patrimonio exclusivo de ninguna bandería; se habia abierto camino á pesar de todos los obstáculos que le presentaba el pasado, á través de todos los peligros que se dibujaban en lo

porvenir; constituido el país, nuevos partidos se crearian indudablemente dentro de las instituciones que la Revolucion iba á fundar; pero los antiguos con sus nombres, con sus preocupaciones, con sus responsabilidades, no tenian razon de ser. Cuando el Presidente del Consejo de Ministros dijo que las historias de nuestras divisiones políticas habian servido de tacos á los cañones de Alcolea y que nada quedaba de ellas, formulaba en una metáfora, más ó ménos propia, una verdad que estaba en la conciencia de todos, y que, sin embargo, todos han olvidado pronto.

Las afecciones y los enconos procedentes de las antiguas luchas, la costumbre inmemorial entre nosotros de confundir la consecuencia política que tiene por base las ideas y los principios con una fidelidad que se sujeta exclusivamente al imperio de los nombres propios, han venido presentando dificultades graves, no sólo á la conciliacion de los diferentes elementos de la Cámara, cosa de suyo efímera y pasajera, sino á la concentracion definitiva de fuerzas que, compactas, habrian servido de base firmísima al edificio que iba á levantar la Asamblea Constituyente.

El error más grave que ha cometido el Presidente del que fué Gobierno Provisional y Presidente luego del Consejo de Ministros, consiste sin duda alguna en no haber interpuesto cual valladar poderoso todo el influjo de su respectivo renombre, valer y poderío entre parcialidades políticas, que debieron haber dejado de existir el dia en que murieron la Monarquía, la Dinastía y la Constitucion, dentro de las cuales habian nacido, y por cuyo influjo se habian desarrollado. Si esto hubiese sucedido, otra sería la faz política que el país presentara, otras las resoluciones que dentro de la Asamblea pudieran adoptarse, distintos los derroteros, más grande la esperanza, más anchos los horizontes que se descubririan hoy á nuestra vista.

La Monarquía, la dinastía de la revolucion, las instituciones á cuya sombra sólo pueden existir los derechos conquistados encontrarian numerosos é inteligentes defensores, sin que, como ahora sucede, sorda lucha, tanto más difícil de extinguir, cuanto ménos justificada, minase sus cimientos.

La historia de los partidos políticos es en los pueblos libres la historia práctica de las instituciones. No es la organizacion de los partidos un elemento político que la Constitucion de ningun pueblo reconoce, pero nádie negará que su existencia es inseparable de la existencia de los Gobiernos parlamentarios. Los hombres que han adquirido el convencimiento de que la prosperidad y el bienestar públicos se consigue tan sólo en la época presente por medio del Gobierno de la Nacion por la Nacion misma, ejercitado en el Parlamento á la sombra de una Monarquía á quien le esté vedado por la ley presentar obstáculos á la libertad, han de volver naturalmente la vista á aquel pueblo que ha logrado la paz y grandeza que hoy disfruta la Inglaterra, país clásico de las instituciones representativas en Europa. Nosotros confesamos sinceramente que las instituciones de que viene disfru-

tando el pueblo inglés desde 1868, es el bello ideal á que, en nuestro sentir, debe dirigir sus aspiraciones la España revolucionaria de 1869. Los republicanos presentan siempre como ejemplo digno de imitarse el estado social y político de los Estados-Unidos; para los monárquicos constitucionales Inglaterra ha sido y será aún por mucho tiempo el punto objetivo de sus aspiraciones.

Afirma Macaulay, sin que nádie haya osado desmentirlo hasta ahora, que la Revolucion inglesa de 1688 fué la ménos violenta y la más bienhechora de cuantas revoluciones registra la historia, porque decidió el tenebroso problema que se habia venido agitando por espacio de cuatro siglos, y que consistia en saber si el elemento popular podia vivir en armonía con el elemento monárquico, ó lo que es lo mismo, si la libertad podia hermanarse con el órden público. Los hombres públicos de aquel país, escarmentados por otra parte de los excesos de la República, ansiosos de conseguir la libertad práctica y verdadera, se cuidaron muy poco de declarar la igualdad natural de los hombres; no se ocuparon en la vana palabrería de consignar en ningun documento la soberanía inalienable del pueblo; su mision fué más práctica: salvaron la libertad, establecieron un Gobierno sábio, digno y prudente, que perfeccionándose de contínuo, ha llegado hasta nosotros sin que se descubran todavía los gérmenes de su ruina.

Veamos, aunque de una manera rápida, la influencia que en el desenvolvimiento de aquellas instituciones tuvieron los partidos, por si su ejemplo pudiera servirnos de enseñanza en el triste trance porque hoy atraviesa la Nacion española.

Las locas empresas de Jacobo II contra la religion y la libertad del pueblo, reunieron á los whigs y á los torys en una causa comun, por haber comprendido los últimos, á pesar de sus principios conservadores, la necesidad de separar del Trono á un soberano que, despreciando las libertades públicas, habia llegado á representar la tiranía en el poder. Otro tanto ha sucedido entre nosotros, el dia en que se convenció la Union liberal, ó lo que es lo mismo, la gran fuerza conservadora del país, de que el sistema parlamentario se habia hecho incompatible con la dinastía reinante; de que era de todo punto inútil hacer nuevas tentativas para armonizar el espíritu liberal moderno, sin el cual la prosperidad no es posible, con las preocupaciones de la Corte, lo que dió por resultado un alzamiento nacional, cuyas consecuencias hubieran sido semejantes á las de la Revolucion inglesa de 1688 si la Union liberal hubiera podido tener en la direccion de los negocios públicos la influencia que de derecho le correspondia; si los partidos liberales, arrastrados por una suspicacia injustificada, no se hubiesen dividido nuevamente ántes de que la eleccion de Rey tuviese efecto.

Esta division de los partidos es el hecho más culminante de la política actual, el que deben estudiar los hombres de Estado si la Revolucion es-

pañola no ha de convertirse en uno de los hechos más desastrosos que registre nuestra historia moderna.

Llegan ciertos momentos en los pueblos regidos por instituciones representativas, en que los partidos sufren modificaciones y se trasforman en cumplimiento de una ley superior á ellos mismos, sin lo cual el progreso humano sería imposible. La historia de Inglaterra desde Guillermo III hasta nuestros dias, presenta frecuentes ejemplos de estas mudanzas. Las graves trasformaciones que se habian verificado en los partidos, borraron cási por completo las líneas divisorias que por espacio de mucho tiempo los habian separado. La guerra de América crea en Inglaterra el partido democrático, que habia de ejercer luego una gran influencia en las relaciones existentes entre whigs y torys. Viene luego el Ministerio de coalicion que trasforma el personal de las antiguas agrupaciones. Fox que habia empezado su carrera como tory, llega á ser jefe de los whigs; Pitt, que habia hecho su entrada en el Parlamento como whig, concluye por ser el jefe de los torys.

La idea liberal se abre sin embargo siempre camino por medio de estas trasformaciones. El mismo Pitt, al contrarestar la influencia de la Revolucion francesa, enemiga de la Monarquía y de Inglaterra, gobierna al frente del partido tory, sin olvidar que habia nacido whig y que se habia educado en los principios de aquella escuela. Si en ocasiones plantea y defiende la política de resistencia, «lo hace con dolor y obligado por las circunstancias,» huye siempre de la reaccion y procura limitar la influencia de la corona para dar ensanche á la libertad del pueblo. Ni acepta, ni se declara partidario de las doctrinas del partido que dirige, y con cuyo apoyo gobierna; participa de los sentimientos y habla el lenguaje de los whigs; favorece la libertad de comercio y busca en reformas que el partido tory hubiera rechazado sin su influencia, los elementos necesarios para levantar la decaida Hacienda de Inglaterra.

Con esta hábil política arrebata á Fox y al partido whig sus hombres más distinguidos: el mismo Grattan, y los patriotas irlandeses, se pasan del lado del Gobierno.

Algunos años después otro hombre importante del partido tory, Sir Roberto Peel, sacrifica por dos veces en 1829 y 1846 los principios de su partido al abolir las incapacidades políticas de los católicos y al llevar adelante la reforma de la ley de cereales.

De todo esto se aduce que hay momentos en que la fusion de los partidos viene á ser una necesidad social y una ley ineludible del sistema parlamentario, y que los partidos conservadores en las naciones verdaderamente libres contribuyen en primer lugar á que la paz pública no se turbe por medio de revoluciones peligrosas, fabricando con sus propias manos las reformas que se han abierto paso en la opinion pública.

¡Cuán distinta sería la suerte de la Nacion española si sus hombres de

Estado y la Corte, sobre todo, no hubieran perdido jamas de vista estas enseñanzas!

Si un hombre como Pitt ensanchase entre nosotros por medio de una política levantada las filas de su partido y se trajese el apoyo de los que ántes fueran sus adversarios, pronto se le llamaria á él gran corruptor, y á ellos miserables tránsfugas; y, sin embargo, Pitt levantó á una grande altura el nombre y la riqueza de Inglaterra, salvó la Monarquía y la libertad del pueblo inglés de los peligros que le creara la Revolucion francesa primero, y luego el ódio de Bonaparte.

Maroto de los Ingleses llamaban á Peel los ultra-torys en su despecho, y al patriotismo y valor cívico de Peel debe el pueblo inglés un bienestar de que jamas habia disfrutado.

Las grandes mejoras, los grandes adelantos, las reformas de importancia, sólo se realizan por medio de hábiles y sucesivos temperamentos. Los intransigentes de todos los partidos han sido siempre obstáculo á la prosperidad pública y enemigos de la libertad. Transigir es gobernar; sólo uniendo voluntades se crean partidos poderosos que tengan vigor y que representen grandes fuerzas sociales, sin lo cual es punto ménos que imposible salvar las grandes crísis porque atraviesan los pueblos que quieren regenerarse; pero estas transacciones sólo se efectúan de una manera fecunda, quedando completamente á salvo el honor de los partidos.

La Revolucion española, uniendo todos los matices de la gran familia liberal, pudo abrigar la esperanza de crear una Monarquía, de organizar un Gobierno fuerte, de consolidar de una vez para siempre las libertades públicas: el dia en que estos partidos volvieron á dividirse, nacian para la Pátria nuevos y más grandes peligros que aquellos porque habia pasado. Si en situaciones normales, y sólo para realizar el progreso ordenado que cabe dentro de instituciones robustecidas por el asentimiento comun y fortificadas por la costumbre, ha sido necesario en momentos dados olvidar las añejas preocupaciones de los partidos y salvar sus estrechos límites, cuán grande no será esa necesidad para la Nacion española, hoy que no se ha podido constituir la Monarquía, poner en observancia en toda su integridad la Constitucion del Estado, ni aplicar las leyes orgánicas votadas por la Asamblea; viéndose el país en el triste trance de que poseyendo las leyes más libres que tiene ningun pueblo, no disfruta de más órden que el que nace de la fuerza, ni de más libertad que la que le concede la benevolencia de los gobernantes.

De aquí nace el afan con que todas las clases sociales piden salir de la actual situacion política, con la esperanza de que la eleccion de Rey pueda ser punto de partida para llegar á tiempos mejores. Empieza á desconfiar el pueblo, con poco fundamento, en nuestro sentir, de los hombres colocados al frente del Gobierno, por juzgarlos poco dispuestos á no omitir trabajo ni sacrificio de ninguna clase con tal de llegar al ansiado propósito. El *in-*

*succés* de las pasadas candidaturas régias, sino justifica, alimenta esta preocupacion; de ahí que se reciba con desconfianza el anuncio de toda solucion que pueda concluir el período de interinidad.

En vano los periódicos españoles han trasladado á sus columnas cuanto han escrito las publicaciones italianas de más representacion política acerca de la candidatura del Duque de Aosta, considerándola como cosa acordada por los Gobiernos de entrambas Península; la incredulidad general no se desvanece.

Léjos nosotros de los centros gubernamentales, y sin más antecedentes en esta cuestion que lo que de público se dice, creemos que el Rey Victor Manuel prestaria su consentimiento con dos condiciones, siendo la primera que la candidatura fuese aceptada por número suficiente de Diputados de todas las fracciones políticas, á fin de que nunca pudiera decirse que el Duque de Aosta venia á España, no para llenar una aspiracion pública, sino para ponerse al frente de un partido.

Semejante situacion, propia de un aventurero político, estaria muy léjos de satisfacer las nobles aspiraciones del jóven Príncipe, y obligaria al Rey Víctor Manuel á negar una autorizacion que concede sin duda alguna, no tan sólo por amor á la Nacion española, sino para facilitar la resolucion de los problemas difíciles que se agitan hoy en las naciones meridionales de Europa. Por eso establece como condicion segunda que las naciones extranjeras no pongan el más leve obstáculo á los propósitos del Gobierno español, pues si otra cosa sucediera, la combinacion proyectada daria por resultado justamente lo contrario de lo que los hombres de Estado italianos y españoles ambicionan.

Al anunciarse que el Gobierno estaba dispuesto á presentar esta candidatura á la Asamblea, ha empezado á sentirse cierta agitacion en el seno de los partidos monárquicos, que se ha calmado luego con la noticia de que Prusia y Francia ajustarian un armisticio á instancias de Inglaterra, dentro del cual se decidiese por medio de un Congreso en Paris todas las cuestiones pendientes. Nosotros considerariamos como una desgracia para la Revolucion española, para el porvenir de las instituciones y para la popularidad del Rey, que la nueva Monarquía naciese de un Congreso europeo.

Nada más natural, á ser cierto, que el deseo manifestado por el Rey Víctor Manuel de que á la candidatura de su hijo no ponga obstáculos ninguno de los pueblos que forman la gran solidaridad del mundo civilizado. El Gobierno español tiene el deber imprescindible de poner en conocimiento de las naciones con quienes vive en relaciones amistosas, la resolucion definitiva que intente dar á la Revolucion; pero de esto á que el trono de Castilla se considere por las grandes Potencias como uno de los elementos de que se puede disponer para arreglar el mapa de Europa, poniendo en duda siquiera de la manera más remota el derecho absoluto que tiene la Na-

cion española para constituirse por su propio impulso, média un abismo.

Lo hemos dicho en nuestras anteriores REVISTAS y lo repetimos ahora, la ansiedad general, la postracion de los partidos, la interinidad porque el país atraviesa, elementos son preciosos para que, apoderándose de ellos un Gobierno con elevacion de miras, constituya de una manera definitiva las instituciones; mas para que esto suceda es preciso no herir en lo más mínimo la susceptibilidad nacional; de lo contrario, no hay que hacerse ilusiones, á la calma presente sucederá más ó ménos pronto un período de agitacion, de lucha, de guerra, cuyo desenlace nádie puede prever, pero del que saldrian completamente derrotadas las libertades públicas.

Los hombres que han hecho la Revolucion, á pesar de los desastres pasados, á pesar del desórden latente, á pesar de los perjuicios sufridos, podrán vanagloriarse algun dia de su obra, si resuelven todas las cuestiones en el seno de la legalidad, si constituyen al una Monarquía que tenga por base el sufragio del pueblo; pero si llegan á declararse impotentes para esto, si tuviesen que apelar como razon suprema á la fuerza, la Revolucion sería una calamidad que mancharia las páginas de la historia, y el nombre de sus autores pasaria á lo porvenir execrado por las generaciones presentes y venideras.

Para evitar todos estos inconvenientes, para salvar estas dificultades, para evitar lo que no podia dejar de ser considerado como una catástrofe, es preciso coronar el edificio constitucional, contribuyendo á la colocacion de la último piedra todas las fracciones monárquicas de la Asamblea, unidas por un sentimiento de patriotismo; pero esto no puede suceder si todos no ponen un poco de su parte, los conservadores entrando resueltamente en el movimiento liberal que la Revolucion encarna, satisfechos con la noble tarea de contribuir eficazmente á que lleguen á estar en vigor las leyes que ha hecho la Cámara, y que son hoy letra muerta; cosa, por otra parte, imposible si los radicales no se convencen de que la libertad no estriba en mantener en agitacion perpétua al país por el ejercicio bullicioso de derechos que pueden practicarse sin inconvenientes dentro del órden más estricto; de que la libertad no es la persecucion sistemática de ningun elemento social, ni la guerra organizada contra ningun sentimiento público.

Por más que un instinto de conservacion moviese á los partidos en direccion contraria á la que hasta ahora han seguido, sus más nobles propósitos serian estériles en la práctica, si el General Prim no está dispuesto á levantarse sobre las pequeñas pasiones de amigos y adversarios, si no tiene la fortaleza de carácter necesaria para emanciparse del yugo de los íntimos, y no darle proporciones que no tiene á los ataques de los irreconciliables, representando una política elevada y fecunda que, atenta á lo presente y mirando lo porvenir, se preocupe poco de las cosas que pasaron de la tradicion de los partidos y de los ódios que han dejado tras de sí como indeclinable corolario.

La Union liberal tiene después de la muerte de O'Donnell, y hoy sobre todo en la Asamblea, una situacion análoga á la que tuvieron los amigos de Sir Roberto Peel en el Parlamento inglés después de la muerte de aquel grande hombre. El partido whig, que debia á Peel el triunfo más solemne de las ideas liberales, no contaba ya con los grandes elementos de fuerza que habia tenido ántes, ni con el personal brillante que habia ennoblecido los anales parlamentarios de Inglaterra, por más que todavía abrigase en su seno notabilidades de grandísima importancia. La fraccion de Peel era considerada como el estado mayor del ejército parlamentario: componíase de hombres aptos para los negocios, experimentados los más en las luchas de la vida pública. Celos de influencia dividian á los whigs de los amigos de Peel, sin que pudieran olvidarlos en el poder bajo la presidencia de Lord Aberdeen.

La Inglaterra recibió con júbilo aquella administracion pública, que unia en una accion comun á los hombres más inteligentes y más sinceramente liberales del país; pero apénas habian trascurrido dos años, cuando no satisfechos unos ni otros de la participacion respectiva que tenian en el poder, volvieron á sus antiguas disidencias; el Gobierno que presidió Lord Aberdeen cayó, dejando defraudadas las esperanzas que habia hecho concebir á la nacion inglesa. Si de entónces acá, repetimos, en el pueblo clásico de la libertad parlamentaria, y donde las instituciones tienen por firme base el sentimiento religioso y siglos de práctica no ha podido sostenerse ningun Gobierno sin el concurso de distintos grupos liberales, ¿cómo podrá España fundar sus nuevas instituciones contra enemigos inveterados, á pesar de sus preocupaciones históricas, si no consigue ver unidos los elementos liberales del país?

J. L. ALBAREDA.

---

# EXTERIOR.

Si en el terreno de los hechos, el *Væ victis* es hoy, como en tiempo de Breno, la ley que rige entre las naciones, lo es todavía más en el terreno de las ideas. Todo el mundo, al formar su juicio respecto de los acontecimientos, se pone del lado de la victoria. Los que durante veinte años han creido que Napoleon III tenía un talento superior, se sienten muy inclinados hoy á declarar que siempre fué un imbécil. Francia ha estado pasando, en la opinion vulgar, por una nacion omnipotente, y en la actualidad se la

declara decaida y arruinada para larguísimo período de tiempo. El Conde de Bismark, en cambio, es considerado ahora como la inteligencia más privilegiada de Europa, y Prusia como la nacion que ha logrado clavar la rueda de la fortuna.

Sin incurrir en exageraciones, y procurando conservar la serenidad de los juicios en medio del vertiginoso torbellino de los prodigiosos sucesos del último trimestre, hay que convenir en que la caida dada por Francia es tan grande, que acaso no sería posible encontrarle semejante en la historia. El problema más importante que las ciencias morales y políticas están llamadas á examinar, consiste en averiguar las causas de ese desastre inesperado y cási increible.

Atribúyenlo unos á la corrupcion de las ideas; otros á la corrupcion de las costumbres; éstos, á los defectos del carácter frances, ligero y frívolo; aquellos, al liberalismo, que desorganiza las fuerzas de los pueblos democráticos y los inhabilita para luchar con países absolutistas y aristocráticos como Prusia.

En las ideas han introducido, en efecto, gran decaimiento de vigor las escuelas ateas y panteistas. El sentido moral ha padecido con la ruina de las doctrinas religiosas. La indiferencia en materia de religion se extiende como una enfermedad contagiosa de las inteligencias. El ateismo ha llegado á tener tambien fanáticos. En una reunion pública, celebrada en Paris pocos dias ántes de que aquella capital fuese cercada, un orador creyó oportuno, para mostrar confianza en los destinos de su pátria, exclamar: Dios protege la Francia! Una tempestad de gritos reclamó contra esta mencion de Dios. Algunos meses ántes, en una reunion muy numerosa, un ciudadano frances, para expresar un deseo, cometió el descuido de decir: *Plût à Dieu....* Por todas partes le interrumpieron, pidiendo su expulsion. Él no podia comprender la causa de la ira de sus oyentes, porque estaba seguro de haber defendido todos los disparates que podian halagar las pasiones de estos. Por fin se le hizo notar que habia pronunciado el nombre de Dios: se excusó alegando que sólo habia empleado un modismo muy usual de la lengua francesa. Los concurrentes le impedian hablar, gritando con furor: ¡Abajo los modismos!

Estos hechos, y las consecuencias que de ellos lógicamente se derivan, son muy graves y lamentables; pero la verdad es, que Francia debe principalmente á la Alemania, que la ha vencido, esas doctrinas panteistas y ateas. Renan escribe estos dias en los periódicos á Strauss, y le llama su maestro.

Tampoco se puede negar la corrupcion de las costumbres y sus funestos resultados. Las ideas y los sentimientos, que se refieren á la formacion y la conservacion de las familias, se hallan en una decadencia notoria. La poblacion en Francia está estacionaria, miéntras en otros países ménos

ricos se desarrolla muy á prisa, demostrándose así prácticamente, que si el número de habitantes de una comarca guarda proporcion con los progresos de las subsistencias, tiene relacion tambien con el estado moral de los pueblos. Pero nada de esto explica los desastres de la guerra actual. En medio de ciertos vicios, propios de toda sociedad humana, y que en Francia brillan más, pero acaso no están más extendidos que en otras partes, habia y hay grandes virtudes privadas y públicas, civiles y militares. Cualesquiera que sean para el porvenir los riesgos del mayor crecimiento de la poblacion entre otras razas, la francesa no era inferior ahora á la de sus enemigos. Sus soldados, individualmente, valen tanto ó más que el prusiano ó el aleman del Sud. Nádie habia notado que los Franceses fuesen incapaces de comprender los secretos más recónditos de la diplomacia, de la política, de la estrategia, de la táctica; y, sin embargo, en las operaciones militares se les ha visto rodar de derrota en derrota, no por falta de valor en el soldado, ni de abnegacion en el oficial, si no de inteligencia de las cosas de la guerra.

En cuanto á su carácter nacional, no hay más que una sola voz en toda Europa para condenar su frivolidad, su ligereza, para hablar del *can-can*, del *vaudeville*, y de la caricatura como de las causas principales que han traido á nuestro vecino país á la situacion tristísima en que se encuentra. Tambien tiene mucho de verdad esa expresion de ciertos defectos del carácter frances, y los Franceses son los primeros en reconocerlo; pero no hay en ellos novedad alguna que pueda dar la explicacion de la inferioridad sorprendente en que la actual guerra los presenta. Tales como son hoy, eran ayer, cuando todo lo invadian, cuando todo lo conquistaban, cuando eran irresistibles, cuando llevaban á todas las partes del mundo, venciendo siempre, su literatura, sus leyes, su bandera, sus ideas y sus costumbres.

En cuanto al liberalismo, si bien es cierto que debilita el sentimiento patriótico, suavizándolo, despojándolo de su histórica intransigente ferocidad, sustituyéndolo con ideas más expansivas, cosmopolitas y humanitarias, en cambio lo fortalece con el mayor vigor que da á la opinion pública, y á la conciencia más ilustrada de los ciudadanos, respecto de los derechos é intereses nacionales. Nádie ha sospechado que el patriotismo sea más flojo en Inglaterra que en Rusia. Tal vez el liberalismo, con su tendencia á combatir las aficiones guerreras, y á tener en ménos las glorias militares que las conquistas de la paz, ha retraido á la Francia democrática de adoptar esas instituciones prusianas, que convierten á todos los hombres en soldados. Miéntras Prusia se preparaba en silencio para la guerra, la doctrina del desarme general hacía en Francia más prosélitos que en ningun otro país; pero á pesar de eso, conservaba el ejército numeroso que habia vencido á Rusia en Crimea y á Austria en Lombardía, al Africano en la Argelia, al Asiático en China, al Americano en Méjico.

Lo que ha perdido á los Franceses en esta guerra, no ha sido ni la corrupcion de las ideas morales, ni la corrupcion de las costumbres, ni los defectos de su carácter, ni las instituciones liberales: sus desastres se han debido á dos errores, militar el uno, político el otro. El primero los dejó sin ejército en Woerth, en Forbach y en Sedan; el segundo ha desorganizado la nacion en presencia del enemigo.

Consistió el error militar en profesar como un axioma la idea de que la mayor suma manejable de hombres armados, no debe exceder de 200.000. Desde que Napoleon I lo dijo, ningun frances lo habia puesto en duda. Todos creian que el número de hombres que pase de dicho guarismo, en vez de ser útil, estorba. Nada les parecia tan arriesgado y funesto como los *encombrements*. Así que, ni á Crimea ni á Italia llevaron ejércitos que pasasen de los 200.000 hombres, considerados como *maximum*, ni se preparaban á invadir la Alemania con más numerosa hueste. Los Prusianos, sin embargo, han demostrado que hay quien sabe manejar mayores ejércitos, y que en todo caso, se puede atender á más vastas empresas teniendo dos de 200.000 hombres que uno sólo, pues así se está en situacion de cercar al mismo tiempo á Bazaine en Metz, y á Mac-Mahon en Sedan, y después de rendido éste, á Trochu en Paris.

El error político, mucho más funesto, ha sido el de hacer una revolucion en presencia del enemigo. La proclamacion de la guerra civil y tambien de la guerra social como remedio y como fuerza para mejorar las condiciones de la guerra internacional, es una grandísima insensatez. Ningun Catilina, ningun Spartaco salvó jamás á Roma de sus enemigos: la salvaron los dictadores; de Breno, Camilo; de Annibal, Fábio. La destitucion del Imperio cuando el Emperador acababa de capitular con el ejército, pareció á muchísimos en Francia, acaso á la mayoría, un suceso muy natural y muy lógico. Pero el Emperador, aún prisionero, daba á Francia una cohesion, una fuerza de unidad, que la República, nacida en aquellos momentos, no podia ménos de quitarle.

Por qué era destituido el Emperador? ¿Por el golpe de Estado del Dos de Diciembre, ó por haber perdido las batallas y el ejército? Si se le castigaba por lo primero, la pena era muy tardía y venía muy inoportunamente. Después de haberle obedecido y aclamado, bajo el régimen del poder personal, durante dieciocho años, el pueblo frances no debia lanzarlo del trono cuando habia restablecido el sistema constitucional; no debia ponerse de parte de los Prusianos contra el Imperio. Si el motivo para expulsar la dinastía imperial era la mala suerte de las armas, se cometia una injusticia y se practicaba una mala política. Después de las batallas desastrosas de Woerth y de Forbach, el Cuerpo Legislativo votó gracias, en nombre de la pátria, á los ejércitos vencidos; hecha la capitulacion de Strasburgo, el Gobierno republicano ha recibido con aplausos entusiastas y con premios al

General Ulrich, que rindió aquella plaza ántes de que los sitiadores la asaltasen, y teniendo abundancia de víveres y de municiones, buena artillería, y numerosos y aguerridos batallones. Pues si con hechos tan notables se proclama que la derrota no es un delito en los generales ni en los soldados; ¿por qué se castiga como tal en un Emperador, que habia tenido otras veces gran fortuna en las empresas guerreras?

Por unos dias, los republicanos intentaron ofrecer la caida del Imperio á los Prusianos como una satisfaccion; y Jules Favre, recordando ó interpretando mal ciertas palabras pronunciadas por el Rey Guillermo al principio de las hostilidades, quiso que se aceptase la idea de que la guerra no era de Prusia con Francia, sino con Napoleon; pero el desengaño no tardó ni pudo ser más completo. No sólo el Conde de Bismark ha negado al pueblo frances el derecho, que Jules Favre queria darle, de declinar la responsabilidad de las luchas desgraciadas, cuando era evidente que, en el caso de haber vencido, Napoleon hubiese afirmado su trono, y sido recibido á su regreso á Paris con frenético entusiasmo, sino que se ha manifestado y manifiesta más amigo de ese Emperador, que el Gobierno republicano queria darle como único enemigo, que de M. Jules Favre y sus compañeros.

Aun prisionero Napoleon, el Imperio constituia el centro de la organizacion del país, era la principal rueda de su máquina política y administrativa. Ante un enemigo victorioso é invasor, romper esa rueda en pedazos era una operacion arriesgadísima, que por milagro solamente hubiera salido bien. Además, la union entre un pueblo y su monarquía hereditaria, nunca debe ser más estrecha que en los dias de desastres nacionales. Así lo entendió la España de 1808, peleando con heroismo por su rey cautivo, que, seguramente, no habia cometido ménos errores, ni hecho ménos para ser reducido á prision por el invasor de su pátria, que el Emperador Napoleon III. Cuando Federico II sufrió reveses, y perdió en la guerra sus Estados, no se les ocurrió á sus súbditos destronarlo; si lo hubiesen hecho para proclamar la república, no habria logrado rehacer su fortuna; no hubiese triunfado, en prodigiosas campañas, de los esfuerzos coaligados de Austria, Sajonia, Rusia, Francia y Suecia; la historia no le llamaria *Federico el Grande*, y Prusia, en vez de ser hoy la primera Potencia de Europa, no figuraria probablemente entre sus naciones independientes.

Pudieran repararse los males sufridos? ¿Hay esperanza de que prolongándose la lucha, la Francia republicana logre, por fin, organizar una resistencia enérgica, y lanzar al enemigo al otro lado de las fronteras? Con pena lo decimos: cada dia que pasa, parece más difícil que el pueblo frances consiga atraer la victoria hácia su lado en la presente campaña.

Concentrado todo el interes de la lucha en los cercos de Paris y de Metz, de dos maneras podrian ser escarmentados los Alemanes: ó acudiendo de

las demás partes de Francia ejércitos que los obliguen á levantar esos cercos, ó rompiendo las numerosas guarniciones de ámbas plazas las líneas de sus enemigos. Ni una ni otra empresa tendria nada de extraordinaria ni de sorprendente. Nada habria de extraño en que una nacion de treinta y ocho millones de habitantes, al cabo de dos meses, que dentro de pocos dias habrán trascurrido desde la derrota de Sedan, pudiese organizar un nuevo ejército que molestase á los enemigos: tampoco se necesita un prodigio para que los cien mil hombres de tropas aguerridas y disciplinadas, mandadas por Bazaine y Canrobert, se abran paso á través de las federales que dirige el Príncipe Federico Cárlos, aprovechando el dia y el sitio que mejor les parezca para su intento; y bien pudiera suceder tambien, sin que el acontecimiento revistiese caractéres de prodigio, que el medio millon de defensores armados de Paris, después de foguearse en repetidas salidas, concluyese por formar una masa formidable de guerreros, capaz por sí sola de ajustar las cuentas á sus cercadores.

Pero la organizacion de los ejércitos auxiliares no se ve adelantar: sólo el del Loire ha presentado, durante pocos dias, la apariencia de un núcleo respetable de nuevas fuerzas; mas los Alemanes lo han rechazado y disuelto sin gran dificultad. La guarnicion de Metz ha intentado ya várias veces romper el círculo de hierro que la aprisiona; siempre en vano. Y alrededor de Paris, comprendiendo muy bien los Alemanes el riesgo de que los sitiados se fuesen convirtiendo de bisoños en veteranos con diarias salidas, y perdiesen la inferioridad en que se encuentran á pesar de su mayor número, han retirado sus puestos, ensanchando el cerco, para que los defensores de la gran ciudad no puedan hostilizarlos sin separarse mucho de las murallas y de los fuertes avanzados.

Entre tanto, los dias pasan: ya ha trascurrido un mes desde que Paris se halla incomunicado. Si trascurriera otro, las provisiones comenzarian á escasear, por consecuencia del inmenso consumo diario de una poblacion de dos millones de personas. La capital de Francia tendria que rendirse por hambre, más ó ménos pronto. Por molesta que sea la guerra para sus enemigos, la seguridad del éxito se la hace soportar con alegría.

En los Departamentos franceses se ve, por el contrario, mucho desaliento. *La France*, que ahora se publica en Tours, se expresa en estos términos, de enérgica y sombría tristeza:

«¿Somos Franceses? se pregunta. No lo somos, se contesta á sí mismo, porque nuestros soldados toman la costumbre de hacerse hacer prisioneros, nuestros ejércitos capitulan, nuestros Generales han olvidado la victoria. No lo somos, porque en Paris todo un regimiento huye ante el enemigo sin haber quemado un cartucho; en Orleans, nuestros soldados, que pasaban por los primeros del mundo, se desbandan; únicamente los Móviles y los Voluntarios del Oeste hacen frente con bizarría y dan un ejemplo que no es seguido. No lo somos, porque nuestros oficiales no estudian ya la guerra, y de consiguiente la ignoran; nuestro prestigio militar se ha perdido: no somos más que

un pueblo de discursistas, de sibáritas, de retóricos, que hacemos demostraciones en el teatro y en la plaza pública, agitamos las cuestiones de formas gubernamentales, llenos de envidias y recelos unos de otros, en tanto que el enemigo tiene puesta la punta de su espada sobre nuestra garganta. No somos Franceses, como los Griegos del tiempo de Filipo no eran Griegos, ni los Romanos en la época de las invasiones eran Romanos. Los nuevos Macedonios van á tratarnos como Filipo y Alejandro trataron á los Atenienses, ó más bien como Alarico trató á los Romanos y los Turcos á Constantinopla. Van á hacer, no sólo la unidad de la Alemania, sino á subyugar la Europa sin nosotros, á pesar de nosotros y contra nosotros. Desorganizacion arriba; pánico abajo; tal es en dos palabras nuestra situacion. No somos ya Franceses.»

Gambetta, Ministro del Interior, que desde Paris ha salido en un globo aerostático para llevar á Tours la expresion de las necesidades de la capital de la República, y dar el impulso posible á la organizacion de la resistencia nacional contra el extranjero, dice tambien con patriótica amargura: "¿Por qué un pueblo de cuarenta millones de personas, no podrá arrojar de su seno á medio millon de invasores?" Y M. Jules Favre, en una réplica dirigida á Bismark respecto de la conferencia de Ferriéres, aceptando ya la posibilidad, y aun la probabilidad de que Francia quede definitivamente vencida en la contienda, se consuela ó se resigna con esta triste reflexion: "Tal vez Francia tenia necesidad de una prueba suprema para salir de ella trasformada."

Entre tanto, no falta quien cree propicia la ocasion para seguir vomitando bravatas y cantando victoria. En este género, nádie es superior á Víctor Hugo. Hé aquí algunos párrafos de un artículo que publicaba en Paris el 2 de Octubre:

« Parece que los Prusianos han decretado que Francia sería Alemania y que Alemania sería Prusia; que yo, nacido en Lorena, soy aleman; que era de noche en pleno medio dia; que el Eufrates, el Nilo, el Tíber y el Sena, eran afluentes del Sprée; que la ciudad que desde hace cuatro siglos ilustra al globo, no tenía razon de ser; que Berlin bastaba para esto; que Montaigne, Rabelais, d'Aubigné, Pascal, Corneille, Moliére, Montesquieu, Diderot, Juan Jacobo, Mirabeau, Danton y la Revolucion francesa no han existido jamás; que no era necesario Voltaire, puesto que existia M. Bismark; que el universo pertenecia á los vencidos de Napoleon el Grande y á los vencedores de Napoleon el Pequeño; que de hoy en adelante, el pensamiento, la conciencia, la poesía, el arte, el progreso, la inteligencia, principiarian en Potsdam y concluirian en Spandau; que ya no habria civilizacion; que ya no habria Europa; que ya no habria Paris; que no estaba demostrado que el sol fuese necesario; que nosotros dábamos mal ejemplo; que somos Gomorra, y que ellos, los Prusianos, son el fuego del cielo; que ha llegado el tiempo de acabar con nosotros, y que de aquí en adelante, el género humano sería una potencia de segundo órden.

»Este decreto, Parisienses, se dirije á vosotros. Suprimiendo á Paris, se mutila el mundo. El ataque se dirige *urbi et orbi*. Paris apagado, y siendo la Prusia la que tenga las funciones de brillar, la Europa quedará sumida en las tinieblas.

»Es posible este porvenir?

»No nos tomemos el trabajo de decir, *nó*.

»Respondamos simplemente con una sonrisa.

»Dos adversarios están frente á frente en este momento. De un lado la Prusia, toda la Prusia, con 900.000 soldados; del otro, Paris, con 400.000 ciudadanos. De un lado el ejército, del otro la luz.

»Es el antiguo combate del arcángel y el dragon, que empieza de nuevo.

»Ahora tendrá el mismo fin que en otro tiempo.

»La Prusia será precipitada.

»Esta guerra, por espantosa que sea, ha sido hasta ahora pequeña, y va á hacerse grande.

»Lo siento por vosotros, Prusianos, pero va á ser preciso cambiar vuestra manera de obrar. Esta vez va á ser ménos cómodo. Seréis dos ó tres contra uno, lo sé, pero tendréis que atacar á Paris de frente. No más bosques, no más malezas, no más terrenos quebrados, no más táctica tortuosa, no más deslizarse en la oscuridad. La estrategia de los gatos de nada sirve delante del leon. No más sorpresas. Se os oye venir. Marcharéis muy despacio, porque la muerte escucha, y esta terrible acechadora tiene el oido muy fino. Vosotros nos espiais, pero nosotros vigilamos. Paris con el rayo en la mano y el dedo en el gatillo, observa y mira al horizonte. Vamos! Atacad! ¡Salid de a sombra! Mostráos. Se acabaron las victorias fáciles. Principia el ataque cuerpo á cuerpo. Nos vamos á agarrar; tened cuidado. La victoria exigirá ahora un poco de imprudencia Es preciso renunciar á esa guerra de invisibles, á esa guerra á distancia, á esa guerra á escondidas, en la que nos matais sin que tengamos el honor de conoceros.

»Vacilais; esto se comprende. Saltar al cuello de Paris es muy difícil. Nuestro collar está guarnecido de espinas.

»Teneis dos recursos que no admirarán á Europa.

»Rendir por hambre á Paris, ó bombardearlo.

»Hacedlo. Aguardamos vuestros proyectiles. Y escuchad, Rey de Prusia: si una de vuestras bombas cae sobre mi casa, esto probará una cosa, esto es, que yo no soy Pindaro, pero que vos no sois Alejandro.

»Qué hermosa va á estar nuestra ciudad! Que espere Europa ver un espectáculo imposible; que espere ver á Paris engrandecerse; que espere ver arder la ciudad extraordinaria; Paris, que divertia al mundo, va á aterrarlo. Esta ciudad es un héroe; esta ciudad posee un gran génio; cuando vuelve la espalda á Tabarin, es digna de Homero. Vais á ver cómo Paris sabe morir.

»El Panteon se pregunta cómo hará para recibir bajo su bóveda á todo este pueblo que tiene derecho á ser enterrado allí. La Guardia sedentaria es valiente; la Guardia móvil es intrépida; son jóvenes en el rostro, viejos soldados por su aspecto marcial. Los niños cantan confundidos entre los batallones, y cada vez que la Prusia ataca, miéntras retumba el cañon, qué se ve en las calles? Las mujeres sonriendo. Oh, Paris! ¡Tú has coronado de flores la estátua de Strasburgo, la historia te coronará de estrellas.»

La lectura de estas líneas hace daño como la vista de la risa sardónica de un moribundo, ó como el oir la charla febril de un orate. Hay en ellas mucho de la extravagancia personal del autor; pero tambien contienen la expresion de ideas y de sentimientos, que por ser demasiado generales entre los Franceses, les han hecho muchísimo daño.

Los Alemanes, como es natural, se regocijan grandemente con esas bravatas tan extemporáneas. La *Correspondencia de Berlin*, por ejemplo, se burla de ellas con cruel ironía: «El Gobierno, dice, de la Defensa nacional, en Paris y en Tours, repite en todos los tonos al pueblo frances que su heróica resistencia excita la admiracion del mundo entero. Entre tanto, el corres-

ponsal parisiense de las *Daily News*, que vé de cerca ese heroismo, escribe á su periódico: "Estoy enfermo de ver y de oir lo que pasa y lo que se dice á mi rededor." La historia, en efecto, no ofrece ejemplo de semejante ceguedad, de parecida insensatez. Con asombro y dolor contempla Europa ese desbordamiento de vanas frases, de baladronadas, de mentiras, de que toda la Francia está inundada. Las derrotas suceden á las derrotas, las ruinas se acumulan, torrentes de sangre corren inútilmente, el estado social se descompone; pero M. Favre y sus colegas no creen que el abismo es bastante profundo, y lo ensanchan más.—"Señor Conde, entre nosotros no hay populacho;" esta altiva réplica del Ministro republicano, en su conferencia con el Conde de Bismark, da la verdadera nota del momento. Negar la evidencia, contentarse con palabras, hablar como con bocina, caricaturar la historia que se tiene la pretension de rehacer, invocar la simpatía de los pueblos que contestan levantando los hombros, proclamarse inexpugnables, invencibles, y contar con *las lluvias de otoño* (como hace M. Gambetta en su última proclama) para deshacerse del enemigo; tal es el papel de ese nuevo comité de salud pública, al que Francia deberá el complemento de su ruina.—La ligereza francesa, cuando se dedica á lo trágico, se reviste de una insensatez violenta que conduce á los más crueles excesos. Cree hacerse grande y fuerte haciéndose furiosa. Pero el régimen de violencia y de destruccion no da á los caractéres lo que les falta; le es más fácil producir energúmenos ó malvados que *hombres*."

Con no menor acritud desdeña las amenazas de los republicanos de encender la revolucion por todas partes.

«Una de las ilusiones singulares que se conservan en Paris, dice, es creer que todavía nos encontramos en los tiempos en que la centella revolucionaria, partiendo de Paris, podia incendiar toda la Europa. El mismo Napoleon III amenazaba á las Potencias extranjeras con desencadenar la revolucion. Los republicanos del 4 de Setiembre, á su vez, se complacen con la idea de que han promovido un incendio universal. ¡Ceguedad notable! Declarando la guerra al pueblo aleman, la Francia ha quitado los bozales á lo que ella misma llamaba sus fieras de Africa; pero las armas alemanas se presentaron, y se vió en Paris, un poco tarde, cuán terrible fuerza militar habia sido provocada. Si ahora los Franceses quitan el bozal á otra barbárie, desencadenando la revolucion, la Alemania no se asusta más por este nuevo peligro que la amenaza que por el anterior.»

Tiene mucha razon en esto último el periódico berlinés. Los Franceses, no sólo rehuyen por temperamento y por carácter la sujecion á la disciplina, así militar como social, sino que profesan la idea de que nada hay tan eficaz y poderoso como el tumulto y el desórden. Para la guerra ofensiva ponian su mayor confianza en los Zuavos y en los *Turcos*, las tropas más indisciplinadas que militan bajo banderas europeas. Para la guerra defensiva piden la salvacion al desórden en su propio pais y en los ajenos. Y sin embargo, la evidencia no puede ser mayor para demostrar que en las luchas

de pueblo á pueblo no hay más que un elemento de fuerza: la disciplina. Si nó, ¿por qué razon más de medio millon de hombres armados se hallan acor ralados dentro de Paris por un ejército que tendrá sólo la mitad de ese número?

No faltan en Alemania combustibles para una buena hoguera revolucionaria; pero la actual República francesa no les pegará fuego por ahora. Si Napoleon III hubiera sido vencedor, y los ejércitos franceses, por él mandados, hubieran invadido la Alemania como los Alemanes han penetrado en Francia, entónces hubiese sido ocasion propicia para que la revolucion introdujese en Prusia y en los Estados del Sud el desórden y la confusion que ahora reinan en Marsella, en Tolosa, en Lyon, en Paris y en Tours. Pero la victoria de sus armas da al Gobierno del Rey Guillermo una fuerza muy grande. El doctor Juan Jacoby, que en 1863 defendia contra su pátria, en sus escritos y en los clubs, la causa de Dinamarca, y en 1866 la de Austria, sin que la libertad de sus palabras y de sus actos fuese menoscabada por el Gobierno, no ha podido emitir ahora impunemente su opinion de que no conviene á Alemania adquirir por conquista la Alsacia y la Lorena. Desterrado de Koenisberg por el terrible General Falkestein, ha apelado á Bismark, invocando los derechos concedidos por la ley á los ciudadanos; pero el Canciller de la Confederacion del Norte ha aprobado la conducta de la autoridad militar, fundándose en que la predicacion de las ideas de Jacoby estimula la resistencia de los Franceses, y contraría, por tanto, directamente el objeto que en la guerra se proponen los esfuerzos de la Alemania.

De esos castigos no corre riesgo el doctor Strauss, que, en sus correspondencias con M. Renan, defiende con todas sus fuerzas las mismas doctrinas expuestas por el Conde de Bismark. "Nos presentais, le dice, la eleccion entre hacernos de Francia, mutilándola, una enemiga irreconciliable, que emprenderá contra nosotros una série interminable de guerras terribles, ó reconciliarnos con ella, invitándola á una alianza fecunda para los progresos comunes de la libertad y de la civilizacion..... Perdonadme; pero el presentarnos la Francia como una arrepentida, es un cuadro que nos hace sonreir. Sí; se acordará de sus derrotas, y preparará su venganza. Y eso lo hará, le tomemos ó nó parte de su territorio. Un pueblo que pedia su revancha de Sadowa, es decir, de una derrota extranjera, pedirá á gritos venganza por Woert, Metz, Sedan y Paris, áun cuando no le hiciésemos más daño que el de haberle derrotado con repeticion. No mejorariamos nuestra situacion de ninguna manera para el porvenir teniendo consideraciones con ese pueblo; al contrario, la empeorariamos."

Lisonjeándose con la esperanza de que Francia, reducida á la impotencia, habrá de resignarse con su derrota, termina así Strauss su carta:

"Tendrémos gran placer con la noticia de que nuestros soldados han entrado en Paris; pero nuestra felicidad no será completa sino cuando los re-

presentantes de Baviera, de Suavia y de Hesse entren en la sala del Parlamento aleman. Si llegamos pronto á este objeto, como lo esperamos, y si entónces los Franceses arreglan tambien por su parte sus negocios interiores, si se aprovechan de las lecciones que la guerra actual puede darles, y si el obstáculo exterior que les opondrá la fuerza engrandecida de Alemania les impide lanzarse de nuevo á falsos caminos, entónces las dos naciones se encontrarán bien, la Europa tendrá motivo para estar satisfecha del nuevo órden de cosas, la humanidad habrá dado un gran paso en la senda de su desarrollo, y los hombres que trabajan en favor de ese progreso podrán ofrecerse nuevamente las manos con placer.»

Nos parece seguro que el porvenir dará la razon á Jacoby, y se la negará á Strauss. Llegará un dia en que Alemania se arrepienta de haberse dejado cegar por la victoria. Acaso más que el deseo de adquirir territorio, mueve á Bismark el de dar á los pueblos alemanes por vínculo que estrechamente los una, un ódio y un miedo comunes contra Francia, hoy humillada; pero la misma unidad alemana ganaria más, á no dudarlo, con la alianza que con el rencor implacable del pueblo frances.

FERNANDO COS-GAYON.

# NOTICIAS LITERARIAS.

## UNA OJEADA SOBRE LA LITERATURA ITALIANA DEL ÚLTIMO DECENIO.

Florencia 15 de Octubre de 1870.

Apreciable Sr. Director:

Con sorpresa y disgusto contemplo el hecho siguiente: La España, cuya lengua es la más semejante á la nuestra, es quizá en Europa la nacion civilizada con quien menores relaciones literarias tenemos. El mundo intelectual griego, el eslavo, el germánico nos son mucho más conocidos que el español; nuestros libros originales ó traducidos, van á esos países y los suyos originales ó traducidos vienen á visitarnos; sólo de España tenemos escasas noticias, y veo además que los periódicos españoles raras veces se ocupan de nuestras cosas, de nuestra produccion científica, artística y literaria, que es sin embargo considerable. Hoy, más que nunca, que con Roma renace la dignidad de las razas latinas (puesto que la Galia latina, la Galia del Mediodia está intacta, y que la que cae bajo el peso de las armas prusianas es la Galia céltica, la Galia parisiense), hoy más que nunca, repito, paréceme necesario que Italianos y Españoles estrechemos los lazos de nuestra fraternidad literaria.

Por estas razones he deliberado, ya que el Director de la apreciable Revista de España me concede amablemente la hospitalidad, aprovecharme de ella, dando el primero el ejemplo, informando periódicamente á los cultos lectores españoles del movimiento intelectual italiano, y como Director del periódico mensual la *Revista Europea*, ofrecer con placer sumo las columnas de mi afortunadamente difundido periódico á cuantos escritores es-

pañoles quieran hacernos conocer el estado presente de su literatura. Será este un principio de union entre la España y la Italia, mucho más sensible y eficaz que el hecho puramente accidental y personal de la ocupacion del trono español por un Príncipe italiano, si es verdad cuanto nuestros periódicos afirman estos dias sobre que la candidatura del Príncipe Amadeo de Saboya haya de nuevo salido á flote.

Antes de comenzar mis correspondencias, que procuraré hacer todo lo más regulares y frecuentes que posible me sea, y ántes de entrar á ocuparme de argumentos especiales, estimo conveniente ofrecer á los lectores de la REVISTA DE ESPAÑA el modo de horizontarse en el estado presente general de nuestra literatura. La política nos viene alejando de los estudios de diez años á esta parte, lo cual hace que no pueda señalaros en igual período una de esas obras maestras, que hacen época en una literatura; sin embargo, en todos los campos se ha trabajado y algunos buenos resultados se han obtenido. Recorreré brevemente lo más notable que se ha hecho en los diversos géneros literarios.

En el terreno de los estudios históricos merecen señalarse la monografía en 2 volúmenes de *Savonarola y su tiempo,* del prof. Pascual Villari; la *Historia de la Monarquía piamontesa* del prof. Hércules Ricotti; la *Historia de los Musulmanes en Sicilia,* del prof. Miguel Amari; la *Historia de la insurreccion pullesa,* del prof. José de Blasis; la *Historia de las herejías,* de César Cantú; la *Historia de S. Pedro Damiano y su tiempo,* del P. Alf. Capecelatro, y trabajos especiales de los historiadores Cárlos Prosnis y Federico Sclopis; Manuel Celesia, genovés; Tomás Pas, veneto; Isidoro La Lumia, siciliano, y algunos otros distinguidos investigadores de los documentos reunidos en nuestros ricos archivos.—La crítica literaria y filosófica nos dió los siguientes apreciables trabajos: *Ensayos críticos,* de Francisco de Sanctis; *Historia de la literatura italiana*, del mismo; *Historia de la literatura italiana,* del prof. José Settembrini; *Historia del teatro,* de P. Emiliani Giudici; *Perfiles literarios,* de Eugenio Camerini; *Beccaria y el derecho penal,* ensayo de C. Cantú; *Pedro Pomponazzi*, estudios del prof. F. Florentino; *Historia de la filosofía,* del prof. Aug. Conti; *Historia de la filosofía contemporánea,* del prof. Luis Ferri (escrita en frances) y algunos otros. La amena literatura fué muy activa y fecunda; pero si se exceptuan *Mis recuerdos*, de Máximo d'Azeglio; *Pascual Paoli,* de F. D. Guerrazzi; algunas novelas á la francesa, de V. Bersezio, de Arrighi, de A. Ghislanzoni, de Cimino y

algunas otras de Bazzili; los *Cuentos militares,* de E. de Amicis; el *Fito Vezio,* novela histórica romana, de Rivalta (pseudónimo de Luis Castellazzo, el patriota que hasta el 21 de Setiembre pasado yacia en las prisiones de San Miguel, en Roma) y las *Memorias de un octogenario,* obra póstuma de Hipólito Nievo, el simpático escritor y patriota lombardo, que en 1860 volviendo de Sicilia murió en un naufragio; no puedo otras obras señalaros ni recomendaros.

Más numerosos aún son nuestros poetas, que pueden contarse, no á docenas, sino á cientos, de los cuales algunos nombres habrán llegado hasta vosotros; pero si se exceptúan los más célebres entre los viejos (Juan Prati, José Prevere, Francisco Dall Ongaro, Andrés Maffei, Jacobo Zanella, todos venetos), y algunos jóvenes (Vicente Riccardi y Gaspar Buffa, piamonteses; Cárlos Baravalle y B. Lendrini, lombardos; Vi. Betteloni, veneto; Josué Carducci, toscano; Pablo Emilio Castagnola, romano; José Aurelio Costanzo, Mario Rapisardi y C. Ardizzoni, sicilianos); el resto es vulgo inmenso de imitadores y fraseadores, privados de toda originalidad. Hemos tenido tambien algunas discretas traducciones de poetas extranjeros, como *La Evangelina,* de Longfelow, traducida por P. Rotondi; *El Cancionero,* de Heine, traducido por Zendrini; el *Conrado Wallenrode,* de Miçkieviç, traducido por A. Botesini; el *Demonio,* de Lermentoff, traducido por una señora rusa casada en Italia, y algunos otros ensayos que no carecen de mérito.

Tambien el teatro dió pruebas de querer renacer. F. Dall Ongaro con el *Farma* y con el *Tesoro* intentó resucitar el génio de Menandro; el *Rey-Vala,* trilogía dramática del que suscribe, presentó en la escena italiana el mundo indio. Pero el mayor fervor fué en la comedia social y popular. *El Duelo,* de Pablo Ferrari; *Los Maridos,* de A. Forelli; *El verdadero blason,* de Gherardi del Jesta; *La hija única,* del pobre Teobaldo Ciconi; *Las desgracias del señor Travetti,* de V. Berserio, son excelentes muestras del primero de estos géneros, y la *Quaderna di Nanni,* de Val. Carrer, anuncia espléndidamente el renacimiento entre nosotros de la comedia popular italiana. Además de esto merecen ser mencionadas las experiencias que con buen éxito se han hecho de la comedia en los dialectos piamontés y lombardo en Turin y en Milan.

Réstame sólo añadir algunas palabras sobre la prensa literaria italiana. Cási todas las ciudades de importancia en Italia tienen, además del periódico político, su periódico literario; pero ninguno de ellos sale del departa-

mento donde se publica, si se exceptua la *Revista Sicula*, que sale á luz mensualmente en Palermo, donde publican sus Memorias los mejores escritores de la isla. Por el contrario, en Florencia ven la luz pública cuatro grandes Revistas, que se difunden por toda Italia, á saber: *El Archivo histórico*, que publica documentos y escritos relativos á la historia italiana; *La Nueva Autología*, que es una coleccion mensual de artículos de los más célebres escritores italianos vivos; *La Revista Universal*, órgano del partido católico liberal, que tiende sobre todo á conciliar las razones de la Iglesia y del Estado; y finalmente, la *Revista Europea*, que tengo el honor de dirigir, y cuya tendencia esencial es hacer conocer mensualmente la Italia en el extranjero, como el extranjero á la Italia. Espero que, atendida la amabilidad de la REVISTA DE ESPAÑA, pueda ésta en breve dar ámplias noticias de las publicaciones que más honran la gloriosa nacion española; y yo me despido por hoy de vuestros distinguidos lectores, resuelto, si V. continúa dispensándome su benévola hospitalidad, á volver á menudo á informarle de nuestras cosas, por el ardiente deseo que me mueve de hacer fraternizar en un solo vínculo las renacientes razas latinas.

ANGELO DE GUBERNATIS.

---

DOÑA FRANCISCA, EL PORTENTO DE LA CARIDAD, DATOS, LANCES Y SUCESOS ENTRESACADOS DE SU PRECIOSA VIDA.—*Recogíalos y ahora los publica don Francisco Cutanda, con un prólogo de D. Manuel Cañete, ámbos de la Academia Española.*—Dos tomos en 8.º—Madrid, 1869, tipografía de Gregorio Estrada.

La novela, como el teatro, como la poesía lírica, como todos los géneros de la bella literatura, se halla en lamentable decadencia. Respecto de la novela, ni decadencia es siquiera su actual estado de postracion, porque no ha tenido en tiempos próximos, entre nosotros, el período de brillo y grandeza que alcanzó el teatro.

Cuando la historia literaria se proponga estudiar las causas de que el ingenio español no produzca hoy obras notables de imaginacion, tendrá que reconocer que la principal, y acaso la única de esas causas, consiste en el

gusto del público, estragado por los excesos que su pasion por una literatura extranjera extraviada le ha hecho cometer: cuando el paladar está enfermo, ningun manjar es agradable; cuando el estómago no la admite, ninguna vianda es nutritiva.

Lo que son, cuando tienen verdadero mérito, los poetas de las épocas de decadencia, lo describe un escritor contemporáneo en estas bellas y pintorescas frases: "Así como miéntras manan y corren las ideas en poderoso rio, producen sus riberas lozanas é innumerables las flores literarias, así cuando suspenden su movimiento las aguas, no acuden nuevas y se estancan las antiguas, vienen la putrefaccion ó la decadencia, tarde ó temprano. Dichosos los primeros que, bebiendo las aguas corrientes y claras, pudieron hacerse inmortales. Los segundos las encuentran turbias y escasas, y quizá con tanto ingenio como los primeros, son mucho ménos felices en sus producciones. Los terceros sienten ya sed y repugnancia, anhelan por nuevas aguas, claras y copiosas; quisieran descubrir manantiales nuevos; los buscan por todas partes, y entónces nace precisamente el hombre de la decadencia. Es éste, de ordinario, un ingenio creador, de poderosa fantasía, de alto aliento, que debió ser de los primeros, y no lleva con paciencia ser de los últimos; que quisiera ser original, y no halla cómo serlo; ofendido de la gloria de sus antecesores, no más dotados de génio, sino más afortunados en nacer; deseoso de igualarlos, é imposibilitado de seguirlos; jardinero de estío, espigador de invierno, sin flor ni grano que recompense su fatiga..... Y cuando llegan tales circunstancias, y cuando el hombre de la decadencia busca camino por donde huir del desierto que le rodea, no halla, no puede hallar más que uno solo, que es el de alterar la forma, ya que le falta el fondo; distinguirse por la palabra, ya que no por el sentimiento ó la idea (1)."

Pero hay á veces cultivadores del arte, que, cuando éste se encuentra pervertido entre la muchedumbre, guardan sus buenas tradiciones en la soledad, á la manera que, cuando las costumbres puras del mundo antiguo se perdieron en el cieno de la depravacion cínica, el Cristianismo levantó silencioso refugio para las virtudes en las catacumbas y en los yermos de la Tebaida.

Don Francisco Cutanda es uno de esos sacerdotes del arte literario, que

(1) *De la Casa de Austria en España*, por D. Antonio Cánovas del Castillo, cap. XI.

le ofrecen culto en solitario santuario, que las muchedumbres no buscarán. Su novela *Doña Francisca* no está destinada á la popularidad, porque una novela escrita hoy sin seguir las huellas del Vizconde Ponson du Térrail, es empresa tan apartada de las corrientes por donde el vulgo se deja arrastrar, como lo sería llevar una tragedia clásica á los teatros en donde sólo se admite el género bufo; como lo habria sido trazar edificios á la manera de Juan de Herrera cuando el churriguerismo dominaba con imperio absoluto y exclusivo.

*Doña Francisca*!.... Basta con el título para que el público no tenga curiosidad de pasar adelante. Y luego, el Sr. Cutanda no ha puesto á su libro una mala portada, con un dibujo que abra el apetito de la lectura. Ni una triste hoguera, ni un cadalso, ni unas cadenas rotas ó enteras, ni un cadáver al pié de una cruz, ó debajo de una mesa de un banquete báquico. ¿En dónde mora el Sr. Cutanda, que no ha llegado á su noticia la manera contemporánea de aderezar las novelas? ¿En qué sitio tan recóndito tiene su gabinete de trabajo, que no pueden abrirse paso hasta él los repartidores de primeras entregas? ¿Es tan afortunada criatura, que no le introducen diariamente en el despacho, en la sala, en el comedor, siquiera una ó dos muestras del género novelesco de la presente época literaria? Y si ve esas muestras, que por precision ha de verlas á todas horas, viviendo en Madrid, y no siendo ciego, ¿cómo ha podido presumir que cabe en lo lícito presentarse ante el público con dos tomos de novela de una sola vez, en vez de irla dando por entregas; aguardar á que los lectores vayan á la librería por su obra, en lugar de meterla por debajo de todas las puertas; darla á la prensa en buenos caractéres de imprenta, y en excelente papel, en vez de imprimirla con fundiciones viejas, y en papel de estraza, ó poco ménos; dejarla desnuda de litografías, y de grabados en madera, que representasen escenas de poderoso efecto; y, por último, privarle tambien de un título digno de fijar la atencion distraida de quienes están acostumbrados á que los autores y editores los soliciten con muchos colorines y con gran estrépito?

Hojeemos sin embargo el libro, ya que nuestra obligacion es, en este momento, dar noticia de él en esta seccion de nuestra REVISTA. Pero nó: no lo hojeemos. Puesto que se trata de un académico que tiene, al parecer, los gustos clásicos, procedamos con órden comenzando por el principio. El principio es así:

«En una miserable buhardilla, construida para *trastera* y elevada á *vivi-*

*dera* por el ánsia de la ganancia, vivia, por el alquiler de 12 rs. al mes, no tantos años há que no pudieran haberla conocido muchos de los lectores y lectoras, Doña Francisca T., anciana más achacosa que enferma, y que caminaba á su fin por desecacion y rápida contraccion, como que apénas le quedaba ya peso específico á la infeliz, ni dolia su pisada en el más delicado pié; y en cuanto á reduccion de longitud tal estaba, que cualquiera al verla imaginaba mucho más propio para última guarda de aquel desdichado cuerpo una caja circular que las de la forma generalmente acostumbrada. Mirar á la cara á las pocas personas á quienes le era concedido hablar, era para Doña Paca un esfuerzo penosísimo; como que sólo le prestaba obediencia la articulacion del cuello con la cabeza, y esto de una manera dura y premiosa; que en cuanto al espinazo, decidido años habia por la línea curva, indispuesto con toda idea de rectitud, no saliera de su habitual, ya esencial encorvamiento, ni aun á costa de la más enorme violencia. Y mucho le pesaba á la pobre Doña Paca esta declarada rebelion de la armadura de su triste cuerpo. Precisamente lo que ni se secaba ni endurecia en él era un corazon formado de materiales á cual más dulces y suaves: bondad, universal benevolencia, ejercitadísima paciencia, y otros por el estilo... Júzguese con esto del suplicio de quien tanto gustaba de mirar á la cara á quien bien queria, y á todos queria bien, encontrándose reducida á mirar siempre al tan próximo suelo; contemplacion que nada nuevo era capaz de avisar á una persona tan piadosa, tan cristiana y tan familiarizada con la idea de una próxima disolucion, y de la no temida ni deseada muerte.

«Ochenta y cuatro escalones tenia que subir Doña Paca para llegar al regalado descanso de su morada; altos, pinos, atropellados, en abanico y no en tramo, á menudo, sin la piadosa interrupcion de algun descansillo; porque el inhumano arquitecto es fama que, en ódio de los futuros habitantes de aquellas elevadísimas mansiones, ideara tan desmedido enrevesado período, sin punto ni coma ni espacio alguno de los generalmente destinados para tomar aliento.

«Cási á gatas trepaba muy trabajosamente Doña Paca aquellas peligrosas escaleras; y es de notar que habia encontrado no se sabe qué mística relacion entre el número de los escalones y el de sus propios años, que expresaba en soliloquio conforme los iba dejando atrás, llamando juventud á los veinte primeros, centro de la vida á los veinte siguientes, introduccion al desengaño y al dolor á la tercera veintena, y preparacion á la muerte á la

cuarta; dejando sin nombre al pequeño resto sobre los ochenta, ó por falta de aliento para ponérselo, ó porque en verdad no lo tiene en ninguna lengua un estado posterior todavía á la última vejez. Que así la pobre viejecilla ingeniosamente llamaba en auxilio de su comprimido fatigadísimo pulmon á una imaginacion no del todo yerta, y alumbrada siempre con una inagotable sumision y resignacion."

A poco más que se siga leyendo, esta descripcion de la persona de Doña Paca, y la que á continuacion le sucede de su vivienda, prueban bien que el Sr. Cutanda sabe pintar con facilidad y exactitud, así retratos de cuerpo entero, como cuadros de los llamados hoy (Dios sabe por qué) *de género*. Vénse tambien en ese estilo, que no decae ni en una sola página de los dos tomos, notables cualidades que lo hacen tan agradable como perfecto: hay gracejo, discrecion, frase castiza. Pero cualquier lector, medianamente habituado á recorrer primeros capítulos de las novelas modernas, echa de ver que falta aquella manera dramática de presentar los personajes, que es ya ley ineludible para todos los que pretendan ser novelistas después que Alejandro Dumas, padre, y que Augusto Maquet: nota en seguida que hay escasez de renglones que comiencen con el signo *ménos*, y no hay muchos, acaso ninguno, que esté ocupado por un solo y breve monosílabo.

Figuran en *Doña Francisca*, sin embargo, personajes que harian buen papel en las novelas de más rabioso colorido: bandidos de várias clases, truhanes, personas perversas que en su género nada dejan que desear. Pero la presencia eterna de Doña Francisca, con su inalterable caridad, con su abnegacion á toda prueba, con su impasible paciencia, con su tolerancia más que humana, derrama sobre las escenas que pudieran ser meramente horribles, un manto de suavidad, un aroma de cariño y de dulzura que no deja saborear en su natural crudeza los efectos de las exposiciones de las pasiones criminales.

Hay realismo; pero no ese realismo que se complace en poner al descubierto las llagas, sino otro que se apresura á cubrirlas con bálsamo y cicatrizarlas. No el que, burlándose del *bello ideal* de las escuelas clásicas, tiene gusto en crear el *feo ideal*, sino el que tomando las cosas como la naturaleza las produce, presenta las bellas bajo su mejor aspecto, y enseña la manera de embellecer las feas, ó de disminuir, por lo ménos, su fealdad.

No un defecto, pero sí un inconveniente insuperable, encontramos en *Doña Francisca*, tal como el Sr. Cutanda la ha creado para hacerla tipo

de la mujer que lleva hasta la perfeccion las virtudes cristianas. Aunque las leyendas piadosas estén mucho más olvidadas hoy que en tiempos anteriores, nádie desconoce historias de santos y de santas. La virtud de Doña Francisca es ya la virtud heróica, la que constituye la santidad. Como la historia que el Sr. Cutanda le ha hecho, son las historias de muchos millares de heroinas del cristianismo; pero en estas se reflejan los resplandores de un órden sobrenatural. Doña Francisca es, en suma, una santa que no hace milagros; ó una mujer, á la que no basta todo el heroismo posible de la virtud humana para llegar á ser una santa.

Claro está que el Sr. Cutanda no podia hacer otra cosa, y que un novelista no habia de emular al Padre Roman de la Higuera en su tarea de forjar cronicones falsos; pero no por eso es ménos cierto que su *portento de la caridad* es una figura que todos están acostumbrados á ver sobre los altares, y á la que parece que le falta el nimbo alrededor de la cabeza.

Concluyamos estas líneas con las que emplea el Sr. Cañete en reseñar las dotes y cualidades literarias de subidísimo precio, que brillan en el libro del Sr. Cutanda: «¡Qué naturalidad, qué poética variedad y enérgica concision en la pintura de los caractéres! ¡Con cuánta verdad están retratadas las pasiones, malas ó buenas, de los diferentes personajes! ¡Cómo abunda en delicados rasgos de observacion del corazon humano! ¡Con qué arte van entretegiéndose los sucesos, y cuán rica en armoniosos colores se muestra la narracion, que no parece sino que estamos asistiendo á las escenas ideadas por el novelista! ¡Por qué medios tan sencillos y naturales se desenlazan las más dramáticas situaciones! ¡Cuánta novedad en el fondo, cuánta amenidad y riqueza en los pormenores, cuánta propiedad y elocuencia en el lenguaje! Cartas hay de *Doña Francisca* al arrepentido *Antonio*, y de éste á su madre adoptiva, que, por la rectitud del pensar y delicadeza del sentir, necesariamente han de hallar eco en todo corazon generoso. Descripciones hay, como las sangrientas escenas de 1808, y los lastimosos acontecimientos del año del hambre, que firmaria con orgullo la docta pluma de Manzoni. Pinceladas y toques se encuentran á cada paso, que no desdeñaria Bulwer, y que valen todo un poema, de que son prueba indudable las breves páginas consagradas á describir lo acaecido en la pavorosa noche del Dos de Mayo bajo el noble techo del Duque de Medinaceli. Y luego, ¡qué cuadro tan pintoresco y animado de las costumbres de nuestros mayores! ¡Qué sabor tan español en todo!»

FERNANDO COS-GAYON.

# BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

## LIBROS ESPAÑOLES.

SEMANA SANTA EN VERSO, *por D. Ramon de Satorres.*—Segunda edicion, corregida y aumentada.—Madrid, 1869.—Establecimiento tipográfico de T. Rey y Compañía: Fomento, 6.

Noventa y dos composiciones, en gran variedad de metros, forman este libro. En ellas están puestas en verso todas las oraciones, cantos y lecturas que se contienen en la Semana Santa; la bendicion de las Palmas, las lecciones del Antiguo Testamento y del Evangelio, la Pasion, el Credo, los Himnos, las Profecías, los Tractos, el Padre nuestro, las Horas del Rezo Divino, etc. Está adornada además la nueva edicion con dos hermosas láminas litografiadas.

Como muestra de la belleza de la versificacion, copiamos la siguiente oracion, tomada al acaso:

Viéronse un dia las revueltas hondas
que en su seno encierra el Oceano,
al sólo abrir de su irritada mano,
de sus cáuces los límites salvar;
desparecieron pueblos y ciudades
en aquel espantoso cataclismo,
hasta que fiero se calmó el abismo,
no teniendo más mundos que anegar.
Apaciguóse el espantoso trueno,

que las iras de Dios ronco anunciaba;
el viento que las nubes arrastraba,
cansado ya, sus alas abatió;
la tierra aún en dolor triste gemía,
ajado y roto el anchuroso seno,
cuando del íris al fulgor sereno,
cándida la paloma apareció.

En su pico dorado alarde hacía
de un verde ramo de gallardo olivo,
de la tregua de Dios signo expresivo,
símbolo de la paz universal;
ramo precioso, que Noé recibe
enmedio al triste y general espanto,
como señal de que cesó el quebranto,
del amor de su Dios como señal.

Señor, cruda tambien es la tormenta
que en angustia cruel pasa mi alma;
tambien suspira por la ansiada calma
que la robó furioso el aquilon:
haz, pues, que sea el bendecido ramo,
que hoy en mi mano venturoso agito,
en el diluvio atroz de mi delito,
símbolo de mi eterna salvacion.

## LIBROS EXTRANJEROS.

RECHERCHES ÉCONOMIQUES, HISTORIQUES ET STATISTIQUES SUR LES GUERRES CONTEMPORAINES (1853-1866), *par Paul Leroy-Beaulieu.*—Paris, chez Lacroix-Verbeckoven, 1869.—Un vol. en 18.

Desgraciadamente, este libro tiene mayor oportunidad hoy que cuando hace meses se publicó. La guerra actual da un triste interes á las noticias y apreciaciones que contiene.

El autor fué premiado hace años por la Academia de Ciencias morales y políticas, por otra obra titulada: *Del estado moral é intelectual de las*

*poblaciones obreras, y de su influencia sobre el precio de los salarios.* Después, ha llamado várias veces la atencion pública con sus estudios sobre los inmensos gravámenes que imponen á Europa las guerras y las paces armadas. En la *Revue contemporaine* formó en 1866 una cuenta del coste, que por ámbos conceptos habia habido en los últimos catorce años, siendo su resúmen una pérdida líquida de 1.800.000 hombres, y 50.000 millones de francos.

*La Liga de la Paz* incluyó aquellos estudios en la primera entrega de su *Biblioteca de la Paz.* Después, M. Paul Leroy-Beaulieu, publicó en dicha *Revue* otros dos artículos, sobre la posible *atenuacion de los males de la guerra.* A estos diversos trabajos ha añadido ahora el exámen de la cuestion bajo el aspecto moral y el histórico, haciendo de todo un notable volúmen.

Los perjuicios causados á la sociedad humana por las guerras son, no sólo lamentables por su índole, sino espantosos además por su extension. Pero el carácter que más se distingue en ellos, es el de no ser de manera alguna necesarios. "No hay, dice el autor en el preámbulo de su libro, una sola de esas guerras, que haya tenido la cualidad de necesaria; ni una sola que no hubiese podido ser evitada, con mucha honra, hasta con mucha ventaja para todos; los resultados conseguidos á fuerza de sacrificar hombres, todos sin excepcion, habrian podido ser alcanzados, con un poco de lentitud acaso, pero de un modo tan completo y más duradero por procedimientos y con transacciones pacíficas.

INFLUENCE DES IDÉES ÉCONOMIQUES SUR LA CIVILISATION, *par M. Jules Rivet.*—Un vol. en 8.°—Paris, chez Guillaumin.

M. Rivet, abogado general en la Martinica, que hace algunos años publicó un libro sobre las relaciones de la economía política con el derecho y la legislacion, estudiando ahora la influencia de las ideas económicas sobre la civilizacion, se ocupa principalmente en impugnar con gran acritud las escuelas individualistas y utilitarias.

M. H. Baudrillart, en un informe dado acerca de la última obra de M. Rivet, después de dirigir algunas críticas á su forma, y de decir tambien algo contra el fondo de las doctrinas, la elogia en los siguientes términos: "Está el mérito de este libro en provocar á pensar, tanto cuando se encuentran

en él las reflexiones más justas, como cuando presta materia á razonadas objeciones. La senda seguida por el autor es recta. Camina por ella, ayudado solamente por el amor de la verdad y del estudio, sin buscar la popularidad. Las investigaciones, las lecturas profundas, las meditaciones, de que da pruebas, merecen ser estimuladas. Su obra revela un talento concienzudo y analizador, que piensa por sí mismo acaso con más curiosidad y elevacion que seguridad. Aunque criticándole en más de un punto, he creido cumplir un deber presentándolo á la Academia, dispuesta siempre á acoger todo trabajo que atestigüe un esfuerzo notable de laboriosidad y de inteligencia."

Al lado de estos elogios pongamos las siguientes censuras de M. Baudrillart: "Desgraciadamente, las cualidades excelentes del libro van acompañadas de defectos. La forma carece á menudo de sencillez. El autor abusa de las expresiones metafísicas, de términos que pertenecen á las ciencias y á las artes técnicas, y á veces á la fraseología de las escuelas socialistas, cuyas novedades combate, pareciendo que hace una excepcion, difícil de justificar, en favor de los neologismos, con frecuencia extraños, que esas escuelas no tienen escrúpulo en introducir en el idioma de la economía social. Las ideas que M. Rivet manifiesta ganarian en ser enunciadas en la lengua que habla todo el mundo, que á menudo es tambien la de los maestros. Estas observaciones no se aplican, por lo demás, sino á la parte más abstracta de su obra. Sus tendencias prácticas, sus ideas morales son excelentes."

OEUVRES COMPLÉTES D'EDGARD QUINET. —Vol. XI.—Paris, 1870. Librairie Pagnerre.

Los tres primeros volúmenes, bajo el título general de *Filosofía religiosa y Filosofía social*, comprenden las siguientes obras del famoso escritor.

Vol. 1.°—Genio de las Religiones.—Del orígen de los Dioses.

Vol. 2.°—Jesuitas.—Ultramontanismo.—Introduccion á la Filosofía de la historia de la Humanidad.—Ensayo sobre las obras de Herder.

Vol. 3.°—El Cristianismo y la Revolucion francesa.—Exámen de la *Vida de Jesus*.—Filosofía de la historia de Francia.

Los volúmenes 4.°, 5.° y 6.° tienen por título comun *Historia: Las Nacionalidades*, y contienen estas obras:

Vol. 4.°—Las revoluciones de Italia.

Vol. 5.°—Marnix de Santa Ildegonda.—La Grecia moderna y sus relaciones con la antigüedad.

Vol. 6.°—Los Rumanos.—Alemania é Italia.—Miscelánea.

Los *Poemas* llenan los dos siguientes, en esta forma:

Vol. 7.°—Ashaverus.—El libro de memorias del Judío errante.

Vol. 8.°—Prometeo.—Napoleon.—Los esclavos.

Siguen después los *viajes: crítica literaria: obras políticas.*

Vol. 9.°—Mis vacaciones en España.—De la historia de la Poesía.—Las epopeyas francesas del siglo XII.

Vol. 10.—Historia de mis ideas.—1815 y 1840.—Advertencia al país.—La Francia y la Santa Alianza en Portugal.—Obras várias.

El volúmen 11, que es el último que se ha publicado de la coleccion, bajo el título de *Política y Religion*, contiene los folletos que habian visto en várias épocas la luz pública con los de:—Francia y Roma.—La enseñanza del pueblo.—La revolucion religiosa en el siglo XIX.—La Cruzada romana.—El Panteon.—Plebiscito y Concilio.—A los campesinos.

ARCHIVES PARLEMENTAIRES DE 1787 Á 1860.—*Recueil complet des débats legislatifs et politiques des chambres françaises, imprimé par ordre du Corps législatif, sous la direction de MM. Madival et E. Laurent, sous-bibliothécaires du Corps législatif.*—Première série (1787 á 1799)—tome VI.—Etats généraux.—Cahiers des sénéchaussées et bailliages.—Paris, librairie administrative de Paul Dupont, 1870.

Concluye en este tomo la numerosa coleccion de las actas ó cuadernos de peticiones, formuladas por el clero, la nobleza y el tercer Estado de las Senescalías y Bailías. A pesar del esmero con que se habian preparado los materiales para los tomos anteriores, la mayor parte de este se halla dedicado, después de insertar los documentos relativos á los pueblos que por las letras iniciales de sus nombres debian ir los últimos en una coleccion arreglada por órden alfabético, á añadir, como suplemento, los muchos cuadernos de peticiones, que se han encontrado después de publicados los tomos en que debieron ser incluidos.

En la gran variedad de consultas, actas y programas de las Senescalías y Bailías hay unidad general de espíritu y de pensamiento. Casi todos los

pueblos de Francia convenian, en 1789, en pedir garantías para la seguridad personal, la igualdad en las contribuciones, la votacion de los impuestos por una Asamblea nacional, la derogacion de las leyes sobre caza, la supresion de los privilegios, la abolicion de los diezmos, la desaparicion de los fueros privativos, la eleccion popular para los Ayuntamientos, la votacion en estos por indivíduos y no por órdenes; en una palabra, la sustitucion del antiguo régimen por los sistemas políticos y administrativos modernos.

O PAPA-REI É O CONCILIO, *por Manuel Nunez Giraldes, lente substituto ordinario das cadeiras de direito político e de direito ecclesiastico na universidade de Coimbra.*—Lisboa, typographia universal de Thomaz Quintino Antunes.—1870.—Un vol. en 4.°

Este escritor es decididamente contrario al poder temporal del Papa, aunque se declara católico en todas las páginas de su libro. Examina en él la cuestion históricamente, reseña las vicisitudes del poder temporal, hace la historia del Pontificado durante la invasion de los Bárbaros, pasa después revista á los buenos y á los malos tiempos de la Monarquía papal, á Gregorio VII y la cuestion de las investiduras, á los Güelfos y los Gibelinos, al gran cisma de Occidente, el nepotismo, la revolucion, la nueva Italia, y el famoso *Non possumus.* Niega que el Concilio Tridentino consagrase el poder temporal, y recuerda que, léjos de ser así, Paulo III, uno de los promovedores de aquella gran Asamblea, dió á Luis Farnesio las ciudades de Parma y Plasencia, y á Octavio Farnesio los principados de Camerino e Nepi.

No cree, ó, por mejor decir, no creia al publicar su obra, que el Concilio Vaticano fuese más allá que el Tridentino. Por el contrario, le parecia estar ya oyendo, en medio del venerable Congreso, la voz de los Ministros del Señor, que, movidos por el deseo de la suspirada paz entre el Sacerdocio y el Imperio, decian al Gran Pontífice:

"Santísimo Padre: á nosotros, ministros de Jesucristo, no nos corresponde poder alguno sobre la tierra, sino aquel de que, en su infinita misericordia, nos hizo depositarios. La soberanía temporal, de que estais investido, tiene contra sí la historia, que nos manifiesta por una parte sus lamentables desaciertos y desvaríos, y por otra las calamidades y desgracias que

atrajo sobre la capital de la Cristiandad y sobre el Cristianismo mismo: tiene contra sí los principios que nuestro Divino Maestro nos preceptuó en las sagradas letras: tiene contra sí los derechos de una nacion noble, que ayer era esclava, y hoy quiere proclamarse libre, independiente y soberana: tiene contra sí la opinion de los hombres del siglo, que aspiran al triunfo completo de los principios liberales, y que, poderosos auxiliares nuestros, quieren darnos la libertad, condicion única de que carecemos, para desempeñar nuestra divina mision: tiene contra sí, en fin, vuestra propia grandeza, que los hombres intentaron empequeñecer. Santísimo Padre: desprendámonos enteramente de las grandezas terrenales: recordad que la Iglesia en la tierra procura la consecucion del gran fin del perfeccionamiento moral del hombre, y tiende á mostrar por palabras, y sobre todo, por obras, á ejemplo de nuestro Maestro, cuán precaria y pasajera es la vida del mundo. No cerreis los oidos á los avisos de la historia: bien sabeis que el poder temporal ha colocado muchas veces á los Papas en la tristísima necesidad de sacrificar los intereses espirituales á los mundanos. Huid de esa terrible eventualidad, Pontífice máximo, y mostraos una vez grande, tan grande como os quiso hacer Jesu-Cristo, de quien sois Vicario en la tierra.»

Por el camino de tales discursos, deseaba el Sr. Nuñez Giraldes una gran regeneracion para la humanidad; y esperaba que, después de tantas privaciones y tantas desgracias, tanto luto y tantas lágrimas, iba al fin á alumbrar el mundo el sol de la paz, siendo su bella aurora la reconciliacion entre el Sacerdocio y el Imperio, entre la religion y la libertad. Para que sus deseos y esperanzas se hubieran realizado, Pio IX hubiera tenido que abdicar ante el Concilio su título de Soberano temporal, y las naciones cristianas, invitadas por la augusta asamblea eclesiástica, habrian tenido que comprometerse, por su parte, á poner su legislacion en armonía con los principios que deben regir en las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

---

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

# ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS DEL TOMO XVI.

## Núm. 61.


Págs.

El comercio de América y los Filibusteros (conclusion), por D. Joaquin Maldonado Macanáz..... 5
Estado general de Inglaterra en el siglo XVII (continuacion), por D. Isidoro Gutierrez de Castro..... 31
Estudios sobre la educacion de las clases privilegiadas de España durante la Edad Media (continuacion), por D. José Amador de los Rios..... 59
De la capacidad política en los sistemas representativos (conclusion), por D. José Leopoldo Feu..... 86
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 114
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 138
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 147
Boletin bibliográfico..... 157


## Núm. 62.


Prusia.—Antecedentes de la guerra de 1870.—La guerra y la paz de 1866 (Artículo I), por X..... 161
Tomás Ribeiro, por D. Antonio Romero Ortiz..... 180
Estado general de Inglaterra en el siglo XVII (conclusion), por D. Isidoro Gutierrez de Castro..... 241
Poesías, por D. Manuel del Palacio..... 267
Campaña franco-alemana, por D. A. L. de Letona..... 270
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 279
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 303
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 311
Noticias literarias.—*Conferencias dadas en Valencia, por D. Luis María Utor, sobre los adelantos de la agricultura moderna y la influencia que ejercen los abonos minerales*..... 320
Boletin bibliográfico..... 328

## Núm. 63.

Págs.

Prusia.—Antecedentes de la guerra de 1870.—La guerra y la paz de 1866 (Art. II), por X..... 329
Sobre la cuestion social (continuacion), por D. Alvaro Gil Sanz... 342
El catolicismo y la filosofía alemana (II), por D. Nicomedes Martin Mateos..... 360
Lorenzo Ricci, General de los Jesuitas (Art. I), por D. Cayetano Manrique..... 377
Observaciones histórico-legales sobre algunos hechos de Fernando I, por D. Emilio Arjona y Lainez..... 388
Eurico, poema de Alejandro Herculano, por D. Gonzalo Calvo Asensio..... 397
Pérdida del buque inglés *Captain*, por D. Pascual Lúcas de la Encina..... 413
Rápida ojeada sobre el comercio, desde las primeras edades del mundo (I), por D. Emilio Borso..... 427
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 437
Revista política interior, por D. J. Luis Albareda..... 461
Revista política exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 469
Noticias literarias.—*Un libro espiritista.—La fe del siglo XX*, de D. José Navarrete, por D. Luis Vidart..... 478
Boletin bibliográfico..... 484

## Núm. 64.

Lulú, Princesa de Zabulistan, por D. Juan Valera..... 489
Organizacion actual del Imperio austriaco, por D. B. Perez Galdós..... 509
Lorenzo Ricci, General de los Jesuitas (Art. II) (conclusion), por D. Cayetano Manrique..... 526
Grecia contemporánea, por D. E. B. O. Z..... 534
Las doctrinas del Doctor iluminado.—Raimundo Lulio, por Don Francisco Fernandez Gonzalez..... 548
La instruccion como base del órden, de la libertad y de la dicha de las naciones, por D. Manuel Llorente..... 563
Rápida ojeada sobre el comercio, desde las primeras edades del mundo (II), por D. Emilio Borso..... 577
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 588
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 612
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 620
Noticias literarias.—*Una ojeada sobre la literatura italiana en el último decenio*, por D. Angelo de Gubernatis.—*Doña Francisca, el portento de la Caridad, datos, lances y sucesos entresacados de su primera vida*, de D. Francisco Cutanda, por Don Fernando Cos-Gayon..... 631
Boletin bibliográfico..... 640

AP
60
R4
t.16

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY